

JUAN

DE LA ESCUELA DE SAN JUAN DE LOS RIOS  
EN LA GENERAL BIBLIOTECA

TESORO  
DE ORATORIA  
SAGRADA  
IX

DE  
MARI

BV4217  
T4  
v. 9  
1871-93

V08543



1080015280

EX LIBRIS

HEMETHERI VALVERDE TELLEZ  
Episcopi Leonensis



TESORO

DE

ORATORIA SAGRADA.

PRIMERA PARTE.

TOMO IX.

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## DIVISION DE LA OBRA.

CUATRO COLECCIONES, CADA UNA DE LAS QUE CONSTITUYE UN COMPENDIO REPERTORIO, FORMAN ESTA GRANDEOSA OBRA: EL TESORO DE ORATORIA SAGRADA. LAS CUATRO COLECCIONES, O PARTES DE LA OBRA, INDEPENDIENTES ENTRE SI, SON LAS SIGUIENTES:

1.<sup>o</sup> **DICCIONARIO APOSTOLICO MORAL.** Comprende de 500 á 600 **SERMONES COMPLETOS**, y dispuestos de modo que, con ayuda de los **Títulos, Planes, Divisiones, Pasajes y Figuras** de la Sagrada Escritura y Sentencias de los Santos Padres, debidamente ordenado todo en el índice de materias, pueden sacarse miles de discursos, repertorios íntegros para **CUARRESMA, ADVIENTOS**, etc.; siendo esta obra, por su estructura especial, un **THESAURUS BIBLICUS**, y un **FLORES DOCTORUM**, más completo que todos los conocidos hasta el día.

2.<sup>o</sup> **VARIEDAD** completísima de **PANEGIRICOS DE LA S<sup>MA</sup>. VIRGEN**, relativos á todos sus **MISTERIOS**, sus **VIRTUDES**, los **HECHOS** todos de su vida, y á los principales **TITULOS** y **ADVOCACIONES** con que la honran los fieles; distinguiéndose por el gran número de **Sermones propios para el mes de MAYO**, y acomodados á las diferentes clases de auditores y demás consideraciones locales ó accesorias que convenga tomarse en cuenta.

3.<sup>o</sup> **SERMONES** panegiricos y doctrinales sobre los **MISTERIOS DE LA VIDA, PASION Y MUERTE DE N. S. JESUCRISTO**; sobre la **EUCARISTIA, SAGRADO CORAZON DE JESUS**, festividades principales del Año Cristiano, Octavarios y Novenas, dedicadas á las más notables advocaciones de N. S. Jesus.

4.<sup>o</sup> **SERMONES** morales; **EJERCICIOS ESPIRITUALES** para Religiosas y diferentes clases y categorías sociales; **MISIONES** dispuestas al alcance de todas las inteligencias; **NOVENARIOS DE ANIMAS**, y demás series de índole análoga.

# TESORO DE ORATORIA SAGRADA,

ó SEA,  
BIBLIOTECA SELECTA  
DE

## PREDICADORES;

COLECCION ESCOGIDA

de Sermones, Pláticas y otros discursos sagrados, sacados de los más sobresalientes autores nacionales y extranjeros, en especial modernos;

CONSIDERABLEMENTE

ampliada con gran copia de trabajos originales, Sermones, Planes de sermón, Divisiones, Pasajes, Figuras de la Sagrada Escritura y Sentencias de los Santos Padres.

3.<sup>a</sup> EDICION

CORREGIDA, ORDENADA Y COMPLETADA

POR UNA SOCIEDAD DE ECLESIASTICOS,

bajo la direccion

del R. P. Ramon Buldu,

Lector Franciscano.

Comede volumen istud non potest fieri sine  
quero ad filios Israel. Ego sum.

PRIMERA PARTE.

Tomo IX.

CON LICENCIA DEL ORDINARIO.

BARCELONA:

LIBRERÍA COTÓLICA de los editores Pons y C.<sup>a</sup>, Arce, y Capellans, B.

1876.

CON RESERVA DE TODOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD.



Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

45173

UNIVERSIDAD DE LEON  
Biblioteca Universitaria y Talleres

BV 4217

T4

v. 9

1871-93



EDITORES SE RESERVAN LA PROPIEDAD DE ESTA OBRA  
CON ARREGLO A LA LEY.



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

Imprenta de Luis Tasso, calle del Arco del Teatro, núms. 21 y 23.

# TESORO DE ORATORIA SAGRADA,

ÓBRA,  
BIBLIOTECA SELECTA  
DE

## PREDICADORES.

PRIMERA PARTE.

### DICCIONARIO APOSTÓLICO:

Comprende de 500 a 600 términos completos, y dispositivos de más,  
que, con ayuda de los títulos, Fines de sermón, Divisiones, Pasajes, Figuras de la Sagrada Escritura  
y Quotaciones de los Santos Padres,  
debidamente ordenado todo en el índice de materias, pueden salvar miles de discursos  
respetivos insignes para la Conferencia, Adhucita, etc.; siendo esta obra, por su  
estructura especial, un TESORO DE DICCIONARIOS  
y un PLURAL DICTIONUM.

2.ª EDICIÓN

CORREGIDA, ORDENADA Y COMPLETADA  
POR UNA SOCIEDAD DE ECLESIÁSTICOS,

bajo la dirección

del R. P. Raman Baldu,  
Pector Franciscano.

Prædicante Evangelium omni crea-  
tura. MARCH XVI, 15.

Tomo IX.

CON LICENCIA DEL ORDINARIO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE

## MUJER.

(SUS OBLIGACIONES PARA CON SU MARIDO.)

### I.

*Mulieres viris suis subdita sint, sicut Domino.*  
Las mujeres estén sujetas á sus maridos, como al Señor.

(Ephes. v. 22.)

Dios, que á todos nos ha criado para ser eternamente dichosos, no á todos nos conduce á la felicidad por el mismo camino. Dueño absoluto de todos, señala á cada cual su lugar, le determina sus funciones, le designa el estado en que ha de servirle. ¡Ay de aquel, que toma un estado diferente del que el Señor le ha designado! porque sentirá durante su vida un malestar profundo, y lo que es todavía más espantoso, probablemente se perderá. Importa, pues, proceder con la mayor cautela cuando se trata de la elección de estado; es necesario consultar la voluntad de Dios; y á imitación del caminante que ve delante de sí muchos caminos, sin saber cual de ellos debe tomar; pensar, deliberar, preguntar é informarse, ántes de decidirse por este ó por aquello.

Y si esto es indispensable en todos los estados, lo es principalmente en el del matrimonio; porque lleva consigo obligaciones gravísimas que cumplir, cruces difíciles que soportar, y peligros no pequeños de perderse. No pienso hoy, hermanos míos, ocuparme de todas estas cosas; si solo de las obligaciones de las mujeres para con sus maridos. Estas son obedecerlos con respeto, asistir á la casa cuidadosamente, y entrar á la parte en los trabajos y desgracias que acontecen en las familias. Todo lo abraza S. Pablo, cuando dice: *Mulieres viris suis subdita sint, sicut Domino*: las mujeres obedezcan á sus maridos como al Señor. Esto nos quiere decir, que los obedezcan, que los asistan, que los acompañen: tres obligaciones que vamos á explicar. Quiera Dios dar tanta eficacia á mis palabras, que eterna-

008542

mente quedan grabadas en vuestros corazones para perpetua paz de los matrimonios y sus familias. Pidamos esta gracia: A. M.

4. Ninguna cosa establece más sólidamente la paz en todas las sociedades; ni es más capaz de formar la felicidad de los que las componen, que aquel bello orden en que las colocó el Señor. Por el contrario, nada es más poderoso para turbar la paz, y deslerrar la felicidad de todas las sociedades, como el que los individuos que las componen, se aparten del orden y salgan de aquel estado de dependencia y subordinación en que los establecieron. Esta admirable unión de todas las partes del cuerpo no subsiste, sino en cuanto cada una guarda aquel sitio, orden y dependencia en que ha sido colocada. ¿Qué confusión sería, si las manos quisieran hacer el oficio de los ojos, si los ojos quisieran ser pies y los pies subirse á la cabeza. Esto sería un desorden, una monstruosidad y estar toda la máquina sin pies ni cabeza. De la misma suerte acontecería en los reinos; si los que mandan, abusando de su poder, quisieran salir de los límites de la autoridad que recibieron del Señor, y los que deben obedecer quisieran también mandar, todo sería una confusión horrible en el estado. Pero, si los reyes son prudentes y moderados en mandar, y los súbditos prontos á obedecer, ved ahí mantenida la pública tranquilidad, porque todo está en aquel orden, y en aquella subordinación y dependencia, con que subsiste esta sociedad de reyes y súbditos establecida por Dios.

Todo el mundo sabe, que los reinos más dilatados no son más que grandes familias, y que las familias más cortas pueden llamarse pequeños reinos; porque lo que el rey es en el reino, es el marido en su casa ó su familia; y los mismos principios que sirven á la prosperidad ó ruina de los reinos, sirven á la ruina ó prosperidad de las casas; y todos se reducen al orden establecido ó despreciado. Pero tomemos todavía una comparación más noble, más elevada y más santa, que nos da el grande apóstol S. Pablo: lo que Jesucristo es en su Iglesia, eso es un marido en su familia, y principalmente respecto de su mujer: *Vir caput est mulieris, sicut Christus caput est Ecclesie* (An epus, v. 25). Hasta este punto tan alto y tan sublime eleva S. Pablo la autoridad de los maridos, para que entiendan las mujeres, que la obediencia que los deben, no está fundada sobre la costumbre ó sobre la razon solamente, sino sobre el mandamiento de Dios, que así lo ordena.

Pecan pues mortalmente aquellas mujeres vanas y amantes de las modas del mundo, que mandándoles sus maridos se abstengan de ta-

les vanidades, de tales vestidos costosos, de tales concurrencias y visitas, porque el caudal no alcanza para sostenerlas, la casa se atrasa, las deudas se multiplican, y los acreedores no se pagan; ellas no los obedecen, siguen sus caprichos y quieren no ser menos locas que las demás, que malgastan sus bienes en estas misarrafas tan perjudiciales. Pecan también mortalmente aquellas mujeres, que no obedecen á sus maridos, cuando éstos los mandan cosas pertenecientes á sus buenas costumbres, como que dejen tal amistad, que no admitan en su casa á tal persona, que se empuenen en tal ó cual desorden que causa nota en el pueblo, que da motivo á muchos para murmurar, y se pierde la estimación y el buen nombre. Faltan también notablemente á su obligación aquellas mujeres, que cuando advierten que sus maridos entran de mal humor en casa, los irritan con palabras impertinentes, picantes y desabridas, hasta hacerlos salir de sí y prorumpir en maldiciones, juramentos y blasfemias, con que se escandalizan los hijos y criados, y se da mal ejemplo en la vecindad. ¡Ay, Dios mío! y cuánto hay de esto en el mundo! Cuántas mujeres hay, que aunque no alean la voz para contradecir á gritos lo que mandan sus maridos, están hablando ellas solas, murmurando entre sí ellas solas, sin haber forma de callar, aunque vean que por sus gestos, sus habladurías y terquedades se desatina el marido, y queda la casa hecha un infierno!

Padre, dicen algunas, que ellos son fieros, son atronados, son soberbios, y nada saben mandar con la dulzura y agrado que Vmd. les explicó; no nos quejamos de lo que mandan, sino del mal modo con que lo mandan. — Convento, señoras, en confesar de buena fe lo que decís. Falta á muchos maridos la prudencia para mandar, y les sobra la altanería y orgullo para incomodar á quien mandan; pero ahí está vuestro mérito, vuestra mayor corona, vuestra gloria. Si os mandaran con prudencia, con dulzura y con amor, ¡qué mucho hariais en obedecer! *Nonne et ethnicis hoc faciunt?* decía nuestro amable redentor Jesús, instruyendo á sus oyentes. Si amáis á los que os aman, si hacéis bien á los que os favorecen, ¿en esto qué mucho hacéis? hasta los gentiles lo hacen. Lo que debéis adelantar vosotros, como discípulos de mi escuela, es hacer bien á los que os hacen mal; amar á los que os aborrecen, y hacer oración por los que os persiguen. Esta misma doctrina, que aprendió de su divino Maestro, enseñaba S. Pablo cuando decía: se ha de obedecer no solo á los superiores buenos, sino también á los discípulos; y vosotros, señoras, estáis obligadas á obedecer á vuestros maridos, sean ellos buenos ó sean malos, siempre que lo que mandan, no sea contrario á la santa ley del

Señor. Yo estoy cierto de esta verdad de fe: *Respocans mollis frangit iram* (Paov. xv, 1): la respuesta blanda descompone y desharrata el fuego de la ira; igualmente esto seguro de que las réplicas duras, terreas y contumaces que les hacéis, no sirven de otra cosa que de aumentar el furor y alejar la paz y buena armonía de vuestra casa: *Sermo durus suscitavit furorem*, dice el Espíritu santo (Paov. xv, 4). Poned término á ese impetuoso torrente de palabras, con que sois capaces de sacar de quicio al mismo Job; callad y obedeced, y veréis florecer en vuestra casa la unión, la paz y la felicidad, por más áspero é intratable que os parezca vuestro marido.

Admirable prueba de esta verdad nos da S. Agustin, en su buena madre santa Mónica, pues, entre sus elogios, no omite el decirnos la rara prudencia con que ella ganó á su marido, aunque era el hombre más colérico del mundo. No lo consiguió, resistiéndole ú oponiéndose á su voluntad; no excusándose ella, y acusando á los demás. Su conducta fué más sabia y más cristiana, y ojalá que ella sea el modelo de las mujeres casadas de nuestros tiempos. Pero digámoslo con las mismas palabras del santo, para que lo escuchéis con más respeto. «Mónica», dice él, «habiendo sido criada según las más exactas reglas de la honestidad y templanza, y acostumbrada desde su infancia á vivir enteramente subordinada á la voluntad de su padre y de su madre, quiso obedecer también al que ellos le dieron por marido. Así le obedecía como si fuera su amo y señor, haciendo también cuando podía para ganarle el corazón, aunque ella no le hablase, sino por la bondad de su conducta y por sus costumbres irreprehensibles; por las cuales la hiciste, oh Dios mío, no solo amable á su marido, sino digna de su respeto y admiración. Por más infidelidades que su marido le pudiese hacer, jamás ella le hablaba una sola palabra sobre este particular: esperaba con paciencia que vuestra divina misericordia le diese la castidad con la fe. Porque aunque el fuese del mejor natural, se dejaba arrebatar tanto de la ira, que no se puede explicar; pero ella se había impuesto la ley de no resistirle jamás en sus pronos, ni hablarle entonces una sola palabra: esperaba á que volviese en sí, y entonces, con oportunidad, le daba rason de su conducta. Acontecía no pocas veces, que varias mujeres venían á hablarla sobre la condición dura y áspera de sus maridos y los malos tratamientos que les daban; y oyéndolas Mónica, con dulzura y afabilidad les decía: tened cuidado de vuestra lengua: callad, acordándoos que no conviene á las inferiores levantar cabeza en presencia de sus superiores. Si vosotras os acordaiséis siempre de esta verdad, no tendrías esos sentimientos, pues cuando os casasteis, bien podiais haber compren-

didio que era un contrato de servidumbre el que entonces hicisteis, Y cuando ellas se maravillaban de la paz que había en casa de Mónica, no obstante que ellas sabían el genio duro, colérico y arrelatado de su marido, y le preguntaban, ¿cómo podía ser esto? ella volvía á responderles lo mismo; esto es, que callasen y obedeciesen como ella callaba y obedecía, y así jamás entenderían los vecinos las desavenencias domésticas. Algunas tomaban el consejo, les iba bien y le daban las gracias; pero las que no lo observaban, continuaban en su infelicidad (AGUST. LIB. IX, CONR.)»

Aquí tenéis, señoras mujeres, el admirable ejemplo que os propongo, el mismo que S. Agustin proponía á las mujeres de su tiempo. No lo olvidéis jamás, si queréis experimentar en vuestra casa los dulces efectos de la paz y union mútua entre los casados. La Iglesia obedece á Jesucristo como á su cabeza y superior; vosotras debéis obedecer á vuestro marido como á vuestro superior y cabeza. Esta es vuestra primera obligación para con ellos: *Vir caput est mulieris sicut Christus caput est Ecclesie*. La segunda obligación es atender al gobierno interior de la casa cuidadosamente.

2. Cuando la union de la caridad reina entre el marido y la mujer, todos los bienes, dice S. Juan Crisóstomo (CHRYSTOST. IN GENES. NOMI. 38), les vienen con ella, porque este amor recíproco les atrae con abundancia las bendiciones de Dios. La experiencia de cada día acredita esta verdad: la paz hace en las familias lo que en los reinos, llenándolos de una feliz abundancia; pero, es del todo imposible establecer esta felicidad en los reinos ni en las familias, mientras que primero no se establece el orden en todas las cosas. De aquí se infiere, que entre las obligaciones comunes al marido y la mujer, no solo la costumbre aprueba, sino que la misma razon dicta, se divida y comparta el cuidado de la familia, de manera que el marido tenga el cuidado y el manejo de las cosas exteriores, y la mujer el de las interiores de la casa. Ved ahí el orden establecido en vuestro estado.

En esta division de cuidados, la parte más grande recae sobre la mujer, porque ella es principalmente la que debe atender á que todos los domésticos cumplan con su obligación, que los hijos sean educados en la piedad y santo temor de Dios, y que todas las demás cosas de comida, vestidos, muebles ó ajuares de la casa estén como corresponde. A ella pues le incumbe todo esto; pero siempre con la dependencia á la inspeccion general del marido. Dos cosas debe observar la mujer para cumplir con esta grande obligación: la primera, asistir en su casa con la mayor frecuencia; y la segunda, vivir en ella con la

mayor vigilancia. Cuando S. Pablo da reglas á su fiel discípulo Timoteo, para que instruya al pueblo que Dios le había encomendado, se las da para todos los estados y para toda clase de personas. Esto nos demuestra, que no solo no es ajeno de un ministro de Jesucristo el instruir á cada uno en sus obligaciones, sino que debe practicarlas así, diciendo á cada uno lo que debe hacer y lo que debe omitir para salvarse.

El santo Apóstol le dice á Timoteo, que reprenda á las mujeres ociosas, parleras, que andan de casa en casa, de corrillo en corrillo, turbando la paz de las otras familias, después de haber abandonado el cuidado de la suya y luchado á sus domésticos con sus palabras inútiles, y aún perjudiciales: *Simul autem et otiosas discunt circuire domos: non solum otiosas, sed et verbosas, et curiosas, loquentes quas non oportet* (Ad Timon. v. 15). Y á la verdad, señores, si un obispo no residiese en su diócesis, si un párroco abandonase su parroquia, si un rey se ausentase de su reino, ¿qué confusión, qué laberinto de desórdenes no se experimentarían en todas partes? Pues esta obligación que todos tienen á residir en su distrito, para atender al buen órden de sus respectivos súbditos, esa misma tenéis vosotras para asistir en vuestra casa, y no salir de ella sin manifiesta necesidad. Ved ahí vuestra obligación; ved la causa por qué debéis cuidar de vuestra casa, asistiendo en ella con la mayor frecuencia: *Domus curam habentes*, como decía también el mismo apóstol S. Pablo (Ad Tit. II. 5).

Puedan contra esta obligación las mujeres ociosas, que, sin gran necesidad, abandonan sus casas por andarse en romerías, en fiestas de novillos, en toros ó teatros, como si no tuvieran hijos que criar, criadas que instruir, ropas que coser, comida que guisar, y demás labores domésticas á que atender. Faltan también á esta obligación aquellas mujeres dejadas, desusadas y perezosas, que aunque están en su casa, andan sus hijos hechos un andrjgo, los vestidos de su marido rotos, los muebles de la casa hechos un asco, y todo hecho y sin consierto, por no aplicarse á coser, á hilar, lavar, barrer, y todo lo demás que conviene y debe hacer una mujer cuidadosa de su casa. Faltan también á su obligación aquellas mujeres ilusas, que bajo el pretexto de una mal entendida devoción, se andan la mayor parte del día de iglesia en iglesia, y cuando vuelven á su casa, es ya demasiado tarde, y como viene el marido y halla las cosas por hacer, se desatina, y lleno de furor da contra la mujer y sus devociones, contra sus consultas con el padre espiritual, y contra sus jubeos, comuniones y demás ejercicios espirituales; llegando el delirio de semejantes insen-

sas hasta pensar que todo es artificio del demonio para impedirles sus frecuentes confesiones y comuniones, y el estarse largas horas en la iglesia. ¡Señoras! señoras! no nos equivoquemos; no hay verdadera devoción donde falta el cumplimiento de la propia obligación. Sin poner por cimiento del camino del espíritu el exacto cumplimiento de las obligaciones del propio estado, es una necedad pensar andar un solo paso hácia la perfección. San Pablo, en la instrucción que da para las casadas, no hace mención de vuestros ejercicios: oíd sus palabras: *Volo ergo juniores nubere, filios procreare, matres familias esse, nullam occasionem dare adversario maledicti gratia* (I. Ad Timon. v. 14): quiero pues, dice S. Pablo, que las mozas se casen, que crien sus hijos, que sean buenas madres de familia, y vivan tan irreprochables que no den el menor motivo á los maldicientes para censurar su conducta. ¿Lo habéis oído? encontráis en estas palabras, que podéis salir de vuestra casa sin verdadera necesidad? Mirad como dije bien poco há, que vuestra primera obligación era asistir en casa con frecuencia: pero también añadí, que debíais vivir en ella con la mayor vigilancia. Porque ciertamente la mujer no debe estar en casa como un cuerpo muerto, ó un mueble inútil, sino que debe atender á que los hijos, las criadas, los criados, la comida de todos, el vestido de todos, la habitación de todos esté como corresponde; debe, en suma, atender á todo, para que en todo resplandezca el buen órden, que es el mejor adorno de las casas. Cuando Salomon forma el elogio de la mujer fuerte, no dice que sabía danzar con figuereza, tocar con primor los instrumentos músicos, adornarse con elegancia, andar con estudio, ó más bien con pasos meretricios, hablar de modas, tratar en encajes, blondas, flores y otras fruslerías; nada de esto dice, porque, en tal caso, no hubiera hecho más que formar la pintura de una infinitísima muheca: lo que dice de una buena mujer casada, es, que buscó lana y lino, y que lo trabajaba con sus manos; lo que dice es, que esta su honesta ocupación no la estorbaba el repartimiento de la tarea á cada uno de sus domésticos, ni el velar sobre que cada uno desempeñase su encargo; lo que dice es, que este buen gobierno de su casa ganaba el corazón de su marido, que confiaba en ella enteramente; y lo que por último dice es, que la mujer sabia edifica la casa, y que la mujer necia la destruye (Prov. xiv, 1). Esto es parte del hermoso elogio que hace Salomon de una buena mujer casada que asiste en su casa con la mayor frecuencia y vive en ella con la mayor vigilancia. Hacedlo así vosotras, y mereceréis, no reprehensiones, sino alabanzas por el exacto cumplimiento de vuestras obligaciones. Vamos abreviando esta doctrina, y digamos algo de la obligación

de las mujeres en partir con sus maridos los trabajos y tribulaciones que Dios suele repartirles.

5. La paz, la concordia y la verdadera union forman como el alma del cristianismo. Esta union les hace ser miembros de una misma cabeza, que es Jesucristo, y por ella san hijos de su propia esposa la Iglesia. Cuando esta tierra madre de todos los fieles ora, decia san Ambrosio, lo hace en nombre de todos sus hijos; cuando gime, es por todos sus hijos: todo es comun para sus hijos, oraciones, lágrimas, gemidos: *In commune orat, in commune operatur*. Por esta razon S. Pablo aconsejaba á los Colosenses (Ad colos. ii, 15), que se sufrisen mutuamente unos á otros, perdonando cada uno á su hermano los motivos de queja que pudiera tener contra el, para que se vea en todas partes, dice el apóstol S. Pedro (I Petr. iii, 8), una bondad compasiva, una amistad como de hermanos, una afeccion llena de ternura y una dulzura que gane los corazones, manteniendo la union que la sangre de Jesucristo, la participacion de unos mismos sacramentos y la esperanza de un mismo galardón ha establecido entre todos. Las personas casadas, no solo pertenecen á Jesucristo por esta union de todos los cristianos, sino que le pertenecen también, por representar con su matrimonio la admirable union de Jesucristo con su amada esposa la santa Iglesia.

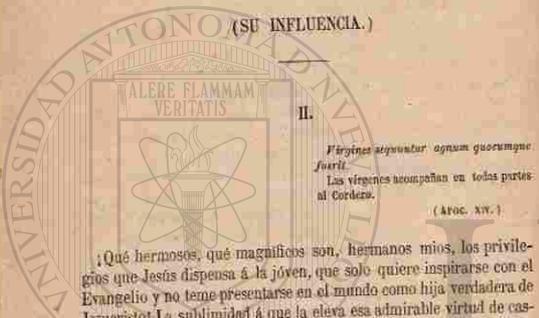
Por esta duplicada razon, están más obligadas las mujeres cristianas casadas que cualesquiera otras á tomar parte en los trabajos de su marido, y en los males de su casa, compadeciéndose de ellos y procurando su alivio. Con una compasion, digo, no inútil ó infructuosa como la de varias mujeres, que todo se les va en gemir y llorar inútilmente cuando les acontece alguna desgracia, sino con una compasion llena de caridad, que lleva con paciencia y resignacion los males que Dios envia; que busca en ellos el remedio que su Majestad intenta de la cambienda de nuestra vida por el misericordioso castigo de nuestras culpas, y que en todo adora la voluntad de Dios, sin la cual nada acontece en el mundo; con una compasion como la que tenia S. Pablo, cuando decia: *Quis infirmatur, et ego non infirmor?* (Ad cor. xi, 29.) ¿Quién de vosotros está enfermo, sin estarlo yo tambien por el amor que os tengo? Y es como si dijera: si el marido enferma, debe la mujer con una caridad sin limites asistirle, animándole y consolándole con aquellas bellas palabras de Tobias á su padre: *Forti animo esto, in proximo enim est ut à Deo cureris* (Tob. vi, 15): ten buen ánimo, y espera en Dios que curará tu enfermedad; y despues de consolarle de esta suerte, procurar que se llame á los facultativos, darle las medicinas y alimentos que ellos dis-

pongan, visitarle con frecuencia y procurar de todos modos su restablecimiento. No sea que si la mujer omite esta grande obligacion, oiga sobre si la maldicion de Dios en su formidable juicio, cuando diga: apartaos de mí, malditos, al fuego eterno; porque estuvé enfermo, y no me visitasteis. Y si la pobreza de la casa fuese tan grande que no pueda la mujer pagar á los facultativos, ni traer las medicinas necesarias, ni darle los alimentos precisos, ni acomodarle en una cama decente y limpia por la falta de ropa, de modo que pueda decir con David: *Infructa est in paupertate virtus mea*; en este caso, deponed la vanidad, desterrad la precancion que muchos tienen, y conducid vuestro marido al santo hospital, donde hallará cama, medicinas, asistentes y cuanto necesite. ¿Qué necedad, señoras mujeres! ¿qué estupidez! Exponer vuestros maridos á la muerte, por falta de la necesaria asistencia en vuestras casas, y no querer conducirlos á estos utilísimos establecimientos de la caridad! Extraña preocupacion! Lo mismo digo si el marido se hallase encarcelado, desterrado ó perseguido, pues debe la mujer visitarle y socorrerle por cuantos medios licitos la sean posibles. En suma, por no hacerlos interminables con la enumeracion de muchos casos en particular que pueden acontecer en un matrimonio, debe la mujer obedecer á su marido en cuanto no sea contrario á la ley santísima de Dios; debe asistir en su casa con la más grande vigilancia para apartar á sus hijos y domésticos de todo lo malo, y enseñarles con su ejemplo y doctrina todo lo bueno; y debe finalmente compadecerse con un amor tierno y activo de los trabajos corporales y espirituales de su marido y familia, y procurar su remedio, haciendo con él todos aquellos buenos oficios que ella quisiera se le dispensasen, si en semejante situacion se hallara. Estas son, señoras casadas, vuestras obligaciones: cumplílas, y haréis felices vuestros matrimonios: sed humildes, sed castas, obedientes, laboriosas, vigilantes, compasivas, *et Deus paxia erit vobiscum*; y el Dios de la paz será con vosotros, con vuestros maridos y vuestros hijos. Sufríos mutuamente unos á otros la diferencia de genios, la diversidad de opiniones, perdonándoos con facilidad vuestros defectos; llevad en paciencia y con un espíritu de verdadera penitencia los disgustos y trabajos de vuestro estado; y por último, amaos tiernamente en la caridad de Jesucristo, y seréis felices en la vida, más felices en la muerte y felicísimas en la gloria, que á todos deseo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu santo. Amen.

Voy, pues, á exponeros hoy la misión de la doncella en su familia y en el mundo. Pidamos antes los auxilios de la gracia. A. M.

## MUJER.

(SU INFLUENCIA.)



II.

*Virgines atque virgines optum quocumque fuerit.*  
Las vírgenes acompañan en todas partes al Corazón.

(APOC. XV.)

¡Qué hermosos, qué magníficos son, hermanos míos, los privilegios que Jesús dispensa á la jóven, que solo quiere inspirarse con el Evangelio y no teme presentarse en el mundo como hija verdadera de Jesucristo! La sublimidad á que la eleva esa admirable virtud de castidad que forma su más bello ornamento, la hace respetable á los hombres en la tierra y la promete los más hermosos privilegios en el cielo. ¡Dichosas las vírgenes á quienes adorna y santifica una heróica virtud, como la religion santifica los templos! ¡Dichosas vírgenes! floreced con el candor de la azucena, derramad los aromas de la gracia y de la piedad. El ilustre obispo S. Cipriano las llama flores olorosas de la Iglesia, obras maestras de la gracia, ornamento de la naturaleza, imágenes de Dios en que se refleja la santidad de Jesucristo, la parte más ilustre de su rebaño. Han empezado á ser en la tierra, añade, lo que un día seremos en el cielo. Después de los mártires, las vírgenes ocupan el primer puesto: igual valor, igual desprecio del mundo y de la carne. Es costoso subir á las alturas y encumbrarse á la cima de los montes. Así que una jóven toma el Evangelio por regla de su conducta, entra en posesion de la gloria.

¡Magnífico elogio, hermanos míos, para tantas jóvenes cristianas que tienen el noble valor de la abnegacion! Y sin embargo, el mundo es injusto con ellas, no toma en cuenta sus numerosos sacrificios; añadamos que el mundo desconoce su noble misión y no sabe la grande influencia que en premio les concede Dios sobre la familia en que las ha colocado.

1. Toda jóven que quiere conservar su dignidad, cumplir la alta y sublime misión que Dios la ha confiado, hasta que la dé otras bajo el título de esposa y de madre, debe desde luego penetrarse de que necesita conservar cuidadosamente su pureza y llenarse del espíritu de Jesucristo; solo con esta condicion tendrá influjo en la familia y en los que la rodean. Por más corrompido que esté, no puede menos el mundo de admirar la virtud, y en especial la de castidad. La jóven cristiana contiene en si misma todo lo necesario para ejercer una influencia legítima; no solo lo hará con las prendas corporales de que Dios la ha dotado: su pudor, su modestia, su abnegacion, su sinceridad, sus tiernas afecciones, la hacen todavía más amable. No la presta encantos el brillo de las pedrerías, ni la riqueza y elegancia de sus vestidos, fútiles y vanos adornos, sino todo lo que embellece el alma y el corazón: la abnegacion, el espíritu de sacrificio, la oracion del día y de la noche, la sencillez de costumbres, la modestia de las palabras, la resignacion en los males, la bondad, la tierna compasion; la serenidad de su frente, la calma y la paz del corazón que resplandecen naturalmente en el exterior y comunican á sus facciones cierta suavidad y ternura; sus ojos, su lenguaje, su porte sencillo, su paso modesto; su jovialidad tranquila y moderada, todo, en una palabra, agrada ó inspira el aprecio y la confianza; cual suave aroma cuya deliciosa esencia embalsama, no solo el vaso que lo contiene, sino tambien los objetos que lo rodean, ella espere en torno suyo el buen olor de Jesucristo y goza ya de una influencia legítima. Pero, lo que sobre todo la hace admirable y recomendable, es su pureza. Todo el mundo comprende los grandes sacrificios que han de hacerse para practicarla; nadie ignora lo que cuesta ser fiel á las leyes de la castidad cristiana; luchas violentas, guerra sin tregua; necesitan un alma fuerte, una resolucion perseverante para triunfar de las impresiones de los sentidos, para andar sobre avasos sin sentir la llama, y en medio de las espadas sin sufrir heridas. La castidad es un combate encarnizado contra la frágil naturaleza: es la vida de los ángeles en una carne débil; es una lucha perpétua entre el cielo y el inferno, entre la muerte y la inmortalidad. Ved ahí lo que todo el mundo comprende, y lo que hace á una jóven cristiana cara y respetable á su familia y á cuantos son testigos de su virtud; ved ahí porque la gente se halla tan bien dispuesta á complacerla, á concederle lo que desea su alma para.

Ahora bien; ella se vale de esa legítima influencia, fruto de sus virtudes, para hacer amar la justicia, la religión, la piedad, empleando sus ejemplos, su palabra, y, en caso necesario, sus solícitas exhortaciones. Eso es lo que hacen cada día un sin número de jóvenes cristianas, que con el ascender de sus amables virtudes, obtienen con frecuencia tan hermosos triunfos, inscritos en el gran libro de las recompensas.

Anol, es una amable y virtuosa hermana, que lamenta los desórdenes y la vida licenciosa de un hermano querido: es buena, indulgente, cede á todo lo que puede agrandar; pero expresa fácilmente, en medio de las expansiones de la más exquisita ternura, que desea con ahínco una conversión á Dios, á la virtud. Sus ruegos, sus instancias, sus gracias ingenuas, todo parece inútil. El pobre niño perdido ama á su hermana; pero, resiste á sus ardientes súplicas y hasta se burla de lo que llama fanatismo y exigencias exageradas. De repente, la joven cae enferma y asombra á toda la ciudad con su paciencia, su resignación, su evangélica mansedumbre, en medio de los más vivos sufrimientos. Habla á su hermano, á quien ve llorar junto á su lecho, le hace sus últimas recomendaciones; el hermano vacila, camina incierto, y empeñase en su corazón un rudo combate. Al fin triunfa la gracia; cae de rodillas y exclama: Satisfecha estarás, ángel mío: me rindo, soy cristiano.

Allí, es una joven virgen, débil y doliente, encerrada en la oscuridad de una casa de campo, practicando lejos del mundo las humildes virtudes cristianas. Sus encantos causan más efecto en el corazón de su hermano, vuello del campo, que los medios más persuasivos á los ojos de la sabiduría humana: él ha visto la desgracia de los mundanos que solo buscan los placeres y la gloria; ha oído á los mejores predicadores de la época, y ha sido objeto de las gestiones de los más santos directores á quienes su familia le había dirigido secretamente. Todos esos medios han fracasado. Su piadosa y amable hermana es quien, en los designios de Dios, debe persuadir á ese joven por tanto tiempo insensible y rebelde; él nada puede negarle; porque la ama; ella obtiene poco á poco de su hermano las prácticas religiosas, y al fin le conduce insensiblemente á la virtud. Él había dicho á Dios: No serviré, satisfaré mis pasiones y me libraré de todo yugo. Creíase bastante fuerte para luchar contra el cielo, y hé aquí que los encantos de su virtuosa hermana le vencen como á un niño.

Allá, es una amable hija, justamente amada de su padre, la cual se insinúa diestramente en su ánimo, granjease su confianza, forma el consuelo de su vida, y á fuerza de atenciones y cuidados, de afecto

sincero, le inspira amor al deber, creencia en Dios y en la virtud, y le lleva á la práctica de los deberes por él desatendidos desde hace tiempo.

Acullá, es otra hija tan exacta en sus deberes de familia, tan amable, tan obediente, que impresiona el corazón de una madre ¡ah! no muy fiel por su parte. La conducta de su hija es una lección continua y una reconvención perpetua para esa madre ligera, que se avergüenza por fin y se reconcilia con Dios, que hace dichosa á su hija.

2. Y la doncella no ejerce solamente su virtuosa influencia en la familia, sino en toda la sociedad. Su exterior modesto y gracioso, su porte sencillo y recogido, todo en ella alienta á la virtud. Muchas veces sin duda habreis encontrado á una de esas jóvenes vestidas de azul, llevando por cinturón un cándido cordón, y cuyos cabos penden graciosamente hasta el suelo. A despecho de vuestras preocupaciones, de seguro no habreis hecho tal encuentro sin que un pensamiento de inocencia ó de virtud se haya deslizado con paz y ventura en vuestra atareada alma; pues á los celestiales matices, que reflejan aquellas tónicas azules, se asocia el pensamiento de la dicha que proporcionan la paz del alma y la pureza de la vida.

¡Ah! vosotros, mundanos que abrigáis un corazón gastado y consumido por un pasado sin virtudes; no podéis comprender bien el fervor y amor, la inocencia y candor, la nobleza y santa caridad que encierran las almas tan hermosas de esas sencillas y castas jóvenes; con todo, su traje debe pareceros perfumado de divinos y misteriosos pensamientos: su vestido de un azul peregrino parece traído por mano de los ángeles; no parece sino que María ha formado sus graciosos pliegues y que ella misma ha añadido el blanco cinturón de lana.

Jóvenes, pasad sin temor: las miradas de todos se bajarán respetuosamente. Vuestro paso es muy honesto y los perfumes que dejais en pos muy suaves para que tengáis nada que temer; pasad... ¡Cuántas dichosas sois, amando así á María, á la soberana del cielo! Llevadlo mucho tiempo ese hermoso vestido; él ocultará aún mejor á los ojos del profano vuestro vestido de inocencia. Llevadlo mucho tiempo el vestido de la Virgen, y tendreis mucho tiempo vírgenes los corazones. El mundo os habrá ya borrado de sus fiestas; vuestro piadoso traje sentaría mal en medio de sus galas mundanas y tan pronto ajadas. Pero vuestras propias fiestas son bastante hermosas.

¿Habeis visto tambien, hermanos míos, esos coros de vírgenes cuando rezan el rosario al pie de un altar de la Madre de Dios? ¡Qué

mélancofíca y tierna, qué llena de indefinible armonía es aquella voz piadosa que se oye en el fondo del santuario y que sola interrumpe el silencio de la santa casa! Pero, escuchad... otras voces responden. Son santas y jóvenes doncellas que rezan el rosario. ¡Cuán recogidas están! ¡ Con qué fervor oran! el devoto de María tiene un corazón muy amante. No es verdad, mancebo, que esas dulces voces, que rezan el rosario, guirnalda de misterios y de amores; no es verdad que esas voces, que resuenan armoniosas en los tabernáculos de Dios, penetran profundamente en tu corazón? Sabes por qué esas jóvenes ruegan á María con tanto fervor? Porque tienen un corazón tierno, benéfico, compasivo. Ellas ruegan por todos los que sufren ó se hallan necesitados; sienten sobre todo una tierna compasión por sus hermanos en Jesucristo, que se descarrian en las sendas de la duda, de la indiferencia y de las malas pasiones. En sus corazones hay como torrentes de beneficencia; ellas supplican con lágrimas en los ojos á la Madre del pecador, que le convierta á Dios. ¡ Oh! coroné el cielo sus deseos y ruegos, pues también por tí ruegan é interceden cerca de María. Una de ellas, cuando sus compañeras iban á orar, ha dicho por todas: Roguemos por los pecadores, roguemos que María les convierta y salve; ofrezcámos por ellos nuestro rosario. Y ved ahí porque tantos pecadores que habían vivido apartados de Dios, vuelven á mundo, despues de participar de los dolores del mundo, á regar humildemente de lágrimas amargas los altares de María, como antiguamente Magdalena los sagrados pies del Salvador. Eso nos explica tantas conversiones súbitas ó progresivas, de las que el mundo á veces se admira, porque no comprende que María desde el cielo ha escuchado á la humilde virgen, que la ha pedido con tanta pureza de corazón su poderosa intercesión en favor de tantas almas extraviadas que se pierden.

Comprended pues bien, doncellas, la alta y sublime misión que Dios os ha dado en la tierra: misión grande, magnífica. Ya veis que se trata de ser apóstoles de la virtud en vuestras casas, y modelos de piedad en el mundo; pero, para eso es absoluta y necesariamente preciso, que seáis virtuosas, piadosas. Trabajad pues cada día para crecer en virtudes cristianas; ejercitadas particularmente en la modestia, adorno y esendo de la virgen cristiana. Pensad que todo lo habeis recibido de Dios, que os pedirá cuenta del talento, ó de los diez talentos que os haya confiado, y haceldos fructificar al céntuplo. Así lo seréis gratos y merecereis entrar un día en el reino de los cielos.

## MUJER.

(SU INFLUENCIA.)

### III.

*Mulieris subditio sicut viris suis: ut et si qui non credunt verbo, sine verbo lucrifant.*  
Las mujeres sean obedientes á sus maridos: á la de que con esto, si algunos no creen por la producción de la palabra, sean ganados sin ella.

(1 Petr. II, 1.)

Mucho se ha hablado y escrito, particularmente desde hace medio siglo, de la cuestion del matrimonio. Los filósofos han trabajado mucho para encontrar su verdadera constitución; los legisladores han procurado infructuosamente fijar los derechos y los deberes de los esposos; y despues de tantos estudios é investigaciones, todos en el día están ménos de acuerdo que nunca sobre esta importante y fundamental cuestion. Yo abro el Evangelio, y en dos palabras veo claramente trazados los derechos y los deberes de los esposos: en dos palabras hallo la solución de todos los problemas que ni filósofos ni legisladores han podido resolver. Hé aquí estas dos palabras: hombres, amad á vuestras esposas; mujeres, estad sujetas á vuestros maridos, si son cristianos. Ved ahí resuelta toda la cuestion, hermanos míos; ved ahí allanadas todas las dificultades que han embarazado á los sabios y á los políticos. Amé el marido sincera, eficaz y constantemente á su esposa, y la hará feliz; déjese la esposa gobernar por su marido, sea su grata y fiel compañera, y hará su dicha, y la familia estará fuertemente constituida, y la sociedad, basada en la familia, será fuerte y próspera.

Mas ¡ ay! ¡ cuán diferente es lo que pasa hoy día! Los matrimonios están desunidos, porque no son más que un negocio de interés, y la palabra de Dios está muy lejos del hombre que contrae matrimonio. El Estado está alterado porque ya no hay amor ni virtudes de familia. La joven esposa no prodiga ya á la familia ni á la sociedad

los beneficios que tenía la misión de derramar en ellas, porque esta misión sublime que recibiera de Dios, ya no está preparada, ni es dada ni apreciada.

Sobre esa misión sublime de la mujer, considerada como esposa, quiero llamar hoy un poco vuestra atención. La ventura de toda la sociedad depende de la familia, y ya sabéis que la esposa hace la familia á su imagen y semejanza.

¿Cómo llega á ejercer en la familia el sacerdocio sublime de hacerla honrada y dichosa? Cúmplole con la triple influencia que ejerce en el ánimo, en el corazón y en la voluntad de su esposo: 1.ª con la influencia que en su ánimo ejerce, cultiva y suaviza las costumbres; 2.ª con la que ejerce en su corazón, le hace creer en Dios y en la religión; 3.ª con la que ejerce en su voluntad, le induce á practicar la virtud. Os lo demostraré despues de haber implorado los auxilios de la gracia. (A. M.)

4. La esposa que llena bien sus deberes, es una escuela perpétua de dulzura y de humanidad. Al recorrer los anales de la historia hallamos en todas partes la influencia blanda y persuasiva de la mujer, dulcificando las costumbres salvajes, domando con la gracia y la suavidad los caracteres más feroces. Hay en las miradas, en el sonido de la voz, en los ademanes y expresiones de una mujer suplicante una fuerza irresistible que triunfa de los más duros corazones. Ved á Genoveva, á la virgen de Paris, Atila, el feroz rey de los Hunos, acostumbrado á la sangre y á la carnicería, marchaba á la cabeza de un numeroso y formidable ejército. Ya la Alemania habia experimentado los tristes efectos de su furor: ya la Francia estaba inundada por aquel impetuoso torrente que sembraba el terror y el espanto y llevaba á todas partes el estrago y la desolación. ¿Qué oponerle, y cómo conjurar aquella horrorosa tempestad, de que estaban amagadas tantas provincias? ¿Será con las súplicas y con las exposiciones de los hombres más principales, que hacen sucesivamente y sin cesar nuevas tentativas para aplacar al temible conquistador? Enegrido con sus triunfos, Atila es más audaz é intratable. ¿Será con la multitud de los combatientes? Pero todo cede á su presencia y á su paso; no hay obstáculo que le detenga. ¡Ah! cristianos, acórcase emperó la hora en que el cruel tirano debe verse vencido, en que todas sus fuerzas van á ser impotentes, en que aquel tizon humeante, como dice Isaias, será apagado; y ¿cómo? bastan para ello algunas lágrimas y la mirada piadosa de una jóven piadosa. Si, esas lágrimas y esa mirada bastan; tórbase el enemigo, llénase súbitamente de pavor, y aquel

formidable ejército es vencido, disipándose la tempestad como el humo.

Lo que hicieron las lágrimas y los ruegos de Genoveva en el corazón del bárbaro Atila, la palabra y los buenos ejemplos de una mujer virtuosa, lo hacen cada día en el corazón demasiado duro de su esposo. El ascendiente de una virtud dulce y afectuosa lo templó y suaviza todo: es un calor benéfico que derrite los hielos de los montes escarpados.

2. Pero despues de subyugar con la dulzura ese carácter tan altanero, y de disponerle á las gratas atenciones de la familia, la esposa le induce tambien insensiblemente á creer en Dios, á amar esta religión que inspira tanta abnegación y que tiene el privilegio exclusivo de dar al corazón el poder de amar siempre.

Una esposa cristiana, firmemente convencida de las verdades de la Religión, y que desea formalmente salvar su alma, no puede ménos de tratar de comunicar á su marido sus convicciones y su felicidad, máxime cuando su fe peligró y se ve amenazada de perderla si consiente en vivir con su consorte impío é incrédulo, sin procurar inducirle á sus creencias religiosas.

Una esposa cristiana é inteligente trabajará pues necesariamente en inducir á su marido á la fe: le hará amar esta Religión que la constituye tan amable; desvanecerá las preocupaciones que podiera tener contra la devoción cristiana, mostrándole cada día esta devoción tan grata, tan amable, tan atractiva. Permitid que os cite aquí un ejemplo en corroboración de esta verdad.

En el año 494 de la era cristiana, una horda de bárbaros del Norte, acunthillados por un jefe jóven y valiente de su propia elección, hicieron una irrupcion en las Galias; eran los francos, pueblo bravo y guerrero, que habian puesto á su cabeza, elevándole sobre sus escudos, á un jóven soldado de quince años, por nombre Clodoveo. Este jóven, que reveló desde luego un carácter emprendedor y miras profundamente auidaces, no tardó en internarse más en las Galias, y pronto se hizo dueño de parte de aquel país, arrancándola de la dominación romana. Fue rey de los francos; habia elegido por esposa á una jóven princesa, cuyo nombre era Clotilde. Concurrían en ella una verdadera y sólida piedad, y todas las gracias de la juventud y de la hermosura. Amóla tiernamente su esposo, cuyo carácter feroz y bárbaro templaba ella un poco cada día. No tardó Clotilde en ejercer sobre la misma nación de los francos el imperio irresistible de que Dios ha dotado la virtud de una esposa jóven. Protegió los lugares sagrados, hasta entónces tantas veces robados é incendiados, y á los

ministros del Señor contra el furor de la soldadesca de aquella época salvaje. Los francos se decían entre sí, maravillados de su gracia y hermosura: el Dios á quien adora, será un Dios bueno y poderoso; ella ruega por nosotros, y su Dios nos dá la victoria; ella socorre á los desgraciados, visita á los heridos y les dice palabras misteriosas que adormecen sus dolores. ¿Quién es pues el Dios de los cristianos? Y ya con la dulzura, ya con la beneficencia, hacia creer en Dios. Cada día hablaba del Evangelio al rey de los francos, suplicábale flosca que renunciasse á sus sangrientos ídolos, á quienes veneraban los francos, y tomase á Jesucristo por su Dios. El rey Clodoveo estaba conmovido, mas no se atrevía á renunciar á las creencias de sus abuelos, por temor de que los francos, airados, desertasen de sus enseñanzas.

Dios quiso enseñar al mundo lo que puede una mujer virtuosa en el corazón de su marido. Conmovido por los ruegos de Clotilde, hizo nacer una circunstancia en que el rey de los francos invocó la protección divina, en una batalla decisiva que hubo de librar á los alemanes en las famosas llanuras de Tolbiach. El primer choque fué terrible. Aquella vez los francos retrocedieron con grandes pérdidas. El rey Sigoberto, aliado de Clodoveo, que había acudido á sostenerle con su ejército, cayó peligrosamente herido en el campo de batalla, y el ejército de los francos comenzó á desbandarse. Al ver aquello, lanzóse Clodoveo en medio de sus soldados, réñeles con voz poderosa, y abando las armas al cielo: «Bien veo, dice, que los dioses de mis padres son impotentes... Dios de Clotilde, hazme triunfar de esos alemanes que me han atacado injustamente, y te prometo abrazar tu culto.» Dice, y conduce otra vez á sus soldados al enemigo. Pocos momentos despues, el rey de los alemanes es muerto, sus soldados huyen inmediatamente, y luego, arrojando las armas, preséntanse á Clodoveo, se la someten y le reconocen por su rey.

La victoria de Tolbiach, que tan alto puso el poder de Clodoveo, alborozó el corazón de la santa esposa; hizo que se presentase en medio de los francos S. Remigio, obispo de Reims, y ambos les predicaron la fe de Jesucristo durante muchos meses. El día de Navidad tuvo lugar un grande acto en la iglesia de Reims: el rey Clodoveo, seguido de los principales de la nación, fué á las puertas de la catedral para pedir el bautismo y adorar al Dios de los cristianos que le dió la victoria. Despues los reyes francos recibieron tambien el bautismo, y Clotilde, esposa cristiana que habia comprendido noblemente su misión sublime, fué la que preparó á la Francia los beneficios que debió á la fe del Crucificado.

5. Figurémonos uno de tantos hombres como se encuentran en

el dia, extraviado temprano por las malas compañías, entregado al triste hábito de placeres groseros y brutales, olvidado de su Dios y de su deber. Cree ó no cree, segun los negros vapores que se elevan del fondo de su corrompido corazón eclipsan más ó ménos la luz divina y los resplandores celestes. Si elige á una mujer que se le parezca ó que no tenga la inteligencia de su noble misión, una mujer que se preste á todos sus caprichos, que como él no se ocupe más que con una vida sensual, está perdido, y con él, la familia. Pero si, por el contrario, encuentra ese hombre una mujer que sepa cumplir sus deberes conyugales, ¡oh! entónces ese hombre entrará infaliblemente en el camino de la virtud, por más apartado que de él se va.

Quando haya vivido durante algun tiempo en la intimidad de su inteligente y virtuosa consorte, habrá advertido mil veces, que ella ha comprendido con admirable discernimiento lo bello de la Religion y lo tierno del amor. La verá amar á Dios con amor ardiente; la verá capaz de un noble entusiasmo por todo lo verdadero, justo y hermoso; atenta á hacer todo el bien que puede, y enemiga irremediable de toda accion moralmente baja. A todos esos méritos, verá agregarse un entendimiento cultivado, sin que ella trate de hacerlo brillar; un corazón distinguido, aunque entre tanto se manifieste la más humildad de las mujeres; todas sus palabras, sus acciones todas respiran bondad, elevacion de sentimientos, una firme voluntad de cumplir sus deberes, una atencion continua á no causar pena á nadie, á consolar á los afligidos, á usar del vacante que egrece para encolmeceer los pensamientos ajenos, una generosidad admirable en olvidarse, en sacrificarse por la dicha de cuantos la aman. ¿Cómo pues, no estimaría ese hombre una virtud que hace tan amable á su esposa?

Pronto viene á ser ella su ángel tutelar: revélase á él como una expresion viva de Dios, que le manda huir de toda bajezá y hacer todo lo que es loable; él procura merecer su aprobacion y obrar de modo que aquella hermosa alma pueda congratularse de tenerle por amigo. La es fiel para ser justo, para pagar este legitimo tributo de homenaje á tanta virtud; para elevarse á la altura de un sér que le parece tan superior. Hallase dispuesto á estorzararse generosamente para hacerse digno de ella; y un hombre que á tal punto llega, está ya para entrar en el templo de la virtud.

Confesemoslo, hermanos míos, precioso tesoro para un hombre es una mujer cristiana que lo ame; quando ella ha comprendido su misión de esposa, despues del ángel, ningún sér sabe amar como ella y nadie tiene tanta abnegacion por aquellos á quienes ama. No hay corazón de que el amor brote con más abundancia y calor que del de

una esposa semejante. La ternura no tiene manantial más fecundo, ni la abnegación abandono más sublime, ni el sacrificio acciones más santas y más acabadas que las de su corazón.

La placidez de su mirada calma las tempestades que agitan el corazón del hombre, y el rayo que abispen sus ojos hace lujar un fulgor de esperanza en los sombríos abismos del dolor; su palabra serena la frente oscurecida por la cólera, y atrae los santos pensamientos; el hábito de su boca comunica el calor al alma que el egoísmo de los hombres ha helado; el corazón volitivo que iba á extraviarse en los senderos de la voluptuosidad y del placer, se enamora de sus sonrisas como de un seductor incentivo, y su seno es, para quien, abandonado de todos, iba á caer en el abismo, lo que una rama de árbol para el que se ahoga. Las virtudes de su alma impiden al hombre dudar del bien; su fe hace creer en Dios, y su esperanza, en la vida futura. Los inagotables tesoros de su caridad hacen creer en el cielo y saborear de antemano los frutos de la patria celeste; su oración se extiende cual una sombra protectora sobre todas las virtudes de la familia. Desde entonces el esposo llama á su compañera su ángel custodio, y déjase luego llevar á la práctica de las virtudes cristianas.

Jóven, que te preparas para el matrimonio, cerciórate de las cualidades de aquella con quien habrás de pasar todos los días de tu vida; solo con la siguiente condición puede ser feliz un matrimonio; cada uno de los dos esposos debe prescribirse por primer deber esta inalterable resolución: Yo quiero amar siempre el corazón al cual he dado poder sobre el mio. Si la elección se hace bien, si uno de los corazones no está ya corrompido, es imposible que se corrompa, cuando el otro le colma de atenciones delicadas y de un noble amor.

Y cuando la hubiéres dado tu fe y hubieres recibido la suya, no tema tu alma calentarse con la mayor frecuencia posible á la suave luz de su mirada; abraza tu corazón entero, déjala apoyarse en la fuerza de tu brazo y en tu fidelidad. Este Dios siempre presente en vuestras pláticas, y nunca se encuentren vuestros corazones fuera del pensamiento del Hacedor; adoradle juntos para que podáis identificáros en la misma oración, y hablad á menudo juntos del modo que hablan los ángeles; entonces descenderá Dios en medio de vosotros y vendrá como en los primeros días á visitar el paraíso terrenal de vuestro corazón, y hablará familiarmente con los pensamientos y deseos de vuestra alma.

Ya veis, carísimos hermanos, lo que sería la sociedad si la mujer, antes de contraer matrimonio, hubiese bebido en el Evangelio las nobles inspiraciones de la vida, y si los maridos no impidiesen, como

suelen hacerlo, el cumplimiento de la sublime misión de la esposa. Vérase surgir un nuevo orden de cosas, que ofrecería entonces el reinado del Espíritu Santo. La familia sería próspera, la sociedad fuerte y feliz, y el cielo se poblaría de escogidos.

## MUJER.

(SU INFLUENCIA.)

### IV.

*Sicut qui thesaurizat, ita et qui honorificat materiam suam.*

Como quien acumula tesoros, así es el que tributa honor á su madre.

(ECCLES. III, 5.)

Uno de los medios más poderosos de remediar los males de la familia y de la sociedad, es la educación de la juventud. Cultivando la inteligencia y el corazón de la infancia, é imprimiéndoles una buena dirección, se prepara el bienestar de las familias y la prosperidad de las naciones. No hay persona formal y juiciosa que no esté penetrada de esta verdad, la cual fué conocida de los mismos paganos por la gran claridad con que se manifiesta á todo entendimiento.

Sería por cierto un acto de muy poca discreción, carísimos hermanos, citar la estabilidad de un Estado en intereses puramente materiales; como suele hacerse hoy día. Perfeccionad la agricultura, y prevalece una hambre; con un comercio floreciente multiplicáis las riquezas; una población siempre creciente y ejércitos bien disciplinados, inspiran terror á las naciones rivales; el esplendor de las artes y de las ciencias da una honrosa supremacía sobre los demás pueblos; ingeniosas combinaciones políticas y la habilidad del diplomático equilibran los intereses y las pasiones; esos, lo confesamos, son bienes preciosos, apetecibles, pero que no bastan para constituir un pueblo feliz; con todas esas brillantes exterioridades, se puede estar muy cer-

ca de la ruina. Lo que ante todo se necesita, es la estabilidad en las instituciones, la obediencia á las leyes, la subordinación á la autoridad, el respeto á los principios de la eterna justicia. Necesitanse costumbres públicas; en la familia, la autoridad paternal, la piedad filial, la union conyugal, la fidelidad de los criados, las virtudes domésticas; en la sociedad, la probidad del comercio, la fidelidad del artesano, la bondad del rico, la moralidad del obrero, la sensibilidad del industrial, el desinterés del magistrado, la virtud honrada, el mérito premiado, el crimen condenado; ved ahí lo que forma la vida de una nación y lo que solo puede ser fruto de una educacion sólida.

Ved, amados oyentes, ved el orden social alterado hasta en sus cimientos, oíd el impetuoso huracán de las revoluciones que lo destruye todo sin edificar nada en cambio; contemplad los pueblos, cansados de vivir en medio de los escombros, caminando por un terreno siempre minado bajo sus pasos. La sociedad está herida en el corazon, y esta llaga mortal la hará caer en disolucion, si no se la aplica un pronto remedio. ¿Qué remedio es ese? Una buena educacion de la juventud; pero esta educacion debe prepararla principalmente la madre de familia, formando el *entendimiento*, el *corazon* y el *carácter* del niño. Solo á ella está reservada esta sublime y noble iniciativa, como vamos á demostrarlo, después de haber implorado los auxilios de la gracia. A. M.

1. En la actualidad, toda la Europa está buscando los medios de calmar el huracán impetuoso de tempestades y revoluciones que sucesivamente estalla sobre cada Estado. Pobres pasajeros en esta tierra de pasiones y tinieblas, nos agítamos para sorprender las revoluciones en su curso y para sacar de ellas el triunfo de nuestros sistemas y esperanzas; y vemos que nuestras disputas no fundan cosa alguna porque se nos escapan las generaciones. La educacion es todo el porvenir: la educacion es la razon y el fin de todas las revoluciones; la educacion puede disponer un pueblo á la anarquía, á la esclavitud, ó á la libertad.

El que en el silencio y retiro de la familia se ocupa en preparar entendimientos rectos, justos, y de buen temple, trabaja más para el bien de la sociedad y se muestra mucho más previsior, que el que procura dominar los partidos con la autoridad, ó el talento, ó el ardor de las intrigas. Este obra sobre un presente que se le escapa, mientras el otro se endereza á lo porvenir.

Pero ¿quién más que una madre inteligente podrá contribuir á reformar el espíritu de una sociedad, á modificarlo, á encaminarlo á lo

verdadero, única direccion que le impide extraviarse? Veda con su tierno hijo de cuatro ó cinco años; el niño es curioso y hace cada dia mil preguntas; pues la pobre criatura no sabe por sí mismo y necesita aprenderlo todo. La jóven madre responde á todas sus preguntas, dándole sobre cada objeto ideas precisas y claras; le enseña á juzgar de las cosas, no por las apariencias, sino por la experiencia ó la alta razon de Dios; enséñale á desconfiar de los sentidos, de sus deseos harto vivos, y hácele comprender que es menester preferir el sentido comun, el conocimiento de todos, á su propio conocimiento y á su propio parecer. ¡Dichoso niño! yo deseé verle mucho tiempo en el regazo de su madre, no para que recibia caricias que le corrompan, sino consejos y conocimientos que le preparen un entendimiento recto y elevado, para vivir un dia en la sociedad: dirigiendo suavemente sus primeros pasos, y consolando sus primeros dolores, le inspirará los primeros pensamientos y le proporcionará las primeras luces. Le hablará de Dios antes que todos, y le abrirá los ojos sobre este vasto universo. Por la noche, al aspecto de un cielo estrechado y resplandeciente de luces, sumirá su jóven alma en la inmensidad y hará brillar en ella las ideas más grandes y sublimes; le contará algunas de las maravillas de la creacion, y ya le hará comprender las ideas filosóficas de Dios, de los ángeles y de nuestro destino; le dirá que todo nace y muere, ménos Dios, ménos el alma, y de este doble milagro de la vida y de la muerte hará deducciones que el niño ya sabrá entender. Al enseñarle uno que ha pegado á su compañero, le dará una idea exacta de la bondad y de la justicia; al mostrarle un pobre, le dirá que todos somos hermanos y lo que debemos hacer para no caer en el mismo estado; y así, sobre cada acontecimiento que sorprenda los ojos de su hijo, formará un entendimiento justo, un juicio sano, un raciocinio sólido; pues el lenguaje de una madre es claro, limpió, hace adivinar lo que aun no puede concebirse. Ved sino al niño que ruega á Dios, arrodillado en el regazo de su madre, con las manos juntas, baja la vista y atento el ánimo. ¿De qué dimana ese poder? La oracion es una elevacion del alma á Dios, es un acto sublime. ¿Por qué este niño juguetón y travieso es capaz de subir así á los cielos, de hacer la accion de un filósofo? Este milagro es de la madre. El niño aun no sabe nada, y Dios le es ya presente; Dios, sér misterioso que ejerce la inteligencia de los génius más profundos! ¡Oh ciencia de una madre, cuán grande eres, y qué bien sabes comunicarte al niño!

2. Pero la madre, sobre todo, forma perfectamente el corazon del niño. La tarea de educar á un hombre no consiste solo en el desarrollo de su entendimiento; el entendimiento es una de las facultades del

hombre, pero no todo el hombre; el hombre tiene tambien un corazon que es menester hacer bueno, sensible y compasivo. Dad toda la savia de un árbol á una sola rama, y las demás languidecen; quedando solamente á nuestros ojos la vista de un objeto monstruoso. Esto sucede con harta frecuencia entre nosotros; una sola facultad le absorbe todo, y uno se cree bastante hombre si es bastante inteligente. ¡Error deplorable, funesto! Para nada es bueno el hombre con solo el cultivo del entendimiento. Los conocimientos humanos, sin la moral que rige al corazon, conducirán al hombre á la barbarie; no son más que artes, oficios, diversiones, y á veces instrumentos terribles de destruccion. Sin las virtudes del corazon, esos conocimientos han redundado siempre en grandísimo perjuicio de la sociedad.

El objeto principal de la educacion no consiste, pues, en multiplicar sabios, sino en hacer que cada ciudadano sea capaz de cumplir su destino particular, en preparar á la familia y á la sociedad hombres que les procuren todo el bienestar, todo el esplendor y toda la fuerza que tienen derecho á esperar. Adquiriendo las nociones fundamentales de la ciencia, el niño debe pues recibir las lecciones fundamentales de la moral y de las virtudes cívicas. La sociedad no pide solo hombres instruidos, sino, ante todo, ciudadanos generosos, buenos padres de familia, hombres honrados y virtuosos. Un pueblo compuesto solamente de literatos y sabios no podría existir en sociedad, en razon á que la sociedad tiene condiciones materiales que los sabios y los literatos no pueden ni quieren cumplir.

Ahora bien, hermanos míos, ¿quién preparará á la familia y á la sociedad esos hombres virtuosos, sensatos y honrados, esos ciudadanos generosos? ¡Oh! sin duda, será, sobre todo, la madre de familia que comprende su noble y sublime mision, y forma temprano el corazon del niño. Desde la más tierna edad, cuando ese dichoso niño gusta aún de mantenerse en su regazo, apoyado en su corazon de madre, allí forma el suyo, allí recibirá todas las inspiraciones, todos los nobles sentimientos que le guiarán más tarde en la vida del hombre. No bien ese niño comienza á distinguir el bien del mal, verá derramar lágrimas. La madre le enseñará esas lágrimas vertidas por infortunios reales, por la pérdida de parientes y amigos, por las vicisitudes y aflicciones de las familias virtuosas; le enseñará á ser sensible á ellas, compasivo, no con aquella sensibilidad novelesca que es una especie de febre, de manía, y es casi siempre un mal, á menudo una ridiculez, sino con aquella sensibilidad que forma parte de la sabiduría. Es una sensibilidad reflexiva, que contiene en sí el sentimiento profundo de las miserias de la humanidad.

Esa madre formará á su hijo en las dulces afecciones de la familia, las únicas que debe conocer, y que en adelante harán su ventura, y así lo preparará para evitar un día las afecciones turbulentas y desmoralizadoras de la juventud; esas afecciones licenciosas de las pasiones que envenenan toda la vida; esas afecciones llenas de emociones teatrales, que falsean el sentimiento, desencaminan al corazon de su fin y solo engendran pensamientos bastardos, ilusiones y vanos deseos.

La madre hará saborear á su hijo la decencia del lenguaje, y apartará de él cuanto pudiera parecerle extraño, misterioso y cuyo velo intentara él levantar. Hay una lengua doméstica cuya limpidez y pureza son maravillosos. Esta lengua de la familia no expresa más que cosas nobles, pensamientos delicados y verdaderos, sentimientos castos, afecciones inocentes; y el niño en ella instruido, no sabe más que lo bueno; siempre que encuentra fuera alguna cosa que le aparta de este candor, se admira y lo lleva á mal, tírbase su propia naturaleza; y así se revela el pudor, tierno sentimiento que es uno como misterio de la inocencia, del cual ha hecho Dios el más bello ornamento de la virtud, aún despues de perdida la inocencia.

Solamente la madre es capaz de infundir la bondad en la joven alma de su hijo. La caridad en un niño está llena de suavidad; al niño le gusta dar, y da con gracia, con abandono, con amor. Ella dispone á su hijo al placer secreto de dar, que es un incentivo con que Dios convivia á hacerlo más y más.

Pero, en lo que la madre forma principalmente el corazon de su hijo es en la piedad cristiana. El cristianismo es admirable para adaptarse á todas las edades y necesidades de la vida. El hombre pertenece á la Religion, sobre todo, en dos épocas principales de la vida, cuando entra y sale de ella. En la mitad de la vida, intervalo entre dos términos extremos, lleatá por la pasión, la agitacion y la independencia, el hombre se escapa á veces de este imperio; entónces todo le aturde: la ambicion, los negocios, los sucesos, la vanidad, el fausto del mundo; la razon no disfruta de sí misma. Pronto nace la calma y reaparece la Religion con su acostumbrada beneyolencia. El hombre habia empezado por la Religion, y acaba por ella; ¡dichoso, cuando no ha olvidado del todo á esta madre compasiva de los infelices!

¡Madre piadosa! llena temprano la joven alma de tu hijo con el pensamiento de la Religion, y le dotarás de una gran fuerza contra los males de la vida. Sin la Religion las pasiones abusarían el corazon del hombre; las pasiones son las furias humanas, y como por otra parte alientan en el fondo de nuestra naturaleza, la Religion, sin destruirlas, las hace obedecer, y la sujecion de las pasiones es el más hermoso

triunfo que puede alcanzar una alma hermosa. Preparad pues, tiernas madres, á vuestro hijo á la piedad, y conocerá sin duda las emociones dulces y profundas; su alma se abrirá á las afecciones tiernas, y su corazón se llenará de amor; pero, no desesperéis, dejad á la piedad el cuidado de guiar á esa alma tan pura; la piedad es toda la fuerza del hombre contra la fuerza ó la flaqueza de las pasiones. Sin la piedad, ¿comprendéis un solo poder que pueda detener al corazón en sus deseos? Sin la piedad, el hombre ha de entregarse á todas las locuras, á los furros todos de la pasión; sin la piedad no hay para la pasión más que la alternativa del placer ó de la desesperación, el frenesí de la voluptuosidad, ó el frenesí del suicidio. Pues bien, solo la madre puede disponer á la piedad el corazón de un niño, haciéndole amar ó aborrecer los objetos luego que su corazón se abra á las afecciones, según se los pinte cada día amables ó peligrosos.

5. Lo que completa el triunfo de la influencia de la madre en el destino del hombre, es que solo ella forma el carácter. El carácter es la expresión exterior de la naturaleza de un hombre; es lo que le hace sociable ó aborrecible. Si esta expresión no es feliz, cuáles serán sus relaciones con sus semejantes, aún con virtud y talento? Chocará con ellos y les alegrará de sí. Será hombre de bien y huirán de él; será compasivo y hará miso; será indulgente y parecerá feroz. El carácter puede inutilizar las más bellas cualidades del alma. Al formar la naturaleza íntima de su hijo, una madre piadosa y entendida, en sus acciones, en las correcciones, en los avisos, en las reprensiones, hecha en las diversiones y paseos, se aplicará á darle una expresión de bondad y humanidad que le hará amado de los demás. Formar el carácter es una tarea muy útil, pero cuya trascendencia no se conoce del todo y de cuyo desempeño solo es capaz una madre atenta é inteligente. Formar el carácter es crear la armonía entre el hombre exterior y el hombre interior, y eso no se consigue con la violencia ni con la doblez, sino con la reflexión, el buen sentido y el amor. El carácter es el sello que pone el obrero en su obra. El exterior de la obra anuncia su hermosura interior. El carácter es el espejo del alma.

El mundo está hecho de modo que lo más del tiempo se para en los exterioridades; por eso el carácter es casi siempre el fundamento de la buena suerte del hombre. El carácter no es el mérito real del individuo, y sin embargo, le suele ser de más provecho que el mismo mérito. El carácter decide más veces que el mérito de la estimación de los hombres.

¡Oh! ¿qué de servicios presta una madre á su hijo cuando procura formarle un buen carácter! ¿Importa tanto dar un atractivo á las vir-

tudes, hacer amar el mérito, hacer grata la piedad, encantador el genio, afable la grandeza! Y el carácter produce esos bienes, de suerte que, en toda acción del hombre sobre el hombre, débese al carácter la mitad del imperio.

Y hasta en las relaciones ordinarias de la vida, en las afecciones de familia, en las amistades, en los negocios, el carácter es la principal base de nuestra ventura.

¡Madre, que desees la dicha de tu hijo! dispónle pues á eso perfeccionamiento del carácter, sin el cual no disfrutará siquiera de sus talentos y virtudes. Dispónle á la benevolencia con los compañeros de su edad; sea bueno y solícito con ellos. No haya envidia, ni ira, ni soberbia, pero tampoco haya sumisión de esclavo ni condescendencia de adulador. La niñez posee un sentimiento de dignidad que conviene fomentar, mezclándolo con la modestia. Con reserva y gravedad, no hay situación en la vida en que el hombre no esté seguro de obtener las miradas de otro. Por más que se haga, siempre habrá grandes y pequeños. Aprenda tu hijo á hacerse respetar de los suyos y á respetar á los demás. Enséñale que si tiene mérito, se lo hará perdonar con el carácter, y que si no lo tiene, también con el carácter se lo hará perdonar. Estas sencillas verdades son menos notadas en nuestros días, porque en la actualidad no hay educación, y me atrevo á decirlo, ni siquiera sociabilidad real. Los hombres viven entre sí como á la ventura; el mérito de la afabilidad es enteramente desconocido; la cortesa ha desaparecido, porque los hombres, únicamente ocupados en librarse combates en el campo de la política, se ausentan de aquellas reuniones de familia en que la mujer pulia las costumbres.

Pero el carácter queda todavía como un elemento necesario de armonía, y es indispensable que reaparezca, sino en los grandes asuntos de ambición, al menos en los hábitos ordinarios de la vida. Los caracteres malos, mohinos, impertinentes, bajos ó altaneros, pueden triunfar por todos los medios en nuestras polémicas ciegas y precipitadas, porque no se tiene tiempo para observarlos, tan pronta es la fortuna en crear las dominaciones y destruir las. En los tiempos bien arreglados, es muy distinto. El mundo es conducido por leyes naturales, y entonces el carácter recobra su imperio.

La mujer forma á su hijo para los tiempos de buen orden y no para los de precipitación y de casualidad. Le enseña pues á avenirse en cierto modo á la dignidad. Y él en toda ocasión encontrará el premio de su carácter de bondad, igualdad y benevolencia. Si no le sirve para su fortuna, le servirá para su dicha. Con él disfrutará de sí mismo y de sus virtudes. La vida del hombre suele turbarse por los vicios

del carácter, tristes imperfecciones que subsisten en la misma perfección del alma, y que con su contacto introducen cierta disonancia en una misma naturaleza de hombre.

Ya lo veis, hermanos míos, la educación de la primera infancia es uno de los mayores intereses de la humanidad; ella prepara las sociedades, y es, á la vez, una tradición y una adquisición incesante. Todo lo que la humanidad ha sentido, concebido y amado, todo lo que columbra y espera, debe venir á llenar el alma de la juventud.

Comprendedla pues bien, madres cristianas, esa sublime misión que Dios os ha dado. Estudiadla, penetraos bien de la importancia de la primera educación que debéis dar á vuestros hijos y de la cual dependen su entendimiento, su corazón, su carácter y todo su porvenir. Que nada os aparte de este primer deber que os imponen Dios y los hombres, el cielo y la tierra, la Religión y la sociedad. Mostraos dignas de vuestros destinos; vosotras sois la santa reserva de la sociedad, su última esperanza, su postrer recurso; sed también sus libertadoras, según la extensión de vuestras facultades; entonces poblaréis la tierra de ciudadanos virtuosos y el cielo de escogidos. Amen.

## MUJER.

(SUS ESCÁNDALOS.)

V.

*Cuncti me illecebras, quem absterunt me-  
ni, et á scandalo operantur iniquitatem.  
Guárdame, Señor, de los lazos que no lán  
armado y de las emboscadas de las que obran  
la iniquidad.*

(PSALM. CXL. 9.)

Esta era, hermanas mías en Jesucristo, la oración que el rey profeta dirigía á Dios; oración admirable en boca de aquel gran rey. Ya sabéis que David, mucho tiempo ántes del misterio de la reencarnación había presentado el ejemplo de cierta inmutabilidad en la virtud;

había podido exclamar interiormente: «¿Quién me separará del amor de mi Dios? El que depositó su confianza en el Señor, será inexpugnable como la montaña de Sion.» Y sin embargo, David deja escapar un grito de aflicción; no parece sino que su alma estaba próxima á perecer. «Señor, exclama en su angustia, presérvadme del lazo que me han puesto y de los tropiezos de los que incurrir en la iniquidad!

Tanto es lo que David temía la funesta eficacia del escándalo. Sabía que las virtudes más fuertes y sólidas no están á cubierto de los golpes del escándalo, y ved ahí por que pedía á Dios que le preservase de él. ¿Cuál deberá ser por lo tanto nuestro terror! Decidme si se han cumplido jamás las palabras del profeta tan literalmente como en nuestros días: el mundo entero sumergido en el mal, desarrolladas sin medida todas las horribles consecuencias del pecado original, nada contiene la invasión del escándalo; ¿quién podrá, pues, librarse de semejante ruina?

Vosotras sabéis que el Salvador de los hombres, al morir, rogaba por la salud del género humano, haciendo extensivos los sentimientos de su corazón á todas las miserias de la humanidad caída. Y sabéis también que pronunció esta terrible frase: «Padre mio, no os ruego por el mundo;» y añadió: «¡Desgraciado mundo por el escándalo que hay en él! ¡Desgraciado el que se convierte en instrumento de escándalo! Nosotros pudiéramos añadir: «¡Desgraciado el mundo por los escándalos de que muchas veces las mujeres son el instrumento!

Grando y sublime es la misión que en el orden de la Providencia tiene que cumplir la mujer cristiana. Pues bien, para que comprendáis este asunto, voy á hablaros de los desórdenes, de los escándalos de que las mujeres pueden ser instrumento. Sin duda las que tendrían necesidad de pensar en esto no están aquí. Vosotras trabajáis por santificaros, sois la porción elegida del rebaño; con todo, hay ciertos ejemplos que pueden ser fatales á las que los presencian en el seno mismo de la pielad. ¿Cuáles son pues estos escándalos, y cuáles son las consecuencias fatales de estos desórdenes? Tal es el asunto de este discurso.

Virgen María, gloria de la mujer católica que reproduce algunos rasgos de vuestras virtudes, no permitáis que las que me escuchan se conviertan jamás en instrumento de malos ejemplos. A. M.

1. ¿Cuál es el fin providencial de la sociedad bajo las leyes reparadoras de la Iglesia de nuestro divino Salvador Jesucristo? La sociedad entera, desde que la sangre de un Dios se vertió sobre la tierra,

no tiene otro objeto providencial que el de una perpétua y progresiva dilatación de la verdad, de la caridad y de la virtud. Este es su fin. Mas, el error lucha contra la verdad, el egoísmo lucha contra la caridad, el vicio lucha contra la virtud, y ese antagonismo profundo, inevitable, universal, nos indica el secreto de todas las revoluciones del hombre, de la familia y de todo el género humano. Por lo tanto, la verdad, la caridad, la virtud, no tienen auxiliar más poderoso ni hogar más fecundo que la mujer católica; y cuando ésta falta á la misión augusta que está encargada de llenar en el mundo, en el orden de la verdad, de la caridad y de la virtud, la sociedad queda herida de una llaga que la va repudiando; y si esta llaga se ensancha, se dilata, se profundiza más y más, la sociedad perece, se hunde en las revoluciones. Nosotros por desgracia nos encontramos actualmente en este caso.

El escándalo es una palabra ó acción contraria al orden providencial de la sociedad: cuya palabra, cuya acción pueden ser causa de caída y de ruina para los que oyen esta palabra ó son testigos de esta acción, de este mal ejemplo. Ya comprenderéis ahora que hay dos clases de escándalo: uno activo ó dado, otro pasivo ó recibido. Si pronunciáis una palabra contraria á la verdad, á la caridad, á la virtud; si cometéis una acción que no la permite la ley del Evangelio, los que oyen esta palabra, los que con motivo de este ejemplo se ven arrastrados á cometer el mal, son víctimas del escándalo que vosotros les habéis dado.

Hay una clase de escándalo que es más frecuente en el seno de nuestra sociedad católica, aún entre personas cristianas y piadosas. Tal es el escándalo de tibieza, de falta de fervor y de piedad. La piedad, señoras, es el alma de la vida cristiana. Estais destinadas, no solo á la vida cristiana, sino á la vida piadosa, á la vida perfecta, cada una de vosotras, en la posición en que la ha colocado la divina Providencia. Por medio de la piedad ejercéis una influencia grande sobre vosotras mismas y sobre los que os rodean; por medio de la piedad sois el elemento regenerador del mundo. Fijad la vista en todas esas almas que buscan á Dios, en esas almas verdaderamente piadosas, en esas mujeres perfectamente cristianas, que adelantan por el camino de la perfección; ¡cuán útiles son á la sociedad! ¡cómo encuentran tiempo y ocasiones de sacrificarse por la salvación de sus hermanos! ¡Cuánto compadecero, al contrario, á la mujer que, falta de piedad, se contenta con cumplir á medias los deberes de la vida cristiana! ¡Cuánto lamento esos escándalos, porque nos privan de las nociones de la virtud! Así que se dirá de una joven, de una

mujer, de una esposa, de una madre, de una viuda, que son personas honradas, pero que no son piadosas, ni fervorosas, por esto solo podrán casi considerarse como objeto de escándalo. Una madre sin piedad inculca su tibieza á su hija; es pues una especie de escándalo.

Al escándalo de tibieza y falta de piedad, debe añadirse el escándalo de una distracción excesiva, de inconstancia, de falta de dignidad. El sentimiento de nuestra dignidad en Jesucristo debemos conservarlo en el fondo de nuestro corazón. «Sois ejemplo de todos los que os rodean, en vuestras palabras, en vuestras obras, en vuestra gravedad y en vuestra modestia, decía S. Pablo, porque Dios os ve; porque estais al alcance del ojo de Dios.» ¡Cuán magnífico es este sentimiento profundo, capital, de la presencia de Dios, que una mujer conserva en el fondo de su alma! Ved como sin este sentimiento la dissipación, la ligereza, y cierta vanidad, arrebatada como un torbellino toda su existencia, sus palabras, sus actos, sus ademanes, su vida entera. El Espíritu Santo ha inspirado una frase profunda: «La mujer discreta edifica su casa.» Notad bien esta expresión: la mujer discreta, reflexiva, prudente, edifica su casa, y la mujer dissipada derriba la casa que estaba levantada. ¡Cuántos ejemplos pudieran citarse de esta dissipación habitual del alma en gran número de mujeres, que hace no reflexionen, que hablen sin juicio ni concierto, dejándose llevar con la precipitación de un torrente su existencia entera! El Espíritu Santo nos enseña que la prudencia debe presidir á todo en la vida de la mujer cristiana; este es el principio de su dicha, de su fuerza, de su acción en el mundo.

En tercer lugar, señoras mías, debéis evitar con el mayor cuidado el escándalo de la pereza y del ocio. Sabéis que el trabajo es una ley que ha sido impuesta al género humano desde la caída de Adán; conocéis las palabras que encontramos en la primera página del libro de la revelación luego que Adán se rebeló contra su Dios. El mundo es un inmenso taller: todos se ocupan en el trabajo, desde los jefes de los pueblos hasta el menestral, el obrero, el mercenario. Pues bien; ¡qué sería si una clase de la sociedad pasara su vida en la inacción, en la ociosidad! Leed el magnífico elogio que el Espíritu Santo nos ha dejado de la mujer fuerte; en este elogio no se trata sino del trabajo de la mujer: «Ella no ha comido su pan en la ociosidad.» ¡Cuántas mujeres hay que comen sus bienes en la ociosidad y que jamás han ganado el pan que se comen! ¡Ha trabajado siguiendo el consejo de sus dedos.» ¡Maravillosa expresión! ¡Nada hay tan inteligente ni tan hábil como los dedos de la mujer laboriosa! ¡Qué trabajos, qué maravillas, qué obras tan acabadas han salido de los dedos

inteligentes de la mujer! «Se ha hecho una vestidura magnífica, la púrpura, los más bellos tejidos han salido de sus manos.» Nada he encontrado en este elogio para la mujer artista, para la mujer música, para la mujer que escribe, que hace novelas, que se mete á literata; no es por este medio por el que ella ejerce un imperio en la sociedad ni por el que ella es útil, sino por su trabajo, sus labores, sus desvelos por los pobres.

Escándalo de pereza, de disipacion y ligereza, de tibieza y ausencia de fervor, de ausencia de piedad; ahora añadamos escándalo de orgullo y de vanidad: ¿Cuál ha sido la mision de Jesucristo, cuál ha sido el fruto de su mision? Nuestro divino Maestro vino á traernos la grande y reparadora ley de humildad, vino á combatir el orgullo y todos los males que le son consiguientes. Toda la vida de Jesucristo, del Hombre-Dios, no es más que un largo acto de humildad. Desde su nacimiento hasta exhalar su último suspiro, no ha cesado de decirnos: «Aprended de mí, que soy dulce y humilde;» y del fondo del tabernáculo sagrado, ocultó bajo las especies de pan, todavía nos dice: «Aprended de mí, que soy dulce y humilde;» ¿Cuánto trabajo cuesta á nuestras almas aprender esta enseñanza! ¿Cuántas mujeres hay, que no pueden dormir pensando en que tienen hermosos cabellos, dientes blancos como la nieve, una mano bien torneada! ¿Cuán miserables somos!

Veis, señoras mías, cuán larga es ya esta enumeracion de escándalos: escándalo de orgullo, de vanidad, de pereza, de ociosidad, de disipacion, de tibieza, de ausencia de fervor y de piedad. Escándalo de cólera y de ira. La humildad es hermana de la dulzura y de la paciencia: tales son las dos grandes fuentes donde deben beber la mujer joven, la madre y la esposa. Una mujer humilde y dulce estará rodeada de autoridad, será siempre feliz y siempre triunfara de todos los obstáculos que se le presenten; ¿Cuántas mujeres hay que, dejándose arrastrar de la ira, demuestran que en ellas no está el espíritu de Jesucristo! ¿Cuántas y cuántas hay cuya casa es el teatro de sus cóleras, de sus impaciencias! Fatigan á todos los que las rodean; sus palabras son bruscas, son despoticas, imperiosas. ¡Ah! os suplico que ejerceis y pidais á nuestro Señor los frutos del Espíritu Santo; pedidle la longanimidad: una alma grande posee un tesoro de riquezas, y nada hay que pueda agotar este tesoro.

Escándalo de lujo y de vanidad. Sobre esto tendria mucho que decir; es un punto que podria ser tratado aparte. Las naciones que se han entregado al lujo han desaparecido. Señoras mías, es necesario la sobriedad en los adornos, segun su estado, segun su respectiva po-

sicion. El lujo nos acarrea las revoluciones, los trastornos, las lógicas y todo lo que hoy día nos aflige.

Lo que es preciso evitar sobre todo, señoras mías, son los desórdenes, el escándalo, la vanidad, la indecencia en los adornos y en el gasto ordinario. Ved lo que exalta la justicia de Dios. Se ha llegado, desde hace algunos años, en las grandes ciudades, á hacer gastos enormes y presentarse á lo salvaje semidesnudas: esto debería causar horror á las almas regeneradas en Jesucristo, crucificadas en la cruz de nuestro divino Salvador. O bien se llevan vestidos que presentan una mujer como una especie de estatua que acaba de concluir el cincel de un artista. Todo esto es de mal efecto, todo esto ofende al espíritu de Jesucristo; ¡Es el culto de la materia, es el culto de las formas, es el paganismo renaciente! ¿Cómo pues quereis encontrar todavía virtudes? Pronunciais, señoras mías, contra estos desórdenes: revelad vuestra dignidad, cubrios con el manto de la decencia y de la modestia. ¡Oh! entonces Dios os bendecirá. Pudiera decirnos una palabra acerca de otros escándalos: escándalo de inmoralidad, de corrupción; pero tales escándalos no os son imputables, y por lo mismo no quiero hablarlos de ellos. Veamos ahora cuáles son las funestas consecuencias de los escándalos cuyo instrumento son las mujeres. Esto será asunto de esta segunda reflexion.

2. ¿Habéis meditado alguna vez, señoras mías, aquella hermosa expresion de S. Pedro, en que dirigiéndose á los cristianos, dice: «Sois una nacion santa, *gens sancto*; una raza elegida, *gens electum*; un sacerdocio real, *regale sacerdotium* Pet. II, 9?» Y no hay que creer, señoras mías, que esta expresion sea efecto de la exageracion en boca del apóstol S. Pedro. Ved lo que en efecto habéis venido á ser en Jesucristo por vuestra regeneracion cristiana; sois una nacion santa, una raza de elegidos glorificados en Jesucristo; participais, en cierto modo, del sacerdocio de Jesucristo. ¿Cuál es pues la doble funcion del sacerdote? Ved aquí las palabras que el Obispo consagrador le dirige en el momento que unge su frente con la uncion del ministerio de Jesucristo: «Es necesario que un sacerdote ofrezca sacrificios y que predique.» Ofrecer el santo sacrificio y predicar el Evangelio de Jesucristo es el gran ministerio del sacerdote. Pues bien, señoras mías, puesto que participais del sacerdocio de Jesucristo, nuestro divino Salvador, ¿de qué modo podeis ejercer este sacerdocio? Debeis á la sociedad el sacrificio de buenos ejemplos, el sacrificio de vuestra piedad, el sacrificio de la abnegacion y el espectáculo de vuestras virtudes, que es la más elocuente predicacion. Tal es la mision que tenéis que llenar.

Pero, ¿qué sucede cuando la mujer se convierte en instrumento de escándalo? Desciende de la altura de su vocación, ya no es el auxiliar de Dios; se convierte en instrumento de Satanás, en apóstol del demonio, en ministro de Luzbel; ¿Cuál es la misión del demonio después de sesenta siglos há? La de destruir la obra de Jesucristo. Desde que la sangre de Jesucristo ha caído sobre el mundo, ¿ved cuántas herejías, cuántos escándalos, cuántos esfuerzos por parte del infierno para precipitar á la Europa cristiana en la barbarie y en la inmoralidad! Por esta razón, cuando la mujer cristiana, regenerada en la gracia del Señor, se entrega al demonio, se convierte en instrumento del pecado, en auxiliar de Satanás en su obra infernal. Satanás no ejecuta su obra inmediatamente; se sirve de la mujer sensual. ¿Cuántas no han ensanchado su dominio! ¿Qué espantoso destino! ¿Podiais ser auxiliares de Dios, y os convertís en misioneras del demonio!

Ved lo que hace el escándalo: por el escándalo una mujer es culpable de una multitud de homicidios espirituales. ¿Cuántos desgraciados hay, que, por medio de miradas, de intrigas, de adúlteras, por medios infernales, se han extraviado, arrastrando víctimas por el camino del mal, lejos de Dios! ¿Cuántos han clavado el puñal asesino en el corazón de una esposa, á quien su marido había jurado al pie de los altares una fidelidad inviolable! No oyen entonces la voz de Dios, que les dice, como á Cain: «Ésta sangre se levanta hacia mí.» Así pues, está patente que el escándalo en una mujer la hace culpable de una multitud de muertes espirituales. Poned la mano en vuestro pecho, y decios si con vuestras miradas, con vuestras actitudes no habeis encendido alguna pasión desgraciada en corazones que habreis sido tal vez las primeras en alejar de Dios, en extraviarlos de la senda de la salvación... Tenid pues entendido, que os habeis hecho culpables de una muerte, *occidisti fratrem*; habeis asesinado á vuestro hermano.

Los escándalos de que son instrumento las mujeres, y esto es un hecho real, han sido la causa más profunda de los trastornos políticos de las sociedades; la historia está ahí para atestiguarlo. Ved esas antiguas ciudades de Tiro, de Sidon, de Babilonia, de Nínive, de Palmira, de Cartago, de Roma, todas corrompidas por los desórdenes y escándalos de las mujeres paganas. Todas las revoluciones modernas han sido acarreadas por la depravación y la corrupción de las mujeres. Examinad la historia: no acontece realizarse trastorno alguno en las sociedades políticas, mientras que la familia persevera intacta en sus costumbres, mientras que la mujer guarde su moralidad, y se mantenga profundamente cristiana. Pero, cuando la mujer que ha sido

regenerada en el cristianismo, cuando la madre de familia, cuando la esposa descende del rango de su destino y de su gloria; se hace pagana, y las costumbres se debilitan en el interior de la familia. ¿Cuántas familias no conocéis que carecen de costumbres domésticas!... La mujer de estos tiempos, la mujer que se hace pintora, cómica ó artista; la mujer que se constituye en periodista, que escribe novelas, la mujer que va á hacer papel en las antepasadas, en los sarao, esas mujeres incomprensibles, ¿qué hacen, Dios mio, en el seno de las familias? Si pudieseis representaros el espectáculo que se pasa en su interior, si pudieseis lanzar una mirada investigadora, profunda, en sus entrañas, si conociéis su vida!... Pues bien; ¿cómo quereis que la sociedad política, que es imagen de la sociedad doméstica, no se conmueva ni se abisme, cuando la misma familia es la que socava sus cimientos? Cuando las costumbres son depravadas en la familia, hay lucha, agitaciones y convulsiones en la sociedad política. Ved por que estamos tocando á la barbarie.

Volved á Jesucristo, señoras mías. Vosotras podeis hacer mucho por la salud del mundo. Los escándalos de la mujer traen las revoluciones, y en ellos toman tambien su nacimiento los cismas. Todos los herejes sacan con la mujer para propagar sus errores; y cuando han conseguido apoderarse de ellas, las han hecho siempre los instrumentos, las misioneras de sus herejías, desde los gnósticos hasta los santimonianos. Los escándalos de que es instrumento la mujer causan en el interior de la familia una especie de malestar comparable al pecado original. Sabeis los efectos funestos de esta falta antigua, que destruyó la felicidad de nuestros primeros padres, que se apoderó de la raza humana, que resonó como un golpe formidable y vino á herir hasta el último de los hijos de Adán. Arrastramos la cadena de nuestra depravación original. Cuando una madre es disipada, orgullosa, vana, perezosa, desidiosa, irascible, mundana, sensual, pagana, ¿qué quereis que sea su hija? Y cuando ella dá estos ejemplos en el transcurso de un cuarto ó á veces de medio siglo, y cuando por estos ejemplos ha hecho semejante á su hija, entonces nace una nueva generación de hijos tan corrompidos como sus madres, y que, á su vez, perpetuarán los vicios que han recibido en su nacimiento, quizá hasta la consumación de los siglos! Ved que efectos tan terribles son la consecuencia de semejantes escándalos!

Recordad, señoras mías, que cuando una mujer tenga en su corazón el santo don de la gracia, no se le podrá hablar, no se le podrá ver ni oír, sin reconocer que Jesucristo habita en ella. He visto libertinos que me decían, hablando de ciertas personas que habian reci-

hido todos los dones de la naturaleza y de la gracia, que los sería imposible ingerir un malo y culpable pensamiento sobre aquella magnífica cabeza. Los libertinos pues, no se engañan: reconocen que al alma es el tabernáculo vivo de la pureza. Hay allí un cierto perfume de modestia, de santidad, que se evapora á su alrededor y la cubre. Pues bien, señoras mías; derramad á vuestro alrededor el perfume de todas las virtudes de nuestro divino Salvador. Decios: «Si tengo la desgracia de ser causa de tropiezo, de escándalo, de ocasion de ruina para mi hermano, yo repararé todas mis faltas.» Solamente entónces seréis dignas de llevar la misión que Jesucristo os ha confiado; recibiréis vuestra recompensa en el seno de la Jerusalem celestial, y gozareis de la felicidad eterna.



MUJER ADÚLTERA.

VI.

*Mujer... ¿como te condenaré?... Nec ego te condemnabo.*

*Mujer... ¿cómo te ha condenado? Pues tampoco yo te condenaré.*

(JOAN. VIII. 49 ET 11.)

No hay atributo que se haga ver con más brillo y esplendor en las obras de Jesucristo, que la misericordia. Los símbolos misteriosos de la antigua ley, sus magníficas alegorías, sus predicciones sublimes, todo se encaminaba á alimentar las esperanzas del pecador, haciéndolo vislumbrar por entre celajes y sombras misteriosas, aquel pacto de alianza perpetua con que Dios quería estrechar al linaje humano con los lazos de una misericordia sin limites. Hé aquí como se expresaba el Señor por su profeta Jeremías, hablando con su amado pueblo: «Alza tus ojos, oh pueblo mio, y mira si hay lugar donde no te hayas prostituido. Contaminaste la tierra con tus maldades. Esto no obstante vuélvete á mí, que yo te recibiré (JEREM. III. 4. ET SEQ.)» Con este lenguaje tan insinuante y cariñoso convida el Señor á su ingrato pueblo á implorar su misericordia, despues de tantos delitos con que la

había ofendido por espacio de muchos años; y como si estas palabras no fuesen suficientes para atraerle á sí, se dirige al profeta, y le dice: «Anda y repite estas palabras: Conviértete, rebelde Israel; que yo no torceré mi rostro para no mirarte; pues yo soy santo y benigno, dice el Señor, y no conservaré siempre mi enojo. Reconoce el empero tu infidelidad; pues has prevaricado contra el Señor Dios tuyo. Conviértios á mí, hijos rebeldes, que yo os perdonaré vuestras apostasias (JEREM. III. 12 ET SEQ.)»

¡Qué dulces emociones experimenta el alma al leer estas bellas páginas, en donde marcada se halla la expresion viva de la bondad de Dios para con sus criaturas! Sube empero de punto nuestro gozo, cuando fijando la vista en el santo Evangelio, vemos reducidas á la práctica por el Redentor aquellas promesas que alimentaban las esperanzas del hombre en la ley antigua. Basta leer con reflexion el siguiente rasgo magallico de la misericordia de nuestro amabilísimo Salvador: «Los escribas y fariseos trajeron á una mujer sorprendida en adulterio, y poniéndola en medio, dijeron á Jesús: Maestro, esta mujer acaba de ser sorprendida en adulterio. Moisés, en su ley, nos tiene mandado apedrear á las tales. Tú ¿qué dices á esto? Jesús, como desentendiéndose, inclinose hácia el suelo, y con el dedo escribia en la tierra. Mas, como porfiasen ellos en preguntarle, se enderezó y les dijo: El que de vosotros se halla sin pecado, tire contra ella el primero la piedra. Oída tal respuesta, unos en pos de otros, fuéronse retirando hasta dejar solo el Salvador con la mujer, á la cual dijo: Mujer, ¿dónde estan tus acusadores? ¿Nadie te ha condenado? Ella respondió: Ninguno, Señor. Entónces Jesús la dijo: Pues tampoco yo te condenaré. Anda y no peques más en adelante (JOAN. VIII. 9 ET SEQ.)» ¿Quién no ve en este rasgo de Jesucristo la expresion más viva de la divina misericordia? Hagamos sobre el algunas reflexiones, y no podremos menos de lanzarnos en los amorosos brazos de aquel que vino al mundo para salvarnos. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

A. En la misericordia que usa Jesucristo con la mujer adúltera en el templo, confirma solemnemente sus disposiciones amorosas con que bajó del cielo, y nos da una prenda de la misericordia que había de usar con la gentilidad en la Iglesia. Maestro, le dicen los escribas y fariseos al presentarle esta mujer culpable; Maestro, aquí tienes una criatura infame; nosotros la hemos sorprendido ahora mismo en una diversion escandalosa; ella está convicta de infidelidad á su legítimo esposo. Moisés nos ha mandado en su ley, que una mujer culpable de

tal delito debe morir apedreada. Tu ¿qué dices á esto? ¡Oh, veneración hipócrita! ¡Oh, traidor obsequio de ánimos malignos y perversos! Le preguntan como maestro para poderlo acusar como enemigo, y preparan asechanzas á su inocencia, mientras se muestran tan celosos por la justicia. Ellos sabían por experiencia que el Señor amaba igualmente la mansedumbre y la justicia; porque la mansedumbre sin la justicia es debilidad, y la justicia sin la mansedumbre es dureza y opresion; sabían que él, tan compasivo como celoso, se apiadaba de todas las miserias de los hombres y era riguroso observador de las leyes de Dios; y por lo mismo, en esta insidiosa pregunta le tienden un lazo, del que, como ellos creían, no hubiera podido escapar Jesús sin desmentir una de estas dos virtudes, manifestándose ó injusto ó despiadado. Si Jesucristo, decían ellos entre sí, consiente en que la mujer culpable sea apedreada, contradice él mismo su fama de hombre indulgente y piadoso, por la que ha adquirido tanta popularidad y tanto crédito; si, por el contrario, se opone á este castigo, quebranta la justicia y nos dá motivo para acusarlo y condenarlo como prevaricador y enemigo de la ley de Dios. ¡Necios! no recuerdan que no hay consejo que valga, no hay ciencia que sirva, ni fuerza que prevalezca contra el Señor, y que la astucia humana queda confundida ante la sabiduría divina. Esta sabiduría que habita en Jesucristo, sabrá encontrar en la respuesta el medio de usar de piedad sin violar la justicia.

Y ¿qué hizo el Señor? Al oír una pregunta tan maliciosa, calló; é inclinándose hácia el suelo, se puso á escribir con su dedo divino en la tierra. ¡Oh cuán sabia, cuán misteriosa y cuán divina es esta escritura de Jesús en el suelo! En primer lugar, como los judíos habian citado á Jesucristo la ley dada por Dios á Moisés, y como de esta ley se dice en el *Evangelio*, que habia sido escrita por el mismo dedo de Dios en tablas de piedra, por esta razon Jesucristo, escribiendo con el dedo en las piedras del pavimento del templo, quiso manifestar que él mismo era el Dios que habia dado á Moisés la ley, escrita con su dedo sobre las piedras del Sinaí. Pero, si es cierto que el Señor escribió sobre las piedras, ¿por qué dice el evangelista que escribió sobre la tierra? Para comprender esto, recordemos que los nombres de los pecadores y de los réprobos se escriben en la tierra, y los de los elegidos en el cielo: *Recedentes á te in terra scribentur* (Hea. xvii). Escribiendo en la piedra, se anunció como autor de la ley y juez supremo de ella; y escribiendo en la tierra, nos manifestó que ejercía entonces su justicia contra los fariseos, que habian ido á provocarlo. Hermanos míos, ¿en cuál de estos dos catálogos estará escrito el nom-

bre de los que nos hallamos aquí reunidos? ¿nos hallaremos inscritos en la lista preciosa, á cuyo frente se halla el nombre de Jesucristo, que es la cabeza de los predestinados, ó lo estaremos en la lista funesta, á cuya cabeza se halla el nombre de Lucifer, la cabeza de los réprobos? ¡Oh amado Jesús! borrado por piedad nuestro nombre de la tierra, del catálogo funesto de los condenados al infierno, en el que nosotros mismos lo hemos escrito con nuestros pecados; y con una pluma mojada en vuestra preciosísima sangre, escribido en el libro de la vida, en la lista de los candidatos del cielo.

Pero, mientras que nosotros discurremos de este modo, los fariseos insisten en su pregunta, y piden con impaciencia que Jesucristo les dé la respuesta. El Señor, tomando la actitud de juez, y mostrándoles lo que habia escrito con voz grave y severa les dijo: Aquel de vosotros que se reconozca sin pecado, levante su brazo y tire la primera piedra á esta mujer. No dijo el Señor: «No quiero que sea apedreada esta mujer,» para no oponerse á las palabras de la ley; y mucho menos dijo: «Sea apedreada;» porque no habia venido á perder, sino á salvar los pecadores arrepentidos; sino solo dijo: «El que sea inocente de entre vosotros, castigue á la culpable.» Con estas palabras quiso decir el Señor: «Que sea castigada la pecadora; pero no por vosotros, que sois más pecadores que ella. Cúmplase la ley; pero no por ministerio vuestro, que sois los más grandes prevaricadores de la ley.» A esta terrible propuesta del Hijo de Dios, echando ellos una mirada de vergüenza sobre sí mismos, se reconocieron culpables del mismo delito que querían castigar en la mujer; y viendo, por otra parte, que Jesucristo los habia conocido mucho mejor que ellos mismos se conocían, supuesto que escribió en la tierra la torpe historia de sus razones, no se atrevieron á insistir en la condenacion de la mujer culpable, y quedaron atónitos y estupefactos. ¡Oh bello y magnífico triunfo del poder del Señor! Los fariseos fueron como acusadores, y se retiraron castigados como culpables; fueron para insultar á Jesucristo, y quedaron cubiertos de vergüenza en presencia del pueblo; fueron para castigarlo como reo, y se retiraron despues de haberlo experimentado como su juez, su Señor y su Dios. Pero, despues de haber escuchado la voz de la justicia de Jesucristo, oigamos ahora el lenguaje de su mansedumbre y de su bondad.

2. Observad el evangelista que, al retirarse los acusadores, quedó solo Jesús, y en su presencia la acusada, llena de confusion y de temor; es decir, quedaron frente á frente la pecadora y el Salvador, la enferma y el Médico celestial, la miseria del hombre y la misericordia de Dios. Pero, ¿es posible, que el pecador se confunda por su pe-

cado en presencia de Jesucristo, y no reciba el perdón? ¿Es posible, que el alma enferma manifieste su enfermedad al Médico celestial, y no sea curada? ¿Es posible, que la miseria del hombre reclame la misericordia de Dios, y no la obtenga? No es posible, hermanos míos. Y esto es lo que ha querido decirnos el evangelista al añadir la circunstancia, insignificante a primera vista, pero misteriosa en sí, de que la mujer permaneció en el atrio en pie en presencia de Jesucristo. Con estas palabras no ha querido expresar S. Juan la posición corporal de la acusada, sino el estado de su alma. Quiso decirnos con las citadas palabras: Esta mujer, que antes yacía en tierra como espiritualmente enferma y moría en su pecado, ahora se ha puesto en pie repentinamente, y ha resucitado por su confesión y por su dolor. Pero, observemos que esta pecadora no se puso en pie espiritualmente, sino después que Jesucristo se inclinó hacia ella. La miserable no se vio libre, sino después que la misericordia divina se inclinó hasta la tierra. ¡Oh inclinación preciosa de Jesús! Apenas se inclinó él a la piedad y al perdón, cuando se levantó la pecadora a la gracia y a la virtud. Así es, que el hombre no se levanta si Jesús no se inclina; el hombre no sabe, si Jesús no desciende; el hombre no vive, si Jesús no muere. Su enfermedad constituye nuestra fuerza, su humillación es nuestra gloria.

Hasta ahora hemos visto á Jesucristo presentarnos una magnífica muestra de su justicia y de su mansedumbre; mas ahora lo veremos hacer resplandecer su verdad en el mismo pasaje; porque con estas tres virtudes unidas cumplió él la obra admirable de nuestra salvación. Estaba la mujer pecadora, de quien hemos hablado, humillada y temblando en presencia de Jesús, esperando oírse condenar por él, que era el único puro, el único justo, el único sin pecado, y por lo mismo el que únicamente podía condenarla. Pero, sucedió todo lo contrario. Convirtiendo el Señor la actitud severa con que había condenado á los judíos en semblante de piedad y de dulzura para con ella, le dice: «Mujer, ¿dónde están los que te acusan?» No te ha condenado ninguno de ellos? Y la triste respondió: «Señor, ninguno.—Pues bien, prosiguió entonces Jesús, ni yo tampoco te condeno.» Pero ¿cómo es esto? Pues qué, ¿no es el adulterio el mayor de los atentados que pueden cometerse contra el honor de un esposo, contra la legitimidad de la prole y contra la paz de las familias? ¿No es este el delito que ataca á la propiedad más preciosa, que viola la fé más sagrada, que profana la santidad del tálamo nupcial, que rompe un vínculo que el mismo Dios ha consagrado, y que, confundiendo los cuerpos á la manera de los brutos, divide los corazones.

combate la honestidad, ó introduce en el santuario de la familia el homicidio, la discordia, la infamia y la infelicidad? ¿No es este, en fin, el pecado que la ley de Moisés quería que entre los hebreos se sepultase bajo una nube de piedras, con la cual condenaba á pecador el hombre ó la mujer que se hacía culpable de él? Y qué, el pecado mismo que el Dios de la ley quería castigar tan severamente, ¿es ahogado y dejado impune por el Dios del Evangelio? ¿Qué haceis, pues, qué hablais, Señor? ¿No es esto favorecer uno de los mayores pecados? De ninguna maneja. El autor de la justicia, la fuente de la misericordia tributa homenaje á la ley de la verdad. En primer lugar, al decir el Señor á la acusada: «¿Dónde están los que te acusan?» le inspiró un verdadero dolor de sus pecados, y al mismo tiempo la oración para implorar el perdón de ellos y la esperanza de obtenerlo. Al responder ella á Jesucristo: «Ninguno, Señor, me ha condenado;» fué lo mismo que decirle: «Por lo mismo suplico, espero y confío que vos tampoco me condenareis. El Hijo de Dios no será ménos piadoso que los hijos de los hombres. Si ellos han dejado de acusarme, vos también, Señor, por lo mismo que sois el Señor, os abstenéis de condenarme. Esta gracia os pido, y estoy cierta de que la obtendré de vuestra piedad.

El Señor ve la humildad con que esta pecadora reconoce y confiesa su pecado y la justicia con que sería condenada; ve el dolor con que detesta su culpa, la paciencia con que sufre el tormento de haber sido expuesta al ludibrio de todo un pueblo, el fervor con que ora, la confianza con que espera y el santo rubor de la penitencia con que se confunde; y en vista de un arrepentimiento tan sincero, de una esperanza tan firme y de una confesión tan contrita, le concede benignamente el perdón.

Pero escuchad lo que sigue en el mismo pasaje del Evangelio, y notad como en esta circunstancia confirma el Señor la verdad, no sólo de sus promesas, sino también de sus amenazas. En efecto, al despedir á la culpable libre y absuelta, le dice: «Vete pues, pero ten cuidado de no volver á pecar.» De este modo el Señor absolvió á la pecadora arrepentida, pero condenó el pecado. No excusó el hecho, no dijo á quien lo había cometido: «Vete y vive como te parezca, segura siempre de mi indulgencia y de mi perdón.» Al perdonarle su anterior pecado, no le aseguró la impunidad del inferno por los pecados futuros. Todo lo contrario; diciéndole: «Ten cuidado de no volver al pecado,» fué lo mismo que decirle: «Segura de lo pasado, teme por lo futuro.» Al hablar así Jesucristo á esta mujer, descubre á todos el peligro que hay en volver al pecado, en habituarse y fami-

liarizarse con el pecado, en sumergirse y anegarse en el pecado; y mientras ha un ejemplo de misericordia, á fin de que ninguno desespere, añáde una advertencia severa, para que ninguno presuma. Escuchen esta gran lección aquellos que se complacen en considerar tan solo la grandeza de la divina misericordia, y temen la verdad de las divinas amenazas.

Tomemos, pues, que una muerte próxima ó repentina pueda hacer imposible nuestra penitencia; y no tardemos en cumplir nuestros planes de conversión y de enmienda, tantas veces formados y jamás ejecutados. Dejemos de diferirla de día en día para un tiempo que no está en nuestro poder, á fin de no exponernos al furor divino, que cuando llegue la hora de la venganza se manifestará de pronto, y sorprenderá sin piedad alguna á todos los que han abusado de la divina misericordia. Hagamos pronto penitencia de nuestros pecados para merecer el perdón de ellos, y después la felicidad eterna, que os deseo á todos.

INVIOLADAS.

MUJER.—La desgracia de las mujeres consiste, en que son más fáciles de pervertir que los hombres.

La dicha de las mujeres consiste, en que son más fáciles de convertir que los hombres.

MUJER.—Las mujeres están siempre en peligro de perderse y de perder á los demás, cuando están ociosas.

Es difícil de seducir á las mujeres, cuando están atareadas por sus ocupaciones.

Es fácil que las mujeres se santifiquen, cuando viven retiradas.

MUJER CONVERTIDA.—Cuando cede á la gracia, sacrifica todas las luces de su entendimiento á la verdad que la ha iluminado.

Sacrifica todos los afectos de su corazón el amor de Dios que la ha perdonado.

Sacrifica todas las fuerzas de su cuerpo á la justicia de aquel que la ha preservado de los terribles resultados del último juicio.

MUJER CONVERTIDA.—Satisface á Dios por sus delicadezas, uniendo á la austeridad de su vida el deseo de sufrir el martirio.

Satisface á Dios por sus vanidades, uniendo á la humillación de su estado la historia de todas sus infidelidades.

Satisface á Dios por su inmodestia, uniendo á la oscuridad de su rostro la pureza de su exterior.

MUJERES DISOLUTAS.—La pobreza que las sumerge en el pecado exige, que se las asista.

Las ociosas que dan al pecado exige, que vivan retiradas.

En caso violento que conservan al pecado en medio del retiro, hace necesario su castigo.

MUJERES DISOLUTAS.—Las mujeres que cometen y se rozan con las absolutas, merecen ser abandonadas de Dios, aun cuando no tuviesen el deseo de imitarlas, porque su compañía es contagiosa.

Las nobles que las escuchan, abusan de la autoridad que Dios les ha conferido, porque son los protectores de la impureza.

MUJERES DESHONRADAS.—Si la violencia que se ha ejercido con ellas ha sido una violencia invencible, debe honrárselas como mujeres fuertes, porque su voluntad ha sido victoriosa.

Si la esperanza ó el temor ha arrancado su consentimiento, debe deplorarse su desgracia al saber su triste humillación.

Si han sido bastante desgraciadas para haber contribuido á su infamia, se les debe una reparación, ó por el cumplimiento de promesas legítimas ó por una penitencia ejemplar.

MUJERES (FRECUENTE ROCE CON).—Hay peligro en la familiaridad que se tiene con las mujeres, aunque sean parientes.

Hay peligro en la necesidad que hay de instruirlos, aunque sean devotos.

Hay peligro en la obligación en que estamos de visitarlas, aunque estén enfermas.

EN SU APOSTOLADO: VE LA APOSTOLADO DE LA MUJER.

## MULTIPLICACION DE LOS PANES.

Miserere super turbam.  
Me dá compasion esa multitud de gentes.  
(MARC. VIII, 2.)

Hermanos míos, luego que el Salvador hubo comenzado su misión, la fama de su nombre llenó bien pronto toda la Judea. A todas partes donde dirigía sus pasos, multitud de hombres corrían en su seguimiento, avidos de verle y oírle; y después de haberle visto, no podían dejarlo, bien á causa de la admiración que les inspiraba, bien por los consuelos que sus manos liberales prodigaban á cualquiera que venía á implorarlos. La multiplicación de los panes es uno de los rasgos de poder y misericordia que la Iglesia ofrece á nuestras meditaciones. Abrámos pues, nuestras almas á los sentimientos de admiración y confianza que sus obras maravillosas exigen. El rasgo que nos ocupa, más que un recuerdo histórico, es una enseñanza, es una lección; nosotros la consideraremos desde este último punto de vista. Pidámos antes los auxilios de la gracia. A. M.

4. Cuatro pensamientos dominan y resumen esa página del Evangelio, todos tan íntimamente ligados entre sí, que del primero se desprenden los tres restantes. El orden del Evangelio será también el de nuestro pensamiento. Elevemos pues nuestras miradas sobre la montaña donde está sentado el Salvador. Aun cuando el hombre esté poseído de un inmenso orgullo, sin embargo, casi siempre peca por falta de elevación, siempre dirige su mirada demasiado baja, bien en sus obras, bien en el juicio de sí mismo ó de los demás. «Esa cúpula, decía Mignet Angel, hablando de la basílica de S. Pedro, la suspenderé en los aires;» y de esa cúpula toma las proporciones del templo que quiere edificar. Si para entrar en nuestro Evangelio no se elevan vuestras miradas hasta la cima de la montaña, si se detienen al pie de ella, ¿qué vemos? Enfermos de toda especie, hombres á quienes el hambre atormenta; tal es el triste espectáculo que se ofrece á nosotros. Pero levantemos más alto nuestras miradas, y veremos también aparecérsenos esa Providencia, que, aunque superior á nosotros,

aunque parezca muy distante, no por eso está ménos próxima. Algunas almas fieles, sinceramente piadosas, desaniman y escandalizanse al verse sometidas á ciertas pruebas. Ellas también siguen al Salvador, embogadas por sus prodigios, por la sublimidad de su palabra y por ese poder que ha vencido al mundo. Ven y comprenden todo lo que hay de eficaz y consolador en la religion santa, siguiéndola mientras que el camino es fácil, mientras que marchan sin trabajo y sin esfuerzo; pero, desde que el camino se hace más escabroso, más difícil, desmayan en su marcha. Los unos se detienen en el llano, los otros al pie de la montaña; pero todos acobardados y atormentados por el hambre, olvidan que no es bastante seguir á Jesús al Tabor, sino que es necesario subir con él al Calvario. La piedad no es un descanso, no es un tabernáculo, no es una tienda preparada para ponernos á cubierto; es un taller donde se desarrollan y perfeccionan sin cesar, por medio de santos y continuos ejercicios, las virtudes de que somos susceptibles. Después del pecado, toda virtud es un punto de difícil arribo, todo progreso significa trabajo; es una conquista: *Violenti rapiunt illud*. Es necesario, pues, que la piedad tenga sus pruebas. Sin duda que tiene dulzuras inseparables de su práctica. Por desgraciado que sea el hombre, hay siempre en la parte superior del alma una region serena, á pesar de las tempestades que la rodean. Dios, hermanos míos, conoce nuestra debilidad, y nos trata como niños, animándonos por medio de su benignidad; pero también, por intereses de nuestra propia debilidad, él nos trata alguna vez con rigor, para que más tarde no pueda decirnos: «Es cierto que me habeis servido, pero nada os debo; habeis recibido ya vuestra recompensa.» La piedad es, ante todo, un deber, y no puede esperarse su recompensa, sino después de haberlo llenado. Si sucediese de otro modo, la piedad no sería más que puro egoísmo, mientras que es necesario que sea inspirada por la caridad. Sería un medio de consensualidad, que no dejaría de tener sus peligros y funestas consecuencias. En el culto que tribuáis á Dios ¿no habeis buscado más que á Dios? O antes bien, ¿no os habeis buscado más que á vosotros solos? Vosotros, hermanos míos, lo habeis amado del mismo modo que los apóstoles en los primeros días que se unieron al Salvador, con un amor absolutamente humano. Es necesario, pues, que se aleje de vosotros para que el Espíritu venga á fortaleceros. No habeis seguido á Jesús sino por el pan que os daba, como esa multitud á quien el Salvador dirigía la misma inculcación. Necesitabais un pan espiritual que, semejante á la víctima de los holocaustos, se preparase en el fuego del sacrificio. Hubierais querido el sacrificio por el respeto y honor que procura al

que lo acepta, pero no hubierais querido participar de su abnegación ni de sus austeridades. Os decís soldados de Jesucristo; á vosotros toca, pues, sostener las acciones. Debeis á Dios este testimonio de vuestra virtud, y lo debeis también á los hombres, con el fin de que crean en ella. Pero, vuestro desaliento es un ultraje á la piedad, vuestros murmuraciones son un escándalo; apenas habeis visto la cruz, y ya os habeis sobrevuecido de terror y espanto. Para abrazarla con valor debeis mirar al cielo, y en vuestro desamparo una voz compasiva vendrá á consolaros.

«Tenid piedad del pueblo, dice Jesús.—¿Dónde compraremos pan para darle? Nuestros recursos no bastan,» responden los discípulos. Tal es la queja ordinaria y común de la mayor parte de los hombres, cuando se ven atormentados por una calamidad pública ó privada. ¿Cómo encontrar en el desierto bastante pan para alimentar tanta muchedumbre? La industria está encadenada, y las tempestades que nos amenazan pueden arrastrar tras de sí á las naciones y á la sociedad entera. La miseria es inmensa, los peligros inminentes; ¿qué será de nuestra familia, tan numerosa y tan pobre? Tal es el grito de todas las épocas agitadas, de toda existencia precaria; como si la queja del dolor debiera ser un grito de desesperación. Pues bien; ese grito de desesperación es una impiedad; es el grito de aquellos cuyas miras siempre son mezquinas, jamás elevadas.

Hermanos míos, es necesario que conozcáis vuestras miserias y comprendáis su extensión y gravedad. La peor de las enfermedades es aquella que no se conoce. Nuestro siglo no tiene confianza en la Providencia, á pesar de haber multiplicado el pan necesario para su alimento siempre que de él ha tenido necesidad. Por estas palabras que Jesús dirige á Felipe, según nota el Evangelio, lo prueba; y la respuesta del apóstol expresa perfectamente la inquietud, harto común, de los hombres, en sus necesidades y en sus trabajos. Pero Jesús sabía muy bien lo que debía hacer, y con dos panes y dos peces alimentó á cinco mil hombres. Lo que Jesús hizo entonces lo ha hecho y lo hará siempre por nosotros. Todas las producciones de la tierra se cambian de polo á polo, y cada día llegan á hacerse más aseguibles á cualquiera que las desea; todos los bienes se hacen más accesibles á todas las condiciones. El economista atribuye este honor á su ciencia y á su industria: el verdadero economista es el buen Dios. Si cada pueblo ha tenido su multiplicación y cada familia la suya. Todos los hombres ven olivar á cada instante el mismo prodigio, y cada uno puede también esperar, porque es una gracia que no falta jamás. Es cierto que la miseria tiene sus desigualdades, lo

mismo que sus angustias; pero también es cierto que la ambición y la sensualidad, enemigas de toda justicia, no se reducen jamás á los límites de la necesidad real. Lo que más debe temer una alma, que ha llegado á cierto grado de perfección, es el orgullo. Los más soberbios son aquellos que en otro tiempo fueron más pequeños; el hombre más tirano ó el más avaro es aquel que, ántes de ser rico, tuvo necesidad de subvenciones. Figuraos un rico hecho pobre, y lo oiréis gritar contra la avaricia y el despotismo. Figuraos en seguida el mismo pobre hecho rico, y le oiréis entonces gritar contra la exigencia é insolencia de los pobres. Es decir, que los hombres son los instrumentos de sus pasiones, más bien que los intérpretes de la verdad y de la justicia. Ese es el motivo porque la Providencia es despreciada tantas veces; se la niega porque no se la quiere ver, ó porque no quiere acomodarse á nuestros caprichos. ¡Ah! precisamente cuando parece olvidarnos, es cuando más dispuesta se halla á derramar sobre nosotros sus gracias más abundantes; y si su mano se retira, es porque se blasfema. Jesús manda á Pedro caminar sobre las aguas, y las olas le conducen. Entra la duda en su corazón, y comienza á sumergirse; el desaliento y la desesperación son frutos de la duda. Esto nos conduce á hablar de las condiciones que hacen accesible y fecunda á la Providencia.

2. No pretendo enseñaros los medios de alejar todos los males, todos los dolores; este bálsamo infalible no existe, desde que Dios destruyó el paraíso terrestre. El hombre lo busca en vano; pero la fe nos instruye y la razón nos enseña, que es hijo de Dios y que Dios es bueno. En todas las lenguas Dios significa bueno; y siendo Dios tan sabio como bueno, puesto que es perfecto, es necesario que tenga providencia. Pero ¿qué es lo que la hace ó parece hacer indiferente á ciertos males para ciertos hombres? El Evangelio nos lo va á manifestar. Contemplad esos cinco mil hombres que vagaban esparcidos por la llanura; se han aproximado á Jesús, y lo rodean con solicitud. Todos están rendidos y sufren; la vista de Jesús los reanima, y á su palabra se han sentado, esperando con respeto y con amor lo que va á decirles y lo que va á hacer. Vosotros también estais cansados, sufris y tenéis hambre. Esos cinco mil hombres, hermanos míos, os dicen cómo y dónde encontraréis consuelo y el pan que os hace falta. Aproximáos á Dios como la familia se acerca al hogar que le dá calor, como el trabajador se acerca por la noche al asilo donde su consorte le espera preparando su comida, como el hijo se echa en los brazos de su padre. ¡Si! acercaos á Dios; pero, no es bastante acercarse, es necesario sentarse como esos hombres á quienes hoy ali-

menta; sentarse á su palabra, á su vista, á su disposicion, á sus piés. Es necesario sentarse. Hasta aquí, habéis corrido arrastrados á todo viento de doctrina, al capricho de vuestros locos pensamientos; sentaos á su palabra, única verdadera; bajo su mano con confianza, á sus piés con respeto. Acogeos en Dios, estadid su santa voluntad; muchas veces no solamente habéis seguido vuestros caprichos, sino que habéis querido precísar al mismo Dios á conformarse con ellos: ved de qué modo no ha producido la resistencia más que decepcion y tristeza. ¿Podía suceder de otro modo? No pertenece más que al que todo lo ve, al que es Señor de todo, el saber y disponer de todas las cosas; y el crimen, hoy demasiado general en los hombres, es no reconocer más que su propia sabiduría y su propio poder. Miradlos á todos erigiéndose en reformadores; y al oírles, se les podría tomar por los dominadores del mundo, como si Dios no estuviese en él. Jamás han sido más numerosos los filósofos, ni jamás se han visto más ímpios; jamás tantos reformadores, y jamás se ha visto el vicio tan extendido; jamás tantos políticos, y jamás se ha aprendido ménos sobre la forma de los gobiernos; jamás tantos economistas, y jamás se ha visto miseria de tantas especies, ni las diversas posiciones más embarazadas. Decidnos, en fin, ¿por qué los rompiómos sociales? ¿Por qué la sociedad actual inspira á todos tantos terrores y tan grandes angustias? Porque cada cual se pregunta al comenzar el día: ¿Qué será de nosotros á la noche? y por la noche: ¿Qué será de nosotros mañana? No sabe dónde está, ni por consiguiente adónde va. Necesita principios ciertos para sacar consecuencias ciertas; y ¿dónde tomar esta certidumbre sino en Dios? Ved por qué cuando se está sentado á sus piés, no podéis ménos de sentaros á su mesa, de ser servidos por su propia mano con una abundancia tal, que vuestra hambre quede salisfecha. No olvidéis, entónces la recomendacion que el Salvador hace á sus discípulos cuando les dice, que recojan los restos para que no perecan: *Ne pereant.*

¿Qué necesidad tenia de hacer recoger los restos aquel que de tal modo podía multiplicar los panes? Ha querido daros con esto una leccion de economia. La experiencia prueba que la economia es la que engrandece las familias; la prodigalidad es la que pierde la fortuna pública y privada. Lo mismo sucede en el órden espiritual: el uso prudente y mesurado de las gracias es quien las conserva y las fecunda, y esa economia se olvida con demasiada frecuencia. Ayer se tenia hambre; ha sucedido la abundancia, y ya no se piensa en que el hambre puede volver: se disipan todos los recursos á la vez. De este modo, después de algunos dias de piedad, al día siguiente de una

fiesta en la que todo ha sido edificacion, después de una comunión santa, todos los sentimientos cristianos, todas las disposiciones virtuosas que éstos dias piadosos, esta fiesta, esta comunión han producido, se desprecian, no se piensa en ellos, y se abandonan como los restos de un festin. Cuando Dios os proporcione gracias más abundantes que las que os hagan falta para vuestras necesidades presentes, reservad las que os quedan para otros momentos en que puedan seros útiles ó necesarias. Una boca amiga os ha dado sus consejos; aceptadlos, grabadlos en vuestro corazon como un tesoro precioso. Honoros frutos os han sido proporcionados; los que hoy os parezcan superfluos, algun dia tendrán su utilidad. Sois felices con haberos acercado á los sacramentos, y las gracias con que habéis sido enriquecidos, no solamente bastan á las necesidades presentes, á las obligaciones actuales de vuestro estado, sino que exceden; son las más preciosas, y os prueban cuán liberal es Dios para con vosotros; y puesto que os dá más que al presente necesitais, es que tiene otros designios sobre vosotros, ó que prevé necesidades que no sospechais, y que más tarde se dejarán sentir. Cada vez que Dios venga á multiplicar vuestro pan, tened cuidado de recoger hasta las más pequeñas migajas, pues son un don de su amor y de su infinita sabiduría.

La vida mortal es un desierto sin duda; pero, un desierto fecundo para cualquiera que vivo en él con Dios. El hombre encuentra siempre allí un pan que el Padre celestial multiplica. Tened confianza en su bondad, pero sabed tambien apreciar y conservar sus beneficios. Apreciando sus beneficios y confiando en su bondad, alcanzareis cada vez más abundantes gracias; serais felices en el tiempo, y eternamente dichosos en el cielo, que os desee.

Véase: NECESITADOS.

## MUNDO.

(QUÉ SE ENTIENDE POR ESTE NOMBRE.)

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS



*Si de mundo solliciti, mundus quod curam  
erat diligeret.*

*Si fueris del mundo, el mundo es curaria  
como cosa extra.*

(JOHNS, IV, 19.)

Hablamos, hermanos míos, muchas veces del mundo en nuestros discursos, y apenas se abre una página del Evangelio en que no se encuentren anatemas terribles contra el mundo y sus adoradores: enseñamos las virtudes, y llamamos la oposición y la guerra que el mundo les declara; en fin, apenas podemos hablar de Jesucristo que no tropecemos con el mundo, tan fuertemente reprobado en su doctrina. Sin embargo; ¿conoceis este mundo tantas veces nombrado y combatido? ¿vivís en desconfianza de sus máximas, ya que estáis instruidos de sus peligros? ¿tenéis valor para desprenderos de él á vista de las miserias que ocurren? Finalmente; ¿sabéis lo que es el mundo, bien se lo considere como el enemigo de Jesucristo, pues que no tiene parte alguna ni en sus oraciones, ni en su sacrificio; ó bien como vuestro enemigo más formidable, por la envidia secreta que tiene contra todo el que pertenece á Jesucristo? ¿Sabéis que, en calidad de cristianos, formáis un pueblo aparte, y que el mundo no tiene derecho ni pretension alguna sobre vosotros? Hermanos míos, si no tenéis estos conocimientos, sois dignos ciertamente de lástima. ¡Oh! cuánto temo que á pesar de tantos liltios como os separan del mundo, participéis todavía de su corrupcion y sus desgracias! Pero ¿qué es el mundo, cristianos? ¿dónde establece su dominacion y su imperio? ¿A dónde podremos retirarnos para evitar su contagio, ó qué podremos hacer para precavernos contra sus lazos? Todas estas son preguntas muy importantes, que exigen de los ministros de la santa palabra el exámen más serio, y de la vuestra toda la atencion posible. Pidamos la gracia: A. M.

1. Jesucristo, queriendo conducir por grados á sus apóstoles al conocimiento del reino de Dios, no les descubre en su primera instruccion toda la felicidad que deben gozar. Esta noticia individual los hubiera llevado á mil discursos, y tal vez producido la confusion en su espíritu. Por tanto, se contenta con hacerles entender, que el reino de Dios toma su origen en su propio corazón, cuando procuran mantener en él el reino de la caridad. Y ¿no podremos aplicar esta leccion en otro sentido al reino del mundo? Lo que Jesucristo dice á sus discípulos para animarlos, ¿no podrá yo decirlo á los pecadores para infundirles un temor saludable? Si me preguntáis, dónde está el mundo que estoy combatiendo, ¿no podré responderos que, bajo este nombre, entiendo todo objeto que fuera de vosotros sea capaz de separaros de la fidelidad que debéis á vuestro Dios, y en vosotros mismos las inclinaciones y las costumbres contrarias á su ley? Hermanos míos, bien meditada esta primera idea del mundo, es espantosa. Y si el mundo se encuentra á cada paso que damos, si dentro de nosotros mismos le llevamos siempre, ¿qué medios tomaremos para evitar sus lazos, y para triunfar de los combates que nos presenta?

He dicho, en primer lugar, que el mundo es fuera de nosotros todo lo que nos separa del exacto cumplimiento de la ley de Dios, y no tenemos necesidad de alejarnos mucho para encontrarlo. En efecto; un hijo, dentro de su propia familia, encuentra los ejemplos más escandalosos; la negligencia y el abandono de una madre, que solo atiende á sí misma; los desórdenes de un padre, objeto continuo del escándalo en su casa, son los más propios para engendrar y mantener las desgraciadas inclinaciones de su corazón; y así, poco á poco, va dando crédito á sus vicios, porque no tiene quien se los reprenda. ¿Dónde está el mundo para este hijo infeliz, no lo es la casa de sus padres? Un esposo y una esposa se van encaminando insensiblemente á los delitos, el uno por sus excesos y su insultante genio, el otro por sus caprichos y locuras: la infidelidad, la blasfemia y la discordia son los frutos únicos que produce su matrimonio; y acaso tendrán necesidad de otro mundo para que los saluzca y lleve al precipicio? Se forman enlaces; pero la pasión es el alma de ellos; se fomentan las compañías; pero el interes es quien las reúne; se conservan las amistades; pero es por el libertinaje y para fines ilícitos. Preguntareis todavía, ¿dónde está el mundo? Pues sabed que está en ese comercio que tenéis entre manos: él es quien os sugiere esos recursos de iniquidad, que no tienen otro principio que la codicia; él es quien da calor á esa sed insaciable de ganar que os devora. Está en esas compañías peligrosas; y él es quien os entrapa con sátiras mordaces contra el prójimo.

Está en esas mismas personas que han encontrado el secreto de seduciros y agradaros: él es quien os habla con ese aire placentero que os saca de tino, con esas gracias exteriores que os encantan. ¿No hallaréis pues al mundo en medio de la disipacion y la ociosidad, cuando las personas que llevan una vida irrepreensible en ocupaciones no interrumpidas, no están á cubierto de sus artificios? El mundo es quien dicta casi siempre los fraudes, los disimulos, las traiciones y los perjuicios que son el azote de la sociedad. Al mundo debe el rico las inquietudes y los pesares que le oprimen; del mundo aprende el pobre á murmurar y á quejarse. Si la mediocridad, ese estado preferible por todos respetos á las brillantes fortunas, no nos hace ser felices en la tierra, es porque el mundo nos inspira continuamente el espíritu de ambicion y de orgullo. ¿Quién pensaria, hermanos míos, que el mundo pudiese tener derecho hasta sobre las almas piadosas, cuyos instantes están salablemente repartidos entre el trabajo y la oracion? El mundo les halda, tomando la máscara de la hipocresía, y por desgracia se le escucha con demasiada frecuencia. El les inspira la satisfacción interior y el amor propio; les enseña á buscar la atencion y la estimacion de los hombres; les mata sus acciones y buenas obras aparentes; los separa y disgusta de esas virtudes secretas, de las cuales Dios solo seria el testigo y la recompensa; y como teme que las frecuentes meditaciones y el mucho silencio no sean causa para que vuelvan sobre su propio corazon y se hagan humildes, los acostumbra á hablar y juzgar precipitada y temerariamente de todo cuanto les viene á la mano, y, por último, va corrompiendo sus disposiciones más nobles y cristianas. Y ¿cuando vuestros tabernáculos, ó Santo de los santos, nos podrán servir de salvaguardia contra el espíritu del mundo? ¿Me será lícito descubrir los defectos de vuestros siervos, que son mis hermanos? ¿estaré seguro de que no podrán recaer sobra mí los cargos que yo les haga? Hermanos míos, contentémonos con decir que el santuario no es una barrera, á la cual no se atreva á asaltar el espíritu del mundo. Como si no tuvieses bastantes objetos exteriores á donde dirigir sus tiros, mueve todas las inclinaciones contrarias á la ley de Dios, y ellas son otros tantos resortes que juega el príncipe del mundo para sorprendernos. Esta es la causa porque he dicho, que el reino del mundo está dentro de nosotros mismos. Y la salvacion ¿será fácil entre tantos obstáculos? ¿podremos vivir en el mundo y pertenecer á Jesucristo, sin un milagro patente? Luego será preciso, decís, ser un santo para estar en él sin participar de su corrupcion y sus desórdenes.—Sin duda, cuando habláis de esta manera, habréis leído, hermanos míos, en alguna parte, que la santidad es

incompatible con los diferentes estados á que la Providencia os llama; ó vivis persuadidos á que puede distinguirse la santidad de la salvacion eterna, y que sin ser santos, podeis contaros en el número de los escogidos. ¿No es esto aplicar á la santidad una idea bien ridicula? ¿no es hacer al Señor injusto y cruel en el hecho de suponerle autor de unas preceptos imposibles de cumplir? Cristianos, acordaos, dice san Gregorio Nacianzeno, del empeño contraído en el bautismo; y si no tenéis otro medio para vuestra salvacion que dejar al mundo y romper con él (todo comercio, debeis ponerlo al instante por obra. Pero, esta moral que, si bien severa al parecer, nada tiene de excesiva, no conviene sino á un número muy corto de mis oyentes. Os miro casi á todos muy apegados al mundo y atados á él con nudos indisolubles; pero, antes que os almorice con sus peligros y os desaliente representándoos vuestra delidad, ¿habéis examinado si vuestras obligaciones, en cualidad de cristianos, son compatibles con las relaciones esenciales que os unen al mundo, con las ocupaciones anejas á la sociedad, con los enlaces indispensables con los malos? ¿Habéis considerado si puede practicarse literalmente aquel consejo del Apóstol, de vivir en el mundo, como si no estuviessis en él? Confieso que esta práctica es muy difícil; pero, en un negocio tan importante como la salvacion, ceden todas las dificultades, implorando las gracias y los auxilios de Dios, con los cuales se vence todo mal. Debeis tener presente, hermanos míos, que la santificación es muy posible en el mundo. En efecto, se han visto en su mismo seno, y en aquellos felices dias de la Iglesia naciente, muchos héroes que la han edificado, y que hoy componen el reino de Jesucristo en el cielo. A pesar de la corrupcion y del escándalo, veis todos los dias que Dios se reserva muchos cristianos, que no doblan la rodilla delante del diablo del mundo. Vosotros mismos, si queréis contarlo de buena fe, experimentaréis que la virtud, aunque tan oprimida y desacreditada por los malos, tiene sus encantos y atractivos. ¿Qué os falta pues, hermanos míos, para que se obre vuestra salvacion en medio del mundo? Tomar precauciones que os pongan fuera del alcance de sus tiros. Ratónos, si presenta escándalos, sabreis evitarlos; si vende y propaga sus máximas, sabreis conocerlas y huirlas; si ofrece encantos y placeres, sabreis detestarlos y despreciarlos.

2. Evitad, pues, en primer lugar, los escándalos del mundo: nunca os junteis sin necesidad con los enemigos de vuestro Dios, ni orgais sus discursos, ni converseis con ellos, ni cooperéis á sus injusticias, ni veais los objetos seductores que os ofrecen á la vista. Escoged amigos virtuosos, á quienes podáis ver sin peligro: no traicis sino co

aquellos; cuyos ejemplos pueden conducirnos al amor del bien; y si esta elección no os defende enteramente de los escándalos, á lo ménos los hará ménos frecuentes y peligrosos. Digo ménos frecuentes, porque prometemos que con todas estas precauciones, con la debida vigilancia y con los mayores esfuerzos conseguireis evitar todos los escándalos, sería prometeros más que Jesucristo mismo ha prometido. Necesario es que haya escándalos, dice; pero distinguid con todo cuidado, hermanos míos, entre las tentaciones de la vida, las que la corrupción universal hace inevitables, de las que la indiscrecion hace peligrosas. Hay, por decirlo así, escándalos de estado y de condicion; pero Dios, para resistirlos, comunmente no rebusa estas gracias especiales, que se llaman gracias de estado. Si Satanás nos sigue por todas partes y asalta nuestra flaqueza, Dios también nos sigue para auxiliarnos y defendernos; y Jesucristo, que ha venido al mundo, vela con nosotros y nos proporciona los triunfos. Un cristiano cuerdo nunca confia en sus propias fuerzas: procura vivir en el mundo en un santo temor, y sabe escoger el retiro en tiempo oportuno. Su valor consiste principalmente en la fuga. ¿Qué importa que se huya, segun la bella expresion de san Jerónimo, con tal que se triunfe?

Las máximas del mundo son el segundo escollo, contra el cual debe estar muy fortalecido el cristiano. El mundo tiene sus leyes: si el Evangelio le describe las obligaciones que le impone la ley de Dios, para formar un corazón recto y puro, el mundo también proclama su moral á sus adoradores. El Evangelio, por ejemplo, preconiza la mortificacion, y el mundo la desprecia; Jesucristo condena la venganza, y el mundo la autoriza. La humildad en el Evangelio es la base y el fundamento de las virtudes cristianas; pero en el mundo es la señal característica de un espíritu débil. La pobreza, que segun Jesucristo, es la gloria del cristiano, es un reprobio en el mundo. Sé muy bien que el mundo, aunque tan corrompido, tiene ciertos puntos en su moral, que parece se asemejan á la de Jesucristo. Se detestan los grandes excesos y desórdenes, y se elogian las acciones de humanidad y de generosidad. Pero ¿cuál es la virtud que se admira en el mundo, cuál la que se preconiza? Una virtud de capricho y de temperamento. ¿Cuál es la prohibida que se incienza? una prohibida toda humana, que nunca se excede de ciertos limites, y que sacrifica la equidad á sus intereses propios. ¿Cuál es la piedad que se respeta? una piedad hipócrita que, con tal que se atraiga la atencion de los hombres, se cuida muy poco de agradar á Dios, y que muy cuidadosa de limpiar por defuera la copa, deja que por dentro manteiga toda la inmundicia. No es esta, nó, la virtud de un cristiano: tan perniciosas máximas

deben alojarse á mucha distancia de su corazón; y si quiere cumplir exactamente con las obligaciones de su estado, es necesario que tenga para con Dios esa fidelidad, que no admite en la práctica de la ley la más pequeña mezcla de imperfeccion; debe tratar al prójimo con aquella caridad activa y generosa, que todo lo tolera y lo sufre, y se ha de portar consigo mismo con tal circunspeccion y ha de vivir tan vigilante, que el demonio nunca le encuentre desprovocado. Siempre que el mundo nos quiera vender sus perniciosas máximas, comparémoslas con los preceptos de la ley de Dios, y por este medio hallaremos la contradiccion y sabremos rechazarlas. Por ejemplo, tenemos un enemigo que nos ha ofendido, que nos ha hecho un agravio público, que ha fallado al reconocimiento que nos debe, que nos desacredita y denigra por todas partes; ¿qué nos dice el mundo en este caso? Que se le ha de tratar como merece su conducta; que la ingratitude se paga con el desprecio; que las invectivas y las injurias se rechazan con otras; que olvidar el crimen es autorizarlo. ¿Hablaís, Señor mio, de esta manera? ¿No me dice vuestro Evangelio, que el perdón de mis pecados tendrá por base el perdón de mis enemigos; que tengo en mi mano la medida de que os serviréis para juzgarme? ¡Oh, qué diferente, Señor, es la ley del mundo de la vuestra!

Tenemos un comercio, un cargo, un empleo; ¿qué nos dice el mundo? Que con una conciencia demasiado delicada y escrupulosa es muy difícil sacar ventajas y adelantar en los negocios; que hay ciertas rapiñas, exacciones y fraudes que son indignas para un hombre de bien; pero que, sin embargo, en nada se opone á los sentimientos de honor alguna tal cual condescendencia en la magistratura, cierta compensacion en el manejo de los negocios, y el dar un poco de colorido á las ganancias excesivas del comercio. Pero, Señor, ¿no nos dice vuestra ley, que cuando se trata del bien del prójimo, debemos dar á cada uno lo que le pertenece; que no nos deslumbramos con el resplandor y el atractivo de los bienes visibles; que no es justo vender la verdad y la justicia por un vil y despreciable interés? ¡Oh, qué contradiccion entre las leyes del mundo y vuestros preceptos!

Restan pues los placeres y los entretenimientos del mundo, que hacen el tercero y más temible de los escollos. Ya sabéis, que la vida del cristiano es del todo incompatible con la dissipacion; que debe ser muy mirado en la eleccion y uso de las diversiones, y que solo le son permitidas las inocentes y necesarias para renovar las fuerzas en el trabajo, autorizadas por el uso y por los hombres de juicio, y no prohibidas por la Religion. No son éstas de las que voy á hablar, ni de las otras que evidentemente debe huir todo cristiano. Hay algunas,

que, por más que parecen no pertenecen á la clase de las últimas, excitan toda nuestra indignación, cuales son esas conversaciones en que no se respeta ni considera el pudor, ni la verdad, ni la caridad; esas visitas sospechosas y peligrosas, que solo sirven para fomentar las pasiones y estrechar los lazos más funestos; esos juegos excesivos donde, además de perderse el tiempo, se arruinan las familias y se ofende á Dios con palabras indócenes, con juramentos, con la perfidia, las trampas y las frecuentes quimeras; esas lecturas emponzoñadas, cuya sal consiste en dar colores agradables á los vicios más odiosos; esas pascas tumultuosas, donde con tanta satisfacción se hace gala de los trajes deshonestos, de las miradas y acciones atractivas y seducidas; esas tertulias y asambleas, que con justicia pueden llamarse escuelas de libertinaja, donde las jóvenes aprenden á traspasar todos los límites de la modestia; esas mesas suntuosas y sensuales, donde embriagados los hombres con las bebidas fuertes y delicadas, pierden su razon y se embrieteren, haciendo gala de verse en este infeliz estado; esos espectáculos encantadores, en donde toma el demonio el tono y el ascedido de maestro, dando los concurrentes escuchan como esclavos y pierden la inocencia de las costumbres. Cristianos, huid de semejantes placeres, y será en alguna manera invulnerable la fragilidad de vuestra naturaleza. Dios es bueno, dice el Apóstol; y si su justicia permite las tentaciones, también su misericordia vela sobre nosotros, para que no sean superiores á nuestras fuerzas. No importa que estéis rodeados del mundo; implorad los auxilios del Señor, y encontrareis en vuestra fe armas poderosas contra el mundo mismo.

Acabará, hermanos míos, esta instruccion con las palabras de uno de los salmos de David. Jamás hubo hombre que, á pesar de vivir en medio del mundo y rodeado de sus pompas y grandeza, estuviere más vigilante ni detestase más sus máximas. Escuchad como se explica este rey, y entrad, si es posible, en sus sentimientos. Dios mio, decía, he visto pecadores que nunca tenian sino designios de iniquidad; pero yo nunca entré en sus juntas, y hasta ahora para mí que una acción fuese señalada con el carácter de la injusticia, para que la huyese y detestase. El mundo para seducirme mejor, me mostraba pecadores en todos los estados y condiciones. Yo veía que se vanagloriaban de traspasar las leyes más santas, ó por mejor decir, que no conocian ninguno de los preceptos de la ley de su Dios; pero, aborrecí de muerte á estos impios. Encontré corazones corrompidos, hasta el extremo de hacer consistir su felicidad en la desgracia y la miseria de sus hermanos; pero nunca fueron estos mis confidentes y amigos. He visto muchos

que solo estudiaban cómo manchar la virtud más pura; pero no traté con estos malignos. Mas de una vez se escandalizaron mis oídos de sus odiosas culemnias; vi como se aprovechaban de la ausencia de sus hermanos para desacreditarlos y perderlos; pero, esta era la ocasión en que se arrebataba mi celo, y lleno de horror contra una conducta tan indigna y cobardie, les hacia sentir todo el peso de mi cólera é indignación. En fin, he visto á muchos que, como si tuviesen algun derecho á la adoracion y homenajes del mundo entero, se creían superiores á los puestos y dignidades que ocupaban; y á otros que, como si hubiesen de ser eternos en la tierra, amontonaban sin cesar riquezas que no saciaban su corazón; pero, despreciando á los unos por soberbios y á los otros por avaros, nunca les dispensé el honor de sentarlos á mi mesa.

De esta manera se explicaba, hermanos míos, el Profeta. Ojalá que vosotros forméis las mismas resoluciones, para que desprendidos del mundo y sus escándalos, goceis en el tiempo y en la eternidad de una paz que no conoce el mundo, y que os deseo en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu santo. Así sea.

## MUNDO.

(SU VANIDAD.)

## II.

1.<sup>o</sup> mundo /...  
 2.<sup>o</sup> Desgraciado mundo!  
 (MATT. XVII, 2.)

Hermanos míos, vamos á tratar del mundo, con el fin de desviar vuestros corazones de él y llevarlos hácia Dios.

«¡Desgracia, maldición á este mundo!» Esta palabra, sin duda, os parecerá extraña en boca del Salvador del mundo, y tal vez preguntareis: «Pues qué! ¿cuándo vino Dios á maldecirnos? Pues bien, hermanos míos; jamás Jesucristo ha amado al mundo, siempre lo ha re-

probado, y ni aún en la hora de su muerte quedó reconciliado con él. No ruego por él, dijo: *Non pro mundo rogo*. Será, pues, un trabajo útil para la salvación y para la gloria de Dios rebelarnos aquí contra el mundo, puesto que tanto mal hace á vuestras almas, á quienes Dios ha querido rescatar con el precio de su sangre. Es, por decirlo así, una acusación la que vengo á hacer contra el mundo, una requisitoria en forma; quiero hacerlo condenar en vuestros corazones, para que jamás sus vanidades puedan tener influencia sobre vosotros, y arrojarnos á vuestra desgraciada perniciosa.

Now únicamente os hablaré de su vanidad, para haceroslo despreciar. Es necesario condenarle absolutamente, y maldecirle como lo maldijo el Salvador: *En mundo!* Esta es la sentencia, está escrita de antemano; pero, es necesario que está bien fundada en nuestro corazón. A este fin voy á demostraros, que *nada hay más vano que este mundo*, ni nada más vano que los mundanos. Pidámos antes los auxilios de la gracia. A. M.

4. De este luego, nada hay más vano que este mundo con todas sus apariencias. El mundo, según se halla definido en las divinas Escrituras, es el orgullo de la vida ó la ambición de la gloria; es el amor de las riquezas de la tierra, del honor y del dinero; es el espíritu de los placeres y de los delicados pasajeros. Ved el mundo. Pues bien; nada hay de más vano, es decir, nada de más pequeño, de más mezquino, de más frívolo, que todo eso; nada que pase más pronto, nada que menos pueda llenar el abismo de nuestro corazón. ¿Qué es pues, hermanos míos, para analizar este mundo en sí mismo, y en seguida con relación á nosotros?

¿Qué es pues este mundo en sí mismo? La gloria; y ¿qué es la gloria? decirlo. Un sonido vano, un conjunto de palabras humanas, un nombre repetido por algunas personas, cierto brillo de fama, que se une al nombre antes de ir á pudrirse en la tumba. Notad estas expresiones de que me sirvo; son suaves y suaves de las divinas Escrituras. El nombre va á pudrirse en la tumba, nada quedará de él, nada más que polvo. Yo no hubiera hablado así, pero, cuando Dios se ha servido de una expresión tan energética, no debéis lastimarnos de otra manera decir aquí de su parte. ¿Qué os importa la gloria? Veamos una estatua que se está bajo todas formas, una hoja sutil de metal, anarillo ó blanco, de oro ó de plata; he ahí, pues, á la menor intemperie, á un soplo del viento, ese vano resplandor desaparece, y no veis ya más que un pedazo de madera informe y horrible. Ved lo que es la gloria pasajera: un vano brillo exterior que nada dá, que nada añade, Se

os dice que sois grandes; esto no añade ni una línea á vuestra talla. Se os dice que sois buenos; esto no os dá ni la sombra de la más pequeña virtud que no tenéis. Se dice que sois valientes; esto nada impide el que tal vez tengais miedo. Nada de real, nada de positivo en esta primera vanidad.

Vanidad de la riqueza en sí. ¿Qué es lo que constituye la riqueza? ¿No es poseer oro ó plata, ó bien tierras, ó bien piedras que, sobrepuestas unas sobre otras, forman las casas?... Ved lo que es ser rico. ¿Poseer oro y plata! Pero ¿qué es esto? ¿Qué es el oro y la plata que va á buscarse en las entrañas de la tierra? Ciertamente se aprecia mucho el oro y la plata, y si se nos dice que lo hay allá muy lejos, atravesamos con velocidad los mares, y se corre y se disputa por eso polvo que se encuentra en la superficie de la tierra, se cava con avidéz... se mira, se mata sobre el sitio donde se encuentra, para tener un poco más de ese polvo amarillo, que va á purificarse en el fuego de esa sucia oscuridad de la tierra. Cuando está purificado, le dareis la esfigia, ¿de quién? Yo veo la esfigia de los más grandes malvados sobre las medallas más antiguas, y los hombres las compran y quisieran introducir las en su corazón. ¡Ah! el buen alimento, ¿el oro! Pero ¿qué es esto que vuestra alma aprecia sobre todo! ¿Es que haya entrado una lentejuela de oro en vuestra inteligencia, un poco de oro en vuestro corazón? No: nada hay más vano, nada más pequeño, nada más mezquino, nada menos conforme á nuestro ser; nada menos proporcionado á vuestra elevada inteligencia y á las inmensas necesidades de vuestro corazón. Es un alimento de muerte. Ved ahí en lo que consiste ser rico: tener un poco de oro, una poca plata, ó, si queréis, mucho oro y mucha plata, piedras, heno para los animales, praderas, bosques, para tener despues ceniza. Ved el resultado. Luego esto, hermanos míos, ¿qué otra cosa es sino vanidad?

Y esos placeres y los placeres del mundo, ¿hay alguna cosa de más vano en sí? Teneis conciertos, fiestas y espectáculos. Se va á pagar el placer de llorar por dolores simulados, cuando hay dolores tan reales, desgracias tan verdaderas. ¿Vais á buscar el dolor en el teatro? ¡Ah, hermanos míos, qué vanidad en sí misma! Nada hay más pequeño. No numbraré los placeres más groseros de la mesa, que nos asemejan á los animales; placeres todavía más indignos de nuestra angélica naturaleza; que pasan y no dejan en el corazón más que la vergüenza, el dolor y los remordimientos. Nada más vano que todos los placeres que penetran en el corazón. Vell los rios, dice el profeta, se precipitan en los mares; siempre, sin cesar, llevan el tributo de sus aguas al vasto depósito de los mares, y jamás se ha visto elevarse el

nivel del Océano. Las aguas llegan, se derraman en ese depósito, y ese inmenso, ese profundo depósito, no sale jamás de su nivel. Pues bien; haced entrar en el corazón del hombre todas las olas de esas vanidades mundanas. Aquí el oro y la plata, allá el río de las ambiciones y de las glorias, en otra parte el torrente impetuoso de los placeres: todas esas aguas se derraman en el abismo, y el abismo no se llenará, la mar no estará satisfecha, las aguas no sublevarán; y sobre esas aguas diviso una mano ávida que quiere apoderarse de otro alimento, de otra comida más sustanciosa, más posiliva; y una voz que domina la tormenta de las aguas y las tempestades del corazón grita: Dadme otro alimento, dadme otros bienes, dadme alguna cosa que llene por fin mi corazón. ¡Vanidad de vanidades!

¡Ved lo que es el mundo *en sí*. Veamos lo que es con relación á nosotros. Porque Dios nos ha criado grandes, hemos conservado alguna cosa de esa grandeza primitiva que el Señor ha dejado caer sobre nosotros. Nuestro corazón exhala, por decirlo así, el aliento de Dios que nosotros hemos recibido, y dirigimos hácia el cielo parte de ese hábito inmortal y divino, inspirado por alguna cosa de inmortal y eterna. Y cuando queremos deprimir nuestra alma, cuando queremos violentar ese movimiento sublime que la lleva hácia las cosas santas, ahogado que es el sentimiento de nuestra grandeza y de nuestra dignidad, todavía aspira á desarrollarse; y es una desgracia infinita que vuelve al corazón inquieto, agitado, sin que jamás nosotros le dejemos encontrar un instante de descanso ni de paz. Nuestras inteligencias se elevan por el pensamiento mucho más allá de los astros. Esta tierra es bien pequeña, y nosotros no somos en la superficie de esta tierra más que un punto imperceptible; y, sin embargo, hay en nosotros alguna cosa tan grande, que nuestra inteligencia se eleva mucho más allá de los astros, y va á unirse en el seno de Dios en su gloria, y nuestro corazón aspira á desearla y á poseerla. Luego, no hay aquí bajo, no hay en la tierra nada que pueda realizar jamás esta idea, saciar esa inmensa necesidad que tenemos de admirar, de desear, de abrazar un bien infinito. Es necesario elevarnos y uniros á Dios.

Vanidad del mundo es el primer pensamiento; vanidad de los mundanos es el segundo.

2. Aquí, hermanos míos, ya tendremos alguna cosa de ejecutivo para la práctica. Vanidad de los mundanos. Se trata de probarlos, que no hay nada más pequeño ni más inútil que la vida de los mundanos. En general, en el mundo se pierde el tiempo y llegará el día de la muerte sin tener nada en las manos, y nos presentaremos ante los ojos

de Dios como pobres vergonzantes. Nada se hace, nada, en el curso de una carrera todavía bastante larga.

Comencemos por establecer principios de filosofía y verdadera teología. La consecuencia se deducirá naturalmente para nuestra vergüenza y nuestra confusión, pero también para la reforma de nuestra vida. Ved los principios esenciales. Primer principio: la vida está en la acción; nada hay más inmóvil que la muerte. Segundo principio: la acción de un ser razonable debe tener un fin. Si este fin ha de marchar por un camino recto, es necesario que tenga una regla, y esta regla debe ser el mismo Dios. Si nos dirigimos á Dios como autor de la naturaleza, basta seguir la doble ley que él mismo ha trazado y escrito con su mano: la ley interior es nuestra conciencia, la ley escrita en el precepto del Señor. Si no haceis nada que sea contrario á esa doble ley, si marchais siempre por el camino que está iluminado por esa doble luz, os dirigireis hácia Dios *en la razón*; pero, si os elevais todavía más allá, si aspiráis á él como término de vuestra carrera, como fin de todos vuestros deseos, á la gloria de vuestra alma, ¡oh! entónces vuestra acción se sublima y llega á hacerse sobrenatural. Para esto es necesario un socorro que ayude á la naturaleza, es necesaria una luz más grande, es necesaria una gracia interior más fuerte y más poderosa; y entónces os dirigireis á Dios *en la gracia*, en todo os referiréis á él, y todo será hecho en su caridad y en su amor. Una vez puesta esa condicion de la tendencia permanente hácia Dios por la fe y la caridad, tendencia actual en el acto presente, y que, perseverando virtualmente en vuestro corazón, se extiende á cada una de vuestras acciones, esas acciones llegan á ser meritorias; meritorias de Dios, meritorias de la recompensa eterna, porque son hechas en las condiciones de la vida, y Dios, en su bondad, nos ha prometido, que si dirigimos hácia él todas nuestras acciones, llegará él mismo á ser nuestra mayor recompensa.

¡Ved los principios; ahora repetiré la proposicion: nada hay más vano, nada más inútil que la vida de las personas del mundo. Muchos permanecen en la inacción, que es la pureza de la inteligencia, la muerte del corazón; la inmovilidad del ser humano, que á nada tiende, es la inmovilidad de la muerte. Otros se agitan mucho, sus inteligencias trabajan, sus corazones se atormentan... y ¿para qué? ¿Cuál es el fin? Preguntad á todos esos hombres que se afanan, á todos aquellos que trabajan; preguntadles lo que quieren, qué desean, que se proponen, qué esperan; preguntadles el fin de sus acciones.— ¡Ah, quiero hacerme rico!—Bien, esa es la vanidad.—Yo trabajo y alimento mi corazón con la ciencia, porque aspiro á la gloria.— ¡Ani-

dad tambien, hermano mio.—Y yo quiero el placer, y lo busco de deleite en deleite.— Vanidad! ¿Dónde está Dios? ¿Dónde vuestra esperanza? No tenéis nada para vuestra eternidad, no tenéis nada para vuestra alma, no tenéis un pensamiento para vuestro Dios, no tenéis una palabra que decirle, nada que pedirle; estais en la inacción ó fuera de la fe, y vuestra acción es nula, vana y estéril. Falta á muchos la vida, la vida de la gracia, de la caridad y del amor de Dios, condición *sine qua non*; porque, aún cuando os agiteis, aún cuando hagáis grandes cosas, con todo, no poseis el principio de la vida, y los ángeles no escribirán una sola palabra de lo que hagáis; en el libro eterno no habrá ni una sola línea.

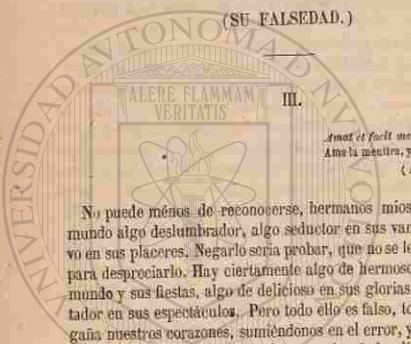
La historia tal vez hará mención de vosotros, vuestro nombre será grande en la tierra; pero, no habrá una palabra de toda esta vida en el cielo, ni un hecho inscrito en el libro de la eternidad, porque no poseáis la vida y estabais en la muerte. Otra consecuencia es, que muchos, en lugar de elevar los actos de la vida natural al grado de sobrenaturalidad y de mérito para el cielo, deprimen los actos que por su naturaleza serian sobrenaturales, y los hacen descender en grado. «El fiel cristiano, dice S. Pablo, sea que coma, sea que beba ó haga otra cosa, y que refiera ó dirija todo á Dios por el pensamiento de su corazón y la tendencia de su alma, eleva sus actos á un grado superior, y los hace, de naturales que eran, sobrenaturales y aún meritorios.» Y vosotros por el contrario, deprimís los actos que por su naturaleza serian sobrenaturales y divinos, los haceis naturales, bajos y abyectos; haceis una oración que no tiene eficacia, una limosna que caerá sobre vosotros como un acto de vanidad; haceis tal vez una pequeña mortificación, que va á seros reprochada, porque ha engreído vuestro corazón de esperanza; os acercáis á los sacramentos para buscaros tal vez á vosotros mismos, y no á vuestro Dios. Malgastáis vuestro tiempo, y de toda esta vida no hay una palabra que pueda inscribirse en el libro de la vida; y despues de años y años, será preciso reducir toda esa carrera á una sola palabra: *Scríbe viuum istum sterilem?* Escribid! ¿Hé aquí toda la vida de este hombre? es un hombre estéril! — ¡Cómo! ¿no ha hecho nada? Pero ha amontonado tesoros, ha mandado ejércitos, ha conseguido victorias, y las academias han inscrito su nombre. Escribid: Toda la vida de este hombre se resume en una palabra: es estéril, no ha hecho nada. Sola la vanidad ha llenado todos los pensamientos, todos los deseos, todas las esperanzas de su vida. Esterilidad, impotencia, nada en todo el curso de su vida. Hay niños de cien años, dice la Escritura. Ha vivido largo tiempo, ha sostenido una carrera entre los hombres. Es-

cribid: Es un niño. No ha vivido tal vez más que los dos ó tres últimos dias de su vida: y en el principio, el día de su primera comunión. Despues ha olvidado á su Dios, ha hecho cosas maravillosas para el mundo, pero todo llevaba el sello de la esterilidad. Hay muchos que en un solo dia recorren una inmensa carrera. Estanislao murió á la edad de diez y seis años, Casimiro á los veinte y dos; Gonzaga á los veinte y cuatro.

Este es el modo de contar en la eternidad; no es lo mismo que en la tierra. Nosotros contamos nuestros dias y nuestros años por la revolución de los astros; pero, no es así como se computa en el cielo: por los movimientos del corazón, por el movimiento de la vida, es por la acción del alma. Y ¿qué importan las revoluciones de los astros? No es eso lo que ocupa el pensamiento de Dios. Lo que los ángeles examinan, lo que los ángeles inscriben en los anales de la eternidad son los movimientos de vuestro corazón cuando decís: «¡Dios mio! os amo!» cuando dais un poco de vuestro oro á los pobres de Dios, cuando os interesáis y aliviáis la desgracia de los huérfanos y de los desamparados. Y aún cuando el hombre haya derramado torrentes de sangre y haya merecido por lo mismo en la tierra el título de conquistador, no tendrá una sola palabra escrita en el libro que los ángeles tienen en la mano; aquel que haya dado un vaso de agua al pobre tendrá su recompensa eterna, y esa recompensa será el mismo Dios, que ocupará su corazón, llenándole de inefables delicias. Tal es, hermanos míos, la verdad, la verdad de la fe. Pues bien; ahora, aquí, en presencia de Dios os pregunto: ¿Qué edad tenéis despues de este cálculo? ¿Qué habeis hecho? Remontaos un poco, y repasad conmigo la historia de vuestra vida cristiana, los años, los dias y las horas. ¿Qué habeis hecho para con Dios? ¿Ah! ¿haced alguna cosa por vuestra alma, por vuestra eternidad, y seréis verdaderamente dichosos, trabajando en el orden y en la verdad; desde este momento seréis dichosos con vuestra esperanza, y un dia tendreis vuestra recompensa, es decir, al mismo Dios, que se manifestará á vosotros en las delicias de la eternidad. Así sea.

## MUNDO.

(SU FALSEDAD.)



No puede ménos de reconocerse, hermanos míos, que hay en el mundo algo deslumbrador, algo seductor en sus vanidades y atractivo en sus placeres. Negarlo sería probar, que no se le conoce bastante para despreciarlo. Hay ciertamente algo de hermoso y seductor en el mundo y sus fiestas, algo de delicioso en sus glorias, algo de arrebatador en sus espectáculos. Pero todo ésto es falso, todo mentira; engaña nuestros corazones, sumiéndonos en el error, y nos dá el mismo alimento de la mentira, según la expresión de las divinas Escrituras; y hay entre vosotros muchos que han gustado ese fruto del error, ese engañoso y pérfido alimento de las vanidades mundanas.

Vengo, hermanos míos, á continuar el curso de nuestras acusaciones contra el mundo. Se trata de transmitir á vuestro corazón un poco del deshon con que yo siempre lo he mirado y del odio que le he jurado, porque es el enemigo de vuestras almas y el enemigo de la gloria de Dios. El mundo es mentiroso: lo sostengo y voy á probarlo. Pidámos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Todo es falso en el mundo. Falsas sus máximas, falsas sus promesas, falsas sus virtudes.

Todo él, hermanos míos, no es más que una absoluta oposición con el Evangelio, que es el libro de la verdad. Hay en él oposición y contradicción manifiesta. Voy á citar algunas palabras de la revelación; vosotros recordareis al mismo tiempo las máximas del mundo en oposición con estas sentencias divinas. Es imposible dejar de repetir: *Beati pauperes* (Luc. vi, 20): Bienaventurados los pobres. Esta no es una sentencia mundana. Jamás habeis oído decir en la sociedad:

«¡Oh, qué feliz es; es pobre, no tiene pan!» Jamás se ha dicho ante vosotros con el sentimiento de la verdad: «¡Qué feliz es ese hombre; es pobre, ha perdido toda su fortuna!» En todas partes habeis oído decir lo contrario, y yo también, excepto en el Evangelio: Bienaventurados los que lloran: *Beati qui lugent* (Matth. v, 5). No es ésto el lenguaje con que se expresa el mundo. Al contrario, se dice y se repite: «¡Ah! cuán feliz es esa persona! si la hubieseis visto! ¡Cuán feliz es su madre...!» ¡Qué dichoso es ese hombre; su nombre se ha hecho célebre! Ve el lenguaje del mundo, en oposición con el lenguaje de la verdad. Bienaventurados los mansos, bienaventurados los que perdonan; *Beati mites, beati misericordes* (Matth. v, 4 et 7). Jamás se ha dicho esto en el mundo: «¡Hay injurias que no pueden lavarse sino con sangre del enemigo.» El mundo dice: «¡Hacedosos, prosperad, poseed, conservad el bien, aumentad la propiedad; si llegais á conseguir esto, estareis contentos.» El Evangelio, por el contrario, nos dice: «No améis las cosas del mundo: la muerte se aproxima.»

Sería, hermanos míos, un trabajo muy fácil é interesante para la piedad, seguir esas contradicciones entre el lenguaje del mundo y la palabra de la verdad. Pero es una cosa probada, y vosotros lo conocéis, que el mundo está lleno de falsas máximas, de engañosos axiomas, de mentiras que circulan por todas partes, y de las que desgraciadamente los amigos del siglo alimentan sus corazones; de modo que se habilitan á ese alimento emponzoñado que constituye todo su ser. Estoy seguro de que os admirareis de encontrar aquí una contradicción manifiesta; y si quisieseis proseguir, todavía quedaríais más sorprendidos.

No solo son falsas sus máximas, sino sus promesas: el mundo no dá lo que promete. Muchas veces promete lo que no puede dar; y aún cuando nos diese todo lo que nos promete, todavía seríamos víctimas de su engaño. Promete lo que no puede darnos: promete la paz y la felicidad; pero, no teniendo la paz, mal puede dar la felicidad. ¡Hay tantos á quienes ha prometido la paz, la felicidad y la alegría, y cuyas almas han estado adormecidas con vana esperanzas, que, al fin, han llegado á convertirse en ilusiones crueles y fatales decepciones! ¡Qué promesas tan magníficas no se os han hecho en el día de vuestro matrimonio! ¡Todo el mundo derramaba flores en vuestro alrededor! ¡Y hay tan pocos, sin embargo, en cuyo interior reine la paz, la alegría y una felicidad perfecta! Nadie en el mundo puede saberlo mejor que el sacerdote, porque á él os á quien se confía el secreto de las penalidades más íntimas y las lágrimas ocultas... Y no obstante,

todo el mundo envía la felicidad de esa jóven, de esa madre de familia, que durante el silencio de la noche devora sus amargos pesares: se le habían hecho magníficas promesas, y ha sido engañada por el mundo. Hay otro á quien se había prometido la gloria desde el momento que entrase en la carrera de las armas; y son tan pocos los que llegan á conseguir el ramo de laurel, y tantos los que encuentran la muerte áules que sus nombres hayan sido inscritos... ¡Hay tantos cuyo nombre ni aún siquiera ha sido inscrito en su sangre, despues de haberla derramado con tanto valor y heroísmo! ¡Ah! cuán grande es la pérdida del mundo en sus promesas! no puede dar lo que promete; no tiene paz ni felicidad, no tiene otra cosa que lo que da.

Pero, yo supongo que os dé todo cuanto os haya prometido, y todavía dirá que es un mentiroso, porque son bienes falsos, placeres falsos, glorias falsas, riquezas falsas. Todo es falso. ¿Habeis conseguido la gloria? Pues bien, la gloria del mundo es falsa. ¿Cual es su fundamento? ¿Solá que deseara? Es injusta; glorifica alguna vez, es decir, que repite en alta voz el nombre de algunas personas; y ¿qué es la gloria que se une á este nombre? Futilidad, frivolidad. El nombre de un tirano será tal vez más famoso y más célebre que el del más severo legislador. Se conserva el nombre del que incendió el célebre templo de la antigüedad, y se ignora, y jamás podrá saberse, el del arquitecto que trazó el plan de aquel templo.

Lo mismo sucede con las riquezas. ¿Cuán falsas son! No siempre es oro todo lo que reluce, al ménos en el mueblaje, ni aún en el adorno de las damas. Hay rubies y diamantes falsos; id á comprarlos, y estareis muy contentos por tener un adorno bien digno de los mundanos. ¡Oh! no es por burlarme, hermanos míos, es que tengo lástima, que tengo compasión de esas debilidades; tengo compasión de ver que os alimentais de la mentira. Del mismo modo os engañais en todos los demás bienes. Vuestros placeres; ¡oh! sin duda ese mágico licor de que habeis creído embriagaros, se cambia en vuestro corazon en un veneno mortal. Habeis cogido con afán esa flor, y la espina cruel os ha desgarrado las manos. Habeis querido el placer, y habeis encontrado la pena y sentido la amargura de los remordimientos. Así sucede con todos los placeres del mundo. El mundo os ha engañado: corona de flores el vaso que contiene la muerte, poniendo un poco de miel en el borde de la copa que presenta á sus hijos para engañarlos.

Tambien son falsas sus virtudes. Lo son en su principio y en su naturaleza. En efecto, el principio no es Dios; es el hombre que se busca á sí mismo, que se manifiesta, y bien pronto se ve la debilidad de su corazon. ¡Ah, hermanos míos! hay en el mundo magníficas

ruinas de virtudes mundanas. Yo he visto soberbias ruinas. Algundía esas virtudes, que no descansan sobre la sólida base de la fe y de la religion, serán desmanteladas, desvanecidas, y el hombre que era reputado probo, será condenado, porque el principio de esa probidad no estaba en la fe, no era más que una máscara. La virtud sólida é indestructible está firme como la piedra sobre que descansa el edificio de la Iglesia. Por todas partes vereis ruinas de virtudes mundanas, si quereis tender la vista á vuestro alrededor; esas virtudes no son verdaderas como las virtudes fieles, cristianas; son falsas en su accion, y es necesario hasta cambiarles el nombre, porque su naturaleza no es la misma. La dulce caridad de los cristianos se llamará beneficencia; la humanidad, filantropía. ¡Ved una palabra muy armoniosa, en lugar de la dulce caridad! Y los efectos de esa filantropía?... Dará unas sopas económicas; mientras que la caridad llega hasta dar la sangre de su corazon para alimentar á su hermano. Hijos de los hombres, ¿por qué amais la mentira? ¿Por qué buscáis la vanidad? Teneis la verdad, la virtud, la verdad de la palabra, la verdad de la promesa divina. Estos son bienes inmutables, eternos, que os están asegurados; y vais á alimentaros del engaño y pérdida fruto del mundo; apreciáis el fruto de la mentira, y habeis comido de él. ¡Desgraciado mundo, que tan pérfido y engañoso eres!

2. He llegado á la segunda proposicion, y voy á probaros, que todos los mundanos son mentirosos. El mundano ama la mentira. El mundo, hermanos míos, lo comparo á esas brillantes reuniones, que vemos formarse alguna vez en el seno mismo del mundo, á quien yo ataco, el día de sus más grandes locuras y de sus más inconcebibles vanidades. ¿Qué sucede allí? Una inmensa multitud se reune, y nadie se conoce, porque todo el mundo se oculta con cuidado bajo un extraño disfraz, bajo una máscara que no permite ver rasgo ninguno de facciones, y se llega hasta el sonido de la voz. Creéis hablar á un intrépido guerrero porque lleva el casco, y tal vez sea una dama tímida, que se oculta bajo ese traje, que no ha sido hecho para ella. Pero, al ménos, allí todo el mundo está alerta, se sabe que todo es disfraz, todo máscara, todo mentira. Sería en extremo ridiculo llegar á depositar su confianza en alguno, y ni aún decir su nombre; todo se oculta, todo se disimula; es la mentira pública, aprobada, anunciada por las calles: «Tal día y á tal hora todo el mundo vendrá disfrazado; venid á mentir, venid...» ¡Ah! tal es, hermanos míos, la imagen del mundo, de quien acabo de hablaros. En las sociedades mundanas encontrareis tambien la mentira, con la diferencia, de que en éstas no estareis advertidos y sereis engañados como niños.

Hay mentiras de hábito, mentiras de política, mentiras de sentimiento y mentiras de religion. Las mentiras de hábito son las pequeñas mentiras del mundo, que casi no pueden llamarse ya mentiras: tan hecho y acostumbrado está uno á ellas. Tales son cuando uno se engaña sobre su edad, sobre su color. Sobre su edad: hay muchos que la disminuyen, y rara vez la aumentan; ¡me engaño, señoras mías! Casi nunca se dice la verdad ni se espera oírla; esta es una mentira de hábito. Se miente sobre el color; ¡no se me ha aconsejado que me tiñese el cabello! Esta mentira es ciertamente bien inocente, lo mismo que todas las demás mentiras en los afectos físicos. Si, hermanos míos, este detalle nos humillará; pero es bueno conocer al mundo en sus pequeñas mentiras. Lo mismo sucede con la fortuna: ¡cuánto fingimiento, cuánto artificio para ostentar esa fortuna! Ved detrás de esos coches dos ó tres domésticos, y tal vez no haya más para cuidar la casa, pudiendo suponer que, cuando ménos, ha de haber diez... Lo mismo sucede con otros usos del mundo. Esto está recitado, y tal es la costumbre. No os cito otras muchas mentiras, en las cuales pensaréis en este momento. Mentira de política, que llega hasta de cambiar el significado de las palabras. Así se dirá: «Ese libro es divertido.» No es esta la verdadera expresion; la palabra más propia sería la de peligroso. «Ese hombre es infinitamente amable.» No, no es esa la palabra que le conviene; cambiad el estilo y decid: «Es un hombre cuya conversacion es algunas veces más que ligera.» Y á esa persona cuyo nombre se cita, y cuyos extravijs sin duda valdría más ocultar, se le dirá solamente que ha sido un poco ligera. No es esta la palabra; el Evangelio hubiera dicho: «Una mujer culpable; y, tal vez, más.

Se aparenta alguna vez una virtud que no existe. ¡Ah! debo decirlo para que estéis prevenidos contra esas imposturas, que se encuentran con bastante frecuencia en el mundo. Así, por ejemplo, un jóven llegará al pie de los altares, permanecerá allí como un ángel, y ni aun siquiera volverá los ojos hacia el lado donde sabe se encuentra la madre de la jóven cuya mano desea obtener; permanecerá inmóvil y se atraerá las miradas de la madre; y ella, impaciente, va tal vez á consumir la desgracia de su hija, entregándola á una virtud que no ha sido experimentada.

Se engaña en los negocios. Ya no hay probidad, se dice; un hijo engañará á su padre, y los hermanos se engañarán entre sí. No hay en ellos más que mentira comercial: el que vende, va á mentir; y el que compra, responde con una mentira.

Mentira política. A cada instante oculta uno su color ó lo cambia

á su placer. «¿Qué es la diplomacia?» se preguntó á un gran ministro del Norte, y su respuesta fué bien sincera: «Es el arte de mentir.» Pues bien; otro que todavía era más hábil, definió mejor la política diciendo: «No es eso; el medio de engañar es, decir siempre la verdad, porque nunca se os creerá.» Es decir, que mienten á cual más puede mentir, y que no hay otra cosa que esto en el mundo.

Algunas palabras todavía sobre las mentiras de costumbre. Figúraos la sociedad mundana, hermosa, brillante en una de sus reuniones nocturnas. Allí se habla en todos los círculos... Pero ved que un nombre viene á ser lanzado como por casualidad; ha sido oído por todo el salon, y todo el mundo habla á porfía de la persona nombrada; se la alaba ó vitupera, se critica su traje, su manera de hablar, de obrar, su tono ridiculo y anticuado; y luego se viene á las cualidades ó defectos del espíritu, se llega hasta descender al corazón; y bien pronto el lenguaje toma la forma de la maledicencia y todo el veneno de la calumnia. Mientras el mundo habla así, ved á un criado que entra y anuncia á una persona, y es precisamente aquella de quien se estaba hablando. Mirad como todas las figuras cambian; observad un poco y escuehád: «¡Oh señora, qué felicidad la de volveros á ver! ¡Hace tanto tiempo que no teníamos este placer!—No hace un instante, dice alguno con maliciosa sonrisa, que hablabamos de V.» Y esa señora satisface su corazon y está contenta; ¡excita un interés tan tierno! Se marcha, y ved que cada uno comienza á reir: «¿Habeis visto cuán satisfecha estaba? Se lo ha creído todo...» Pues bien; ¡habeis oído á los mentirosos! Ved el mundo, vuestro mundo, aquel á quien vosotros amais. Ved lo que hacéis y ved como se os trata. Vosotros no sabiais eso. Cuando estabais allí se os dijeron cosas maravillosas, y en vuestra ausencia se dijo mal de vosotros. Y se miente en el primer caso, se miente en el segundo y se miente siempre.

No hay más que mentira en el mundo; luego ¿por qué le amais? No trateis de complacerle, no estiméis sus mentiras, no os alimentéis de sus imposturas: amad la verdad, á Dios, que es la verdad misma. ¡Ah! sabedlo, hermanos míos; en la verdad no hay amargura, no hay pesar; y yo digo con sentimiento: «Despreciad el mundo;» y quisiera haceroslo despreciar, quisiera que elevaseis vuestras almas y vuestros pensamientos al cielo; que no fueseis víctimas del mundo; que no lo dieseis vuestras esperanzas; que no le consagraseis todos vuestros años. Es un cruel, es un pérfido y jamás podrá alimentar vuestra inteligencia ni vuestro corazon.

Concluyo suplicándoos mediteis estas palabras, y antes de salir de

esta iglesia hagáis una breve oración con recogimiento, pidiendo á Dios el espíritu de verdad, el espíritu de luz que ilumino verdaderamente vuestra inteligencia, uniendo vuestros corazones á Jesucristo para siempre. Así sea.



El mundo es insensato y loco, porque está herido en todas sus facultades. Esta sería materia de un grave y seria acusefón para hacerlo condenar en un consejo de familia, en una asamblea de santos; lo cual ciertamente sería muy fácil, porque está herido en su memoria; todo lo pierde, todo lo olvida: el origen, el destino y el fin de todas las cosas; está herido en su inteligencia; y es tanto más desgraciado, cuanto que su locura es voluntaria. En fin, está herido en su corazón, hasta desconocer á su padre, á su Dios; es un insensato.

No se trata pues solamente de entregar el mundo á vuestro desprecio; es preciso que yo me esfuerce en suscitar en vuestro corazón un odio poderoso; porque el mundo es un cruel, un tirano... y un asesino, un matador de las almas que Jesucristo ha rescatado con el precio de su sangre. ¡Oh, no le ameáis! no le deis vuestros preciosos años; es un tirano cruel, un perseguidor inepto. Os lo demostraré después de haber implorado los auxilios de la gracia. A. M.

1. Voy á entrar en detalles. No olvidéis que soy el abogado de Dios, y que quiero hacer condenar el mundo. Es un tirano. ¿Qué es un tirano? Nosotros, hermanos míos, llamamos tiranía á un poder, cualquiera que sea su origen, legítimo ó ilegítimo; un poder, digo,

que hace esclavos, que hace mártires, que hace apóstatas. Pues bien, yo pruebo que el mundo es un tirano porque hace esclavos, porque hace mártires, porque hace un gran número de apóstatas; y porque persigue á los que le pertenecen, á sus verdaderos súbditos, á sus partidarios y hasta sus más queridos favoritos, y porque persiguió ó ultraja á aquellos que no le pertenecen.

En primer lugar, persigue y tiraniza á aquellos que le pertenecen. Los amigos del mundo son esclavos, son mártires, y muchas veces apóstatas. Hay tres clases de persecución: la de la moda ó de la costumbre; la de la opinión ó de los respetos humanos; la de las pasiones ó de los placeres mundanos. Vereis esclavos de la moda, vereis esclavos de la opinión, vereis esclavos de las pasiones, vereis mártires, y muchas veces vereis apóstatas.

En primer lugar, tiranía de la moda y de todos los usos tan vanos y tan ridículos del mundo. ¿Hay cosa más cruel que esa esclavitud de la moda y de todos los usos verdaderamente singulares, á los cuales estáis obligados á someteros por esa triste servidumbre del mundo? ¿Hay nada más extraño que esas modas siempre antiguas y siempre nuevas? El tirano se apodera de vuestro tiempo, disipa vuestra vida entera en cuidados ridículos y miserables. Esa moda os quita vuestro tiempo y vuestro dinero; el tributo que impone ese tirano tan exigente sobre vuestra fortuna tiene algo de grave. He visto personas que ansaban estar de luto para sustraerse á esa ley. Vuestro tiempo y vuestro dinero no es todavía bastante. No hablo aún más que de esclavitud. Voy á hablaros ahora del martirio.

Si quisiera hacer un paralelo de las torturas de los mártires con los suplicios á que están condenados los amigos de la moda, los mundanos, y sobre todo las mundanas, habría en él alguna cosa extraordinariamente admirable. Hablaría del suplicio del tocado en el que empleáis horas enteras. Pintaría los instrumentos de tortura, esas camas de hierro sobre las cuales se encadenan aún durante las largas horas de la noche las pobres víctimas del mundo, que temerían no agradecer á todos á causa de un ligero desvío; se temió que todo en ellas no esté lleno de gracias. Todas vosotras, señoras mías, habeis dado algunas gotas de sangre al cruel tirano del mundo cuando se os ha obligado á llevar el anillo de vuestra servidumbre, ese anillo que se suspende en las orejas de las niñas, y tantos otros suplicios de que no hablo: el hambre, la sed, el frío, el calor... Todos los años hay algunas víctimas de esas bellas reuniones de la noche, víctimas de los usos del mundo, de sus modas, de sus caprichos, de su etiqueta.

Hablemos ahora de la apostasía: esta palabra tal vez, hermanos

míos, os admirará. ¡Cómo! la moda, esos usos del mundo ¿podrán arrastraros hasta desconocer á Jesucristo por nuestro Salvador, hasta apostatar de nuestra fe? Si, si, hermanos míos; muchas veces los usos del mundo arrastran á una alma débil hasta la apostasia. Todos esos discursos vanos, donde se ponderan sin cesar los placeres del mundo, donde sin cesar se exaltan las glorias frívolas del siglo, ¿no es un lenguaje contradictorio y manifiestamente opuesto á la moral de Dios? Y esas modas, esos adornos ¿no son opuestos á la santidad y á la pureza de la ley evangélica? ¿Os habierais atrevido á seguir á Jesús adornados con vuestro vestido? Y sobre todo, cuando el velo de la modestia no cubre sobre vosotros, cuando los ángeles desvian sus miradas ¿hubierais seguido á vuestro Salvador al Calvario? Las jóvenes de Sion seguían á Jesús por el rastro de su sangre y subían al Calvario. ¿Os habierais atrevido á mezcláros entre esas jóvenes de Jerusalén con los adornos de noche, con la ostentación, y, sobre todo, con esa licencia que hoy caracteriza á las fiestas mundanas?... No; no os habierais atrevido á seguirlo. Pero ¿pensáis un día seguirlo en el cielo?

Segunda tiranía del mundo: la opinion, el respeto humano. ¡Ah! aquí hay tambien esclavos, y frecuentemente mártires, y muchas veces apóstatas. Hay esclavos desde luego, pero esclavos de vista humilde y servil. No tienen libertad, no digo de hablar, sino ni aún de pensar. Antes y después de una accion están allí mirando, temblando de que se les vea. Un esclavo del respeto humano y de la opinion, si entra en la iglesia, tendrá miedo, sufrirá si hay un niño que le mire, no se atreverá á persignarse ni á ponerse de rodillas. ¡Oh! si no hay nadie en hora buena; pero si se le observa, no se atreverá.

Hay muchos que serian buenos si estuviesen solos, si el mundo les dijese: «Marchad á confesaros, que no se os observará; cerrad los ojos.» Ellos irían, y se considerarían felices con encontrar el perdón de sus pecados. ¡Tienen tanta necesidad de él! ¡Serian tan dichosos al encontrar al Dios de su primera comunión! Le han gustado otras veces lleno de bondad y de amor... y se han detenido por la honesta expresion: «¿Qué se dirá?» Son esclavos. Vamos pues, emancipaos: porque de otro modo seréis muy pronto mártires. Si; la opinion hace mártires. Se sufre en ese estado, porque desde luego uno está como encerrado en una oscura prision; la inteligencia pierde su luz, el corazon su movimiento libre, uno está ahrumado, comprimido. Pero yo he hablado del martirio de aquel á quien la opinion condena muchas veces á muerte. ¡Cuántos, en efecto, han sido victimas de ese respeto humano! Bastará decir una palabra: el honor mundano, lo que se

llama honor, ¿no ha hecho multitud de mártires, no ha armado la mano del amigo contra su amigo, la del hermano contra el hermano? ¿No se han visto caer victimas en sus combates singulares? En los duelos de honor, ¿no es la opinion quien hace las victimas, quien hace los mártires?

Apostasia del respeto humano, prueba de esa persecucion cruel, de esa tiranía á muerte. ¡Oh hermanos míos, cuántos apóstatas hay! No temo decir, que el respeto humano ha sido causa de más apostasias que todos los perseguidores de la antigua Roma. Uno os habla de la fe, de la ley de Jesucristo; os callais, y quedará satisfecho. Otro día os preguntará; se establecerán en vuestra presencia máximas evidentemente contrarias á las verdades santas; seréis absolutamente de la opinion del perseguidor que ha hablado ante vosotros. Este es el modo más solemne de apocatar.

Tercera persecucion: la de las pasiones, y por consiguiente, de los placeres del mundo. Desde luego, las pasiones hacen esclavos, hacen tambien mártires y hacen apóstatas. Esclavos. Es una verdad de fe, es una verdad de razon y de experiencia, que el que comete el pecado es esclavo de su pecado. Las pasiones mandan con un imperio soberano, y es muy difícil sustraerse á la tiránica palabra de una passion que reina en el corazon. Así, ¿cuántos han gemido bajo esa dura esclavitud! ¿cuántos han querido romper sus pesadas cadenas, y no han podido conseguir su objeto!

Las pasiones hacen mártires, devoran el corazon del que tiene la imprudencia de alimentárlas. ¡Ah, hermanos míos! hay dos supplicios para las almas entregadas á una passion cualquiera: el supplicio del hambre y el supplicio de la espada. Supplicio del hambre: las pasiones son, por decirlo así, el vacio en el corazon, una soledad profunda; el corazon que tiene necesidad de paz y de felicidad, está vacio, y Dios amontona el hambre y acumula rumensas necesidades en el corazon ingrato. Son deseos ardientes, jamás satisfechos; una sed abrasadora, jamás apaciguada; es el hambre del corazon entregado al mal de una passion devoradora. Supplicio de la espada. ¡quiero decir los remordimientos! ¡Oh! no lo dudéis, nuestro Dios es demasiado bueno para no introducir la espada del remordimiento en el corazon infiel; la clava, la vuelve para ensanchar la herida, y al mismo tiempo habla al corazon, ya con dulzura para enternecerlo, ya con cólera para conmovertlo; es el arrullo de la paloma, es el estrépito del trueno. Pero, bajo esas impresiones tan variadas, el alma es cruelmente desgarrada; está entregada á la angustia del martirio y al horror de la muerte.

La pasión arrastra á una alma á la apostasia. Esto es muy cierto: cuando un corazón pone en lugar de Dios al objeto de su pasión, cualquiera que ésta sea, el pecado es su dios y el pecado es quien reina. Pero, yo añado otra cosa todavía más particular, y pruebo, que la pasión lleva al corazón del hombre á una doble negación de la divinidad: la negación de la incredulidad y la negación de la desesperación. La incredulidad: no se quiere creer en Dios, cuya justicia se teme. Negación de desesperación: no se puede, no se quiere darle el corazón; no se cree que tenga bastante misericordia. Esta es también una verdadera apostasia, porque es negar el primero y más esencial atributo de Dios, su bondad, su misericordia.

2. El mundo pues, en nuestros días, hace de entre sus amigos y partidarios, esclavos, mártires y apóstatas. Y qué hace de nosotros, hermanos míos, que no le pertenecemos? Todo está dicho en tres palabras, que vosotros meditareis, porque yo no puedo más que bosquejar este asunto: el mundo es para nosotros un acusador pérfido, un juez infame, un venturoso. Es un acusador para nosotros, que no le pertenecemos. Tícala, sonda y ataca al corazón; va hasta buscar el mal allí donde no está; sus medios son la calumnia y la mentira. Es preciso que siempre derrame su veneno sobre los amigos de Dios; obrad bien, y hablará de vosotros. Dejadle hablar, y marchad derechos á vuestro Dios; dejad á ese pérfido acusador, á ese calumniador; y si os juzga, apelad al tribunal de Dios, y Dios anulará todas esas ridiculas sentencias de la tierra. ¿Qué dirá el mundo? Que sois unos insensatos en despreciarle. Apelad desde luego. Dirá que sois desgraciados, que renunciáis á los placeres de la tierra cuando os separáis de él, que no marcháis por esa hermosa senda cubierta de flores. Apelad al tribunal de Dios. Y, ¿quiénes serán algún día los verdaderos insensatos, los verdaderos desgraciados? Los mundanos, vuestros jueces, que se encontrarán perdidos. Si el mundo os juzga, apelad al tribunal de Dios; si el mundo os oprime, tened paciencia, y algún día seréis felices.

El mundo es un perseguidor; en lenguaje se parece al que encontramos en la divina Escritura: «Vamos, dicen los partidarios del mundo, vamos; es necesario coronarnos...» Y en medio de estas palabras tan dulces, ved aquí sus palabras de sangre: Es necesario chupar el sangre de los huérfanos, de los oprimidos, de los desgraciados, de las ciudades, cuya virtud es una tacha para nosotros. Y es ciertamente notable, que todos los grandes voluptuosos partidarios del mundo son hombres oscuras; no hay un perseguidor de la Iglesia, no hay un hombre que haya hecho mártires, que no haya sido un

infame voluptuoso. En la hora del placer, en medio de sus grandes orgías, Nerón hacia quemar á los discípulos de Jesucristo.... Aquella era la gloria de Cristo.

Basta, hermanos míos: no améis al mundo. No le deis vuestra alma. Si Jesucristo, nuestro soberano, os exigiese la centésima parte de los sacrificios que estáis obligados á hacer para agradar al mundo; si yo viniese aquí con un código semejante al que el mundo ha hecho para vosotros, diriais: «¿Cuán dura es la palabra del sacerdote! ¿Cuán grandes los sacrificios que nos exige! ¿Cuántos desvelos!...» Pero vosotros tenéis un amo mejor: el que ha dado su sangre. Él ha vencido al mundo, y vosotros podéis vencerlo por la fe, libertándoos de su cruel tiranía. Él ha cumplido todas las leyes, ha llevado la pesada carga de su cruz, solamente ha pedido que vosotros pongais las manos en ella, que subais con él hasta la cima del Calvario. El Calvario no está lejos del Tabór, y en el Tabór se manifestará en la gloria, en la luz; le vereis subir al cielo, y le seguireis con amor para estar eternamente en la felicidad con él. Así sea.

---



---

## MUNDO.

(SU INCONSTANCIA.)

---



---

*Fantasti creatura subiecta est.*

Las creaturas se ven sujetas á la vanidad é mudanza.

(Rom. viii, 20.)

El Crisóstomo, considerando á los judíos en la muerte del Señor, no pudo contener el celo de su indignación. Hombres inconstantes, exclamaba, frenéticos y envidiosos, ¿qué inconsecuentes sois en vuestra depravada conducta! Cuatro días há le elevabais sobre las estrellas; ¿y ahora le despreciáis y abais hasta el polvo de la tierra? Cuatro días há le llamabais rey de Israel; ¿y ahora le dais en rostro con la corona de escurio que le habéis puesto? Cuatro días há le

apellidabais bendito del Señor; ¡y ahora le maldecís y blasfemáis? Pues este es el porte ordinario del mundo; unas veces, mar tranquilo; otras, piélago furioso; ya mansísimo cordero, ya ferocísimo león; ahora corona de flores; mañana corona de espinas; tan presto lisonjero, tan presto tirano: cuanto más le miro á fondo, tanto me parece más digno de aversión y de desprecio: cuanto más reparo en las mudanzas y revoluciones de esta gran comedia, que cada día representan los hombres en la escena variable del teatro del mundo, tanto más horror concebí á la farsa; y voy perdiendo aún la gana de mirarla. Yo pensaba que el mundo solo era odioso por los objetos á que incita, solo aborrecible por las máximas que establece, solo detestable por las marañas que urde; ahora veo que me he engañado: sobre los títulos alegados, que bastan y sobran para abandonarle, tiene la más odiosa cualidad, que es ser inconstante y vario, quitando con una mano lo que da con la otra. Hoy hace reír á los suyos; mañana los hace derramar lágrimas; hoy levanta, mañana abate; hoy obsequia, mañana ultraja: no hay Proteo de tantas formas, ni camaleón que vista tantos colores: siempre inconsecuente y siempre necio, se muda como la luna, y aquello poco que da, lo da con el ribete de inconstante y variable. Este es el mundo que tanto se idolatra; este es el mundo y todas las cosas que hay en él: ninguna duradera, ninguna sólida, ninguna firme; la variación parece que es de esencia de las cosas terrenas y entra en la constitución radical de sus principios. Por este motivo robustísimo es lo que quiero hacer aborrecible, porque á cualquier viso que le miréis, le vereis inconstante: inconstante en sus promesas, inconstante en sus dones, inconstante en sus placeres, inconstante en la vida, inconstante en la muerte. La inconstancia en sus honores, inconstante en sus riquezas, inconstante en las bagatelas del mundo, motivo fuerte para aborrecerle, y materia adecuada del presente discurso. A. M.

4. Llamemos á juicio esas titules especiosas con que el mundo deslumbra á sus adoradores, y hagamos análisis de los cadáveres que se adoran por deidades. ¿En qué puede confiar un hombre de cuanto el mundo le ofrece? ¿Acaso en las amistades? Son interesadas. ¿Acaso en las riquezas? Son perecederas, vanas. ¿Acaso en los honores? Son arbitrarios y penden de varias causas. ¿Acaso en la juventud? Es vaso frágil, expuesto á quebrarse fácilmente. ¿Acaso en la gallardía y gentileza? Es una tierna flor que se deshoja y se marchita. No nos cansemos: estas prendas, que tanto se estiman, son como una nube de estío, que aparece de abultada magnitud conglomerada de gran copia

de vapores, y al disparo de algunos relámpagos y de algunos truenos se deshace; ó como las estaciones del año, que alternativamente mudan de semblante, y los árboles cargados de frutos en el otoño se ven pelados y secos en el invierno, y los jardines vistosos en la primavera quedan desnudos de toda gala en el estío. ¡Pension triste de todo lo terreno! no solo se reduce á polvo en el último exterminio, sino que, antes de llegar al fin, padece varias transmudaciones; pero, sábia conducta de la Providencia, que quiso darnos el contrapeso del desengaño antes que llegase tarde la alucinación. Si los bienes del mundo solo fuesen caducos por la precision de dejarlos en la muerte; pudieran alegar algún género de disculpa; mas, este pretexto es nulo, porque se ve su vanidad claramente antes de llegar á este extremo.

Afnidades estrechas, gran título de confianza. ¿Hay algunas verdaderas? ¿Qué pocas! No se puede negar que los amigos del mundo son liberalísimos de palabras, grandes cumplidos, muchas ceremonias, reverentes obsequios, frecuentes promesas; pero, no pasa de aquí: de prometer ninguno se hace por: valeos de esa confianza y empleadlos en vuestros intereses, que presto trocaréis el desengaño; y en donde pensabais hallar sinceridad, hallareis un puro fingimiento. ¿De qué os parece que son amigos algunos que andan al rededor de vosotros con tanto obsequio, con tantas adulaciones, con tantas risas fingidas? ¿Acaso de vuestra persona? Nada ménos: son amigos de aquella cuantiosa dote que tenéis adquirida para colocar á vuestra hija en matrimonio; amigos de aquel cargo cuya dispensacion teneis en vuestra mano; amigos de aquel favor que de vosotros se pueden prometer en sus apuros. Son vuestros amigos como lo son de las flores las abejas para sacarles el jugo, ó como la víd del olmo para medrar á su arrimo. Pero sucede acaso, que caéis de aquella antigua prosperidad y que ya no podéis serles útiles; ved la inconstancia de la amistad, luego se retiran, se desvian, se alejan y se huyen; cesan las tertulias y concurrencias que tan frecuentes eran en vuestra casa, y los que en los días serenos llegaban casi á adoraros, en los nublados muestran que apenas os conocen.

Con las amistades tienen un gran parentesco los honores; pero éstos no son ménos variables que aquéllas. Las cortes son el teatro frecuente de esas continuas variaciones. En aquella gran feria del embusto y el engaño, no se despacha otra mercadería que el humo de la lisonja. Un hombre que maneja los negocios públicos en cualquier ramo que sea, es un ídolo estimado á cuyas plantas se postran millares de pretendientes; pero, solo dura el homenaje mientras dura la pretensión. Ya se ha ganado el pleito, el derecho del mayorazgo, la

posesion del título; ahora ya no son del caso las humillaciones ni los obsequios; obsequios y humillaciones forzadas, que solamente las saca del corazón una dependencia necesaria. Un valido del monarca, es un ministro de confianza que tiene la llave del corazón del príncipe, es una especie de deidad, cuyo altar se ve adornado de rosas y flores de adulación y perfumado con aromas é incienso de rendimiento. Colocado junto al trono, halla pinturas excelentes que producen su retrato con unos colores delirados y perfectos; se califica de grande su entendimiento, de vasto en la comprensión de los negocios, de diestro en el manejo del estado, de expedito en las dificultades de las guerras, de provido en los acopios de los géneros, de político en los tratados con los príncipes extranjeros y un hombre, en suma, capaz de gobernar felizmente por sí solo toda la monarquía. Sucede que se inclina la rueda ó que gira de alto abajo; ya resuenan otros ecos de su conducta: ha sido un hombre despoético, amante de sí mismo, que todo lo ha sacrificado á su interés, destinado en la elección de los sujetos, parcial en la distribución de los cargos, gravoso á la sociedad, inaccesible á los humildes, misterioso con los grandes, intratable y odioso para todos.

Restanos averiguar la inconstancia de la edad y la fragilidad de la hermosura, dos títulos halagüenos que encantan á los mundanos. Confieso desde luego, que la juventud es una edad florida en que el mundo se ofrece á nuestra vista con un aspecto risueño; cada objeto despierta el apetito de los placeres; estacion de alegría, en que la naturaleza da con profusion sus riquezas y nos convida á gozar de sus dones; dias serenos, que no marchitan los pesares, que la languidez no debilita y que no prometen más que gustos y diversiones. Pero yo digo que esta edad, cuanto más fuerte, está expuesta á mayores estragos: es un relámpago cuya luz, cuanto más viva, tanto ménos duradera; es una máquina delicada, cuyo juego le impide el menor obstáculo; es una infeliz conformacion de órganos, que el más leve golpe desconcierta; es un conjunto y un movimiento de espíritus, que se condensan y disipan con su propia agitación. Esta es la edad, ya lo sé, en que se convida al alma á que disfrute de los presentes de la naturaleza, en que los mancebos se coronan de flores, beben sin temor en la copa encantadora, se entregan sin reparo á la sensualidad, é insultan y desafían á la muerte en medio de sus nécias alegrías. ¡Insensatos! esa edad en que tanto os flais, es como una nave frágil, que en el tiempo mismo en que surca ligeramente y sin ningun recelo la superficie de las aguas, da en medio de los escollos ó una borrasca repentina la estrella contra un peñasco y la sepulta en el

abismo. Asaltados de una inesperada enfermedad y detenidos en medio de su carrera, en vano buscan el residuo de sus años. Aquellos dias que ellos se prometian, estaban inscritos en el polvo: un leve soplo ha bastado para borrar todos sus vestigios. ¡Cuántos ejemplos pudiera yo poner á la vista, si no estuvierais convencidos por una diaria experiencia de la poca consistencia de la mocedad y de la salud más robusta! ¡Cuánta gloria, cuántos placeres y cuántas fortunas arrebatada á nuestras esperanzas una muerte temprana! Pues ¿qué locura es el contar sobre un apoyo tan frágil?

El último pretexto que satisface el amor propio y de que se hace tanta gala en el mundo, es la hermosura y gentileza. No hay duda que esta prerogativa tiene un poderio soberano sobre el corazón del hombre, á quien arrastra con una especie de íman irresistible. Pero también es cierto, que el exceso immoderado en ostentarla nace de la estimacion engañosa en que se tiene. Si se mirara á buena luz, se veria su inconstancia, motivo suficiente para no dejarse llevar de sus hechizos. Los Narcisos más bellos, los más agraciados Adonis que celebró la antigüedad y que cada dia renacen en los individuos de la especie humana, pagados de sí mismos y llenos de una portentosa satisfacion, no reparan en las quebras que padece su decantada hermosura: los años la consumen, las enfermedades la ajan, los trabajos la marchitan y en breve tiempo se observa una mudanza fatal en un rostro peregrino. Mirad esa tierna flor que acaba de abrirse: el rocío humedece sus hojas, un calor benigno la anima, es la belleza de la primavera y realiza el resplandor del dia más sereno. Si el aire de la noche refresca, ya no hay flor; su tallo se encoge, sus colores desaparecen, se marchita y se seca. De este similitud se vale el Espíritu Santo para pintarnos la corta duracion de la hermosura. Está sujeta á la misma suerte que las flores: durando solamente desde la mañana hasta la noche, se seca como la yerba del campo con el primer ardor del sol, no hace más que parecer sobre la tierra, y la que ayer era rosa encarnada y azucena blanca, hoy es solo languido tallo con unas pocas hojas lábias y descoloridas. Dígalo el sexo flaco, á quien pareciendo poco las adofaciones y homenajes que suele recibir en la edad de la belleza y lozanía, se encuentra en breve tiempo abandonado, mirado con desvío y hasta con desprecio.

2. Baste ya de induccion, hermanos míos; y pues que nada es firme en el mundo, no seamos tan necios que nos pagüemos de unas sombras que se huyen, de unas luces que se apagan, de unas figuras que se desvanecen, de unas exhalaciones que se deshacen. Si las amistades son pérdidas; si los honores son interesados; si la juven-

tud es frágil; si la hermosura es pasajera; si todas las cosas de acá abajo son perecederas, inconstantes y vanas; busquemos solidez, consistencia y firmeza en donde verdaderamente la hay. Eres rico y opulento; no tengas de que gloriarte; mañana podrás ser pobre y desdichado, y no es justo fabricar torres de viento sobre unas bases de arena. Eres respetado por tu autoridad ó tu dignidad eminente; no tengas de que gloriarte; mañana podrás estar abafado y despreciado, porque la fortuna tiene sus revéses y el mar de este mundo padece continuas borrascas. Eres mozo de salud y robustez; no tengas de que gloriarte; mañana podrás dar en una caña y verte acometido de violentos y prolongados achaques y dolores. Eres linda, hermosa y bella; no tengas de que gloriarte; ese rostro tan fresco y tan lozano se verá presto encogido y arrugado. Tienes amigos, confidentes y valadores; no tengas de que gloriarte; mañana te volverán las espaldas y te dejarán solo cuando más los necesites. Hombre criado para el cielo, levanta tu corazón á aquella patria eterna que se te ha prometido por herencia, y allí encontrarás cuanto desear tu gusto: allí encontrarás todos los bienes en toda su plenitud, sin mezcla de acibar ni de hiel que amargue su posesion. Compañía fiel, amistad dulce, allí reinan solamente. El ruido de la concordia y de la paz jamás se rompe; es un lazo de caridad unitiva que estrecha las voluntades sin perfidia, sin doblez y sin hastio. Honores sólidos y reales, allí tenéis vuestro asiento: los aplausos, las aclamaciones y vivas que se dan á los amadores de la virtud, á los triunfadores del mundo, del demonio y de la carne, no los prodiga la adulacion ni la lisonja, sino que los granjea el mérito y justicia. Aquellas palmas no las arrancan de las manos, ni aquellos laureles los quitan de la cabeza las vicisitudes humanas, ni la lima de los tiempos: siempre subsisten en aquel teatro de las recompensas los mismos actos y voces de alabanza, porque siempre subsisten los mismos merecimientos y las mismas victorias. Tesoros apreciables, riquezas inmensas, allí no estareis expuestas á menoscabo, ni á pérdida, ni al robo de los codiciosos; encerradas en el pecho de Dios, pero abiertas á la fruicion y regalo del alma, no padecereis quiebra, disminucion ni mudanza, ¡Juventud envidiable! la eternidad misma no roerá la tela de tus días floridos: siempre lisonjera, siempre festiva, siempre encantadora permanecerás en un estado feliz, sin que las gracias del rostro las aje el pesar ó la tristeza. Allí estará la hermosura sin lunar, la sabiduría sin ignorancia, la alegría sin zozobra, la posesion sin recelo, la abundancia sin escasez, la suavidad sin aspereza, el amor sin desconfianza, la nobleza sin emulacion, la santidad sin envidia y todos los bienes fijos y perma-

mentes en edades y siglos sempiternos. ¡Oh cielo! ¿cómo no arrastras hácia ti todos los corazones? ¡Oh mundo! ¿cómo no te aborrecemos con todos tus aturdimientos, tus devaneos y tus locuras? Hermanos míos, ¿cuándo hemos de tener reflexion y juicio?... ¿Cuándo ha de llegar el desengaño? ¿Cuándo hemos de dar de mano á las bogatelas del siglo, á estas criaturas inconstantes, y nos hemos de sacrificar sin reserva al Criador de todo, en quien solo se halla, solidez, verdad y firmeza? Desde este mismo punto, ¡oh Dios mio! conozco el error en que he vivido: he andado buscando unos bienes frágiles y variables, y os he dejado á Vos, que sois el sumo y verdadero bien. ¡Cuánto siento mis extravíos pasados! ¡Cuán apesarado estoy de mis locuras! Dadme gracia para llorar mis yerros, para serviros, amaros y bendeciros en esta vida y gozaros despues en la eternidad de la gloria.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

MUNDO.—No hay cosa en el mundo que no amenace al cristiano. No hay cosa en el cristiano que no le obligue á retraerse del mundo.

MUNDO.—El cristiano no debe juzgar de sus virtudes por la reputacion de que goza en el mundo.

Por grandes que sean las virtudes del cristiano, no debe hacer gala de ellas en el mundo.

MUNDO.—El mundo nos atrae por sus novedades.

El mundo fija nuestro interés con sus diversiones.

El mundo nos corrompe con sus instigaciones.

MUNDO.—Debemos desconfiar de sus caricias y de sus seducciones.

Debemos despreciar sus reprensiones y burlas.

Debemos tener valor para arrostrar sus violencias y sus persecuciones.

MUNDO.—Cuando nos promete la libertad, nos crea más obstáculos que nubes.

Cuando nos promete la paz, solo nos proporciona desazones.

Cuando nos promete la alegría, solo nos proporciona amarguras.

MUNDO.—El mundo es un lugar de hipocresía; y el mundo pretende que las personas honradas se tengan por hipócritas.

El mundo es un lugar de locura; y el mundo pretende que las personas honradas sean tenidas por locas.

MUNDO.—Cuando merecemos la aprobación del mundo, tenemos motivos de temer que no merecemos la aprobación de Dios.

Es más de temer el mundo cuando nos lisonja, que cuando nos persigue.

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

*Utequebō claudicatis in duas partes? Si Dominus est Deus, sequimini eum; si autem Baal, sequimini illum.* III Reg. xviii, 21.

*Nam quid cognoscatur in tenebris mirabilia tua, et iustitia tua in terra oblivionis?* Psal. lxxxvii, 45.

*Non zelas gloriam et opes peccatoris: non enim scis quod futura sit illius subversio.* Ecli. ix, 16.

*Cumque me convertissem ad universa opera, que fecerant manus meae, et ad labores, in quibus frustra sudaveram, vidi in omnibus vanitatem, et afflictionem animi.* Ecles. ii, 11.

*Si mundus vos odit, scitote me priorem vobis odio habuit.* Joann. xv, 18.

*In mundo pressuram habebitis; sed confidite, ego vici mundum.* Item. xvi, 33.

*Ecce, de illa populus meus: ut ne participes vitio delictorum*

Hasta cuándo habéis de ser como los que cjejan hácia dos lados? Si el Señor es Dios, seguidle; y si lo es Baal, seguid á Baal.

¿Cómo han de ser conocidas en las tinieblas tus maravillas, ni tu justicia en la region del olvido?

No envidies la gloria y las riquezas del pecador, pues no sabes si cual ha de ser su catástrofe.

Mas volviendo la vista hácia todas las obras de mis manos, y considerando los trabajos en que tan inútilmente me habia afanado, vi que todo era vanidad y afliccion de espíritu.

Si el mundo os aborrece, sabed que primero que á vosotros me aborreció á mí.

En el mundo tendreis grandes tribulaciones; pero tened confianza; yo he vencido al mundo.

Los que sois del pueblo mio, escapad de ella; para no ser parti-

*rum ejus, et de plagis ejus non accipiatis.* Apoc. xviii, 4.

*Omnes declinaverunt, simul inutiles facti sunt; non est qui faciat bonum, non est usque ad unum.* Psalm. xlii, 3.

*Non est veritas, et non est misericordia, et non est scientia Dei in terra: maledictum, et mendacium, et homicidium, et furtum, et adulterium inmundaverunt, et sanguis sanguinem tetigit.* Oseas. iv, 1, 2.

*Mundus transit, et concupiscentia ejus.* 1. Joann. ii, 17.

cipantes de sus delitos, ni quedar heridos de sus plagas.

Todos se han extraviado, todos á una se hicieron inútiles; no hay quien obre bien, no hay siquiera uno.

No hay verdad, ni hay misericordia, ni hay conocimiento de Dios en el país: la maldiccion ó blasfemia y la mentira, y el homicidio, y el robo, y el adulterio han inmundado todo, y una maldad alcanza á otra.

El mundo pasa, y pasa con él la concupiscentia.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Peligros del mundo: véase la desgracia ocurrida á Dina, hija de Jacob (GENES. 34); la prevaricacion de los Israelitas por haberse mezclado con las Moabitas (NUMER. 15).

Vanidad del mundo reprendida y castigada por Dios: *Pro eo quod elevato sunt filia Sion, et ambulaverunt extento collo, et nutibus oculorum ibant et laudabant,* etc. (ISAI. 3).

Paga del mundo: véase la desastrosa muerte de la vana e impia Jezabel. (IY REG. 9).

Exhortos á huir del mundo: *Egredimini de Babylone, fugite á Chaldeis* (ISAI. 48); *fugite de medio Babylonis, et unusquisque salvet animam suam* (JEREM. c. 51).

Desprecio del mundo: *Tu scis (Domine) necessitatem meam quod abominor signum superbit et gloria mea, quod est super caput meum, in diebus ostentationis meae.* (ESTHER 14).

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

*Sola Dei gloria stat; scilique stant, et permanent, qui cum illo, et in illo gloriantur.* Telt. de Panit. c. 11.

Solo la gloria de Dios es permanente; y solo son estables y permanentes los que se glorian en él y con él.

*Nihil desiderare, nihil appetere de seculo potest, qui seculo maior est.* S. Cyp. Epist. ad Don.

*Difficile, imo impossibile est, ut presentibus quis et futura fruatur bonis, ut à deliciis transcat ad delicias, et in utroque seculo primus sit.* D. Hier. Epist.

*Dicite in hoc mundo supra mundum esse.* Ambr. do Sirg.

*Contemne divitias, et eris locuples: contemne gloriam, et eris gloriosus: contemne remissionem, et quietem, et tunc eam recipies.* Chris. ser. 22, in epist. ad Hebr.

*Blasphématur mundus, caveatur corruptor.* Aug. ser. 17 de Nat. Joan. Bap.

*Fugiendus mundus, quia male suas amatores remunerat.* S. Jil. col. 2.

*Cum mundus tibi fallaciter ridet, tu veraciter irride cum.* Ans. 11. Epist. 8.

*Si sapias, si habes cor, si tecum es lunen oculorum tuorum, desine ea sequi, quæ et assequi miserum est.* Bern. Epist. 405.

Véase: *Ambición, Batiles, Carnaval y diversiones del mundo:* en cuyos tratados se hablarán otras autoridades de los santos Padres.

Véase también: *Banderas (Las dos).*

Nada puede apeteecer ni desear del siglo, quien es superior al siglo.

Es difícil, y casi imposible, gozar de los bienes presentes y de los futuros, pasaf de las delicias temporales á las eternas, y que sea el primero en este siglo y en el otro.

Aprended en este mundo á sobreponeros al mundo.

Desprecia las riquezas, y serás rico: desprecia la gloria, y serás glorioso: desprecia el sosiego y la quietud, y entonces la recibirás.

Si el mundo acaricia, desconfiemos de él, porque es corruptor.

Huyamos el mundo, porque paga muy mal á sus amadores.

Cuando el mundo falsamente te halaga, mófate de veras de él.

Si eres prudente, si tienes valor, si no estás ciego, deja de correr en pos de lo que es una desdichada alcanzar.

## MURMURACION.

### I.

*Custodite vos à murmuracione.*  
Guardaos de la murmuracion

(SAP. 1. 11.)

Si conociéramos perfectamente nuestros males y procuráramos estudiar su naturaleza y cualidades, no sería menester más, por lo común, para curarnos de ellos; y esta sola reflexion podría ser su soberano é infalible remedio. La causa de que los mantengamos y nos conservemos en ellos, es que no conocemos su malicia, y que por un descuido muy pernicioso, casi nunca averiguamos de que origen proceden, ni que efectos causan en nosotros. Yo quiero hablaros hoy de un mal tanto más digno de llorarse, cuanto es voluntario; y tanto más pernicioso, cuanto es habitual; esto es, del pecado de la murmuracion, ó por mejor decir de la pasion que es en nosotros el principio de este pecado. Mi admiracion consiste, en que siendo esta pasion la más baja y odiosa, por una parte, y teniendo, por otra, tanta conexion con la conciencia, sea, no obstante, la que tenemos ménos, y venga á sernos por eso más común; que al fin, por poco que nos interese el honor, aán sin la gracia y sin la ley cristiana, huimos naturalmente todo lo que tiene algun carácter de vileza, y todo lo que puede aminorarnos el odio de los hombres. Y considerado segun otro respeto, por poca religion que tengamos, y por poco que nos mueva el celo del importante asunto de nuestra salvacion, debemos consiguientemente evitar lo que nos la hace más difícil, y lo que la expone á mayor peligro. Pero, por una conducta totalmente contraria, es la murmuracion de la que entré todos los pecados nos preservamos con ménos precaucion; y esto es, vuelvo á decir, lo que me sorprende. Os diré, pues, todo mi designio en dos palabras. No hay pecado más universal que la murmuracion, y esto me admira por dos razones: la primera, porque, entre todos los pecados, ninguno hay más vil ni más odioso; lo vereis en la primera parte; y la segunda, porque, entre to-

*Nihil desiderare, nihil appetere de seculo potest, qui seculo maior est.* S. Cyp. Epist. ad Don.

*Difficile, imo impossibile est, ut presentibus quis et futura fruatur bonis, ut à deliciis transcat ad delicias, et in utroque seculo primus sit.* D. Hier. Epist.

*Dicite in hoc mundo supra mundum esse.* Ambr. do Sirg.

*Contemne divitias, et eris locuples: contemne gloriam, et eris gloriosus: contemne remissionem, et quietem, et tunc eam recipies.* Chris. ser. 22, in epist. ad Hebr.

*Blasphématur mundus, caveatur corruptor.* Aug. ser. 17 de Nat. Joan. Bap.

*Fugiendus mundus, quia male suas amatores remunerat.* S. Jil. col. 2.

*Cum mundus tibi fallaciter ridet, tu veraciter irride cum.* Ans. 11. Epist. 8.

*Si sapias, si habes cor, si tecum es lunen oculorum tuorum, desine ea sequi, quæ et assequi miserum est.* Bern. Epist. 405.

Véase: *Ambición, Bailes, Carnaval y diversiones del mundo:* en cuyos tratados se hablarán otras autoridades de los santos Padres.

Véase también: *Banderas (Las dos).*

Nada puede apeteecer ni desear del siglo, quien es superior al siglo.

Es difícil, y casi imposible, gozar de los bienes presentes y de los futuros, pasaf de las delicias temporales á las eternas, y que sea el primero en este siglo y en el otro.

Aprended en este mundo á sobreponeros al mundo.

Desprecia las riquezas, y serás rico: desprecia la gloria, y serás glorioso: desprecia el sosiego y la quietud, y entonces la recibirás.

Si el mundo acaricia, desconfiemos de él, porque es corruptor.

Huyamos el mundo, porque paga muy mal á sus amadores.

Cuando el mundo falsamente te halaga, mófate de veras de él.

Si eres prudente, si tienes valor, si no estás ciego, deja de correr en pos de lo que es una desdichada alcanzar.

## MURMURACION.

### I.

*Custodite vos à murmuracione.*  
Guardaos de la murmuracion

(SAP. 1. 11.)

Si conocieramos perfectamente nuestros males y procuráramos estudiar su naturaleza y cualidades, no sería menester más, por lo común, para curarnos de ellos; y esta sola reflexion podría ser su soberano é infalible remedio. La causa de que los mantengamos y nos conservemos en ellos, es que no conocemos su malicia, y que por un descuido muy pernicioso, casi nunca averiguamos de que origen proceden, ni que efectos causan en nosotros. Yo quiero hablaros hoy de un mal tanto más digno de llorarse, cuanto es voluntario; y tanto más pernicioso, cuanto es habitual; esto es, del pecado de la murmuracion, ó por mejor decir de la pasion que es en nosotros el principio de este pecado. Mi admiracion consiste, en que siendo esta pasion la más baja y odiosa, por una parte, y teniendo, por otra, tanta conexion con la conciencia, sea, no obstante, la que tenemos ménos, y venga á sernos por eso más común; que al fin, por poco que nos interese el honor, aán sin la gracia y sin la ley cristiana, huimos naturalmente todo lo que tiene algun carácter de vileza, y todo lo que puede acarrear nos el odio de los hombres. Y considerado según otro respeto, por poca religion que tengamos, y por poco que nos mueva el celo del importante asunto de nuestra salvacion, debemos consiguientemente evitar lo que nos la hace más difícil, y lo que la expone á mayor peligro. Pero, por una conducta totalmente contraria, es la murmuracion de la que entré todos los pecados nos preservamos con ménos precaucion; y esto es, vuelvo á decir, lo que me sorprende. Os diré, pues, todo mi designio en dos palabras. No hay pecado más universal que la murmuracion, y esto me admira por dos razones: la primera, porque, entre todos los pecados, ninguno hay más vil ni más odioso; lo vereis en la primera parte; y la segunda, porque, entre to-

dos los pecados, ninguno hay que grave más la conciencia, ni la imponga obligaciones más rigurosas: os lo manifestaré en la segunda parte. Pidamos antes los auxilios de la gracia. A. M.

La murmuración, de cualquier modo que la consideremos, lleva consigo una baja, cuyo aprieto no se puede borrar. San Juan Crisóstomo lo prueba admirablemente en una de sus homilias, con esta excelente demostración que sin duda va á convenceros. O aquel de quien hablais, dice este padre, es vuestro enemigo, ó es vuestro amigo, ó es para vosotros una persona indiferente. Si es vuestro enemigo, es el odio ó la envidia la que os mueve á hablar mal de él, y esto aun entre los hombres, se ha tenido siempre y se tiene por baja. Porque por más que podais alegar para sinceraros, se tiene siempre derecho á no creerlo y á decir, que estais picados; que es la pasión la que os hace hablar de aquel modo; que si aquel hombre tuviese parte en vuestros intereses y designios, no le desacreditarais de tal modo, y aprovecharais en él lo que censurais ahora con tanta eficacia. Al contrario, si es vuestro amigo (¿porqué ¿á quién perdona la murmuración?) ¿qué vileza no es hacer esa traición á la ley de la amistad, rebelaros contra el mismo de quien debeis ser defensor, exponerle á la irrisión, al tiempo mismo que, por otra parte, le tratáis con buenas palabras, aconsejándole por una parte y ultrajándole por otra? Pero yo quiero, concluye S. Juan Crisóstomo, que aquel hombre os sea indiferente. ¿No es otra especie de baja herirle tan cruel y sensiblemente? Si lo mirais como indiferente, ¿por qué le acometeis? No habiendo recibido de él daño alguno, ¿por qué sois el primero en hacérselo? ¿Qué ha hecho para atraerse el veneno de vuestra murmuración? Nada tenéis contra él, decís, y no obstante, le ofendeis y herís. Yo os pregunto: ¿hay cosa más vil, que semejante modo de proceder?

Pero, veámoslo más claramente por otra circunstancia. Cualquiera que murmura, insulta el honor de otro, y en esto consiste la esencia de este pecado. Pero ¿de qué armas se sirve para ofenderle? De un género de armas, que en todos tiempos han sido tenidas por vergonzosas; quiero decir, de las armas de la lengua. ¿Quién fué el inventor de este género de armas, y quien las fabricó? El demonio, cuando queriendo combatir al primer hombre en el paraíso terrenal, se armó con una lengua de serpiente, y así acertó mucho mejor. De aquí nace que el Hijo de Dios, hablando en el Evangelio de este enemigo del género humano, dice, que desde el principio del mundo fué homicida: *Ite homicida erat ab initio* (JOAN. VII, 44). Evidente es que no co-

metió el demonio ese homicidio con el acero, sino con la lengua. Este es el principio y origen de la murmuración. Por eso Jeremias no creyó que podía explicar mejor la malicia de sus enemigos y la indignidad de su proceder, que refiriendo los discursos con que hablaban de él y contra él. Vamos, decían aquellos hombres sangrientos, animándose los unos á los otros contra Jeremias, ó por mejor decir, contra Jesucristo, á quien representaba este profeta; vamos y declarémosle una guerra abierta; arrojémosnos sobre él, como sobre una presa que nos está preparada; despedacémosle, y hagámosle añicos. Pero ¿cómo ha de ser todo esto? Con los tiros y golpes de la lengua, que será el instrumento general de todos los designios y empresas que contra su persona hemos formado. Ved cómo se portan todos los días los que se llaman hombres de partido, de facción y de tramas. Ellos hablan, vituperan, injurian y calumnian. Yo dejo á vuestra consideración si es este el carácter de unas almas generosas y de corazones rectos.

A más de esto, ¿qué tiempo estogue casi siempre el maldiciente para herir con sus tiros? Aquel en que no tiene el murmurador proporcion alguna para defenderse. Porque no creais que el embiste á su enemigo cara á cara; pues es demasiado advertido en su iniquidad para no llevar siempre mucha precaución. Mientras estéis delante no se le escapará una palabra; y con que solamente conozca que algún amigo está dispuesto á defender la causa vuestra, no es menester más para cerrarle la boca. Pero, como os separais, y él crea que está seguro, entonces dejará correr libremente su murmuración, derramará su más amarga hiel, se desatará, y se dejará conocer con sus invectivas. Considerad ahora: ¿qué vileza es insultar á un hombre porque no pueda responder? Esto es, no obstante, lo que hacen todos los maldicientes; y ved sobre lo que se funda particularmente la obligación de no oírlos. Cien veces se os ha dicho, que esta obligación es indispensable en el precepto de la caridad; y que es de fe, que cualquiera que dá oídos á la murmuración se hace cómplice en ella; que no hay por lo común menos desorden en escuchar la murmuración, que en murmurar; y que habrá quizá algun día más cristianos condenados por Dios por haber oído hablar, que por haber hablado contra el prójimo. Todo esto se os ha dicho; pero preguntais, ¿sobre qué puede fundarse esta obligación? Yo os digo, que particularmente se funda en la vileza del maldiciente; porque como siempre se murmura de los ausentes, ha sido muy propio de la Providencia disponer, que éstos estuviesen resguardados contra un mal tan peligroso. Esto es, pues, lo que Dios ha dispuesto sabiamente por la ley de la caridad, que nos obliga á no convenir con la murmuración: que es

decir, que nos obliga, ó á condenarla con nuestro silencio, ó á refutarla con nuestras palabras, ó á reprimirla con nuestra autoridad; de modo, que si en mi presencia se atreven á ofender el honor del prójimo, debo mirarme como un hombre destinado por Dios para defenderle, y como tutor de la reputacion de mi hermano.

Nada es más formidable para la murmuracion que un hombre celoso por la caridad. Pero ¿sabéis cómo acostumbra á defenderse la murmuracion? Por tres vilezas aún mayores que comete. Primeramente: no habla sino en secreto de aquellos hechos que más infaman. En segundo lugar, afecta agrandar y hacerse agradable. Y en tercer lugar, intenta cubrirse con mil pretextos que parece la justifican. Me explicaré: si la murmuracion se redujese á no manifestarse sino en público y delante de testigos, apenas habria maldicientes en el mundo; y es la razon, porque hubiera muy pocas gentes que pudiesen, ó que quisiesen tolerar la nota que la murmuracion imprime en quien la hace; pero, en el día, se libran de eso inconveniente con un poco de prudencia y con una discrecion aparente. Con esto se murmura libre é impunemente: de donde se origina, que los más viles y cobardes vienen á ser los más atrevidos. Ellos encargan á todo el mundo el secreto, y no ven que esto mismo los hace despreciables; porque pedir á aquel que he hecho confidente de mi murmuracion, que guarde el secreto, es propiamente confesarle mi injusticia. Pero aún no es esto todo. ¿De qué hace que en el día se haya hecho la murmuracion tan agradable en las diversiones y conversaciones del mundo? ¿Por qué se emplean en ella tantos artificios y se buscan tantos rodeos? Ciertamente de insinuarse, el aire festivo que toma, las buenas palabras que se estudia, las expresiones con que se oculta, los equívocos con que se aplaude, las alabanzas hechas con ciertas restricciones y reservas, las reflexiones llenas de una compasion cruel, y las quejas que sin hablar todo lo dicen, y que dicen aún más que las palabras, ¿á qué fin se dirigen? El Profeta nos lo enseña: *Os tuum abundavit malitia, et lingua tua concipiebat dolos* (PSALM. XLIX, 19). Vuestra boca estaba llena de malicia, pero vuestra lengua sibia perfectamente el arte de disfrazarla y hermosearla; porque cuando queriais murmurar, lo haciais con tanto agrado, que era un encanto el oiros. Aunque por lo comun fuesen mentiras, estaban tan compuestas y adornadas, que no dejaban de agrandar; y por una funesta consecuencia, no dejaban de producir sus perniciosos efectos. ¿Y con qué intencion obra de este modo el maldiciente? ¡Ah! hermanos míos, la razon es, porque de otro modo no tendria valor la murmuracion para manifestarse ni dejarse oír: pues, siendo por sí misma tan vil, al punto se veria despre-

ciada, si se dejase ver al natural; y ved porque se pule y adorna tanto para presentarse á los ojos de los hombres, bien que lo hace de un modo que la hace más culpable y delincuente á los ojos de Dios.

Pero, lo que hace mayor la vileza de este vicio, es: que no contento con querer agrandar y en erigirse en censor agradable, quiere hacerle pasar por honesto, caritativo y bien intencionado; y ved aquí uno de los abusos más comunes. Se ha encontrado el medio de consagrar la murmuracion, de trasformarla en virtud, y aún en una de las más santas, que es el celo de la gloria de Dios: es decir, se ha encontrado el medio de decir mal del prójimo y desacreditarle, no ya por odio, ni por impulso de la ira, sino por una máxima de piedad y por un interés de Dios. ¡Ah! hermanos míos: si Dios en este instante revelara aquí todos nuestros pensamientos, como lo revelará en su juicio universal, y descubriese todas las intenciones que hemos tenido de aladir á este y á aquel, que vergüenza no tendríamos de nosotros mismos? O si nosotros mismos con un espíritu de sincera penitencia quisiésemos reconocer la perversidad de nuestro corazón, ¿qué confesion no haríamos á Dios? No Señor, le diríamos, lo que menos me movía y obligaba á obrar así era vuestra gloria; yo soy un pecador por haber querido que la gloria divina sirviese á la iniquidad y al desorden de mi pasion. Si yo no me hubiera propuesto más que vuestra gloria, no hubiera tenido mi celo tanta aspereza; no hubiera tenido un placer tan sensible en revelar las imperfecciones de mi prójimo; y no hubiera tenido por ventaja su humillacion con perjuicio de la caridad, porque esta es inseparable de vuestra gloria.

Tambien he dicho, que era uno de los más odiosos para Dios y para los hombres. Para Dios, que es esencialmente amor y caridad, y por sí mismo debe tener una oposicion singular á la murmuracion, supuesto que esta es el enemigo más mortal de la caridad: *Detractores Deo odibiles* (ROM. I, 30). Para los hombres tambien, para los que, segun el oráculo del Espíritu Santo, es el maldiciente una abominacion: *Abominatio hominum detractor* (PROV. XXV, 9). Y no me admiro; porque ¿qué cosa hay más odiosa, que un hombre á cuya censura están todos expuestos; de quien no hay persona, de cualquiera graduacion que sea, que se pueda decir está exenta; y de quien aún los mismos poderosos no pueden evitar los tiros?

Por esto la Escritura, haciendo el retrato del maldiciente, nos lo representa como un hombre terrible y formidable: *Terribilis in civitate homo linguosus* (ECCLES. IX, 23). Con efecto, es formidable en una ciudad, en una comunidad, en las casas particulares, entre los grandes y los pequeños. En una ciudad, porque levanta en ella fac-

ciones y partidos; en una comunidad, porque turba la paz y la union; en una casa particular, porque conserva las enemidades y tibiezas; entre los grandes, porque abusa del crédito que le dan para destruir y separar de ellos á que quiere; y entre los pequeños, porque anima los unos contra los otros; ¿Cuántas familias no están divididas por una sola murmuracion! ¿Cuántas amistades deshechas por una sátira! ¿Cuántos corazones irritados y envenenados por chismes indiscretos! ¿Qué es lo que causa todos los días tantas quejas y ríñas abiertamente declaradas? No es más palabra injuriosa de que se quiere tomar satisfacción? ¿Qué es lo que obliga á estos duelos singulares tan prudentemente prohibidos por las leyes divinas y humanas? ¿Es otra cosa, por lo común, que una palabra picante é injuriosa, que no se cree (según el falso honor del mundo) poderla dejar sin castigar? No nos admiráramos, si en la historia no se nos hicieran ver guerras sangrientas, que no han tenido otro principio que este.

Vosotros mismos á quienes hablo, hermanos míos, dad aquí testimonio de todos los desórdenes en que habeis tenido parte, y que la murmuracion ha causado; ya sea la que vosotros hayais hecho, ya la que de vosotros hayan hecho; quiero decir, de todas las pesadumbres que habeis dado á los demás con vuestras murmuraciones, y de todas las desazones que la murmuracion de otros ha causado en vosotros mismos. ¿Habeis podido tolerar lo que se ha dicho de vosotros? ¿Qué resentimientos no habeis manifestado, y qué excesos de cólera no os ha causado algunas veces esto mismo? Pues lo que vosotros habeis dicho de los demás, ha producido en ellos los mismos efectos. Ved cuantas desgracias os hubieran excusado, si nunca hubieran hablado mal de vosotros; y cuantos disgustos os hubierais excusado á vosotros mismos, si nunca hubierais hablado mal de otros. Porque, al fin, todos los malos pasos de vuestra vida, todos los lances enojosos, y todas las dificultades que habeis tenido en vuestros negocios, han provenido, sin duda, del mal gobierno de vuestra lengua. Esto os acarea enemigos, os hace perder vuestros amigos, los hace huir de vosotros, y os hace pasar en el mundo por un espíritu peligroso. Tanto verdad es, que la murmuracion es un vicio odioso por su naturaleza.

Pero se gusta de oírlas, y nada tienen las conversaciones, ni más agradable ni más divertido. ¡Ah! este es el prodigio que os suplico observéis; porque todo es monstruoso en este vicio, y nada hay en él que sea natural. Se le ama y se le aborrece á un tiempo mismo. Amamos la murmuracion mientras ofende á los demás; pero, en el instante que se acerca á nosotros, la miramos con horror. Que nues-

tro prójimo sea despedazado, lo toleramos y lo aprobamos; pero, si nosotros experimentamos el más pequeño golpe, nos resentimos y enfurecemos. Ved, pues, las dos cualidades de esta costumbre criminal: ella es vil y es odiosa: siendo esto así; no es extraño que, no obstante, sea en el día el vicio más común y más universal? Sin embargo, entre todas los pecados, este es el que nos impone delante de Dios obligaciones más estrechas y rigurosas, como voy á demostrarlo.

2. Toda injusticia contra el prójimo es de una consecuencia peligrosa para la salvacion, y entre todas las especies de injusticia, ninguna es de obligacion más terrible delante de Dios, que la de la murmuracion. Lo primero: porque tiene por término la más delicada y la más importante reparacion, cual es la del honor. Lo segundo: porque la obligacion de ella admite ménos excusas y vanos pretextos del amor propio. Lo tercero, en fin: porque se extiende comunmente á muchas consecuencias, las que ninguna conciencia, por desenfreada que sea, puede dejar de temer. Estos tres caracteres merecen todas vuestras reflexiones, y puede ser que nunca los hayais considerado bien.

El primero es, que hay obligacion de reparar el honor. ¡Ah! qué extraña necesidad! Vosotros habeis quitado el honor á vuestro hermano, y se trata de devolvérselo. Si retuvierais sus bienes os condenaríais vosotros mismos á resituirselos, y confesaríais que no haciéndolo así, no tendríais esperanza alguna de salvaros: luego, siendo estos bienes de mucho ménos valor que su honor, sería digno de admiracion que teniendo equidad para lo uno, os faltase para lo otro; y que siendo religiosos para el hurto, no lo fueseis para la murmuracion. Saber como ésta se repara es lo que intento explicaros por mejor; y pudiera prescribiros sobre este punto reglas, contra las cuales se rebelaría vuestra fragilidad. Consultad á los que Dios ha establecido en su Iglesia para pastores de vuestras almas; pero tened presente que, aunque son pastores de vuestras almas, no les ha dado Dios poder alguno para que os dispensen de esta reparacion.

El honor quitado por la murmuracion, no puede quedar purificado de esta mancha, sino á costa de otro honor: así como un interés no puede ser compensado sinó por otro. Tú has injuriado la reputacion de aquel hombre; pues es justo que á proporcion bagas á costa de la tuya la satisfaccion que le has de dar. Esta satisfaccion te humillará; pero en esto consiste la satisfaccion de la deuda que has contraído; porque pagar en materia de honor es humillarse, y es tan imposible reparar la murmuracion sin padecer la humillacion, como el robo sin desahuciar y despojarse de lo que se hurtó. Tú padecerás en ello

alguna vergüenza; pero tus discursos libres y satíricos ¡cuánta confusión habrán causado á la persona que desacreditaste! Rehuirán de la estimacion en que tenian tu integridad; pero esta estimacion de integro, no te se debe ya, ántes bien la debes tú á aquellos que has ofendido; y el órden de Dios es, que de ella les bagas como un sacrificio, exponiéndote (si es necesario) al desprecio de los hombres. Tú, heçaste á culminar; pues es menester que expresamente te desdijas: te excediste en referir alguna cosa; pues será preciso que reconozcas, sin que pueda quedar equivocacion, que en aquel asunto exageraste demasiado; envenenaste con un aire de malicia lo que no te agradaba; pues será menester que en este punto y en todos los demás bagas justicia y des á conocer la verdad. Sin esto, no hay penitencia sólida, y, por consiguiente, no hay sin ello misericordia ni perdón de parte de Dios.

Añadid, que la obligacion de reparar el honor es entre todas la más absoluta, y, como he dicho, la ménos expuesta á los pretextos del amor propio que pudieran disminuirla; porque en vano nos sugiere el amor propio razones y excusas para exonerarnos de una obligacion tan estrecha como esta; pues estas excusas y razones son otras tantas imposturas del espíritu del mundo, que por sí mismas se destruyen, por poco que queramos examinarlas. En efecto, cuando se nos habla de restituir algunos bienes mal adquiridos, nos excusamos y defendemos con el pretexto de la imposibilidad. Por lo comun es quimérica esta imposibilidad, aunque algunas veces es real; Dios que no se puede engañar será en ello el juez. Pero, cuando se trata del honor de nuestros hermanos, ¿qué hemos de alegar? Nosotros nos li-  
sonjamos de que no estamos obligados á reparar la murmuracion, porque, segun decimos, no hemos sido nosotros los primeros autores de ella, y no hemos hablado en el asunto sino sobre la relacion de otro; pero, en un asunto en que se falta á la caridad ¡es seguridad bastante para nosotros que otro lo haya dicho? ¡Estábamos en obligacion de decir á lo que otro cuenta? ¿Queríamos que sobre la fe de los demás se creyera de nosotros indiferentemente todo lo que se dice? ¿Un pecado podrá servir jamás de excusa á otro pecado?

Alegamos tambien, que la voz comun ha hecho público el asunto. Pero ¿no es esta voz comun la que publica todos los dias las mentiras más perniciosas, y la que las divulga por el mundo con el mismo suceso que las verdades más constantes?

Nosotros nos figuramos quedar libres delante de Dios, porque nada hemos dicho que no sea verdad. Pero, porque sea cierto, ¿nos es permitido revelarlo? ¿No era bastante motivo que fuese un secreto para

que debiéramos nosotros respetarlo? ¿Tenemos acaso derecho para decir todas las verdades? ¿Consentiríamos en que todo lo que es verdad en nuestras personas se descubriese y se manifestase? Nos persuadimos tambien á que la murmuracion, que inadvertidamente decimos, solo ligeramente interesa al prójimo. Pero, ¿acaso somos nosotros jueces competentes en este punto? ¿Habemos calculado bien hasta donde puede llegar este interés del prójimo? ¿Debemos medirlo segun los designios de una razon como la nuestra, siempre preocupada y siempre dispuesta á tomar el partido que la favorece? Si esto fuera propio interés nuestro, ¿formaríamos el mismo juicio?

Acabemos, hermanos míos, de destruir los vanos fundamentos sobre que se sostiene nuestra iniquidad. Lo que yo he dicho en daño de aquel, no es sino una confianza amistosa, que he creído poder haber á este otro. Ved el escollo de la caridad. Esta es una confianza que he hecho, decís, y á nadie me he declarado sino á mi amigo; como si os fuera permitido arruinar mi crédito y honor para con vuestro amigo: como si porque aquel sea amigo nuestro, me fuera menor ultraje quedar difamado en su interior; como si aquel hombre á quien tratáis como amigo, no tuviese él otros á quienes confiar el mismo secreto. Estas confianzas culpables son las que hacen al pecado, que intento destruir, no solamente pernicioso, sino contagioso; porque en el mundo se tiene un amigo á quien se hace depositario y cómplice de su murmuracion; este tiene otro del cual ha experimentado la fidelidad, y este otro tiene un tercero del cual no está ménos seguro. De este modo con el pretexto y sombra de confianza, se desacredita un hombre en toda una ciudad; y vosotros que sois el origen de este desórden, ¿no vendreis á ser cada uno de por sí responsables á Dios?

¡Ah! hermanos míos, obremos mejor, y sin juzgar á nadie, juzguémonos á nosotros mismos. Aprendamos á callar cuando la reputacion del prójimo puede en ello estar interesada, y aprendamos á hablar cuando es interés del mismo que le volvamos lo que nuestra murmuracion le ha quitado. Entre los peligros de la salvacion, dice S. Gregorio, no hay ninguno más universal, ni más frecuente que la murmuracion. ¡Dichoso aquel que se conserva de él, y lo previene gobernando su lengua y no permitiéndola que jamás se deslice! ¡Dichoso el que lleva siempre la caridad en sus labios! pues conservará la gracia en su corazon, y poseerá la gloria por una eternidad dichosa, que es la que os deseo, etc.

## MURMURACION.

(PRETEXTOS PARA JUSTIFICAR ESTE VICIO.)



Caute sitis vos à murmuracione.  
Guardaos de la murmuracion.

(SAP. I, 11.)

Aunque el vicio de la murmuracion sea un vicio que por ninguna circunstancia admita excusa, con todo eso, es el más artificioso para disfrazarse á sí mismo, y con el que más condesciende hoy el mundo, y aún la misma piedad; no porque el murmurador no sea tan odioso á los hombres como abominable á la vista de Dios, segun la expresion del Espíritu Santo; sino porque en este número solo se comprenden ciertos murmuradores de una malicia más rústica y grosera, que murmuran sin arte y sin discrecion, y que, aunque tienen la malicia suficiente para censurar, no tienen el talento necesario para agradar. Mas, los murmuradores de esta especie son más raros.

Hay otra especie de murmuradores, que al mismo tiempo que condenan este vicio, están poseidos de él; que despedazan sin respeto alguno á sus prójimos, y que, con todo eso, se alaban de moderacion y reserva; que introducen el puñal hasta el corazón, pero por ser más brillante y estar más afilado no ven la herida que ha hecho. Este género, pues, de murmuracion está esparcido por todas partes; el mundo está lleno de ella; este vicio sirve de union á las concurrencias de los pecadores, entra muchas veces aún en la compañía de los justos, y se puede decir de él, que todos se han separado del camino derecho, y que no hay ni uno que haya conservado su lengua pura y sus labios inocentes.

Importa pues, manifestar hoy la ilusion de los pretextos que se oponen todos los dias en el mundo para justificar este vicio, ó impugnarle en aquellas circunstancias en que vosotros los tenéis por más inocente.

¿Cuáles son, pues, los pretextos que minoran ó justifican á vuestra vista el vicio de la murmuracion? Primeramente, lo leve de los de-

fectos que censurais; la notoriedad del hecho; finalmente, el celo de la verdad y de la gloria de Dios. A estos tres pretextos quiero oponer tres verdades incontestables. Al pretexto de lo leve de los defectos diré: que cuanto más leves son las faltas que censurais, más injusta es la murmuracion. Al pretexto de la notoriedad pública, que cuanto más sabidas son las faltas de nuestros prójimos, más cruel es la murmuracion que las censura. Al pretexto de celo, que la misma caridad que es causa de que aborrezcamos santamente á los pecadores, debe hacer que oútemos la multitud de sus defectos. Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. La lengua, dice un apóstol, es un fuego abrasador, un conjunto de iniquidad, un mal inquieto, y una raíz llena de mortal veneno. La lengua del murmurador es un fuego abrasador que tizna todo lo que toca; que ejerce su furor, tanto sobre el buen grano, como sobre la paja; sobre lo profano, como sobre lo sagrado; que no deja por donde pasa sino desolacion y ruina. La murmuracion es un conjunto de iniquidad; una secreta soberbia que nos manifiesta la paja en el ojo del prójimo, y nos oculta la viga que se halla en el nuestro; una vil envidia, que ofende á los talentos con que la prosperidad ajena dá motivo á sus censuras, y procura oscurecer el resplandor de todo lo que la ofende; un rencor disimulado, que deja ver en sus palabras la amargura que oculta en su corazón; una indigna falsedad, que alaba en público lo que desacredita en secreto; una vergonzosa ligereza, que no sabe vencerse, ni dejar de decir cuanto se le ocurre, y que muchas veces sacrifica su fortuna y su sosiego á la imprudencia de un dicho gracioso. Es un mal inquieto, que turba la sociedad, que introduce la discension en las cortes y en las ciudades, que rompe las amistades más estrechas, que es la raíz de los rencores y de las venganzas, que todos los lugares en que entra los llena de confusion y desórden. Finalmente; es una raíz llena de un mortal veneno, que todo lo que de ella nace está inficionado, ó inficiona á cuanto se le acerca; que hasta sus mismas alabanzas están envenenadas; que sus aplausos son maldiciosos, su silencio culpable; que sus gestos, sus movimientos, sus miradas, todo está lleno de veneno, el que no cesa de derramar continuamente.

Esto es lo que yo pudiera manifestaros; pero me limitaré á impugnar los pretextos de que todos los dias os estais valiendo para justificarla.

El primer pretexto que autoriza en el mundo casi todas las murmuraciones es el calificar de leves los vicios de que murmuramos. No

quisiéramos perder á un hombre de reputacion y arruinar su fortuna deshonrándole para con el mundo; no quisieramos infamar la conducta de una mujer en los puntos principales, porque esto sería una barbaridad y una infamia; pero, en orden á fomentar mil sospechas en el ánimo de los que nos oyen, dándoles á entender lo que no nos atrevemos á decir; en orden á hacer advertencias satíricas, que dan á entender misterio en ciertas acciones, en las que hasta entónces nadie habia reparado, y ridiculizar con malignas interpretaciones ciertos modos de proceder, que hasta entónces no habian llamado la atención de nadie; de esto es de lo que el mundo no hace escrupulo, y aunque sean muy culpables los motivos, las circunstancias y los efectos de estas conversaciones, la gravedad excusa su malicia para con los que nos oyen, y nos oculta la culpa á nosotros mismos.

Dije primeramente, *los motivos*. Bien sé que siempre os justificais con la inocencia de la intencion; que continuamente nos estais diciendo, que no es vuestro ánimo manchar la reputacion de vuestro prójimo, sino el divertirlos inocentemente con unos defectos que no le deshonran para con el mundo. ¡Divertiros con sus defectos, amados oyentes míos! Pero ¿qué cruel alegría es esa, que introduce la tristeza y la amargura en el corazon de vuestro prójimo? ¿En dónde está la inocencia de una diversion, que se funda en unos vicios que debieran inspiraros compasion y dolor? Si Jesucristo nos prohibe en el Evangelio, que divertamos la molestia de las conversaciones con palabras ociosas, ¿os podrá permitir que os divertais en ellas con burlas y censuras? ¡Divertiros con sus defectos! ¿Puede acaso la caridad regocijarse con el mal del prójimo? ¿Será esto alegrarse en el Señor, como manda el Apóstol?

Excusais la malicia de vuestras censuras con la inocencia de vuestra intencion; pero, escurriémos el secreto de vuestro corazon; ¿de qué proviene que vuestras censuras siempre se dirijan á cierta persona, y que nunca os divertais más á satisfaccion ni con más gracia que cuando referis sus defectos? ¿No nace esto de una secreta envidia? Buscad el origen; no hay alguna secreta raiz de amargura en vuestro corazon? ¿Cómo habeis de poder justificar con la inocencia de vuestras intenciones unos discursos que nacen de un principio tan corrompido?

Pero, decís, que si alguna vez os acontece murmurar de vuestros prójimos, esto en vosotros es pura indiscrecion y ligereza de lengua. ¿Y es posible que os hayais de tener por inocentes, solo porque sois inconsiderados ó indiscretos? Un vicio tan indigno de la gravedad cristiana, tan opuesto á la seriedad y solidez de la fe, tan repetidas veces

condenado en los sagrados Libros, ¿ha de poder justificar otro vicio? ¿Qué importa á vuestro prójimo, si le despedazais, que sea por indiscrecion ó por malicia?

Pero, si estas murmuraciones, que llamais leves, son pecaminosas por razon de sus motivos, no lo son ménos por sus circunstancias. Pudiera desde luego manifestaros que se ha familiarizado el mundo con las culpas, y que á fuerza de ver fus más execrables vicios abrazados por la mayor parte de los hombres, ya casi no se admira de ellos; que llama leves á unas murmuraciones en que se trata de las más infames y pecaminosas flaquezas. Pero, porque no me digais que pontero demasiado, quiero concederos que son leves las faltas que referís de vuestro prójimo; pues sabed, que cuanto más leves son esas faltas, es mayor vuestra injusticia en manifestarlas, y es más acreedor á que se las perdoneis. Si los defectos de vuestro prójimo fueran graves se los perdonaríais, le tendríais por digno de vuestra indulgencia, tendríais el callar por obligacion religiosa y politica; y es posible que solamente porque sus faltas son leves, le habeis de tener por ménos digno de vuestra atención, y que lo que debiera ser motivo de que le respetaseis, os ha de servir para desacreditarle?

Quando han llegado á vuestra noticia algunas conversaciones en que se ha hablado de vosotros, y que aunque en la realidad no eran contra vuestro honor y estimacion, no obstante, hacian públicas algunas de vuestras flaquezas, ¿con qué disposicion habeis recibido estas noticias? ¿Oh Dios mío! entónces todo lo abullamos, todo nos parece grave. Pues, usad de la misma regla en los defectos que publicais de vuestro prójimo; aplicaos la ofensa á vosotros mismos; contra el prójimo todo os parece leve; y en lo que toca á vosotros, todo le parece á vuestra vanidad que es grave y digno de venganza.

Finalmente; decís que son leves los vicios de que murmurais; pero ¿os parece que lo serán respecto de las personas á quienes ofendeis murmurando? Acaso la persona de quien murmurais es de un sexo en el que las más leves manchas, particularmente en ciertos puntos, son esencialísimas; en el que cualquiera tuvo noticia es una pública infamia. Tal vez se dirigen vuestras murmuraciones contra vuestros superiores; contra aquellos á quienes ha puesto la Providencia sobre vuestras cabezas, y á los que os manda la ley de Dios que tributéis el respeto y la sumision que les es debido. Quién sabe si se dirigea contra las personas consagradas á Dios, y condecoradas con las dignidades de la Iglesia, ó contra personas que hacen pública profesion de la devocion, dando así nuevo crédito á los discursos tan frecuentes y tan

injuriosos á la religion, en órden á la piedad de los siervos de Jesucristo. Ahora bien, ¿os parece todo esto cosa leve?

Hemos visto la ilusion del pretexto que alegais, fundado en la leve de vuestras murmuraciones; veamos ahora si se halla mejor fundado el pretexto de la notoriedad pública; que es lo que me falta que explicar.

2. ¿De qué proviene que los que se tienen por observantes de la mayor parte de los preceptos son los que más los quebrantan, y que casi nos cuesta tanto trabajo el hacer confesar al mundo sus trasgresiones como el corregirlas? Consiste en que nunca formamos las ideas de nuestras obligaciones segun los principios de la religion. ¿Cuáles son las reglas del Evangelio que prohíben á los discípulos de Jesucristo como pecado la murmuracion? El precepto de la humildad cristiana, que debiendo formar en nosotros un profundo desprecio de nosotros mismos, y abrir nuestros ojos para que veamos la infinita multitud de nuestras miserias, nos los debe entrar al mismo tiempo para que no veamos las de nuestros prójimos; la obligacion de la caridad, que oculta las defectos que no puede corregir, que excusa los que no puede ocultar, que no se alegra del mal y que le cree con dificultad porque nunca le vea; finalmente, aquella regla invariable de la justicia, que no permitiendo jamás el que se haga con otro lo que no quisiera cada uno para sí mismo, condena todo lo que excede los límites de la equidad. Las conversaciones, pues, de murmuracion en que se trata de las faltas que vosotros llamais públicas, ofenden esencialmente á esas tres reglas, y de aquí podeis juzgar de su inocencia.

Primeramente, ofenden la regla de la humildad cristiana. Si conocierais vuestras propias miserias, si tuvierais continuamente presente vuestro pecado, como el penitente rey, no os quedaria ni tiempo ni dèso de reparar en las faltas de vuestros prójimos. Cuanto más públicas fueran éstas, más alabariais interiormente al Señor por haberos libertado de esa infamia; más sentiriais avivarse vuestro agradecimiento, pues habiendo acaso caído en los mismos desórdenes, no permitiríais que se hiciesen públicos como los de vuestro prójimo; temblariais si os dijiesen á vosotros mismos, que puede ser que el haberes excusado esa confusion en este mundo, acaso es para hacerla más durable y permanente en el otro. Estas son las disposiciones de la humildad cristiana en órden á las caídas públicas de nuestros prójimos; en ellas debieramos entrar en cuenta con nosotros mismos, y no hablar de ellas con los demás.

Excuseis, pues, las reglas de la humildad cristiana cuando murmurais de los defectos de vuestros prójimos, por más públicos que sean:

tambien faltais esencialmente á las de la caridad, porque *la caridad no obra en vano* (I Cor. xiii, 4), como dice el Apóstol; y así, si los que os oyen saben ya los vicios de vuestro prójimo, es inútil el que se los conteis de nuevo: pues ¿qué fin podeis tener en publicarlos? ¿Acaso el reprobar su conducta? Pero ¿os parece que es poca su confusion? ¿Queréis aniquilar á un infeliz, y dar el último golpe á un hombre que está ya atravesado con mil mortales heridas? Considerad que es más digno de vuestra compasion que de vuestras censuras: pues ¿qué fin podeis tener en infamarle? ¿Acaso el borrar su desgracia? Mal modo es de compadecerse de un infeliz el renovar sus heridas: no puede ser tan bárbara la compasion.

En tercer lugar; no solamente quebrantais las santas reglas de la caridad, sino que tambien sois infractores de las de la justicia: quiero concederos que son públicos los defectos de vuestro prójimo; pero poneos vosotros en el mismo estado; ¿os parece que por ser pública vuestra culpa, querriais que usasen con vosotros ménos respetos y ménos compasion? ¿Creeríais que el público ejemplo dala á vuestros hermanos contra vosotros el derecho que vosotros usurpais contra ellos? ¿Admiraríais por excusa de su malicia lo que os la haria más odiosa y culpable? Por otra parte; ¿qué sabéis si acaso el primer autor de esos públicos discursos ha sido algun impostor? Os exponéis, pues, á calumniar á vuestro prójimo: por más públicas que sean las censuras que contra él se esparcen, siempre que no hayais sido testigo de su culpa, debeis dudar de ella; y le injurias en publicar como verdadero lo que solamente sabéis por las públicas noticias, las que las más veces son falsas, y siempre temerarias.

Pero, quiero pasar más adelante: aun cuando la caída de vuestro prójimo fuese cierta, y no hubiera añadido á ella cosa alguna la malicia de los públicos discursos, ¿qué sabéis si la misma vergüenza de ver publicada su culpa lo ha hecho volver en sí; y si la ha borrado y expiado ya en la presencia de Dios con un sincero arrepentimiento y con abundantes lágrimas? La gracia no siempre necesita de muchos años para triunfar de un corazón rebelde; consigue ciertas victorias, que no quiere deberlas al tiempo; y si vuestro prójimo está arrepentido, ¿no es injusticia y crueldad el hacer revivir unas culpas que acaba de borrar la penitencia; y que ya ha olvidado el Señor?

Hermanos míos, poned freno á vuestra lengua para no decir nada que pueda perjudicar á vuestro prójimo; pero no debeis contentaros con esto, sino que debeis manifestar á la murmuracion un rostro triste y severo, segun el consejo del Espíritu Santo.

3. Pero, lo más singular es, que la misma piedad sirve muchas

veces de pretexto á este vicio, tan detestable para la piedad sincera, porque arruina sus verdaderos fundamentos. La murmuracion halla muchas veces en la misma piedad colores con que justificarse; siempre se reviste de apariencias de celo: el horror al vicio parece que autoriza la censura de los pecadores; los que hacen profesion de la virtud, creen muchas veces que honran y glorifican á Dios, afrontando y desacreditando á los que le ofenden, como si el privilegio de la virtud, cuya alma es la caridad, pudiera excusarnos de ser caritativos.

Escuchad las reglas que señala el Evangelio al verdadero celo, y nuncia las olvídeis. Acordaos, primeramente, de que el celo que nos hace gemir por los escándalos que deshonran la Iglesia, se contenta con llorar en la presencia de Dios, y pedirle que se acuerde de sus antiguas misericordias, que mire con ojos propicios á su pueblo, que establezca su reino en todos los corazones, y que saque á los pecadores de sus errados caminos; este es un modo santo de llorar las caídas de vuestros prójimos; hablad de ellas muchas veces con Dios, y olvidadlas delante de los hombres. Acordaos, en segundo lugar, de que la piedad no os dá derecho de imperio y autoridad sobre vuestros prójimos; que si no sois superiores suyos, ó responsables de su condonación, que caigan ó que estén firmes, no es negocio vuestro, sino del Señor. Acordaos, en tercer lugar, que el celo que se gobierna por la ciencia busca la salvacion, y no la infamia de su prójimo. Acordaos, en cuarto lugar, de que ese celo murmurador que manifestais contra vuestro prójimo le es inútil, porque no os oye, que es perjudicial á su conversion; y que si llega á saberlo, la retardais, exasperándole con vuestras censuras.

Corrijamos á nuestros prójimos más con la santidad de nuestros ejemplos, que con la amargura de nuestras censuras; reprendámoslos viviendo mejor que ellos, y no hablando contra ellos; hagamos respetable la virtud por su dulzura, y no por su severidad; ganemos á los pecadores compadeciéndonos de sus faltas, y no censurándolos; no conozcan nuestra virtud sino por nuestra caridad é indulgencia; y movámoslos con nuestro caritativo cuñado en ocultar sus vicios, á que los condenen, y á que ellos se acusen con más severidad; de este modo ganaremos á nuestros prójimos; haremos honor á la piedad; confundiremos la impiedad y el libertinaje; quitaremos del mundo aquellos discursos tan comunes y tan injuriosos á la verdadera virtud; y habiendo sido misericordiosos con nuestros prójimos, el Señor usará también de misericordia con nosotros, y nos dispensará, primero, su gracia, y después la gloria que os deseo.

## PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

*Quare non timuistis detrahere sermo meo Moysi? Numer. xii. 8.*

*Sepulchrum patens est guttur eorum: linguis suis dolose agebant: venenum aspidum sub labiis eorum. Psalm. xlii. 5.*

*Cujus maledictione os plenum est, et amaritudine, et dolo: sub lingua ejus labor et dolor. H. Psalm. x. 7.*

*Lingua tua concinnabat dolos. Psalm. xlii. 19.*

*Pro eo ut me diligerent, detrahebant mihi. Psalm. cviii. 4.*

*Remove à te os pravum, et detrahentia labia sint procul à te. Prov. iv. 24.*

*Abominatio hominum detractor. Prov. xxiv. 9.*

*Cum detractoribus non commisceris: quoniam repente consurget perditio eorum. Idem ibid. 21.*

*Ventus aquilo dissipat pluvias, et facies tristis linguam detrahentem. Idem xxv. 25.*

*Calumniá conturbat sapientem, et perdet robur cordis illius. Eccles. vii. 8.*

*Adetractioe parate linguam, quoniam sermo obscurus in vacuam non ibit. Sap. i. 11.*

*Septi aures tuas spinis, linguam nequam noli audire. Ecli. xxviii. 28.*

*Attende ne fortè labaris in*

Pues ¿cómo os habeis atrevido á hablar mal de mi siervo Moisés?

Su garganta es un sepulcro desatapado: con su lengua están forjando fraudes: debajo de sus labios hay veneno de áspides.

Está su boca llena de maldicion, y de amargura, y de dolo: debajo de su lengua opresion y dolor para el prójimo.

Fué urtidora de engaños tu lengua.

En vez de amarme, me calumniaban.

Arroja de tu lengua la malignidad; y lejos esté de tus labios la detraction.

Abominado es de los hombres todo hombre detractor.

No te acompañes con los detractores; porque de repente se desplomará sobre ellos la perdicion.

El viento norte disipa las lluvias, y un semblante severo reprime la lengua murmuradora.

La calumnia conturba aún al sabio, y le hace perder la fortaleza de su corazon.

Refrenad la lengua de toda detraction; porque ni una palabra dicha á escondidas se irá por el aire.

Haz de espinas una cerca á tus orejas, y no des oido á la mala lengua.

Mira no resbales en tu hablar.

*lingua, et sit casus tuus inanimabilis.* Item ibid. 50.

*Quia calumniatus est, et vim fecit fratri, ecce mortuus est in iniquitate sua.* Ezech. xviii, 48.

por lo cual sea incurable y mortal la caída.

Por haber sido un calumniador y opresor de su prójimo... murió en pena de su iniquidad.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Siendo tan funesta la murmuración, no es de admirar que sea siempre castigada ejemplarmente: véase la lepra asquerosa de que fué cubierta Macta hermana de Moisés, por haber murmurado de su hermano (Núm. 12).

Con una muerte horrorosa pagaron su murmuración Dabán, Coré y Abiron con sus compañeros: á todos les absorbió la tierra (Núm. 26).

Aman, para vengarse de un solo hombre, Marloqueo, calumnió y preparó la ruina de todo un pueblo; pero succumbió del mismo modo con que quería vengarse (Ester. 3).

Doeg, el mozo, siervo de Saul, fué causa, con su lengua, de la muerte que Saul dió al sumo sacerdote Aquimelech y á ochenta y cinco sacerdotes menores (I Rec. 22).

Absalón, con sus acusaciones injustas contra el gobierno de su padre, preparó admirablemente aquella revolución, de la cual fué el caudillo; pero lo pagó con una muerte desesperada (II Rec. 15 y 18).

Aquellos dos ancianos infames que intentaron violentar á la virtuosa Susana, le hubieran quitado la vida, no pudiendo el honor, con sus calumnias, á no haber descubierto su iniquidad el profeta Daniel inspirado de Dios (DAN. 13), aplicándoles el castigo preparado contra la inocente.

La murmuración fué el arma más poderosa que empuñaron los enemigos de Jeremías para desacreditar sus avisos, sus amenazas, sus terribles profecías: *Tente, dijéron, percutionis eum lingua* (Jerem. 18).

La murmuración es comparada á aquella piedrecita que se desprendió del monte y redujo á polvo aquella colosal estatua, vista en sueños por Nabucodonosor, y que tenía la cabeza de oro, el pecho y los brazos de plata, el vientre y los muslos de bronce, las piernas de hierro, y los pies parte de hierro, parte de barro: la piedra chocó con el barro y derribó y pulverizó todos los metales. El murmurador nunca hiera: las virtudes figuradas en los metales, porque su empeño sería inútil; busca algún defecto, ó verdadero ó supuesto,

figurado en el barro; y allí endereza todos sus tiros malignos, resultando de aquí destruidos los metales de las virtudes del detraído á fuerza de abular y dar contra el barro de sus defectos (DAN. 2).

Sabido es el empeño y la astucia con que los escribas y fariseos calumniaron siempre y procuraron desvirtuar las doctrinas, los milagros y las virtudes de Jesucristo; pasando á criticar tambien la vida admirable y penitente del santo Precursor, por lo mismo que había rendido un testimonio tan brillante á la dignidad del Salvador: *Venit Joannes neque manducans neque bibens; et dicunt: demonium habet. Venit Filius hominis manducans et bibens, et dicunt: ecce homo vorax, et potator vini, publicanorum et peccatorum amicus* (MATT. 11).

El apóstol S. Pedro solía decir á sus discípulos, que había tres especies de muerte muy abominable delante de Dios: la que dan los asesinos como Cain, la que dan los rencorosos y vengativos, y la que ocasionan los murmuradores con su lengua (S. CLEMENTE PAPA).

PASAJES Ó SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

*Infirma condemnatio est, que de alterius infamatione fulcitur.* Tertull.

*Si vultis hilari audire detractorem, tu illi das fontem detrahendi;... si facie subtristi et acerba detractorem audias, disces ille non libenter dicere, quod dixerit non libenter audiri.* S. Hieron. Epist. 14.

*Ex detractioe odia pulloant, jurgia conflantur, discordia artum trahunt, suspiciones mala procreantur.* S. Chrys. in Psalm. 100.

*Pejor est detractio in magni nominis civis, quam in plebeis.* S. Aug. contr. Petilian.

*Nobis necessaria est vita nos-*

Muy indierda es aquella sentencia, que se dá contra uno en vista de la infamacion de otro.

Si oyes al detractor con semblante alegre, le das motivo para proseguir murmurando... mas si le oyes con el semblante triste y medio vuelto, le enseñarás á hablar con respeto en lo que sabe no es oido con gusto.

La murmuracion multiplica los odios, atiza las riñas, pare discordias y engendra las malas sospechas.

La murmuracion contra hombres de dignidad ó celebridad, es mucho más grave que contra los plebeyos.

Si para nosotros necesitamos la

tra, aliis fama nostra. Idem, de bono viduit.

*Majora sunt vulnera lingua quam gladius: gladius enim corpus interficit, animam autem non interficit.* Idem, serm. ad fratres.

*Hoc maxime vitio periclitatur genus humanum.* S. Gregor. Hom. 9 in Ezech.

*Pauci admodum sunt, qui huic vitio remittunt, raroque invenies qui ita irreprehensibilem vitam exhibere velint, ut non libenter reprehendant alicuiam.* S. Paulin. Epist. 14 ad Galant.

*Audiendo detractorem, et non reprehendendo, maledictus ejus comprobare videtur tanquam vera.* S. Ephrem, de malo lingue.

*Esuriendi libido terminum habet, detrahendi libido non habet.* Salvian.

*Detractor pavore voluptati, nullis amor, omnibus odio est.* Sidonius Apoll. lib. 3, Epist. 43.

*Detrahere, aut detraherentem audire, quid horum damniolius sit, non facile dixerim.* S. Bernard. lib. 2 de Consid.

*Quid aliud intendit detractor, nisi ut is, cui detrahit, in diem veniat alicuius?* Idem, serm. 24 in Cant.

vida, para nuestros prójimos necesitamos nuestro buen nombre.

Más fatales son las heridas de la lengua, que las de la espada; porque estas solo matan al cuerpo, mas no al alma, como hace la lengua.

El género humano está siempre en peligro de grandes desgracias á causa de este vicio (la murmuración).

Hay muy pocos que renuncien á este vicio, y no es fácil encontrar hombres, que sin dejar de reprehender con empeño los hechos ajenos, son muy descuidados en llevar una conducta irreprochable.

Dando oídos al murmurador sin reprehenderle, aprobamos en cierto modo su maledicencia como digna de crédito.

La pasión de la gula tiene sus límites, pero la de la murmuración no tiene límites.

El murmurador á pocos desea, á nadie canta, y de todos es aborrecido.

No sabría fácilmente distinguir, entre el murmurar y oír la murmuración, cuál de las dos cosas es más digna de reprobación.

¿Qué otra cosa pretende el murmurador, sino hacer aborrecible á la persona de la cual murmura?

## NECESITADOS Y NECESIDADES.

*Accipit Jesus panes; et cum gratias egisset, distribuit discipulis.*

Tomó Jesús los panes; y habiendo dado gracias, los repartió entre los que estaban sentados.

(JOAN. VI, 11.)

Si en todos tiempos y circunstancias debemos meditar atentamente los saludables documentos, é imitar los ejemplos edificantes que se sirvió darnos nuestro divino Maestro en el discurso de su vida mortal, hay, sin embargo, ocasiones más críticas que parecen exigirlo imperiosamente. La misericordia, la caridad y el prodigioso esmero, con que nos dice S. Juan en el Evangelio de este día, que atendió Jesucristo al remedio de las necesidades espirituales y corporales de las turbas que le seguían, admiradas al ver los repetidos y asombrosos milagros que obraba frecuentemente, para proporcionar la salud á todo género de enfermos y el remedio á todas las necesidades; exigen con razón de nosotros, que procuremos ejercitar los actos de aquellas virtudes con un celo y exactitud proporcionados á los apuros en que se encuentran muchos de nuestros hermanos. Las necesidades que experimentan en el día, ya por respecto al cuerpo, ya con especialidad respecto del alma, son altamente acreedoras á nuestra atención. La dolorosa situación en que se hallan por disposición de la Providencia, exige del modo más imperioso que todos estudiemos, consultemos y pongamos por obra cuantos medios nos dicte la razón para suavizarla. La indigencia es muy general y desmedida; la ignorancia de las verdades de nuestra Religión sacrosanta, la relajación de costumbres, el escándalo, el desorden son demasiado comunes, cuando por todas partes.

En tan angustiada situación, yo no encuentro otro remedio que renovar la memoria de lo que Jesucristo hizo en el desierto en obsequio de las turbas que le seguían, y excitar, á vista de tan edificante ejemplo de misericordia, á la práctica de esta excelente y recomendable virtud. Este es el fruto que producir espero, auxiliado con la gracia

*tra, aliis fama nostra.* Idem, de bono viduit.

*Majora sunt vulnera lingua quam gladius: gladius enim corpus interficit, animam autem non interficit.* Idem, serm. ad fratres.

*Hoc maxime vitio periclitatur genus humanum.* S. Gregor. Hom. 9 in Ezech.

*Pauci admodum sunt, qui huic vitio remittunt, raroque invenies qui ita irreprehensibilem vitam exhibere velint, ut non libenter reprehendant alicuiam.* S. Paulin. Epist. 14 ad Galant.

*Audiendo detractorem, et non reprehendendo, maledicta ejus comprobare videtur tanquam vera.* S. Ephrem, de malo lingue.

*Esuriendi libido terminum habet, detrahendi libido non habet.* Salvian.

*Detractor pavore voluptati, nullis amor, omnibus odio est.* Sidonius Apoll. lib. 3, Epist. 43.

*Detrahere, aut detraherentem audire, quid horum damniolius sit, non facile dixerim.* S. Bernard. lib. 2 de Consid.

*Quid aliud intendit detractor, nisi ut is, cui detrahit, in diem veniat alicuius?* Idem, serm. 24 in Cant.

vida, para nuestros prójimos necesitamos nuestro buen nombre.

Más fatales son las heridas de la lengua, que las de la espada; porque estas solo matan al cuerpo, mas no al alma, como hace la lengua.

El género humano está siempre en peligro de grandes desgracias á causa de este vicio (la murmuración).

Hay muy pocos que renuncien á este vicio, y no es fácil encontrar hombres, que sin dejar de reprehender con empeño los hechos ajenos, son muy descuidados en llevar una conducta irreprochable.

Dando oídos al murmurador sin reprehenderle, aprobamos en cierto modo su maledicencia como digna de crédito.

La pasión de la gula tiene sus límites, pero la de la murmuración no tiene límites.

El murmurador á pocos desea, á nadie canta, y de todos es aborrecido.

No sabría fácilmente distinguir, entre el murmurar y oír la murmuración, cuál de las dos cosas es más digna de reprobación.

¿Qué otra cosa pretende el murmurador, sino hacer aborrecible á la persona de la cual murmura?

## NECESITADOS Y NECESIDADES.

*Accipit Jesus panes; et cum gratias egisset, distribuit discipulis.*

Tomó Jesús los panes; y habiendo dado gracias, los repartió entre los que estaban sentados.

(JUAN, VI, 11.)

Si en todos tiempos y circunstancias debemos meditar atentamente los saludables documentos, é imitar los ejemplos edificantes que se sirvió darnos nuestro divino Maestro en el discurso de su vida mortal, hay, sin embargo, ocasiones más críticas que parecen exigirlo imperiosamente. La misericordia, la caridad y el prodigioso esmero, con que nos dice S. Juan en el Evangelio de este día, que atendió Jesucristo al remedio de las necesidades espirituales y corporales de las turbas que le seguían, admiradas al ver los repetidos y asombrosos milagros que obraba frecuentemente, para proporcionar la salud á todo género de enfermos y el remedio á todas las necesidades; exigen con razón de nosotros, que procuremos ejercitar los actos de aquellas virtudes con un celo y exactitud proporcionados á los apuros en que se encuentran muchos de nuestros hermanos. Las necesidades que experimentan en el día, ya por respecto al cuerpo, ya con especialidad respecto del alma, son altamente acreedoras á nuestra atención. La dolorosa situación en que se hallan por disposición de la Providencia, exige del modo más imperioso que todos estudiemos, consultemos y pongamos por obra cuantos medios nos dicte la razón para suavizarla. La indigencia es muy general y desmedida; la ignorancia de las verdades de nuestra Religión sacrosanta, la relajación de costumbres, el escándalo, el desorden son demasiado comunes, cuando por todas partes.

En tan angustiada situación, yo no encuentro otro remedio que renovar la memoria de lo que Jesucristo hizo en el desierto en obsequio de las turbas que le seguían, y excitar, á vista de tan edificante ejemplo de misericordia, á la práctica de esta excelente y recomendable virtud. Este es el fruto que producir espero, auxiliado con la gracia

del Espíritu santo, que os excito á pedirle por la mediación de la Madre de las misericordias. A. M.

1. No hay virtud tan frecuente y enérgicamente recomendada en la sagrada Escritura como la misericordia. El libro del Deuteronomio, el de los Salmos, el de los Proverbios de Salomon, el del Eclesiástico, el de Tobías, los de los Profetas, los del antiguo Testamento, todos nos exhortan en los términos más expresos á la práctica de esta virtud; por cuya razón sería molesto, y aún casi imposible, referir los copiosos testimonios que enmierran. Lo mismo digo respecto á los preceptos que de ella se nos dan en el sagrado Evangelio. Nuestro divino Maestro, como que se propone inculcar sobre la obligación de ejercer la misericordia cuantas veces se le presenta ocasión oportuna, pero siempre recordando el premio que está preparado á los que la cumplan, y el castigo á los que la desprecien; Bienaventurados, dice por S. Mateo (MATT. v, 7), los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia; dad y se os dará á vosotros con usura (LUC. vi, 38); dad limosna y atesurareis en el cielo, donde jamás falta, porque ni hay ladrones ni polilla (LUC. xii, 33); ganad amigos distribuyendo vuestras riquezas, para que cuando falléis, os reciban en las eternas moradas. Similantes documentos se encuentran á cada paso en las epístolas de S. Pablo, en la de Santiago, en la de S. Juan y otras que no refiero, por no molestar vuestra atención, y porque al mismo tiempo meo ser suficiente para convenceros aquel, en que el Juez supremo, al describir el terrible juicio que á todos está preparado, parece atribuir exclusivamente á los ejercicios de la misericordia todo el mérito para la bienaventuranza, y al defecto de aquellas obras la sentencia de eterna reprobación (MATT. c. 23).

Para conocer la excelencia de esta virtud, bastará considerar la conducta de nuestro divino Salvador. No se satisface con exhortarnos á su ejercicio; ó por mejor decir, no juzga suficiente enseñarnos esta obligación con solas palabras, sino que se propone darnos ejemplos repetidos, mérito seguramente el más persuasivo; y aunque la humildad de condición que para sí había elegido en este mundo, no le proporcionaba ocasiones ni recursos con que poder manifestar su infinita liberalidad, pero la manifiesta recurriendo á su omnipotente providencia, para grabar de un modo más estable en el corazón de los hombres esta lección importante. Por medio de milagros, llama la atención de los cristianos y los exhorta prácticamente á la misericordia. Tres días hacia que una multitud considerable, como admirada á vista de la prodigiosa curación de varios enfermos, seguía con in-

decible ansia por el desierto á Jesús Nazareno, publicando su poder sobrenatural y manifestando que no acertaba á separarse de su compañía. Era tal el anhelo con que escuchaban las turbas las palabras de vida eterna, que con tanto celo les anunciaba, que quedaban como pendientes de sus labios, sin fijar su atención en otra cosa alguna, ni aún en sus verdaderas necesidades corporales. Es verdad que, en mi concepto, era un milagro el que se olvidaran hasta del alimento necesario á la conservación de su existencia; pero, como quiera, ellos no lo conocían, porque no paraban en él su consideración, y era necesario hacerlo más palpable, para que fuera más edificante el ejemplo de la misericordia. Al efecto, determina el Salvador proveer á todos del oportuno sustento; pero ¿de qué manera ha de proporcionarlo en un sitio desierto, y destinado por consiguiente de todo recurso? Consulta á sus discípulos, y éstos como que forman empeño en disuadirle de aquel proyecto: ¿Qué suma tan exorbitante no era necesaria para realizarlo? *Ducentorum denariorum panes non sufficient ut modicum quis accipiat*, dice uno; doscientos denarios no son suficientes para que cada uno tome un poco; en toda la multitud, dice otro, no se hallan sino cinco panes y dos pececillos que tiene y se prestará á vender un jóven; *sed hec quid sunt inter tantos?* Pero ¿de qué sirve tan corta cantidad para un número tan excesivo de necesitados? No de otra cosa que de estimular el hambre, en vez de remediarla.

2. En estas ingénuas y sencillas contestaciones de Felipe y Andrés, creo descubrir algunas de las vanas y cavilosas excusas que presentan tantos miserables esclavos de una sordida avaricia, para cohibir su monstruosa insensibilidad con respecto á las necesidades de sus hermanos. *Ducentorum denariorum panes non sufficient*, suelen decir con el citado discípulo, negándose á remediar aquellas. ¿Cómo es posible atender al sostén de tantos infelices portiduosos? ¿Qué inmensos caudales no sería preciso invertir en este solo objeto? Por otra parte, ¿no sería una imprudencia desprendernos de lo que hemos adquirido á costa de tanto sudor y trabajo, de tantos sacrificios y privaciones? ¿No sería una locura negar á nuestro corazón lo que forma todas sus delicias? ¿renunciar al fundamento de todas nuestras esperanzas? perder en solo un momento los tesoros, que no hemos logrado reunir sino despues de mucho tiempo, para dar á nuestra casa el lustre, el esplendor, la ostentación á que ha llegado; y á nuestras familias las comodidades, la abundancia, el rango que disfrutan, y que dejarían de poseer con la pérdida de nuestros intereses? ¿Con que nosotros mismos hemos de dilapidar tan crecidas sumas en bené-

ficio de los miembros más indiferentes de la sociedad, los más inútiles, ó tal vez perjudiciales? *Est. hic puer habens quinque panes et duos pisces*: yo poseo una escasa fortuna que no produce lo que es necesario para remediar á tantos; y á muy corta parte que expendo de ella, me expongo á carecer de lo que necesitare mañana.

Estoy muy distante de creer que fuera esta la intencion de los apóstoles, puesto que el divino Maestro no les reprende; pero se dispone á convencerlos, á hacerles conocer por experiencia, que todo lo puede el que se pone en las manos de Dios. Toma en sus benditas manos los cinco panes y dos peces; levanta sus ojos al cielo; hace presente á su eterno Padre la tierna compasion que se excita en su pecho, al ver tan numerosa multitud expuesta á perecer victima del hambre; le recuerda que la misericordia es la virtud que con mayor energia ha recomendado á los hombres; y en la segura persuasion de que abría los tesoros de su omnipotencia, para enseñarles á vencer los obstáculos y superar las dificultades que los retraen de su ejercicio, hace sentar á los cinco mil hombres y una multitud acaso muy superior de mujeres y niños; pone en manos de sus discipulos la escasa, insignificante, casi nula porcion de alimento que se habia proporcionado; manda que la distribuyan entre todos los circunstantes, y obediendo sin réplica... ¿Qué asombroso prodigio! Á no estar tan acostumbrados á oírlo, ó mejor dicho, si el Evangelio no lo retiriera, lo tendríais por un sueño, lo calificaríais de impostura, de ficcion, lo supondríais imposible. No obstante ser tan excesivo el número de personas, cada una toma cuanto quiere, sin otra medida que su voluntad ó su apetito; todos, todos sin excepcion comen en abundancia, quedan completisimamente saciados, y aún resulta sobrante mayor cantidad que la que tenían en un principio. Con solo cinco panes y dos peces se proyectó y llegó á verificarse el remedio de tantos necesitados; y aún sobra lo que eran capaces de contener doce expertas ó canastillos.

¡Hombres inhumanos, viles avarientos! ved completamente desvanecidas vuestras disculpas. No se busca una inmensa suma, basta una voluntad verdadera. No debíais temer que la misericordia es empobreciese, ó que disminuyese vuestras fortunas; ántes bien esperar confiados, que ella misma multiplicase extraordinariamente los medios de ejercerla. Esa misma Providencia que con solo hacer un milagro, acrecentó en manos de los apóstoles el pan y los peces, es la que por medios naturales multiplica en las vuestras los bienes de fortuna. No os dejéis llevar del orgullo sacrilego, de la impia persuasion, de que son debidos tales bienes á vuestros talentos, á vuestra industria y tra-

lajo; Dios, solo Dios es el dispensador de todos los bienes. Serán vuestros el fraude, el dolo, la codicia, la usura, la injusticia, con que tal vez los habeis adquirido; pero ellos, aún adquiridos por tan infames medios, solo á Dios conocen por autor, por criador, por dispensador. En manos de los apóstoles se multiplicaron los panes y los peces; mas no fueron su celo ni su trabajo causa de aquella multiplicacion; tan estupendo prodigio se debe en todo á la misericordia, á la providencia del Omnipotente. Los apóstoles sabian que aquel aumento no debia destinarse á fomentar su avaricia, su orgullo, su voluptuosidad, sino á socorrer á los necesitados, á cuyo fin se habia hecho; por eso lo reparten entre todos, sin conservar para sí sino aquello que sobró, porque no hubo quien lo quisiera.

Esta circunstancia me hace discurrir acerca del empleo que debemos dar al sobrante de nuestros intereses. El infinitamente Santo es incapaz de concedernos el menor beneficio, el bien más insignificante, para que sirva de fomento á nuestros vicios; solo imaginarlo seria un atentado sacrilego contra la inmensa bondad de Dios. El fin es, que nos sirva de materia y ejercicio de la virtud de la misericordia. *Quod superest, date eleemosynam*, nos dice (Luc. xi, 41); repartid con generosidad entre los pobres lo supérfluo, lo que os sobra despues de llenar vuestras atenciones. Y para más excitarnos al cumplimiento de esta ley, procura aumentar, multiplicar extraordinariamente los dones del que le obedecéis con exactitud. Y cuidado, que no solo los multiplique en la cantidad, sino además en la cualidad y en la duracion. Por un polvo de tierra promete la inmensidad de los cielos; por una corta porcion de alimento, que puede servir para los brutos, promete toda la gloria de los ángeles; por una cosa perecedera y momentánea de que quiere nos desprendamos, nos asegura una duracion eterna en su amable compañía; por el goce de unos bienes efimeros, falsos, traidores nos ofrece el de su inmensal bienaventuranza. En vista de esto ¿necesitaréis que os presente más poderosas razones, para resolveros abiertamente por la práctica de tan excelente virtud?

¿Qué gloria seria para nosotros el seguir los ejemplos, que en esta parte nos han dejado tantos de nuestros venerables hermanos, cuya memoria será siempre gloriosa! No se me oculta que las circunstancias han cambiado en un todo; al paso que aumenta prodigiosamente el número de necesitados, disminuyen los recursos y las facultades. No obstante, si las presentes ocurrencias son poco favorables, para que podamos alimentar al hambriento y vestir al desnudo, son demasiado imperiosas para ejercitar otra especie de misericordia. Es indudable que hay en el dia necesidades más urgentes, más generales, sin com-

paración más dolorosa que en épocas anteriores: por lo mismo, es también más urgente y obligatorio su remedio. Esas turbas no necesitan solo el alimento corporal; el pan de la divina palabra, el cuerpo y sangre de nuestro divino Redentor, la salud de sus almas que está pendiente de la sagrada absolución..., hé aquí lo que reclaman con más urgencia: esas son las limosnas que podemos, que estamos en obligación de darles con mano pródiga y liberal.

Concluyo pues, dirigiéndome á todo mi auditorio. Jesucristo remedió generosamente la necesidad de las turbas que le seguían, sin esperar á que uno solo se la hiciera presente. Á nosotros nos piden limosna á todas horas, en todas partes, con expresiones demasiado enérgicas, con lágrimas copiosas, capaces de enteneber el corazón más insensible. No necesitáis retiraros al desierto, ni recorrer esas infelices aldeas, cuyas chozas son otras tantas mansiones de la indigencia: fijad la vista en las calles y plazas de esta, en otro tiempo floreciente ciudad, y á cada paso tropezareis con innumerables esqueletos medio animados, cuya palidez y decaimiento nos predicán con una elocuencia en extremo persuasiva y enérgica nuestro deber en esta parte. Justo es é indispensable que nos ocupemos seriamente en un asunto, que con tan lastimero acento reclaman los derechos de la humanidad. Inútil es recurrir á la contestación de S. Felipe: *ducentorum denariorum panes non sufficiunt*: Bíos es infinitamente justo, y á nadie pedirá cuenta sino de los bienes que en realidad le ha concedido, puesto que á todos nos dice (Jon. iv, 9): *Si multum tibi fuerit, abundanter triboe: si exiguum tibi fuerit, etiam exiguum libenter impertiri stude*: es decir, que exige de todos y cada uno de los cristianos, que compadecidos de nuestros hermanos, los socorramos en proporción á nuestras facultades. ¿Qué satisfacción no nos cabría, si consumidas nuestras fortunas, tales cuales sean, en el socorro de los menesterosos, nos ocupáramos todavía en proporcionar recursos de otra parte, haciéndonos mátna y seriamente la piadosa pregunta que Jesucristo hizo á su discípulo Felipe: *unde ememus panes ut manducent hi?* ¡Felices entonces nosotros! Pero, ay! no nos dejemos arrebatar de lisonjeras ilusiones! ocupémonos más bien en aquellas sábias reflexiones con que S. Ambrosio nos recuerda, que la mayor locura del hombre es guardar para que consuma la polilla, el moho, y acaso el vicio, unos bienes, que por mano de los pobres pudiéramos depositar, con la mayor seguridad y tomando inmensas usuras, en el cielo. Recordemos aquellas terribles palabras que dirigirá el Juez inexorable en el más terrible de los días al que haya permanecido insensible á la miseria del indigente: *retirate de*

*mi para siempre, maldito de mi Padre.* ¡Infelices los que se hallen comprendidos en tan horrenda maldición! ¡Dichosos, por el contrario, los que merezcan oír de boca del mismo Señor, no con el acento de un juez airado, sino de un padre tierno y cariñoso: *venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que os está preparado desde la eternidad, porque tuve hambre, y me alimentasteis, tuve sed, y me disteis de beber!* (MATT. xxv, 34 ET 35). ¡Mil veces felices! Estos, además de ver en esta vida prodigiosamente multiplicada la porción que han recibido y distribuido con generosidad en beneficio de la indigencia, tendrán indefectiblemente en la otra una medida de gloria, llena, apretada, colmada, de modo que rebose y se derrame por todas partes. Amen.

Véase: MULTIPLICACION DE PANES.

NIÑOS.

(SEAMOS COMO)

*Nisi efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum caelorum.*

Si no hacéis semejantes á los niños, no entraréis en el reino de los cielos.

(MATT. xviii, 3.)

Un día, carísimos hermanos, los discípulos de nuestro Señor Jesucristo se agrupaban en torno del Maestro. Sus corazones encerraban secretos pensamientos de ambición. Dirigiéndose uno de ellos al Salvador, hablóle de esta manera: «Maestro, ¿quién será en el cielo el más grande de todos nosotros?» Jesús tomó uno de los niños que con tanto agrado le seguían, uno de los niños á quienes bendecía con una misericordia del todo paternal; púsosele sobre las rodillas, y enseñándole á sus discípulos: «Si no llegais á pareceros, les dijo, á los niños, nunca tendréis lugar en el reino de los cielos.»

Hermanos míos, hoy quiero dirigiros y explicaros dichas palabras. La religión tiene muchas misiones en la tierra. No solamente debe

mostrarnos el cielo y abrirnos el camino que á él nos conducirá; no solamente debe alejar de nosotros los obstáculos que pudieran impedirnos llegar á tan dichoso fin; la religión, para cumplir enteramente su misión, debe penetrar en el seno de la familia, debe penetrar en lo más íntimo de nuestra conciencia para corregir todo lo que no se ajusta á lo verdadero y á lo bueno. Como un hábil artista toma una piedra, y con el cincel y el martillo la labra, hasta que pueda tener honrosa cabida en el monumento que la espera, así la Iglesia entra en lo más íntimo de nuestra conciencia, rompe, limpia, labra y pulie nuestro carácter y humor, para que todos los que se acerquen á nosotros solo sientan suaves efectos de nuestro trato.

Hé aquí, amados hermanos, la enseñanza que hoy voy á ofreceros. Tomaré las palabras de nuestro Señor Jesucristo: «Si no llegáis á pareceros á los niños, no entraréis en el reino de los cielos;» y apoyándome en estas palabras, trataré de mostraros en la infancia cristiana algunas virtudes enteramente humanas, si queréis, pero virtudes muy importantes y dulces del cristianismo. Eso será un como estudio de vuestras costumbres; y porque que el discurso que vamos haciendo presenta un doble resultado; en primer lugar, os enseñará, amados oyentes, á amar aún más y á respetar la niñez, tan digna de vuestra veneración; en seguida, os enseñará también á modelar vuestra conducta sobre la del niño, á fin de que un día podáis participar de los goces de la eternidad. Pidamos antes los auxilios de la gracia. — A. M.

1. El Señor ama á los niños, gústale servirse de ellos como de instrumentos para su providencia. ¿Y por qué, cristianos? Porque sin duda halla en los niños las virtudes que más le gustan; halla la obediencia más completa, el desprendimiento de sí mismo; halla el instrumento que necesita para hacer grandes cosas. No extrañéis, pues, carísimos hermanos, que para mostraros vuestra vida como también un niño; que como Jesucristo le coloquó, por decirlo así, en esta cátedra de verdad; y que os diga: Si no llegáis á pareceros á este niño, no tendréis lugar en el reino de los cielos.

¿Cuáles son pues las virtudes del niño, sus virtudes más notables, las cualidades que le recomiendan á nuestro amor y admiración? ¿Ved qué serenidad, qué calma en todas sus facciones! En sus penas y en sus placeres, ¿no hay algo que os encanta y atrae? Ese niño es hermoso; es hermoso de cuerpo; hay en él nobleza y distinción; pero lo más hermoso que tiene es su alma. Ese niño es inocente, tiene su pureza primitiva; ese niño no tiene mancha alguna, é ignora lo

que es el vicio; sus labios no saben siquiera pronunciar su nombre. Esa es la hermosura del niño; eso es lo que os hace admirarle. Tal es la flor que se abre por la mañana; aún no ha visto más que los primeros albores de la aurora; el sol no la ha abrasado con sus ardores; la brisa no la ha traído el polvo que va á mancharla; su perfume es entero, como su frescura. Tal es el niño; su virtud no ha sido aún manchada al contacto del vicio; él no ha conocido aún la astucia, la habilidad del mundo; no posee ese conocimiento fatal, esa curiosidad que nos arrebatá y en breve nos amancilla. El niño es perfectamente puro; es puro de cuerpo, puro de entendimiento, puro de corazón. Por eso todos le acarician y recogen sus palabras con una especie de respeto, de veneración!... Más que de un santo, es la palabra de un ángel.

El niño es puro y santo, no porque conozca los combates, las luchas; su privilegio es no tener que luchar; su privilegio es su inocencia. No tiene el mérito del heroísmo, del combate y de la victoria; pero tiene otro heroísmo que place más al Señor; tiene el heroísmo de su corazón, de su amor, que se eleva á Dios con una vehemencia que aún nada ha podido quebrantar. Ved ahí lo que le hace extremadamente agradable al Señor. Ved ahí también, porque Jesús quiso tener por primeros testigos de sus verdades niños mártires, niños que se llevaba consigo al cielo.

Mira, madre cristiana, mira al niño que diste á luz, que estás haciendo, en quien has puesto todas tus esperanzas. Tú le amas como madre, según la naturaleza; ámale también como madre, según la gracia; ámale, no solo por el bien que puede hacerte, no solo por el consuelo que puede darte, no porque en sus facciones veas con orgullo retratadas las tuyas; ámale, madre cristiana, porque es la imagen de Jesús; ámale, porque en él está la pureza, la santidad de nuestro divino Maestro. Ama á tu hijo, pero vigílate. ¿Y por qué en este siglo ha de ser tan breve la infancia?

¿Qué hemos hecho, hermanos míos, de la inocencia que Jesucristo nos había dado, de la inocencia tan admirablemente reparada en el bautismo? ¿Dónde está la dichosa sencillez de los primeros tiempos? ¿Dónde la dichosa ignorancia del mal? Ah! ahora corremos en pos del mal, que para nosotros tiene ilusiones que nos arrastran. Todo queremos saberlo, todo probarlo, y no estamos satisfechos sino cuando hemos bebido la rotunda copa de las venenosas doctrinas y de los ejemplos de la tierra. Preguntad sinó el secreto de tal ó cual ilusión, de tal ó cual alegría; es un libro, una conversación, una palabra no comprendida y luego explicada, poca cosa; y todo eso ha

producido empero la perdición de un alma. Creedme, cristianos, no hemos de saber tanto en la tierra, no hemos de conocer tanto; conozcamos á Dios, Criador nuestro, conozcamos nuestra alma y su gran precio en presencia del Señor, conozcamos nuestros deberes de sociedad, de familia, de religion. Parece que hay en esto vasta materia para la ambición de nuestro corazón. Conozcamos todo eso, practiquémoslo con perfección, y el mundo nos admirará, nos amará; guardemos también la hermosa flor de la inocencia, y el Señor se complacerá en premiarla.

2. El niño es puro, y porque es puro é inocente, es al mismo tiempo sencillo y franco. La franqueza y la rectitud son también otro hermoso privilegio de la infancia. El niño no conoce los caminos ocultos para ir á su objeto. Lo que desea lo pide y lo hace sin rodeos. El niño no conoce los medios solapados, tampoco sabe mentir, como que no le ha sido dada la palabra para disfrutar su pensamiento; dice lo que piensa, pide lo que desea, sencillamente, con afán á veces, pero siempre con ingenuidad, rectitud y candor. En el mundo, ¿qué vemos en torno nuestro? ¿Dónde está ese candor, esa rectitud? Ahora en el mundo, para medrar, es preciso renunciar á estas virtudes. No se conoce la sencillez. La sencillez de costumbres es considerada como ignorancia, como debilidad, como alguna cosa peor todavía... La sencillez y la rectitud... ¿quién pues las quisiera en la tierra? El hombre se ha creado una ciencia en el mundo, una habilidad, una detestable ciencia, una detestable habilidad, de no ser jamás el mismo. El Señor ha encendido en nuestra frente dos luces, y la habilidad consiste en hacer que estas dos luces despidan una falsa claridad; el Señor ha puesto también en nuestra frente como el testimonio de lo que pasa en nosotros mismos, y la habilidad del mundo consiste en anular este testimonio. La habilidad del mundo consiste en componer un rostro, en tomar una máscara en la cual nadie pueda leer. ¡Qué de pasiones, qué de tempestades, qué de ambiciones ocultas bajo esa máscara! En el exterior no se siente nada, nada se piensa, sino lo que se quiere aparentar que se siente y piensa. ¡Eso es el hombre perfecto, civilizado! ¡Desgraciados de nosotros, hermanos míos, si para hacer algunos adelantos en la civilización, en la ciencia humana, nos viésemos obligados á perder la rectitud, la sencillez de la primera edad, de que Dios ha dotado nuestra alma!

Vosotros, carísimos hermanos, sois cristianos ante todo, y ante todo tenéis que salvar vuestra alma; debéis hacer lo que hizo el divino Salvador en la tierra, debéis dar el buen ejemplo de las virtudes cristianas; sed francos, sed rectos, y obtendréis ya en la tierra parte del

premio que os espera; pues seréis pagados por la estimación y confianza de vuestros hermanos.

El niño es inocente y franco; con estas dos cualidades, yo no concebiera que el niño, en general, no fuese dócil. Es como la cera blanda que el obrero pule, dándole la forma más bella y graciosa. Es dócil á vuestra enseñanza, á vuestro mandato; es dócil y complaciente; prestará gustosamente á vuestras alegrías y placeres, y participará con igual facilidad de vuestro sentimiento. Este es también un ejemplo que se nos dá á nosotros, una gran lección que hemos de aplicar á nuestra conducta: seamos dóciles y obedientes.

Sometámonos desde luego á las enseñanzas de la Iglesia. La Iglesia no pasa, nó; la Iglesia es la verdad que subsiste hasta el fin de los siglos. Aunque lanceis contra ella el ridículo y la blasfemia, la Iglesia proseguirá su gloriosa carrera al través de los siglos; la Iglesia existía ayer, existe hoy, y existirá mañana. Ella reclama vuestro respeto, y contra ella solo puede levantarse la pequeñez; hay pues que doblegarse bajo la enseñanza de la Iglesia, recibir con amor esta enseñanza y grabarla bien en el corazón. Lo que la Iglesia enseña no es una utopía, un error; lo que pronuncia es la verdad absoluta, la verdad de Dios, la verdad fuera de la cual no hay salvación. Sed dóciles á las enseñanzas de la Iglesia; pero, sed también á sus mandamientos. Sed dóciles, no exteriormente, no en palabras, diciendo: Quiero respetar la disciplina de la Iglesia y lo que ella manda; sino sed también dóciles en la práctica.

Hay, en fin, en el niño una cuarta virtud. Bello es para el niño ser inocente, bueno es para el niño ser recto, franco, sencillo, obediente; pero ¿queréis que os diga mi pensamiento por completo, que os haga leer en mi corazón? Hay una virtud, una cualidad que amo aun más en el niño, una virtud que envidio, una virtud que me parece prenda de la felicidad en la tierra: es la amable indiferencia de la niñez. El niño no tiene penas duraderas; el niño no tiene ambición, ni piensa en el día siguiente; pertenece del todo al día, al momento que posee. Su corazón está completamente tranquilo y su frente siempre serena. Me equivoco; tiene algunas penas, y, á veces, ve una lágrima que humedece su párpado como una hermosa perla en el fondo de su encarnada concha; pero, esa lágrima pasa, pronto está enjugada. El niño se echa á los brazos de su madre, y un tierno beso le hace olvidar todas sus penas. ¡Dichoso niño, que así se consuela!... El niño pertenece del todo á su placer. Gústame ver la grave formalidad con que se entrega á sus menores diversiones. El hombre de Estado no se dedica á sus negocios con más gravedad que el niño... Oremos pues

con igual formalidad en los casos más importantes de la vida. El niño vive en una completa indiferencia, y esta es de seguro su mayor dicha.

¿Por qué esa indiferencia? se me dirá. ¿Acaso vamos á predicar en esta cátedra la indiferencia de las almas gastadas que han buscado los placeres y la felicidad, y que no habiéndolos hallado, se sienten desesperados de no poder alcanzarlos y dicen: Voy á cruzarme de brazos y veré hacer? No, hermanos míos, no os predicamos esa indiferencia, que es la baja, la degradación de la humana dignidad. ¡Oh! ¿cuán fuerte es el que confía! El niño cree en su madre, el niño espera en su madre, el niño descansa enteramente en su madre. Tomad al niño estropeado en las últimas clases de la sociedad: si algo desea, á su madre lo pide. No conoce la miseria. Tranquilo al lado de su madre, no teme peligro alguno. Y si llega á faltarle su madre, todo le falta. Ved al niño que no ha conocido jamás la sonrisa maternal: le falta algo, no es fuerte como otro niño. Terminaré pues, diciéndoos: Tened la indiferencia del niño.

A veces os reis de ese niño y de su formalidad cuando se divierte. Pues ¿acaso no podríamos también reírnos de vuestras diversiones? ¿Qué hacéis durante toda vuestra vida, sinó entreteneros con juguetes? Jugáis con el viento, jugáis con una sombra, con un poco de polvo; permitidme que os lo diga, en este concepto sois como niños grandes. Imitad pues á lo ménos las virtudes de la infancia. No os apesadumbreis, no os inquietéis. ¿Qué importa que disfrutéis de alguna consideración, de algunos honores, de alguna comodidad? Juegos de niños, vano humo, polvo que el viento arrebató y de que mañana ya no quedará rastro. Tened confianza, no claveis siempre los ojos en la tierra; pensad que Dios os ve desde las alturas. Vosotros también tenéis una Providencia: tened confianza en esta madre, y nada temeréis. «Los que confían en el Señor son como una montaña firme.» Esto es el gran sentimiento que debemos inspirar á nuestra alma.

Tal vez, hermanos míos, os parezcan pequeñas las virtudes que sucesivamente os he expuesto; tal vez no os parezcan dignas de vuestra atención; tal vez os repugna volveros niños. Si así es, permitid que os lo diga, estas virtudes que tan pequeñas os parecen, son precisamente las que constituyen la caridad, y la caridad, hermanos míos, es la cúpula del edificio cristiano; la caridad debe conducirnos al cielo. Pareceis pues á los niños, carísimos hermanos; que nuestro corazón no guarde hiel ni amargura; no os afaneis en pos de los bienes terrenos. Sed rectos y sinceros, obrad en todo con franqueza.

Quizás sufráis en la tierra algunas tribulaciones; pero en el cielo habereis al Dios niño, al Dios justo con sus eternas recompensas. Os deseo esta gracia.

NIÑOS (Deberes de los); véase: HIJOS (Deberes de los).

## NOVEDAD.

*O Tinothor, depositum custodi, devotum profanas navitate.*

*O Tinothor, guarda el depósito de la fe, evitando las novedades profanas.*

(1 Theos. iv, 20.)

No ha habido siglo en que no se haya clamado contra el amor á la novedad, ni en que la novedad no haya sido la pasión favorita del género humano. Ora sea porque, habiendo nacido para la verdad, y habiéndola perdido por el primer pecado, nos vemos contenidos á buscarla, y rara vez la encontramos, de lo cual resulta que nos parece que todo lo nuevo será lo verdadero; ora que, para establecer entre los hombres cierto género de igualdad que les equilibre el disgusto y el placer, estampase el autor de la naturaleza este amor en el corazón del hombre; lo cierto es, que el amor á la novedad es una pasión que á todos nos domina. A él somos deudores de muchas cosas útiles. Este amor elevó á los hombres á la cumbre de la urbanidad, á la finura del trato dulce y afable, á la belleza de las costumbres, y á una comunicación culta y social. Por él han progresado las artes y las ciencias hasta tal punto, que nos admiran y deleitan. Nunca estuvo tan civilizado el mundo, ni abundaron tanto las comodidades de la vida; y todo lo debemos al amor á la novedad que sutiza el ingenio y le hace obrar tales maravillas. Pero, si hay algunas novedades buenas, razonables y útiles, existen también otras perversas y perjudiciales.

La Iglesia mira con horror ciertas novedades; y la experiencia ha enseñado, que cuando un pueblo entra en el período de su decadencia,

con igual formalidad en los casos más importantes de la vida. El niño vive en una completa indiferencia, y esta es de seguro su mayor dicha.

¿Por qué esa indiferencia? se me dirá. ¿Acaso vamos á predicar en esta cátedra la indiferencia de las almas gastadas que han buscado los placeres y la felicidad, y que no habiéndolos hallado, se sienten desesperados de no poder alcanzarlos y dicen: Voy á cruzarme de brazos y veré hacer? No, hermanos míos, no os predicamos esa indiferencia, que es la baja, la degradación de la humana dignidad. ¡Oh! ¡cuán fuerte es el que confía! El niño cree en su madre, el niño espera en su madre, el niño descansa enteramente en su madre. Tomad al niño estropeado en las últimas clases de la sociedad: si algo desea, á su madre lo pide. No conoce la miseria. Tranquilo al lado de su madre, no teme peligro alguno. Y si llega á faltarle su madre, todo le falta. Ved al niño que no ha conocido jamás la sonrisa maternal: le falta algo, no es fuerte como otro niño. Terminaré pues, diciéndoos: Tened la indiferencia del niño.

A veces os reis de ese niño y de su formalidad cuando se divierte. Pues ¿acaso no podríamos también reírnos de vuestras diversiones? ¿Qué hacéis durante toda vuestra vida, sinó entreteneros con juguetes? Jugáis con el viento, jugáis con una sombra, con un poco de polvo; permitidme que os lo diga, en este concepto sois como niños grandes. Imitad pues á lo ménos las virtudes de la infancia. No os apesadumbreis, no os inquietéis. ¿Qué importa que disfrutéis de alguna consideración, de algunos honores, de alguna comodidad? Juegos de niños, vano humo, polvo que el viento arrebató y de que mañana ya no quedará rastro. Tened confianza, no claveis siempre los ojos en la tierra; pensad que Dios os ve desde las alturas. Vosotros también tenéis una Providencia: tened confianza en esta madre, y nada temeréis. «Los que confían en el Señor son como una montaña firme.» Esto es el gran sentimiento que debemos inspirar á nuestra alma.

Tal vez, hermanos míos, os parezcan pequeñas las virtudes que sucesivamente os he expuesto; tal vez no os parezcan dignas de vuestra atención; tal vez os repugna volveros niños. Si así es, permitid que os lo diga, estas virtudes que tan pequeñas os parecen, son precisamente las que constituyen la caridad, y la caridad, hermanos míos, es la cúpula del edificio cristiano; la caridad debe conducirnos al cielo. Pareceis pues á los niños, carísimos hermanos; que nuestro corazón no guarde hiel ni amargura; no os afaneis en pos de los bienes terrenos. Sed rectos y sinceros, obrad en todo con franqueza.

Quizás sufráis en la tierra algunas tribulaciones; pero en el cielo habéis al Dios niño, al Dios justo con sus eternas recompensas. Os deseo esta gracia.

NIÑOS (Deberes de los); véase: HIJOS (Deberes de los).

## NOVEDAD.

*O Tinothor, depositum custodi, devotum profanas navitate.*

*O Tinothor, guarda el depósito de la fe, evitando las novedades profanas.*

(1 Theos. iv, 20.)

No ha habido siglo en que no se haya clamado contra el amor á la novedad, ni en que la novedad no haya sido la pasión favorita del género humano. Ora sea porque, habiendo nacido para la verdad, y habiéndola perdido por el primer pecado, nos vemos contenidos á buscarla, y rara vez la encontramos, de lo cual resulta que nos parece que todo lo nuevo será lo verdadero; ora que, para establecer entre los hombres cierto género de igualdad que les equilibre el disgusto y el placer, estampase el autor de la naturaleza este amor en el corazón del hombre; lo cierto es, que el amor á la novedad es una pasión que á todos nos domina. A él somos deudores de muchas cosas útiles. Este amor elevó á los hombres á la cumbre de la urbanidad, á la finura del trato dulce y afable, á la belleza de las costumbres, y á una comunicación culta y social. Por él han progresado las artes y las ciencias hasta tal punto, que nos admiran y deleitan. Nunca estuvo tan civilizado el mundo, ni abundaron tanto las comodidades de la vida; y todo lo debemos al amor á la novedad que sutiza el ingenio y le hace obrar tales maravillas. Pero, si hay algunas novedades buenas, razonables y útiles, existen también otras perversas y perjudiciales.

La Iglesia mira con horror ciertas novedades; y la experiencia ha enseñado, que cuando un pueblo entra en el período de su decadencia,

y se aproxima á la triste época de su ruina, se dejan ver en el multitud de innovadores. Tristísima señal es para una nación, que principien á levantarse en su seno falsos profetas y seductores políticos que van diciéndola: «tu destino es glorioso; serás feliz; renuncia á lo antiguo: ponlo en nuestras manos; nosotros te traemos la felicidad.» Próxima está entonces la ruina de esta nación, y es preciso decirlo como S. Pablo á Timoteo: «Evita toda novedad profana. ¿Por qué? porque las novedades profanas, atacaando los antiguos principios tutelares de los pueblos, los arrastran á su perdición. Esto es lo que me propongo demostraros, después de implorar los auxilios de la gracia. A. M. VERITATIS»

4. La Iglesia apareció perfecta desde su origen, y siempre ha enseñado las verdades necesarias para la salvación de los hombres. La antigüedad es una especie de nota ó testimonio con que estas verdades se distinguen de las demás; pues así se manifiesta que han resistido á la prueba del tiempo y de la contradicción. No es extraño pues, que la Iglesia mire con horror la novedad, y que se estremezca, digámoslo así, no solo cuando oye hablar de nuevas doctrinas, sino también cuando observa que con palabras nuevas se trata de explicar cosas ó verdades antiguas. En materia de religión, cuando los innovadores no se oponen á las verdades antiguas, que son divinas, suponen que la Iglesia ha ignoado algunas de las verdades que son necesarias para la salvación; lo cual, al paso que es una pretension de refinada soberbia por parte de ellos, es un insulto á Jesucristo, que ha estado y estará siempre con la Iglesia. En todas las épocas, en el momento que ha parecido algun innovador, se han fijado en él las miradas de los católicos, se ha estudiado su doctrina, y comparándola con la antigüedad, la han juzgado con arreglo á su conformidad ó no conformidad con lo que los tiempos antiguos creyeron.

La Iglesia no es una de esas instituciones que se perfeccionan con el tiempo, y que, recogiendo cuanto puede darles el ingenio del hombre, adelantan y progresan con los nuevos descubrimientos. Lo que hoy enseña, lo ha enseñado siempre, y lo que hoy creemos los católicos, lo creyeron los primeros cristianos, ora explícita, ora implícitamente. El tesoro de la Iglesia es siempre igual, aunque no haya estado siempre del mismo modo expuesto á las miradas de los fieles. Se puede pues, trazar para descubrir lo que se halla más ó menos oculto en las verdades reveladas, ó en la tradición, depósito fiel de muchas creencias saludables; pero siempre es muy peligrosa la novedad de la doctrina, y hasta el tratar de explicar verdades antiguas con

palabras nuevas. Léase la historia de la Iglesia, y se verá que la novedad le ha acarreado constantemente la guerra. Todas las herejías han nacido de la pertinacia en sostener nuevas doctrinas, ó en querer explicar las antiguas creencias con palabras nuevas y no aprobadas por la Iglesia. Herido el orgullo de los innovadores al ver condenada por la antigüedad la nueva doctrina que anunciaban, ó reprobados al menos por los fieles, los términos con que explicaban lo que la Iglesia había creído siempre, se empeñaron en sostener contumaces lo que inventaron obsecados ó ignorantes, y perdieron la fe.

Los santos Padres nos enseñan á juzgar de las doctrinas por medio del exámen de su conformidad con lo que creyeron las iglesias más antiguas. «Cuando se discute, dice S. Ireneo (Lm. III. cap. 4), acerca de alguna cuestion, habrá que recurrir á las iglesias antiquísimas y aprender de ellas la verdad.» Tertuliano añade: «Lo que Jesucristo reveló, y lo que predicaron los apóstoles, solo puede probarse recurriendo á las iglesias que los apóstoles fundaron. Todo lo que no esté conforme con lo que enseñan aquellas iglesias, es mentira; y todo lo que lo esté, es verdad. Una doctrina se muestra verdadera por solo el hecho de haber sido enseñada y creída en los dias primitivos del cristianismo (De PRÆSCR. CAP. 21).»

La novedad, pues, en concepto de los santos Padres, es profana, y la antigüedad sagrada. Si fuesen admitidas las novedades, sería preciso que desapareciese en todo ó en parte la fe de los santos Padres, y tendríamos que afirmar que los fieles de todos los siglos anteriores, tantos santos, tantos sacerdotes, tantas vírgenes, tantos confesores, tantos mártires, tantas ciudades, tantas naciones, tantas islas, tantas gentes y todo el universo cristiano, adherido á Jesucristo por la fe católica, estuvieron en la ignorancia y en el error, y blasfemaron sin saber lo que decían ó creían.

Tal vez se nos dirá, que este horror á las novedades es un obstáculo para todo progreso en la ciencia de la religion, contribuyendo á que la Iglesia permanezca estacionaria. La Iglesia quiere el progreso; pero quiere ese progreso verdadero, que consiste en el sucesivo desenvolvimiento y aplicacion de las verdades que forman su simbolo; verdades eternas, que no están sujetas á la accion del tiempo, ni del hombre, y que, por lo tanto, son la mejor base para edificar, sin peligro de que el edificio que sobre ellas se levante, se desmorone. La creencia de las almas debe imitar la marcha de los cuerpos; estos crecen, se extienden y se desenvuelven en el discurso de alguno años, pero siempre permanecen iguales. Así debe suceder en la doctrina cristiana: afirmese en buen hora con el trascurso de los siglos, ex-

tiéndose ó ilustrese con el trabajo de los sabios, pero permanezca siempre íntegra é inalterable en el fondo. Los que escriben sobre materias de fe, deben imitar á la Iglesia, que solicita y fiel depositaria de los dogmas que recibió de Jesucristo, nada cambia, suprime, ni añade. Su atención se reduce á dar más exactitud y más claridad á lo que se había propuesto con alguna oscuridad ó imperfección, y mayor firmeza y estabilidad á lo que estaba suficientemente explicado, y hacer más inviolable lo que ya estaba decidido.

2. El amor á la Iglesia no es tan solo lo que debe inspirarnos horror á ciertas novedades, sino también el bien de la sociedad. Esta tiene sus verdades fundamentales, algunas de las cuales lo son en sentido absoluto, y otras lo son en sentido relativo. Cuando los innovadores atacan de una manera ó de otra estas verdades fundamentales, arrastran á los pueblos á una inevitable ruina. No se toca una sola piedra de la sociedad, sin que se resentian las otras; y puede estar seguros de que cuando los innovadores os dicen que van á regeneraros, tan solo van á perdernos.

El amor á la novedad trastornó la sociedad religiosa en el siglo xvi; los innovadores descendieron bien pronto, desde el terreno de la religión, al de la política, y entronizaron la anarquía en los pueblos, como habían introducido el cisma en la Iglesia. Con la manía de innovarlo todo, removieron de su natural asiento todas las piedras del edificio social, sin dejar una sola en su puesto; y después de haber negado el principio de autoridad relativamente al Papa, le negaron relativamente á todos los poderes. A la autoridad, como principio, se substituyó el libre examen como derecho; á la suprema autoridad temporal sucedió el juicio privado; y á la autoridad divina, la razón humana como única regla. De este modo quedó suprimido el dogma, destruida la moral, trastornado el orden, y la sociedad próxima á su ruina. Bien caro pagaron las naciones el haberse dejado engañar por los que les prometían la felicidad en cambio de sus novedades. Les habían prometido poner término á los males de que se veían rodeadas, y les aumentaron; prometieron á los reyes robustecer su autoridad, y la debilitaron; prometieron á los ricos que asegurarían su propiedad contra las exigencias del poder, y la presentaron como cebo á la codicia del pueblo; prometieron á los pobres que les otorgarían derechos y protección, y les privaron de un lecho en los hospitales; prometieron que convertirían en tíos, en hermanos, y á los trocaron en enemigos; y prometieron, en fin, hacerles felices, y á todos hicieron derramar amargas lágrimas.

Es preciso pues, antes de adoptar nuevas doctrinas, examinarlas

despacio. Si no están conformes en sí propias ó en sus consecuencias con las doctrinas fundamentales, en el sentido absoluto ó en el relativo, deben considerarse como el mayor mal que puede sobrevenirnos. Los innovadores, que están siempre dispuestos á sacrificar á su ambición y á sus pasiones todos los intereses de los pueblos, y que, con tal que puedan fular para sí mismos un trono, no repararán en erigirlo sobre las ruinas de la sociedad, procuran fascinar á los pueblos con nuevas doctrinas y palabras nuevas, del mismo modo que se atrae con el cebo á los peces. Huid pues de sus doctrinas, y conservad las verdades fundamentales con las cuales fueron felices vuestros padres.

Si alguno os dice, que hay naciones que han adoptado sin examen toda clase de novedades, y en las cuales vemos, sin embargo, progreso, opulencia y pujanza, recordadles la estatua de Nabucodonosor. En aquella estatua de extraordinaria altura, con cabeza de oro, pecho de plata, vientre y muslos de cobre, piernas de hierro, y pies en parte de hierro y en parte de barro, podemos ver representadas las naciones que, á pesar de adoptar todas las novedades, progresan y se enriquecen. Parecen fuertes, pero sus cimientos carecen de solidez; y una piedrecita, esto es, una cuestión, un azar, un revés, una desgracia, cualquier incidente, bastará para derribar una estatua cuyo cimiento no es más que hierro y barro. Por el contrario, los pueblos que conservan siempre las verdades fundamentales y los principios tutelares de la sociedad, resisten todos los embates.

Creded, hermanos míos; muchas novedades son peligrosas. Los trastornos y las revoluciones que han conmovido algunos pueblos desde sus cimientos y la sangre que en ellos ha corrido á torrentes, es el resultado de las novedades que adoptaron, bajo la persuasión de que con ellas encontrarían la felicidad. Es preferible tener apego á lo antiguo, aún á riesgo de carecer de algunas ventajas, á adoptar ciertas novedades que podrían ocasionar nuestra ruina. Sólo una novedad desea Dios ver en nosotros, y es que nuestras máximas, nuestras palabras y nuestras obras sean nuevas; pero, que su novedad consista en que las máximas sean más conformes á las verdades reveladas; las palabras más correspondientes á la doctrina católica; y las obras más dignas del Decálogo que hemos abrazado. En una palabra, exige nuevo corazón, nuevo lenguaje, nuevo arrepentimiento y nuevas costumbres. Escuchad lo que dice el Apóstol: *Nolite conformari huic saeculo, sed reformamini in noctate sensus vestri* (Rom. 12). No os conforméis con este siglo, sino renovad vuestro espíritu para trasformaros en hombres nuevos. La vida cristiana no puede ser más que una continua renovación del hombre interior, en virtud de la cual,

no solo ha de retraerse el alma de mancharse con cosa alguna, sino que ha de adelantar cada día en el camino de la perfección. Así como al enfermo que lleva en sus entrañas el mal, y á consecuencia de este mal disfruta una salud muy débil, es preciso darle diariamente, no solo el remedio conveniente para neutralizar la dolencia ó cortarla, sino también los más sanos y nutritivos alimentos, para que la naturaleza no destallezca con los padecimientos, y la sangre se vaya renovando; del mismo modo al pecador no lo basta el que se le suministre la medicina de la gracia para curar su pecado, es preciso, además, trabajar, con el auxilio de ella, en la renovación de su sangre, esto es, en la purificación de sus afectos é inclinaciones, mostrándose cada día hombre nuevo ó diferente de lo que fué en el anterior.

Atended pues á renovaros en espíritu. Procurad que no pase un día sin que desarraigéis de vuestro corazón algún afecto desordenado. Procurad sacrificar cada día alguna pasión. Si no lo hacéis así, cada vez que suene en el reloj una hora sufriréis una derrota, y equivaldrá á que os entregéis á discreción de enemigos, que no se proponen más que perderos. Por el contrario, con la renovación de vuestro espíritu el alma de grado en grado se elevará hasta Dios, tomando, digámoslo así, la figura de Cristo, único modelo que delante de sí ha de tener constantemente el cristiano, si no quiere perder el nombre con que se distingue de los pueblos infieles. Y cuando tengamos la dicha de ser semejantes á Jesucristo, seremos dignos de ser un día participantes de su felicidad en el cielo, que á todos os deseo.

NOVÍSIMOS, véase: MUERTE, JUICIO, INFIERNO y GLORIA.

## OBEDIENCIA.

### I.

*Subditi estote, non solum propter iram, sed etiam propter conscientiam.*

Estad sujetos, no solo por temor del castigo, sino también por obligación de conciencia.

(ROM. xiii, 5.)

La obediencia es el primer deber del hombre. Dios, al criarle, le impuso un precepto, para que se considerase siempre en dependencia de su Criador; y si reconociéndole como supremo y soberano Señor del mundo, le hubiese obedecido, con su obediencia habría llegado á la posesión de la mayor dicha que se puede alcanzar. La obediencia traía consigo su vida, así la temporal como la eterna; y olvidando é infringiendo este deber, perdió todos sus derechos y todos sus dones. La obediencia le habría mantenido en la práctica de todas las buenas obras; la desobediencia le arrastró al abismo de todas las culpas. Nada por consiguiente debemos temer tanto como la desobediencia y la rebelión, que fueron la causa de todas nuestras desgracias. Sin embargo, en nuestros días, muchos hombres, no solo se creen exentos de toda dependencia, sino que trabajan por desvirtuar el principio de autoridad, que es el primer principio del poder, y establecer el principio de rebelión, que es el primer principio de la muerte de los pueblos. Es imposible que sin el principio de autoridad, y, por consiguiente, sin el principio de obediencia, que le es correlativo, gocen las naciones de paz y tranquilidad. Fijad la atención en las actuales agitaciones de la sociedad, y vereis que todas tienen por origen ciertos errores que, en punto á la sumisión ó obediencia, se han propagado. Esta consideración me obliga á hablaros del deber de la obediencia, haciéndolo, no en el interés de estos ó de aquellos hombres en particular, sino en el de todo gobierno, y en el de toda sociedad. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

no solo ha de retraerse el alma de mancharse con cosa alguna, sino que ha de adelantar cada día en el camino de la perfección. Así como al enfermo que lleva en sus entrañas el mal, y á consecuencia de este mal disfruta una salud muy débil, es preciso darle diariamente, no solo el remedio conveniente para neutralizar la dolencia ó cortarla, sino también los más sanos y nutritivos alimentos, para que la naturaleza no destallezca con los padecimientos, y la sangre se vaya renovando; del mismo modo al pecador no lo basta el que se le suministre la medicina de la gracia para curar su pecado, es preciso, además, trabajar, con el auxilio de ella, en la renovación de su sangre, esto es, en la purificación de sus afectos é inclinaciones, mostrándose cada día hombre nuevo ó diferente de lo que fué en el anterior.

Atended pues á renovaros en espíritu. Procurad que no pase un día sin que desarraigéis de vuestro corazón algún afecto desordenado. Procurad sacrificar cada día alguna pasión. Si no lo haceis así, cada vez que suene en el reloj una hora sufriréis una derrota, y equivaldrá á que os entregéis á discreción de enemigos, que no se proponen más que perderos. Por el contrario, con la renovación de vuestro espíritu el alma de grado en grado se elevará hasta Dios, tomando, digámoslo así, la figura de Cristo, único modelo que delante de sí ha de tener constantemente el cristiano, si no quiere perder el nombre con que se distingue de los pueblos infieles. Y cuando tengamos la dicha de ser semejantes á Jesucristo, seremos dignos de ser un día participantes de su felicidad en el cielo, que á todos os deseo.

NOVÍSIMOS, véase: MUERTE, JUICIO, INFIERNO y GLORIA.

## OBEDIENCIA.

I.

*Subditi estote, non solum propter iram, sed etiam propter conscientiam.*

Estad sujetos, no solo por temor del castigo, sino también por obligación de conciencia.

(ROM. xiii, 5.)

La obediencia es el primer deber del hombre. Dios, al criarle, le impuso un precepto, para que se considerase siempre en dependencia de su Criador; y si reconociéndole como supremo y soberano Señor del mundo, le hubiese obedecido, con su obediencia habría llegado á la posesión de la mayor dicha que se puede alcanzar. La obediencia traía consigo su vida, así la temporal como la eterna; y olvidando é infringiendo este deber, perdió todos sus derechos y todos sus dones. La obediencia le habría mantenido en la práctica de todas las buenas obras; la desobediencia le arrastró al abismo de todas las culpas. Nada por consiguiente debemos temer tanto como la desobediencia y la rebelión, que fueron la causa de todas nuestras desgracias. Sin embargo, en nuestros días, muchos hombres, no solo se creen exentos de toda dependencia, sino que trabajan por desvirtuar el principio de autoridad, que es el primer principio del poder, y establecer el principio de rebelión, que es el primer principio de la muerte de los pueblos. Es imposible que sin el principio de autoridad, y, por consiguiente, sin el principio de obediencia, que le es correlativo, gocen las naciones de paz y tranquilidad. Fijad la atención en las actuales agitaciones de la sociedad, y vereis que todas tienen por origen ciertos errores que, en punto á la sumisión ó obediencia, se han propagado. Esta consideración me obliga á hablaros del deber de la obediencia, haciéndolo, no en el interés de estos ó de aquellos hombres en particular, sino en el de todo gobierno, y en el de toda sociedad. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

4. Es una verdad incontestable, que el hombre ha sido criado para vivir en sociedad. Apenas nació, sus necesidades y sus miserias le ponen por algunos años, bajo el cuidado de sus padres, es decir, en la sociedad doméstica, de la cual depende y con cuyo elemento se forma la sociedad pública. A proporción que el hombre se forma y crece, le atrae la sociedad, que cuida de su porvenir, le asegura, merced á sabias leyes, su herencia ó su legitimidad, le libra de los perjuicios que pudiera irrogarle un usurpador, le facilita maestros que le enseñen, sacerdotes que le instruyan, médicos que le curen, magistrados que le hagan justicia, autoridades que le protejan, y la proporciona medios con que satisfacer sus necesidades naturales ó legítimas. Pero, así como tiene derecho de gozar de las ventajas de la sociedad, tiene también la obligación de observar sus leyes. Cuando Dios hace una obra, la hace de modo que se conserve; así que, habiendo formado al hombre para la sociedad, ha de haberle obligado á la observancia de las leyes convenientes para la conservación y las ventajas de la misma.

Ahora bien; la ley primera, la capital, consiste en que los miembros de la sociedad obedezcan á las autoridades constituidas, pues, sin esta obediencia, la sociedad no podría subsistir. Dios, autor y padre de la sociedad, no podía dejarla abandonada á la anarquía, porque hubiera equivocado á condenarla á una muerte desastrosa. Debía, por lo tanto, establecer en el mundo un orden jerárquico, en virtud del cual, unos tienen el derecho ó poder de mandar, y otros la obligación de obedecer. Este es el orden establecido por Dios; y el que desobedece á las autoridades constituidas, se opone á este orden, y ofende al autor de la sociedad.

Los que piensan como incompatible la libertad del hombre con la obediencia y sumisión que debe á las leyes y preceptos de la autoridad, son enemigos de la sociedad. La ley no destruye la libertad, sino que la dá por supuesta y la dirige. La libertad es la ley, porque la ley es la razón; y sin la razón ó sin los límites que la razón prescribe á la libertad, ésta se convertiría en licencia. No consiste la libertad en una independencia absoluta, pues esto sería volver al estado salvaje. No consiste la libertad en que cada uno haga lo que quiera ó lo que pueda, sino en la facultad de hacer lo que es útil y justo; y esta libertad, y no otra, es la que toda asociación política debe tratar de garantir á cada uno de sus individuos. Algunos filósofos ó políticos dicen, que Dios crió al hombre libre; pero ¿pudo ser esto parte, para que le impusiese el precepto de no comer de uno de los frutos del paraíso? ¿Pudo ser parte, para que le impusiese los precep-

tos de la razón natural? Nunca el hombre ha gozado de una libertad que no haya sido limitada ó dirigida por leyes ó preceptos, de lo cual se desprende, que la libertad, considerada como un don de Dios, no es incompatible con la ley.

Dios, que nos ha dotado de libertad, nos impone la obediencia. Escuchad lo que dice S. Pablo: «Todos debemos estar sometidos á las potestades superiores; porque no hay poder que no proceda de Dios; y Dios ha establecido los poderes que hay en el mundo. Por lo tanto, el que desobedece á las potestades, desobedece á las disposiciones ó la voluntad de Dios, y, por consiguiente, se acarrea voluntariamente la condenación. Mas, los príncipes y magistrados no deben temerse por las buenas obras que se hagan, sino por las malas. El que quiera estar tranquilo con respecto á los que ejercen el poder, procure obrar bien, y se hará acreedor á elogios. Porque el príncipe es un ministro de Dios establecido para nuestro bien. Pero, el que obra mal, debe temer; porque no en vano está espada al que, siendo como es ministro de Dios, debe ejercer su justicia, castigando al que obra mal. Por lo tanto, es necesario que le estéis sujetos, no solo por temor del castigo, sino también por obligación de conciencia. Por esta misma razón, debéis pagarles los tributos, porque son ministros de Dios; que aún en esto mismo le sirven. *Ministri enim Dei sunt, in hoc ipsum servientes* (Rom. xm, 4 et seq.)» El Príncipe de los apóstoles nos manda lo propio. «Estad sumisos, nos dice, á toda humana criatura que esté constituida sobre vosotros; y hacedlo por respeto á Dios; ya sea el rey, como que está sobre todos; ya á los gobernadores, como establecidos para el castigo de los malhechores y para la recompensa de los buenos. Dios quiere que por medio de buenas obras creéis la boca á la ignorancia de los hombres necios y desalentados: *Subjecti estote omni humanae creaturae propter Deum... quia sic est voluntas Dei* (I Pet. ii, 15).»

Los primeros cristianos obedecían á los emperadores en todo lo que no afectaba á la religión. Así lo manifestaron nuestros apologistas á los emperadores y magistrados. Tertuliano, S. Ireneo y los demás Padres entienden como nosotros este deber. Bien sabían que el Sábio, dirigiéndose á los poderes más injustos, les dice: «Dad oídos á mis palabras vosotros, que tenéis el gobierno de los pueblos, y os gloriais del vasallaje de muchas naciones; porque el poder os lo ha dado el Señor: ese poder procede del Altísimo, el cual examinará vuestras obras, y sondeará hasta los pensamientos; porque siendo vosotros los ministros de su reino, no juzgáis con rectitud, ni observasteis la ley de la justicia, ni procedisteis conforme á la voluntad de

Dios. Y se dejará caer sobre vosotros terrible y súbitamente; pues los que ejercen algún poder, serán juzgados con mayor severidad que los demás (Sap. vi, 5 et seq.).

2. He dicho, que los primitivos cristianos obedecían á los emperadores en todo lo que no afectaba á la religion; porque Jesucristo señaló unos límites que la autoridad civil no puede salvar, pues mandó dar al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios. Al César se le debe obedecer en las cosas temporales, es decir, en las que por su naturaleza tienen por fin directo á la sociedad civil, como, por ejemplo, las leyes para el gobierno civil del Estado, la administración de la justicia civil, el nombramiento de los magistrados civiles y de las autoridades militares. Las cosas que por naturaleza tienden á un fin sobrenatural, ó están destinadas á producir un efecto sobrenatural, como, por ejemplo, explicar las doctrinas de la fe, la administración de sacramentos, el acto de conferir y de ejercer una jurisdicción puramente eclesiástica, pertenecen á la autoridad espiritual del Pontífice y de la Iglesia católica. En estas cosas no debemos obedecer á la autoridad temporal; y mucho menos cuando nos mandan algo contrario á la religion. Jesucristo estableció su Iglesia, no solo sin la cooperación de la autoridad civil, sino también á pesar de su resistencia. En este sentido debe entenderse, que primero es obedecer á Dios que á los hombres. Nadie puede abusar de las facultades naturales que recibió de Dios, y, por lo mismo, ni de la autoridad de que es depositario; y abusa de ella la autoridad civil siempre que pretendo intervenir en los deberes espirituales.

Obedeced pues, hermanos míos, á los superiores, lo mismo á los discipulos que á los buenos y modestos, como nos dice S. Pedro: *Subditi estote in domino timore dominis, non tantum bonis et modestis, sed etiam iniquis* (I Petri. ii, 13). La Religion exige, á favor de los pueblos, mucho de los que mandan; pero, no exige menos á los súbditos hacia los que están encargados de dirigirlos. La ley antigua imponía la pena de muerte á los rebeldes. Coré, Datan y Abirón, y doscientos cincuenta de los principales del pueblo, se rebelaron contra Moisés y Aaron, y ardiéndose la tierra bajo sus pies, cayeron en un abismo de fuego. Mas, como no fuese suficiente este ejemplo terrible para contener al pueblo murmurador, fueron devorados en un instante por las llamas algunos millares de personas. Ese mismo pueblo se amotina contra Moisés, y Dios, viéndole tan inclinado á la rebelion, le amenazó con el exterminio; y si bien atendió en parte á los ruegos de su siervo, no es ménos cierto, que permitió que murieran en el desierto todos los que se habian manifesta-

do insubordinados. Estos severos castigos nos revelan la gravedad del pecado de la desobediencia y la rebelion.

La sociedad está conmovida hasta en sus cimientos; el orden se ve con frecuencia amenazado; la paz ha desaparecido de las naciones; los más legítimos intereses se consideran en peligro; las familias deploran la relajación de los vínculos más naturales, y el crimen se multiplica bajo todas las formas, porque los hombres se creen exentos de toda dependencia. Cuando se ha conseguido hacer problemático el deber de la obediencia, sometiéndole al juicio individual; cuando al poder se le imponen innumerables condiciones y se le señalan tantos límites al tratar de desenvolver su influencia benéfica, y cuando todos se creen autorizados para inventar sistemas políticos, preciso es que los fundamentos de la sociedad se resintan y todas las buenas instituciones sucumban. En nuestros tiempos, si se puede evadir la ley humana y sus rigores, no solo se deja de obedecer, sino que tal vez algunos presumen contraer con esto una acción meritoria; no es extraño por lo tanto, que el orden social corra peligros. Y mientras se toleran las doctrinas que tienden á hacer problemático el deber de la obediencia, desengañémonos, se oiran en todas partes los rugidos de revoluciones sangrientas, no habrá paz, ni union, ni prosperidad.

No sécrva, sin embargo, que pretenda apoyar la arbitrariedad, abogando por la obediencia; lo que pretendo apoyar es el orden social, que estará amenazado, mientras no se considere la obediencia como un estricto deber. Debemos detestar las injusticias, reprobar los abusos, rechazar la arbitrariedad, y, en una palabra, condenar todo lo que no sea un gobierno paternal; todo lo que no sea un gobierno convencido de que no lo es para su propio provecho, sino para el del pueblo; todo lo que no sea aceptar el poder con ánimo de sacrificarse por el bien de los gobernados; pero debemos también exigir como un deber la obediencia á las autoridades legítimas. No pretendo que se imponga la esclavitud ó cadenas al pueblo, nó; mil veces nó; el que gobierna debe ser un padre; pero debemos detestar la licencia que trae en pos de sí á la tiranía, y reprobar las doctrinas que aspiran á elevar al individuo sobre el poder político y el poder social, concediéndole ilimitadas facultades y absurdas atribuciones, poco compatibles con los verdaderos principios de orden y de gobierno. No hay peligro alguno de que en la Europa civilizada, los supremos gobernantes, llamense como quieran, se propongan gobernar á los pueblos con sistemas injustos; podrán cometer desaciertos y excesos, porque en los gobiernos humanos no puede ménos de suceder así; pero no es fácil ni probable que se infrinja el derecho divino ó

natural, y mucho ménos que se entronice la tiranía. Mientras el cristianismo, que ha creado una civilización sobre la base de la más santa justicia, influya en la dirección de los pueblos, no se repetirán las execrables escenas que están consignadas en la historia antigua. Si la sociedad ha de hundirse, no será por los abusos del poder y de la fuerza, sino porque no podrá resistir á los embates de la anarquía y de la discordia, horribles plagas que se presentan y desarrollan bajo la influencia de pretensiones inoportunas ó immoderadas. Lejos, pues, de reclamar derechos para los pueblos respecto de sus gobernantes, conviene moderarlos; y aún en el caso de que fuesen legítimos, es preferible renunciar á su aplicación en beneficio del orden y de la paz, cuyos santos intereses tanto se resentían y conmueven, cuando directa ó indirectamente se fomenta y produce la rebelión en la sociedad.

Seamos, pues, sumisos á la autoridad; acátemos las leyes; consideremos en nuestros superiores á los representantes de Dios; sea nuestro objeto cumplir en un todo la voluntad del Señor, cumpliendo la de aquellos que, en nombre suyo, se nos han dado por superiores; obedezcámos siempre en todas partes y circunstancias, como quiera que lo que se nos mande no esté en oposición directa y conocida con lo que prescribe el Altísimo; confundámonos con nuestra obediencia á tantos disuolts, que están siempre dispuestos á burlar con aviesa imprudencia las leyes más santas, y á burlarse de toda autoridad, cuando las disposiciones que dicta no están en armonía con sus principios ó con sus depravadas costumbres; sea nuestra obediencia ajena á toda excusa hija del amor propio; y de esta suerte podremos confiar con razon en el premio de la gloria eterna, que á todos es deseo.

## OBEDIENCIA

### QUE LOS FIELES DEBEN Á LA IGLESIA.

#### II.

*Qui Ecclesiam non audierit, sit tibi sicut ethnicus et publicanus.*

Al que no escuchare á la Iglesia, tiene como por gentil y publicano.

(Matth. xviii, 17.)

La Iglesia, respecto de los fieles, ejerce dos funciones distintas: los instruye y los gobierna. Los instruye con las verdades que les declara, y los gobierna con los preceptos que les impone. Los instruye, enseñándoles lo que ella misma aprendió del Hijo de Dios su esposo; y los gobierna, prescribiéndoles leyes en este asunto. El Salvador del mundo la dió dos géneros de potestad: el uno, para enseñar de su parte; y el otro, para mandar; el uno, para decirnos: creed esto; y el otro, para decirnos: ejecutad esto. Sobre estas dos potestades, pues, que convienen y son propias de la Iglesia, fundo yo la obligación de dos géneros de obediencia que se la deben, es á saber, la obediencia del espíritu, y la del corazón. La debemos la obediencia del espíritu, porque nos propone las verdades de la fe; y la debemos la obediencia del corazón, porque nos impone leyes y preceptos para el arreglo de nuestra vida. Porque tiene derecho para decirnos: creed esto, nos obliga Dios á que la tengamos una perfecta sumisión del espíritu; y porque tiene derecho para decirnos: ejecutad esto, quiere Dios que la obedezcamos con una entera sumisión del corazón. Esto será todo el asunto de vuestra atención. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Es propio de la Iglesia proponernos las verdades de fe, y á nosotros nos corresponde recibirlas y someternos á ellas. ¿Por qué razon dependemos así de la Iglesia cuando se trata de la fe divina? Porque Dios estableció la Iglesia, para que fuese la depositaria, el ór-

gano, y si fuere necesario, el intérprete de las verdades que nos ha revelado. Es la depositaria para conservárnoslas, el órgano para anunciárnoslas, y cuando es necesario, el intérprete para explicárnoslas. Reconocer, pues, en la Iglesia estas tres cualidades, como las reconocemos, y asentir despues con docilidad y sumision de espíritu á lo que nos propone como revelado por Dios, esto es lo que yo llamo dar á la Iglesia la obediencia más perfecta de que somos capaces, cual es la del entendimiento. Ya sé, amados oyentes míos, que, hablando propiamente y con exactitud, la palabra de la Iglesia no es la palabra de Dios; pero, digo que es propio de la Iglesia ponernos en las manos este precioso depósito de la palabra de Dios; y digo que á ella corresponde declararnos en qué sentido debemos entender esta palabra de Dios, porque no es justo que un particular se haga el árbitro de este asunto, y mucho menos que cosas tan importantes y esenciales como éstas, dependan indistintamente del discernimiento de un cualquiera y de su juicio. En las disputas que pueden ocurrir sobre materias de fe; en las dudas particulares que formamos algunas veces, é inquietan y turban nuestra razón sobre algunos puntos de religion; en las dificultades que se ofrecen, y que áun son inevitables, ó sobre la oscuridad de la tradición, ó sobre la inteligencia de la Escritura; en todo esto ha de ser la Iglesia nuestro oráculo, y su decision nos ha de servir de regla absoluta y soberana, porque ella es, segun el Apóstol, la columna y apoyo de la verdad: *Columna, et firmamentum veritatis* (I Tim. iii, 43.)

S. Agustín, que sin contradiccion fué el espíritu más ilustrado del mundo, y el que pudo con más razón y derecho juzgar de las cosas por sus propias luces, decía públicamente, que no hubiera creído el Evangelio, si la autoridad de la Iglesia no le hubiera obligado á ello. Y con razón obraba de este modo, porque sin este testimonio de la Iglesia ¿quién me ha dicho que este libro, que reconozco y llamo Evangelio, es con efecto el Evangelio de Jesucristo? ¿Quién me ha dicho que la version que leo, y que con el nombre de Vulgata corre hoy por autentica, es una version pura y conforme al texto original? Y ¿quién me ha dicho que en mil lugares y pasajes, en que el sentido parece oscuro, debe entenderse de un modo y no de otro? Debo recurrir á la Iglesia, á quien se confió por Jesucristo este tesoro del Evangelio, y para quien pidió el Hijo único de Dios, que jamás le faltase su fe; debo escucharla, porque está inspirada especialmente por el Espíritu Santo, y porque tiene un don de infalibilidad que Dios la prometió, y no la prometió á ninguno otro.

Sin esta máxima de S. Agustín no puede conservarse en la Iglesia

de Dios ni la paz, ni el orden, ni la unidad de la doctrina, ni la humildad del espíritu. La paz, porque sin ella serian eternas las disputas sobre la Escritura y sobre el sentido de ella, pues no les daria fin la Escritura misma; ántes bien por el contrario sería el motivo de ellas, y no habria, por otra parte, autoridad á la que se estuviese obligado á sujetarse, ni tribunal donde apelar, ni juicio ó decision que no se tuviese derecho á repugnar, ni resolucion á que se debieran atender. La unidad de la doctrina, porque explicada la Escritura, no por la Iglesia, sino segun el sentido interior y particular de cada uno, podria producir otras tantas sectas y religiones, como hombres hubiera en el mundo. Sin esta máxima tampoco se puede conservar la humildad del espíritu, pues no hubiera cristiano por más sencillo ó ignorante que fuese, que no tuviera derecho para creer que la Escritura, explicada por él, era una regla más infalible que si estuviera explicada por la Iglesia, y que él solo podria entender mejor la Escritura que toda la Iglesia. Tampoco podria mantenerse el orden, porque no habria en el mundo cristiano ni subordinacion, ni dependencia: porque el depósito de la ciencia de la Escritura no sería ya propio de los pastores: porque ya no sería de su boca, como decía el Señor, de donde debía recibirse el conocimiento de la ley; y porque haciéndose juez cada uno, sin tener carácter, título ó distincion, sería la Iglesia de Dios una Babilonia.

Esta obediencia á la Iglesia, cuando se trata de las verdades de fe, es propiamente la que nos une á ella, lo que nos hace miembros de su cuerpo, lo que nos anima con su espíritu, y en cuya virtud podemos gloriarnos de ser sus hijos legítimos. Es cierto, que no estamos incorporados á la Iglesia sino por la fe, la que no puede tenerse sin esta obediencia de que se habla; y con efecto, para creer, es necesario sujetarse; no solo á la palabra y revelacion de Dios, sino tambien á todas las reglas por las que esta palabra y revelacion de Dios se nos aplica. ¿Cuál es, pues, la regla viva que nos la aplica? La Iglesia. Dejad, pues, de obedecer á la Iglesia en los puntos de fe, y desde aquel instante, como que nos divorciamos de ella, desde aquel instante deja de ser nuestra madre y no somos ya sus hijos.

De poco nos serviría estar exteriormente en el cuerpo de la Iglesia y tener en la apariencia todas las señales de su comunión, si llegase á fallarnos este espíritu de obediencia y docilidad; y es la razón, porque la exterioridad de profesion y culto, no es esencialmente lo que nos une á la Iglesia, ni lo que nos hace hijos suyos, porque quien hace todo esto es la disposicion interior de un espíritu sujeto á todo lo que nos enseña, y á todo lo que el espíritu de Dios quiera enseñar-

nos por ella. Aunque yo haga exteriormente lo que hacen los hijos de la Iglesia; esto es, aunque participe de sus sacramentos, aunque asista al sacrificio de la misa, y haga todos los ejercicios de piedad que se practican en la Iglesia, como no tenga esa sumision interior, que es la parte sustancial y principal de mi religion, no puede dudar que estaré siempre ante Dios separado por lo ménos del cuerpo de la Iglesia, y que ya no tendré fe.

Esta union á la Iglesia en materia de fe es la que en todos tiempos ha sido la piedra de toque donde han sido probados los verdaderos fieles, y la señal esencial é infalible que los ha distinguido.

No nos engañemos en este punto: Dios empezará el juicio de un cristiano por nuestra obediencia á la Iglesia en materia de fe, y el primer artículo del exámen riguroso que será necesario tolerar, será éste. Se nos pedirá cuenta de nuestra fe; y como ésta es inseparable de la obediencia á la Iglesia, ántes de entrar en discusion de todo lo demás, se nos obligará á responder sobre la obligacion de esta obediencia. Si en este punto no hemos llenado la medida justa, Dios, desde entónces, se declarará contra nosotros; y nuestro destino estará ya decidido. Sometámos pues á la Iglesia, y tributémosla, no solo la obediencia del espíritu, creyendo lo que nos enseña, sino también la del corazón, ejecutando lo que nos manda; esta es la segunda parte.

2. Para comprender bien ésta otra obligacion respecto de la Iglesia, que consiste en la obediencia de corazón y en la observancia de las leyes que nos impone, escuchad, amados hermanos míos, cuatro proposiciones, cuyo enlace y conexon me ha parecido una especie de prueba, contra la cual ni el error, ni el espíritu de libertad é independencia que reina en el mundo corrompido, opusieron jamás cosa alguna que tuviese solidez. Basta que la Iglesia sea nuestra madre para inferir que tiene derecho á mandarnos; esta es la primera proposicion: y basta que seamos hijos suyos, para deber estar persuadidos á que lo que nos manda, no es solo por una política, sino de una obligacion estrecha que liga nuestras conciencias, y nos obliga bajo la pena de culpa; esta es la segunda proposicion. En el instante mismo que reconocemos la Iglesia por nuestra madre, no podemos quebrantar ya los preceptos que nos impone, sin quebrantar uno de los más auténticos de la ley de Dios; esta es la tercera proposicion. Y la libertad, ó más bien la temeridad con que violamos los preceptos de la Iglesia, olvidando que es nuestra madre, procede por lo comun de un fondo de libertinaje y de un principio de irreligion, que puede ser sea para nosotros más dañoso que los mismos pecados que de ello resultan. Libertinaje es ésta, de que nos lisonjamos y procuramos

encubrir con mil pretextos, que la Iglesia, ántes de nuestra madre, jamás los protegerá; ántes bien, por el contrario, siempre los desoñecerá; y cuanto hayan sido causa de nuestras relaciones y desórdenes, otró tanto los condenará y detestará: esta es la cuarta y última proposicion.

Supuesto que la Iglesia es nuestra madre, tiene derecho para mandarnos; esta consecuencia es tan natural, que el juicio y la razon sola basta para convenir en ello. Los herejes niegan á la Iglesia este derecho; algunos calólicos relajados no se lo niegan; pero, tienen por nada sacudir su yugo. ¿Cuál, pues, de estas dos cosas es más injuriosa á la Iglesia, no reconocer su poder por una preocupacion del espíritu, ó reconocerlo y no sujetarse á él por una depravacion del corazón?

Pero ¿de qué naturaleza son, y qué fuerza tienen las leyes y preceptos que la Iglesia como madre nuestra puede imponernos? Yo digo que son leyes de una estrecha y rigurosa obligacion. La desobediencia de un hijo con su padre le hace culpable á los ojos de Dios; luego, la desobediencia de un cristiano respecto de la Iglesia, que es su madre, le hace prevaricador en el mismo juicio de Dios. Porque ¿qué razon habrá para que la Iglesia que nos ha engendrado segun el espíritu, no tenga sobre nosotros el mismo poder que tienen nuestros padres segun la carne? ¿Acaso la debemos ménos? ¿Nos ha dado un nacimiento, una vida y una educacion ménos preciosa, y ménos digna de estimarse? Cuando no hubiera más fundamento que este para justificar la que en todos tiempos se ha tenido por indisputable en nuestra religion, esto es, que los preceptos, de la Iglesia obligan en conciencia, y que no puedan quebrantarse sin incurrir en la indignacion y desgracia de Dios, ¿no seria este bastante? Si, amados oyentes míos, estos preceptos, aunque en sí mismos son de derecho humano y positivo, llegan hasta ser ofensa de Dios, y hasta interesar en ellos nuestra salvacion. Cuando los obedecemos, practicando lo que mandan, son para nosotros fuentes de gracia; pero, por un justo juicio y contra la intencion de la misma Iglesia, son para nosotros una multitud cuando los quebrantamos; y es necesario que esto sea así, pues Jesucristo quiere en su Evangelio, que se tenga por pagano y publicano el que no obedece á la Iglesia: *Si autem Ecclesiam non audierit, sit tibi sicut ethnicus, et publicanus* (MATT. xvm, 17).

Cuando S. Agustin hablaba del ayuno mandado y determinado por la Iglesia, ¿con qué expresiones se explicaba? ¿Hablabá de él como de una obra de supererogacion para los justos, ó como de un ejercicio voluntario para los pecadores? NO: hablaba de él como de una

ley á la que debían igualmente sujetarse los justos y los pecadores, bajo la pena de ser condenados por Dios. La desobediencia á las leyes de la Iglesia está siempre acompañada de la desobediencia á la ley de Dios. Y es la razón, porque al mismo tiempo que la Iglesia me manda por una ley particular, Dios, por otra ley, que es general, me manda que obedezca á la Iglesia, y no puedo faltar á uno de estos dos preceptos sin faltar al otro, porque el uno sirve de apoyo al otro. Luego: yo me engaño si esto entónces, que solo soy responsable á la Iglesia, y que solo he pecado contra ella, porque he pecado contra el mismo Dios.

El punto moral con que concluyo es, que la mayor parte de los pecados que se cometen contra la Iglesia, quebrantando sus leyes, son pecados de libertinaje, que solo proceden comunmente de un principio secreto de irreligion; pero, que, mudando de especie, vienen por este motivo á ser aún más graves y dignos de castigo ante Dios. Los preceptos de la ley de Dios se quebrantan por otras muchas razones, que pueden llamarse tentaciones humanas; pero, cuando se trata de los preceptos de la Iglesia, que la mayor parte son fáciles en sí mismos, y cuya materia casi nunca está expuesta á una violenta pasión que sea necesario vencer para cumplirlos, ¿por qué espíritu ó principio se pueden quebrantar, sin por un espíritu de independencia y libertinaje, y por una costumbre funesta que se tiene, de cuidar muy poco de la observancia de las obligaciones de su religion? Principio es éste más funesto que los pecados mismos que de él resultan, pero principios son, de donde los pecados que de ellos nacen, sacan un aumento de malicia, á la que quisiera yo hoy inspiraras el mayor horror.

¡Ah! hermanos míos, honremos nuestra religion, por la obediencia que debemos dar á su Iglesia. Las leyes que nos impone, nos son muy útiles y saludables. Ella atiende siempre á nuestra flaqueza, consulta nuestras necesidades y nuestra utilidad, y obra siempre como madre prudente y celosa. Acatemos todas sus disposiciones; amémosla tiernamente, y de este modo alcanzaremos la gloria, que os desea á todos.

## DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

OBEDECENCIA.—Es la primera virtud que Dios exigió del hombre. Es la primera virtud que Jesucristo exige de un cristiano. Es la última virtud que debe consumir nuestro sacrificio.

OBEDECENCIA.—En las cosas fáciles, el amor debe perfeccionarla. En las cosas difíciles, la confianza debe sostenerla.

OBEDECENCIA.—No debe escuchar las instigaciones ó sugerencias del orgullo.

No debe escuchar las razones del amor propio.

OBEDECENCIA.—Cualquiera que sea la dificultad que se ofreciere en punto á lo que Jesucristo nos manda, hay que obedecer con regocijo.

Cualquiera gracia que Jesucristo nos otorgare para hacernos fácil lo que él nos manda, hay que obedecerle sin presunción.

## PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

*Facite quodcumque dixerint qui presunt loco quem elegerit Dominus, et docuerint te iuxta legem ejus, sequerisque sententiam eorum.* Deuter. xvii, 10.

*Numquid vult Dominus holocausta et victimas, et non gottius ut obediat voci Domini?* I Reg. xv, 22.

*Mellior est enim obedientia quam victimas: et auscultare magis quam offerre ad ipemarium.* Idem ibid. 22.

*Quasi peccatum ariolandi est, repugnare: et quasi scelus idololatria, nolle acquiescere.* Ibid. 23.

*Mens justí meditatur obedientiam.* Prov. xv, 28.

*Vir obediens loquetur victoriam.* Idem xxi, 28.

*Super cathedram Moysi sedebunt Scribae et Pharisei: on-*

harás todo lo que te dijeren los que presiden en el lugar escogido por el Señor, y lo que te enseñaren conforme á su ley, y seguirás la declaración de ellos.

Por ventura ¿el Señor no estima más que los holocaustos y las victimas, el que se obedezca á su voz?

La obediencia vale más que los sacrificios: y el ser dócil importa más que el ofrecer la grosura de los cuernos.

El desobedecer al Señor es como un pecado de magia, y como crimen de idolatría el no querer sujetarse.

El justo pone todo su estudio en la obediencia.

El hombre obediente á la ley cantará la victoria sobre su calumniador.

Los Escribas y los Fariseos están sentados en la cátedra de Moisés.

*nia ergo quocumque dixerint vobis, seruate, et facite: eorum opera verò eorum nolite facere.* Matth. xxiii. 2, 5.

*Qui vos audit, me audit: et qui vos spernit, me spernit.* Luc. x. 16.

*Omnis anima potestatibus sublimioribus subdita sit: non est enim potestas nisi à Deo.* Rom. xiii. 1.

*Qui resistit potestati, Dei ordinationi resistit; qui autem resistunt, ipsi sibi damnationem acquirunt.* Item ibid. 2.

*Sicut per inobedientiam unius hominis, peccatores constituti sunt multi: ita et per unius obedientiam, iusti constituentur multi.* Rom. v. 19.

*Obedire oportet Deo magis, quam hominibus.* Actor. v. 29.

*Servite obedienter dominis carnalibus cum timore, et tremore, in simplicitate cordis vestri, sicut Christo.* Ephes. vi. 5.

*Obedite prepositis vestris, et subjacete eis. Ipsi enim pervigilant, quasi rationem pro animabus vestris reddituri.* Hebr. xiii. 17.

Practical pues, y haced todo lo que os dijeren: pero no arregleis vuestra conducta por la suya.

El que os escucha à vosotros, me escucha à mí: y el que os desprecia à vosotros, à mí me desprecia.

Toda persona esté sujeta à las potestades superiores: porque no hay poder que no provenga de Dios.

Quien desobedece à las potestades, à la ordenacion ó voluntad de Dios desobedece: de consiguiente los que tal hacen, ellos mismos se acarrean la condenacion.

A la manera que por la desobediencia de un solo hombre, fueron muchos constituidos pecadores: así también por la obediencia de uno solo, serán muchos constituidos justos.

Es necesario obedecer à Dios, antes que à los hombres.

Serviros, obedeciendo à vuestros señores temporales con temor, y respeto, con sencillez de corazón, como à el mismo Cristo.

Obedeced à vuestros prelados, y estadles sumisos, ya que ellos velan, como que han de dar cuenta à Dios de vuestras almas.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Cuán perfecta y agradable à Dios sea la obediencia, lo inferimos de haber sido la sola virtud que Dios impuso al primer hombre, y à la cual únicamente estaba vinculada la felicidad de todo el género hu-

mano. En efecto: desprecia el hombre el precepto de Dios, le niega su obediencia, y vése desde luego precipitado junto con toda su descendencia en un abismo de desgracias, del cual solo nos pudo sacar un Hombre-Dios por medio de la más heroica obediencia, obedeciendo hasta la muerte de cruz.

A pesar de los esfuerzos que hace el hombre por sacudir todo yugo, nunca faltaron en ambos Testamentos ejemplares de la más perfecta obediencia. Noé signó exactamente las inspiraciones de Dios: no obstante las burlas y sátiras de sus contemporáneos, y se salvó del diluvio. (Gen. 7). Abraham no interpuso demora alguna entre el precepto de Dios de dejar su casa, parientes y patria, y su ejecución. (Iuu. cap. 12). Apenas recibió la orden de Dios de sacrificar à su único y amado hijo Isaac, todo lo dispuso para el sacrificio, y este jóven ejemplar de buenos hijos se colocó sobre la pira con la más rendida obediencia. (Iuu. cap. 22). Samuel es dócil y obediente hasta tal punto, que se levanta de noche una, dos y tres veces al llamamiento (según creía) de su señor Hel (1 Re. 5).

La inobediencia de Saul es el único origen de sus males y desgracias, no ménos que de su desesperada muerte, como puede verse en el lib. I de los Reyes, cap. 15, 13, 28, 51.

Seria necesario que las personas sujetas à sus superiores, sean seculares ó eclesiásticos, tuvieran presente aquellas palabras que Moisés dirigió al pueblo murmurando contra él y Aaron: *Audistis (Dominus) murmurare vestrum contra illum. Nos vero quid sumus, quia murmurastis contra nos?... nec contra nos est murmur vestrum, sed contra dominum* (Exo. 16): es decir, que Dios es realmente representado por la persona de nuestros superiores, dirigiéndose à él la mala ó buena conducta que con aquellos tenemos.

Lo mismo dijo el Señor à Samuel, cuando el pueblo se rebeló contra su autoridad, y pidió que á semejanza de las naciones vecinas se le diese un rey que los gobernase: *Non te, dixit Deus, abjecerunt, sed me, ne regnem super eos* (1 Re. 8).

La obediencia, para que sea del agrado de Dios, no debe ser solamente exterior, sino interior y de corazón; pues la sola obediencia exterior, lejos de agradar, irrita más à Dios, porque ve que el corazón está muy lejos de aquel amor expresado por la obediencia à aquel que nos gobierna. Por esto dijo el Señor por Isaias, hablando de su ingrato pueblo: *Pupulus iste ore suo, et labiis suis glorificat me, cor autem ejus longe est à me* (Isai. 29): palabras que repitió aún con mayor energia el mismo Jesucristo contra los hipócritas escribas y fariseos (Matth. 15).

Aún cuando no hubiera más que el ejemplo de Jesucristo, debería bastar á los cristianos para apreciar la obediencia como la virtud más importante, y como el camino más breve y seguro para alcanzar una recompensa eterna. Con profundo misterio callan los evangelistas todos los hechos de su infancia y juventud, diciéndonos únicamente: *erat subditus illi* (LUC. 2); vivía obediente á sus padres: palabras que encierran la más completa enseñanza y el más acabado pangeñico.

Finalmente; puede consultarse la historia del pueblo y de los reyes de Israel, para ver fácilmente la felicidad con que vivían cuando obedecían á los enviados de Dios, y las desgracias que experimentaban siempre que sacdían el yugo de su ley santa.

## SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

*Te atton virtuti alijeris, quantum propriis voluntati detraxeris.* S. Hieron. in Epist.

*Præpositum tunc ut dominum, diligas ut patrem.* Idem.

Epist. 4.

*Extremam Christus præstitit obedientiam, propterea accepit supremum honorem.* S. Chrys. Hom. 7 in Philipp.

*Una obedientia plus valet, quam omnes virtutes.* S. Aug. Tract. 11 de Obed. et humil.

*Quid iniquius quam velle tibi obtemperari á minoribus, et nolle obtemperare majoribus?* Idem, de oper. monach. c. 31.

*Vera obedientia nec propositorum intentionem discuit, nec precepta discernit: necit judicare, quisquis perfecte didicit obedire.* S. Gregor. lib. 2 in 1 Reg. cap. 2.

*Melior est obedientia quam*

Cuanto más sacrifiques tu propia voluntad, tanto más aumentarás en virtud.

Teme el superior como á tu señor, ámalalo como padre.

Jesucristo practicó una obediencia la más sumisa, y por esto recibió el honor más elevado.

La sola obediencia vale más que todas las otras virtudes.

¿Qué cosa hay más injusta que exigir la obediencia de los inferiores, y no obedecer á los superiores?

La verdadera obediencia no excudrina la intencion de los superiores, ni examina la naturaleza del precepto; porque el que sabe obedecer, no sabe examinar.

Mas vale la obediencia que todas

*victimæ: obedientia jure victimas præponitur, quia per victimas aliena caro, per obedientiam vero voluntas propria maclatur.* Idem. ibid.

*Longe præstantius est voluntatibus propriis abrenunciare, quam rebus.* S. Prosp. lib. 2 de vita contempl.

*Obedientia est spontanea mors, securum periculum, immediata ad Deum cæcusatio, tuta navigatio, confectum dormiendo iter.* S. Clinac. grad. 4.

*Verus obediens non attendit quale præcipitur, hoc solo contentus quia præcipitur.* S. Bern. de præcept. et disp.

*Quicquid vice Dei præcipit homo, quod non sit tamen certum displicere Deo, haud secus omnino accipiendum est, quam si præcipiat Deus.* Idem. de præc. et disp.

*Bonus obediens verbum non expectat, ubi de voluntate superioris constiterit.* S. Bonavent. in specul. cap. 4.

*Est sine gaudio fuso martyr, qui luto portat obedientia jugum.* Simon Cassius, lib. 4, cap. 1.

las victimas: con razon esta virtud es preferida á las victimas; porque con éstas se ofrece á Dios un cuerpo que no es nuestro, mientras que con la obediencia le sacrificamos la voluntad propia.

Mucho más meritório es el renunciar la propia voluntad, que los bienes temporales.

La obediencia es una muerte voluntaria, un peligro seguro, un medio de exosarnos directamente con Dios, un navegar segurísimo, y un vinje al cielo que se hace durmiendo.

El verdadero obediente nunca mira lo que se le manda, porque le basta el ser mandado.

Todo lo que manda el hombre en lugar de Dios, pero que no sea ciertamente contrario á su voluntad, debemos tomarlo como mandado por el mismo Dios.

El buen obediante no espera el precepto cuando conoce la voluntad del prelado.

El que lleva con alegría el yugo de la obediencia es un mártir inculcanto.

OBIGACIONES DEL CRISTIANO PARA CON LA SOCIEDAD; véase: DEBERES DEL CRISTIANO PARA CON LA SOCIEDAD.

OBIGACIONES DE LOS CASADOS; véase: MATRIMONIO, MARIDO, MUGER.

OBIGACIONES DEL PROPIO ESTADO; véase: IGNORANCIA DE NUESTROS DEBERES.

## OBISPADO.

*Constituas eos principes super omnem terram.*  
Los estableceras, príncipes sobre la tierra.  
(SAL. XLIV, 17.)

Todo cuanto admira nuestra inteligencia en el edificio de la Religión, lleva un sello particular, una marca que lo caracteriza de divino. Las obras de Dios, en sus principios, son un germen apenas perceptible: este germen, sembrado en tierra por la palabra de Dios, se desarrolla, crece, se aumenta, va cobrando proporciones vastas, y llega, por fin, á extenderse por distancias incalculables. Una sola palabra: *Fiat lux*; «hágase la luz,» dice en otra ocasión; y este embrión, esta masa informe del mundo, envuelta en aguas y nubes, sacude sus envolturas; y aparece grande, inmensa, sólida, hermosa.

«No comáis de tal árbol, dice el Señor á nuestros primeros padres, porque de lo contrario seréis castigados:» infringen el precepto, al parecer nuestro ligero, y sus consecuencias son el trastorno de las leyes de la naturaleza, criada en beneficio del hombre, y ese diluvio de males, enfermedades, miserias, hambres, contiendas, odios, esclavitudes, muertes, que se han ido sucediendo, desde el terrible drama del Paraíso, hasta hoy, y que seguirán sin interrupción hasta el fin del mundo.

Compadécose el Criador de su frágil criatura, á quien ama como ama un Dios, y al condenar á la serpiente instigadora del pecado original, solo dice estas sencillas palabras: *Ipsa conteret caput tuum*; esa mujer á quien has querido perder será castigada, si como lo exige mi justicia; pero su castigo no está exento de misericordia, y la haré en efecto con toda su descendencia; pero tú serás castigada á muerte y sin misericordia; y la mujer misma te ha de quebrantar la cabeza.

Nada más sencillo en apariencia que ejentar una orden imperial de empadronamiento general; y, sin embargo, esto debía realizarse para que tuviese lugar sin violencia ninguna el nacimiento del Sal-

vador del mundo en Belen. Cuando á los treinta años de su vida, principia su pública misión el Redentor, escoge, como por encuentro fortuito, doce pescadores, y estos son cabalmente los destinados á regenerar el mundo. Al comunicarles su misión, tan sólo les dice: *Id, y enseñad mi Evangelio por todo el mundo; os revisto á vosotros de la autoridad que me confiere mi Padre.* En todo esto se ve una sencillez suma: todo se pasa entre algunos hombres de excelente corazón y gran fe sin duda, pero que estaban destinados por Dios para cambiar la faz del mundo todo. Esta es la manera de obrar en Dios: pocas palabras, pero éstas inmensamente fecundas en resultado.

El asunto de que he de tratar en este momento, señores, es una prueba á todas luces clara de la suavidad y oportunidad con que la divina sabiduría obra las cosas más grandes. La institución del Obispado es la obra maestra del poder divino: casi imperceptible en su origen, crece y se desarrolla en circunstancias que parecía debían hacerle abortar y morir: y al cabo de cuatro siglos de persecución, se le ve lleno de majestad, poder é influencia en el concilio de Nicea.

Explicar su ministerio divino y su poder en la Iglesia de Cristo, será el asunto de este discurso. Para el acierto, A. M.

Distinguímos, señores, en el augusto carácter del Obispo dos poderes, uno de orden, otro de jurisdicción. Trataremos pues, primero, del poder de orden, luego del poder de jurisdicción, y por último, haremos ver la necesidad y conveniencia del pontificado en la Iglesia de Cristo.

4. Sentemos, hermanos míos, como base incontestable, como foco inextinguible de luz divina que ha de irradiar todo nuestro discurso, que Jesucristo es el Obispo por excelencia, el sumo Sacerdote de su Iglesia, en cuyo sacerdocio se resume todo el sacerdocio visible, encargado del sagrado ministerio de su Esposa.

Ahora bien, el Obispo ejerce tres funciones principales. Primera: ha de interceder para con Dios por el pueblo que le está encomendado: ha de estar de continuo ante la presencia de Dios: ha de proteger á su pueblo con sus bendiciones. El verdadero Obispo, el Obispo por excelencia es nuestro Señor Jesucristo: solo Él se presenta de continuo con la dignidad debida ante el acatamiento de Dios, su Padre: solo Él puede interceder con fruto; solo Él derrama sobre nosotros toda gracia.

Pero, ese mismo Señor nuestro, único Obispo de la nueva Alianza, antes de subir á su Padre, quiso dejar cerca de los hombres de todos tiempos continuadores de su ministerio sublime, vicarios de su cari-

dad, propagadores del fuego que vino á encender en el mundo. Antes de hacerse invisible, quiso dejar después de él representantes visibles de su misericordia, intérpretes visibles de su voluntad que fuesen aquella ciudad fundada sobre el monte para estar á la vista de todos, para ser accesible á todos; aquel fanal destinado á dirigir la humanidad en medio de las tinieblas de la vida presente. En una palabra, no debía de verse siempre al Salvador, ni oírle en su propia carne: sino que dispuso que se le viera siempre, que continuamente se le oyera en los pastores que escogía para servirle de órganos, para transmitir sus órdenes, para explicar sus oráculos.

¿Trátase de formar miles de soles, de sembrarlos por la inmensidad, de formar los abismos que habían de contener los mares y encadenar las mugientes olas, trátase en fin, de cubrir la tierra toda de tesoros inagotables?— ¡Lo quiere y basta! El firmamento se extiende á su voz como un pabellón de oro y seda, el astro del día se levanta como gigante de una á otra extremidad del cielo, para ir ensarvando por do quiera la gloria de su Autor; el Océano se pone á mugir con el majestuoso murmullo de su potencia, y el universo entero anuncia la obra de sus manos.

Pero cuando se trata de revestir á algunos hombres de esa dignidad suprema de que está revestido como Sacerdote eterno, se recoge en sí mismo, en la soledad de la oración, en donde está á solas con Dios! *In oratione Dei!* (Luc. vi, 12). Sube á un monte elevado lejos del menor tumulto de la tierra. Allí ruega, no ya un rápido instante, sino una noche.

¡Deliberando está la adorable Trinidad! Pueblos, estad atentos. Vuestros Obispos van á salir de este consejo del Altísimo, resplandecientes con los esplendores de la eternidad!

Pronunciado han las tres Personas divinas para anunciar su grande decisión. «*Utamur* Dios á sí á los que quiere llamar con su omnipotente voluntad.» *Vocavit ad se quos voluit ipse.* «Y vienen á Él: *Et venerunt ad eum* (Mat. iii, 13 et 14).

Mirad á los Apóstoles, á esos ángeles, encargados del gobierno y vigilancia de la nueva ciudad de Dios. El poder que se les ha conferido por su Maestro divino excede en dignidad, en extension y en utilidad á todos los poderes conocidos. En dignidad, porque representan al mismo Hombre-Dios, cuyo ministerio ejercen: en extension, porque no conoce límites ni en el tiempo, ni en el espacio; todas las naciones pertenecen á su poderío espiritual; el trascurso de los siglos, lejos de disminuir su poder, lo consolida y propaga: en utilidad, porque este poder tiene por objeto, no ya el cuerpo, no ya la

materia, no ya lo terreno y temporal, sino el alma, sino el corazón, sino la gloria, sino la eternidad.

Segun el testamento divino que se les legó, ejecutan la primera funcion de Obispo de la nueva Alianza, estando de continuo ante el acatamiento de Dios, purificando más y más su corazón, acrisolando más y más sus virtudes, mortificando más y más su carne. Comunican incesantemente con Dios para recibir sus inspiraciones, conocer sus voluntades, asemejarse más y más al divino Modelo, que representan ellos en la tierra.

Segun esto, la oración, la meditación de las Escrituras sagradas, el conocimiento de los derechos de Dios y de los deberes del hombre, de las misérias de éste y de las misericordias inefabes del Señor, serán su estudio continuo, su única ocupación. Vivirán, si, como su Maestro, en carne mortal y entre los hombres, pero sus corazones y sus almas conversarán incesantemente con Dios. Caminarán por estas sendas mundanales con los pies, mas sus ojos y sus sentidos estarán fijos en los cielos.

En virtud de la segunda funcion de Obispos, intercederán para con Dios por el pueblo que les está encomendado. Saben que el mandamiento característico de su divino Maestro es la caridad, el mútuo amor entre sí, el amor al prójimo, hasta dar su vida por él. Por una parte, entrarán en el fondo del humano corazón para excoriar sus maldades, sus crímenes, sus perversas tendencias: verán en él esa maldita inclinación á lo malo, esa repugnancia para todo lo bueno, esa torpeza en sus apegos terrestres, esa sberfeza y volubilidad en los buenos propósitos. Por otra parte, verán en el alma un sello sagrado, indeleble, que la constituye hija de Dios, destinada á gozar de él un día, dotada de profundas é imitas aspiraciones hacia el Bien supremo.

Levantando sus ojos al cielo, considerarán á ese Pontífice sumo, sentado á la diestra del Padre, con las gloriosas insignias de la Pasión que sufrió por remediar tantos males en el hombre. Verán en el amantísimo corazón del Padre un océano de amor inagotable, un foco de fuego inextinguible; amor que perdona y olvida, fuego que abraza y consume.

Ahora bien; al considerar tanta miseria acá bajo, y tanta bondad allá arriba, sintiendo en su corazón la llama viva de la caridad que les impela á desear el bien de su prójimo y la honra de Dios, ¿cómo no han de interceder por su pueblo pecador, desgraciado para con un Dios, que solo desea se desplieguen los labios del Obispo para llevar sus deseos, y más allá?

En virtud de la función tercera del Obispo, saben los supremos delegados de Cristo que han de proteger al pueblo con sus bendiciones. Aquí, aquí es en donde se esmerarán en utilizar en beneficio de su pueblo el poder que se les ha conferido: el poder sacramental, que es el poder por excelencia, raíz de todo poder.

Regenerarán por sí ó por sus ministros las almas nacidas en pecado original con las aguas del santo Bautismo; para hacerlas, de esclavas que eran del demonio, hijas de Dios y herederas de su gloria.

A los ya regenerados con el santo Bautismo, los infundirán el divino espíritu de sabiduría, de entendimiento, de piedad, de ciencia, de fortaleza, de consejo y de temor de Dios. Con estos dones lograrán los frutos de caridad, de gozo espiritual, de paz, de paciencia, de libertad, de bondad, de benignidad, de mansedumbre, de fe, de modestia, de continencia y de castidad. Siete dones y doce frutos que vienen del sacramento de la Confirmación, del cual solo ellos serán ordinarios ministros.

A los reengendrados y confirmados, cuando por los continuos asaltos del mundo, del demonio y de la carne, fuerán de su primera gracia en el abismo del pecado, los volverán á purificar y limpiar, á restituirlos en ella por medio del sacramento de la confesión, penitencia y absolución. Y como las necesidades de sus pueblos exigirán la multiplicidad de ministros de la reconciliación, se hallan divinamente autorizados para llamar á esta grande obra á todos los sacerdotes dignos de tan gran ministerio.

Pero, hay un Sacramento angustio, Sacramento de sacramentos, centro de todos los sacramentos, destinado á dar vida, á mantenerla, á aumentarla; Sacramento que es alimento del alma, pábulo del corazón, fortaleza de flacos, sostén de fuertes, víctico del hombre peregrino á la celestial Sion; refrigerio en los mundanales ardores, calor en el hielo de un invierno sin sol de gloria. Este Sacramento lo consagrarán de continuo, ellos y sus sacerdotes; lo distribuirán generosa y prudentemente; ellos y sus sacerdotes; á las almas limpias ya del pecado. Esto harán con el angustio sacrificio de la Misa, y la divina Communion, en el santísimo sacramento de la Eucaristía, que sea adorado, bendito y alabado por todos los siglos de los siglos, en cielos y tierra; así como acatado y temido en los infiernos.

Mas, la vida no es sino la vigilia de la eternidad; mas, la vida de este mundo no es sino una sombra de la luz que nos espera, y esta vida se va escapando por momentos. Los elementos, al propio tiempo que nos dan la salud, nos traen tambien la enfermedad, anunciadora más ó ménos lejana de la muerte. La muerte, pues, nos espe-

ra fatal y necesariamente. El Obispo cuidará de sus ovejas, y estará de acecho cuando vea aproximarse el momento decisivo de vida eterna, ó de muerte eterna. Por sí, ó por sus sacerdotes, administrará el sacramento de la Extremaunción, recomendación suprema que se hace del moribundo al Padre Eterno, ante quien nadie muere.

El linaje humano ha sido criado para dar almas al cielo: este es su objeto, no otro; luego, si hay alguna cosa sagrada, trascendental y augusta respecto de él, es su desarrollo, su continuación. *Crescite et multiplicamini*, dijo Dios á nuestros primeros padres: la procreación pues de la prole entra en primera línea en el plan providencial de la propagación del género humano, hasta la consumación de los siglos. El género humano ha de suministrar los miembros de la Iglesia de Cristo; luego, si por fundar esta descendió del cielo á la tierra todo un Dios en carne humana, la justicia y necesidad de su propagación sólo puede medirse con la altísima importancia del establecimiento de la Iglesia.

Segun esto, era necesario, evidentemente necesario, un sacramento que, sancionando la ley primitiva de la union conyugal, añadiera un carácter sagrado que la elevara á la dignidad de sacramento. Y eso hizo el divino Fundador de la Iglesia al instituir el del Matrimonio.

Pero, este sacramento tiene una importancia mucho más trascendental que los anteriores respecto de la relación entre la Iglesia y la sociedad: los otros sacramentos se dirigen especialmente al individuo solo; á la santificación de su alma, considerada aisladamente; pero no es así en el sacramento del Matrimonio. Los consortes se presentan, no ya como individuos aislados, sino como miembros de la sociedad de cristianos; como funcionarios públicos de la Iglesia considerada como sociedad visible. De aquí, la necesidad de muchas requisitos y formalidades que ó han de concurrir en los consortes, ó han de llenar antes de la celebración de un sacramento instituido, para dar conveniente y dignamente hijos á la Madre-Iglesia y á su Esposo, Cristo.

El Pontífice supremo, como cabeza de toda la sociedad de cristianos, tiene, solo, derecho para dictar las circunstancias que han de concurrir en los contrayentes para celebrar válidamente el sacramento del matrimonio. Los Obispos mandan practicar las disposiciones de la Cabeza de la Iglesia, y velan atentamente para que un sacramento de tanta trascendencia para la Iglesia, como sociedad visible de los miembros de Cristo, se celebre, no solo válidamente, sino digna, noble y santamente en toda la grey que se les está encomendada por Dios.

Hemos reservado de intento para último lugar, amados hermanos y señores míos, el sacramento del Orden. *Pro patribus tuis nati sunt tibi Filii; constituit eos principes super omnem terram;* bante nacido hijos para reemplazar á tus difuntos padres; y los harás, como ellos, príncipes en toda la tierra. Así lo cantaba proféticamente David muchos siglos ántes de la venida del Mesías. El sacerdocio de la nueva Alianza, es eterno, como lo es el Pontífice por excelencia, Jesucristo, de quien estaba escrito: Tú eres el sacerdote que ha de durar eternamente: *tu ex sacerdos in aeternum.*

Pero si Jesús es eterno, no lo son ni pueden ser los que el ha constituido para ejercer su eterno pontificado; pues, como dice san Pablo: *Morto prohibentur permanere.* Necesaria era, pues, una sucesion no interrumpida de Obispos que se fueran sucediendo en la serie de los siglos hasta la consumacion del mundo visible. Pero, esta sucesion tenia que hacerse por medio de una paternidad y filiacion mucho más elevada y venerable que la paternidad y filiacion en la sucesion de la humanidad. En la antigua Ley, en que solo un pueblo era llamado á serlo el de Dios, depositario de sus revelaciones y mandatos, bastaba que una familia fuese escogida entre las demás: lo fué la tribu de Levi, y más tarde, el sacerdocio quedó vinculado en la familia de Aarón. En tales circunstancias, la eleccion de la familia por Dios incluía la consagracion futura de todos los miembros que de ella habian de hacer.

No podia suceder lo mismo en la nueva Alianza. Todos los pueblos y naciones del mundo estaban llamadas á su Iglesia; su sacerdocio no podia ser, por consiguiente, patrimonio exclusivo de una familia. Pero el divino Fundador provió á esto de un modo admirable y sabio. Ninguna familia del género humano fué llamada exclusivamente á ejercer el sacerdocio; pero tampoco fué excluida ninguna de poder tener alguno de sus miembros sacerdotes ú Obispos.

La mision divina quedó vinculada á un sacramento, que tenia por objeto perpetuar en la Iglesia el sacerdocio de Jesús ausente, y subido á los cielos; el sacramento del Orden.

Los Obispos solos tienen derecho de conferirlo, y este derecho lo tienen inamisible en virtud de la consagracion ú ordenacion episcopal; y esto es lo que los constituye real y efectivamente Pontífices, con poder divino de consagrar Hijos que les suceden en todas sus prerogativas. *Pro patribus tuis, nati sunt tibi Filii.*

En virtud de este poder de consagrar, no solo ministros y sacerdotes, sino Obispos, constituyen el primero y más elevado grado de la gerarquía de orden en la Iglesia: como tales, son Padres, no solo de

todos los grados ú órdenes gerárquicos, sino de todos los fieles, miembros de la Iglesia: son los ministros y coladores ordinarios natos de todos los sacramentos, y dispensadores de todas las cosas que pertenecen á los sacramentos; que es lo que constituye la vida interior de todo un cuerpo místico de la Iglesia. Por manera, que ellos son los Padres-nutricios de todos los fieles, como una madre que alimenta con sus pechos á sus tiernecitos infantiles. Los demás sacerdotes ejercen su angusto ministerio como cooperadores unas veces, como sus lugar-tenientes otras.

Pero, además de este poder tan divino y sublime de orden, tienen además otro, que es el de jurisdiccion, del cual vamos á tratar con brevedad.

2. Jesucristo, para fundar su Iglesia sobre cimientos sólidos y eternamente duraderos, echa una mirada de majestad, de bondad y de poderio divino en sus apóstoles, y deseando encerrar en pocas palabras sencillas, pero sublimes, todas las bendiciones del cielo, les dio en tono soberano:

«Todo poder se me ha otorgado en cielos y tierra; yo os envío por toda ella como mi Padre me ha enviado.» Luego despidiendo un soplo místico, imagen del Espíritu divino, les dice: «Recibid el Espíritu Santo;» «serán perdonados los pecados á aquellos á quienes se os perdonareis; pero retenidos quedarán á los que se los retuviereis.—Id pues, é instruid á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándolas á observar y guardar cuanto os he mandado yo.»—En otra parte dice: «El que os escuche me escucha; el que os menosprecia, me menosprecia.» «Escuchad: Yo me quedaré con vosotros, yo estaré con vosotros todos los dias hasta la consumacion de los siglos.»

«Todo poder me ha sido otorgado en el cielo y en la tierra.» Admirable encabezamiento del Acta sublime que habia de consagrar con su sangre! *Todo poder!* ninguno excluye; ningún limite ni término de tiempo ó de espacios señala. Es, sin embargo, el poder de un Dios omnipotente, ese poder que delega: es el dominio inmenso de un Dios señor de todo lo criado, el territorio en que tan libre é inmensamente ha de extenderse la jurisdiccion que viene de ese poder. ¿Con qué objeto, católicos, pronuncia el Salvador sentencia tan sublime? Muy pronto lo dice:

«Yo os envío con el mismo poder que me dió mi Padre.» La autoridad soberana conferida por el Padre á su Hijo, se trasmite íntegra por éste á los apóstoles. ¿Cuánta, pues, no debió de ser la confianza de

los apóstoles, investidos por el Salvador de todos cuantos plenos poderes había recibido El mismo?

Enseguida, echando su divino soplo en ellos, les dice: *Recibid el Espíritu Santo*. Cuando el Eterno crió al primer hombre, le inspiró con su soplo una alma viva, y ahora, cuando quiere regenerar al mundo, inspira también con su soplo á los futuros prelados de su Iglesia su espíritu de luz, de fuerza, de santidad; eso *espíritu nuevo*, que es para la Iglesia como el alma que la anima. Continúa el Salvador: «Los pecados serán perdonados á aquellos á quienes se los perdonareis, y retenidos á quien se los retuviereis.» Este es el principio y base de la autoridad de los Obispos de la Iglesia: la regeneración espiritual del género humano, la salvación de las almas. A esto como á su blanco principal se dirige directa ó indirectamente todo otro poder.

«¡H pues, *Te ergo*! ¡Oh palabra enérgica! ¡Oh consecuencia irresistible! ¡Oh impulso divino! que ha vencido todos los obstáculos que empujaban el paso de la Iglesia, y que actualmente la impele á ir caminando más y más, y siempre con igual fervor y constancia!»

«¡H pues! Esto es, por más irrealizable que os parezca la empresa de reformar y gobernar al mundo todo, de dominarlo por el ascendiente de la verdad y la mansedumbre de vuestro poder; ¡h, é instruid á todas las naciones, bautizándolas y agregándolas á mi Iglesia en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándoles cuanto os he ordenado: No temáis, porque yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos.» Y en efecto, los Obispos no han cesado de ir siempre adelante, y acrecentar más y más el número de los miembros de la Iglesia.

Tales son los títulos divinos, eternos é imprescriptibles en que se consigna auténticamente el poder de jurisdicción de que se hallan revestidos los Obispos. Sin duda ninguna ellos tienen una cabeza suprema en el orden jerárquico: porque así lo exige la naturaleza de la constitución de la Iglesia; y sobre todo, porque así lo expresó claramente su Fundador, constituyendo á Pedro cabeza de todos los apóstoles y su vicario en la tierra.

Todas las obras de Dios son ordenadas; y el recto orden exige de necesidad, que en el gobierno de las almas, como en el de las sociedades, haya un moderador supremo, á quien esté encomendado todo el cuerpo social, todos los magistrados que han de gobernarlo. Y esto mismo nos conduce al tercer punto, que tocaremos muy brevemente.

### 5. Necesidad y conveniencia del Pontificado en la Iglesia de Cris-

to.—Cuanto os hemos dicho, católicos, al hablar del sacramento del Orden, nos dispensa de hacer observaciones acerca de él; contraigámonos, pues, á probar la necesidad de un orden jerárquico superior al del simple sacerdocio, de un orden superior, cuyos miembros, aunque iguales en la potestad de orden, no pueden serlo en la de jurisdicción.

Es necesario y conveniente para el recto orden de la dispensación del ministerio sagrado entre los fieles, el que haya una jerarquía de orden superior al sacerdocio.

Desde luego es necesario haya ministros, y que haya sacerdotes. En la Iglesia de Jesucristo todo está dispuesto tan maravillosamente, que á pesar de su inmensa é ilimitada extensión, todo es *uno* en ella: fe, sacramentos, jerarquía, autoridad, vida, principio y fin. La *unidad* en la multiplicidad no puede verificarse sin íntima conexión de todas las partes del conjunto. Además, en la Iglesia de Cristo todo procede por vía de paternidad y de filiation; y así las almas son reengendradas por el Bautismo, y mantenidas en su vida espiritual por los demás sacramentos: éstos son administrados de derecho ordinario por los sacerdotes; luego los sacerdotes son los padres de los fieles, y éstos, hijos de los sacerdotes. Primera paternidad, primera filiation.

Pero, los sacerdotes no se hacen ó constituyen á sí mismos sacerdotes. Por la colación del sacramento del Orden, los Obispos engendran sacerdotes, y éstos son hijos de los Obispos, en los cuales se halla de un modo eminente la paternidad. Los Obispos son, pues, padres de los sacerdotes. Segunda paternidad, segunda filiation. En todo esto se ve el más hermoso vínculo que pueda unir á los hombres entre sí; la paternidad y la filiation.

Los Obispos consagran ó ordenan á los sacerdotes y ministros; son los padres de la jerarquía eclesiástica. En virtud de esta ordenación, la jerarquía es *una*, y tan *una*, que no hay en la historia ni puede haber ejemplo de un cuerpo más sólidamente *uno*, á pesar de la multitud de sus miembros. Esto es un prodigio divino. Pero, aún hay más.

El Obispo, al ordenar á un sacerdote, no hace como un monarca ó soberano al nombrar un ministro, un juez, una autoridad subalterna; este juez, este ministro, este jefe subalterno depende de tal modo del soberano, que no ejerce su autoridad ó jurisdicción propia, sino que es un delegado de la autoridad del soberano en la parte que se le comete. Mas, no así en la Iglesia respecto del poder de orden. El sacerdote bautiza, absuelve, da la comunión, consagra en virtud de un

derecho propio, inherente al sacerdocio: una vez que se le confiere el sacramento del Orden, ejerce un poder propio: y sólo respecto de la Penitencia necesita que le señalen súbditos; una vez señalados, su poder es inmenso: y lo mismo puede absolver un sacerdote legitimamente autorizado, que un Obispo, que hasta el mismo romano Pontífice. Un sacerdote bautiza, un sacerdote consagra con la misma validez que un Obispo, que hasta el mismo romano Pontífice. Es visto pues, que el gran poder del sacerdote tiene su raíz en el orden del presbiterado: que sin este orden no puede ni absolver, ni consagrar, etc.

Aboga bien; un poder tan grande, un grado jerárquico tan sublime como el sacerdocio, tenía que estar sujeto, por su misma alteza, más que ninguna otra jerarquía humana, á una filiación, esto es, al vínculo más hermoso que pueda existir entre hombres; al vínculo más hermoso, al vínculo más capaz de producir la *unidad* en la multiplicidad, la dependencia y sumisión en la grandeza y sublimidad de funciones sagradas. De aquí la necesidad y conveniencia de un orden superior en jerarquía al sacerdocio: de aquí el Obispado, padre del sacerdocio.

Pero, en el Obispado hay, además, otro poder, y es el de constituirse á sí mismo. Expliquemos este divino fenómeno. Los Apóstoles, primeros Obispos de la nueva Ley, tenían que morir: y además, el número de Obispos de la nueva Alianza no podía circunscribirse á número determinado. A un cuerpo diseminado por todo el mundo, y que estaba llamado á abrazar todo el linaje humano, no podían bastarle, no ya doce Obispos, no ya veinte ni ciento, sino tantos centenares cuantos fueran necesarios para la debida administración del sagrado ministerio; y para el ejercicio de la jurisdicción en todo el mundo.

Jesucristo, pues, confirió á sus Apóstoles, y en ellos á sus sucesores, el poder de consagrar nuevos Obispos, sus cohermanos. Pero dispuso que no fuese uno solo, sino muchos los que habían de concurrir á esta consagración, como para manifestar, que esta función tan sagrada no había de ser un acto aislado de orden, un acto que pudiera ejercerse por una sola persona, sino por tres ó más que representasen al Pontificado eterno. Y en efecto; en la antigua disciplina y cuando lo permitían las circunstancias, las ordenaciones de Obispos se hacían por todos los de una provincia eclesiástica, y siempre bajo la autoridad del Pontífice supremo de la Iglesia. Por manera, que el verdadero ordenador ó consagrador es el Obispado entero, representado desde luego por el Papa, que da la misión, y por los tres Prelados consagrantes. Nueva prueba de la necesidad del orden del Obispa-

do para la sujeción de ministros, sacerdotes y Obispos en la Iglesia de Dios.

Pero existe todavía una razón, sino tan elevada, por no ser dogmática, al menos tan convincente, por deducirse de la necesidad de superiores inmediatos que vigilen de cerca el ejercicio del ministerio sagrado entre los fieles. Se hallan éstos diseminados por todo el mundo, desde Oriente á Poniente, desde el Norte al Mediodía. No solo hay feligresías, hay fieles en Europa; los hay en Asia, en Africa, en ambas Américas, en la Oceanía.

¿Cómo pudieran estar privados de la vigilancia activa é inmediata tantos millones de ovejas del rebaño de Cristo? Por todas partes hay fieles; luego, por todas partes tiene que haber sacerdotes. En todos los confines de la tierra se evangeliza y predica: todas las naciones, tribus, familias y almas están llamadas á entrar en el gremio de la Iglesia. Luego, por do quiera tiene que haber sacerdotes y ministros. Si tiene que haber ministros y sacerdotes, fuerza es que haya también Obispos, superiores inmediatos. La razón natural lo demuestra con evidencia.

En el pontificado de la nueva Alianza hay dos cosas distintas, aunque unidas: el orden y la jurisdicción. Respecto del orden, todos sus miembros angostos son iguales: el sacramento es uno; uno el carácter sacramental, uno el efecto, una la gracia. Todos los Obispos reciben el mismo sacramento, la misma consagración, el mismo poder sacramental de orden. Así lo enseña la Iglesia.

¿Cuánta luz despide esta doctrina al parecer tan sencilla! Lo que hay de más sublime, lo que hay de sacramental, de divino en el Obispado, lo que es la raíz de todo su poder, es el Orden, la consagración episcopal. Sin ésta, el Papa no pudiera ser papa, ni el Patriarca patriarca, ni metropolitano el arzobispo; ni aún ejercer todas las facultades episcopales el Obispo.

Ha querido Jesucristo que en su Iglesia todo se funde en un sacramento. El fiel no puede serlo sin el bautismo, ni recibir la plenitud del Espíritu Santo sin la Confirmación, ni sin el sacramento de la Penitencia la absolución sacerdotal, ni sin la Excomunión la gracia de este sacramento, ni sin el del Matrimonio la gracia conyugal, ni, en fin, sin el Orden sacerdotal el poder de consagrar, y demás facultades inherentes al presbiterado.

Esta divina economía pone fuera de las atribuciones y vicisitudes humanas la institución y las funciones de la jerarquía eclesiástica. El sacramento viene directamente de Dios, tiene su efecto propio, independiente de las disposiciones humanas: por manera, que un sa-

cramento conferido y recibido válidamente, produce todo su efecto *ex opere operato*, como enseña la escuela.

Esto prueba, tal vez tanto ó más que ninguna otra cosa, la divinidad de la Iglesia; porque se ve como Dios no ha querido que lo que le sirve de fundamento, de base, de raíz, penda de Él solo, de sus sacramentos, sin que autoridad ninguna, ni espiritual ni temporal, ni el mundo ni el infierno puedan impedir de modo alguno produzca su efecto. Ni el sacerdote, ni el Obispo, ni aún el romano Pontífice, pueden gloriarse de que la hermosa, noble ó inmensa potestad que ejercen viene de su propia naturaleza ó persona humana, de sus cualidades naturales, familia, ascendencia, favores, accotamientos, etc., sino que toda toma su raíz y origen en el sacramento; y, por consiguiente, en Dios mismo, sin dependencia de criaturas, una vez conferido y válidamente recibido el sacramento.

Esta jerarquía era la sola conveniente y aún posible en una Religión divina: pasemos al último punto, que es la jurisdicción.

El Papa ejerce por derecho divino jurisdicción universal en toda la Iglesia: por manera, que no solo es obispo de Roma, sino que lo es de todas las diócesis de la Iglesia. Y esta jurisdicción universal en nada perjudica al poder episcopal de cada Obispo en su diócesis. Cada obispo ejerce en su diócesis por derecho divino, y en virtud de legítima misión, su autoridad episcopal. Esto que parece contradictorio, no lo es de modo alguno. Ambas jurisdicciones son de derecho divino: la del Obispo en su diócesis, la del Papa en toda la Iglesia.

En materia de jurisdicción, como en todo lo que es gobierno de una sociedad, hay necesidad de grados diversos de autoridad; y el poder soberano es el moderador de todos los poderes que están en su soberanía. En la Iglesia, por razón de la inmensa extensión de territorio, que es el mundo; por razón de su duración, que es hasta la consumación de los siglos; es necesario, más que en ninguna otra sociedad, el que el soberano espiritual, el Papa, tenga un poder moderador, un poder real y efectivo para acudir adonde sea necesario, suplir lo que falte, corregir lo que esté defectuoso, cortar abusos, y en caso de necesidad, impedir el mal ejercicio de la jurisdicción en donde hubiere lugar.

Pero, el Espíritu Santo, que asiste visiblemente á su Iglesia, nos presenta en ésta el espectáculo de una jurisdicción ilimitada de que jamás ha abusado en detrimento de las jurisdicciones limitadas. Habrá podido haber en dos mil años, dos ó tres casos á lo más de conflictos penosos; pero sin que hayan sido nunca trascendentales. Todos los

Papas, sin exceptuar uno solo, han reconocido y respetado el derecho divino de la jurisdicción de los Obispos; y todos los Obispos católicos han reconocido en el Papa un poder soberano, moderador de toda la Iglesia, el primado, en fin, no solo de honor, sino de jurisdicción.

La caridad, la humildad, la fe, las virtudes cristianas, y, sobre todo, la vista de un Dios hecho Hombre, y espirando entre dos ladrones, crucificado en una cruz; hé aquí el secreto de esta perfecta armonía durante los mil años de dos poderes que, según las leyes humanas, no hubieran podido subsistir sin confundirse ó destruirse, dos años solos. Esta es obra de Dios, no resultado de la voluntad de los hombres.

No creemos deber insistir más, católicos, en probar la necesidad y conveniencia del orden del Pontificado en la Iglesia.

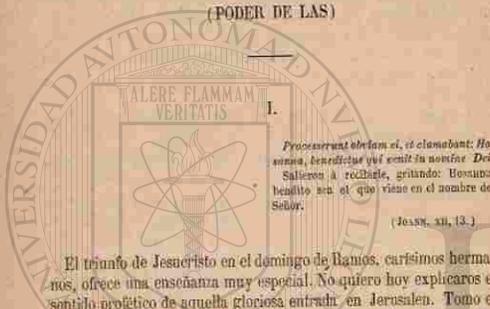
Hermanos y señores míos, hemos examinado el Obispado respecto del poder del orden, ó como el supremo grado de la jerarquía de orden; lo hemos examinado como poder de jurisdicción, y últimamente hemos probado la necesidad y conveniencia del Pontificado cristiano, ya sea considerado como poder de orden, ya como poder de jurisdicción. Restanos postrarnos ante el suplicísimo Fundador divino de la Iglesia y de su jerarquía, que tan convenientemente lo ha hecho todo, para asegurar más y más la salvación y santificación de las almas para la redención del género humano.

En el edificio de la Redención todas las partes están construidas con tal sabiduría y providencia benéfica, que al considerarlo ya en éstas, ya en todo su conjunto, se reconoce la mano del omnipotente y bondadísimo Criador del universo y Redentor del mundo. Profeseamos un respeto profundo, filial y tierno á nuestros Padres en nuestro Señor Jesucristo. Vivamos enteramente sometidos á sus mandamientos, y unidos estrechamente á ellos con los sagrados lazos de la caridad y del amor. Roguemos al Espíritu Santo que, al propio tiempo que los ilumine para que nos dirijan por las sendas de la paz, nos infunda una obediencia pura, entera, sencilla y generosa.

Jefes nuestros son en ese peregrinamiento que tenemos que sostener contra los enemigos de la Iglesia: sigámoslos fieles y unidos sus banderas; combatámoslos bajo sus órdenes con valor y constancia. Así lograremos el prez de la inmortalidad feliz, que á todos os deseo. Amen.

## OBRAS BUENAS.

(PODER DE LAS)



*Processerunt ab infans ei, et clamabant: Hosanna, benedictus qui venit in nomine Domini. Salutate et recubite, grandis: Hosanna, benedictus rex qui venit in el nombre del Señor.*

(JOHAN. XII, 13.)

El triunfo de Jesucristo en el domingo de Ramos, carísimos hermanos, ofrece una enseñanza muy especial. No quiero hoy explicaros el sentido profético de aquella gloriosa entrada en Jerusalén. Tomo el hecho en sí mismo. ¿Qué vemos? ¿Por qué esa muchedumbre entrecorrida, entusiasmada? ¿Por qué todos esos corazones unidos en la admiración y el amor? ¿Por qué ese cántico unánime de alabanza? ¿Por qué esas palmas llevadas por hombres, mujeres y niños? ¿Por qué han abierto un camino de honor á ese hombre tan sencillo y tan pobre, que no ha solicitado el más mínimo de esos homenajes? ¿Por qué tratan á ese artesano como á un rey?

Ese artesano ha hecho milagros; pero esto no basta. Los milagros pueden causar admiración, temor, sumisión; pero y el amor! ¿Quién, pues, ha sembrado el amor en la multitud?... ¡Oh! hermanos míos, es el beneficio. Los milagros de Jesús han sido beneficios; el poder ha manifestado el amor; y el amor ha respondido con todas las formas del respeto.

Quiero, pues, hablaros del poder de las buenas obras relativamente á los que las hacen, á los que las reciben, y á los que las presencian. A. M.

1. Las buenas obras, hermanos míos, son saludables á los que las practican, á aquellos para quienes se hacen, y á los que de ellas son testigos. Desde este punto de vista, la caridad ha ganado tal vez más

almas para Dios que la fe, porque raras veces obra en un alma aislada. Las buenas obras enriquecen al bienhechor en este mundo y en el otro, y le hacen partícipe de la majestad de Jesucristo.

¿Qué riquezas reporta nuestra alma de una buena acción hecha en favor del prójimo? Voy á decirlo. Nosotros somos miembros de Jesucristo. Jesucristo es la comunidad y la unidad viva y real; no hay, pues, ventajas puramente individuales en la Iglesia. Esta verdad, quizás algo árdua, voy á manifestároslo bajo otras dos formas más claras.

Las almas son solidarias, esto es, responsables unas de otras, en los límites que Dios conoce, y, por consiguiente, están obligadas entre sí. Por eso podemos y debemos rogar por el prójimo; por eso debemos salvar á nuestro hermano de la desesperación, del abatimiento, de la blasfemia, aliviando sus males físicos ó morales; pues sí, pudiéndolo, no lo hacemos, cuando Dios pese nuestros méritos, pondrá en la balanza de la perdición las faltas de que hemos sido cómplices al permitirlos. Ya veis que bajo este concepto nos enriquecemos con el bien que hacemos y con el mal que impedimos.

Y ahora, desde el punto de vista en que tal vez os sea más fácil colocaros, dando, os enriqueceréis. El don moral, hermanos míos, enriquece al donador: no solo le procura la satisfacción de conciencia, no solo aumenta su tesoro en el cielo y le dá una inscripción en el libro de la vida, si que también, solo porque el don moral establece una relación de amor entre dos almas, estas dos almas aumentan, por decirlo así, y se hacen más fuertes para el bien.

Nuestras buenas obras nos hacen partícipes de la majestad de Jesucristo. ¿Qué es además la majestad de Jesucristo? ¿Cómo se ha manifestado? ¿Cómo participamos de ella obrando el bien?

La majestad de Jesucristo, carísimos hermanos, es la majestad del Señor Dios que se manifiesta con su poder y amor. El poder embarga el espíritu, el amor embarga el corazón; y así se establece este imperio absoluto sobre las almas, este yugo tan suave y tan fuerte bajo el cual exclamamos alegres: Bendito sea nuestro rey, que viene en nombre del Señor. El reino de Jesucristo se ha establecido por medio del beneficio, de la abnegación, del sacrificio. Según su palabra, con su muerte en la cruz, beneficio divino, perfección del don, todo lo ha atraído á sí. El reinaba de toda eternidad con su Padre; pero el culto sentido y razonado á la vez de la criatura inteligente le pertenece, no ya como Creador, sino como Salvador, desde que de lo alto de la cruz tomó posesión de los corazones.

La Teología de la Redención, amados hermanos míos, no presenta

dificultad alguna, porque en sus altas y fundamentales verdades el corazón halla la inteligencia. Permitid, pues, que insista en estas palabras, para deducir de ellas nuestros derechos al reino de Jesucristo. Por el bien, reinamos con el Salvador. ¿Por qué? Porque al morir por nosotros, Jesucristo lo atrajo todo á sí, pero no de una manera figurada. Su posesión es absoluta, de suerte que, en adelante, habrá incorporación, y la sangre de Dios nos une íntimamente con Dios: nosotros somos, desde el sacrificio, miembros de Jesucristo; somos los miembros del Rey de los reyes... si queremos, es decir, si aceptando su doctrina, observamos sus mandamientos y seguimos sus ejemplos.

Estamos, pues, coronados con Jesucristo si hacemos el bien, pero si lo hacemos como él lo hizo. ¿Y cómo hizo el bien, cómo obró los milagros de caridad, ante los cuales exclamaba la multitud: *Hosanna, benedictus qui venit in nomine Domini, rex Israel!* ¡Oh! aquella gente no se equivocaba. «Bendito sea el que viene en nombre del Señor!» Si, hermanos míos, el Hijo hacía el bien en nombre de su Padre. Siempre le glorificaba, enviándole las bendiciones que se atraía; las sublimes verdades que revelaba á los hombres, las milagrosas manifestaciones de su poder, su fuerza, su inteligencia, su amor, todo él, en fin, el Hijo declaraba deberlo á su Padre, y lo que es más, nada hacía sino por su Padre y en su Padre. ¿Por qué? Porque el Padre y el Hijo son uno. Nosotros, pues, á quienes Jesucristo se ha dignado llamar á su unidad; nosotros, miembros suyos, no podemos imitarle completamente, esto es, vivir de su vida, sino atribuyéndole todo el bien que podemos hacer: así se realizará nuestra gloriosa unión con el Hijo, por nuestra libre voluntad. Estando, pues, en Jesucristo, estaremos enteramente en Dios, y reinaremos por el amor. He aquí el poder de las buenas obras relativamente á los que las hacen; veamos ahora cual es su poder con relación á los que las reciben.

2. El pobre á quien dais una limosna, el enfermo á quien llevais un remedio, y el afligido á quien ofrecéis un consuelo, se dicen con certeza: «Esto es caridad, amor; ¿qué resultará de ahí? Al amarlos, al daros las gracias, amarán, y permitaseme la expresión, amarán el amor que os hace obrar; de forma que en esas almas, no solo habréis reparado, sino edificado; no solo habréis curado momentáneamente sufrimientos morales ó físicos, sino que habréis resucitado ó fortalecido un sentimiento, de todos el más fecundo. El bienhechor, el médico, el consolador, habrán dejado en esos corazones delicados y generosos, en algún rincón de la pobre casa, un don de superabundancia

para la vida de muchos días: este don es la creencia en la caridad y el amor á la misma.

Creedme, hermanos míos, muchas almas se han regenerado con los lazos del beneficio, y, á su vez, se han vuelto fecundas. Desengañados, ingrátitudes y desgracias habrán destruido la fe de un hombre desengañado; habráse creído abandonado de Dios porque ha buscado á su semejante y no le ha hallado; pero si un desconocido le dice: Soy tu hermano, te amo porque sufres, te respeto porque eres la imagen de Dios, te traigo socorro porque sufro en tí como hombre y como cristiano, por simpatía y caridad; y al hablar de esa manera, obra.... Decidme: ¿qué pretexto tendrán la desesperación y el odio para encarnizarse aún contra esa alma? Allí está la esperanza, la fe va á venir, y la caridad, el beneficio, cualquiera que sea su forma, es el que les abre ese corazón.

He hablado de la fe, hermanos míos. Si; la fe del prójimo puede ser el fruto de nuestras buenas obras. Pero para eso es preciso que nos conformemos enteramente con el espíritu de la caridad católica, es decir, que hagamos el bien en Jesucristo y en su nombre. Para que la caridad sea perfecta, es preciso que sea sobrenatural, esto es, que despues de ser sentimiento en la naturaleza, sea deber en Jesucristo; esto debe ser el móvil del amor: tratase de hacer amar al dar, al aliviar, al consolar. ¿Qué inmenso adelanto no habrá hecho el que, salido de la desesperación, del odio, de la blasfemia, llegara así de la esperanza al amor, del amor á la bendición del santo nombre de Jesús, á la fe! Hermanos míos, que la sagrada señal con que el pobre ennoblee su frente y su pecho, cuando recibe de vosotros una avara limosna, os recuerde siempre, si lo habeis olvidado, que vuestra caridad es imperfecta, cuando no procede de la cruz. La mano del pobre, sabedlo bien, dá á Dios lo que es de Dios, á Jesús lo que es de Jesús; y si no habeis tomado voluntariamente al Salvador por asociado de este óbolo, nada os quedará en el cielo.

Por lo tanto, amados hermanos, para procurar á vuestros semejantes todas las ventajas que pueden resultar de vuestra buena acción, debeis aprovecharos vosotros mismos de todas las que ella os ofrece: debeis hacer la propaganda para Dios; ¡bien pagados seréis, os lo prometo! Obrando así, nuestro Señor se captiva corazones y los capta á su Padre; con sus beneficios dispensados en nombre de Aquel que le habia enviado, hacia naocer el reconocimiento, el amor, la fe. Como Jesucristo obra en nombre de su Padre, obremos en nombre de Jesucristo. Todo hombre de buena voluntad puede, hasta cierto punto, considerarse como embajador suyo, como ministro de su cari-

dad; y de este modo, haciéndonos amar, haremos amar á nuestro divino Salvador.

Ya veis, carísimos hermanos, que el poder de las buenas obras va mucho más allá del alivio temporal, puesto que mejoran al hombre moral, puesto que con ellas se glorifica á Dios y aumenta el número de sus escogidos.

Si descendiendo ahora de las consideraciones generales, examinamos la posibilidad de que el favorecido vea, con razón ó sin ella, un cálculo en beneficio, hallaremos también el poder del bien; pero, bajo un aspecto grato ó terrible, según los designios de Dios; y en este último caso, vemos todo un lazo de la vida humana del Salvador, nos hallamos delante de la contradicción.

Apenas se concibe, hermanos míos, que un ser, no digo bueno, pero que no haya perdido toda delicadeza de corazón; busque un mal impulso en una buena acción de que saca provecho. Con todo, eso puede acontecer; y esa debe de acontecer si el favorecido hace mucho tiempo que conoce al que le favorece por un malvado y, sobre todo, por un hipócrita. Ciertas circunstancias y los intereses conocidos de ese hombre, pueden hacer casi cierto el triste juicio, de que no ha hecho el bien por simpatía, ni por deber filosófico, ni en Jesucristo. Pero, eso no destruye el beneficio en sí mismo. Más diré: queda atenuada la trascendencia moral, mas no destruida. En efecto; ¿cuáles son los principales móviles de las buenas acciones hechas con mala intención? El orgullo, en general, y todos los intereses que toman por auxiliar la consideración, la buena reputación. ¿Cuál es el medio? La hipocresía. Ahora bien; yo os digo, que de todo eso sacan provecho el bien, la verdad, el amor. El orgulloso que hace limosna de manera que nadie lo ignore, y dá lentamente para que puedan contar en la mano; ese, presta un visible homenaje á las costumbres cristianas, que felizmente son en el día las costumbres públicas; presta homenaje, sino al sentimiento ó la ley, al menos al hecho triunfante de la caridad naturalizada en nuestra sociedad. Pídele al aprecio público su recompensa terrena, porque sabe que no obtendrá este aprecio sino practicando el bien. Otros, en corto número, hacen buenas obras por un interés más material; dan para recibir el beneficio, en sus manos, es un medio de medro. ¡Baldón á esos cálculos, á esa hipocresía! Pero la hipocresía, lo repito, presta testimonio á la virtud. Y el que recibe, aun cuando no se mostrase agradecido al que solo se ha servido de su miseria y de sus padecimientos como de un instrumento; el que recibe de las manos del orgullo y de la hipocresía, siempre dará interiormente las gracias á Dios, que ha hecho de la caridad una ley

tan imperiosa y tan bien aceptada por el mundo, que, así para agradar al mundo, como para agradar á Dios, es menester observarla.

Tal vez tropeceis con alguno, que después de haberos tendido la mano, os maldiga; alguno de aquellos que solo hallan deberes para los demás y derechos para sí. No por eso os aconsejo de hacer buenas obras. ¿Se cansó acaso Jesús en su lucha? Las inquietudes, las traiciones, las vacilaciones, las bajezas, ¿le hicieron interrumpir por un solo momento su obra? No. El ingrato lleva á veces en su corazón el remordimiento de su deformidad; al segundo beneficio; llora por su alma; al tercero, al milésimo, tal vez, dirá: Gracias; ¡oh! gracias á ti que vienes en nombre del Señor.

5. Hémos aquí, carísimos hermanos, fuera de los casos particulares de caridad práctica. Yo llamo testigos de las buenas obras á cuantos saben que hay una Iglesia católica, en esta Iglesia instituciones de caridad, y fuera de estas instituciones, individuos que se consagran á seguir las adorables huellas de Jesucristo; á cuantos saben que la cruz gobierna y que la espada es esclava. Llamo testigo de la caridad al mundo entero por ella renovado; al salvaje, inclinado y pensativo bajo el perdon del mutilado misionero; al negro, que ve que los Papas le declaran libre; al musulmán, que se encamina paso á paso á la civilización cristiana; al hereje, que procura vanamente, en una moral sin dogmas y sin la omnipotente eficaz realidad del infinito, imitar las obras que brillan alrededor del santo Sacramento; á los pueblos salvados por la Iglesia de la anarquía y del despotismo; á los grandes, á los poderosos y á los ricos, incansablemente instados á salvarse por medio de la beneficencia; á los pobres, á los enfermos, á los afligidos socorridos y consolados; á las madres de familia, que vuelven la espalda á la filosofía y presentan al bautismo el fruto de sus entrañas; á los esposos santificados, al moribundo tranquilizado... ¿A quién más? Al arte, ante sus obras maestras de inspiración católica, su remuneración más digna á los hijos de la Iglesia; al arte, tan á menudo invitado por nosotros á los gozos de la beneficencia, y á toda la civilización impregnada en toda su parte no abusiva de ese perfume de cristianismo que se llama pureza, libertad, y, sobre todo, caridad.

¿Necesito, pues, deciros ahora, que esos testigos de las buenas obras sacan de ellas una ventaja? Los que no creen, están maravillados. Sí; la maravilla existe, á pesar de la rebelión del orgullo, y la semilla está depositada. Los que creen, se afirman, porque el amor es una buena tierra para la fe. Los que niegan, no se engañan; mienten; las obras de la Iglesia son brillantes é íntimas; ofuscan la vista y se apo-

deran del corazón; se las siente en todas partes, en todas partes puede uno someterse á su beneficio. Repito, pues, que el error sobre el particular no es posible.

Obrando universalmente la Iglesia, amados oyentes, por sus sacramentos é instituciones, lo mismo que los individuos obran aisladamente sobre los individuos, lo que os he dicho del poder de las obras con respecto á los que de ellas son objeto, es aplicable con más razón á este gran trabajo de la Iglesia. Y en cuanto á los testigos de la caridad, solo debo añadir una palabra: nuestra santa Madre les encierra en el buen ejemplo. Siempre y en todas partes tienen á la vista esta ley viva y activa; también son testigos de la recompensa terrena concedida á quien hace el bien: la calma, la paz, la serenidad; y mientras con una mano la esposa de Jeucristo cumple la nueva ley, con la otra, descorriendo el velo del porvenir, muestra la sanción, introduce en esperanza en la Jerusalén celestial, donde el triunfo es eterno.

Nosotros, hermanos míos, somos en la vida, y solo podemos ser, enseñados ó enseñadores; recibimos y damos. Se nos enseñan muchas cosas; acordámonos solo de la verdad: se nos ofrecen muchas cosas; no aceptemos más que los presentes que no encubren la seducción. Habiendo así elegido el bien y rechazado el mal, no podremos ofrecer al prójimo sino frutos de bendición; y como el don moral, lejos de empobrecer, enriquece, llevaremos al sepulcro un tesoro de buenas obras, que tendrán seguramente el poder de abrirnos las puertas de la bienaventurada eternidad, que os deseo.

## OBRAS BUENAS.

### II.

*Omnis arbor, que non facit fructum bonum, exciditur, et in ignem mittitur.  
Todo árbol que no da buen fruto, será cortado, y echado al fuego.*

(MATEO. VII. 19.)

¿Qué quiere enseñarnos con esas palabras el Salvador! ¿Acaso habla solamente de la suerte de un árbol estéril? Nadie lo ignora; quiere hacernos comprender á qué deben atenerse los cristianos que no practican las obras que el cristianismo nos prescribe: pronuncia de antemano la sentencia de su condenación: declara que, como los árboles que no dan buenos frutos, deben cortarse y echarse al fuego; así los cristianos, que no obran como tales, serán separados del número de los escogidos y precipitados en las llamas del infierno: *Omnis arbor...*

¡Cuánto importa, pues, hermanos míos, hacer buenas obras! ¡Cuán necesario es practicar el bien que Dios nos manda!

*Las buenas obras son absolutamente necesarias á la salvación: primer punto. ¿Cuáles son las buenas obras que cada uno debe practicar? segundo punto.* Esta materia nos toca á todos; la sentencia de Jesús es general, á nadie excepta; procura penetraros bien de ello.

1. Entiéndese por buenas obras las santas acciones dignas del cielo; entiéndese la práctica de las virtudes cristianas, teológicas ó morales. Las hay de dos clases; unas son de simple consejo, que Dios no exige absolutamente, á las cuales ha señalado empero un premio particular, y son, por ejemplo, las limosnas abundantes, las abstinencias, los ayunos, que no están prescritos, por lo que se llaman obras de supererogación.

Hay otras que son obligatorias, que Dios prescribe so pena de pecado, y son todas las acciones necesarias para desempeñar los deberes comunes del cristianismo, y los deberes particulares del estado en

que Dios nos ha puesto. No me propongo hablarlos de las primeras; pero, de paso, os exhorto á ellas, pues el Espíritu Santo nos invita á multiplicarlas todo lo posible: *Quodcumque facere potest manus tua, instanter operare* (ECCLES. IX, 10).

Me contraigo á lo que es necesario, y digo: que sin las buenas obras *A.º no se puede merecer el cielo; 2.º no se puede excitar la condenación.*

*Antiguo Testamento.* El rey profeta establece claramente esta verdad: ¿Quién será digno, dice al Señor, de morar en tu celestial tabernáculo? ¿Quién descansará en tu santo monte? Aquel que vivo sin mancha y obra rectamente: *Domine, quis habitabit in tabernaculo tuo? aut quis requiescet in monte sancto tuo? Qui ingreditur sine macula, et operatur iustitiam* (PSALM. XIV, 1, 2). Hay pues del mal, y haz bien, dice en otra parte: *Declina á malo, et fac bonum* (PSALM. XXXV, 27). En virtud de lo cual, dice S. Agustín: No creáis que os baste no despojar á vuestro hermano de lo suyo: *Noli tibi potare sufficere, si non exualisti vestitum.* Socorredle, si se halla necesitado; eso es lo que se llama huir del mal y hacer el bien: *Hoc est declinare á malo et facere bonum.*

*Nuevo Testamento.* Consultémos los sagrados libros del Nuevo Testamento, los Evangelios y las Epístolas; oigamos al Salvador dar la suma de su moral: ¿Qué prescribe? El cumplimiento de toda justicia, hacer bien á nuestros enemigos, orar, mortificarse, dar limosna; y después de encomendar todas estas buenas obras, pronuncia un oráculo sagrado: No todo aquel que me dice: Oh, Señor! Señor! entrará por eso en el reino de los cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial, ese es el que entrará en el reino de los cielos: *Non omnia, qui dicunt mihi, Domine, Domine, intrabit in regnum celorum: sed qui facit voluntatem Patris mei, qui in caelis est, ipse intrabit in regnum celorum* (MATT. VII, 21).

En sus mandamientos nos manifiesta Dios su voluntad, y para guardarlos se han de practicar muchas buenas obras.

¿Quién no doblará el cuello de la mayoría de los cristianos, tocante á las buenas obras?... ¿Qué temeridad la suya! Créen que solo con la fe pueden esperar el cielo. Pero ¿qué es la fe sin las buenas obras? ¿De qué servirá, hermanos míos, el que uno diga tener fe, si no tiene obras? *Quid proderit, fratres mei, si fidem quis dicat se habere, operam autem non habeat* (JAC. II, 14)? Segun S. Pablo, el premio no se promete á los cristianos sino después de la lucha: *Qui certat in agone non coronatur, nisi legitimo certaverit* (II TH. II, 5).

La palabra de Jesús es formal: *Omnis arbor que non facit fructum bonum, excidetur, et in ignem mittetur* (MATT. VII, 19); y la repite en diferentes circunstancias, en las parábolas de las virgenes fatuas, del siervo pereoso, de la higuera estéril, de la viña que el labrador cultivaba inútilmente.

Oíd la sentencia que el supremo Juez debe pronunciar un día, contra los que desdican las buenas obras: Tuve hambre y no me disteis de comer... era peregrino, y no me recogisteis: *Eurivi et non deditis mi manducare... hospes eram, et non collegistis me* (MATT. XX, 42 y 45).

*Prueba de razon.* Quien dice ley, dice deberes; quien dice deberes, dice obras: Hay, pues, una ley de Dios, y esta ley exige, para cumplirse, obras por parte de los hombres. ¿No es muy justo que quien hace estas obras, por la voluntad de Dios impuestas, sea premiado, y castigado el que las desentia ó desprecia?

¿Qué pensais ahora de vosotros mismos, cristianos? ¿Os hallais en el camino de la salvacion los que omitis las buenas obras?...

2. Para enterarnos clara y puntualmente de las buenas obras necesarias para la salvacion, dividámoslas, primero, en dos clases: *unas generales y comunes á todos los cristianos; y otras particulares, propias al estado de cada uno y á las circunstancias en que se halla.*

Redúcense comunmente á tres: la *oracion, el ayuno y la limosna; ó obras para con Dios, para con nosotros, y para con el prójimo.*

La piedad para con Dios, una justa moderacion para con nosotros mismos, y la misericordia para con el prójimo; ved ahí las buenas obras que Dios nos prescribe: *Indicabo tibi, ó homo, quid sit bonum et quid Dominus requirat á te; utique facere iudicium et diligere misericordiam, et sollicitum ambulare cum Deo tuo* (MIC. VI, 8).

—*Obras para con Dios.* Debemos honrar á Dios con ciertas buenas obras que la religion prescribe. ¿Qué cosa más justa que rendirle nuestros homenajes cuando todo lo hemos recibido de él, cuando es nuestro Criador? ¿Cómo cumpliremos pues estas obligaciones? Con la oracion, y especialmente con la oracion cotidiana que le dirigiremos por la mañana y por la noche; las cumpliremos haciendo frecuentes actos de las virtudes teologales, de fe, esperanza y caridad; asistiendo atenta y devotamente al santo sacrificio de la Misa, siempre que la Iglesia nos lo manda; y procurando en todo complacer al Señor: *Sollicitum ambulare cum Deo tuo.*

—*Obras para con nosotros.* ¿Qué buenas obras nos precepta

el Señor con respeto á nosotros? Ser justos con nosotros mismos, esto es, hacer de nuestro cuerpo y de nuestra alma el uso para el cual nos los ha dado.

Nuestro entendimiento debe hacerle el sacrificio de sus luces y someterlas á la autoridad de la Iglesia. Nuestro corazón debe estarle unido por el amor. Debemos, además, glorificarle en nuestro propio cuerpo, y no usar de nuestros miembros y sentidos sino según su voluntad, como á ello nos exhorta el Apóstol en estos términos: *Glorificate et portate Deum in corpore vestro* (1 Cor. vi, 20).

—*Obras para con el prójimo.* En fin, estamos obligados á practicar la misericordia con respecto al prójimo: *Diligere misericordiam*, ¿Qué obras son las de misericordia? Unas se refieren al cuerpo, y otras al alma.

Las obras de misericordia corporal consisten principalmente, en *dar de comer y vestir á los pobres, en visitar y servir á los enfermos y presos, en asistir á los moribundos y sepultar los muertos.*

Las obras de misericordia espirituales consisten, sobre todo, en *instruir á los ignorantes, reprimir á los que obran mal, consolar á los afligidos, rogar por los vivos y por los muertos.* En suma; estamos obligados á hacer al prójimo todo el bien que quisiéramos que se nos hiciera á nosotros, si nos hallásemos en una situación semejante á la suya.

Las buenas obras particulares son las apropiadas al estado de cada individuo y á las circunstancias en que se halla: para los pobres serán obras de paciencia y sumisión; para los ricos, obras de largueza; para los padres y superiores, obras de generosidad y vigilancia; para los hijos y criados, obras de obediencia y fidelidad.

Practiquemos pues las buenas obras; pero no olvidemos que se requieren tres condiciones para que sean dignas del cielo: 1.ª el estado de gracia; 2.ª la bondad de la acción en sí misma; 3.ª la pureza de intención.

DIVISIONES SOBRE ESTE ASUNTO.

**OBRAS BUENAS.**—Siendo nuestra religión la religión de las buenas obras, aquel que no las hace, no es verdadero católico.

De nuestras buenas ó malas obras depende el que tengamos una dichosa ó desdichada eternidad.

**OBRAS BUENAS.**—Con las buenas obras sostenemos la vida de la gracia.

Con las buenas obras nos hacemos dignos de la gloria.

**OBRAS BUENAS.**—La facilidad que tenemos en practicar buenas obras manifiesta, que la gracia de Dios no es estéril en nosotros.

La dificultad que hallamos en la práctica de las buenas obras nos debe hacer temer, que quizá somos infieles á la gracia de Dios.

**BUENAS OBRAS.**—Las buenas obras son armas sin las cuales los fieles no pueden resistir á su enemigo.

Las buenas obras son riquezas sin las cuales los fieles no pueden comprar el paraíso.

## OBRAS HECHAS EN PECADO MORTAL.

III.

*Presertim, per totam noctem laborantes nihil cessant.*

Maestro, toda la noche hemos estado fatigados y nada hemos cogido.

(Luc. v, 5.)

Nos dice el Evangelio, amados fieles míos, que seguía una gran multitud de gentes á Jesucristo, deseosas de oír su divina palabra, en ocasión que estaba su Majestad en las riberas del lago de Genezareth, que es el mar de Galilea; y que en el mismo lance, viendo nuestro Redentor dos barcas de pecadores, que habían desembarcado, y estaban lavando sus redes, subió en una de ellas, que era de Simón Pedro; y habiendo mandado por último separarla un poquito de la tierra, para no ser oprimido del numeroso concurso, desde allí les enseñaba cómo maestro soberano los más altos documentos para su salvación eterna.

Habiendo concluido su sermón, prosigue el Evangelio, mandó á

Simón Pedro que entrase en alta mar, y que allí tendiese sus redes para pescar: á lo que le respondió de esta manera: Maestro soberano, toda la noche hemos estado pescando; pero tan sin fruto, que no hemos cogido pez alguno; más con todo, fiado en tu divino poder y en tu palabra infalible, echaré las redes al mar. Efectivamente lo hizo así, y fué tan grande la multitud de peces que sacó, que se rompían las redes á fuerza de su peso, y fué preciso llamar á sus compañeros Juan y Santiago, que estaban algo distantes, para que viniesen á ayudarle, como lo hicieron, y para que recogiesen igualmente parte de la pesca, pues fué tanta, que ambas navicillas se llenaron, y casi llegaban á sumergirse.

Nadie ignora que la noche es simbolo de la culpa; pero, no todos reflexionan sus estragos, y con especialidad, que cuantas obras buenas se hacen en estado tan miserable, de nada sirven para conseguir la gloria por ellas. Esto pues, que tan de paso nos significa hoy el Evangelio, ha de ser el asunto en que yo me detenga esta tarde; es á saber, que todas cuantas obras buenas se hacen en el estado infeliz de pecado mortal, sin obras muertas y de ningún aprecio ante los ojos de Dios, y que, por lo mismo, no tendrán premio alguno en la eterna gloria. Pidamos para el cierto la divina gracia. A. M.

4. Artículo es de fe, católico auditorio, que las obras hechas en el estado miserable de la culpa mortal, aunque sean virtuosas y sobrenaturales, no son meritorias en orden al cielo; quiero decir, que ningún premio les ha prometido Dios en orden á la gloria. Por eso decía S. Pablo, escribiendo á los de Corinto (I Cor. xii, 1): Aunque habiase con tanta elocuencia como lo pueden hacer los ángeles; aunque hubiese repartido á los pobres toda mi hacienda; aunque hubiera entregado mi cuerpo á las llamas; aunque hubiera padecido todos los tormentos; aunque hiciese milagros y tuviera fe tan viva, que traspasara los muros de una parte á otra; sin la gracia de Dios y la caridad, que está unida inseparablemente con ella, nada soy, y de nada sirve cuanto haga ó pueda hacer. Así hablaba ese varón apostólico, y con razón, pues es Dios nuestro Señor alma y vida de las almas, porque como las almas vivifican á los cuerpos, así vivifica Dios á las almas con su gracia; y consiguientemente, como faltando del cuerpo el alma, muere el cuerpo, así, faltando del alma la gracia de Dios por el pecado, luego también muere.

De aquí se infiere, que así como un cadáver no puede ver, oír, hablar, moverse ni hacer operación ni movimiento alguno sin un milagro de Dios, así una alma que ha muerto espiritualmente por el

pecado mortal, no puede ver, oír, hablar, moverse, ni hacer operación alguna espiritual para salvarse, sin un milagro del Altísimo. La razón es, porque carece de la vida de la gracia, y sus obras son obras muertas y sin espíritu de vida.

Tome la resolución que quisiere, haga el esfuerzo que gustare, cumpla con cuantas obligaciones le parecieren, en una palabra, sean sus acciones todas como las de los justos, haga oración como ellos, ofrezca sacrificios á Dios como ellos, ejercite la misericordia tanto y aún más cumplidamente que no ellos; nada tiene vida, porque le falta la gracia; y como es imposible que unas acciones muertas puedan conducirnos jamás á la vida, siendo el premio eterno que Dios nos ha preparado la vida soberana y primera, como dice el mismo Jesucristo (Joan. xvii, 5), síguese de ahí, que no puede haber proporción entre este premio y las obras del pecador, por santas y elevadas que sean; por consiguiente, pierden para siempre el mérito de la vida eterna.

En la parábola misteriosa que propuso Jesucristo á sus discípulos, bajo el nombre de una vid, tenemos un claro testimonio de esta verdad. Yo soy la vid, les dijo el Redentor, y vosotros sois los sarmientos (Joan. xv, 5); á la manera pues que el sarmiento, si ha de producir algún fruto, es preciso que esté unido con la vid, de quien recibe la vida, así vosotros habéis de estar unidos siempre conmigo por medio de la caridad, de quien recibís la vida espiritual, y yo también estaré siempre con vosotros, influyendo y aumentando en vuestros pechos la divina gracia, para que produzca frutos muy copiosos y abundantes; porque, de lo contrario, esto es, si no estáis unidos conmigo, como el sarmiento con la vid, no podréis hacer obra alguna; es á saber, obras meritorias, obras dignas de la aceptación de Dios y de premio eterno. Por buenas y excelentes que sean las obras que practiquéis en tan infeliz estado, serán de ningún aprecio ante los ojos del Señor: serán obras buenas; pero estériles: serán obras buenas para fines temporales; pero de ningún valor y eficacia para los celestiales. ¡Oh, que lástima y compasión! ¿qué marinero, por loco y temerario que fuese, arrojaría en las aguas la carta y aguja de marear? Pues, hombres cristianos, almas pecadoras; ¿estáis sin juicio, cuando así desperdiciáis los medios de llegar al puerto de la gloria?

Pero, padre, ¿qué nos decís? replicará sin duda en su corazón algún presumido; luego, si las obras buenas hechas en pecado mortal no sirven de mérito, en vano será hacerlas.—Muy bien hecho está el reparo; pero escuchadme atentos para el desengaño. No niego que las obras hechas en pecado mortal sirven para muchos fines bue-

nos, y por eso nunca deben omitirse; mas, para el fin de merecer con ellas gloria, ni aún accidental, que es aquel mayor ó menor grado de bienaventuranza que comunica Dios á las almas, segun sus méritos, son como si no fuesen: son de todo punto muertas, pues les falta la vida de la gracia. ¡Oh pérdida digna de llorarse con lágrimas de sangre!

Decidme, fieles, por vuestra vida; si entrase un ladrón en vuestra casa, y os robase un diamante precioso, ó una joya rica, ¿qué sentimiento sería el vuestro? ¡Oh, qué quejas! ¡oh, qué indagaciones! ¡oh, qué ponderar vuestra pérdida! ¡oh, qué diligencias tan eficaces para recobrar lo perdido! ¿Dónde, pues, cabe, que creyendo, como cree todo cristiano, que la riqueza y el valor de la más infima obra meritoria, v. gr. de la más mínima limosna, ó del más leve trabajo sufrido por Dios, es sin comparación mucho mayor, que todos los diamantes y que todas las estrellas del cielo; y, por otra parte, conociendo, como conoce, que un solo pecado mortal roba tan inmensos tesoros y acaba con todo su valor, no solamente no tenga pena, ni muestre la menor queja contra el ladrón que le robó, sino que viva contento y alegre, como si le hubiera hecho algun beneficio? ¿Cabe tal insensibilidad entre cristianos? ¡Oh ciegos, y aún más que ciegos!

2. Pero, aún no lo he dicho todo, ni es esto lo más. ¡Válgame Dios! ¿aún queda más que decir? Si, fieles míos, y es lo más formidable; es á saber, que no sólo son muertas y sin mérito el más leve las obras buenas hechas en pecado mortal, sino que para siempre quedan perdidas, de tal suerte, que ni aún la más severa penitencia puede recuperar su mérito; y esto es lo más lamentable; que nunca recobran este merecimiento que una vez han perdido.

Para que mejor quedeis enterados, habeis de saber, que hay obras muertas y obras mortificadas, y que es mucha la diferencia de unas y otras. Obras mortificadas son aquellas, que se hacen en gracia de Dios, y que luego se mortifican incurriendo en pecado mortal. Llámáanse mortificadas, porque entónces pierden todo el mérito, y quedan como suspensas hasta que se recupere la gracia perdida; pues tal es el efecto del pecado, que aunque un hombre hubiera hecho más penitencia que todos los anacoretas de los desiertos, si cometiese un solo pecado mortal, al punto, por haberse rebelado contra Dios, perdería tan precioso caudal; bien que con el consuelo de poder volver á recuperarlo, poniéndose de nuevo en gracia de Dios, porque todos aquellos méritos quedaron vivos en su raíz, que fué la divina gracia.

Obras muertas son aquellas obras buenas que se hacen en el infeliz estado de la culpa grave; y como éstas no tuvieron principio al-

guno de vida, por haberles faltado la gracia de Dios, por lo mismo quedan para siempre muertas y perdidas; de modo, que aunque un hombre hubiera hecho en pecado mortal todas cuantas buenas obras practicaron los santos, nada le aprovecharian, de nada le servirian, porque no incluyen en sí aquel principio de vida que las había de animar y hacer meritorias, que es la divina gracia. ¡Oh alma cristiana, mira cuán enorme ha sido tu prodigalidad! Mira lo que pierdes con sola una culpa mortal; todas las buenas obras que has hecho en estado tan miserable, todas quedan muertas y sin mérito el más leve para conseguir gloria por ellas. Dime ahora, pecador: ¿lo has pensado así alguna vez? ¿Te has puesto á considerar pérdida tan importante? No es posible, porque nunca hubieras pecado, si bien lo hubieses considerado.

¡Ay de tí, alma cristiana, si con tiempo no remedias tus desórdenes, y pasas á llorarlos con amargura y dolor! Pues ¿á qué aguardas, sabiendo lo que has hecho con tus culpas? ¿Como no se deshace tu corazón de pena y sentimiento? ¡Oh maldito pecado! ¿quién no ve que eres el sumo de todos los males, pues trayéndolos todos, no dejas en el alma ni un bien solo el más mínimo?

¡Ea, católico! por las entrañas de Jesús, basta ya de culpas, basta de pecados: ciego has vivido, y más que ciego; pero aún estás á tiempo de abrir los ojos y de lograr tu remedio. Llegá pues con humildad y rendimiento á los piés de Jesucristo; llega con lágrimas y suspiros, si quieres hallar consuelo: bien sé que no lo mereces por tus execrables delitos; pero también sé que su bondad excede á toda la malicia de los hombres, cuando le buscan humildes y reconocidos.

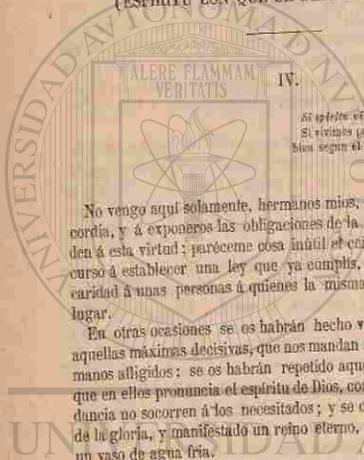
¡Oh Rey de la majestad y Dios de todo el universo! vos tenéis sangre para borrar nuestras culpas; perdonad, Señor, nuestro atrevimiento, volved piadoso vuestros ojos, como á un S. Pedro, para que no cesen nuestros suspiros; dad sentimientos á nuestro pecho, gemidos á nuestro corazón, lágrimas á nuestros ojos, y voces á nuestros labios para llamar por misericordia: ésta necesitamos y ésta pedimos con todas las veras del corazón. ¡Hay alguno que se excuse? ¡Oh, no lo permita el cielo! Animo pues, fieles míos, ánimo y aliento para llorar nuestras culpas; ánimo y aliento para hacer las paces con un Dios ofendido; no más ingratitud contra un Padre tan amoroso; no más despreciar la sangre de nuestro Dios; lloramos si nuestros pecados, y alcanzaremos la gloria.

OBSERVANCIA DE LA LEY; véase: LEY (su observancia).

OBSTÁCULOS PARA LA SALVACION; véase: SALVACION.

## OBRAS DE MISERICORDIA.

(ESPIRITU CON QUE SE DEBEN PRACTICAR.)



No vengo aquí solamente, hermanos míos, á exhortaros á misericordia, y á exponeros las obligaciones de la piedad cristiana en orden á esta virtud: pareceme cosa inútil el contar el fruto de este discurso á establecer una ley que ya cumplís, y anunciar la ley de la caridad á unas personas á quienes la misma caridad junta en este lugar.

En otras ocasiones se os habrán hecho ver en los Libros santos aquellas máximas decisivas, que nos mandan socorrer á nuestros hermanos afligidos: se os habrán repetido aquellos terribles anatemas que en ellos pronuncia el espíritu de Dios, contra los que en su abundancia no socorren á los necesitados; y se os habrá abierto el seno de la gloria, y manifestado un reino eterno, que es la recompensa de un vaso de agua fría.

Pero, aquí, en donde se hallan unos corazones que se compadecen de las calamidades de nuestros prójimos, vendrían mal aquellas terribles máximas de los Libros santos contra la inhumanidad con los pobres; y sólo hay necesidad de instruir vuestra caridad.

Hoy, pues, intento manifestaros el espíritu de la fe en el ejercicio de las obras de misericordia, porque estoy persuadido de que estas obras, en la mayor parte de las almas, no siempre son frutos de aquella caridad que no obra jamás en vano; que los engaños del amor propio destruyen muchas veces, sin que lo advirtamos, lo que edifica la piedad; que la obra del Señor, en las manos del hombre, participa más frecuentemente de lo que nos parece, un no sé qué de humano y defectuoso, capaz de aniquilar todo el mérito; y que sucede muchas

veces, por desgracia, que nuestras flaquezas tienen la mayor parte en nuestras virtudes.

Voy, pues, á reducir á tres reglas principales todo el espíritu de la piedad cristiana en los oficios de la misericordia; y oponiendo estas reglas evangélicas á los abusos que con ellas mezcla el amor propio, á separar el oro de la paja, lo que el hombre pone en ellas de suyo, de lo que solo proceda de la caridad, y á establecer señales infalibles para que no podamos engañarnos. Imploramos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Las obras de misericordia debemos miraras como obligaciones que cumplimos. Esta es la primera regla que debemos observar al practicarlas. Entre las personas dedicadas á las obras santas hay un engaño bastante común, y es, el figurarse que estas pías ocupaciones no son parte de nuestra obligación, y por eso las miran más como ejercicios laudables, que como obligaciones verdaderas que nos impone una ley indispensable. De este modo nos persuadimos haber llegado á la perfección de los consejos, y nos honramos interiormente como si hiciéramos más de lo que se nos pide.

No obstante, la fe no pone los oficios de caridad que hacemos con nuestros hermanos en la clase de aquellas obras que deja la religion al arbitrio de los fieles; y entre todas las obligaciones de vuestro estado, casi no conoce la doctrina de Jesucristo otras más sagradas é invariables. Porque, primeramente, no ignorais que á todo cristiano se le encarga que cuide de su prójimo afligido, y que la ley que nos manda que le amemos, nos manda al mismo tiempo que les socorramos, pues, es imposible amar sin sentir las desgracias del objeto amado. La gracia, que en el bautismo nos unió á la sociedad de los Santos, nos hizo á todos miembros de un mismo cuerpo, é hijos de un mismo Padre: desde entonces, contrajimos una conexión íntima y sagrada con todos los fieles: desde entonces, ni ellos son extraños para nosotros, ni nosotros para ellos; desde entonces, sus calamidades se hicieron nuestras, y sus necesidades son nuestras necesidades; desde entonces, no podemos negar nuestro cuidado, nuestra atención, nuestro ministerio á las necesidades comunes. Por eso, los primeros fieles nada poseyeron en el principio en particular, porque no teniendo más que un corazón y un alma después de su vocación al Evangelio, les pareció cosa inútil el poseer en particular unos bienes que ya eran de sus hermanos, y cuyo uso debía reglarse solamente por la necesidad.

En segundo lugar digo, que cuanto mayor sea vuestra prosperidad

dad en el siglo, tanto más rigurosa es vuestra obligación en este particular; y sin detenerme á averiguar las poderosas razones en que se funda esta máxima, permitidme que yo haga aquí una sola reflexión. La prosperidad y abundancia de los bienes de la tierra no nos dispensan, ni de la frugalidad, ni de la simplicidad, ni de la mortificación evangélica. Según la regla del Evangelio, no os es permitido hacer que sirvan vuestras riquezas á la felicidad de vuestros sentidos. Si el rico, pues, está obligado á llevar su cruz, sin buscar consuelo en este mundo, y á negarse continuamente á sí mismo, como el pobre, ¿cuál pudo ser el fin de la Providencia en derramar sobre vosotros los bienes de la tierra?

No fué su intento el darosla para vuestra comodidad. No sois más, según los juicios de Dios, que instrumentos de su Providencia en orden á las criaturas que padecen; vuestras riquezas no son más que sagrados depósitos que su bondad ha puesto en vuestras manos, para que así estén más defendidos de la usurpación y de la violencia, y se conserven con más seguridad para la viuda y el huérfano.

Y á la verdad, cuando los infelices ven á una alma fiel, no obstante sus riquezas y su crédito, renunciar los placeres que hacen tan envidiable su prosperidad, huir del mundo que la busca, entrar hasta en los más oscuros retiros, y formarse de su propia lepra un espectáculo agradable á su vista; llevar sus caritativas manos hasta sus más molestas miserias; entonces ellos levantan los ojos al cielo, reconocen un Dios sábio, dispensador de las cosas de la tierra, y Padre común del pobre como del rico; entonces publican las maravillas de su providencia. ¡Qué rico sois en misericordia, Señor! le dicen; nunca abandonáis á los que esperan en vos. Entonces miran su infortunio con ojos cristianos, y empiezan á conocer cuán grande es Dios; y cuán digno de ser servido, pues puede formarse, aún en medio de la corrupción del mundo y de los peligros de la prosperidad, unos siervos tan fieles. Para eso debe servir las riquezas y la prosperidad; sólo sois ricos en la tierra para hacer que los que padecen bendigan la bondad de Dios.

Pero deo estas máximas generales, porque se os han repetido muchas veces; y digo, en tercer lugar, que aún cuando no atendierais á las obligaciones comunes que en orden á esto impone la religión, las santas ocupaciones de la misericordia no serian ménos indispensables obligaciones para vosotros que me estais oyendo. Seais quien fueréis, vosotros, que hoy camináis por el camino de la virtud, ¿en qué empleabais antiguamente vuestras riquezas? Alcanzaban vuestros bienes para el juego, para el lujo, para los antojos y para las pasiones?

Haciais que los ilones de Dios sirviesen para la iniquidad, pues, cuando gastabais en usos injustos, lo usurpabais al pobre y al afligido; y cómo quereis reparar esta injusticia, sinó con santas profesiones y con más abundantes liberalidades? Además, habeis pasado la primera estacion de vuestra vida consagrándola al mundo y á sus errores, entre los placeres de una vida regalada. Proporcionasteis á vuestros sentidos todo lo que podia halagarlos; es preciso, pues, que os dediquéis á crucificarlos; que vayais á aquellos lugares de misericordia á donde llama la piedad á tantas almas santas; que os acquerís á los Lazaros fetidos y cubiertos de heridas; que no neguéis vuestro ministerio y el socorro de vuestras manos á sus necesidades extremas; y que no obstante la secreta repugnancia de la naturaleza, acostumbreis vuestra delicadeza á estas obras de religion, y venzáis con vuestra fe y con el fervor de vuestro amor, la flaqueza de una carne que tantas veces ha triunfado de vosotros.

2. La segunda regla que se ha de observar en la práctica de las obras de misericordia es, que no sólo las hemos de mirar como obligaciones que cumplimos, sinó tambien valernos de ellas como de remedios diarios contra nuestras continuas flaquezas. Me explicaré: bien sabéis, hermanos míos, que las obras exteriores de piedad no tienen más mérito en la presencia del Señor, que en cuanto sirven de perfeccionar al hombre interior; porque cuanto hacemos por la salvacion es inútil, si no se ordena á arreglar el corazón. Supuesta pues, esta máxima de la fe, el socorrer á nuestros prójimos, vestirlos, visitarlos, consolarlos, y aún servirlos, no es todavía más que el cuerpo de la piedad. Estos son los oficios del cristiano; pero, no es el cristiano mismo. Es preciso, por tanto, que la virtud se aumente y se purifique con estas publicas obligaciones de misericordia; que vuestras imperfecciones hallen en ellas su remedio, y que cada obra santa sirva para debilitar en nosotros alguna de nuestras pasiones. Es decir, que para participar del espíritu de la fe en la práctica de las obras de caridad, es necesario, antes de empeñarse en ellas, poner nuestra alma en vuestras manos, contemplarla á los piés de Jesucristo, y examinar en su presencia, con la luz de su gracia, entes son aún vuestras desordenadas inclinaciones, y elegir los oficios de misericordia que las son más opuestos, y que parecen más á propósito para desarraigárlas de nuestro corazón.

Y así, si aún gustáis del mundo, de los placeres, de las distracciones del juego y de las concurrencias; preferid las obras que más os separen de estas cosas, y que más á menudo os encierren en la oracion, en el silencio y en el retiro. Si sois naturalmente tan incli-

nados al regalo y á la ociosidad, que en esto no os podeis vencer, entónces os corresponden las obras más difíciles y más penosas de misericordia. Amáis en la virtud lo que brilla, lo que distingue, lo que llama la atención del público; elegid las obras más oscuras. Caeis con frecuencia en las mismas impaciencias; todo os enfada, todo os altera, y desacreditáis la virtud en el juicio de los que os tratan con flaquezas que son propias vuestras; escoged aquellas obras en que se necesita de más agrado, de más paciencia. Finalmente, haced de vuestras obras de misericordia los ejercicios de las virtudes que os faltan.

Zaqueo, después de haber reparado sus injusticias, hizo abundantes liberalidades, y su misma casa sirvió de asilo á su libertador: pero ¿qué intentaba con esas profesiones? acabar de apagar en su corazón aquella insaciable sed de riquezas que hasta entónces le había tiranizado, y que no se apaga de repente. La Magdalena derramó perfumes y limpió con sus cabellos los sagrados pies de su Maestro, y era porque sin duda sentía aún algunas reliquias de apego á los deplorables instrumentos de sus vanidades y placeres, y se daba prisa su amor á perfeccionar el sacrificio.

Las obras exteriores de la piedad solamente son santas cuando nos santifican, y solo nos santifican en cuanto nos corrigen. Solamente lo que mortifica las inclinaciones de la carne aumenta la vida del espíritu; solamente lo que contradice á la naturaleza corrompida conduce á la perfección del ser cristiano. Por eso, las obras de misericordia deben ser como sacrificios diarios del alma fiel.

A esta regla de piedad se falta de dos modos. Primeramente, entre las obras de misericordia casi siempre escogemos las más conformes á nuestro gusto, á nuestro génio y á nuestras inclinaciones. Si nos examinamos de cerca, veremos que nuestras desordenadas inclinaciones nunca padecen en estos religiosos ejercicios; que, hasta en la piedad, huimos de lo que nos desagradó y molesta; que no hacemos más que nuestro gusto, aún cuando pensamos que nos ejercitamos en obras de salud; y que no somos más que hombres; aún cuando juzgamos que somos cristianos. Los oficios exteriores de piedad que nos dejan siempre tan sensuales, tan poco mortificados y tan imperfectos como ántes, sólo tienen la apariencia, y no pueden tener la fuerza de la virtud.

Aún es más culpable el segundo modo con que violamos esta regla. No solamente nos ceñimos á una virtud puramente neutral, y escogemos entre las obras de misericordia aquellas que nada cuestan al amor propio y nunca enmiendan nuestras flaquezas, sino que, muchas veces, suelen servir estas obras para mantenernos en ellas.

¿Cuántas de estas almas engañadas, en medio de una vida mundana, profana y sensual, viven tranquilas, fiadas en algunos ejercicios de misericordia y en la abundancia de sus liberalidades? Vivimos persuadidos á que la misericordia lo suple todo; que la oración, el retiro, la negación de sí mismo, el aborrecimiento del mundo, el huir de los placeres, el guardar los sentidos y todas las más inviolables máximas de la vida cristiana, son obligaciones que pueden rescatare, por decirlo así, á precio de dinero; que la fe conoce este género de compensaciones; y que una ociosidad misericordiosa no será distinguida de la virtud y de la justicia. Pero; ¡oh Dios mío! ¿qué suave sería entónces, vuestra cruz! ¿qué favorable sería vuestra doctrina á los sentidos!

Dios no necesita de nuestros bienes; lo que pide es nuestro corazón. Es verdad que la misericordia ayuda á expiar los delitos de que nos arrepentimos; pero, no justifica los que amamos.

¡Oh, Señor! ilustrad á estas almas engañadas, si es que entre las piadosas personas que me escuchan hay algunas de este carácter.

5. No quiero hablar de la tercera regla, que consiste en oídir de que no se halle ningún fin humano en la intención, y que el fin de los hombres, oculto en lo íntimo de nuestros corazones y casi imperceptible á nosotros mismos, no nos haga perder en la presencia de Dios todo el mérito de la misericordia. Acabo solamente con decirlo: aquí estáis en la presencia de Dios, preguntad á vuestro corazón. No os pareis en la superficie de vuestros deseos, que os engañan, no presentándoos cosa que no sea digna de alabanza; llegad á la raíz, sondead los caminos más secretos, y mirad allí lo que hasta ahora habéis hecho, y cuáles han sido los verdaderos motivos, por más ocultos que estén en el corazón. Mirad si solo tenéis presente á Dios en vuestras acciones, si en éstas no hacéis caso de los hombres, si estáis igualmente contentos con que Dios sea glorificado, tanto con los oprobios que padecéis, como con la fama que adquirís; si buscáis vuestra salvación ó una gloria vana.

¡Gran Dios! ¿cuántas obras santas, con las que contamos acá en la tierra, serán despreciadas algún día, cuando venga el Señor á juzgar las justicias! Cuando creíamos parecer en su presencia con las manos llenas, ¿cuántos frutos de caridad se hallarán inficionados por el oculto gusano de una vana complacencia! ¡Y que poco será lo que nos quede, cuando, dejándonos el juez de nuestras obras por propias nuestras para toda la eternidad solamente las que hayan sido frutos y dones de su gracia, nos despoje de todas aquellas que le pertenecen al parecer, pero que eran puramente de nosotros mismos! No creáis,

oyentes, que las reglas de la fe en orden á los oficios de la caridad, que acabo de exponer, sean capaces de disgustar á las almas fieles de estos piadosos ejercicios. Al contrario, no hay cosa más propia para mantener la virtud, avivar el celo, y consolar la piedad y misericordia; porque lo que yo digo es, que estos ejercicios santos son obligaciones; ¿Qué cosa más persuasiva para animarnos á que la améis? Por ser precepto de Jesucristo; puede perder algo de su hermosura? Puede ser ménos amable á sus discípulos por haber sido la más amada de su Maestro? Lo que yo he dicho es, que las obras de misericordia deben ser los remedios diarios de vuestras cotidianas flaquezas, ¿qué cosa de más consuelo se os puede decir, que el descubriros en estos religiosos oficios un nuevo manantial de mérito, y unos tesoros ocultos que no buscan en ellos la mayor parte de los fieles? ¿Qué cosa más feliz se os puede manifestar, que el enseñaros, que estos oficios pueden servir de ejercicio á todas las virtudes que os faltan? Lo que digo, por último, es, que es necesario tener presente á solo Dios en nuestras acciones, y no hacer caso de la aprobacion ó censura de los hombres. Pero ¿qué son respecto de Dios todos los hombres juntos para que el alma fiel haga caso de ellos? La estimacion de un mundo que desprecia, de quien huye, á quien ha renunciado, ¿podrá parecerla digno premio de las acciones que pueden valerla una felicidad eterna? ¿Es acaso entibiar su caridad el enseñarla que el mundo entero no es digno de ella? ¿Que solo Dios merece ser testigo de las obras que el solo pueda recompensar? ¿Y que para asegurarlas, hasta no buscar más gloria que la que nunca ha de perecer? El espíritu de la ley no se opone á la ley misma. Cuanto más se adelanta en la verdad, más se crece en la caridad: cuanto más se conoce la ley del amor, más se ama; el error pierde infaliblemente cuando se le conoce bien; pero la verdad siempre manifiesta nuevos encantos: cuando la vemos como es en sí la amaremos sin tibieza, sin mezcla, sin ruego y sin inconstancia; y su vista nos hará eternamente dichosos, que es lo que os deseo.

## DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

OBRAS DE MISERICORDIA.—Son obras que debemos hacer en todo tiempo.

Son obras que los malos designios de aquellos que nos observan no deben impedirnos de practicar.

OBRAS DE MISERICORDIA.—No hay obras que deban ser más irreprehensibles porque son las más examinadas.

No hay obras que sean más necesarias porque son las más victoriosas.

OBRAS DE MISERICORDIA.—No hay buenas obras que difundan un olor más excelente.

No hay buenas obras que hagan más honor á la Iglesia,

No hay buenas obras más eficaces para consolarnos.

OBRAS DE MISERICORDIA.—Las miserias que son comunes á todos los hombres manifiestan, que no hay hombre alguno que no tenga necesidad de que se le hagan obras de misericordia.

Las gracias diferentes que reciben los cristianos manifiestan, que no hay cristiano que no deba practicar obras de misericordia.

La práctica de las obras de misericordia en el cristianismo manifiesta, que los cristianos son los verdaderos miembros de Jesucristo.

## PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

*De fructu oris sui unusquisque replabitur bonis, et juxta opera manuum suarum retribuatur ei. Prov. xii. 14.*

*Indicabo tibi, ó homo, quid sit bonum, et quid Dominus requirat á te: utique facere judicium, et diligere misericordiam, et sollicitum ambulare cum Deo tuo. Mich. vi. 8.*

*Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum, qui in caelis est. Matth. v. 16.*

*Non omnis, qui dicit mihi, Domine, Domine, intrabit in regnum caelorum; sed qui facit voluntatem Patris mei, qui in*

el hombre será colmado de bienes conforme fueren los frutos de su boca; y según las obras de sus manos será su galardón.

¡Oh hombre! yo te mostraré lo que conviene hacer, y lo que el Señor pide de tí; que es el que obres con justicia, y que ames la misericordia, y que andes solícito en el servicio de tu Dios.

Brille así vuestra luz ante los hombres, de manera que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á nuestro Padre que está en los cielos.

No todo aquel que me dice, ¡Oh Señor, Señor! entrará por eso en el reino de los cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre ce-

*callis est, ipse intrabit in regnum colorum.* Idem vii, 21.

*Venite, benedicti Patria mei...*

*Esurivi enim, et dedistis mihi manducare; sitivi, et dedistis mihi bibere; hospes eram, et collegistis me; nudus, et cooperastis me; infirmus, et visitastis me; in carcere eram, et venistis ad me.* Idem xv, 34, 35, 36.

*Discedite à me, maledicti; in ignem aeternum... Esurivi enim, et non dedistis mihi manducare.* Idem ibid. vdo 41, 42, 43.

*Operamini non cibum qui perit, sed qui permanet in vitam aeternam.* Joann. vi, 27.

*Omniem palmitem in me non ferentem fructum, tollet eum; et omnem, qui fert fructum, purgabit eum, ut fructum plus afferat.* Idem xv, 2.

*Diem tempus habemus, operemur bonum ad omnes, maxime autem ad domesticos fidei.* Galat. vi, 10.

*Quid proderit frateris mei, si fidem quis dicat se habere, opera autem non habeat? Numquid poterit fides salvare eum?* Jacobi ii, 14.

*Sicut enim corpus sine spiritu mortuum est, ita et fides sine operibus mortua est.* Idem ibid. 26.

*Filioli mei, non diligamus verbo, neque lingua, sed opere et veritate.* I Joann. iii, 18.

lostrial, ese es el que entrará en el reino de los cielos.

Venid, benditos de mi Padre... porque yo tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber: era peregrino, y me hospedasteis: estando desnudo, me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; encarcelado, y venisteis á verme y consolarme.

Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno... porque yo tuve hambre, y no me disteis de comer.

Trabajad para tener no tanto el manjar que se consume, sino el que dura hasta la vida eterna.

Todo saimiento que en mí que soy la vid no lleva fruto, le cortará; y á todo aquel que diere fruto, le podrá para que dé más fruto.

Mientras tenemos tiempo, hagamos bien á todos, y mayormente á aquellos que son, mediante la fe, de la misma familia del Señor que nosotros.

¿De qué servirá, hermanos míos, el que uno diga tener fe, si no tiene obras? ¿Por ventura á este tal la fe podrá salvarle?

Así como un cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin las obras está muerta.

Hijos míos, no amemos solamente de palabra y con la lengua, sino con obras y de veras ó sinceramente.

## FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Que Dios premia nuestras buenas obras, son tantos los ejemplos, tan claras las promesas que tenemos en ambos Testamentos, que nadie abriga sobre esto la menor duda. Lo que debemos conseguir es: 1.º que Dios allige exteriormente á los justos, ó por sus pecados pasados, ó para purificarlos más y más en el crisol de la tribulación; 2.º que Dios atienda á nuestras buenas obras, para no vibrar sobre nosotros el castigo con aquel rigor que merecen nuestros pecados.

En confirmación de lo primero, se nos presenta el paciente Job, que á pesar de su inocencia y de las buenas obras que siempre había practicado, y que él enumera en el capítulo xxix de su libro, se ve sumido en la mayor tribulación que pueda experimentar hombre mortal. El inocente joven José es probado en el crisol de la calumnia, de la esclavitud y de la tentación. David es atribulado con el azote de la guerra y de la peste (II Rec. xv, 20, 24). Tobías, con la desgracia de la ceguera y de la indigencia (Ton. 2); y muchos otros justos, con diferentes pruebas: sucediendo puntualmente lo que dijo Jesucristo: *Omniem palmitem... qui fert fructum, purgabit eum (Pater), ut fructum plus afferat.* (JOANN. xv).

En prueba de lo segundo, se nos presentan muchos ejemplos. David perdonado de sus gravísimos y públicos pecados y sustruido al rigor de su correspondiente castigo, no sólo en vista de su arrepentimiento, sino también de sus buenas obras (II Rec. xii); el reino de Judá no dividido en vida de Salomón, en vista de sus prevaricaciones, por respeto á las virtudes de su padre David (III Rec. xij); Ezequías librado de una muerte prematura por las buenas obras que había practicado y por la confianza segurísima que tuvo en la bondad divina (II PARAL. iii—ISAI. xxxviii); Josafat amenazado con grandes desgracias por haber hecho alianza con el impío Acab, pero perdonado en vista de lo mucho que había hecho para desterrar de Jerusalem el culto de los ídolos (II PARAL. xix); la Magdalena, no obstante sus pecados, defendida por Jesucristo en el acto de ungirle los pies (MATHE. xxiii); Thabita resucitada por el Apóstol S. Pablo en vista de las obras de caridad que había practicado (ACTON. ix); con innumerables otros, cuya historia sería interminable referir.

Por último, es preciso tener presente la necesidad de las buenas obras. Para salvarnos, no nos basta abstenernos del mal, sino, además, ejercitarnos en el bien, según nos lo avisa de una manera precisa y clara el Espíritu Santo por boca del Salmista: *diverte à malo et fac*

*bonum* (PSALM. XXXIII). De esta verdad nos convencerán la parábola del siervo inútil, que no negoció el talento, á pesar de haberlo devuelto á su amo intacto é íntegro (MATTH. XXV): la de la higuera maldita, á la cual no le valió el ser cubierta de verdes pámpanos, porque debía haber llevado fruto (MATTH. XXI): la de las vírgenes necias, cuyo único pecado consistió en no haberse encontrado preparadas á la llegada del esposo (MATTH. XXV): la de aquella higuera inútil, que no obstante de ser muy bien abonada, no llevaba fruto: *succide ergo illam, ut quid etiam terram occupat* (LUC. XIII): el símil del sarmiento infructuoso que se seca, es cortado y arrojado al fuego (JOANN. XV).

## PASAJES Ó SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

*Qui Christum profitentur se amare, non modo ex iis que dicant, sed ex iis que faciunt, nascuntur: ex fructibus enim arbor dignoscitur.* S. Ignat. m. epist. ad Ephes.

*Omne opus leve fieri solet, cum ejus premium cogitatur, et spes premii solatium fit laboris.* S. Hieron. in Epist.

*Verba christiani opera sunt.* S. Crisost.

*Fides sine operibus mortua est, quemadmodum opera sine fide.* S. Greg. Nazian. Orat. in Lazar.

*Quisquis diligere se alium asserit, et in verbis sistit, verba ejus quodammodo mortua sunt.* S. Gregor. Nyssen. de opificio mundi.

*Habent opera linguam suam, habent facundiam suam, etiam tacente lingua: facta namque pro dictis amantem probant.* S. Cyrill. Apoph. 14, lib. 1.

Los que se glorian de amar á Cristo, se conoce si dicen verdad, no solo por sus palabras, sino principalmente por sus obras; puesto que el árbol se conoce por sus frutos.

Todo trabajo es ligero cuando se piensa en el premio que le sigue; pues la esperanza del galardón es un consuelo en todas las penas.

Las palabras de un cristiano han de ser sus obras.

Así como la fe sin las obras es muerta, lo son también las obras sin la fe.

Cualquiera que proteste amar á su prójimo, pero que no pase á probarlo con sus obras, sus palabras son como muertas.

Las obras tienen su lenguaje y su elocuencia, aunque nada diga la lengua; pues son los hechos, mas que las palabras, los que dan testimonio del verdadero amante.

*Ad peccandum homo abundat propria facultate; ad agendum autem bonum, sibi non sufficit, nisi ab illo justificetur, qui solus est justus.* S. August. de vera innoc. cap. 121.

*Non sufficit abstinere á malo, nisi fiat quod bonum est; et parum est nemini nocere, nisi studeas bonis prodesse.* Idem ibid. cap. 86.

*Tunc recta sunt opera, cum in illum finem diriguntur, qui est Christus.* Id. in Psalm. 89.

*Non sibi aliquis credat, quidquid sibi animus sine operis attestazione respondeat.* S. Gregor. Hom. 3 in Evang.

*Numquam Dei amor est otiosus, operatur enim magna, si est; si vero operari renuit, amor non est.* Idem ibid.

*Non transeunt opera nostra, sed velut eternitatis semina jaciuntur.* S. Bern. Serm. 13.

*Quid fides, que non operatur, nisi cadaver exanimé? Id Serm. 24 in Cantico.*

El hombre tiene bastante fuerza para pecar; pero para obrar el bien, no basta su fuerza, sino es socorrido y justificado por Aquel, que es el justo por excelencia.

No basta huir del mal, sino que se debe hacer el bien; ni basta no causar daño á nadie, sino que debemos ser útiles á todos.

Nuestras obras serán rectas, si se dirigen á aquel último fin, que es Jesucristo.

Nadie se ilusione, por mas que el amor propio pretenda justificarse, cuando le faltan las buenas obras.

El amor de Dios nunca está ocioso: cuando se posee, obra grandes cosas; mas sinó quiere obrar, señal de que no es amor de Dios.

Nuestras obras no son transitorias, aunque lo parezcan, sinó que son á manera de una semilla que nace para la eternidad.

¿Qué viene á ser la fe sin obras, sinó un cuerpo sin alma?

## OCASIONES.

(HUIR DE LAS)



*Factum est verbum Domini super Joannem, Zachariam filium, in deserto.*  
El Señor hizo oír su palabra á Juan, hijo de Zacarías, en el desierto.

(Luc. iii, 2.)

El Evangelio nos enseña, que Dios, ántes de enviar á S. Juan á predicar á los judíos, le detuvo en el desierto hasta la edad de treinta años, viviendo enteramente desconocido de los hombres, y solamente para sí. Los santos no son, hablando con propiedad, sino para Dios. Son víctimas que se sacrifican á su gloria, y lámparas que se consumen visiblemente delante de su Majestad. Dios los presta algunas veces á los hombres por algún tiempo, por lo comun corto, y aún en ese mismo tiempo, el fondo de su santidad está oculto. Se les oyen algunas palabras, se ven algunas de sus acciones; pero no se ve lo que los hace santos: no se ve su amor, su humildad, ni los sacrificios interiores que hacen á Dios de todo lo que son en sí mismos. No siendo el mundo digno de poseerlos, Dios los saca de él bien presto, y aún algunas veces se los oculta del todo, y no se los deja ver. ¡Cuántos santos solitarios ha habido muy capaces de servir á la Iglesia, que Dios se los reservó para sí solo, que sin ningún testigo se consumieron en su presencia! Algún día sabremos su vida, y nos persuadiremos que los santos desconocidos de los hombres son, tal vez, los que poseyeron más tesoros del cielo. La huida del mundo es, pues, el verdadero medio de santificarse: esto es lo que nos predica S. Juan en su desierto. Nos enseña con su retiro, si no á huir del mundo como él, á lo ménos á evitar las ocasiones peligrosas que se encuentran en él á cada paso, y que se oponen á nuestra santificación. No extraleis, pues, hermanos míos, que siguiendo el espíritu del Evangelio, os hable en este discurso de las ocasiones del pecado. Para

entrar desde luego en materia, mi intento es haceros ver el peligro que hay en las ocasiones: primero, es, por lo comun, pecado el exponerse á ellas; segundo, ó á lo ménos, causa ordinaria de pecado. A. M.

4. Entiendo por ocasion de pecado todo aquello que nos induce á él, y nos pone en peligro evidente de cometerlo; y afirmo, que la caridad propia no nos permite exponernos á semejante peligro, porque eso seria arriesgar el más importante, el más esencial y el más universal de todos los negocios; cual es el de la salvacion, y seria querer perderse, segun estas palabras del Espíritu Santo: *Qui amat periculum, peribit in illo* (Eccl. iii, 27). Este es el principio general sobre que gira toda la cuestion; sin embargo, es necesario explicarlo, porque no quiero decir que toda ocasion sea pecado; eso seria estrechar demasiado los medios que Dios nos dispensa para santificarnos; ¿Cuándo, pues, es pecado la ocasion, y cuándo no lo es? Voy á explicarlo. La ocasion de pecar es pecado en sí misma, cuando es voluntaria, cuando es próxima, y, sobre todo, quando lo es respecto de nosotros. Digo, quando es voluntaria, porque hay ocasiones que son involuntarias. Llamo ocasiones involuntarias las que se ofrecen por algun accidente, y que no podemos evitar, ni apartar ántes de que se presenten. Tal fué la en que se vió la casta Susana, quando aquellos dos viejos dishonestos se atrevieron á tentar su pureza. Llamo ocasiones voluntarias aquellas en que nos metemos nosotros mismos, las que buscamos con pleno conocimiento, y en que nos mantenemos por nuestro gusto. Tal fué la en que se puse S. Pedro, entrando en la sala de los judíos, en donde negó á su divino Maestro. Pues, volviendo al asunto, digo; que no es pecado la ocasion de pecar quando es involuntaria, porque entónces no es libre, y no hay pecado sin libertad.

Para que la ocasion de pecar sea pecado, es preciso que sea próxima. Hay dos géneros de ocasiones: unas son remotas, y otras próximas. La ocasion remota, es aquella, que no está tan estrechamente ligada con el pecado, que no se pueda esperar preservarse de él con la ayuda de la gracia. La próxima es aquella, que está tan conexas con el pecado, que rara vez se deja de caer en él poniéndose en ella. Exponerse precisamente á la ocasion remota, no es pecado: de otra suerte, sería forzoso apartarse del mundo y de la vida civil para no pecar, como dice el Apóstol: *Alioquin deberatis de hoc mundo exisse* (I Con. v, 10). La ocasion próxima es la que es pecado, y la que debemos reconocer por digna de castigo, de tal suerte, que el confesor que conoce que un penitente está en ocasion próxima, debe despacharle sin absolucion, porque ese tal penitente no está en estado



yera! Adán, aquel hombre tan perfecto, como de él, y desobedece á su Criador y su Dios. ¡Ah, hermanos míos! si yo hiciera á muchos e mismo cargo que Dios hizo á estos primeros pecadores, *ubi es?* ¿En qué has venido á parar, mi pobre hermano? ¿Por qué has hecho esto y aquello? Me engañó la ocasión, me responderían.

¡A qué estado te has reducido tú, que antes eras tan prudente y tan devoto! ¡A qué extremo has llegado, á qué sacrilegios, á qué profanaciones, á qué excesos! ¿Eres tú aquel? Sí, yo soy el que ha sido engañado, corrompido y atrastrado por la ocasión: ella me hizo ver á solas con aquella, y con otra persona, á las cuales tenía ya alguna inclinación; y mi corazón fácilmente acabó de aficionarse á ellas; yo gusté de su trato, me detuve en él, y ella me perdió. ¿En qué has parado tú, mujer, antes tan arreglada; y tú, jóven, en otro tiempo tan detenida, tan modesta, y de una vida tan pura? ¿Cómo, en un instante, habeis desmentido tan bellos principios, y perdido el fruto de vuestra vida pasada? ¿Cómo os habeis dejado llevar tan fácilmente al pecado? ¿Cómo habeis sido tan laca? ¡Ah! no está uno en sí cuando está en la ocasión. Yo bien conoço el peligro. Me hicieron ciertas proposiciones que me lisonjearon, ciertas promesas que me ganaron, y ciertas solicitudes que me vencieron. Pero ¡son estas legítimas excusas para delante de Dios? No debiais desconfiar de vuestra flaqueza, y precaveros contra la ocasión? No podiais hacerlo? Si hubieseis tomado algunas precauciones, si hubieseis hecho algunos esfuerzos, Dios os hubiera ayudado; si os abandonó, fué por vuestra imprudencia y vuestra temeridad. No solamente nos precipita la ocasión por la tentación en que nosotros nos ponemos, sino tambien porque Dios nos sustrae sus gracias.

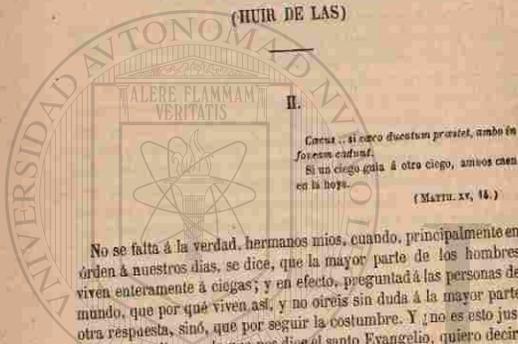
En efecto; yo digo que no hay cosa más ordinaria para Dios, que el negarnos su gracias, cuando nos ponemos ó mantenemos en la ocasión por una temeridad presuntuosa; porque Dios, infinitamente justo, infinitamente sábio en la distribución de sus gracias, no nos las da por acaso, ni segun nuestro humor y capricho, sino con número, peso y medida. Si es Dios el que os envía, caminareis con seguridad; porque concediendolos entonces su proteccion todopoderosa, no hay cosa que no podais vencer. Vemos en la Escritura, que una mujer, inspirada de Dios, combata contra un general de ejército; que Judith triunfa de Holofernes; pero si por vosotros mismos os meteis en la ocasión, no esperéis que Dios os sostenga, ni que os proteja. Si los demás no merecen el que Dios los asista, éstos ¿no merecen particularmente que Dios les abandone, y les deje en el peligro en que se han metido por presunción? ¡Terrible, pero justo castigo de Dios! ¿el deja-

rá á estos temerarios que caigan en la ocasión; dejará á estos pecadores descaminarse más y más; dejará caer á estos penitentes en la relajacion ó en la sequedad; dejará pervertirse estos justos y hacerse pecadores, porque todos ellos son igualmente culpables, por no haber temido la ocasión, por haberse expuesto á ella sin motivo, ó haberse mantenido en ella sin tomar las precauciones necesarias.

El fruto que debemos sacar de todo esto, es, seguir el importante consejo del Sábio: *Quasi a facie colubri fuge peccato* (Ecccl. xxi, 2); huid del pecado como del áspid más venenoso. Esta comparacion es muy natural. Aunque el áspid esté escondido bajo las flores más hermosas, no por eso se debe huir ménos de él, ni su veneno es ménos peligroso. Si debemos huir de todas las ocasiones, me diréis, ¿será preciso dejar todo el comercio del mundo, y encerrarnos en una soledad? Cuando hicierais eso, hermanos míos, no hariais más que lo que hicieron innumerables cristianos generosos, que tenían que trabajar en el mismo negocio de la salvacion como vosotros, y que no estaban obligados á tomar otras medidas ni otras sendas que las que vosotros debeis seguir. Ellos más quisieron vivir entre las bestias feroces y en las caveras de las rocas, que entre los hombres, desde que concibieron que su corrupcion podia pegárseles y hacerles perder la gracia. Pero, no os pedimos tanto: vivid enborabuena en el mundo, pues que estais metidos en él; pero, vivid con más prudencia y circunspeccion; huid de las ocasiones peligrosas, que son para vosotros pecado ó causa de pecar; y si por desgracia estais metidos en ellas, ¿qué esperais, hermanos míos, para salir? ¡Ah! ya que el Padre celestial os da la mano, no dilateis el convertirlos. ¿Será razon que una criatura sea la causa de vuestra pérdida? Romped desde hoy con esta persona, con quien habeis tratado con tanta familiaridad y por tan largo tiempo; rompéd esas conexiones, igualmente frivolas que peligrosas. Es necesario, dejar la ocasión ó perecer; no hay medio; para qué detenerse á deliberar? Resolved desde luego, y pedid al Señor que os dé fuerza para hacerlo. Decidle con fervor: Señor, rompéd las cadenas en que estoy gimiendo há, largo tiempo; sacadme de la inmundicia del pecado, para que no me mantenga hundido en él; librad mi alma de las manos de sus enemigos, fortificadla contra las ocasiones peligrosas, contra los objetos y las pasiones que la combaten continuamente; para que empiece de veras á servirlos y á merecer la recompensa prometida á los que mueren en la justicia. Así lo deseo, etc.

## OCASIONES PROPINCUAS.

(HUIR DE LAS)



II.

Cecus... si cecus ducetum praevel, ambo in fossam cadunt.  
Si un ciego guía á otro ciego, ambos caen en la hoya.

(MATT. xv, 14.)

No se falta á la verdad, hermanos míos, cuando, principalmente en orden á nuestros días, se dice, que la mayor parte de los hombres viven enleramente á ciegas; y en efecto, preguntad á las personas de mundo, que por qué viven así, y no oiréis sin duda á la mayor parte otra respuesta, sino, que por seguir la costumbre. Y ¿no es esto justamente, replico yo, lo que nos dice el santo Evangelio, quiero decir, caminar á tienta y con los ojos cerrados, siguiendo á otros igualmente privados de luz, para caer todos á un tiempo y de improviso, en la horrible y profunda hoya que han hecho delante de sí mismos sin advertirlo? Si un ciego guía á otro ciego, ambos caerán en la hoya. Esto puede decirse en particular con mucha más razón de aquellos cristianos, que presuntuosos y atrevidos, sin temor de pecar, se exponen á todos los riesgos de hacerlo, dejando temerariamente metidos los pies en las innumerables é insidiosas redes que hay tendidas por todo el mundo, y vanagloriándose con una necia seguridad de que no quedarán prendidos en ellas. ¡Oh miserables! ¿qué maravilla es, pues, que inesperadamente y casi sin echarlo de ver, quedan hechos presa del cazador enemigo, que ocultamente va preparando y tendiendo sus redes? Metieron en la red sus pies, dice Job, y quedaron presos en ella: *Immisit in rete pedes suos... Tenebitur planta illius laqueo* (Job. xviii, 8 et 9). Por tanto, para que ninguno de vosotros, amados católicos, caiga incautamente en tales redes por su desgracia, y para que todos se precavan y abran los ojos, he resuelto mostraros hoy el grande peligro de meterse en los peligros; esto es, el gran

peligro á que se expone, quien se mete en los peligros de ofender á Dios. Esto, que parece un juego de palabras, contiene una sólida é importantísima verdad, que acaso no habéis comprendido bien á primera vista; y mi obligación es el explicárosla con toda caridad. Pidamos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Peligro de pecado grave y ocasion de pecado grave son dos vocablos, que aunque algunos los distinguan como diversos en su significacion más formal y limitada, se pudiera verdaderamente decir, que son una misma ó casi una misma cosa. Sin embargo, he querido usar más bien el primero, que el segundo, para que más fácilmente vengais en conocimiento, en primer lugar, de aquello sobre lo que no pienso hablar propiamente hoy, y después de aquello sobre lo que quiero hablaros. Protesto pues, ante todo, que mi ánimo no es el de tratar de lo que se llama *ocasion próxima*, y se llamaria mejor *peligro próximo de culpa mortal*; pues por mas que parezca esto un asunto capaz de excitar é inflamar el celo de todos los ministros del Evangelio, ¿con qué mira he de tratar yo de él? ¿con la de instruirlos por ventura de lo que es ocasion próxima de pecado? Pero ¿quién de vosotros puede ignorarlo? ¿Quién no sabria decir, que por ocasion próxima de pecar se entiende aquella, en que constituida alguna persona, se tiene por moralmente cierto que incurrirá en pecado, ó externo de obras y palabras, ó interno de complacencias y deseos, examinadas bien todas las circunstancias y segun un juicio prudente?

Acaso seria más necesario é importante que, levantando de repente la voz, me pusiese á intimar á cualquiera que se hallase en el caso, la obligacion indispensable que tiene de alejar la ocasion de sí, ó de alejarse él mismo de la ocasion; como tambien á proponerle los motivos por que lo debe hacer, y á relatar las excusas y descubrir los pretextos con que procura eximirse de hacerlo. Mas, por mucho que yo dijese sobre este punto, ¿podria hablar, ó con más vehemencia, ó con más claridad que habló Jesucristo mismo en su Evangelio? ¿Quereis saber cuál es la obligacion en que os hallais? He!a aquí. Debeis evitar tal ocasion, debeis removerla, abandonarla y huir de ella, por manera que no podéis ya, sin pecar, estar con aquella persona, ni entrar en aquella casa, ni retener aquel libro, ni conservar aquel retrato, ni continuar aquel juego, ni trataros familiarmente con aquel compañero. ¿Se necesita más para convenceros de la fuerza demasiado funesta y del fatal predominio que tiene sobre vuestro espíritu la ocasion? ¿del ningun auxilio que podéis esperar de la divina gracia, la cual así como no os ha faltado para huir, así tambien

en vano quereis tenerla para resistir á la ocasion? ¿de vuestra misma fragilidad, que en otras ocasiones y tantas otras veces y despues de tantas promesas, experimentasteis tan traidora y falaz? Y fuera de esto, ¿cómo puede ser que volvais á la ocasion próxima y no pequeis, cuando sabéis que, prescindiendo de todo otro pecado, lo es el hecho por sí solo de volver á ella? En una palabra, exclama Jesucristo, saca, arroja, corta: *Brui... rojice... abscede...* (MATT. v. 29) Aquí no hay pretexto que valga, ni de incomodidades que os sobrevengan, ni de perjuicios que se os sigan, ni de ganancias que dejeis de tener, ni aun de una buena intencion que os estimule; pues lejos de ser bastante para eximirnos, conviene dejarla enteramente y de corazon. *Saca*, aun cuando la estimes tanto como un ojo de la cara; *corta*, aun cuando te sea tan útil como un pie ó una mano; *arroja*, y cuando la hayas arrancado ó sacado, como se arrancaria ó sacaria un ojo, ó cortado, como se cortarís un pie ó una mano, ni aun así cortada ó arrancada lo retengas con ninguna pretexto, sino repúdala y desprecíala. Pero ¿á qué he de extendernos más sobre este particular, cuando solo serviría esto, en mi dictamen, para disminuir la energía de tan rígido, tan positivo y tan inviolable precepto?

Mas ya he dicho, que no pensaba hablar propiamente de tales ocasiones. Pues ¿de cuáles? De ciertas otras, que no son enteramente próximas; ni tampoco del todo remotas: no enteramente próximas, porque ni es tan evidente el peligro ni tan frecuente el caso de caer; y no del todo remotas, porque ni éste es tan raro, ni aquel tan leve. Por ventura las llamarían algunos *ocasioner propinquas*, y deben entenderse aquellas en que no podemos conservarnos inocentes sino con grande dificultad y cautela. Así pues, bien veis que se distinguen bastante de las próximas y remotas. Se distinguen de las próximas, porque en éstas no podemos absolutamente de ningún modo, ni con mucha, ni con poca dificultad, estar libres de culpa, siendo ellas pecado por sí mismas. Se distinguen de las remotas, porque en éstas, no solo podemos estar libres de culpa, sino que aun lo podemos sin mucha dificultad. Yo diría que son, por valerme de una bellissima frase de la Escritura, justamente como las deliciosas viñas plantadas al rededor de Sodoma y como los arrabales que circundaban á Gomorra: *De vinea sodomorum, vineam corum, et de suburbanis Gomorrhæ* (DEUTER. xxxi, 32). Viñas de Sodoma y arrabales de Gomorra llamaría yo, ciertas tertulias de juegos y bailes, á las cuales, si no os conduce una intencion manifestamente perversa, os lleva la simpatía ó inclinacion: viñas de Sodoma y arrabales de Gomorra llamaría, á ciertas representaciones escénicas ó á ciertas nove-

las, en las cuales, si no hay amores claramente obscenos, se pintan demasiado al vivo las pasiones; viñas de Sodoma y arrabales de Gomorra llamaría, á ciertas juntas ó á ciertos conventuculos, en los cuales, si no se vitupera abiertamente, se moteja, por lo ménos, la honestidad: viñas de Sodoma y arrabales de Gomorra llamaría yo, finalmente, á ciertas amistades, las cuales, si no son pecaminosas, no son de seguro virtuosas. Quien se halla en estas y otras semejantes ocasiones, no diré yo que tiene su residencia en Sodoma ó en Gomorra; pero sí diré, que gusta de tener su morada allí cerca, de passarse por entre sus viñas y de vivir en sus arrabales. Y si en todo esto que supongo, no cometéis culpa grave, ¿os atreveréis á suponer que no es tampoco grande el riesgo? ¿No reconocereis peligro y grande, en pararos en el distrito de tan impia ciudad, donde se respira casi el mismo aire? ¿dónde se tiene una conducta bastante equívoca ó sospechosa? ¿dónde se habla tambien un idioma muy semejante? ¿Y si un mensaje ó una visita que de allí venga, os lisonja y os atrae? ¿Y si, cuando otra cosa no sea, por las puertas que están abiertas siempre, se sale á hacer una incursión y se os sorprende? ¿Qué refugio, miserables, qué seguridad tendreis en un país enteramente enemigo? ¿Me explico bastante con esta alegórica locucion de la Escritura?

2. Confesso, hermanos míos, que tengo muy poca práctica de vuestro mundo, el cual aun no he tenido tiempo suficiente para reconocer, cuanto más para tratar; y así no hablo sobre este punto por mucho conocimiento ó mucha experiencia que me lisonja de tener; mas, si se pone la consideracion en la autoridad de hombres muy graves, que me han hablado de semejante particular; en la autoridad de las sagradas Escrituras, que he examinado; y en la autoridad de los santos Padres, que he consultado, sé que no puedo discurrir de otro modo. Oid qué advertencias y preceptos me dejaron para mi gobierno y conducta, hombres por todos respetos muy estimables, al instruirme desde jovencito en el cumplimiento de mis deberes. A ti, hijo, me decían, no te ha llamado Dios para la soledad ni el desierto, y en desempeño de tu vocacion, deberás tratar con aquel mundo mismo que has abandonado, por haber conocido que era perverso; y aunque no debes tratarlo nunca sino con el único y santísimo fin de purgarlo de vicios y de estimularlo á la virtud, necesitas, sin embargo, vivir con gran cautela, porque son muchos los peligros y frecuentes los riesgos, y Dios quiera que no haya que llorar las caídas. Ten siempre presente el consejo con que el profeta Baruch creyó confortar á su pueblo, cuando estaba prisionero en Babilonia. «Vosotros vereis, le dijo el profeta, llevar en triunfo por las calles de Babilonia estatuas de oro

y de plata de sus falsos y vanos ídolos, rodeadas de un numerosísimo pueblo que se postra delante de tales deidades: *Vidēbitis... Deos aureos et argenteos* (BARUCH. VI, 5); mas, no os deslumbreis por toda esta pompa, y acordándoos entōnces que sois israelitas, y elevando vuestro corazón á Dios, decidle: Tú solo, Señor, tú solo mereces el tributo de nuestras adoraciones: *Dicite in cordibus vestris: Te oportet adorari Dominum* (BARUCH. VI, 5). Este consejo, hijo, añádan, tēno siempre impreso en tu corazón. Tú verás tambien en medio del mundo dioses de oro y de plata; esto es, personajes de la más alta clase adornados con estos metales; se te ofrecerán á la vista objetos atractivos y agradables; verás dioses y verás diosas; pero acuérdate entōnces de que no lo son y que eres hombre. Una ejemplar y constante modestia relene celosamente tus ojos; y para que no te deslumbres con semejantes objetos, armate de prolijas y devotas meditaciones, de frecuentes y severos ayunos, de una continua y rigida austeridad, y, sobre todo, recurre á Dios, encomendándole á él y diciéndole: Tú solo, Señor, tú solo mereces el tributo de nuestras adoraciones. Con tales precauciones creyeron siempre los maestros de espíritu que debían prevenir y confortar á todos los que, por razon de su ministerio, hubiesen de tratar con el mundo para convertirlo; y lo pensaron así, no tanto porque no les pervirtiese á ellos mismos la maldicia del mundo. En este supuesto ¿cuánto más necesarias deben creerse tales precauciones para quien trata el mundo, únicamente por gozar del mundo, y se engolla en medio de todas las diversiones del mundo, disfruta los placeres más delicados del mundo, adopta todos los usos y costumbres del mundo, y concurra á los convites, á los bailes, á los festines, á los espectáculos, á los corrillos y, en suma, á todos los peligros del gran mundo? Pues todo esto suele hacerse, no diré sin haberse agüerrido ni prevenido bien, sino aún sin advertir el más mínimo peligro, exponiéndose á pecho descubierto, no solamente á alguno y alguna vez, sino á cada hora y á todos los riesgos. ¿A quién pues, ó de quién hablaría el Señor, aquel Señor, digo, que sabe de qué masa formó este fragilísimo barro, cuando dijo, que quien se expone al peligro, perece en él? *Qui amat periculum in illo peribit* (ECCLÉS. III, 27).

Abremos ahora la Escritura. ¿No es cierto, que al tratar con demasiada familiaridad á toda clase de personas, y al mantener con ellas una recíproca correspondencia, se reducen todas las innumerables y gravísimas culpas que cometió aquella nación, que se tenia en otro tiempo por la nacion santa y por el pueblo amado de Dios? *Commisti*

*sunt inter gentes, et didicerunt opera eorum* (PSALM. CV, 35). De aquí es, que descendiendo el Espíritu Santo á darnos lecciones sobre un punto tan esencial en la sociedad humana, ¡válgame Dios y qué sutiles precauciones quiere que tengamos en el trato! «Si hay en algun lugar, dice; muchas mujeres juntas, guárdate bien de detenerte con ellas: *In medio mulierum noli commorari* (ECCLÉS. XXXIII, 12);» y así vieres, dice en otra parte, una sola que no sea la tuya, no te sientes en ningun modo á su lado: *Cum aliena muliere ne sedes omnino* (ECCLÉS. IX, 12).» Además, añade en otro lugar, así impensadamente encuentras alguna, pon al punto la vista en otra parte y no la mires: *Ne circumspicias* (ECCLÉS. IX, 8),» y «aún retirare de ella y no te acerques de ninguna manera á los umbrales de su casa: *Longe fac ab ea viam tuam, et ne appropinques foribus domus ejus* (PROV. V, 8).» ¿Qué deds, cristianos, de tantas y tan circunstanciadas sutilezas y sujeciones? ¿Direis por ventura que esta es una moral demasiado rigida y austera? Pero esta es terminantemente la moral que nos ha revelado Dios mismo en sus infalibles Escrituras.

Y de acuerdo con la Escritura ¿qué no dicen los Padres de la Iglesia, órganos vivos y verdaderos del Espíritu Santo? ¿Cuánto no declaman, cuando se les obrege tratar de este argumento? ¿cuánto no se enardecen, cuánto no se inflaman? Si hablan de las funciones y bailes, los llaman obras é invenciones del diablo: si de ciertos teatros, comparan al que va á ellos, con el que entra en el templo de un ídolo para abjurar de la fe: si de las pompas, del lujo, de los trajes alegres, del vestir con afectacion, dicen que son profanaciones, que son escándalos del cristianismo. De este modo se explican los más santos y más célebres doctores de la Iglesia.

Sin embargo ¿sabéis qué es lo que más me aturde y me llena de espanto? El leer en las historias eclesiásticas las enormes y precipitadas caídas de personas, que por su santidad estaban reputadas en la Iglesia por columnas de la Iglesia misma. Ya he protestado desde el principio, que no pienso hablar hoy de las ocasiones próximas de pecado; pero ¿era ocasion próxima aquella que se le presentó casualmente á un discípulo del gran Paomio, habiendo salido del monasterio, y por la cual renegó de Cristo? ¿Era ocasion próxima aquella que precipitó á un tal Jacobo, célebre anaoreta de las selvas de la Palestina y estupendo obrador de prodigios? Habiendo ido á verle una mujer, para que la libertase de un demonio de que estaba poseida, encontró otro aún peor demonio en su mismo libertador, el cual ¿quién lo creeria? abrasado improvisamente de un impuro fuego, se

dejó arrastrar, tan anciano y santo como era, á quitarle primero su honor, y después la vida.

¡Oh, Dios mío! ahora es cuando, vuelto á ti, exclamo de todo corazón: sálvame, Señor, pues no se encuentra verdad en los hijos de los hombres, y apenas aparece un santo sobre la tierra: *Salvum me fac, Domine, quoniam defecit sanctus* (PSALM. XI, 2). Ahora es, cuando no puedo menos de gritar y decir: ¡ah! fuese pues quien temiéndolo poco los peligros, confia demasiado en sí mismo: *Superbia ejus... plusquam fortitudo ejus* (ISAI. XVI, 6). Yo por mí, cristianos, todo horroizado no sé más que decir con el profeta Zacarías: aulla, oh auelo, porque los cedros han caído: *Ullula, abies, quia cecidit cedrus* (ZACH. XI, 2). ¿No se rindieron y cayeyán violentamente por el impulso de tales vientos los más fuertes cedros del Líbano? Pues ¿qué será de ti, miserable y frágil abeto, si te ves acometido de semejantes y aún más fatales impulsos? Quiero decir, que hombres encanecidos en las soledades, sumergidos en las meditaciones, extenuados con los ayunos, macilentos con las austeridades, con las carnes despedazadas por los azotes, y aún por tormentos padecidos en defensa de la religión y de la fe, se mostraron tan débiles y flacos en ocasiones, no buscadas de intento ni á las cuates fuyesen ántes inclinacion, sino presentadas por accidente y casualidad; y vosotros, que os habéis criado por ventura con los mayores regalos, que habéis crecido en medio de la abundancia y de las comodidades, que os habéis acostumbrado á una vida mole y delicada, con una sangre en las venas que hierve, con unos sentidos rebeldes que repugnan obedecer, en ocasiones, si no pecaminosas como ahora supongo, ciertamente muy atractivas y lisonjeras, y deseadas y buscadas de propósito; y vosotros, digo, sin embargo de todo esto ¿osareis dar á entender que os mantendréis firmes y constantes? ¡Ah! ¿quién tan incautamente os hace confiar? ¿quién os deslumbra tanto? ¿quién os engaña? ¿de dónde, cómo y de qué se deriva en vosotros esa verdaderamente diabólica y fatal seguridad? ¡Oh, miserables, que aguardo veros algún día olvidados de vosotros mismos y de vuestra salvacion, dormir, como decía Isaias, en medio de vuestros lazos, siendo presa infeliz del demonio, cargados con el peso de la indignacion del Señor! *Dormierunt in capite omnium viarum, sicut ovis illoqueutus: pleni indignatione Domini* (ISAI. LI, 20). ¿Qué os queda que hacer, amadísimos oyentes, sino seguir el consejo que los ángeles destructores de la inicuá Sodoma sugirieron á Lot, y que yo, por último, os sugiero á vosotros?

Acompañado de estos fieles ministros de las divinas venganzas sa-

lió el inocente de la infama ciudad, y al despedirse de él le dijeron amorosamente al oído: «¡oh, nosotros te hemos guiado hasta este sitio, y ahora te toca á ti continuar tu viaje. No te creas seguro, por no hallarte ya en Sodoma: aléjate y no te pares en ninguna parte de estos contornos: no vuelvas tampoco la cara atrás: anda aprisa, anda, corre y huye á la cima de aquel monte y sálvate en él (GEN. XIX, 17).» Diciendo las mismas palabras, me volveré yo igualmente al que ó no puso nunca el pié en el reino del pecado, ó si lo puso, lo tiene fuera á esta hora; al que no ha entrado jamás en esta maldita Sodoma, ó habiendo entrado por gran desgracia suya, salió de ella por mayor fortuna. Amadísimos cristianos, ahora que estais fuera, no querais ni aún andar en sus contornos. Guardaos de aquí en adelante de acercaros á ella, guardaos de llegar á sus confines, guardaos de mirarla. Para no contraer ilícitas amistades, mortificad las pasiones; para no entreteneros con impuras complacencias, reprimid la curiosidad; para no precipitaros en una vida licenciosa, cuidad mucho de no relajáros; en suma, para no ser pecadores, guardaos de todo lo que sabéis confina con el pecado. Huid, amados fieles, y ponéos en salvo; y para aseguraros, huid á aquel monte santo y divino, Jesucristo, de donde os vendrá el socorro, desde cuya bienaventurada cumbre correrán hasta vosotros aquellos auxilios que os hagan circunspectos, prudentes, cuidadosos, fieles, imaculados, y dignos un día de la felicidad eterna que os desseo.

## DIVISIONES.

OCASIONES.—Nuestra dicha ó nuestra desventura depende frecuentemente de una buena ó mala ocasion.

Hay que prever las ocasiones de nuestra pérdida para evitarlas.

Hay que vigilar acerca de las ocasiones de nuestra conversion para no dejarlas escapar.

OCASIONES PELIGROSAS.—La experiencia de nuestra flaqueza nos las debe hacer temer.

La experiencia de nuestra fortaleza no nos debe impedir de procurar evitarlas.

La estimacion que debemos hacer de nuestra inocencia debe inducirnos á alejarlas.

OCASIONES PELIGROSAS.—Los que las temen, merecen ser preservados de ellas.

Los que las buscan, merecen que Dios les abandone á ellas.  
Los que se pierden en ellas sin haberlas buscado, son dignos de la misericordia de Dios y de la compasion de los hombres.

**OCASIONES SALUDABLES.**—Cuando no se aprovechan, se corre riesgo de no volverlas á encontrar.

Quando se solicitan, se empeña á Dios á que nos las haga encontrar. Quando se utilizan, hay facilidad de salvarse.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

*Gens absque consilio est, et sine prudentia. Utinam saperent et intelligerent, et novissima providerent.* Deut. xxxii, 28.

*Non derelinquis proximates de te: et presumens de se, et de sua virtute gloriantes, humilias.* Judith. vi, 15.

*Rece timor Domini, ipsa est sapientia; et recedere á malo, intelligentia.* Job. xxxviii, 28.

*Percontem virum iniquum involvet laqueus.* Prov. xxi, 6.  
*Precare ante faciem Domini, et minue offendiculum.* Eccli. xvii, 22.

*Si abstuleris offendicula tua á facie mea, non commoveberis.* Jerem. iv, 1.

*Si quis ambulaverit in die, non offendit... si autem ambulaverit in nocte, offendit.* Joann. xi, 9, 10.

*Videte autem ne forte hæc licentia vestra offendiculum fiat infernis.* I Cor. viii, 9.

Gente es esta sin consejo ni prudencia. ¡Ojalá que tuviesen sabiduría é inteligencia, y previesen sus postrimerias!

No desamparas á los que confían en tí; y abates á los que presumen de sí mismos, y se jactan de su poder.

Mira, la verdadera sabiduria consiste en temer al Señor, y la inteligencia en apartarse de lo malo.

El hombre pecador é iníquo caerá en su mismo lazo.

Haz oracion ante la presencia del Señor, y remueve las ocasiones de caer.

Si quitas tus escándalos ó ídolos de mi presencia, no serás removido de tu tierra.

El que anda de día no tropieza... al contrario, quien anda de noche, tropezará.

Pero cuidad que esta libertad que tenéis no sirva de tropiezo á los flacos.

*Omnia sustinemus, ne quod offendiculum Evangelio Christi.* I Cor. ix, 12.

Todo lo sufrimos y padecemos por no poner estorbo alguno al Evangelio de Cristo.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

La ocasion hizo pecar á Eva, y la hizo ser ocasion de pecar á su esposo. Si al presentársele la serpiente hubiese huido, no habria esta entablado la cuestion sobre el precepto que el Señor les habia impuesto, ni aquella habria pecado; pero, dando oídos á la serpiente, de la curiosidad pasó á la discusion, esta produjo la tentacion, la cual consuma el pecado (Gén. iii). No pedamos de vista, que de la primera discusion que hubo en el mundo salió, no la luz, sino la ignorancia y la degradacion.

Cuanto importa huir las ocasiones ó peligros de pecar, nos lo enseña la conducta de los ángeles con Lot y su familia. Estos celestiales mensajeros podian haber guardado á Lot del incendio dentro de la misma ciudad de Sodomá, como guardaron en Babilonia á los tres niños de la voracidad de las llamas; pero no habia necesidad de este milagro; bastaba huir para salvarse; por esto los ángeles le cogieron, y por fuerza le sacaron de la ciudad nefanda (Gén. xix).

Puesto el hombre voluntariamente en el peligro, comunmente es abandonado á sus propias fuerzas y cae en el pecado. Así sucedió á Sansón; el cual á más de haber caido en la culpa, cayó también en la más odiosa cautividad. En vano dijo oca jactancia: saldrá como hizo antes, y me desembrazaré de ellos (los filisios); *no advirtiendo*, añade el sagrado texto, *que el Señor se habia retirado de él* (Juec. xv).

David cayó en un adulterio, y luego en un homicidio, siendo, en consecuencia, víctima de un sin número de calamidades por no haber apartado la vista de Betsabé (II Reg. cap. xi et seq.)

Salomon prevenció; y, aunque tan sabio é ilustrado, llegó á ofrecer incienso á los ídolos, por haberse rodeado de mujeres idólatras (III Reg. xi).

Pedro y Judas educados en la escuela de Jesucristo prevencian; aquél negando, á su divina Maestro; éste, vendiéndolo, por haberse puesto voluntariamente en el peligro.

José solo puede evitar un gran pecado, huyendo de su importuna tentadora (Génes. xxxix). Tobías, para salvarse del crimen de idolatria, no tuvo otro medio que el de apartarse de sus conciudadanos (Tob. i). Ezequias, para desterrar enteramente la idolatria de sus Es-

tados, no solo redujo á cenizas todos los ídolos y altares que encontró, sino que hizo pedazos la misma serpiente de bronce que Moisés había construido por orden de Dios; pues los hebreos la habían convertido en ídolo, al cual ofrecían culto é incienso (IV REG. cap. xxii).

No debemos omitir aquí el doble y diferente resultado que tuvieron los sentimientos idénticos de los apóstolos Pedro y Pablo. Uno y otro se oponen al peligro, Pedro temerariamente, Pablo por inspiración de Dios: el primero dice: *etiamsi oportuerit me mori tecum, non te negabo* (MATTH. xxvii); el segundo dice: *ego alligari, et mori paratus sum* (ACTON. xxii); sin embargo, Pedro cae en la tentación por haberse puesto en el peligro confiando en sus fuerzas; mientras Pablo permanece constante en la prueba, porque se expone á ella por inspiración divina: *alligatus ego Spiritu cado in Jerusalem* (ACTON. xx).

## SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

*Ita spiritali fortitudo nobis collata est, non ut prociipites, sed ut pavidos evitetur.* S. Cyprian. Epist. 62 de Virg.

*Dormientibus nobis et pigre agentibus, dormire dicitur Deus, suis nos vigiliis et inspectione indignos judicans.* S. Basil. in Psalm. 29.

*Fugiamus peccato, et à via mala recedamus; si enim fugerimus, etiamsi inter innumeros hostes fuerimus, nemo nos laedere poterit; si huc non fugerimus, etiamsi ad ipsum verticem montium ascenderimus, hostes etiam illic innumerabiles reperiemus.* S. Chrys. Hom. 6 ad Popul.

*Non quisquam sibi proponat et dicat: habere volo quod vincam: hoc est dicere: vivere di-*

La fortaleza de espíritu se nos dispensa, no para proteger á los temerarios, sino á los temerosos y precavidos.

Se dice, en cierto modo, que Dios también duerme para ayudar á los que duermen ó á los negligentes, por considerarlos indignos de su vigilancia y protección.

Evitemos los pecados, apartémonos del mal camino; porque si huimos, nadie podrá dañarnos, aun cuando nos veamos rodeados de innumerables enemigos; pero si no evitamos los pecados, nos veremos acosados de terribles enemigos, aunque nos remontemos á la cumbre del monte del retiro ó soledad.

Nadie haga consigo esta cuenta, diciendo: quiero tener ocasión de vencer; esto equivale á decir: quie-

*sidero et volo sub ruina.* S. August. lib. de singular. Cleric.

*Incerta victoria est inter hostilia arma pugnare; et impossibilis liberatio est flammis circumdari, et non ardere.* Id. ibid.

*Esopditi molto bene timere, quam male fidere; et utilius est ut infirmum se homo cognoscat, ut fortis existat, quam fortis videri velit, et infirmus emergat.* Idem, ibid.

*Non tibi reverendum si fugere, si palmam desideres obtinere.* Idem, Serm. 250 de Temp.

*Sit mens vigilans, sit undique suspecta, sit ubique sollicita, ut insidiantis laqueos possit procaevare.* S. Gregor. Epist. 15.

ro y deseo vivir en el fondo del precipicio.

El haber de luchar rodeado de armas enemigas hace incierto el triunfo; así como es imposible estar rodeado de llamas sin abrasarse.

Mas vale temer con prudencia, que flarse con temeridad; y más ventajoso nos es tenernos por flacos, para permanecer fuertes, que presumir de ser fuertes, y salir después vencidos.

No tengas por cobardía el huir, si desees alcanzar un completo triunfo.

Sea nuestra alma vigilante, de todo desconfiada, en todo solícita, para precaevase de todos los lazos del infernal tentador.

## OCIOSIDAD.

¿Es una reprensión ó una invitación lo que el Padre de familias dirige á los obreros de nuestro Evangelio? Ambas cosas á la vez; porque les echa su ociosidad en rostro, y les convida al trabajo. ¿Por qué estáis aquí sin trabajar? Esta es la reprensión: id á trabajar en mi viña; esta es la invitación. Pero, hablando en el sentido literal, ¿á quién se reprende ó invita aquí? Hermanos míos, la ociosidad no se tiene en el mundo por pecado muy grave; pero lo es delante de Dios, y pretendo hoy convencerlos de esta verdad.

Además de la justicia rigurosa, que los teólogos llaman conmutativa, y que no reconocen en Dios para con los hombres, porque Dios nada les debe, ni puede deberles; hay otras tres especies de justicia, que se pueden verificar en Dios, respecto de nosotros, y que lejos de perjudicar su grandeza, son otras tantas perfecciones de su ser. Estas son la justicia vindicativa, la justicia legal, y la justicia distributiva. Justicia vindicativa, por la que castiga el pecado. Justicia legal, que no se distingue de su Providencia, á la que pertenece gobernar los estados del mundo. Y, en fin, justicia distributiva, que distribuye y dá los premios según los méritos. Nada diré de esta tercera justicia, por no abarazar muchos asuntos, y así solo hablaré de las otras dos, que son las que imponen al hombre una obligación indispensable de trabajar; porque la justicia vindicativa de Dios, por medio del trabajo, toma satisfacción del pecado del hombre, y por este mismo medio la justicia legal conserva y mantiene todos los estados y graduaciones del mundo. La ociosidad es un desorden, porque se opone á estas dos justicias, y mi designio en este día es manifestároslo. Si; pretendiendo convencerlos de que dos cosas nos obligan al trabajo, y condenan la ociosidad como uno de los más grandes obstáculos de nuestra salvación. Estas son: el pecado, y nuestro estado particular. Nosotros

nacemos todos sujetos al pecado, y vivimos en un cierto estado ó graduación en el mundo: de lo que infiero, que todos debemos trabajar; lo primero, porque somos pecadores; lo segundo, porque vivimos sometidos por nuestro estado á cierto modo de vida. Antes de demostrarlo, pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

4. No es menester otra cosa para conocer, que la ociosidad es un desorden que nos hace culpables delante de Dios, que considerar lo que somos, y cuál es el principio de nuestro origen. Nosotros somos pecadores, y, por consecuencia, todos hemos contraído al nacer una obligación particular que nos sujeta al trabajo. Tú has quebrantado mi precepto, dijo Dios al primer hombre, y por ello te condeno á sufrir el yugo de una vida servil y laboriosa. La tierra no te producirá fruto alguno sino á fuerza de trabajo, no comerás sino un pan de dolor y aflicción; es decir, un pan que hayas regado con el sudor de tu rostro, antes que pueda servirte de alimento.

La ley del trabajo ha sido establecida para todos los hombres, y es un pesado y sensible yugo para los hijos de Adán. Pero ¿para cuáles hijos de Adán? Para todos, desde el que está ocupando el trono, hasta el vil y humillado en la tierra. Para aquellos que están adornados con la corona y visten púrpura, y para aquellos á quienes reduce su pobreza á vestirse de las más groseras ropas. Esta es toda la extensión de la sentencia ó anatema, si así queréis llamarla, que Dios fulminó; en cuya consecuencia no hay hombre que no deba resolverse á emplear su vida en el trabajo: sea príncipe ó monarca, él es pecador; y debe sufrir la pena que el Criador del universo le ha impuesto.

Este es el partido, amados oyentes, que yo digo debe abrazar todo cristiano. Debe trabajar con un espíritu de penitencia y con deseos de satisfacer á Dios; porque sabe muy bien que es la primera pena de su pecado. ¿Qué es pues lo que en realidad practicamos, cuando, en perjuicio de esta obligación, nos entregamos á una vida blanda y ociosa? Nos rebelamos contra Dios; procuramos sacudir el yugo que su justicia y su providencia nos ha impuesto para que le suframos; nos hacemos como estáis orgullosos, de quienes el real profeta expresa excelentemente su carácter, cuando dice, que aunque estén empuñados en cometer todas las injusticias y todos los delitos de los hombres, no quieren ni aún por esta razón, ser participantes de los trabajos de ellos; y que aún siendo los más propensos y arrojados para eximirse de la obediencia que deben á Dios, no dejan de ser los más fieros é indóciles, cuando se trata de obedecer y sufrir sus castigos: *In labore hominum non sunt, et cum hominibus non fla-*

*gellabantur, ideó tenuit eos superbia* (PSALM. LXXX, 5). Por lo que yo os pido que observéis una cosa bien singular en la conducta de Dios: esta sujeción al trabajo es de tal manera la pena de nuestro pecado, que es menester, para aplicar á Dios, que nosotros mismos seamos los ejecutores de ella. En la justicia de los hombres no sucede así, nunca se obliga al delincuente á ejecutar por sí mismo su sentencia; con tal que la padezca ó la sufra, se cree que no se le puede pedir más; pero Dios, que tiene en nosotros un dominio superior y absoluto, quiere, para una reparación más perfecta y más completa del pecado, que nosotros nos empueremos voluntariamente de su castigo, y que le sirvamos de ministros, para cumplir en nosotros mismos y contra nosotros sus más severos juicios. Y esto se ejecuta por la penitencia, cuya parte más indispensable y racional es la continuación en el trabajo.

¿Qué es pues, vuelto á decir, el desorden de una vida ociosa? Este es, si se considera bien, una segunda rebelión de la criatura contra su Dios. La primera fué quebrantar y violar la ley, y la segunda es huir el trabajo. Por la primera, dijo el hombre: yo no obedeceré; y por la segunda, añade: yo no sufriré la pena de mi desobediencia. El hombre, pues, dominado y vencido por su desarreglado apetito, despreció á Dios como á soberano; y pasando su vida ociosamente, le despreció como á juez. ¿Habiais creído, amados oyentes míos, que este pecado tuviera tanta gravedad?

Pero, alguno me dirá: si yo soy rico, ¿por qué me he de sujetar al trabajo, cuando tengo bienes suficientes para vivir? Por qué, me preguntais? Porque todos los bienes del mundo no pueden libertaros de la maldición del pecado, y en la division favorable de los bienes de esta vida que os cayó en suerte, por las órdenes de la Providencia, supuso siempre Dios, que estabais obligados á la ejecución de la sentencia que fulminó su justicia; porque cuando Dios os dió estas riquezas, nunca intentó derogar sus derechos; y así cuando decís, yo tengo bienes, y por esta razon no debo trabajar, discurris con tanto error y engaño, como si dijerais: yo tengo riquezas, luego no he de morir; pues la obligación del trabajo y la necesidad de la muerte tienen en los divinos decretos el mismo lugar. Otro me dirá: yo soy de unas circunstancias tan ilustres y me hallo con unos empleos de tanta elevación, que no me es decente el trabajar. ¡Oh, y qué consecuencia tan extraña! Por ventura porque eres grande, segun el mundo, no eres tan pecador como los demás? ¡El brillo de tu dignidad borra la mancha de tu origen?

Pero, una vida semejante, me diréis tambien, es enojosa: yo os

concederé que es verdad, pero, amado auditorio, ¿es esta una razon justa que podeis alegar contra la esencial obligacion que tenéis de trabajar? Este disgusto y molestia que tenéis, os serviría de penitencia, y una penitencia que os debe ser tanto más amable, cuanto no haceis otra en vuestro estado. Vosotros sufrirais tedio y tristezas por Dios, por satisfacer á Dios, y para contraponer vuestras penas á todos los deleites pecaminosos que habeis buscado con ansia y contra la ley de Dios. ¡Precioso tedio! Pues le será agradable á Dios; y aceptando el mismo Señor estas penalidades, sabrá bien, por otra parte, recompenraroslas. Interin, admirad la bondad de nuestro Dios, que resplandece hasta en el castigo del hombre. Esta sujeción al trabajo, que os he manifestado como una satisfaccion del pecado, es un preservativo y un remedio; siendo tan grande la misericordia de Dios para con nosotros, que nos hace encontrar en los castigos de su justicia nuestra utilidad y nuestra seguridad. Si, hermanos míos; la aplicacion continua al trabajo es el gran preservativo contra el desenfreno de nuestras pasiones y los desórdenes del pecado. Me empenaria en vano si intentara persuadirlos esta verdad, cuando por sí misma es evidente. Aún cuando no lo dijera el Espíritu Santo, la experiencia sola nos manifestaría á cada paso, que la ociosidad es la madre de todos los vicios.

Si en el mundo se encuentra alguna inocencia, ¿dónde se halla, sino en aquellos en quienes por su estado y pobreza se ve observada inviolablemente la ley del trabajo? Concluyamos ya, amados oyentes, esta primera parte, por el importante aviso, que daba S. Jerónimo á uno de sus discipulos: Haced siempre alguna cosa, para que Dios, ó el demonio, os encuentren á toda hora ocupados. Si el demonio os ve trabajando, no intentará acometeros ni tentaros; y si Dios os encuentra aplicados al trabajo, no hallará motivo para castigaros. Si no lo ejecutais así, os haceis delinquentes, porque faltáis á una obligacion, que no solo os impuso la cualidad de pecador, sino tambien la cualidad de hombre, precisado á vivir en el mundo en un estado particular.

2. Es una verdad indisputable, que todos los estados del mundo están sujetos á ciertas obligaciones, cuyo cumplimiento pide trabajo y fatiga; y es tambien verdad, que cuanto más elevado es un estado en el mundo, incluye en sí tantos más cargos, á los cuales es imposible satisfacer sin una aplicacion constante y continua. No hay estado alguno, cuya perfeccion no esté ceñida á una regla que no puede variar, á una conducta uniforme que es forzoso observar, y á unas acciones hechas segun un orden del cual no es permitido dispensarse.

Y como todo lo que lleva consigo este carácter ó carga, es un trabajo y pena para el hombre, las mismas cosas que en otras circunstancias le serian agradables, le fatigan solo porque las manda la ley, y traen ellas el título de obligacion. Ved la prueba de esta máxima en una induccion particular. Considerad la diferencia de edades, y observareis, que así como los mayores y ancianos son en esta sociedad civil los que ordinariamente están encargados del manejo de los negocios para dirigirlos, del mismo modo, por una natural y equitativa razon, están obligados los jóvenes á ponerlos en práctica; y como á aquellos pertenece conducir y gobernar, la obligacion de éstos es de instruirse y habilitarse. San Agustin, para resolver cual de estos dos trabajos, era de más sujecion y tedio, se hallaba dudoso é indeciso. Poseed la consideracion en la diversidad de sexos, y vereis como la administracion de justicia y los officios militares se ponen á la direccion del hombre, y los cuidados domésticos están reservados por disposicion de Dios para la vigilancia de la mujer; y si os parece este empleo ó encargo de poca consideracion, es porque no conociais ni su importancia, ni su dificultad. Deteneos en las distinciones del nacimiento y la fortuna, y advertireis, que así como los inferiores y desvalidos deben, por necesidad, emplearse en obsequio de los grandes, los grandes, por justicia y caridad, deben proteger á los pequeños; y reparareis también, en que así como los ricos están en posesion de disfrutar el trabajo de los pobres, del mismo modo, tienen los pobres derecho de aprovecharse de la fatiga de los ricos. Ved pues, que esta es una ley universal para todos los estados del mundo, y que, sin embargo, es proporcionada á la naturaleza de cada uno; pues cada uno de los que acabo de referir, tiene sus obligaciones particulares.

Peró yo aún digo más; pues pretendo convenceros de que, á proporcion que un estado es más elevado, tiene sobre sí ciertas obligaciones, que no pueden cumplirse sin estar en un continuo trabajo; y para que comprendais mejor este punto, es menester que os desimpresioneis de las falsas ideas que teneis de las cosas y de un error pernicioso en que el mundo os ha tenido tal vez hasta el presente. La gran ceguedad del mundo es creer, que la elevacion, el nacimiento y las dignidades, son otros tantos derechos que adquirimos para poder gozar libremente del reposo y del deleite que para comodidad de la vida ofrece el siglo; pero la fe nos dice todo lo contrario. ¿Qué es una elevada dignidad, sino una hermosa esclavitud, la cual obliga á un hombre á interesarse por todo un pueblo, del mismo modo que el pueblo está obligado á tomar parte en los intereses del que le gobierna? Sin duda que es una carga mucho más penosa haber de trabajar

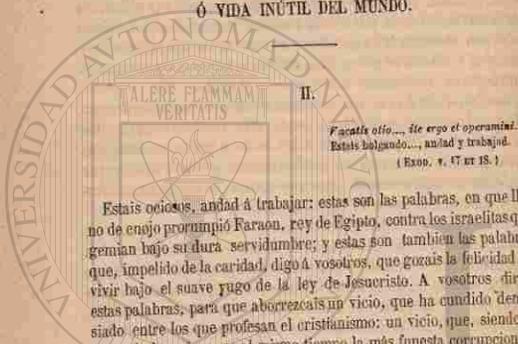
uno para todos, que haber de trabajar todos para uno. Dios lo ha dispuesto así por dos razones, que dan á conocer admirablemente el cuidado que tiene de nuestra salvacion. La primera es, porque todas las dignidades y estados del mayor honor y respeto no vanagun á ser motivos que fomenten nuestra vanidad. La segunda, que es consecuencia de la primera, para impedir que las grandes fortunas y los más elevados estados de la vida sirvan á excitar la ambicion de los hombres y á conservarla. ¿Qué debemos concluir de esto? Que no hay estado ni profesion en que no sea culpable la ociosidad; y que cuanto más superior es el estado; tanto mayor es el delito.

Comprendedlo de una vez, hermanos míos; no desempeñar ni cumplir con la obligacion del propio estado, vivir en él sin el trabajo que le es particular, es pervertir el orden de las cosas, es ser infiel á la Providencia, es quitarle á su estado el honor que se le debe, y, por una consecuencia necesaria, pero muy terrible, es cargar su conciencia y exponerse á una eterna condenacion.

Acordaos sin cesar del siervo perzoso del Evangelio, y nunca olvidemos la sentencia que pronunció su Señor, haciéndole poner en una oscura prision, atado de pies y manos. Por esto debemos temer ser precipitados en las tinieblas del infierno, porque nada habremos hecho cuando se podía y se debía obrar; y esto es un gran mal. De esto se infiere, amados hermanos, que cada uno, mirando á su condicion y estado, debe aplicarse seriamente á un ejercicio honesto, á un trabajo continuo, y, sobre todo, cristiano. No digais que no sabeis en qué ocuparos; vosotros lo sabreis desde el momento en que de buena fe querais dejar la ociosidad culpable en que estais atormentados; y por vuestra vigilancia y vuestras obras, merecereis recibir el premio que el Padre de familias dá á los obreros que trabajaron en su viña; ó hablando sin figura, por este medio participareis algun dia de la gloria inmortal que Dios os ha prometido, y que es desto á todos.

## OCIOSIDAD,

Ó VIDA INÚTIL DEL MUNDO.



*Facatis otio.... Ne ergo et operamini.  
Estis hibernando...., ociosidad y trabajo.  
(Exop. v. 17 et 18.)*

Estais ociosos, andad á trabajar: estas son las palabras, en que lle- no de enojo prorumpió Faraon, rey de Egipto, contra los israelitas que gemian bajo su dura servidumbre; y estas son tambien las palabras que, impellido de la caridad, digo á vosotros, que gozáis la felicidad de vivir bajo el suave yugo de la ley de Jesucristo. A vosotros, dirijo estas palabras, para que aborrecáis un vicio, que ha cundido demasiado entre los que profesan el cristianismo: un vicio, que, siendo la ruina de los reinos, es al mismo tiempo la más funesta corrupcion de las costumbres: un vicio, que adormece la agricultura y el comercio, fuentes inagotables de la felicidad de los Estados; debilita las manos que ponen en movimiento las fábricas, embotan las ideas que vivifican las nobles artes, destempla el gusto que anima los estudios, mira con tedio los penosos afanes del campo, mira con horror los gloriosos empeños de la navegacion, y omite todas las obligaciones de un honrado ciudadano: un vicio, que, despues de enervar los cuerpos, extenua y mata las almas, desterrando de ellas la divina gracia y las virtudes que la vivifican; que mira con oposicion la fortaleza, industria, laboriosidad, castidad y templanza; repugnando no ménos la oracion, la mortificacion cristiana, la caridad con los enfermos y los sanos, la asistencia al templo santo de Dios, á los divinos oficios, á la frecuencia de sacramentos, y, en una palabra, á todas las obligaciones de un buen cristiano; dejándole solo á propósito para entregarse á los desórdenes que acompañan al lujo, á la vanidad, á la molice, á la destemplanza, á la embriaguez, á los juegos, á los teatros, á los bailes y á los demás placeres de una vida inútil y ociosa. Si, amados oyentes míos; ya podeis conocer que es la ociosidad este vicio hor-

rendo y formidable de que estoy hablando. Pecado espantoso, que por desgracia ha hecho considerables progresos entre nosotros; siendo lo más lamentable que se le busca, se le ama, en vez de aborrecerlo con todas las fuerzas de la voluntad y con toda la aversion del corazón.

Mas, no penseis que mi doctrina se dirige únicamente contra aquella infinidad de personas que viven en las grandes poblaciones, y no hacen otra cosa que comer, pasear y dormir, divertirse, murmurar y pervertir á otros. Hay otra ociosidad más delicada, y no sé si diga más pernicioso, que pocos la conocen, y ménos la detestan; y esta es la que acompaña á la vida, toda ocupada y llena de afanes; que lleva la mayor parte de los mortales, que en la presencia de Dios es reputada de inútil para el cielo. Contra esta dirigiré mis palabras, tal vez acompañadas con lágrimas. Oidme atentamente, y Dios quiera hagais en adelante vuestros trabajos fructuosos para la vida eterna. Pidamos esta gracia. A. M.

1. Que vosotros hayais sentido commoverse vuestro corazón contra la ociosidad, mirándola como peste de los pueblos, ruina de los Estados y corruptora de las buenas costumbres, yo no lo dudo; pero, que todo el crimen de una vida ociosa pueda renacer y verificarse en una vida, toda ocupada y laboriosa, sin duda se os habrá hecho duro el oírlo, y os parecerá como imposible el demostrarlo. Nada ménos, amados míos; no hay cosa más fácil que hacer evidente, que la vida muy ocupada que llevan la mayor parte de los mortales, es reputada delante de Dios por una vida inútil, y como ociosa para el cielo.

Es cierto, yo convengo en ello, que el trabajador cumple materialmente con el mandato de Dios, intimado á nuestro primer padre Adán y á todos sus descendientes, de comer el pan con el sudor de su rostro; obedece á la letra del Evangelio, que dice: *Contentite intrare per angustam portam* (Luc. xii, 24): hacéis violencia, trabajad; afanaos por entrar por la puerta estrecha, pues muchos querán entrar y no podrán; y conociendo que el hombre ha nacido para el trabajo, como el ave para volar (*Homo nascitur ad laborem*. Jos. v, 7), se afana, suda, y se fatiga, ya cultivando tierra, ya laboreando las facturas, ya girando en el comercio, ó trabajando en cualesquiera de las muchas obras en que viven ocupados los hombres. En suma, él trabaja; pero, ¿qué es el cielo premio de cualquier trabajo de los hombres? Si el trabajo es bueno, sí; Dios lo premiará con el glorioso fruto de la vida eterna, como dice la divina Escritura:

*Bonorum enim laborum gloriosus est fructus* (Sap. ii 15). Si el tra-

bajo es bueno, dice el apóstol S. Pablo, recibirá premio; pero, si el trabajo no es bueno, no recibirá premio alguno, sino castigo. Si el trabajo no es bueno, ó aunque en sí sea bueno, si no se hace bien, será consumirse inútilmente con un trabajo necio, será trabajar en vano, será consumir las fuerzas sin esperanza de galardón eterno: *In vacuum laboravi, sine causa et vane fortitudinem meam consumsi* (Isa. XLIX, 4). Bueno es dar una limosna á un pobre, con la que se socorra su necesidad; pero, si yo la doy por vanidad, ó por otros fines más criminales, aquella obra resultará mala en la presencia de Dios, y por ella no habré esperar premio, sino castigo. En una palabra, para que el trabajo se repule mérito, ha de ser hecho en gracia de Dios, ha de ser hecho por Dios, y ha de ser dirigido por la gracia de Dios. Ved aquí una verdad importantísima, cuyo exámen manifestará hasta la evidencia, que la mayor parte de las vidas ocupadas y fatigosas de los hombres no son más delante de Dios, que unas vidas inútiles, unas vidas sin mérito, y unas vidas ociosas para el cielo.

He dicho y vuelvo á repetirlo, que para que el trabajo no fuera reputado inútil y como ocioso para el cielo, era la primera condicion que fuera hecho en gracia de Dios, hallándose el alma libre de pecado mortal, estando en amistad de Dios y adornada de la caridad de Dios. Esta grande verdad de fe nos enseña el apóstol S. Pablo, proponiéndose á sí mismo por modelo, y causando espanto con las grandes imágenes que excitaba en el alma sus expresiones sublimes: si yo, decía el santo, hablara con la lengua de los ángeles, si poseyera la ciencia de todos los hombres sabios, si penetrara la profundidad de todos los adorables misterios de la Religión; si con la fuerza de mi fe trastornara los montes, sanara los enfermos y resucitara los muertos; si diera de limosna todas las riquezas del universo y entregara mi cuerpo á los más atroces tormentos; debo saber y confesar que con todas estas grandes acciones, me perdería eternamente sin recurso, si me faltaba la caridad: *Si linguís hominum loquar et angelorum, charitatem autem non habeam... nihil sum... nihil michi prodest* (I. Co. xiii, 1 et seq.). En una palabra, trabajos heroicos de un grande apóstol, sufrimientos gloriosos, limosnas, abundantes, espantosas austeridades... qué más? prodigios estupendos, milagros asombrosos, todo esto es nada, todo esto no vale delante de Dios, cuando no está acompañado de la divina gracia; cuando es hecho por un pecador que se halla en desgracia de Dios y sin caridad: *Nihil sum*.

Esta es la sublime teología del grande apóstol san Pablo; pero,

aunque sublime, la conoce todo natural entendimiento. Escuchadme: para que la vida pueda ser verdaderamente útil, ha de ser, primero, una vida verdadera, y ésta no se halla en un pecador. Todos vosotros sabéis, que el estado de un alma en pecado mortal es un estado de muerte, y en él no se pueden hacer obras de vida eterna. Trabaja y suada como quieras; alana y fatigade días y noches sin dar á tu cuerpo el menor descanso; labra los campos, edifica casas, aplícate en tu taller á las obras pecuniarias de tu oficio; viaja por los caminos, gira en tus comercios, aplícate á los estudios, escribe muchos libros, gana grandes batallas, conquista provincias y reinos...; todo lo que tú quieras; pero, despues de todo, sabé, que si estás en pecado mortal, todas esas obras, todas esas grandes fatigas son inútiles para el cielo; jamás con ellas adquirirás un solo grado de gloria. Podrás tambien en ese estado hacer algunas buenas obras morales; podrás dar limosnas, rezar tus devociones, llorar y gemir por tus pecados; Dios escuchará tus gemidos, si son verdaderos, y te dará su gracia eficaz; y obrando tú con ella, podrás conseguir la gloria; pero todo lo hecho en el estado de muerte por la culpa, todo quedó ocioso, todo inútil, todo perdido para el cielo. Añ más: todas las obras anteriormente hechas en gracia de Dios y meritorias de vida eterna, se conservan é inutilizan por el subsiguiente pecado mortal, y solamente vuelven á revivir, cuando el pecado se perdona; pero, sino se perdonara, tambien aquellas quedarían perdidas é inutilizadas para siempre. ¡Verdad terrible! verdad espantosa! pero verdad evidente en las divinas Escrituras. Cuarenta años reinó Saúl, dice el apóstol S. Pablo, y á la verdad, su reinado fué muy laborioso y lleno de grandes acciones: Sin embargo, dice Dios, que reinó solo dos años: *Saul duobus annis regnavit* (I. Reg. xii, 1). ¿Y por qué? Por no haber vivido más que dos años como príncipe justo, y Dios no cuenta sino los años en que se vive bien. Saúl, agitado de los cuidados de mantener su corona, cae en un pecado mortal de envidia contra David, y en él persevera por treinta y ocho años. Ved ahí treinta y ocho años perdidos delante de Dios. Saúl muere en su pecado; y con él pierde, no solo los trabajos de su mala vida, sino tambien los méritos que había adquirido en su vida buena.

¿No es esta á la letra la misma verdad que yo os predico? Pues ahora, amados míos, no quiero mas jueces en esta causa que á vosotros mismos. Dad gloria á Dios y confesad ingenuamente la verdad: habeis pasado la mayor parte de vuestra vida en gracia de Dios, ó en pecado mortal? qué os dice vuestra conciencia? si no queréis temeraria y falsamente contradecirla, ella os convencerá, de que la mayor

parte de vuestra vida la habeis pasado en desgracia de Dios, y, por consiguiente, los trabajos de la mayor parte de vuestros años, todos se han perdido, todos se han inutilizado, todos han sido ociosos para el cielo. Preguenten los labradores á sus mismas confesiones; pregunten los artistas y menestrales; pregunten los dependientes de oficinas y tribunales, pregunten los comerciantes y militares; pregunten los poderosos y mendigos... para qué me canso en individual? Pregunten los cristianos á su misma conciencia, cuántas veces se han acercado con una vida irreprochable y en gracia de Dios al tribunal de la penitencia; y si no quieren mentir al Espíritu Santo, ella responderá sencillamente en obsequio de la verdad, que unos, jurando; otros, maldiciendo; estos, murmurando, y aquellos embriagándose; unos, lujurando; otros, robando; estos, dominados por la soberbia ó la pereza; aquellos, de la envidia ó la avaricia; unos, entregándose á todos los placeres de una vida mundana; otros, malgastando sus haciendas en juegos ilícitos; y casi todos llevando sin paciencia, sin humildad, sin castidad y sin caridad los trabajos de su estado, de su empleo, de su oficio; es rarísimo, rarísimo el que ha tenido una vida inocente ó penitente, como es menester tener, para que sus días sean llenos de buenas obras, y no vacíos y ociosos para el cielo.

2. La segunda condicion que debe acompañar á la vida laboriosa, para que no sea inútil y reputada como ociosa delante de Dios, es que todas sus obras sean hechas por Dios, por la consecucion del cielo, en donde veamos, conozcamos y gocemos á Dios, que es el dichoso fin para que el Señor nos crió. Toda obra, por grande, por brillante que sea delante de los hombres, se reputa por nada delante de Dios, si no fuere hecha con esta pureza de intencion, con este recto y santo fin. Podremos morir cargados de años; pero serán sin ella vacíos de méritos; podremos llegar á la más avanzada ancianidad, dejando á los siglos venideros que reñeran con asombro nuestras conquistas, nuestros trabajos literarios, nuestros adelantamientos en las artes; pero, si en todas estas ocupaciones no se encuentra la circunstancia de ser hechas por conseguir el cielo, ya podemos decir con más razon y verdad que el antiguo patriarca Jacob, que el tiempo de nuestra peregrinacion sobre la tierra ha sido malo y corto: *Dies peregrinationis vite meae... pauci et mali* (Gén. XLV, 9). Por eso la santa Escritura, cuando habla de los justos, dice, que vivieron mucho en poco tiempo, porque todas sus acciones las dirigian á Dios y las hacian por Dios; y pocos dias en ellos se reputaban por muchos años: *Consumatus in brevi, explevit tempora multa* (Sap. IV, 15). Y en cualquiera edad que muriesen, morian siempre llenos de méritos,

porque todo su tiempo se empleó en agradar á Dios, y en procurar el cielo como recompensa de todas sus fatigas y trabajos.

Venid acá, magistrados, militares, artesanos, gentes de negocios, mujeres ricas y pobres, y, en una palabra, dejados ver cuantos gémitos abrumados de la condiccion más laboriosa en el mundo; yo os pregunto, ¿será vuestra vida reputada por inútil delante de Dios? ¡Ay de mí! ¿puedo ser que á lo ménos lo sea tanto como la vida de los que nada hacen y viven en continua ociosidad? Decidme: ¿es por conseguir el cielo que esa turba inmensa de pretendientes se afana y se fatiga por ahalarzarse á los empleos, incomodando á todo el género humano con sus empeños, sus cartas de recomendacion, sus regalos, sus visitas, sus adulaciones? ¿Es por conseguir el cielo que aquel hombre, que no halla tiempo para cuidar de los asuntos domésticos, se encarga de los negocios del público? ¿qué atado á una mesa, pasa la mayor parte de los días hecho el blanco de los importunos, de los mal contentos y los extranjeros; siempre envuelto, siempre abismado en asuntos difíciles, enojosos, impenetrables? ¿Es por el cielo que el otro navega hasta los términos del mundo; que aquel camina...? pero adónde voy á proceder al infinito? Si no trabajais pues por el cielo, sino por el mundo, el mundo será vuestra recompensa, no el cielo: si habeis trabajado por vuestros herederos, id á ellos para que os paguen vuestros sudores: si habeis trabajado por la ambicion, ella será vuestro premio. A todos vosotros ciertamente se os dirá: *Receperunt mercetem suam* (Matta. VI, 2).

No quiero decir por esto, y advertirlo bien, que el cielo no sea premio de los trabajos y cuidados que se toman por vivir segun el estado de cada uno y llenar dignamente sus obligaciones. No, señores, no digo eso. Yo bien sé que se trabaja por el cielo, cuando se trabaja por el bien del Estado, por la seguridad del reposo público, por el establecimiento de la familia; siempre que todos estos trabajos sean hechos en gracia de Dios, con la intencion de agradar á Dios y por la ordenacion de Dios; pero, si las pasiones dan el primer impulso al trabajo, si las ideas y caprichos del amor propio son las reglas del trabajo, si la tierra y sus bienes son el objeto y fin del trabajo, ¿estará Dios obligado á recompensarlo? ¿no se reputará como inútil y como ocioso para el cielo?

3. Pero no basta que las obras sean hechas en gracia de Dios y con referéncia á Dios; es menester tambien que la gracia de Dios les dé el impulso, las dirija y las acompañe: sin ella no se pueden hacer obras meritorias de vida eterna. No es el cielo, decia el apóstol san Pablo, del que lo quiere, ó del que corre, sino de aquel de quien Dios

se compadece y tiene misericordia. De Dios han de venir los auxilios, no solo para obrar, sino también para querer. Necesitamos pues absolutamente de la divina gracia para las buenas obras; y todas las buenas obras que no van dirigidas por la divina gracia, son inútiles y ociosas para el cielo.

Supuesta así brevemente esta verdad de fe, pregunto á las señoras, ¿es la divina gracia la que las conduce á la tienda del mercader para sacar el corte del vestido más rico y de la moda más reciente, aunque se atrase la casa, aunque se desazone el marido y aunque se dé mal ejemplo á otras mujeres, amantes de la vanidad y sectarias de las modas? ¿Es la divina gracia la que las debiene tantas horas en el tocador, martirizándose á sí mismas, para presentarse luego llenas de orgullo y vanidad en las visitas y paseos? ¿Es la divina gracia la que las conduce á las óperas, á las comedias, á las tragedias, á los saraos, desatendiendo enteramente sus ocupaciones domésticas, el cuidado de sus hijos, la dirección de sus criados y su casa? Sería una blasfemia el afirmarlo. ¿Es la divina gracia la que da el impulso, la que acompaña y dirige los trabajos de los cómicos y las cómicas, los de los toreros, maestros de baile, peluqueros de las damas, y los de las modistas y otros innumerables? No queramos, señores, ser rebeldes á la luz de la verdad: entremos en nuestro corazón, y preguntémosle de buena fe, ¿son todos nuestros trabajos hechos en gracia de Dios? ¿son todos nuestros trabajos hechos con el fin de agradar á Dios? ¿son finalmente nuestros trabajos, dirigidos por la gracia de Dios? Si escuchamos una respuesta favorable, vivamos consolados, y perseverando en nuestros buenos trabajos, será nuestra la corona de la vida. Pero si nuestro corazón nos da un testimonio fiel de nuestro mal estado en la mayor parte de nuestros trabajos y fatigas, creamos firmemente que no hemos hecho otra cosa que tejer telas de araña, y ocuparnos en obras inútiles, frívolas y ociosas delante del Señor: *Telas aranea tecerunt...; opera eorum, opera inutilia* (Isa. iix. 5 et 6). He ahí lo que se nos dirá en el día triste y terrible de nuestro juicio.

Abramos con tiempo los ojos, y si no queremos ser cortados y arrojados al fuego como árboles infructuosos, ser castigados como obreros perezosos, y ser excluidos de la compañía del celestial Esposo, como las vírgenes néjias y descuidadas; procuremos la gracia del Señor, vivamos con la gracia del Señor, y obrémoslo todo á mayor honra y gloria del Señor, á quien sea dada toda alabanza por los siglos de los siglos. Amen.

## DIVISIONES.

**OCIOSIDAD.**—La ociosidad hace al hombre incapaz de resistir á las tentaciones.

La ociosidad priva al hombre de los trabajos de Jesucristo.

**OCIOSIDAD.**—Cuando se vive en la ociosidad, se comete una injusticia contra Dios, quien concede el tiempo para que fructifique.

Quando se vive en la ociosidad, se comete una injusticia contra el prójimo, que tiene necesidad de que se trabaje para él.

Quando se vive en la ociosidad, se comete injusticia consigo, perdiendo grandes méritos.

**OCIOSIDAD.**—El amor de que toda clase de personas debe defenderse, es el amor á la ociosidad.

Todo el mundo ama tanto la ociosidad, que el mayor número de los que no trabajan, no son enemigos del trabajo sino porque aman la ociosidad.

Todo el mundo ama tanto la ociosidad, que el mayor número de los que trabajan, no trabajan sino para ponerse en estado de vivir en la ociosidad.

**OCIOSIDAD.**—Aunque hay un considerable número de personas que viven en la ociosidad y que al parecer no perjudican á nadie, la ociosidad les obliga á grandes restituciones.

Aunque los pobres sean particularmente insoportables cuando viven en la ociosidad, los ricos deben recordar que no son ricos para vivir en la ociosidad.

Aunque toda clase de personas tengan motivo de temer la ociosidad, es particularmente peligrosa á los que son más susceptibles de fragilidad.

## PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

*Tulit ergo Dominus Deus hominem, et posuit eum in paradiso voluptatis, ut operaretur et custodiret illum.* Genes. ii, 15.

Tomó pues el Señor Dios al hombre, y púsole en el paraíso de delicias, para que la cultivase y guardase.

Quia audisti vocem uxoris tue, et comedisti de ligno, eo quo preceperam tibi, ne comederes, maledicta terra in opere tuo; in laboribus comedes ex ea cunctis diebus vite tue. Genos. II, 17.

In sudore vultus tui cecideris panis. Item ibid. 19.

Homo nascitur ad laborem, et avis ad volatum. Job. I, 7.

Vade, ad formicam, & piper, et considera vias ejus, et discere sapientiam; quoniam cum non habeat ducem, nec preceptorem, nec principem, parat in astuticibus sibi, et congregat in messe quod comedat. Prov. VI, 6.

Egestatem operata est manus remissa; manus autem fortium divitias parat. Item X, 4.

Per agrum pigræ hominis transivi: et per vineam viri astutis, et ecce totum repleverant urtica, et operuerunt superficem ejus spinæ, et maceria lapideum destructa erat. Item XXV, 50, 51.

Dulcis est somnus operanti, sive parum, sive multum comedat; saturitas autem divitis non sinit eum dormire. Eccles. V, 11.

Non oderis laboriosa opera, et rusticationem creatam ab Altissimo. Eccli. VI, 16.

Bonorum laborum gloriosus est fructus. Sap. III, 15.

Mane semina semen tuum, et vespere ne cesset manus tua; quia necis quid magis oriatur,

Por cuanto has escuchado la voz de tu mujer, y comido del árbol de que te mandé no comieses, maldita sea la tierra por tu causa: con grandes fatigas sacarás de ella el alimento en todo el discurso de tu vida.

Mediante el sudor de tu rostro comerás el pan.

El hombre nace para trabajar y padecer, como el ave para volar.

Anda, ó perezoso, ve á la hormiga, y considera su obrar, y aprende á ser sábio: ella, sin tener guía, ni maestro, ni caudillo, se provee de alimento durante el verano, y recoge su comida al tiempo de la siega.

La mano desidiosa produce la mendicidad, pero la mano activa acumula riquezas.

Pasé un día por el campo de un perezoso y por la viña de un tonto; y ví que todo estaba lleno de ortigas, y la superficie cubierta de espinas, y arruinada la cerca de piedras.

Dulcemente duerme el trabajador, ora sea poco, ora sea mucho lo que ha comido; pero está el rico tan repleto de manjares, que no puede dormir.

No aborrezcas el trabajo aunque sea penoso, ni la labranza del campo instituida por el Altísimo.

Glorioso es el fruto de las buenas obras.

Siembra pues tu simiente desde la mañana de tu vida, y no levantes por la tarde tu mano de la la-

hoc aut illud, et si utrunque simul, melius erit. Eccles. XI, 6.

Servo malevolo tortura et compedes: mitte illum in operationem, nec taceat; multam enim malitiam docuit otiositas. Eccli. XXIII, 28, 29.

Desideria occidunt pigrum: noluerunt enim quidquam manus ejus operari: tota die concupiscit et desiderat. Prov. XXI, 25, 26.

Inutilem servum eiecit in tenebras exteriores. Matth. XXV, 30.

Rogamus vos, fratres, ut abundetis magis, et operam vestris ut quieti sitis, et ut vestrum negotium agatis, et operemini manibus vestris, sicut precepimus vobis. I. Thessal. IV, 10.

Cum essemus apud vos, hoc denunciabamus vobis: quoniam si quis non vult operari, nec manducet. II. Thessal. III, 10.

bor, pues que no sabes qué nacerá primero, si esto, ó aquello; que si naciere todo á un tiempo, tanto mejor.

Al siervo de mala inclinación torturas y cepo: enviale al trabajo para que no esté mano sobre mano; pues es la ociosidad maestra de muchos vicios.

Los deseos consumen al perezoso: pues sus manos no quieren trabajar poco ni mucho: todo el día se le va en apetitos y antojos.

A ese siervo inútil arrojadle á las tinieblas de afuera.

Os rogamos, hermanos míos, que adelanteis más y más en esto tanto amor, y procuréis vivir quietos, y atended á lo que tenéis que hacer, y trabajéis con vuestras manos, conforme os tenemos ordenado.

Aun estando entre vosotros ó intimábamos esto: quien no quiere trabajar tampoco coma.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Si consultamos la historia más antigua del mundo, ella nos dice que el hombre, así que hubo salido inocente y feliz de las manos de su Criador, fué destinado al trabajo: *Posuit Dominus Deus hominem in paradysum voluptatis, ut operaretur et custodiret illum.* (GENES. III). Pero lo que en el estado de inocencia era solo un entretenimiento, después del pecado fué un castigo, una necesidad: *In sudore vultus tui cecideris panis.* (IHEM. CAP. III). Así vemos que Dios quiso desterrar la ociosidad del hombre, tanto inocente, como pecador.

Mientras Sanson se ocupó en combatir á los filisteos, siempre fué vencedor de los mismos, y los trabajos de la guerra, al paso que le

hacian más robusto, le hacian también más virtuoso: pero, desde el momento en que se entregó á sus ociosos amores con Dalila, se vió rodeado de grandes peligros, que acabaron por encadenarlo y entregarlo en manos de sus enemigos. (Jtnc. xvi).

David, en el trabajo, en el destierro y en la guerra fué un modelo devalentía, de mansedumbre y de continencia; pero la ociosidad le hizo incontinente, y la incontinencia le hizo cruel. Perdió el respeto al honor, tampoco respetó la vida ajena. (II Rec. xi).

Salomón fué muy devoto y celoso por la gloria de Dios, mientras estuvo ocupado en la fábrica del santo templo y en procurar á labrar la dicha de sus pueblos; pero, apenas se entregó á una vida ociosa, né idolatra, injurioso y tirano. (III Rec. xi).

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

*Qui nobis vires idoneas ad laborandum suppeditavit, in die iudicii parem quoque in laborando industrias repositet.* S. Basil. in Regul. cap. 27.

*Quomodo non odio prosequendum otium, quod formica, et ape pejorem efficit hominem qui, utique initio conditionis suae, positus est in paradiso, ut operaretur et custodiret eum?* Idem, in cap. 1 Isai.

*Nulla sine labore virtus, quia labor processus virtutis est.* S. Ambros. lib. 2 de Cain, cap. 2.

*Facito aliquid operis, ut te semper diabolus inveniat occupatum. Non enim ab illo facile capitur, qui bono vacat exercitio.* S. Hieron. Epist. 4.

*Deus possit hominem ad laborandum, artusque ejus ad hoc effinxit; idcirco otiosus ab*

El que nos ha dado fuerzas bastantes para trabajar, en el día del juicio nos pedirá también cuenta de cuál ha sido nuestra aplicación al trabajo.

¿Quién dada de que hemos de aborrecer la ociosidad, que hace al hombre aún ménos que la hormiga y la abeja, y cuya colocacion desde un principio fué en el paraíso, para que la cultivara y guardara?

Sin trabajo no hay virtud, porque el trabajo es el camino que conduce á todas las virtudes.

Empleate siempre en alguna labor, para que el demonio te encuentre continuamente ocupado: pues no es fácil que sea vencido por el quien trabaja honestamente.

Dios destinó al hombre para trabajar y compaginó sus miembros á este fin: luego el que vive ocio-

*ordine suo et creatione desicit.* S. Chrysost. in II ad Thessal., cap. 5.

*Labor malos mores corrigit.* Idem, in Psalm.

*Laborantibus finis dulcis est.* Idem, Hom. 1 in Math.

*Per hanc otiositatem accendimur frequenter ad luxuriam, per hanc animamur ad superbiam, per hanc ducimur ad mundi gloriam, per hanc tenentur delicate pasti, per hanc suffocamur pretiose vestiti, per hanc ad superfluam dormitionem trahimur, per hanc ad verba secularia ducimur. Numquam quis civis caelorum erit, si otiositatem amaverit.* S. Aug., serm. 16.

*Sine labore non possumus transire estium hujus saeculi.* S. Gregor. in Regist.

*Homo ad laborem natus est; si refugit laborem, non facit id, ad quod natus est.* S. Bern. in Dec.

*Cum arguantur otiositatis ipsi etiam quos nemo conducit, ipsi jam conducti sunt, si otiosi inventi fuerint, quid merentur? Fides quippe sine operibus mortua est.* Idem, serm. in Purific. B. M. V.

*Otia velut janua utitur demon, et illicitis cogitationum illecebris etiam purissimas mentes instillet.* Idem, lib. 1 de Consider.

so no corresponde al fin de su creación.

El trabajo corrige las malas costumbres.  
La muerte es muy dulce para los que han trabajado cristianamente.

Por causa de la ociosidad se endurece con frecuencia nuestra lujuria, se aumenta la soberbia, nos cautiva el brillo del siglo, somos tentados á causa de nuestra delicadeza en el comer, somos vencidos por nuestra vanidad en el vestir, inclinados á las conversaciones mundanas. De modo, que el que ama la ociosidad, jamás podrá ser ciudadano del cielo.

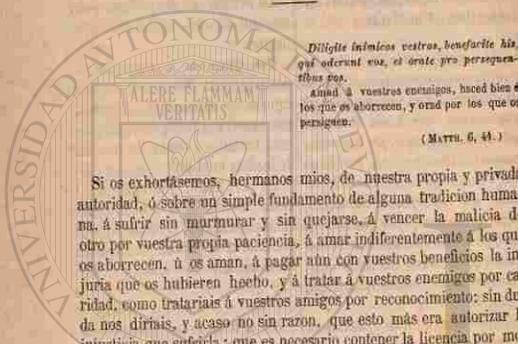
Sin el trabajo no podemos escapar felizmente del calor que avivan las pasiones en esta vida.

El hombre ha nacido para trabajar y padecer; si huye de esto, no corresponde al fin por el cual nació.

Si son reprendidos por su ociosidad aún aquellos á quienes nadie había alquilado, qué castigo merecerán los que ya fueron alquilados en la viña del Señor, y no trabajan? Es muy cierto que *la fe sin las obras es como muerta.*

El demonio echa mano de la ociosidad como de una llave, con la cual introduce los pensamientos más impuros en el alma de las personas más inocentes.

## ODIO.



*Diligite inimicos vestros, benefacite his, qui oderunt vos, et orate pro persecutoribus vos.*

*Añad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, y orad por los que os persiguen.*

(MATT. 5, 44.)

Si os exhortásemos, hermanos míos, de nuestra propia y privada autoridad, ó sobre un simple fundamento de alguna tradicion humana, á sufrir sin murmurar y sin quejarse, á vencer la malicia de otro por vuestra propia paciencia, á amar indiferentemente á los que os aborrecen, á os aman, á pagar aún con vuestros beneficios la injuria que os hubieren hecho, y á tratar á vuestros enemigos por caridad, como tratariais á vuestros amigos por reconocimiento; sin duda nos diriais, y acaso no sin razon, que esto más era autorizar la injusticia que sufrirla; que es necesario contener la licencia por moderadas venganzas; que es natural reprimir las pasiones de otro por las suyas propias; que más es pervertir la amistad que conservarla, el contemplar á los que la desprecian; que un corazon debe ser la recompensa de otro corazon; y que la caridad no puede emplearse bien sino con los que la practican con los otros. ¿Y cómo nos atreviamos por nosotros mismos á anunciar estas verdades, en un tiempo en que la iniquidad se ha acrecentado y la caridad se ha disminuido; en que por vanos razonamientos y distinciones imaginarias, se ha procurado justificar la mayor parte de los enojos y de las venganzas; en que, lejos de tener alguna atencion por sus enemigos, ni aún á sus amigos se perdoná?

Pero hablamos con confianza, puesto que os hablamos con las palabras de Jesucristo. Y así no deis oído á lo que la carne y la sangre os revelan, á lo que el mundo os enseña, á lo que la naturaleza corrompida os aconseja, á lo que vuestra débil razon os inspira, á lo que una injusta costumbre os persuade, á lo que una ley imperfecta parece permitir: Jesucristo es quien habla: *Ego autem dico vobis, diligite inimicos*. El nos enseña, no solamente la caridad, sino tam-

bien la perfeccion de la caridad. El nos muestra que un cristiano debe ser un hombre dulce y pacífico, que no sea enemigo de nadie, y que haga morir en su corazon todas las semillas de division y de odio. Pero, yo hallo que hay en la sociedad tres fuentes de discordia y de odio: el humor, que cada uno sigue casi sin reflexion, porque todo se da á su natural y á su propio sentido; la pasion, que excítandose por la menor injuria que se recibe, ó que se cree haber recibido, incita á aborrecer y á vengarse; y el interés, que apeguámonos á los bienes de este mundo, arma nuestra codicia para adquirirlos ó defenderlos. Hoy dia vengo á enseñaros, que es necesario que la caridad destruya en vuestros corazones estos odios de humor, estos odios de pasion y estos odios de interés; y ved aquí toda la division de este discurso. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Aunque no haya precepto más recomendado en la Escritura que la caridad y el amor del prójimo; con todo, es el precepto ménos observado; y la caridad, la más perfecta de las virtudes, es la más expuesta y la más frágil de todas. Ella depende de nuestro genio y de nuestro capricho; un aire de espíritu un poco diferente del nuestro, un grado de calor ó de frialdad más ó ménos en nuestro temperamento, unos modales un poco ménos atentos, que no convienen á no sé que genero de politica, de que uno se precia, son capaces de alterar nuestra imaginacion y resfriar nuestra caridad.

El mundo está compuesto de ciertas pequeñas contrariedades que hacen, que se desagraden los unos á los otros; la diferencia de costumbres, la desigualdad de inclinaciones y de hábitos, el choque de intereses ocultos ó conocidos, la diversidad de ideas, y de pareceres distintos, y la mezcla de tantos espíritus poco acomodados ó incompatibles, que son graves los unos á los otros, y que no conocerian ó por sus vicios ó por sus virtudes, conservan muchas veces, si no se tiene cuidado, por lo ménos la indiferencia y la frialdad, y aún, algunas veces, secretas aversiones en el corazon. Se llega á juzgar mal de sus hermanos, porque se tiene buena opinion de sí mismo, no se les ama, porque se ven en ellos prendas que no se estiman; examínanse sus defectos, y se ocultan los suyos propios. De este modo se pasa la vida, en sufrir y en quejarse por nada los unos de los otros; esta es la flaqueza de nuestra naturaleza. Pues ¿por qué, diréis vosotros, no somos igualmente inclinados á la equidad y á la justicia? ¿De dónde nace esta contrariedad de humores que causa tantas impaciencias? ¿No era mejor haber formado sobre un mismo modelo los sentimien-

tos y las inclinaciones de los hombres? No, oyentes, Dios lo ha permitido así, y los santos Padres dan de esto tres razones diferentes. La primera es para dar ejercicio á muchas virtudes cristianas; si nada hubiese que estimar en nuestros hermanos, ¿en qué estaría nuestra humildad? Si nada hubiese que escuchar en ellos, ¿en qué estaría nuestra condescendencia? Si nada sufriesen, ¿en qué estaría nuestra compasión? Si nada fuésemos que sufrir de ellos, ¿dónde estaría nuestra paciencia?

La segunda razon es, á fin de tener á los hombres en una especie de igualdad que los impida el preferirse unos á otros; que les haga ver que, teniendo ellos mismos sus defectos, tienen necesidad de la misma gracia que se les pide, y que sufriendose mutuamente, se haga como una justa compensacion de caridad y de paciencia. La tercera razon es, á fin de que nos sirvamos como de espejos los unos á los otros, y que en los defectos ajenos nos representemos los nuestros; de otro modo, seríamos inexcusables, incorregibles é injustos; inexcusables, si estando tan atentos y tan ilustrados como lo estamos para descubrir lo que hay de defectuoso en la persona y en las acciones de nuestros hermanos, carecemos de caridad y de luz para conocer y ver en nosotros lo que aborrecemos ó lo que despreciamos en ellos; incorregibles, si con el deseo natural que tenemos todos de ser alabados y de ser queridos, no trabajamos en reformar en nosotros lo que conocemos muy bien no ser ni loable ni apreciable en los demás; injustos, en fin, si, censurando á nuestro prójimo, pretendemos eximirnos de la censura, y si hallando razones para recusarle nuestra amistad, no creemos que hallará en nosotros motivo alguno para privarnos tambien de la suya.

Luego no es razon para eximirse de amar á su prójimo el decir: me enada, no me gusta. No quiera Dios que la paciencia de un cristiano, que debe estar á prueba de las persecuciones y de los martirios, se rinda á estas pequeñas y frívolas tentaciones, y que la caridad, que debe ser fuerte como la muerte, ceda y se apague por unos pequeños disgustos y por unas pequeñas aflicciones de la vida. Hay una dilatacion cristiana que debemos ejercer sobre todos, sean ó no sean de nuestro agrado. Digo cristiana, esto es, que venga de un corazón puro y de una fe no fingida; porque hay una moderacion mundana y una circunspeccion política que só lo asemeja. Hay un arte de hacerse amigos á poca costa, de atravesar la atencion por la que se muestra tener por los otros, y de establecer tambien su reposo, no turbando el de los demás, fúrgase que los bienes que se hacen no son perdidos, que estas amistades efímeras producen otras. Siempra-

se para coger. No es esta la caridad que Dios manda, es la política que el mundo aconseja á los que le siguen.

Amar, expresa el afecto del corazón. No basta hacer el bien, es necesario hacerlo por un motivo interior y una sincera benevolencia. *La fraternitaria amore exempli in corde diligitte attentius*, dice S. Pedro (1.ª Peta. 1. 22). Amos entrañablemente unos á otros, con amor fraternal, con un corazón sencillo; esto es, sed simples respecto de los defectos y de los genios de los otros, y circunspectos tocante á los vuestros. El corazón sencillo y franco no se resfria jamás, no se olvida ligaramente, no forma falsas sospechas ni vanas ideas; no atiende á ciertas pequeñas irregularidades, ni se pica de formalidades inútiles, y no exige ni obligaciones onerosas, ni complacencias forzadas; por esta indulgencia goza de su propia paz, y deja gozar á los demás de la suya; al contrario, es necesario ser circunspectos y atentos á nuestra conducta; esta circunspeccion hace que vele cada uno en todas sus obligaciones, que se acomode á las obligaciones de los otros, que les preveenga en honor y en afecto, que sea sensible á sus necesidades, que se le haga valer á su mérito todo cuanto vale, y que se tema siempre el ser ménos dulce, ménos contenido y ménos atento de lo que se debe ser. El amor propio invierte este orden: guardamos nosotros nuestra prudencia para examinar al prójimo con rigor, y la simplicidad para permitirnosle todo á nosotros mismos; nosotros queremos que nuestros hermanos sean nuestros amigos, y queremos ser los tímidos de nuestros hermanos; cada uno quiere amar á su prójimo cómodamente, y el quiere ser amado de todos modos; cercébase uno sus obligaciones, y extiende las de los demás; de aquí provienen los despechos y venganzas, los celos, las esperanzas y los odios entre los hombres por la diferencia de pareceres; odios que la caridad debe destruir. Veamos ahora como la caridad debe tambien arreglar los odios que provienen del resentimiento de las injurias para el perdón de los enemigos.

2. El precepto de amar á los enemigos y perdonar las injurias, es propiamente una disposicion de la ley nueva y el precepto de Jesucristo: *Hoc est preceptum novum dixit, xv, 11*). La prudencia de la carne se ofende de ello, opínese toda la fuerza de la naturaleza, todos los movimientos de un corazón humano se hallan combatidos; para establecer una ley semejante, no era necesario ménos que un legislador como el que la dió, que la hizo justa por su autoridad, posible por su gracia, santa y necesaria por su ejemplo.

Esta ley del Evangelio ha sido una de las principales pruebas de su divinidad; y si Jesucristo ha establecido una perfecta caridad, esta

caridad, bien observada, no ha servido de poco para establecer la fe y la religión de Jesucristo, habiendo sido la paciencia de los mártires como el fundamento de la grandeza y de la gloria de la Iglesia. Su dulzura se acomodaba con su valor; no resistían ni se rendían; tenían un corazón capaz de sufrir y de perdonar; humildes y generosos á un mismo tiempo, no perdían ni la caridad por sus tiranos, ni la paciencia en sus suplicios; los paganos estaban admirados de esto; veían á aquellos hombres, que no tenían ninguna de las costumbres ni de las inclinaciones de los demás hombres; que miraban á la pobreza como á las riquezas; que sufrían y que se regocijaban en sus sufrimientos; que eran aborrecidos y que amaban; habían dudado de la verdad de sus milagros, pero su paciencia los desarmaba; entóces fué cuando reconocieron que aquella caridad, que no odia á los odios obstinados, no podía ser obra de la naturaleza; creyeron en el poder invisible de Jesucristo que los sostenía: no pudieron continuar en aborrecer á los que no podían cansarse en amarlos; los admiraron, los amaron y los imitaron; si hubiesen sufrido sin amar, los sufrimientos hubieran sido inútiles; si hubiesen amado sin sufrir, su caridad hubiera sido sospechosa. ¿á lo ménos, coman; pero ¿quién hay que pueda resistir por tanto tiempo á la paciencia y á la caridad unidas á un mismo tiempo? De donde conclujo, que en la necesidad en que nos hallamos de contribuir á la salvación los unos de los otros, debemos santificarnos á nosotros mismos por el amor de nuestros enemigos, y ganar á nuestros enemigos por nuestra dulzura y por nuestra paciencia.

Pero entremos á declarar por menor este precepto. Jamás se ha explicado más claramente Jesucristo. Prepara á escucharle por aquella autoridad del todo divina de legislador y de maestro, de la cual se vale cuando quiere pronunciar ó sus leyes ó sus juicios, y sujeta la razón y las mismas pasiones de los hombres á su voluntad y á su servicio: *Ego autem dico vobis*. Yo soy quien os lo mando; él sabe el yugo que nos impone, y sin restricción, sin limito, sin excepción, nos manda vencer nuestros resentimientos, y amar á nuestros enemigos: *Diligite inimicos vestros*. Aunque el amor lo comprenda todo, Dios sabe que se distraza, que se adula y que se da el nombre de amistad á crueles indiferencias, que se alimentan de la sombra y de la imágen de una caridad superficial é infructuosa, y así, añade: *haced bien, benefacite*. Parece que esto era bastante, y que hacer bien comprende todos los bienes juntos; pero quiere explicar sus intenciones; pretende que emprendamos nosotros ganar á nuestros enemigos pidiendo por nosotros y por ellos, y que nuestras oraciones sean tan fervorosas como deben ser sinceros los efectos de nuestro amor y los

sentimientos de nuestro corazón: *Orate pro persequentibus*. Pero como los hombres de ordinario son interesados y en ocasiones difíciles es necesario sostenerlos por grandes esperanzas, les promete que llegarán á ser los hijos de su adopción y los herederos de su reino: *Ut sitis filii patris vestri*. Hace de la suya: *Dimitte, et dimitte-tur*. Después de esto, buscad salidas, pretextos de justicia, de honor, de razón y de defensa; aumentad el daño que se os hace, justificad el que habeis hecho, formaos una conciencia que se compadezca con vuestras pasiones, directores que se acomoden de ella; vosotros hallareis en vosotros mismos con que engañaros, pero no hallareis con que excusaros en el Evangelio. Es necesario, pues, que ameís á vuestros enemigos con un amor efectivo, que tema por ellos los peligros á que se expone, que espere por ellos la gracia que Dios les puede hacer como á vosotros; es necesario entristecerse de la ceguera en que se hallan, alegrarse de todos los bienes que les suceden, y de todo aquello que tiene la mayor conexión con su salvación; de otro modo no los amáis en efecto; es necesario hacerles bien en sus necesidades y sus urgencias: *Si esurierit inimicus tuus, ciba illum*, dice el Apóstol (Rom xii, 20). Por último, es necesario orar por ellos: *Orate pro persequentibus*.

Veid aquí, oyentes, á que os obliga este precepto de Jesucristo; y qué excusa hallareis vosotros para salvar vuestros resentimientos y vuestras venganzas? ¿Diréis, acaso, que este mandamiento es difícil? Yo lo confieso, pero también la recompensa que promete es grande: *Duro jussit, sed magna promisit*, dice S. Agustín, ser hijos del Padre celestial, ser herederos de su reino y coherederos del mismo Jesucristo. Veid aquí aquella caridad que apaga los resentimientos. Veamos en pocas palabras cuáles son los odios de interés que debe vencer.

3. Una de las principales condiciones que el Apóstol dá á la caridad, es; que no busque sus intereses: *Non querit, qua sua sunt* (I Cor, xiii, 5); y uno de los principales desórdenes que produce el interés, es hacer perder la caridad. No hay cosa más fuerte en el corazón del hombre que que la codicia de los bienes del mundo; el rico halla en ellos con qué proveer sus pasiones; el pobre, con qué aliviar sus necesidades. El uno los mira como útiles á sus placeres, el otro como necesarios á su conservación; y así, teniendo en un estado diferente casi los mismos deseos, el uno de mantenerse en su vanidad, el otro de salir de su indigencia, nada se les hace más sensible que perder lo que poseen, nada más dulce que adquirir lo que no poseen. De aquí

previene, que nada hay tan difícil como reparar la ofensa que hacemos á los otros perjudicándolos en sus bienes, y nada que cueste tanto como perdonar á los demás la que nos hacen reteniéndonos los nuestros: esta es la raíz principal de las enemistades y de las venganzas, y los mayores peligros á que todos los días se halla expuesta la caridad. Pero yo digo que en estas ocasiones debe un cristiano acordarse, que le importa más salvar su alma, que conservar sus bienes; que hay intereses que manejar más considerables que los temporales, y que la caridad es aquella perla evangélica, que para adquirirla es necesario venderlo todo, y todo perderlo para conservarla.

No obstante, sería de hoy, por un derecho incierto, por una pretension dudosa, sería de hoy, por un derecho incierto, por una pretension dudosa, se cubre la verdad con astucias artificiosas, se pesa del exámen de la causa á la ruina de las personas; se quejan, se aborrecen, se venguen, se acusan, encubriéndose todas sus pasiones, las más veces por un pequeño interés. Yo bien sé, que la justicia es como un dique que Dios ha opuesto á la insolencia de los grandes y de los ricos del siglo, que oprimen á los pobres y á los débiles; que es permitido defender por vía justa los bienes que se nos hurtan injustamente, y que hay tambien algunas veces una especie de caridad en reprimir las codicias, y de no permitir solo todo á la injusticia. Pero tambien sé, que de aquí nacen mil pasiones, las falsas sospechas, las palabras injuriosas, las feas calumnias, las injurias atroces y las enemistades irreconciliables: sondaed vosotros mismos vuestras conciencias si podeis evitar estos escollos, implorad la justicia si es necesario contra vuestros hermanos; pero, mantened la paz con ellos; pelead contra hacienda, si queris, pero estad dispuestos á perderla antes que perder la caridad.

No terminare este discurso sin recordaros dos ejemplos de este desinterés en la persona de dos hombres de la más caritativa, de la más pacífica y de la más santa familia que la Escritura Santa nos ha representado; de Tobias el padre, y el de su hijo. Este buen viejo, estando ya para dar los últimos suspiros, levantando ya su mano trémula para cobrar la bendición á su hijo, le daba sus últimos consejos, que le dejaba como un testamento de piedad y como su más preciosa herencia. Yo muero feliz, hijo mío, si te dejo el temor de Dios: honra á tu madre como la naturaleza y la religion te lo mandan; ten siempre á Dios en tu pensamiento y delante de tus ojos; haz limosna de tus bienes á medida y á proporcion de lo que tuvieris, y no deseches jamás á ningún pobre. Paga pronta y largamente el salario de los que trabajasen para ti. Bendice á Dios en todo tiempo, y pídele que sen tu consejero y tu guia. Despues de todos estos avisos, le dice

que exija diez talentos de plata prestados, mucho tiempo habia, á uno de sus pacientes. Ejemplo raro, dice S. Ambrosio; los demás hombres aguardan á la muerte para pagar sus deudas, y, ordinariamente, no piensan sino en recobrar todo lo que se les debe durante su vida; y este aguarda á los últimos para pedir lo que le deben, mas para su heredero, que para si mismo.

No es ménos admirable el ejemplo del hijo, pues responde con sumision á todos los consejos de su padre: *Omnia quocunque precepisti mihi, faciam pater* (Ton. v. 1); pero, cuando le manda cobrar sus deudas, no lo asegura: *Quomodo pecuniam hanc requiram, ignoro* (Ton. v. 2). Este es el único consejo que le embaraza; otro hubiera hallado excusas para todo lo demás.

Trabajemos, hermanos míos, en formarnos sobre estos grandes modelos que el Espíritu Santo nos presenta en los sagrados Libros, para que nos sirvan de guia en nuestra vida. Si la caridad de Jesucristo reinar en nosotros, ella derramará en nuestras almas una unción, una dulzura y una paz, que desterrará todas esas asperezas de temperamento, todas esas trilezas de capricho, todos esos odios del genio, de pasion y de interés que nos turban. Estas antipatías y estas aversiones secretas serian vencidas por el amor divino y sobrenatural del prójimo, que nos haria mirar en nuestros hermanos los miembros de Jesucristo, los hijos de Dios, y las sagradas facciones de su imagen, á la cual han sido formados como nosotros. No hay otros, dice S. Agustín, que los demonios, que, siendo los enemigos irreconciliables de Dios, sin esperanza de volver á su amistad, dejan serlo nuestros; pero, como los mayores pecadores pueden llegar á ser penitentes y santos, no nos es permitido aborrecer en ellos sino el pecado, pudiendo á Dios por su conversión, para que, despues de haber estado unidos sobre la tierra por los vinculos de la caridad, lo estemos tambien en el cielo por la gloria, que yo os deseo. Amen.

## REVISIONES.

ODIO.—No hay pecados que no sean capaces de producir el odio. No hay pecados que el odio no sea capaz de producir.

ODIO.—El odio que tenemos á los hombres á causa de sus pecados, manifiesta la injusticia de nuestra aversion.

El odio que tenemos á los hombres á causa de sus virtudes, manifiesta la corrupcion de nuestro corazon.

El odio que tenemos á los hombres á causa de naderías, manifiesta la debilidad de nuestra caridad.

ODIO.—El odio nos ciega, y nos hace ver como grandes pecados las mejores acciones de aquellos á quienes no amamos.

El odio nos endurece, y nos hace insensibles á las bondades de aquellos que no han merecido una estra aversión.

ODIO.—Ha dado ocasión á las conspiraciones más injustas.

Ha dado ocasión á los insultos más insolentes.

Ha dado ocasión á las violencias más crueles.



PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

*Non oderis fratrem tuum in corde tuo. Levit. xix. 17.*

*Odiun suscitát rixas, et universa delicta operit charitas. Prov. x. 12.*

*Melius est vocari ad cetera cum charitate, quam ad vitulum saginatum cum odio. Idem. xv. 47.*

*Si ergo offers munus tuum ad altare, et ibi recordatus fueris quia frater tuus habet aliquid adversum te; relinque ibi munus tuum ante altare, et vade prius reconciliari fratri tuo. Matth. v. 23, 24.*

*Qui dicit se in luce esse, et fratrem suum odit, in tenebris est usque adhuc. I. Joann. ii. 9.*

*Omnis, qui odit fratrem suum, homicida est. Idem. iii. 15.*

*Si quis dixerit quoniam diligo Deum, et fratrem suum oderit, mendax est. Idem, iv. 20.*

No aborrezcas en tu corazón á tu hermano.

El odio mueve rencillas; pero la caridad cubre todas las faltas.

Vale más ser convidado á comer unas verduras en la casa del que nos ama, que comer un ternero cebado en la del que nos odia.

Por tanto, si al tiempo de presentar tu ofrenda en el altar, allí te acuerdas que tu hermano tiene alguna queja contra ti; deja allí mismo tu ofrenda delante del altar, y vé primero á reconciliarte con tu hermano.

Quien dice estar en la luz, aborreciendo á su hermano ó al prójimo, en tinieblas está todavía.

Cualquiera, que tiene odio á su hermano es un homicida.

Si alguno dice: si, yo amo á Dios, al paso que aborrece á su hermano, es un mentiroso.

Para las figuras ó ejemplos de la Sagrada Escritura consúltense los tratados: Amor del prójimo y Perdon de las injurias.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

*Qui occidit, et qui odit fratrem suum, et qui ei detrahit, pari poena digni esse monstrantur. S. Hieron. in Epist.*

*Sicut rex in imagine sua honoratur, sic Deus in homine diligitur et oditur. Non potest hominem odire, qui Deum amat, nec potest Deum amare, qui hominem odit. S. Chrys. in Matth. 22.*

*Hoc est pugna periculosa et hoc gloriosa victoria, qui poterit odisse quod amat, et amare quod odit. Idem in Hom.*

*Hoc est perfectio odio odisse, ut vitia, non homines oderis, nec vitia propter homines diligas. S. August. in Psalm. 158.*

*Festuca in oculo ira est, trabi in oculo odium est. Idem in cap. 7 Matth.*

*Qui ergo motum nocendi habet in animo, debet judicare se reum; si autem prodeat in contumeliam adversum fratrem, eget reconciliatione. Si autem non judicat se reum, nec vult fratri reconciliari, reus erit gehennae. S. Greg. Hom. in Matth. 3.*

Merecen igual castigo el que mata, el que aborrece, y el que calumnia á su prójimo.

Así como el rey recibe honores por medio de su retrato, así Dios es ó amado ó aborrecido en el hombre que es su imagen. Quien ama á Dios, no puede aborrecer al hombre; ni puede amar á Dios quien aborrece al hombre.

Esto es á la vez la lucha más difícil y la mayor victoria, poder aborrecer lo que se ama, y amar lo que se aborrecia.

Aborrecer los vicios, y no los hombres, ni aplaudir los vicios por respetos humanos; hé aquí el modo de aborrecer con un odio perfecto.

La mota en el ojo, significa la ira; la viga en el ojo, significa el odio.

El que tiene en su corazón voluntad de vengarse, debe juzgarse por culpable; mas si prorrumpe en injurias contra su prójimo, debe reconciliarse con él. Si, empero, no se reconoce reo, ni quiere reconciliarse con su hermano, merece el infierno.

OFENSAS; véase: AMOR Á LOS ENEMIGOS Y PERDON DE LAS INJURIAS.

## OMISION.

*Namque specialiter et te misereri conserui  
est, sicut et ego. tui miseribus sum?*

*¿No debías tú también tener compasión de  
tu compañero, así como yo la tuve de tí?*

(MATT. XVIII, 33.)

Ciertamente, muy pronto muda de dictamen este rey del Evangelio. Lleno de rigor y enojo, manda castigar severamente á uno de sus siervos porque le debe la suma de diez mil talentos; mas, en cuanto está postrado á sus pies, le ruega que lo onceda un plazo para el pago, se dá por satisfecho y le perdona generosamente la deuda. Muy poco, sin embargo, persevera en esta benévola disposición, pues llamando nuevamente á aquel infeliz, vuelve otra vez las riendas á su enojo, revoca la donación, y entrega el deudor á los ministros de justicia para que satisfaga hasta el último denario: *Iratus dominus eum, tradidit eum tortoribus, quoadusque redderet uniuersum debitum* (MATT. XVIII, 34).

No hay que admirarse de esto, oyentes míos. Ese malvado se ha labrado su desgracia con sus propias manos. En vez de confundirse y humillarse ante la admirable clemencia de su señor, y de imitar la generosidad de que le había dado ejemplo con tan magnánima acción; llevado de una cruel avaricia, acomete á uno de sus compañeros que le debía cien solos denarios, y sin escuchar sus ruegos, tratando de él y amenazando ahogarle, pígame, le dice; que no quiero aguardar más: *Et tenens suffocabat eum, dicens: Redde quod debes* (MATT. XVIII, 28). Hé aquí porque se trocó en irritación la blandura que poco antes aquel bondadoso príncipe había manifestado para con su deudor.

Parece, sin embargo, que el enojo del rey procede, no ya de la crueldad, sino de la falta de indulgencia; no del hecho, sino de la omisión de su siervo; pues así lo dá á entender, cuando, volviéndose á él, le dice: ¿Por qué despues de haber experimentado mi clemencia, no has tenido compasión de tu compañero? De aquí debemos inferir, que los pecados de omision serán severamente castigados en el tribu-

nal de Jesucristo; porque lo mismo ofende á Dios el que obra mal, que el que deja de hacer el bien, sobre todo, si la falta de cumplimiento recae en aquellas cosas que nos son prescritas por sus santos mandamientos, en lo que consiste el pecado de omision. Os lo demostraré, despues de haber implorado los auxilios de la gracia. A. M.

4. La perfeccion humana se comprende toda en aquellas dos excelentes máximas que nos inculca el Salmista: *De Mala à malo, et fac bonum* (PSALM. XXXVI, 27), esto es, hacer el bien y huir del mal. Por lo que fué necesario que los divinos mandamientos se dividieran en dos clases, afirmativos, que prescribieran el bien; y negativos, que prohibieran el mal. Así pues, entre los mandamientos de Dios hay unos que nos obligan á obrar bien, y se llaman afirmativos; y otros que nos prohiben obrar mal, y se llaman negativos. Los afirmativos son tres, á saber, el primero, amar á Dios sobre todas las cosas; el tercero, santificar las fiestas; y el cuarto, honrar á los padres, á los príncipes y superiores; los otros siete son negativos. Ahora bien, siendo como es indudable, la obligación estrecha que tenemos de observar todos y cada uno de los mandamientos divinos, de manera que, como dice el apóstol Santiago, el que quebranta uno solo de ellos, aunque cumpla todos los demás, se hace ya culpable de haber violado la ley: *Quicumque totam legem serauerit, offendat autem in uno, factus est omnium reus* (JAC. XI, 10); síguese de aquí, que lo mismo será castigado el que hace lo vedado, que el que omite lo prescrito.

Leed la sentencia que Jesucristo nuestro juez nos ha prometido fulminar contra los impios en el día terrible de las venganzas, y veréis que en ella no se habla expresamente de otros pecados que de los de omision. Hé, dirá, malitos, á venir por todos los siglos en el fuego eterno preparado para Satanás y sus secuaces. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui hósped, y no me hospedasteis; desnudo, y no me cubristeis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis en la persona de mis pobres: porque cuanto dejasteis de hacer en favor de éstos, lo dejasteis de hacer en favor mio.

Y á la verdad; qué diferencia habría entre un padre inhumano que diese muerte de un golpe á un hijo suyo, y una madre desapiadada, que negando el pecho á una tierna criatura la dejase morir de hambre? Si tuviera yo que pesar el delito de uno y otra, solo hallaría esta diferencia, que el primero habría muerto á su hijo prontamente y sin mucha crueldad, al paso que la otra hubiera dado á la inocente

erradura una muerte lenta y horrorosa. Por lo demás, tan homicida sería el padre clavando el puñal en el pecho de su hijo, como la madre negándole el necesario sustento.

La única diversidad que existe entre los pecados de obra y los de omisión consiste, en que caemos más fácilmente y con más frecuencia en éstos que en aquellos; porque los preceptos negativos nos obligan á estar en continua vigilancia para no incurrir en lo que por ellos se nos prohíbe, al paso que los afirmativos, aunque están siempre en vigor, su observancia no exige una atención tan continua de nuestra parte. Me explicaré para que me entendáis mejor. Los mandamientos negativos de no injuriar el nombre de Dios, de no matar, de no cometer deshonestidad, de no huetar, de no mentir, de no formar pensamientos ilícitos, nos obligan en todo lugar y tiempo á abstenernos de las cosas que nos vedan, por ser siempre pecaminosas. Los afirmativos, al contrario, solo debemos cumplirlos en tiempo y lugar determinados. Así, por ejemplo, el precepto de amar á Dios sobre todas las cosas no nos obliga á practicar actos de caridad mientras dormimos ó nos ocupamos en el desempeño de los negocios temporales y honestos de nuestro estado, bastando entonces la voluntad general de hacerlo todo á mayor gloria de Dios; el de santificar las fiestas solo tiene lugar en los días feriales; y el de honrar á los superiores no nos obliga á practicar actos de obsequio y reverencia cuando tratamos con los inferiores.

Conviene, empero, advertir que todo precepto afirmativo entraña otro negativo; de manera, que si debemos hacer con frecuencia actos de amor de Dios, siempre y en toda ocasion, nos está vedado el pensar, decir ó obrar cosa alguna que redunde en su menosprecio; si en los días festivos estamos obligados á practicar ciertas obras piadosas, no podemos hacer ninguna que profane aquellos santos días; y si Dios nos manda honrar y reverenciar á los padres, á los príncipes y á los superiores, nos prohíbe juntamente injuriarles en cualquier tiempo.

De donde se infiere, que pecamos por omisión siempre y cuando advertidamente dejamos de hacer lo que nos manda Dios con su ley, en el lugar y tiempo en que debemos practicarlo. Tanto peca y se hace merecedor del fuego eterno el que ejecuta lo prohibido, como el que omite en materia grave lo que prescribe la ley.

2. Así como los Santos, no solo gozarán las delicias del paraíso en premio del bien que hicieron y de los trabajos que padecieron por servir á Dios, si que tambien recibirán eternas alabanzas por haber resistido con firmeza y constancia al peligro de obrar mal quebran-

tando la ley de Dios; así tambien los inicos serán precipitados al abismo de perdición eterna por haberse abandonado á la corriente de los vicios, y por haberse apartado del camino de la virtud, al que con tantas amorosas voces internas y externas les llamaba el Altísimo.

Observa el papa S. Gregorio, que de poco aprovecha al cristiano el abstenerse de obrar mal, si, por otra parte, no procura con la mayor diligencia y asiduidad obrar bien; pues, como nos enseñan las santas Escrituras, solo las buenas obras pueden asegurarnos la vocacion y eleccion á la gloria, y á la hora de la muerte, despojados de todos los bienes terrenos, solo llevaremos á la otra vida nuestras obras. Y yo añado, que si queremos salvarnos, es absolutamente necesario que nos afanemos en obrar bien, á fin de recuperar el tiempo que hemos perdido obrando mal. Estadme atentos.

No podeis negarme que sois pecadores, es decir, que habeis ofendido muchísimas veces á Dios. ¿Qué hombre hay tan justo sobre la tierra, que obre siempre bien y no peque jamás? El que se jacta de no haber pecado, miente, y trata de alucinarse á sí propio. Ahora ¿sabeis lo que han de hacer los pecadores, si quieren tener parte en el paraíso? Tres especies de operaciones: unas que les dispongan á reconciliarse con Dios, otras que satisfagan los agravios inferidos á la justicia divina, y otras, en fin, que les hagan merecedores de la felicidad de los escogidos. En otros términos, necesitan hacer obras buenas, dispositivas, satisfactorias y meritorias.

En cuanto á las primeras, es de fe, que el pecador adulto no se justifica, si de su libre voluntad no coopera á la gracia que le ayuda á enmendarse. Por tanto, ha de avivar la fe, alentar la esperanza, temer el castigo merecido, confiar en la misericordia divina, detestar con santo aborrecimiento los deseos que ántes amaba, concebir sentimientos de amor y veneracion para con Dios, á quien ha ofendido y ultrajado inicuamente; porque el Señor no otorga su gracia santificante al pecador, si primero éste no se convierte á él.

En cuanto á la segunda especie de obras, sería una loca temeridad si el pensar, que perdonándonos Dios las culpas mediante la infusion de su gracia santificante, nos perdonase tambien siempre toda la pena, sin exigitnos ninguna satisfaccion en esta ni en la otra vida. Semejante modo de proceder no se averdria con su infinita clemencia, pues, como dicen los Padres del concilio Tridentino, pudiera suceder que los pecadores no considerasen las culpas como un mal tan grave cual lo son en realidad, y que se acostumbrasen sin reparo á cometer cada vez mayores maldades, correspondiendo con nuevas alientas

á la bondad de aquel Dios que se dignó admitirles en el número de sus amigos.

Por lo que toca á la tercera clase de obras, no hay duda que debemos considerar la gloria eterna del paraíso como un don prometido liberalmente por Dios á sus legítimos hijos adoptivos, y como premio que les tiene preparada para recompensar la fiel solicitud con que procuran honrarlo y servirlo, y cumplir prontamente su santa voluntad. Por esto decía el Apóstol, que esperaba que el justo Juez le daría la corona de la justicia, y exhortaba á sus discípulos á multiplicar continuamente los frutos de obras santas y meritorias, con la esperanza de que serían largamente recompensados en el reino de Dios.

Supongamos, pues, que habeis recuperado la gracia de Dios por medio de los sacramentos, y que sois justos; aún así, no podreis liberos de la pena á que todavía sois acredores por vuestras culpas, ni acumular un buen ócculo de méritos para la otra vida, si negligentes y perezosos en el servicio de Dios, no procurais aprovechar las ocasiones que, de cuando en cuando, os ofrece de hacer el bien. La divina gracia es un tesoro inestimable, y por lo mismo, el que no procura acrecentarla, merece ser castigado, como aquel siervo desdichado, que en lugar de poner á ganancia el talento que su señor le habia dado, lo tuvo ociosamente enterrado. Mientras tenemos tiempo, hagamos bien, nos dice el Apóstol: *Dom tempus habemus, operemur bonum* (GALAT. VI. 10). Y Jesucristo nos advierte, que llegada la noche, ya no tendremos tiempo de obrar. Esta noche no es otra que la hora terrible de nuestra muerte, en la cual, si por desgracia fuéremos dignos del fuego eterno, no tendremos ya ocasión ni esperanza alguna de reparar nuestras culpas con la penitencia, por lo cual debemos ahora poner toda nuestra diligencia y todo nuestro alán en hacer el mayor bien que nos sea posible.

De las diez vírgenes de que nos habla el Evangelio, solo cinco tuvieron la dicha de asistir á las bodas, siendo las otras cinco excluidas y desechadas por negligentes. ¿Qué culpa cometieron para ser tratadas con tal rigor? Una sola omision, hermanos míos, un simple olvido. Habiendo preparado las lámparas para recibir al Esposo cuando these á reunirse con ellas, pero sin ponerles aceite, como las otras cinco, durmieron con la idea de que al despertar pondrian el aceite. Mas no fué así; porque á media noche se oyó una voz que gritaba: Pronto, pronto, id á recibir al Esposo, que ya ha llegado. Levántanse al momento, corren en busca del aceite; pero, al volver, encuentran cerrada la puerta, y el Esposo no quiere abrirla. Estas necias vírgenes son la fiel imagen de aquellos que tienen fe y carecen de buenas obras.

No imiteis la vana jactancia de aquellos necios que se vanaglorian de cumplir los preceptos de la ley, porque el Hijo de Dios os tendría por siervos inútiles y enojosos: *Cum feceritis omnia que precepit sunt vobis, dicite: Servi inutilis sumus* (LUC. XVI. 10). Ahora que tenéis tiempo ejercitaos en la oracion, frecuentad los sacramentos, oíd la palabra de Dios, concurrid á la doctrina cristiana, asistid á las funciones religiosas, socorred á los pobres, haced actos frecuentes de fe, esperanza contricion y caridad, si queréis satisfacer á Dios por los pecados cometidos y alcanzar la gloria, donde solo son admitidos los que hacen buenas obras.

## ORACION.

I.

*Omnia quecumque petiveritis in oratione credente, accipietis.*

Todo cuanto pidiereis en la oracion, como tenais fe, se os concederá.

(MARC. XVI. 18.)

No hay cosa más eficaz para con Dios que la oracion. Tiene tal eficacia, que al parecer hace la palabra del hombre tan poderosa, y aún más, que la palabra de Dios. Tan poderosa, porque como Dios con una palabra hizo todas las cosas, no tiene el hombre que hacer más que hablar y pedir para conseguirlo todo: *Quodcumque volueritis, petite, et fiet vobis* (JOAN. XV. 7). Más poderosa aún, de algun modo, porque si Dios se hizo á obedecer, es solamente de las criaturas; pero tiene la oracion tal fuerza, que aún Dios obedece á la voz del hombre. Oímos cada día cristianos, que se lamentan de la inutilidad de sus oraciones y del poco fruto que sacan de ellas: no me admito, porque ¿en qué sentido decimos que la oracion es infalible? Suponemos para esto una oracion santa, una oracion que lleva todas las condiciones que la deben acompañar, y espera Dios de nosotros, cuando se obliga de su parte á concedernos todo lo que llegáremos á pedir.

á la bondad de aquel Dios que se dignó admitirles en el número de sus amigos.

Por lo que toca á la tercera clase de obras, no hay duda que debemos considerar la gloria eterna del paraíso como un don prometido liberalmente por Dios á sus legítimos hijos adoptivos, y como premio que les tiene preparada para recompensar la fiel solicitud con que procuran honrarlo y servirlo, y cumplir prontamente su santa voluntad. Por esto decía el Apóstol, que esperaba que el justo Juez le daría la corona de la justicia, y exhortaba á sus discípulos á multiplicar continuamente los frutos de obras santas y meritorias, con la esperanza de que serían largamente recompensados en el reino de Dios.

Supongamos, pues, que habeis recuperado la gracia de Dios por medio de los sacramentos, y que sois justos; aún así, no podreis liberos de la pena á que todavía sois acredores por vuestras culpas, ni acumular un buen ócculo de méritos para la otra vida, si negligentes y perezosos en el servicio de Dios, no procurais aprovechar las ocasiones que, de cuando en cuando, os ofrece de hacer el bien. La divina gracia es un tesoro inestimable, y por lo mismo, el que no procura acrecentarla, merece ser castigado, como aquel siervo desdichado, que en lugar de poner á ganancia el talento que su señor le habia dado, lo tuvo ociosamente enterrado. Mientras tenemos tiempo, hagamos bien, nos dice el Apóstol: *Dom tempus habemus, operemur bonum* (GALAT. VI. 10). Y Jesucristo nos advierte, que llegada la noche, ya no tendremos tiempo de obrar. Esta noche no es otra que la hora terrible de nuestra muerte, en la cual, si por desgracia fuéremos dignos del fuego eterno, no tendremos ya ocasión ni esperanza alguna de reparar nuestras culpas con la penitencia, por lo cual debemos ahora poner toda nuestra diligencia y todo nuestro alán en hacer el mayor bien que nos sea posible.

De las diez vírgenes de que nos habla el Evangelio, solo cinco tuvieron la dicha de asistir á las bodas, siendo las otras cinco excluidas y desechadas por negligentes. ¿Qué culpa cometieron para ser tratadas con tal rigor? Una sola omision, hermanos míos, un simple olvido. Habiendo preparado las lámparas para recibir al Esposo cuando these á reunirse con ellas, pero sin ponerles aceite, como las otras cinco, durmieron con la idea de que al despertar pondrian el aceite. Mas no fué así; porque á media noche se oyó una voz que gritaba: Pronto, pronto, id á recibir al Esposo, que ya ha llegado. Levántanse al momento, corren en busca del aceite; pero, al volver, encuentran cerrada la puerta, y el Esposo no quiere abrirla. Estas necias vírgenes son la fiel imagen de aquellos que tienen fe y carecen de buenas obras.

No imiteis la vana jactancia de aquellos necios que se vanaglorian de cumplir los preceptos de la ley, porque el Hijo de Dios os tendría por siervos inútiles y enojosos: *Cum feceritis omnia que precepit sunt vobis, dicite: Servi inutilis sumus* (LUC. XVI. 10). Ahora que tenéis tiempo ejercitaos en la oracion, frecuentad los sacramentos, oíd la palabra de Dios, concurrid á la doctrina cristiana, asistid á las funciones religiosas, socorred á los pobres, haced actos frecuentes de fe, esperanza, contricion y caridad, si queréis satisfacer á Dios por los pecados cometidos y alcanzar la gloria, donde solo son admitidos los que hacen buenas obras.

## ORACION.

I.

*Omnia quecumque petiveritis in oratione credente, accipietis.*

Todo cuanto pidiereis en la oracion, como tenais fe, se os concederá.

(MARC. XVI. 18.)

No hay cosa más eficaz para con Dios que la oracion. Tiene tal eficacia, que al parecer hace la palabra del hombre tan poderosa, y aún más, que la palabra de Dios. Tan poderosa, porque como Dios con una palabra hizo todas las cosas, no tiene el hombre que hacer más que hablar y pedir para conseguirlo todo: *Quodcumque volueritis, petite, et fiet vobis* (JOAN. XV. 7). Más poderosa aún, de algun modo, porque si Dios se hizo á obedecer, es solamente de las criaturas; pero tiene la oracion tal fuerza, que aún Dios obedece á la voz del hombre. Oímos cada día cristianos, que se lamentan de la inutilidad de sus oraciones y del poco fruto que sacan de ellas: no me admito, porque ¿en qué sentido decimos que la oracion es infalible? Suponemos para esto una oracion santa, una oracion que lleva todas las condiciones que la deben acompañar, y espera Dios de nosotros, cuando se obliga de su parte á concedernos todo lo que llegáremos á pedir.

le. Pues veis ahí lo que les falta muchas veces á nuestras oraciones. Son oraciones defectuosas, ya en el asunto, y ya en la forma: en el asunto, que es la materia de nuestras oraciones; en la forma, en que consiste su calidad. Esto es lo que decía el Apóstol Santiago á los fieles de su tiempo, y yo os lo digo á vosotros: pedís, hermanos míos, y no recibís, porque pedís mal: *Petitís, et non accipitis eo quod male petitis* (Jac. iv, 5). En efecto, no pedimos á Dios lo que Dios quiere que le pidamos: esa es la falta en orden al asunto de la oracion. No le pedimos del modo que quiere que le pidamos: esa es la falta en orden á la forma ó calidad de la oracion. Esto es lo que me propongo demostraros, después de haber implorado los auxilios de la gracia. A. M.

1. El ser de la oracion, y por consiguiente su mérito, su eficacia y su virtud, depende principalmente de la naturaleza de las cosas que pedimos á la majestad de Dios. A esta luz es á la que debemos comenzar á hacernos justicia á nosotros mismos, sobre el poco valor y el poco efecto que casi todas nuestras oraciones tienen delante de Dios. Le pedimos cosas perjudiciales, ó bienes puramente temporales ó inútiles para la salvacion: ó si pedimos gracias sobrenaturales, de la manera que nosotros las concebimos, están tan lejos de infundirnos la santidad, que ántes sirven para engañarnos y hacer que nos apartemos del camino de la salvacion. Demos á estas verdades toda la luz que es menester.

Pedimos cosas perjudiciales á la salvacion: este es el primer error que ponemos á las misericordias divinas. Servimos á un Dios no ménos puro y santo que poderoso y grande; á un Dios á quien como le es esencial ser Dios, no le es ménos esencial la enemistad con toda suerte de injusticia y de pecado: y no obstante el ser un Dios tan puro, tan santo, tan justo, tan recto, ¿qué es lo que nosotros le pedimos? El cumplimiento de nuestros deseos más sensuales, y el salir con nuestros más detestables intentos. Pues esto no es solamente un desorden, me atrevo á decirlo, es una impiedad, un sacrilegio.

Es verdad que se procura disfrazar estos intentos; pero si nos engañamos á nosotros, no engañamos á Dios que nos escucha, y sabe discernir la malicia de nuestra intencion de la sinceridad que muestran nuestras expresiones. En vano, pues, le pide á Dios un hombre del siglo medios para mantenerse segun su condicion y para sustentar su estado; porque como este estado, ó por mejor decir, la idea que se forma de él, estriba solamente en los principios, ó de una ambicion desmedida, ó de una avaricia insaciable, Dios, cuya perspicacia es

infinita, conoce sus designios y tiene complacencia en trastornarlos. En vano pide á Dios un padre una feliz fortuna para sus hijos, porque como es profano y mundano cuanto solicita para ellos, y no arregla sus intentos á la conciencia, ni los sujeta á la vocacion divina, Dios, sin detenerse á las apariencias de una oracion humilde, descubre el fin á que se endereza; y con un justo juicio, en lugar de elevar esa familia, la arruina del todo y la deja infelizmente dar en tierra. En vano pide á Dios una mujer la salud del cuerpo; pues como su salud, segun en lo que la ha de emplear, no ha de servir sino para su ocio, para sus deleites, y acaso para su disolucion y desenfrenamiento, Dios, que lo está viendo, en lugar de retirar su brazo, descarga más recios golpes sobre ella, y hace que, entre las molestias de una dolencia habitual, pierda todo lo que pueda fomentar sus gustos y lisonjear sus vanidades.

Si olvidándose Dios de lo que es, atendiera estas oraciones, ¿no nos fuera materia de escándalo?

Si no son siempre de perjuicio para la salvacion, y si no tienen siempre fines reñidos con ella las cosas que le pedimos á Dios, por lo ménos, le pedimos bienes puramente temporales y de ninguna utilidad para conseguirla. No quiero decir con esto, que no son dones de Dios los bienes temporales, ni que absolutamente son contrarios á la salvacion. Mas ¿en qué ocasion lo son, y por qué los rehúsa Dios entónces? Cuando no los pedimos segun el orden que tiene establecido, ni en orden al fin que la señalado. Porque, en primer lugar, se le piden solamente beneficios temporales, que todos van á parar á las necesidades de esta vida, y apenas se piensa en los espirituales, á los cuales está vinculada la salvacion: los medios de la fortuna, la prosperidad, la quietud; veis ahí lo que deseamos, lo que solicitamos. Bienes son estos, yo lo confieso; mas, bienes perecederos; bienes de un orden inferior á un hombre, y especialmente á un hombre cristiano; bienes peligrosos y expuestos á convertirse en verdaderos males. De lo que apenas nos damos por entendidos, y rara vez nos lleva á los pies de los altares, es de los bienes incorruptibles y sólidos: es decir, de la pureza de las costumbres, de la buena conciencia, de la humildad, de la fe, del amor al prójimo, y de todo aquello que sirve para comunicar al alma la santidad. ¿Quién de vosotros ha recurrido á Dios alguna vez, para salir más moderado en sus pasiones, y más ajustado en el temor de su vida? Invocanse los Santos, mas ¿para qué? Para conseguir mayor fortuna y opulencia, no para ser más humildes y más enemigos de los deleites; y esta es la razon por la cual os está cerrado el seno de la misericordia.

Dijo el Hijo de Dios á sus discípulos: Si pidiereis alguna cosa á mi Padre en mi nombre, os la concederá: *Si quid petieritis Patrem in nomine meo, dabit vobis* (JOAN. XVI. 23). Pero reparad bien esta palabra, *si quid*, por la cual nos dá Jesucristo á entender, que lo que pedimos en su nombre, debe ser alguna cosa digna de su Majestad; porque de otra suerte, no le estaría bien el interesarse por nosotros. Pues todos los bienes de la tierra, divididos de la salvacion eterna, son nada en la presencia de Dios; luego, pedir á Dios precisamente estos bienes es no pedir nada; y aunque la promesa de Dios es, ó parece general, estos bienes no se comprenden en ella. Para convenceros de esta verdad, oíd lo que añade á sus apóstoles: *Urge modo non petistis quidquam in nomine meo* (JOAN. XVI. 29). Mas ¿cómo es esto? ¿Cómo podía hablar así el Hijo de Dios, pues es evidente que, antes de esta ocasion, le habian pedido los apóstoles muchas gracias? San Pedro quedarse en el Tabor, los hijos del Zebedeo ser elevados á los dos primeros lugares de su reino. Es verdad que le habian pedido este género de gracias; mas como estas gracias consistian en solas conveniencias humanas, y todas las conveniencias humanas son indignas de aprecio en la idea del Salvador, juzgaba su Majestad que tenia razon para contar por nada cuanto le habian pedido. ¿A cuántos de los que me escuchan les pudiera yo decir por la misma causa: mundano, hasta aquí, no has pedido nada á tu Dios, porque no le has pedido jamás el desasimiento y menosprecio del mundo, la gracia de vencerlo á ti mismo, que son las gracias por excelencia, que deberían ser el asunto de tus deseos y de tus solicitudes?

Además de esto, cuando el Salvador del mundo nos asegura en el Evangelio, que todo lo que pidiéremos en su nombre nos será concedido, entiendo en eso, que se lo hemos de pedir según la regla que el mismo nos ha dado. ¿Cuál es esta regla? Véisla aquí; Buscad, nos dice, en primer lugar, el reino de Dios y su justicia, y nada os faltará. Pedid al Padre celestial la santificación de su nombre, la venida de su reino, el cumplimiento de su voluntad, sin pedirle en primer lugar este pan material que os ha de servir de sustento, y así os ayudará yo. Mas si invertis este orden, si con un asimiento al mundo, indigno de vuestra profesion, pedis el pan material antes que el reino de Dios, no escribéis en mis merecimientos, aunque son infinitos: pues vuestra oracion, por fervorosa que llegue á ser, no es según el plan que yo tracé: *Quarite primum regnum Dei, et justitiam ejus* (MATTH. VI. 33). No quiero decir que no se le pueden absolutamente pedir á Dios bienes temporales, la misma Iglesia se los pide por nosotros; pero pidámoslos como la Iglesia; pidámoslos después

de haber pedido en primer lugar y sobre todas las cosas los bienes espirituales.

Nuestras oraciones no tienen eficacia sino en cuanto están unidas con las de Jesucristo. Cuando Dios nos oye, ni es por atención á lo que somos, ni á lo que merecimos, pues por nosotros mismos nada somos y nada merecimos; pero nos oye por respeto de su Hijo, y porque su Hijo hizo oracion por nosotros antes que nosotros estuviésemos en estado de orar. (Y que es lo que pidió por nosotros? Bien lo sabéis: que estemos todos unidos con los lazos de la caridad: *Rego, Pater, ut sint unum* (JOAN. XVII. 21); que sin ostentacion ni rebozo seamos santos en espíritu y verdad: *Pater sanctifica eos in veritate* (JOAN. XVII. 17); que viviendo en medio del mundo segun nuestra vocacion y nuestro estado, velemos sobre nosotros mismos, y seamos tan dichosos que no preservemos de su malicia: *Non rogo, ut tollas eos de mundo, sed ut serves eos à malo* (JOAN. XVII. 15). Pero ¿qué hacemos nosotros? Le pedimos á Dios las riquezas, las honras, una vana reputacion, una vida acomodada; y no le pedimos estas riquezas sino por vivir con abundancia; no le pedimos estas honras sino por la ostentacion; no le pedimos esta reputacion sino por ser conocidos y sobresalir entre los demás; no le pedimos esta vida acomodada sino por gozar de ella: quiero decir, que pedimos lo que jamás pidió Jesucristo por nosotros. De ahí nace que pedis, pero no conseguís, porque no pedís con Jesucristo; y si vuestras oraciones sin dependencia de esta union tuvieran alguna eficacia, pudierais decir que habeis recibido algunos bienes sin deberse los á este Dios Salvador; lo cual, segun las máximas de la religion que profesamos, es una blasfemia.

Direis tal vez, no son gracias temporales las que yo le pido. Son las sobrenaturales y en orden á la salvacion; y con todo eso, no las consigo. No, amado oyente mio, no las conseguís, porque aún en eso mismo haceis un tercer abuso de la gracia, y es el que voy á descubrirte.

En lugar de mirar la oracion como un instrumento que Dios nos ha puesto entre las manos, para hacer que desciendan sobre nosotros las gracias verdaderas de la salvacion, nos servimos de ella para pedir unas gracias fantásticas y superfluas, conformes á nuestro gusto, y segun nuestras erradas ideas. Explícame: nosotros oramos, y á nuestro parecer, con un deseo verdadero de conseguir la salvacion; pero con una ciega confianza escribimos en la oracion, como si bastara sin las obras; como si todo el punto de la salvacion consistiera en ella solamente; como si Jesucristo, al decirnos, *orad*, no nos hubie-

ra dicho al mismo tiempo, *velad y orad*; como si hubiera gracias que pudiesen salvarnos sin nosotros. Nosotros hacemos oracion, y pedimos la gracia de una buena muerte, persuadiéndonos á que basta pedirla, sin aplicarnos á merecerla, y sin prepararnos para ella con una buena vida. Hacemos oracion, y pedimos las gracias de la penitencia, y de la santificacion, mas las pedimos para en adelante, y no para el tiempo presente; pedimos unas gracias que nos quiten todas las dificultades, pero no las que nos dejen algunos esfuerzos que hacer y algunos estorbos que vencer; es decir, que pedimos unas gracias que invierten todo el orden de la providencia, y trastornan toda la economia de nuestra salvacion. Concluamos esta primera parte con la oracion del Profeta: *Unam petii à Domino* (PSALM. XXVI, 4). En rigor, una sola cosa le pido al Señor: *Hanc requiram*: esta es la que únicamente debo pretender. ¿Cuáles? *Ut inhabitem in domo Domini*: vivir en su santa casa, y poseerle eternamente en su gloria. Así, hermanos míos, tendrá su cumplimiento en nosotros la palabra de Dios: pidámos, y recibiremos. Al contrario, no recibimos, ó porque no pedimos lo que conviene, ó porque no pedimos como conviene, que es lo que voy á demostraros.

2. Si Dios quiere oír nuestras oraciones, es con ciertas condiciones necesarias y esenciales; pero, de cualquiera manera que en ese punto se porte Dios con nosotros y haya querido su providencia disponer las cosas, fuera engaño, y un engaño grosero, el persuadirse á que las condiciones de la oracion hubiesen de estorbar el cumplimiento de nuestros ruegos, y servirle á Dios de pretexto para negarnos sus dones. ¡Ah! hermanos míos; no quiera Dios que jamás hagamos este juicio, pues no hay cosa más opuesta á la conducta de nuestro Dios. Un Dios que, según la Escritura, no puede detener la corriente de sus misericordias, aun cuando irritamos su indignacion: *Nunquid continebit in ira sua misericordias suas* (PSALM. LXXVI, 10); un Dios, que no aguarda á que se le pida, antes, según el pensamiento del Profeta-rey, tiene complacencia en oír aún los puros deseos: *Desiderium pauperum exaudivit Dominus* (PSALM. X, 17); un Dios, cuyo oído es tan sutil, que oye hasta la preparacion de los corazones: *Preparationem cordis eorum audivit auris tua*; no piensa, si me es licito explicarme así, en ser un Dios con quien sea dilucida la composicion, cuando se le invoca con buena fe; y está tan lejos de revestirse de su grandeza en el comercio que nos permite tener con él por medio de la oracion, que antes pudiera dudarse, si es demasiado lo que remite de lo que se le debe y si es excesiva la condescendencia con que sobrelleva nuestras flaquezas é imperfecciones. Confieso que

la oracion para ser eficaz, debe tener algunas calidades; pero digo, que no se le puede en eso mismo hacer cargo á Dios, ni de que res-tringe sus promesas, ni de que encarece sus favores. Porque si estas calidades se examinan bien, no hay alguna que en la práctica no sea fácil; ninguna cuya necesidad no se justifique con la razon que hay para ella; ninguna que los mismos hombres no pidan con proporcion los unos á los otros.

Porque, al fin, ¿qué condiciones son las que nuestro Dios nos pide para la infalibilidad de la pracion? La humildad, la confianza, la perseverancia, la atencion del alma, y el afecto del corazon. Pues en todo esto ¿hay algo que sea, no digo impracticable ó imposible, pero ni aún de trabajo y de carga? ¿Qué cosa más puesta en razon, ni más natural, que orar con la disposicion de un espíritu humilde? ¿Puede uno tener una idea ajustada de la oracion y olvidarse de esta regla fundamental al hacerla? ¿Se le pide de otro modo á los principes y á los monarcas de la tierra? ¿Se tiene por trabajo el tributarles rendimientos y respetos, cuando se les ha de presentar un memorial? Y si con estos rendimientos y respetos se sale con la pretension, ¿es materia de quejarse por haber sido demasiada la costa? ¿Se dirá que venden muy caros sus favores, cuando se los rehusan á un temerario que los pide con altivez? Pues ¿por qué se habla de decir de Dios, en cuya presencia es con mucha mayor razon, y por consiguiente mucho más fácil humillarse, que delante de los hombres?

¿Qué cosa más puesta en razon que orar con los sentimientos de una viva confianza? Es tal nuestro dueño soberano y nuestro Dios, que por un efecto grande de su misericordia, no solo gusta de que le pidamos así, sino que tiene por honra suya esta confianza; y en muchos lugares de la Escritura atribuye á esta, aún más que á su misericordia, la eficacia milagrosa de la oracion: porque no les dice á los que recurren á él y le importan: mi bondad y mi poder son los que os han librado, sino vuestra fe y vuestra confianza: *Fides tua te salvum fecit* (MATH. IX, 22). ¿Podia proponernos partido más ventajoso?

¿Qué cosa más conveniente que pedir con perseverancia? Dios, que es Señor de sus bienes, y á quien solo toca disponer de ellos, no puede darles el precio según su gusto? ¿Sus gracias, en efecto, son de tan poco valor, que no merezcan que se le pidan muchas veces y muy despacio?

Ultimamente ¿qué cosa más necesaria y más esencial para la oracion, que orar con atencion y con afecto? Con atencion, digo, del espíritu, y con afecto del corazon. Concluyo con este punto, que, entre

todos, es el de mayor importancia. La atencion del espíritu, y el afecto del corazón son el alma de la oracion. Porque la oracion ¿qué es? Un trato con Dios en que el alma es admitida, por explicarme así, es introducida en el santuario, le representa á Dios sus necesidades, le manifiesta sus flaquezas, le descubre sus tentaciones, le pide perdón por sus malas correspondencias. Pues todo esto ¿no supone un recogimiento y un sentimiento interior? Pues, si sucede que al mismo tiempo que estoy tratando con Dios, se divierte mi espíritu hasta llegar á perder absolutamente esta atencion interior, y esta devocion, por más que haga en lo restante, ya está no es oracion. Y de este principio sacaba el Doctor angélico tres consecuencias, á las cuales no añadiré nada, pero os pido que las mediteis profundamente para sacar provecho de ellas.

Primera consecuencia. Supuesto que es cierto, que la atencion pertenece á la esencia de la oracion, se puede decir con verdad, pero aún con mucho más sentimiento, que el ejercicio de la oracion está como reducido á la nada en la cristiandad. Porque aunque se haga oracion algunas veces, es sin reflexion. ¿A qué se reduce toda nuestra piedad? A algunas oraciones que rezamos, pero, en realidad, con el pensamiento divertido y distraído casi siempre. Así comunmente nuestras oraciones no son sino una pura hipocresía. No es solo el pueblo el que cae en este desorden; los hombres más advertidos, los que están mejor instruidos, con una lamentable inversion, á fuerza de orar habitualmente, ya no oran; y en vez de perfeccionar un ejercicio tan santo con la costumbre, le corrompen y le destruyen.

Segunda consecuencia. Supuesto que en la oracion se incluye esencialmente la atencion, se infiere de ahí, que en las oraciones que hacemos por obligacion de precepto, es también de precepto la atencion.

Tercera y última consecuencia. No desecha Dios nuestras oraciones sin causa, porque, en la realidad, no lo son; y estamos tan lejos de honrarle con ellas, que antes le ofendemos y le irritamos contra nosotros. Porque ¿qué injusticia, amado oyente mio! Quieres que Dios te escuche cuando le quieres pedir, pero no quieres cuando le pides escucharte tú á él. Tú le dices á Dios como el Profeta: Señor, atiende á la voz de mis súplicas: *Intende voci orationis mee* (PSALM. v. 2); pero al mismo tiempo tienes tu espíritu en otra parte. Tú le pides á Dios que te hable, y no le hablas; que te escuche, y no le escuchas, y ni aún á ti mismo te escuchas, ni te entiendes.

Enmendémonos en este punto, y enmendaremos toda nuestra vida; porque se sabe vivir bien, cuando se sabe bien orar. ¿Por qué

vivimos á riesgo de caer en tantas culpas? Porque no oramos, ó porque oramos mal: y, por el contrario, es muy ordinario el no orar, ó el no querer orar bien, porque no queremos salir de nuestras culpas, y porque tomemos el remedio de nuestros males. Pidámosle á Dios gracias dignas de sí mismo, y dignas de nosotros. En dos palabras, pidámosle sus gracias, y pidámoselas bien; pero pidámosle especialmente, entre todas, la gracia de la oracion. Díjámosle como los apóstoles: *Dopine, doce nosorare* (Luc. xi. 4). ¡Ah, Señor! nuestra flaqueza es tan grande, que aún no podemos sin tí representarte nuestras necesidades, ni implorar bien tu socorro. Tú eres el que has de hacer que conozcamos eficazmente nuestras miserias; tú eres el que nos has de llevar delante de los altares, para que te las representemos; tú eres el que nos has de inspirar lo que te hemos de decir para moverte. Dános pues, Dios mio, esta ciencia tan necesaria; y con una gracia en que de algun modo se contienen todas las demás como en su fuente, enséñanos á servirnos de la oracion, para hacer que descendan sobre nosotros las gracias que nos conviertan, que nos santifiquen, que nos salven, que nos conduzcan á la gloria, que os deseo á todos.

## ORACION.

## II.

*Amen, amen dico vobis: Si quis petierit Patrem in nomine meo, dabit eum.*

En verdad, en verdad os digo: que cuando pidiereis al Padre en mi nombre, os lo concederá.

(JOHNS. xvi. 23.)

En el Evangelio de este día hallamos á un mismo tiempo motivos de consuelo y de confusion. ¿Qué cosa más apetecible y más propia para consolarnos, que estas palabras que Jesucristo dijo á sus discípulos: En verdad, en verdad os digo: si pidiereis alguna cosa á mi Padre en mi nombre, os la concederá? Pero, si estas palabras nos dan motivo para consolarnos, también nos lo ofrecen para confundirnos

las que añade el mismo Hijo de Dios: Hasta ahora no habeis pedido cosa alguna en mi nombre. En efecto, es cosa bien extraña, que habiéndonos dicho Jesucristo que pidiésemos en su nombre, hayamos descuidado de hacerlo hasta ahora. La intercesion de los Santos es de gran utilidad, y sería una impiedad desacreditarla; pero debemos saber, que solo la intercesion de Jesucristo es absolutamente necesaria. No acordarnos de ella en nuestras oraciones, es ignorar el espíritu de la religion cristiana: es desobedecer al mismo Jesucristo, y querer como anteponerse á él para acercarse á Dios, su Padre. ¿Qué motivo de confusion para tantos cristianos, que se contentan con una devocion puramente exterior, con algunas oraciones vocales hechas sin atencion, sin recogimiento, y sin reflexionar la adorable majestad de Dios, con quien hablan, ni la excelencia y dignidad de Jesucristo, en cuyo nombre deben orar? Si hasta el presente hemos orado de este modo, bien se puede decir, que aún no hemos pedido cosa alguna en nombre de Jesucristo. Aprendamos y aprovechémosnos de lo que nos dice; Pedid y recibiréis para que vuestro gozo sea pleno y perfecto. Es necesario orar; y orando bien, se logra lo que se pide. Pero, para orar bien, se debe pedir en nombre de Jesucristo. Esto es lo que no todos comprenden, y que olvidan con frecuencia los mismos que han llegado á comprenderlo: por esta razon me he determinado á hablaros sobre este punto; y suponiendo que estais convencidos de la necesidad de la oracion en general, me ceñiré á demostraros en particular, que se debe orar en nombre de Jesucristo, y qué cosa sea pedir en nombre de Jesucristo. Primero, *la obligacion que tenemos de pedir en nombre de Jesucristo.* Segundo, *lo que debemos practicar para cumplir con esta obligacion.* A. M.

1. Debemos adorar á Dios; y qué cosa es adorar á Dios? Es adorar sus divinas perfecciones, reconocer su grandeza infinita y nuestra nada, humillarnos bajo su omnipotente mano, honrar su suprema Majestad, y reverenciarle como á nuestro soberano Rey y Señor universal de todas las cosas, de quien hemos recibido quanto tenemos y todo lo que somos. Esta es nuestra primera y principal obligacion. Y cómo daremos á Dios este supremo culto que le debemos? No siendo más que unos pobres criaturas y unos miserables pecadores, no lo podemos hacer por nosotros mismos; solo podemos hacerlo por medio de Jesucristo. El Dios que adoramos es tan grande, que no puede ser honrado dignamente sinó por su Hijo. Dios no abre los ojos sinó á vista de la sangre de Jesucristo; no atiende sinó á la voz de Jesucristo. Por este motivo la Iglesia militante concluye todas sus oraciones

con estas palabras: Por Jesucristo nuestro Señor: *Per Dominum nostrum Jesu Christum.*

Debemos dar gracias á Dios por sus beneficios. ¿Cuántos favores no hemos recibido de su infinita bondad? ¿En qué abismo de males no hubiéramos sido sumergidos, si no nos hubiera sostenido con su gracia? ¿Cuál debé ser nuestro agradecimiento, y cómo correspondemos á él? S. Pablo nos lo enseña por estas palabras: *Gratias agentes semper pro omnibus in nomine Domini Jesu Christi. Deo, et Patri* (Esa. v. 20): Dareis gracias á Dios sin cesar; se las dareis por la mañana, por la tarde, y en todo tiempo: *semper*; le dareis gracias por todo, tanto por lo que os sea molesto, como por lo que os sea agradable: *pro omnibus*. Pero ¿en nombre de quién le habeis de dar gracias? En nombre de nuestro Señor Jesucristo: por medio de él glorificareis á Dios Padre. Solo el Hijo puede hablar al Padre por nosotros. Solo él puede hacer nuestras acciones de gracias dignas de ser colocadas en los divinos tesoros; así que no respiremos otra cosa que Jesucristo. Grabemos á este divino Salvador en nuestra memoria, y aún mucho más en nuestro corazón.

Debemos pedir á Dios perdon de nuestros pecados. ¡Ay, y cuántos hemos cometido! ¿Quién otro podrá alcanzarnos misericordia, y reconciliarnos con Dios, sinó Jesucristo, que ha sido la victima de propiciacion por nuestros pecados, y no solamente por los nuestros, sinó tambien por los de todo el mundo, como dice S. Juan? Sin Jesucristo no hay remision de pecados, ni perdon de injurias que sea verdadero: no hay limosnas, ni ayuno, ni buenas obras que sean meritorias de la vida eterna: en una palabra, sin él, nada podemos. Convencidos de nuestra flaqueza y de la impotencia en que nos hallamos de satisfacer por nosotros á la justicia de Dios, digámosle Señor, si me mirais á mí solamente, bien conozco que soy indigno de todo perdon, y que no merezco sinó vuestra ira y vuestra indignacion. Pero poned los ojos en vuestro Cristo, miradme únicamente en la persona de ese vuestro divino Hijo.

En fin, debemos pedir á Dios las gracias que necesitamos; y en nombre de quién pediremos estas grandes y preciosas gracias sinó en nombre de Jesucristo que nos las ha merecido! Unámonos á esta adorable cabeza, que es quien únicamente nos las puede comunicar. Hijos míos, nos dice en la persona de los Apóstoles, si perseverais unidos á mí, sabed que se os concederá cuanto pidieris: *Si manseritis in me, et verba mea in vobis manserint, quodcumque volueritis, petetis, et fiet vobis* (JOANN. XV. 7). Cuando un pobre os viene á pedir alguna cosa, se persuade que de ningún modo puede move-

ros más que diciéndoos: señor, déme usted una limosna por amor de Dios. Cuando oramos, nos debemos considerar delante de Dios como unos pobres mendigos, postrados en tierra delante de la puerta de este gran Padre de familias, gimiendo y suplicando nos conceda alguna cosa; y esto que deseamos es el mismo Dios; es la gracia, es el cielo, es la posesion de la gloria. ¿Cómo deberemos pedir unos bienes tan grandes? No tenemos otro modo más eficaz de pedir que diciéndole: Dios mío, dadme de limosna vuestra gracia por amor de Jesucristo. Cuando un pobre os viene á pedir alguna cosa, está persuadido que no merece nada, que por sí mismo no es más que un objeto de horror y menosprecio; pero, interponiendo el nombre de Dios, supone, y con razon, que será oído.

2. Cuando Jesucristo nos dice que pidamos en su nombre, no debemos fijarnos en la letra, sino en el sentido de las palabras. Luego ¿cuál es el sentido de estas palabras:—pedir en nombre de Jesucristo? Esto es lo que voy á explicaros. Pedir en nombre de Jesucristo es creer y tener en él una verdadera fe; el que no tiene esta fe, por más que hable, por más que grite, no hará ni conseguirá nada; el Padre eterno no le escucha. De ahí es, que las oraciones de los herejes son inútiles; porque no creyendo todas las verdades de la religion, la fe, que es indivisible, no se halla entre ellos. Ni basta creer todo lo que la Iglesia católica, apostólica, romana cree y nos enseña; es necesario tambien que ésta fe está animada por la caridad. Convento desde luego, que para orar no es absolutamente necesario hallarse en estado de gracia; pero digo, que es necesario tener á lo ménos un deseo inicial ó incocado de la conversion y salud espiritual; es necesario que el que quiera invocar el nombre del Señor, se separe del pecado, y que tenga á lo ménos una voluntad sincera de apartarse de él: *Discedat ab iniquitate*, dice la Escritura (II Tim. II. 19), *omnis qui nominat nomen Domini*. Pues ¿qué! ¿osarais orar en nombre de Jesucristo, que es un nombre tan santo, teniendo un corazón endurecido é impenitente, y perseverando en vuestros desórdenes por un apego obstinado al pecado? Cuando quereis pedir alguna gracia á una persona á quien habeis ofendido, el primer paso que dais para conseguirlo, es reconciliaros con ella, y manifestarle el sentimiento que tenéis de haberla ofendido. ¿Por ventura merece ménos Dios, que una miserable criatura? ¿Qué podeis conseguir de él, teniendo las manos teñidas en la sangre de Jesucristo, si Hijo, á quien habeis crucificado con vuestras culpas? Esto no es orar en nombre de Jesucristo; y como no orais en su nombre, vuestras oraciones son inútiles, por no decir criminales.

Orar en nombre de Jesucristo, es poner nuestra confianza en sus méritos infinitos. Vámonos á presentar, con confianza al trono de la gracia, nos dice S. Pablo (Hebr. IV. 16), á fin de alcanzar misericordia y de hallar los auxilios que necesitamos: *Adeamus cum fiducia ad thronum gratie ut misericordiam consequamur, et gratiam inuestiamus in auxilio oportuno*. Este trono de la gracia es Jesucristo, sobre quien debemos apoyarnos únicamente cuando oramos. De este modo oraron los Santos. ¿Oramos nosotros así? ¿Tenemos igual confianza en Jesucristo? Si un hombre del mundo nos ofrece sacarnos de una angustia, al punto descansamos sobre él: Jesucristo nos promete su proteccion para con Dios Padre, y no halla en nuestras oraciones sino dudas, disgusto y desconfianza. ¿Es esto orar con una fe que de nada duda? Nosotros decimos muchas veces á Dios: Señor, ten lástima de nosotros, así como nosotros esperamos en Ti (Psal. XXXII. 22). Nos condenamos á nosotros mismo orando así: porque ¿ay! en dónde estaríamos, si el Señor nos oyese literalmente, y midiese sus liberalidades por la esperanza que tenemos en él? Tengamos, pues, más confianza en Jesucristo, si queremos orar en su nombre.

Orar en nombre de Jesucristo es pedir á Dios las cosas que deben procurarnos la salvacion. Cuanto pidieréis en mi nombre al Padre, os será concedido. ¿Cómo se llama el que nos promete tan grande favor? Se llama Jesucristo, Cristo, que quiere decir rey, y Jesús, salvador. De ahí se sigue, que cuando se pide lo que es inútil para la salvacion, no se ora en nombre del Salvador. No nos admiraremos, pues, de que la mayor parte de nuestras oraciones sea desechada, puesto que, de ordinario, no pedimos sino cosas bajas y temporales, que solo sirven para satisfacer nuestra concupiscencia. ¿Quién es el padre que da á su hijo una piedra para comer, cuando él le pide pan? Esto es, sin embargo, lo que deseais cuando pedis todo aquello que no sirve para la salvacion. Vosotros pedis una piedra á vuestro padre, y él os lo niega. Pero qué, me diréis, ¿no es lícito pedir cosas temporales, como la salud, la ganancia de un pleito, etc.? Si, podeis hacerlo, con tal que no pidais éstas cosas sino en cuanto son útiles para la salvacion. Cuando oramos en nombre de Jesucristo, no debemos pedir cosa que no sea grande. Es necesario que nuestras oraciones sean, en cierto modo, confundidas y mezcladas con las del Salvador. Ahora bien, cuando él ora á su Padre por nosotros, ¿qué lo pide? ¿Por ventura, oro, plata, poder temporal, etc.? No por cierto, no le pide sino bienes espirituales. Oigamos cómo ora: *Pater sancto, serua eos in nomine tuo quos dediisti mihi* (JOH. XXII. 11). Padre santo, guarda en tu

nombre á éstos que tú me has dado, á fin de que sean una misma cosa por la *caridad*, así como nosotros lo somos en la *naturalidad*: *Sint unum sicut in nos*. No permitas que haya division entre ellos, y que su caridad padezca alteracion. Yo no te pido que los saques del mundo, sino que los preserves de la corrupcion del mal, y que ellos sean verdaderamente santos: *Santifica eos in veritate*. Ved aquí la naturalidad de las oraciones que Jesucristo hizo por nosotros, y la idea de las que nosotros debemos dirigirle. Así, pues, tambien debemos pedirle la gracia de llegar á ser santos y de gozar de la bienaventuranza que nos ha merecido.

Ahora permitirme que examine brevemente vuestras conciencias. Habeis oido que no podéis hacer oracion provechosa, sino en nombre de Jesucristo: se os ha dicho lo que debéis hacer para orar en su nombre: veamos, empero, lo que hasta aquí habeis hecho. Habeis concurrido muchas veces á la Iglesia, habeis oido muchas misas: es verdad; pero con todo esto ¿podéis lisonjearos de que habeis orado en nombre de Jesucristo? ¿Habeis depositado en él toda la confianza á que se ha hecho acreedor por sus méritos infinitos? ¿Le amais? ¡Ah, cristianos! ¿amais á Jesucristo, como debén amarle sus verdaderos discípulos, con aquel amor ardiente que los hace dignos de ser amados de Dios? ¿Habeis pedido lo que podia contribuir más á su gloria y á vuestra salvacion? ¿Habeis imitado las virtudes que él practicó cuando oraba? ¡Oh, y qué defectos hallareis en vuestras oraciones, si os tomáis el trabajo de examinaros! Para corregiros, acudid á Aquel que es el único que puede enseñaros á orar. ¡Dios miol concedednos el gran don de la oracion, que es el más rico de vuestros dones, y al mismo tiempo el más necesario. Si le conseguimos, nada negareis á los que os piden en nombre y con el espíritu de Jesucristo: vos les dareis vuestra gracia en este mundo y vuestra gloria en el otro: es lo que os deseo, etc.

## ORACION

HECHA EN COMUN EN LAS FAMILIAS.

## III.

*Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam.*  
Si el Señor no edifica la casa, en vano se fatigan los que la fabrican.

(PSALM. CXXVI, 1.)

Los fundamentos de la tierra están conmovidos, hermanos míos. El mundo tamborea como un hombre ebrio; y está ebrio, en efecto, de la peor embriaguez, porque ha bebido y continúa bebiendo á grandes tragos en la copa de todos los errores y de las pasiones todas. Parece que Dios se ha retirado de las sociedades humanas para entregarlas á su sentido reprobado, y demasiado se nota la ausencia del Criador en el desórden que reina en las ideas, y en las tinieblas que oscurecen las más altas inteligencias. Si aún preserva por algun tiempo á las naciones de la última é irremediable caída, ya no lo hace, como ántes, obrando y cooperando con ellas, por la virtud de los principios de salvacion que depositó en su seno para conducir las á sus fines, y apartar los obstáculos que de ellas las alejan, no; sino fuera de su cooperacion, y aún contra su resistencia, por la accion inmediata de una Providencia extraordinaria.

Tales son las consecuencias fatales del divorcio que la tierra ha hecho con el cielo. El espíritu del hombre se ha sustituido al espíritu de Dios; la razon, declarándose independiente, ya solo ha querido depender de sí misma. Escuchad el oráculo de la eterna sabiduria, confirmado por la experiencia de todos los siglos: *Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam* (PSALM. CXXVI, 1). Pero la *ciudad*, esto es, la sociedad pública, comprende una multitud de sociedades particulares, sociedades domésticas ó familias, cuyo conjunto compone el Estado. Si pues queremos hacer que Dios vuelva al seno de la ciudad, empecemos, desde luego,

introduciéndole en el hogar doméstico, desde donde derramará sus influencias, á saber, la fuerza, la luz, la sabiduría y la vida sobre todo el cuerpo social. Así lo habia comprendido el mismo Profeta. Por eso cuidó de instruirnos ante todo de esta primera verdad: *Nisi Dominus edificaverit domum, in vanum laboraverunt qui edificavit eam* (PSALM. CXXVI, 1). Con esta prioridad que el concede á la familia sobre la ciudad, nos indica bastante el orden lógico que ha de seguirse para fundar una sociedad ó apartarla del abismo. Es preciso reformar la sociedad, doméstica; y no se la reformará sino con la oración. Hablemos pues de la importancia de la oración hecha en común en las familias. Imploremos antes la gracia. A. M.

1. Y en verdad, si la sociedad está turbada, agitada, amenazada en su existencia, es porque la familia, tomada á lo ménos en su generalidad, no ha permanecido fiel á las tradiciones de las antiguas costumbres. Las acusaciones violentas de que es objeto por parte de los novadores, son sin duda exageradas; y luego, observémoslo de paso: los específicos que ellos nos ofrecen, solo sirven para dilatar la laga en vez de cicatrizarla. El divorcio no restaura la familia; la rompe y la mata. Sacrifica al débil en aras del fuerte, inmolando al hijo, siempre víctima del rompimiento del lazo conyugal, en provecho del padre y de la madre, ó más bien de sus caprichos y de su egoísmo. ¡Extraño remedio que asombra, cuando lo vemos propuesto por hombres, que quieren pasar por protectores de los débiles contra los opresores! La negación del derecho de los padres á transmitir á su posteridad los frutos de sus ahorros ó de sus sudores, no es ménos contraria al interés bien comprendido de la sociedad que vive de emulación, y á la cual no se podrá pedir la adhesión absoluta, hasta que se haya cambiado la naturaleza del hombre. Pero, en fin, todas esas quejas, más ó ménos injustas, todos esos planes de regeneración, más ó ménos quiméricos, todas esas recetas de perfeccionamiento, más ó ménos odiosas, que se producen en los libros, en los discursos, en los círculos y en las tribunas políticas, acusan un malestar, señalan un desorden profundo en la sociedad doméstica.

La reforma debe pues empezar por la familia. La misma educación pública, aunque fuese libre, como se tiene derecho á esperarle después de tantas promesas, además de que reclama para producir sus frutos la duración de toda una generación, remediaria imperfectamente el mal que se trata de curar. Los ejemplos del hogar doméstico contradecirían con harta frecuencia las enseñanzas de la escuela.

Una dolorosa experiencia prueba cada día la verdad de esta asercion. Escuchad los secretos gemidos de los maestros de la juventud; les oiréis quejarse de que, después de algunas semanas de asueto, que los discípulos han pasado en casa de sus padres, vuelven á sentarse en los bancos de las escuelas, cambiados de un modo que no se les conoce, trayéndoles la obligacion de empezar de nuevo la penosa tarea de sujetarlos á la regla del deber. Horror causa el decirlo, pero no lo pasaremos por alto, porque es una cosa cierta: en más de una familia, la inocencia y la fe de los niños están más expuestas que en un mal colegio. Aún en los colegios más sospechosos, respecto á la religion y á las buenas costumbres, hay á lo ménos una regla, una disciplina cualquiera, ejercicios religiosos, cierta apariencia de orden, de regularidad, de decencia exterior, mientras que en semejantes familias no se nota ninguna pauta para la conducta, ningún apoyo para la cordura y la virtud, ni vigilancia, ni consejos, ni ejemplos, ni estímulos, ni reprensiones; por el contrario, todas las seducciones que pueden dar margen y desarrollo á inclinaciones viciosas en el corazón de los niños: malos libros, novelas, folletines licenciosos, grabados obscenos, dichos libres ó impíos.

2. ¿Cuál es el medio de regenerar la familia, restablecerla en sus condiciones normales, devolverla la dignidad á que la elevó el cristianismo? Ya lo hemos dicho: hacer que Dios vuelva á ella, como fundamento y clave. Y ¿cómo? Con la oración, no solo con aquella oración individual, aislada, solitaria, tributo personal que todo ser racional debe pagar á su Criador, sino con la continuacion de aquella práctica, ántes general y piadosamente observada en todas las casas cristianas, con la oración común de todos los individuos de la familia, alabando y glorificando á Dios con una boca y un corazón unánimes, con aquella oración que llamaremos doméstica, para distinguirla de la oración íntima y particular que cada fiel eleva á Dios para sus propias necesidades, y de la oración pública y solemne, que convoca en los templos á todo el pueblo cristiano, para ofrecer el sacrificio universal de adoracion y de acción de gracias.

La oración es la primera necesidad del hombre; es, como tan admirablemente se ha dicho, *la respiración del alma*; tan natural nos es; de suerte, que quitar la oración á nuestra alma, es privarla de aire, es apagar la llama que alimenta su vida. La oración temple los ardores de nuestras ambiciones, calma las tempestades del corazón, atrae la paz al interior; y en el exterior tiene por frutos la dulzura, la paciencia, la mansedumbre, la misericordia. Ella nos consuela en nuestras penas, nos asiste en nuestros peligros, nos sostiene en nues-

tras pruebas, nos fortifica en nuestras luchas. Ella inspira la moderación de los deseos; al dichoso del siglo le persuade un santo y caritativo uso de la fortuna; al pobre, una resignación confiada; al afligido, que se consume en el llanto, le muestra el cielo, á donde le hace subir anticipadamente en alas de la esperanza.

A esas ventajas generales y comunes á toda oracion, la oracion doméstica, carísimos oyentes, añade otras que la son exclusivamente propias y que voy á exponeros. Representémonos pues, una de esas escenas deliciosas, dignas de fijar las complacencias del mismo cielo. ¿Quién me dará colores bastante delicados para pintar sus dulzuras divinas? Escenas arrebatadoras de piedad y de fe antiguas, que recuerdan aquellos hermosos días de la Iglesia primitiva, en que cada casa de fieles era un oratorio donde resonaban himnos y cánticos espirituales, que perpetúan las santas tradiciones de las costumbres patriarcales, cuando el cabeza de la familia, como padre, como pontífice y como rey, ofrecia al Sér supremo el sacrificio de alabanzas, y merced que el Señor, en consideración á su justicia, se dignara visitar su morada, oculto en una corteza mortal.

Las sombras de la noche se han extendido sobre la tierra: han cesado los trabajos del día; la noche convida al descanso: es la hora en que la familia cristiana se reúne para orar. Todos los individuos que la componen, asisten á esta adoracion y acción de gracias; los padres, los hijos y los criados, desde el abuelo coronado de canas, hasta el tierno niño que balbucea. Todos están humildemente arrodillados ante la imagen del Salvador, preciosa y cara reliquia legada por los antepasados, cuyos votos y lágrimas tambien oyó y bendijo. La madre, apóstol de la familia, así como el padre es su sacerdote, pronuncia en alta voz las santas oraciones; todos los asistentes responden á coro. ¡Coros émulos en la tierra de los conciertos de los ángeles en el cielo, y cuyo piadoso murmurio sube á Dios como el humo del incienso y llena toda la casa de un olor de edificación y de virtud!

Pero ¿qué palabras son las que repiten sus labios en esa plática sublime con la divinidad? ¡Ah!; cuán menguada y mezquina es la sabiduría humana con sus máximas y oráculos, comparada con la que habla por esas bocas! Recogidos en presencia de la Majestad suprema, invocan su santo nombre, adoran profundamente, alaban, dan gracias; bendicen unánimes al Padre comun que está en el cielo; le piden su pan de cada día, el pan del alma especialmente, su gracia, su palabra, celestial alimento de una sustancia inmortal. Proclaman altamente su fe en el Dios Creador, en el Dios Redentor, en una resurreccion futura, en una vida eterna; recitan los mandamientos de

la ley grabados por el dedo de Dios en las tablas del Sinal, despues que el pecado los hubo borrado del corazon de los hombres; dan un recuerdo á los muertos, pensamiento siempre tan elevadamente moral; pero que la religion enriquece y fecundiza, atribuyéndole un mérito de gracia y de expiacion. Luego, cada cual, feliz y bendecido, se retira en silencio para acostarse y aguardar el sueño grato y reparador, que nunca falta á una conciencia tranquila.

Ahora, amados hermanos, ¿hemos hecho mal en sentar que la santa práctica de la oracion comun, si fuese generalmente observada, cambiaria en poco tiempo la faz de la tierra? Reproducid en cada hogar de una ciudad, de una aldea, ese cuadro de una casa cristiana, que os hemos presentado como ejemplo, y ved vosotros mismos que consecuencias resultarian para el bien de la religion y de las costumbres, de la familia y de la sociedad entera. Y desde luego, en lo que concierne á la religion, ¿no es claro que sería más conocida, más respetada, más fielmente practicada? La oracion es el deber más esencial de la religion; pero, la oracion individual se olvida, se descuida, y por última queda en desuso. Ved á los hombres del día; los más ya no oran, porque no saben hacerlo. Seguidles en nuestras iglesias, en nuestras ceremonias, ¿Qué aire de contrariedad y molestia! Ya no saben hincar la rodilla, ni darse en el pecho, ni aún formar sobre su frente la señal del cristiano. Parecen completamente extraños al culto que profesan. Sus miradas son distraidas é indolentes, y sus labios están mudos porque han olvidado toda fórmula de oracion. Pero, con la oracion comun no es posible ese olvido de las fórmulas santas, que se escuchan por sí mismas en la memoria con la repetición de los actos, sin que para ello se necesite trabajo y estudio. Añadid, que la comunidad de la oracion lleva casi siempre consigo el santo uso de una lectura instructiva y edificante, ya de un buen libro de doctrina y de religion, ya de la vida de los héroes de la fe, y juzgareis con nosotros, que la instruccion no gana ménos que la piedad cristiana en la laudable y santa práctica que constituye el objeto de esta exhortacion.

La oracion, hecha en comun, introduce en el hogar todos los hábitos de la vida cristiana, y garantiza la observancia de los demás preceptos. ¿Y sabeis por qué? Porque al mérito de la oracion particular agrega la gracia, la autoridad, la persuasion del buen ejemplo, y lo que nosotros llamaremos, ya que no hallamos otra expresion que vierta mejor nuestro pensamiento, la sancion del testimonio. Si, lo decimos altamente; este primer deber cumplido, determina casi necesariamente la fidelidad á los demás. ¿Cómo así? Vamos á verlo, carísimos oyentes. El padre, la madre, los hijos y los criados, cuando

profesan su fe, se acusan de sus faltas, y prometen guardar los mandamientos de Dios y de la Iglesia, no lo hacen solitariamente, en secreto, solos en presencia de Dios solo; sino pública y solemnemente, en presencia de testigos que, en cierto modo, toman acta de ello, para recordarlo en caso necesario. La comunidad de oraciones obliga, diremos brevemente, como se ha dicho de la nobleza y de los empleos. ¿Acaso la misma boca que ha bendecido, se atrevería á blasfemar ante los mismos testigos? Y si la fragilidad humana comete algún desliz, ¿acaso habrá tiempo para contraerse y arraigarse el hábito, cuando una persona va cada noche á acusarse y á juzgarse á sí misma delante de una reunión, á la que también acepta por juez? Y lo que aquí decimos de la blasfemia, puede decirse de otra cualquier infracción á la ley religiosa ó moral.

Por lo mismo que la oración común contribuye poderosamente al conocimiento, al amor y á la práctica de la religion, ya se columbran los elementos de orden, de seguridad y bienestar que lleva á la familia. Puede decirse que, es, per se sola, toda la educación doméstica, y el artículo fundamental de la constitución de la familia. La dignidad de los padres, la confianza mútua de los esposos, la docilidad, la sumisión tierna y respetuosa de los hijos, la justicia y la bondad de los amos, y la fidelidad de los criados; son los dichosos frutos de su influencia. ¿Cómo extrañarlos? Donde está la unión de las oraciones, allí está Jesucristo; y donde está Jesucristo, allí está la paz, la concordia, la tolerancia, la indulgencia, el espíritu de sacrificio, la moderación en los goces, el consuelo en las penas, el refrigerio de la vida, todo lo que constituye la ventura de una comunidad. Pero el Salvador no se contenta con hacer reinar la tranquilidad en su interior; también la protege contra los enemigos de fuera; y los ángeles que se llevan á los demás hombres, *no se acercan á su tabernáculo: Et flagellum non appropinquabit tabernáculo tuo* (PSALM. XC. 10). Por ella vela una Providencia particular. Aquel, dice el Señor, deseansa bajo la protección del Dios del cielo, que habita en Dios y hace de su morada la morada de Dios: *Qui habitat in adjutario Altissimi, in protectione Dei cæli commorabitur* (PSALM. XC. 1). Dicese vulgarmente, que la casa que Dios guarda, está bien guardada, Jesucristo es su guardián y defensor. Bien podrán bramar en torno de ella las tempestades, silvar con violencia los vientos, temblar la tierra; ella no se conmoverá, porque está construida sobre piedra firme.

El influjo de la oración doméstica no se hará sentir ménos en la sociedad por la suavidad de las relaciones civiles, por el respeto de

todos los derechos, por la benevolencia en la reciprocidad de buenos vecinos, por la mutualidad de los servicios y de la asistencia fraternal. Figúraos, amados hermanos, lo que serian una ciudad, una provincia, un pueblo, cuyas familias consagrasen cada día una hora á recogerse ante Dios, á comparar sus obras con las prescripciones de la ley divina, á penetrarse del fin de la existencia humana. Serian una ciudad, una provincia, una nación poblada de cristianos; y bien sabido es, lo que el orden social ganaria en perfeccion y dicha, si tuviese por alma el principio y el sentimiento evangélico. No más odios, no más discordias, no más rivalidades envidiosas fomentadas por el orgullo de las categorías y los celos de las clases; una emulacion de todos los talentos, de todas las aptitudes, de todas las capacidades; tanto más provechosa á la fortuna pública y particular, cuanto que, sin cesar de ser generosa, sabría contenerse en los límites de la prudencia; sufrimientos sin duda, pues, por más que se haga, los habrá siempre en una tierra que no es la verdadera patria; pero, con la fe, que fortifica; con la esperanza, que consuela; y con la caridad, que endulza todos los males, cuando no puede precaverlos. En vuestra mano está, hermanos míos, realizar todos esos bienes: basta quererlo.

Cuando esté popularizada en las familias la comunidad de la oración, de la vespertina al menos, pues comprendemos la dificultad de reunir por la mañana, atendida la exigencia de los negocios y la diversidad de los trabajos, á todos los individuos de una casa, veremos copiosamente premiados nuestros afanes. No tendremos el sentimiento de ver á los niños, llegados ya á la edad de la discrecion, en una lastimosa ignorancia de las oraciones cristianas y de los elementos de la fe, cuando se presenta á las pruebas preparatorias del acto más santo y decisivo para su felicidad en la vida presente y en la venidera. Cuando se nos llame á la cabecera de los moribundos, no se nos desgarrará el corazón al ver á unos hombres descaudados sobre su suerte eterna, incapaces de producir un acto de contrición y de amor á Dios, á quienes es fuerza enseñar, palabra por palabra, como á los niños, la sublime fórmula de oración que Jesucristo nos trajo del cielo. En el púlpito, se comprenderá mejor y se escuchará más religiosamente nuestra palabra. Veremos más frecuentados los santos oficios y los tribunales de la penitencia. Contaremos ménos ausentes, en las solemnidades de Pasena, al alrededor de la mesa eucarística. Ya no tendremos que deplorar tanto los desórdenes y escándalos que suelen provocar las reuniones nocturnas en los domingos y fiestas. Los oídos serán más sensibles al sonido de la campana que llama á los fieles á la oración común. Vivimos en una época en que cada cual

debe llevar su piedra á la consolidacion del edificio social; llevemos esta, que es fundamental. La religion será siempre la mejor solucion de los problemas que atormentan á las sociedades humanas, á ménos que se descubra el secreto de hacerlas revivir y prosperar sin esta garantía, fenómeno que aún no se ha visto desde su origen. Hagamos pues, lo que la religion nos prescribe; seamos hombres de oracion; de este modo disfrutaremos acá en la tierra de paz y de tranquilidad, y despues seremos eternamente dichosos en el cielo.



## ORACION DOMINICAL.

### IV.

*Pater noster, qui es in caelis.*  
Padre nuestro, que estás en los cielos.  
(MATEO, VI, 9.)

Un Dios que se ha hecho hombre, y que vivía entre los hombres, no podía ménos de enseñarnos á orar; y como representante de todo el linaje humano, debía darnos una fórmula de oracion para adorar á su Creador, pedirle sus gracias, é implorar sus auxilios y su misericordia. Pues bien, esa fórmula es la *Oracion dominical*.

Oracion universal, que se pronuncia hace más de diez y ocho siglos en todas las lenguas y por todo labio cristiano; oracion, que el niño balbucea sobre las rodillas de su madre, y que el anciano repite hasta en sus postreros momentos; oracion del rico y del pobre, del hombre sencillo y del sabio; oracion de todos y para todos.

Pero, por lo mismo que todos los labios debían pronunciarla, convenia que esa oracion fuese breve, clara, y fácil, á fin de que todo el mundo pudiese entenderla, estudiarla y retenerla en la memoria.

Sin embargo, por breve que sea, no por eso deja de ser una oracion acabada, completísima, que la comprende todo, y lo comprende con un orden perfecto. Ella expresa todas nuestras necesidades, así las del alma, como las del cuerpo; las propias, igualmente que las de nuestros hermanos; las del tiempo, no ménos que las de la eternidad;

y sería imposible formular súplica alguna que ya no estuviera en ella contenida.

Oracion más excelente que la dominical no puede haberla, pues la compuso el mismo Jesucristo, Hijo de Dios, que, en expresion de San Cipriano, la recibió de la boca misma del Padre. Sería por demás decirnos, hermanos míos, que, examinando todos los libros de los paganos y de sus filósofos, ó por decirlo mejor, toda la antigua sabiduría de las naciones, ninguna oracion encontraríamos que tras maduro exámen, pudiese competir con la oracion dominical. Aún diré más; si bien en el Antiguo Testamento hallamos bellísimas oraciones; como los Salmos, las súplicas de los Profetas y de otros eminentes personajes; las de Job, de Salomon, de Manasés, de Judith, de Ester, y de otros muchos, oraciones y súplicas inspiradas por el Espíritu Santo; ninguna de ellas puede compararse con la que el mismo Dios se había reservado revelar por sí mismo.

Con la oracion dominical confesamos la grandeza de Dios y nuestra propia debilidad; ella, recordándonos nuestro sublime origen y nuestro destino inmaterial, nos separa de la tierra, y nos eleva hacia el cielo, para uniros con Jesucristo.

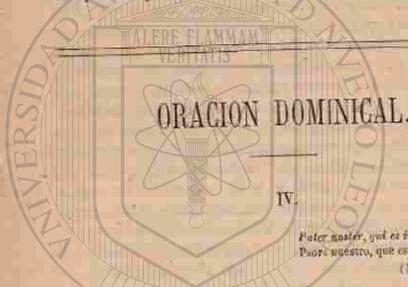
¡Que dicha, pues, la nuestra, cuando oramos con la oracion misma del Salvador! Dios Padre, al oírnosla pronunciar, reconoce la oracion de su Hijo, muy amado, y no puede dejar de escucharnos, porque en su Hijo Jesús tiene todas sus complacencias, y oye siempre todas sus súplicas.

El mismo Jesucristo ¿no nos ha asegurado que se nos escucharía siempre cuando pidiésemos en su nombre? y por cierto, que no podríamos pedir mejor en nombre de Jesucristo que sirviéndonos de la oracion que él mismo nos enseñó y que pronunció el primero.

La Iglesia, nuestra Madre, ha comprendido perfectamente la excelencia de la oracion dominical, poniéndola incesantemente en los labios de sus sacerdotes y de sus hijos, y continuándola en la liturgia del santo Sacrificio. Hijos de la Iglesia; recitemosla frecuentemente y con fervor; pero, para hacerla con fruto, es preciso conocerla y meditarla. Estudiémosla, pues, hoy, y para que este estudio no sea de suma utilidad, imploremos ántes las luces del Espíritu Santo, por la poderosa intercesion de la Santísima Virgen. A. M.

1. La oracion dominical se compone de un preámbulo ó exordio, de siete peticiones, de las cuales las tres primeras se refieren á los intereses de Dios, y las otras cuatro á los del hombre; y, por último, de una conclusion ó confirmacion de esta oracion admirable.

debe llevar su piedra á la consolidacion del edificio social; llevemos esta, que es fundamental. La religion será siempre la mejor solucion de los problemas que atormentan á las sociedades humanas, á ménos que se descubra el secreto de hacerlas revivir y prosperar sin esta garantía, fenómeno que aún no se ha visto desde su origen. Hagamos pues, lo que la religion nos prescribe; seamos hombres de oracion; de este modo disfrutaremos acá en la tierra de paz y de tranquilidad, y despues seremos eternamente dichosos en el cielo.



## ORACION DOMINICAL.

### IV.

*Pater noster, qui es in caelis.*  
Padre nuestro, que estás en los cielos.  
(MATEO, VI, 9.)

Un Dios que se ha hecho hombre, y que vivía entre los hombres, no podía ménos de enseñarnos á orar; y como representante de todo el linaje humano, debía darnos una fórmula de oracion para adorar á su Criador, pedirle sus gracias, é implorar sus auxilios y su misericordia. Pues bien, esa fórmula es la *Oracion dominical*.

Oracion universal, que se pronuncia hace más de diez y ocho siglos en todas las lenguas y por todo labio cristiano; oracion, que el niño balbucea sobre las rodillas de su madre, y que el anciano repite hasta en sus postreros momentos; oracion del rico y del pobre, del hombre sencillo y del sabio; oracion de todos y para todos.

Pero, por lo mismo que todos los labios debían pronunciarla, convenia que esa oracion fuese breve, clara, y fácil, á fin de que todo el mundo pudiese entenderla, estudiarla y retenerla en la memoria.

Sin embargo, por breve que sea, no por eso deja de ser una oracion acabada, completísima, que la comprende todo, y lo comprende con un orden perfecto. Ella expresa todas nuestras necesidades, así las del alma, como las del cuerpo; las propias, igualmente que las de nuestros hermanos; las del tiempo, no ménos que las de la eternidad;

y sería imposible formular súplica alguna que ya no estuviera en ella contenida.

Oracion más excelente que la dominical no puede haberla, pues la compuso el mismo Jesucristo, Hijo de Dios, que, en expresion de San Cipriano, la recibió de la boca misma del Padre. Sería por demás decirnos, hermanos míos, que, examinando todos los libros de los paganos y de sus filósofos, ó por decirlo mejor, toda la antigua sabiduría de las naciones, ninguna oracion encontraríamos que tras maduro exámen, pudiese competir con la oracion dominical. Aún diré más; si bien en el Antiguo Testamento hallamos bellísimas oraciones; como los Salmos, las súplicas de los Profetas y de otros eminentes personajes; las de Job, de Salomon, de Manasés, de Judith, de Ester, y de otros muchos, oraciones y súplicas inspiradas por el Espíritu Santo; ninguna de ellas puede compararse con la que el mismo Dios se había reservado revelar por sí mismo.

Con la oracion dominical confesamos la grandeza de Dios y nuestra propia debilidad; ella, recordándonos nuestro sublime origen y nuestro destino inmaterial, nos separa de la tierra, y nos eleva hacia el cielo, para uniros con Jesucristo.

¡Que dicha, pues, la nuestra, cuando oramos con la oracion misma del Salvador! Dios Padre, al oírnosla pronunciar, reconoce la oracion de su Hijo, muy amado, y no puede dejar de escucharnos, porque en su Hijo Jesús tiene todas sus complacencias, y oye siempre todas sus súplicas.

El mismo Jesucristo ¿no nos ha asegurado que se nos escucharía siempre cuando pidiésemos en su nombre? y por cierto, que no podríamos pedir mejor en nombre de Jesucristo que sirviéndonos de la oracion que él mismo nos enseñó y que pronunció el primero.

La Iglesia, nuestra Madre, ha comprendido perfectamente la excelencia de la oracion dominical, poniéndola incesantemente en los labios de sus sacerdotes y de sus hijos, y continuándola en la liturgia del santo Sacrificio. Hijos de la Iglesia; recitemosla frecuentemente y con fervor; pero, para hacerla con fruto, es preciso conocerla y meditarla. Estudiémosla, pues, hoy, y para que este estudio no sea de suma utilidad, imploremos ántes las luces del Espíritu Santo, por la poderosa intercesion de la Santísima Virgen. A. M.

1. La oracion dominical se compone de un preámbulo ó exordio, de siete peticiones, de las cuales las tres primeras se refieren á los intereses de Dios, y las otras cuatro á los del hombre; y, por último, de una conclusion ó confirmacion de esta oracion admirable.

El exorcio consiste en estas palabras: PADRE NUESTRO, QUE ESTÁS EN LOS CIELOS.

*Padre.*—¿qué felicidad la nuestra tener á Dios por Padre! Ni los paganos, ni aún los judíos, tuvieron derecho á dirigirse familiarmente á Dios con ese dulce nombre de Padre. Fué preciso que el Hijo de Dios tomase nuestra naturaleza, y se hiciera Hijo del hombre, para que nosotros pusiésemos á ser hijos de Dios, y adquiriésemos el derecho de llamarle nuestro Padre. El que por naturaleza es Hijo de Dios, y en quien el Padre tiene todas sus complacencias, no se mostró celoso del amor de su Padre hasta el punto de reservárselo para él solo; y bien que fuese por naturaleza el Hijo único, quiso, sin embargo, que Dios su Padre lo fuese también de un número casi infinito de hijos adoptivos, sobre los cuales derramase el amor inmenso que tiene á su único Hijo desde la eternidad, como lo demuestran estas palabras del Evangelio: «¡Oh, Padre! ruego que el amor con que me amas, en ellos esté» (JOHNS. XVII, 26).

¡Qué bondad la de mi Dios, querer adoptarme por hijo! El hombre adopta un hijo si no tiene ninguno; pero Dios tiene un Hijo de su propia naturaleza; y con todo, se digna adoptarnos por hijos.

¡Pudiera muy bien el Señor tomar otros títulos con respecto á nosotros, que nos recordasen su grandeza, su poder y su gloria. Es el Altísimo, el Señor, el Creador, el Rey de reyes; es, en fin, nuestro Dios, y quiere que le llamemos Padre para atraerse toda nuestra confianza. Y en realidad, él es el más tierno, el más bondadoso, el más rico y poderoso de todos los Padres. ¿Quién, pues, es como él, digno de ese nombre? Ninguno es tan Padre como él, nos dice con su enérgico lenguaje Tertuliano: *Nemo tam Pater.*

Dios es nuestro Padre, y no tenemos otro Padre, pues con dificultad podemos dar este nombre á otros en la tierra: «No tenemos más que un solo Padre, el cual está en los cielos» (MATT. XXII, 9); principio de toda paternidad en el cielo y en la tierra (ESES. III, 15).

¡Padre mío! cuando doy á Dios este nombre, es para mí un título de grandeza; pues me recuerda que he sido formado á semejanza de Dios, mi Padre. ¡Padre mío! he aquí un nombre, que dirigido á Dios, me inspira las virtudes más sublimes y los más generosos sacrificios. ¿Qué no debo emprender, para hacerme digno de tal Padre! ¡Padre mío! he aquí un nombre que despierta toda mi ternura: ¿hay nada más amable para un hijo que su Padre? ¡Padre mío! este nombre despierta toda mi confianza; ¿á quién podría yo dirigirme mejor, que á mi Padre, á mi Padre, que está en el cielo! ¡Oh, Padre! este nombre calma mis dolores, disipa mis tedios y mis penas, vivifica mi ce-

lo y mi esperanza y me inspira valor. En la adversidad, en los peligros, en las angustias, levanto los ojos al cielo, imploro los auxilios necesarios, me identifico con Jesucristo, y me siento consolado al dirigirme á Dios, llamándole mi Padre.

*Padre nuestro.*—Jesucristo vino al mundo para restablecer una unión perfecta, no solo entre Dios y el hombre, sino entre unos y otros hombres; perfecta, doble unión, que había roto el pecado. Quiso, pues, que á Dios le llamemos *Padre nuestro*, y no *Padre mío*, para manifestarnos, que ambas uniones quedaban restablecidas.

*Nuestro.*—Esta palabra nos inculca la caridad, advirtiéndonos que hemos de considerarnos como hermanos á hijos de un mismo Padre, porque así lo quiere el Salvador; «Todos vosotros sois hermanos, pues uno solo es vuestro Padre, que está en los cielos» (MATT. XXIII, 8 et 9).

*Nuestro.*—He ahí la fraternidad más completa que pueda existir, y que debe reinar entre los hijos de un mismo padre; He ahí la igualdad más perfecta entre todos los hombres, cualesquiera que sean, por otra parte, sus talentos, sus nacimientos, sus fortunas, sus condiciones, sus glorias y sus esperanzas, puesto que todos igualmente dicen á Dios: *Padre nuestro.*

*Nuestro.*—Con esta palabra profesamos uno de los más bellos dogmas de la Iglesia católica, el dogma contenido en estas palabras de nuestro símbolo: «Creo en la comunión de los Santos.» Jesucristo quiso, pues, que todas las peticiones de la oración dominical las hiciéramos en plural, para manifestarnos que cada uno de nosotros, al orar para sí mismo, debe también orar por sus hermanos.

*Que estás en los cielos.*—Dios está en todas partes y lo llena todo con su gloria y su inmensidad. «Señor, exclama el Salmista, en su magnífico lenguaje: Si subo al cielo, allí estás tú, si bajo al abismo, allí te encuentro; si al rayar el alta me pusiésemo alas, y fuese á posar en el último extremo del mar, allí igualmente me conducirá tu mano» (Ps. CXXXIII, 8). Pero Jesucristo quiere que digamos: «que estás en los cielos», para recordarnos el poder de Dios, y con este recuerdo avivar nuestra confianza; pues da poco nos serviría tener un Padre bueno y benéfico, si al poder para colmarnos de bienes no reuniésemos el deseo de complacernos. El padre que tenemos en la tierra es harto débil, y á lo mejor nos vemos privados de él; ¡qué dicha, pues, qué felicidad, tener otro infinitamente poderoso en el cielo, del cual no hemos de vernos nunca privados, y á quien podemos siempre invocar!

También nos hace decir Jesucristo: «que estás en los cielos», para

desasirnos de la tierra, recordando sin cesar, que nuestra patria es el cielo, donde está nuestro Padre. ¡Oh qué felicidad la mía, pensar que mi Padre está en el cielo! Mi destino, pues, es el cielo, donde está mi Padre. Cuando mi alma se sienta fatigada en su prisión, cuando halle excesivamente rudas las pruebas de la vida, para consolarme, repetiré: «Padre nuestro que estás en los cielos».

¡Padre omnipotente, que estás en los cielos, que reinas en los cielos, y que con absoluto dominio dispones de cuanto existe; ten piedad de tus hijos que están aún en la tierra, tan lejos de ti! ¡Qué placer puede haber para nosotros, estando lejos de nuestro Padre! ¡Oh, Padre bondadoso, Padre amable y compasivo! ¿cuándo te dignarás llamarme á la celestial morada, donde tú estás, donde tú reinas, y donde estás aguardando á tus hijos? ¿Cuándo tendrás la dicha de reunirme contigo, «Padre nuestro que estás en los cielos»?

SANTIFICADO SEA EL TU NOMBRE. — Al pronunciar estas palabras de la oración dominical, no pedimos que el nombre del Señor sea más santo de lo que lo es de suyo; puesto que siendo infinitamente santo, no puede serlo más. Lo que son estas palabras: «Santificado sea el tu nombre», deseamos, es: que sea santificado, ó sea, alabado, adorado, exaltado por todas las inteligencias y por todos los seres creados, y que nosotros mismos, con todas nuestras fuerzas, nos obliguemos á santificarlo y á que sea santificado.

Santo es el nombre del Señor, infinitamente santo en las alturas de los cielos y en todo el universo. Ya en uno de los más bellos cánticos que contienen los sagrados Libros, y que salió de los labios de la Madre de Dios; proclamamos la santidad del nombre de Aquel que es omnipotente: *Potens es, et sanctum nomen ejus* (Luc. 1.49). Santo es el nombre del Señor, el cual no se atreven á pronunciar los ángeles, sino temblando. Se leía en letras de oro sobre la tiara del sumo Pontífice del pueblo escogido; y por respeto, estaba prohibido á los israelitas pronunciarlo. Nada hay tan santo como el nombre del Señor; nombre inserto en caracteres indelebles sobre todas las obras que han salido de las manos de Dios, y que obliga á doblar toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos: *et sanctum nomen ejus*.

Nada, pues, puede imaginarse más horrible que el juramento y la blasfemia, que profanan el santísimo y adorabilísimo nombre del Señor! El blasfemo es la nada, que se rebela contra Dios; es un demonio, que con su audacia sube al cielo para atacar á Dios en sus atributos divinos, en su misma existencia, hasta en el trono mismo de su poder y de su eternidad. En cuanto á nosotros, para mostrarnos dignos hijos de nuestro Padre que está en los cielos, digamos como ver-

daderos cristianos: «Sea santificado el tu nombre:» *Sanctificetur nomen tuum*. Nunca pronunciemos este nombre adorable sin el respeto más profundo. El celebre protestante Newton se descubría cada vez que pronunciaba á oír pronunciar este sagrado nombre; y le respetaríamos ménos nosotros, hijos de la Iglesia católica y romana? No, nó; evitemos los arrebatos de ira y de impaciencia que podrían impulsarnos á proferir frases injuriosas al santo nombre del Señor; y no olvidemos nunca, que cada día pronunciamos muchas veces estas palabras: «Sea santificado el tu nombre:» *sanctificetur nomen tuum*.

Justo es, ¡oh, Padre! que ocupes el lugar preferente en nuestras oraciones y en nuestras alabanzas. Muy justo es, que todas las criaturas, cada cual á su manera, te alaben, adoren, glorifiquen y amen; que todas reconozcan tu poder, tu magestad, tu sabiduría y tu santidad, porque de todas ellas eres tú su primer principio y su último fin. Por eso nuestra primera aspiración, nuestra deprecación preferente, el más ardiente deseo de nuestro corazón es, que la idolatría sea por do quier abatida, de suerte que no pueda levantarse nunca más; que sean para siempre confundidos los dioses de las naciones, y que tu santísimo nombre sea el único conocido del uno al otro confín del mundo, el único adorado, glorificado, santificado con el culto público, uniforme y universal en todos los pueblos de la tierra, en todas las lenguas y por todos los siglos; y que, sobre todo los cristianos, que más particularmente son hijos tuyos, aquellos á quienes Jesucristo ha enseñado á decir: «Padre nuestro que estás en los cielos, santifiquen tu santo nombre con la pureza de sus costumbres, con la santidad de su vida, con el fervor de su culto, con la piedad del corazón. ¡Padre justo, Padre santo, «Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre:» *Pater noster, qui es in caelis, sanctifietur nomen tuum!*

VENGA Á NOS EL TU REINO. — Y luego de haber proclamado la santidad del nombre del Señor, Jesucristo nos enseña á pedir el advenimiento de su reino; el reino de la justicia, el reino de la religion y de la virtud; el reino que el mismo Jesucristo estableció, que los apóstoles y sus sucesores propagaron, al cual han pertenecido todas las almas grandes, los santos de todos los siglos, y del cual nosotros somos súbditos por un favor enteramente gratuito del Señor. Deseemos ardentemente, suspiremos por que venga este reino, y cada día se extienda más y más delajo del sol; *adveniat regnum tuum*. Anhelemos que venga este reino en oposicion al reino del demonio, que es el reino del pecado, de la injusticia, de todas las malas pasio-

nes; y que ese reino perverso sea cada vez más restringido, proscrito de la tierra, y sobre sus ruinas se establezca para siempre jamás el reino del Señor: *adveniat regnum tuum!*

¡Qué florezcan, Dios mío! sobre la tierra, mayor número de santos que en todos los siglos pasados; y como la sal, la preserven de una corrupción completa: *adveniat regnum tuum!* ¡Qué fervorosos sacerdotes, apóstoles, obispos misioneros llenos del Espíritu santo, extiendan ese reino de la Iglesia, católica y de todas las virtudes: *adveniat regnum tuum!* ¡Qué nuestras rápidas y victoriosas naaves y nuestros libros llenos de ciencia, dilaten hasta los últimos confines del mundo y las islas más remotas, este reino de Dios, el único que ha de hacernos felices aún acá en la tierra; que se consolide, sobre todo, en el suelo de nuestra patria querida este reino de la justicia y de la caridad, que es el verdadero reino de Dios: *adveniat regnum tuum!* ¡Si; si; que venga el reino de Dios, y derribe todos los obstáculos, y aniquile todos los cismas y las herejías, y obloga la más completa victoria sobre sus enemigos: *adveniat regnum tuum, Pater noster, qui es in caelis!*

Empero, no nos contentemos con pedir el reino de Dios, por medio de esa oración; trabajemos además con ardar para establecer en nosotros mismos este reino de Dios, ese imperio de la gracia y de la santidad, por la sumisión entera de todas nuestras facultades y de todos nuestros sentidos á los santos mandamientos de la ley. Establezcamos por grados este reino del Señor, empezando por nosotros mismos, y luego por nuestros hermanos, especialmente por aquellos con quienes más frecuente trato tenemos. Establezcámosle en nuestros hijos, en nuestros domésticos, en todos cuantos nos están sometidos, en cuantos nos ven y nos oyen; y establezcámosle con el buen ejemplo y con el perfume de nuestras virtudes. Obrando así, diremos la verdad, cuando pronunciemos la fórmula de la oración: *adveniat regnum tuum!*

Y con estas palabras: «Venga á nos el tu reino,» además del reino de la gracia, de que os acabo de hablar, pedimos el reino de la gloria. Estos dos reinos no forman más que uno solo; siempre es el mismo reino del Señor, en este mundo, primero, y después, en el otro. Jesucristo nos hace de esta manera pedir, como es justo, los bienes espirituales, ántes que los materiales; los del cielo, ántes que los de la tierra: *adveniat regnum tuum!* ¡Oh, si; «venga á nos el tu reino!» el reino de la gloria, que ponga término á esa vida tan miserable de acá abajo. ¡Vale acuso la tierra el tomarse la molestia de que nos detengamos en ella con complacencia? ¿Qué encontramos en ella?

dolor, pecado y nada más; y, sin embargo, ¡cuántos hombres son esclavos de la vida de los sentidos! ¡Cuántos cristianos tienen apego á los bienes perecederos y á los placeres del mundo, y, olvidando su inmortal destino, quisieran eternizarse en la tierra, y se atreven, sin embargo, á decir: «Venga á nos el tu reino!» Mienten, cuantas veces pronuncian estas palabras; pues no quieren, no suspiran sino por goces materiales; se agarran á la tierra como la yedra por sus mil zarcillos se coge á las ruinas, y dicen á Dios: «Venga á nos el tu reino.» ¡Qué necios somos! ¡Tenemos por ventura ménos motivo para gemir lájos de Dios, que la que tenían los judíos para llorar á orillas del Eufrates, lejos de Jerusalem, su patria? ¿Tenemos ménos razon que la que tenía el rey Profeta para exclamar: «¡Ay de mí, que mi destiéro se ha prolongado!» (Ps. cxix, 5). Y con S. Pablo: «¿Quién me librará de este cuerpo de pecado?» (Rom. vii, 24).» Deseo que se rompan mis ataduras para estar con Jesucristo.» (Filip. i, 25). *Adveniat regnum tuum, Pater noster qui es in caelis.*

HAGASE TU VOLUNTAD ASI EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO.—Dios es el poder infinito y la sabiduría suprema; por consiguiente, nada hay, nada puede haber más santo, más sabio, ni más poderoso que su voluntad. Esta voluntad divina lo produce y gobierna todo en el mundo, y todo le obedece. Solo el hombre, que es libre, por haberle dotado Dios de inteligencia y voluntad propia, puede, durante esta vida, resistir á la voluntad de Dios, y este poder es para el hombre origen de mérito ó de culpabilidad, segun se somete ó resiste á la voluntad divina. Siendo el hombre, por su naturaleza, un ser dependiente, con la circunstancia, además, de tener una voluntad pervertida por el pecado, justo es que la someta á la de Dios, y que diga de corazón, no ménos que de boca: «Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.»

Pero ¿cómo conoceremos la voluntad de Dios? ¿Dónde se nos explica lo que ella prescribe? En los mandamientos de la ley y en los de la Iglesia; en los preceptos y en los consejos evangélicos, y en las obligaciones de nuestro estado. No tenemos que estudiar ni seguir otra voluntad que la de Dios, á ejemplo de Jesucristo, nuestro divino maestro y modelo, quien sometió siempre su voluntad humana á su voluntad divina. Para marcar esta sumisión perfecta, decía: «Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre;» como si dijera: Hacer la voluntad de mi Padre es para mí como una necesidad continua. Y no solo nos dió el ejemplo de su obediencia á la divina voluntad durante su vida, sino que, además, quiso confirmarlo aún en medio de las terribles angustias de su agonía, cuando dijo: «Oh, Padre, no se ha-

ga mi voluntad, sino la tuya.» (Luc. xxii, 42). Díganos, pues, también nosotros á Dios: «Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo:» *fiat voluntas tua sicut in celo et in terra.*

En el cielo invisible se hace la voluntad de Dios, pues todos los escogidos y todos los ángeles adoran sus eternos decretos y se apresuran á ejecutar y hacer ejecutar la voluntad de Aquel á quien nadie resiste sino el hombre pecador; en el cielo visible, los astros ejecutan incesantemente y con puntualidad sus órdenes; el sol y las estrellas se muestran y se ocultan, giran y se detienen como él lo manda. Pues bien; que cumplan los hombres sobre la tierra esta voluntad del Señor, como la cumplen los ángeles en el cielo, y los astros en el firmamento: *fiat voluntas tua sicut in celo et in terra.*

¿Quiénes somos nosotros, polvo y ceniza, nada y pecado, para oponerlos á la voluntad de Aquel á quien todo pertenece, el espacio y el tiempo, el ser y la eternidad? No, Dios mío; no quiero ya oponerme á tu santísima y adorabilísima voluntad; hágase, así en la tierra como en el cielo: *fiat voluntas tua sicut in celo et in terra.* Que mi espíritu sea humillado por tus decretos, que mis sentidos murmuren, que mi corazón se subleve; no importa, con tal que se haga siempre tu voluntad: *fiat voluntas tua.* Gozo ó dolor, pobreza ó abundancia, humillaciones ó honores, vida ó muerte; nada de eso importa, con tal que se haga tu voluntad. Hágase, pues, tu voluntad así en la tierra como en el cielo; hágase por los ángeles y los hombres, por las potestades celestiales, por las terrestres é infernales; hágase ahora y por los siglos de los siglos. «Oh, Padre que estás en los cielos, hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo:» *Pater noster qui es in caelis, fiat voluntas tua sicut in celo et in terra.*

EL PAN NUESTRO DE CADA DIA DÁNOSLE HOY.—Por estas palabras, pedimos á Dios el pan material y el pan espiritual; el pan necesario á la vida del cuerpo, y el necesario á la vida del alma. Al darnos Dios la vida de este mundo, no quiso privarnos de los medios necesarios para conservarla. Nosotros pedimos, en primer lugar, el pan material; entendiendo por esta palabra, cuanto es necesario á la vida, como vestido, habitación, y demás cosas materiales indispensables para vivir según nuestro estado, y conforme á la posición en que Dios nos ha colocado y nos quiere. Pero, al llamar nuestro el pan que pedimos, *panem nostrum*, no pretendemos tener ninguna especie de derecho sobre él, pues todo lo debemos á la misericordia y á la liberalidad de nuestro Padre celestial; sino que con la palabra, *nuestro*, queremos signifi-

car la calidad y la cantidad de alimento y de cosas materiales que nos son indispensables.

Añadimos el pan *ede* cada día; *panem nostrum quotidianum*, porque nuestras necesidades renacen sin cesar. Estas palabras no solo nos recuerdan nuestra continua dependencia, y la necesidad que tenemos á cada instante del poder y de la bondad de nuestro Dios, sino que, renaciendo cada día nuestras necesidades, también todos los días tenemos necesidad de orar: *panem nostrum quotidianum da nobis.*

Finalmente; pedimos el pan de cada día, el pan necesario para el día presente, diciendo: «dánosle hoy». Dános el pan; no para muchos años, sino para hoy; nos contentamos con esto porque confiamos en la Providencia; y, como nos dice Jesucristo, no queremos acogojarnos para el día de mañana: *Nolite sollicito esse in crastinum* (MATH. vi, 34), ni denotar, como cristianos, deseos de vivir siempre en este mundo, puesto que en esta misma oracion pediremos con instancia á Dios, que venga á nos su reino.

Así, pues, diciendo á Dios! «Dános hoy el pan de cada día», solo le pedimos lo necesario para la vida. Padre, que estás en los cielos, dános, no las riquezas, no las comodidades ni las superfluidades, no las delicias mundanas, sino lo indispensable para vivir de una manera conforme á nuestras necesidades y á nuestro estado, sin penuria y sin lujo. ¡Padre nuestro! en ti fijan sus ojos las criaturas todas, y tú les das á su tiempo el alimento necesario. Abres tu mano, y columnas de bendiciones á todos los vivientes» (Ps. cxvii). Por esto, con una confianza sin límites y sin temor de ser desdichados, nos dirigimos á ti y te decimos: «Padre nuestro que estás en los cielos, dános hoy el pan de cada día».

«El cielo entero, dice el Salmista, es para el Señor; más la tierra la dió á los hijos de los hombres» (cxiii, 16). Dios dió al hombre la tierra que le sostiene, para que la cultivase é hiciera productiva; dióle los animales, para que, domándolos, le sirvieran y alimentaran con su leche, su carne, y le proporcionaran el vestido con su seda, su lana, y su piel; dióle el agua, el fuego, la madera, la piedra, los metales, para que los aplicase á su uso; en una palabra, constituyólo dueño de este universo. Sin embargo, al someter al hombre en general las obras de sus manos, el Señor no le dispuso de orar, ni de pedirle el pan de cada día. ¿Cuántos hay, que con su trabajo no pueden procurarse el alimento necesario! Diríjanse, pues, á Dios, y diganle con confianza: «El pan nuestro de cada día dánosle hoy.» ¿Cuántos tienen que trabajar, no solo para ellos mismos, sino tam-



enumerad, si podeis, todas las ofensas que habeis cometido contra Dios; todas las deudas que habeis contraido con su justicia; enumerad todos esos pensamientos criminales, todos esos deseos perversos, todas esas palabras licenciosas, todas esas lecturas frívolas, todos esos actos que os hacen avergonzar á vuestros propios ojos, y ved si tenéis necesidad del perdón del Señor y de su infinita misericordia; mirad si hay propiacion alguna entre vuestros pecados y las ofensas que hayais podido recibir de vuestros hermanos. ¿Qué es vuestra indulgencia y vuestra misericordia, comparada con la bondad infinita y el inmenso amor de vuestro Dios? Pardonad, pues, de todo corazón, perdonadlo todo, olvidadlo todo, cubridlo todo con el manto de la caridad; borrad de vuestra mente las injurias recibidas. No conserveis ni rencor, ni recuerdo siquiera; ni os quejeis, ni habéis más de ello. Perdonad siempre, perdonad inmediatamente, y entonces, solamente entonces, podéis pronunciar con toda confianza estas palabras: «Oh, Padre, que estás en los cielos, perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdónamos á nuestros deudores!»

Y SO NOS DEJES CAER EN LA TENTACION. — Por estas palabras nos enseña el Señor, que nuestro enemigo no tiene sobre nosotros otro poder sino el que él le permite. Nada puede sobre nosotros el demonio sin la permisión de Dios; y Dios, como dice el Apóstol, no permitirá que seamos tentados sobre nuestras fuerzas, sino que de la misma tentacion nos hará sacar provecho para que podamos sostenernos» (I Cor. x, 15). De manera, que si, por un lado debemos estar íntimamente convencidos de nuestra debilidad, y abrigar sentimientos de humildad y desconfianza de nosotros mismos; por otro, debemos poner en Dios toda nuestra confianza, y llamarle en nuestra ayuda. ¡Oh, Padre! no nos dejes caer en la tentacion.

Respecto á la tentacion, prometemos huir de ella, y no nos exponemos temerariamente, porque, quien ama el peligro, perecerá en él: *Qui amat periculum in illo peribit.* (Ecc. iii, 27). — Pero si Dios nos llama al combate, no temamos exageradamente, sino combatamos con valor, seguros que Dios estará con nosotros: «Y si Dios está por nosotros ¿quién contra nosotros?» *Si Deus pro nobis, quis contra nos?* (Rom. viii, 31).

Así, pues, por esta súplica: «No nos dejes caer en la tentacion,» pedimos á Dios que nos libre de ser tentados. Escrito está en el libro de Job, que la vida del hombre sobre la tierra es un combate; este combate nada tiene de común con los combates ordinarios, en los cuales es preciso que los combatientes no vuelvan nunca la espalda. Para el cristiano es cosa distinta; léjos de ir á buscar al enemigo, de-

be huirle, debe evitar el combate; y si lo consigue, habrá triunfado en realidad. «Velad, y orad, nos dice el divino Maestro, para no caer en la tentacion» (MATH. xxvi, 41); no dice: para no sucumbir á la tentacion, sino para no caer en ella.

Empero, con esta misma peticion: «No nos dejes caer en la tentacion,» suplicamos tambien á Dios, que si permite seamos tentados, no consienta que sucumbamos, sino que, por el contrario, salgamos vencedores de la tentacion. Dios no tienta á nadie, nos dice Santiago: *Deus nominem tentat* (Jac. i, 15); pero, permite que seamos tentados, ya para purificarnos, ya para proporcionarnos el medio de adquirir más mérito. Así es, que en todos los siglos, los grandes siervos de Dios han sido expuestos á la tentacion. «Por lo mismo que eras accepto á Dios, decía el Angel á Tobias, fué necesario que la tentacion te probase.» (TOC. xii, 17). Si vosotros, pues, no os habeis expuesto voluntariamente á la tentacion, no os quejeis de ser tentados. «Tened, hermanos míos por objeto de sumo gozo, os dice el apóstol Santiago, el caer en varias tentaciones, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce la paciencia; y que la paciencia perfecciona la obra.» (EPIST. SAST. i, 2). Cuando, pues, permite Dios para nuestro bien, que seamos tentados, acontamos á la oracion, y dirigiéndonos á nuestro Padre celestial, digámosle con toda confianza: «¡Padre nuestro que estás en los cielos, no nos dejes caer en la tentacion.»

«Del fondo de nuestra baja clamamos á ti, Señor; Señor, oye mi oracion (Ps. cxxx, 3). Desvía de nosotros las tentaciones, los escándalos, las ocasiones peligrosas, y cuanto pueda ser para nuestros casos de ruina espiritual. No nos entregues á los deseos corrompidos de nuestros corazones, ni nos abandones en medio de las tentaciones, como nave combatida por los rientos y las olas, sin piloto y sin timon. Afectados de continuo por dentro y por fuera, acudimos á ti con gritos de angustia, pero con confianza; ¡Padre, oh Padre nuestro, que estás en los cielos! no nos dejes caer en la tentacion.»

MAS LIBANOS DE MAL. — Hermanos míos; ¡qué cúmulo de males pesa sobre el pobre linaje humano! ¿Cuántos infortunios nos rodean, nos torturan, y abaten! En todos los siglos las aflicciones han arrancado gemidos á los santos mismos, santos, que por esto suspiraban por la patria celestial. ¿Y quién puede librarnos de tantos males sino nuestro Padre celestial? Digámosle, pues, con confianza y amor: «Padre que estás en los cielos, libranos de mal.»

Pero ¿sabéis cual es el mayor, el más terrible de todos los males de que debemos pedir ser librados, el que principal, por no decir

únicamente, debemos temer? Es el pecado, que haciéndonos enemigos de Dios, puede también hacernos desgraciados por toda la eternidad. Del pecado pide la Iglesia que todos sus hijos queden libres, cuando, después de haber recitado la Oración dominical en el santo sacrificio de la Misa, pone en boca de su ministro estas palabras: Libranos Señor de todos los males pasados, presentes y futuros: *Libera nos, Domine, ab omnibus malis praeiitis, praesentibus et futuris.* Libranos, señor, del pecado pasado, que tantos estragos ha hecho en nuestra alma, y tan profundas y funestas huellas ha dejado en ella. Libranos del pecado presente, que nos oprime de una manera horrible. Libranos, en fin, del pecado, que siempre tenemos que temer y evitar. ¡Oh, Padre misericordioso e infinitamente bueno, escucha nuestros clamores y nuestras súplicas, y libranos del pecado, «libranos de mal.»

También pedimos á Dios por estas palabras, «libranos de mal,» que nos libre de todos los otros males, sean del alma, sean del cuerpo; de los males corporales, en cuanto sea necesario á nuestra salvacion, y por consiguiente, de la guerra, del hambre, de las enfermedades, bien que háyanos merecido esos males, que padicran sernos ocasion de caída y de condenacion eterna; y de los males espirituales, como la ignorancia y el error, la concupiscencia y sus tendencias, las asechanzas del demonio y la mala voluntad de los hombres perversos, las sugestiones de la carne y del mundo, y la tiranía de nuestras propias pasiones; en un palabra, le pedimos nos libre de todo mal, particularmente del mal eterno, del infierno. ¡Oh, Padre celestial! este último es el mal de que principalmente te rogamos nos libres. Nosotros nos esforzaremos á soportar con paciencia y resignacion los males de acá abajo, si ello es necesario á tu gloria y á nuestra salvacion. Pero, Padre amable, Padre bondadoso, que no quieres que ninguno perezca, sino que todos se salven; escucha nuestros gemidos, atiende á nuestras súplicas; y por tu bondad, por tu infinita misericordia, por los méritos y la muerte de tu Hijo Jesús, libranos del pecado y del infierno. «Padre nuestro que estás en los cielos, libranos de todo mal.»

Hermanos míos, las siete peticiones que contiene la oración dominical van seguidas de esta conclusion: *Amen*, «Así sea.» Esta palabra es como el compendio y la confirmacion de todas las peticiones que en esta oración hemos dirigido á Dios. Esta palabra, «así sea,» *amen*, es como un acto de confianza en el poder y en la bondad de Dios nuestro Padre: como un acto de fe, un ardiente deseo de ser oídos, que va directamente al corazón de Dios. Pronunciémosla, pues, con fe viva,

con confianza enteramente filial. Es como si le dijéramos á Dios: Nosotros creemos que tú eres nuestro Padre, Padre bondadoso, Padre sumamente amable, y al mismo tiempo omnipotente; por eso, con toda nuestra alma, con todo nuestro corazón, con todas nuestras fuerzas, deseamos la santificación de tu nombre, el advenimiento de tu reino, el cumplimiento de tu voluntad. Verifíquese todo esto: *amen*, así sea. Mas, conociendo también nuestra debilidad, nuestra impotencia y la apremiante necesidad que tenemos de tu misericordia, te pedimos, así mismo, puesto que tú lo quieres, cuantos bienes nos son necesarios para el alma y para el cuerpo, la remision de nuestros pecados, la victoria en las tentaciones, y el vernos libres de todos los males. *Amen*, sea así. ¡Padre amable! oye esta oración que tus hijos te dirigimos tan frecuentemente, y que queremos dirigirte con más frecuencia todavía, y siempre en union con Jesucristo, tu Hijo y nuestro Salvador. Oyémos, escuchanos siempre «Padre nuestro, que estás en los cielos; así sea, *Amen*.»

## ORACION.

(DEBEMOS HACERLA Á LOS ÁNGELES Y Á LOS SANTOS.)

*Ille est fratrum amator, qui multam orat pro populo.*

Este es el verdadero amante de sus hermanos, que ruega incesantemente por el pueblo.

(II MACC. xv, 14.)

Dios se complace mucho en que nos valgamos de la intercesion de los Angeles y Santos, para que rueguen por nosotros, miserables pecadores, y se complace en concedernos las gracias que por su conducto le pedimos. Por esto la Iglesia nos exhorta que los honremos, colocando sus imágenes en los templos, y adornando con ellas nuestras habitaciones; á ofrecerles nuestros cultos y votos, y á dirigirles

nuestras súplicas, para que, como amigos de Dios, las presenten á su divina Majestad y sean atendidas. Sin embargo, algunos, confundiendo las oraciones que dirigimos á Dios, con las que dirigimos á los Santos, se atreven á calificar de ridicula esta invocacion, que tanto complace á Dios. Al Señor nos dirigimos, como único dispensador de las gracias que pedimos y necesitamos. Todos los Santos de la corte celestial no pudieran proporcionarnos la gracia más pequeña, si Dios no se lo permitiese. Lo único que pueden hacer, y hacen, con satisfacción los Angeles y Santos, es rogar por nosotros, presentar nuestras oraciones ante el trono del Eterno por conducto de nuestro Redentor Jesucristo, mediador único entre Dios y los hombres. En este sentido, se nos manda que dirijamos nuestras oraciones á los Angeles y Santos, cuyas súplicas, como héchas por criaturas á quienes tanto ama Dios, son más eficaces que las nuestras y son oídas con mayor agrado. Para no errar, pues, en materia tan importante, para no exponernos á ofeader á Dios y á los Santos con indiscreciones punibles, y para confundir á los que niegan la necesidad de acudir á los cortesanos del cielo, voy á demostraros hoy la necesidad que todos tenemos, atendida nuestra miseria y suma debilidad, de implorar la proteccion de los Angeles y Santos, y á explicarnos cómo hemos de hacerlo. Pidamos antes los auxilios de la gracia. A. M.

4. Los justos en todos tiempos han creído útil, y aún necesario, invocar la proteccion de los Angeles y Santos. Fácil nos sería citar muchos pasajes de la sagrada Escritura, en los cuales se demuestra esta verdad; pero me limitaré á hacer mérito de algunos. En el Génesis se nos dice, que al bendecir Jacob á los dos hijos de José, pronunció estas palabras: «El Angel que me ha librado de todos los males, bendiga estos niños, y sea sobre ellos invocado mi nombre, como tambien los nombres de mis padres Abraham e Isaac (Gen. xlviii, 16).» En el libro de Tobias se nos dice tambien, que habiendo resuelto Tobias enviar á su hijo á cobrar cierta cantidad que le debía Gabelo, le mandó que buscase algun hombre fiel que le acompañase, y habiendo encontrado un gallardo joven, é ignorando que era el Angel de Dios, le preguntó si sabia el camino que conducia al país de los Medos; en seguida le presentó á su padre, y habiendo convenido en que le acompañaria, Tobias les dijo: «Id en buena hora; Dios os asista en vuestro viaje, y su Angel os acompañe (Ton. v, 21).» Apenas hubieron partido, empezó su madre á llorar, diciendo: «Nos has quitado y apartado de nosotros el báculo de nuestra vejez; pero Tobias la consolaba, diciendo: «No llores; nuestro hijo llegará salvo, y salvo

volverá á nosotros; porque estoy persuadido de que el Angel de Dios le acompaña (Ton. v, 27).» Judith decía, que el Angel del Señor la había acompañado al dirigirse á la tienda de Holofernes, mientras había estado en ella, y al regresar á su casa (Journ. xvi, 20).» Estos ejemplos demuestran cuál era la creencia de los antiguos sobre la proteccion que los Angeles nos dispensan.

En el libro de Job leemos, que el Señor dijo á Elifaz Themanita: «Estoy altamente indignado contra tí y contra tus dos amigos, porque no habéis hablado con rectitud y justicia en mi presencia como mi siervo Job. Tomad pues siete toros y siete carneros, id á mi siervo Job, y ofrecedlos en holocausto por vosotros. Job, siervo mio, hará oracion por vosotros, y yo aceptaré su intercesion, para que no se os tenga en cuenta vuestra culpa. En su consecuencia, Elifaz Themanita, Baldat Sabita y Sofar Naamathita hicieron cuanto les había mandado el Señor, y el Señor se dió por satisfecho con la intercesion de Job (Jon. xlii, 7).» El sumo pontífice Onias se apareció en el aire á Julus Macabeo, orando por todo el pueblo, y extendiendo sus manos en ademán de protegerle. «En seguida se le apareció otro varon, respetable por su ancianidad, radiante de gloria y circuido de magnificencia. Entónces Onias, dirigiéndole la palabra, le dijo: Este es el verdadero amante de sus hermanos y del pueblo de Israel; esto es Jeremias, profeta de Dios, que ruega sin cesar por el pueblo y por toda la ciudad santa (II MACHAB. xv, 44).»

A estos ejemplos del antiguo Testamento podemos añadir algunos del nuevo. San Pedro promete á los fieles que se interesará por ellos aún despues de su muerte (II PERN. i, 15). San Pablo, en todas sus cartas, ruega que oren por él, á la vez que él ofrece rogar por sus hermanos. Esto mismo se nos encarga á cada paso en el Evangelio. Santiago nos dice, que la oracion del justo es muy poderosa para con Dios (EPI. v, 16). Pues, ¿tan útil es que los fieles vivos oren por nosotros, ¿por qué no hemos de encomendarnos á los Santos que están en el cielo, que son más favorecidos de Dios, y más solícitos por nuestra salvacion, que ninguno de los fieles que viven en la tierra?

San Basilio nos asegura, que la práctica de acudir á los Santos es de tradicion apostólica (EPIST. cv). «Debemos rogar á los Angeles, dice S. Ambrosio, porque para guardarlos se nos han dado; debemos rogar á los Mártires, porque despues de haber lavado sus pecados con su propia sangre, pueden rogar á Dios por nosotros (Lm. II. VIUUS, CAP. 9).»

Lo propio enseñan los otros santos Padres; por esto la Iglesia nos manda invocar y encomendarnos á los Santos y Angeles. Dios, que

castiga al pecador obstinado de un modo tan terrible que solo él puede ejecutar, premia también á los buenos de un modo propio de su generosidad y grandeza; y en este premio generoso y grande se extiende la complacencia del Señor, en ostentar lo mucho que quiere, lo mucho que ama á los que han sido fieles á su amor; y para manifestarlo, para que así lo tengamos entendido, quiere concedernos sus gracias por intercesión de los Angeles y de los Santos. Y cuando los honramos por las gracias con que Dios los ha colmado, por las victorias que con su auxilio han conseguido, por la gloria con que los ha coronado, alabamos al Señor en ellos.

Pero los Angeles, dicen algunos incrédulos, no oyen nuestras oraciones, y mucho ménos los Santos, pues la sagrada Escritura nos asegura, que los muertos nada saben de lo que pasa en la tierra; *Mortui nihil noverunt amplius* (ECLÉS. IX, 5). Los fieles, al invocar á los Santos y Angeles, tributan á las criaturas el honor que debe tributarse á Dios. Cualquiera que se tome el trabajo de leer lo que la Iglesia nos enseña, no se atreverá á insultar el respeto con que honramos á los cortesanos del cielo. Estamos muy lejos de tributar á los Angeles y Santos el honor que solo se debe á Dios. Al Señor le adoramos; á los Angeles y Santos los veneramos como siervos y amigos de Dios. Al Señor le pedimos que se compadezca de nosotros, y nos conceda lo que necesitamos; á los Angeles y Santos solo les pedimos que intercedan con Dios por nosotros. Y ellos interceden por nosotros, porque desean nuestra salvación. Jacob, en su sueño misterioso, vió una escalera que llegaba de la tierra al cielo, y Angeles del Señor que subían y bajaban continuamente por ella, para significar que estos espíritus celestiales llevan al cielo nuestras oraciones y buenas obras, las presentan acompañadas de sus súplicas y méritos á los pies del trono de Dios, y nos consiguen y traen á la tierra gracias y mercedes. Es inexacto que los Santos ignoren las oraciones que se les dirigen. Dios manifiesta á los Santos lo que les conviene conocer, de todo lo que sucede acá en la tierra. Ven todas las cosas en su Verbo. Cuando se dice que los muertos no saben lo que pasa en el mundo, quiere decirse que no tienen aquel conocimiento natural, subordinado á los sentidos, que tenían en esta vida; pero esto no se opone á que los muertos puedan enterarse de un modo sobrenatural, y especialmente los Santos.

Los que pretenden que los Angeles y Santos nada saben de lo que pasa en la tierra, no podrán explicar la alegría que todos los cortesanos del cielo experimentaron por la extinción de la idolatría representada en la ruina de Babilonia, y por la propagación de la religion

verdadera. S. Juan oyó una voz como de gran gentío, y como el ruido de muchas aguas, y como el estampido de grandes truenos que decía: *Gócémonos, y saltemos de júbilo, y demos gloria al Todopoderoso*; pues ha llegado la hora de las bodas del Cordero, y su esposa, la Iglesia, se ha vestido de gala. Se ha ataviado con la tela que se le ha dado de lino finísimo, brillante y blanco. Y esta tela son las virtudes de los Santos. ¡Dichosos los que son convidados á las bodas del Cordero! (APOC. XIX, 1 et seq.) Los Angeles y los Santos, pues, tienen en el cielo conocimiento de todo lo que pasa en la tierra, y ruegan por nosotros.

2. Tal vez se nos diga que, invocando á los Santos, los reconocemos como mediadores, y hacemos injuria á Jesucristo, que es el único mediador. Pero ya he dicho, que cuando acudimos á los Santos, es para que ruegen á Dios por nosotros y con nosotros por Jesucristo. Por esto la Iglesia termina todas sus oraciones, que deben ser el modelo de las nuestras, con estas palabras: *Por nuestro Señor Jesucristo*. Confesamos y creemos firmemente que Jesucristo es el único mediador, por quien podemos acercarnos á Dios, y solo invocamos á los Santos como intercesores para con Jesucristo. Si alguna vez les damos el nombre de mediadores, solo hablamos de intercesión; pero Jesucristo es el único mediador absoluto, el único mediador de la redención, el único que nos ha redimido, y en cuyo nombre podemos salvarnos. Aunque podemos acudir directamente á él, es bueno y útil acudir á los Santos para acercarnos por medio de ellos á Jesucristo; porque son más justos y están más unidos á él que nosotros; y, en su consecuencia, son atendidos más favorablemente.

Por los propios motivos que honramos y veneramos á los Angeles y Santos, veneramos y reverenciamos sus sagradas imágenes; y el culto que les damos se refiere á los originales, esto es, á las personas que representan. Cuando saludamos, ó nos arrodillamos delante de la imagen de un Santo, este honor se dirige al Santo. *Honor qui eis exhibetur, refertur ad prototypa quo illi representant*, dice el concilio de Trento. No nos dirigimos á las pinturas ó estatuas, como dicen los protestantes, sino á los originales cuando las veneramos, ó hacemos oración delante de ellas. Si los impíos estudiasen de buena fe la doctrina católica sobre esta materia, no insularían el culto de las imágenes. Sabemos muy bien, que si se atiende únicamente á la materia de que están formadas, se reducen á una porción de madera, piedra, metal, papel ú otro cualquier material pintado, grabado ó esculpido; y consideradas así materialmente, no pueden ser veneradas ni reverenciadas, porque sería venerar y reverenciar palos, piedras,

metales y papeles. Pero si se atiende á su forma, esto es, si se consideran precisa y únicamente como imágenes que representan á los santos, pueden ser veneradas y reverenciadas, porque la veneración y culto que se las dá, se refiere á los originales que representan.

Sá-nos dió que Dios prohibió á los judíos las imágenes y estatuas; sin reflexionar, que aquella prohibición solo debe entenderse de las imágenes que los paganos adoraban y servían, y no de las que solo sirven de memorias y adornos. Moisés, por orden de Dios, puso sobre el arca del Testamento dos Querubines, ó hizo erigir la Serpiente de bronce en el desierto. Salomón, que tuvo la dicha de fabricar el primer templo dedicado en la tierra al nombre y á la gloria del verdadero Dios, puso en él otros dos Querubines, y varias estatuas para adorno del templo. De esta naturaleza son las imágenes que nosotros colocamos en las iglesias; solo son, ó adornos, ó representaciones de los misterios que veneramos. Además, estas imágenes, recordándonos los originales ó misterios que representan, nos mueven á agradecer los beneficios de Dios, á imitar á los Santos y á practicar las virtudes. Ved, pues, hermanos míos, claramente manifestada, porque la Iglesia ha condenado siempre como herejes á los que en cualquier tiempo se han declarado contra la veneración y culto de las sagradas imágenes.

Dirijamos pues nuestras oraciones á los Angeles y á los Santos, como interesados para con aquel Señor que, aún estando en esta vida, hizo tantas veces ostentación de su misericordia infinita. Oremos, roguemos, invoquemos con fervor á estos amigos de Dios; y supliquémosle rendidamente, que intercedan por nosotros para que el Señor nos comunique sus gracias y dones. Somos frágiles, nos sentimos profundamente inclinados al mal, el enemigo tentador nos rodea de continuo para perdersnos; ved, pues, si necesitamos encomendarnos á estos protectores nuestros. Dios se complace en comunicar sus gracias por medio de estos conductos gloriosos. Acudamos pues á ellos con la mayor confianza; y los Angeles y los Santos, que son amigos estables y permanentes de Dios, rogarán por nosotros. Sus súplicas serán oídas, y por ellas se nos dispensarán los auxilios necesarios para que, después de haber servido fielmente al Señor en esta vida, concluyamos nuestro destierro en gracia, y entremos victoriosos en nuestra verdadera patria, donde en unión de los Angeles y Santos alabemos y bendigamos á Dios para siempre en la mansion de la gloria, que es deseo.

## DIVISIONES.

**ORACION.**—Todas nuestras necesidades nos obligan á orar.  
Todas nuestras gracias nos obligan á orar.  
Todas nuestras esperanzas nos obligan á orar.

**ORACION.**—La grandeza de Dios, á quien dirigimos nuestras oraciones, nos obliga á dirigirselas con respeto.  
El ejemplo de Jesucristo, que rogó por nosotros, nos obliga á rogar con fervor.

La Iglesia, que no cesa de rogarle, nos obliga á orar incesantemente.

**ORACION.**—El cuidado que tenemos en pedir á Dios por nuestras necesidades espirituales, le obliga á proveer á las necesidades del cuerpo.

El placer que encontramos en conversar con Dios en la oracion, hace que él se complace en socorrernos.

**ORACION.**—Dios nos prueba en la oracion, cuando retarda en concedernos lo que le pedimos.

Dios nos oye en la oracion, cuando nos rehusa lo que nuestra salvacion requiere que nos niegue.

Dios nos bendice en la oracion, cuando nos concede mucho más de lo que esperamos.

**ORACION.**—Debemos procurar merecer el feliz resultado de nuestras oraciones, por la resolución de conservar las gracias que Dios nos otorgará.

Debemos procurar merecer el auxilio de las oraciones de los Santos, por el amor de las virtudes que ellos más amaron.

Debemos procurar merecer la bendición de las oraciones de Jesucristo, por el deseo de lo que él ha pedido por nosotros.

**ORACION.**—No es posible ser hombre virtuoso, sin ser hombre de oracion.

Hay que dejar de ser hombre del mundo, cuando se quiere ser hombre de oracion.

## PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

*Omni tempore benedico Deum; et peto ab eo, ut vias tuas dirigat.* Tob. iv, 20.

*Humilium et mansuorum semper tibi placuit deprecatio.* Judith. ix, 16.

*Oculi Domini super justos: et aures ejus in preces eorum.* Psalm. xxxiii, 16.

*Subditus esto Domino, et ora eum.* Idem, xxxvii, 7.

*Longe est Dominus ab impiis: et orationes justorum exaudivit.* Prov. xv, 29.

*Clament ad Dominum in fortitudine, et convertatur ira sua mala... Quis scitis convertatur et ignoscat Deus?* Jonat. iii, 8, 9.

*Cum oratis, non eritis sicut hypocrita, qui amant in synagoga et in angulis platearum stantes orare, ut videantur ab hominibus.* Math. vi, 5.

*Petite, et dabitur vobis; querite, et invenietis; pulsate, et aperietur vobis.* Idem, vii, 7.

*Ascendit in montem solus orare.* Idem, xiv, 23.

*Oportet semper orare et non desicere.* Luc. xviii, 1.

*Amen, amen dico vobis: si quid petieritis Patrem in nomine meo, dabit vobis.* Joann. xvi, 23.

*Orationi instate, vigilantes in ea.* Coloss. iv, 2.

*Adeamus ergo cum fiducia ad*

Alaba al señor en todo tiempo; y pídele que dirija tus pasos.

Siempre te ha sido accepta la oración de los humildes y mansos.

El Señor tiene fijos sus ojos sobre los justos, y atentos sus oídos á las plegarias que lo hacen.

Seas pues obediente al Señor, y preséntale tus súplicas.

Lejos está el Señor de oír á los impíos; pero serán oídas las oraciones de los justos.

Clamen (los hombres) con todo ahínco al Señor, convirtiéndose cada uno de su mala vida. ¿Quién sabe si así mudará el Señor su designio, y nos perdonará?

Cuando oráis, no habeis de ser como los hipócritas, que de propósito se ponen á orar de pié en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos de los hombres.

Pedid, y se os dará; buscad, y hallareis; llamad, y os abrirán.

Se subió solo á orar en un monte.

Conviene orar perseverantemente y no desfallecer.

En verdad, en verdad os digo: que cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os lo concederá.

Perseverad en la oración, velando en ella.

Lieguémonos pues conlada-

*thronum gratiae: ut misericordiam consequamur, et gratiam inveniamus in auxilio opportuno.* Hebr. iv, 16.

*Petitis, et non accipitis: eo quod male petatis.* Jacob. iv, 5.

mente al trono de la gracia; á fin de alcanzar misericordia, y hallar el auxilio de la gracia para ser socorridos á tiempo oportuno.

Pedís quizá, y con todo no recibís; y esto es porque pedís con mala intención.

## FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Imposible es traer aquí todos los ejemplos que contienen las sagradas historias de la fuerza, eficacia y poder de la oración: por esto solo nos valdremos de los principales.

Jacob, luchando con el ángel para que le diese su bendición, la obtuvo muy copiosa (GENES. xxxii).

El pueblo de Israel triunfa de los Amalecitas, mientras Moisés eleva las manos al cielo para rogar á Dios por su gente, la cual vuelve las espaldas al enemigo, así que Moisés desista de su fervorosa oración. Y para que su pueblo triunfe completamente, es necesario que persevero orando, y que Aaron y Hur le tengan sus brazos elevados (EXOD. xvii).

Aaron, con la oración y el incienso aplaca la justicia de Dios, que se descargaba horriblemente contra el pueblo rebelde; y puesto entre los muertos y los vivos, hizo cesar la mortandad (NUM. xvi).

Judith, por medio de su humilde y fervorosa oración, aplaca la ira del Señor, derrota al ejército enemigo y libra la ciudad de Betulia de un inminente y completo exterminio (JUDITH, CAP. IX, 15, 14).

Esther, en fuerza de su oración, desharrá los inicuos planes de Aman, y salva á su pueblo de un horroso degüello (ESTHER, CAP. IV, 7).

Por medio de la oración Josué detuvo el sol en su carrera (JOSUE. x); Elias cerró el cielo por espacio de tres años para que no haviere, fué alimentado en el desierto por los cuervos, resucitó el hijo de la viuda de Sarepta (III REG. xvii), é hizo bajar fuego del cielo contra sus enemigos (IV REG. c. i); Manasés alcanzó el perdón de Dios y su perdido cetro (II PARAL. xxxiii); Ana obtuvo á Samuel, hijo de bendición (I REG. ii); David, el perdón de sus pecados (II REG. xii); Ezequias, algunos años más de vida (IV REG. xx); los Ninivitas, el verse libres del universal exterminio (JOSUE. iii); Susana fué declarada inocente (DANIEL. xiii); Salomon alcanzó una sabiduría asombrosa (III REG. iii).

Finalmente; el ejemplo que nos dió nuestro divino maestro Jesús, no nos permite dudar de la eficacia y de la necesidad de la oracion. De la necesidad, por cuanto el mismo ora diferentes veces y nos enseña á orar; de la eficacia, diciéndonos que pidiendo en su nombre, lo obtendremos todo.

La vida de la B. Virgen María, la de los Apóstoles y primeros fieles, fué vida de oracion, sin la cual es imposible alcanzar las gracias que necesitamos, y aún salvarnos.

## SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

*Oratio est petitio deorum á Deo.* S. Joann. Damasc.

*Optissima arma oratio est, thesaurus certe perpetuus, divitiis inexhaustis, parens, fons, et radix honorum omnium.* S. Chrysost. Hom. 30 in Genes.

*Ipsa Christus Salvator est, non solum quando facit quod petimus, sed etiam quando non facit; quia quod videt peti contra salutem, non faciendo potius se exhibet salvatorem.* S. August. Tract. 57 in Joann.

*Quid jam non dei filii petentibus, cum hoc ante dederit ut filii essent?* Idem Serm. 2 de verb. Domini.

*Nullum credimus ad salutem nisi Deo invitante venire, nullum invitatum salutem suam nisi Deo auxiliante operari, nullum nisi orationem auxilium promoveri.* Idem de Eccles. dogmat.

*Conditoris auribus illa maxime oratio commendatur, qua*

La oracion es la peticion á Dios de cosas honestas.

La oracion es un arma de buen temple, un tesoro perpetuo, una riqueza inagotable, es madre, fuente y raíz de todos los bienes.

Jesucristo del mismo modo es nuestro Salvador, cuando hace lo que le pedimos, que cuando no lo hace: antes bien más se muestra como Salvador cuando nos niega, que cuando nos concede lo que es contrario á nuestra salvacion.

Como no concederá (Dios) á sus hijos lo que le piden, despues de haberles concedido la gracia de ser hijos suyos?

Creemos que nadie entra en el camino de la salvacion sin ser llamado de Dios; que ninguno de los llamados consigue su salvacion sin el auxilio de Dios; que ninguno obtiene este auxilio sin la oracion.

La oracion más grata á los oídos de Dios es la que hacemos en

*pro inimicis quoque intercedere nitimur.* S. Greg. in Moral.

*Cave ne ab oratione deficiat: si dissimulat audire ille quem rogas, esto violentus, ut vim etiam ipsis inferas cælis.* Idem in 6 Psalm. Penit.

*Vit Deum te audire in tuis orationibus, cum tu cum non audiat in suis præceptis?* Idem ibid.

*Quæ fidelis, et humilis, et fervens oratio fuerit, calum sine dubio penetrabit, unde certum est quod vacua redire non possit.* S. Bern. in quod. Serm.

favor de nuestros enemigos.

No desistas de la oracion: si aquel á quien suplicas hace como quien no oye, tú aumenta el fervor, hasta hacer violencia á los cielos.

Pretendes que Dios oiga tus suplicas, al paso que tú no quieres escuchar sus preceptos.

La oracion hecha con fe, con humildad y fervor, sin duda penetra hasta los cielos, y no puede quedar sin fruto.

## ORDEN.

(SACRAMENTOS DEL)

## NOMINA DE NUEVO LEÓN

*Hoc facile in meam commemoratorem. Hæc est in memoria mea.*

(Lec. xxv. 19.)

Jesucristo, como sumo Sacerdote y Pastor universal de la Iglesia, instituyó el sacramento del Orden, para formar ministros que ejerciesen su sacerdocio hasta la consumacion de los siglos. Estableció este sacramento en la noche del jueves santo, víspera de su pasion, cuando despues de haber instituido el de la Eucaristia, ordenó por sí mismo á sus apóstoles, ejerciendo el sacerdocio segun el órden de Melquisedec. *Hæc est, en memoria mea;* es decir, *hæc est lo que yo he hecho;* ofreció el mismo sacrificio; administró los mismos

sacramentos; ejerció el mismo sacerdocio; para esto os establezco sacerdotes. No solamente comunicó Jesucristo á sus Apóstoles su sacerdocio, sino que les dió también potestad para extenderlo y comunicarlo á otros, y hacerse sucesores hasta el fin del mundo para el gobierno de su Iglesia. *A sí como mi padre me envió, les dijo, yo os envío á vosotros.* Yo os doy la misma autoridad y el mismo poder que he recibido de mi Padre para la edificación de la Iglesia, cuyo fundamento echó en vosotros. Yo os pongo en mi lugar, para que vosotros establezcáis otros sacerdotes; y mi sacerdocio, que no es según el orden de Aarón, sino según el orden de Melquisedec, sea perpetuo en mi Iglesia. De este sacramento, que confiere potestad á los eclesiásticos para ejercer el ministerio sagrado, y les comunica gracia para desempeñarlo debidamente, me toca hablaros en este discurso. Imploraos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. El sacramento del Orden dá, en primer lugar, potestad á los eclesiásticos para ejercer el ministerio sagrado, como servir al altar, ofrecer el santo Sacrificio, predicar, perdonar los pecados, y los demás actos de dicho ministerio. En el capítulo sexto de los Hechos de los apóstoles, se refiere la elección de los siete primeros diaconos, y se dice que los Apóstoles los ordenaron por la oración y la imposición de las manos: *et orantes imposuerunt eis manus* (v. 6). En cuanto al sacerdocio, está escrito en el capítulo trece del mismo libro, que habiendo resuelto los Apóstoles, antes de separarse, consagrar á Dios nuevos ministros, ofreciendo á este fin el santo sacrificio al Señor, *ministrantibus illis Domino* (v. 2); el Espíritu Santo les inspiró elegir á Pablo y Bernabé para ordenarlos Obispos y Apóstoles de los gentiles. Entonces, dice S. Lucas, ayunando, orando é imponiéndoles las manos, los enviaron á la obra á que estaban destinados: *tunc jejunantes, et orantes, imponentesque eis manus, dimiserunt illos.* Tenemos aquí perfectamente expresadas las ceremonias de la ordenación que la Iglesia practica hoy día.

Además de la potestad de ejercer las funciones sagradas, el orden da también la gracia para desempeñarlas, como consta de la misma Escritura. San Pablo, en su primera Epístola á Timoteo, le dice: «No malogres la gracia que tienes, la cual se te dió, en virtud de particular revelación, con la imposición de las manos de los presbíteros» (Cap. iv, 14). Y en la Epístola segunda, le dice: «Te exhorto que avives la gracia de Dios, que reside en tí por la imposición de mis manos» (Cap. i, 6). Así hablaba el apóstol que había sido el principal ministro de la ordenación de Timoteo, acompañado de los Obispos de

la provincia, en donde se hizo esta ceremonia. Es, pues, cierto, que la ordenación es un sacramento que confiere la gracia. También imprime cierto carácter en el alma, que hace no se pueda recibir dos veces este sacramento. Este carácter supone el del Bautismo y el de la Confirmación.

Como que las funciones que han de ejercer los eclesiásticos son graves, santas y sublimes, quiere la Iglesia que los aspirantes á ellas reciban varias consagraciones, y no lleguen sino por grados á la alta dignidad del sacerdocio. El primer paso hácia el santuario, es la recepción de la tonsura. Dices que el Príncipe de los Apóstoles, san Pedro, estableció esta ceremonia en memoria de la corona de espinas del Señor, á fin de que lo que había servido, en manos de los pecadores, para la humillación y el tormento de Jesucristo, fuese para los Apóstoles un signo de honor y de gloria. Esta corona recuerda á los ministros de la Iglesia, que, habiendo renunciado al mundo, se han hecho la porción de Dios, y no deben vivir en adelante sino para su divino Maestro, procurando cortar todos los vínculos y todos los afectos terrenos.

El tonsurado va ascendiendo poco á poco, hasta llegar á las órdenes mayores, que le consagran para toda su vida al servicio del altar y de la Iglesia. Primero recibe las órdenes que se llaman menores, esto es, las de ostiario, lector, exorcista y acólito. De éstos pasa á los mayores ó sagrados, que son el subdiaconato, diaconato y presbiterado. Llámase estos órdenes sagrados, porque dicen más próxima relación á la Eucaristía; pues los subdiaconos pueden tocar y preparar los vasos sagrados que sirven á la consagración, y servir al diácono en el altar; los diaconos pueden servir solemnemente al sacerdote durante la celebración de los divinos misterios, cantar el Evangelio, y administrar la Eucaristía, en caso de necesidad y en defecto de los sacerdotes; éstos, en fin, consagran la divina Eucaristía y la administran á los fieles. Al sacerdote corresponde presidir las reuniones que se celebran en la iglesia para tributar á Dios el culto debido; el sacerdote es quien recibe, por el sacramento del orden, la potestad de juzgar las conciencias, de perdonar ó retener los pecados, de administrar muchos sacramentos, de anunciar la palabra de Dios y explicar las verdades de la religión, y de bendecir las personas y las cosas.

2. Si el presbítero es elevado á la dignidad episcopal, recibe la plenitud del sacerdocio. Los Obispos son, por derecho divino, superiores á los presbíteros. El Espíritu Santo los estableció para gobernar la Iglesia; y así como á ellos corresponde ordenar á los ministros

inferiores, tienen también jurisdicción sobre ellos, y éstos deben, según la promesa que hacen el día de su ordenación, honrarlos, obedecerlos, y recibirlos con respeto todo lo que procede de ellos. Todos los Obispos son iguales en cuanto á la potestad de orden, que fué dada por Jesucristo á un mismo tiempo y con la misma medida á todos los Apóstoles, cuyos sucesores son los Obispos; pero el Obispo de Roma, sucesor de S. Pedro, tiene el primado, no solo de honor y presidencia, sino de autoridad y jurisdicción sobre todos los Obispos. Todo está sujeto á sus llaves, los pastores y las ovejas. Los Obispos son pastores con relación al rebaño confiado á su cuidado; pero son ovejas con respecto al Papa, con respecto á Pedro. Hay, pues, una subordinación entre los ministros de la Iglesia, que es lo que se llama jerarquía eclesiástica. La Iglesia es el cuerpo místico de Jesucristo, cuyos miembros son todos los fieles; y así como en el cuerpo natural no todos los miembros tienen las mismas funciones, del mismo modo en la Iglesia los cargos y las funciones son diferentes. El Papa es la cabeza visible de la Iglesia, y el primero de los pastores. Después del Papa son los Obispos establecidos para gobernar las diócesis. Después de los Obispos son los sacerdotes, particularmente los que tienen á su cargo las parroquias. Debajo de los sacerdotes están los diáconos, subdiáconos y demás ministros inferiores. Tal es la subordinación que hay entre los ministros de la Iglesia, en la cual consiste su vigor y su gloria. Por eso se la compara á un ejército ordenado en batalla, en donde cada oficial sabe su destino y su empleo. Este bello orden no se halla sino en el catolicismo; pues entre los protestantes no se ve ningún vestigio de jerarquía eclesiástica, y están sin cabeza, sin obispos, sin sacerdotes, sin ministros, sin autoridad, sin sacramentos, sin sacerdotio.

No es fácil expresar la dignidad del sacerdotio y la grandeza del sacerdote. Grande era el primer hombre, pues que Dios le había establecido rey del universo; grande era Moisés, que con una palabra separó las aguas del mar. Grande era Josué, que dijo al sol: Detente! y el sol se detuvo. Pues bien hay un hombre más grande todavía; hay un hombre que diariamente abre las puertas del cielo, y dirigiéndose al Hijo del Eterno, le dice: Descendad de vuestro trono; venid, para que yo os coloque donde me plazca, para que yo os dé á quien me parezca, para que yo os inmole á vuestro Padre; y el Dios omnipotente viene á encarnarse en las manos de este hombre, y á obedecer á su voz. Este hombre es el sacerdote. El es omnipotente en el cielo; él es omnipotente en la tierra. Un hombre cae en el pecado, en las redes del demonio; ¿qué poder será bastante para librarlo? Los

ángeles no pueden; la Madre de Dios, Reina de los ángeles y de los hombres, puede pedir por este desgraciado, pero no puede absolverlo de una culpa, por pequeña que sea. El sacerdote habla, y las ligaduras se rompen: él dice: yo te absuelvo; y el pecado queda borrado para siempre. De este modo el sacerdote, poderoso como Dios, puede en un instante librar al pecador del infierno y hacerlo digno del paraíso; el mismo Dios se ha comprometido á aprobar la sentencia de su ministro, y á conceder ó negar el perdón, según que el sacerdote conceda ó niegue la absolución. ¿Qué poder! ¿qué dignidad! El sacerdote es un hombre más que angélico, pues que su ministerio lo eleva sobre los ángeles; es un hombre divino, pues que todo un Dios le obedece; es un hombre revestido de la divinidad, y que os hace á vosotros mismos participar de ella. Ya no me admiro de ver en el concilio de Nicea al señor del mundo, el emperador Constantino, no querer ocupar sino el último lugar después del último de los sacerdotes, y no atreverse á sentarse sin haber obtenido permiso para ello.

Para ser elevado á tan alta dignidad es necesario ser llamado de Dios. Ninguno, dice el Apóstol, debe atribuirse el honor del sacerdotio, sin ser llamado por Dios. Esta máxima es de la mayor importancia, y conviene que acerca de ella se examinen con todo cuidado los que tratan de abrazar el estado eclesiástico. Además, les es indispensable la inocencia y la santidad de vida. No basta, dice el Concilio de Trento, tener la edad necesaria para recibir los órdenes; es necesario ser de una virtud reconocida. Por último, siendo los sacerdotes la luz del mundo y la sal de la tierra, necesaria les es la ciencia y el celo para trabajar en la salud de las almas. No olviden estas disposiciones los ministros del altar, y correspondan siempre á la gracia de su vocación.

En cuanto á los fieles, tengan siempre presente, que deben honrarlos como á ministros del Salvador y dispensadores de sus misterios; que les reparten el pan de la palabra divina, ofrecen por ellos el santo Sacrificio, les reconcilian con Dios en el tribunal de la penitencia, les distribuyen el Cuerpo del Señor, y les confieren los demás sacramentos. ¿Qué respeto, pues, no deben tenerlos? Exculsen sus defectos, y no hagan de ellos el asunto de sus sátiras, y murmuraciones. No toquéis á los ungidos del Señor, dice la Escritura, y no hagáis mal á sus profetas. El sacerdote es el guía fiel que los toma de la mano desde la infancia, que les muestra el camino que deben seguir, que llena su espíritu y su corazón del conocimiento y del amor de la verdad, que les da saludables consejos en la edad procreta y los consuela en la vejez; que les muestra, en fin, el cielo, y les enseña lo que

deben hacer para llegar á ser dignos de ocupar un lugar en la casa del Padre celestial.

Reconoced, pues, hermanos míos, la grandeza y la dignidad del sacerdote; sabed apreciar el bien que está llamado á hacer en vuestro favor, y el amor que os profesa. Respetadle como al embajador de Jesucristo, hacedle como al ministro del Dios altísimo, amadle como á un amigo, como á un hermano, como á un padre. El pide por vosotros; pedid también vosotros por él, á fin de que sea siempre bueno, sábio, prudente é ilustrado el pastor que debe guiarnos, precederlos y conducirnos ante el supremo Pastor de las almas en la mansion inmortal de la bienaventuranza. Así sea.

Véase: SACERDOCIO.

ORGULLO.

I.

*Omnia quæ se exultet humiliabitur, et qui se humiliat exultabit.*

*Qui se ensalta, será humillado, quien se humilla será ensalzado.*

(Luc. xiv, 11.)

En esas palabras del Evangelio, hermanos míos, vemos un retrato muy natural del vicio del orgullo, y de la virtud de la humildad, que le es contraria. Dos hombres, dice el Salvador, subieron al templo para hacer oracion: el uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo, muy preciado de sí mismo, se presentó de pie, y se dirigía á Dios en estos términos: Te doy las gracias, Señor, porque no soy como los demás hombres, que son ladrones, injustos, adúlteros, ni tampoco como ese publicano; ayuno dos veces á la semana, y doy el diezmo de todos mis bienes. El publicano, por su parte, se mantenía apartado y no se atrevía siquiera á levantar los ojos al cielo; pero, golpeábase el pecho, diciendo: Dios mío, sé propicio á un pecador como yo.

Las oraciones de aquellos dos hombres, como lo veis, hermanos míos, eran muy diferentes una de otra, y por lo mismo tuvieron un efecto muy distinto. La del fariseo, que salía de un corazón orgulloso y lleno de vanidad, fué reprobada de Dios, y solo sirvió para hacerle más culpable; mientras que la del publicano, que expresaba su humildad, le obtuvo el perdón de sus pecados; y de pecador que era, le convirtió en un justo colmado con las gracias del Señor. Así, pues, conclúyese Jesús, quien se ensalta será humillado, y quien se humilla será ensalzado.

Es fácil, carísimos oyentes, comprender la leccion que Jesús quiso darnos en el retrato de aquellos dos hombres. En el uno nos manifiesta el carácter y los castigos del orgullo, y en el otro nos representa los premios de la humildad.

El fariseo, en vez de presentarse en humilde postura, como conviene en un lugar santo y ante la majestad de Dios, está en pie, *stans*: lo cual indica la altivez y el orgullo de su corazón. En vez de glorificar á Dios por todo el bien que cree haber hecho, se jacta, se vanagloria de un mérito imaginario; su oracion es un alarde, un relato de sus alabanzas: por eso es reprobado de Dios.

El publicano, por el contrario, está tan confundido ante sus pecados, que no se atreve siquiera á levantar los ojos al cielo, y por su humilde postura, por la baja opinion que de sí mismo tiene, merece las miradas favorables del Señor. El fariseo se ensalta, y Dios se aparta de él. El publicano se humilla, y Dios se le acerca. El fariseo sale del templo más culpable que antes de entrar, y el publicano regresa justificado á su casa. Ved ahí, amados hermanos, motivos muy capaces de hacernos detestar el orgullo y amar la humildad. Castigo del orgullo en el fariseo; ved ahí un asunto digno de vuestra atención. De este castigo quiero ocuparme en el presente discurso, quiero demostraros que el soberbio resiste á Dios, y que Dios resiste al soberbio. A. M.

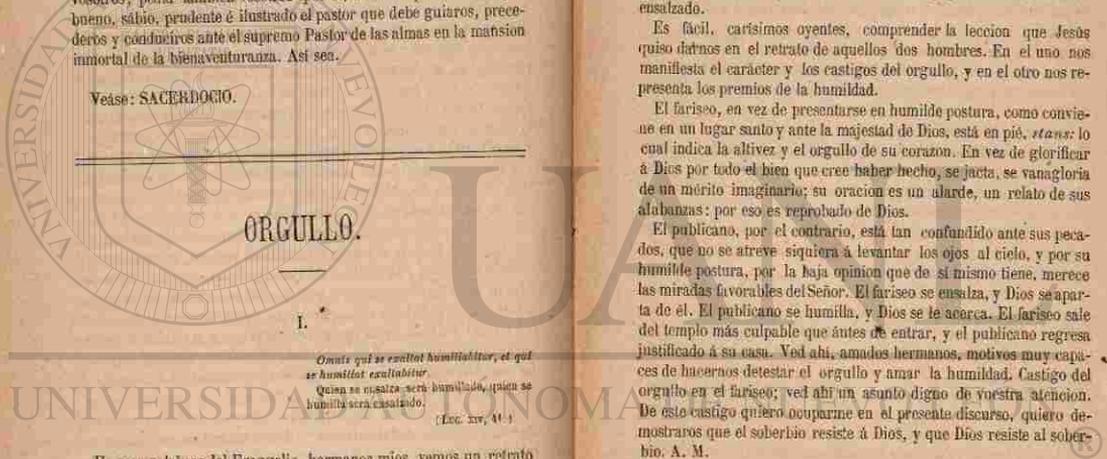
1. Causa extranea, carísimos hermanos, que hallando el hombre en sí mismo motivos para humillarse, está sin embargo tan hinchado de orgullo. Vicio es éste, que infecta casi todos los estados del mundo; y tan lejos se extiende su dominacion, que hay pocas personas no sujetas al mismo. Para curar pues á los que lo padecen, y preservar á los que aún no lo tienen, voy á ponerlos de manifiesto su carácter, su malicia y sus efectos.

¿Qué es el orgullo? Es un amor desordenado de la excelencia propia, fundado en la buena opinion que uno tiene de sí mismo, que ha-

deben hacer para llegar á ser dignos de ocupar un lugar en la casa del Padre celestial.

Reconoced, pues, hermanos míos, la grandeza y la dignidad del sacerdote; sabed apreciar el bien que está llamado á hacer en vuestro favor, y el amor que os profesa. Respetadle como al embajador de Jesucristo, hacedle como al ministro del Dios altísimo, amadle como á un amigo, como á un hermano, como á un padre. El pide por vosotros; pedid también vosotros por él, á fin de que sea siempre bueno, sabio, prudente é ilustrado el pastor que debe guiaros, precederos y conducirnos ante el supremo Pastor de las almas en la mansion inmortal de la bienaventuranza. Así sea.

Véase: SACERDOCIO.



## ORGULLO.

I.

*Omnia quæ se exaltat humiliabitur, et qui se humiliat exaltabitur.*

*Qui se exalta, será humillado, quien se humilla será exaltado.*

(Luc. xiv, 11.)

En esas palabras del Evangelio, hermanos míos, vemos un retrato muy natural del vicio del orgullo, y de la virtud de la humildad, que le es contraria. Dos hombres, dice el Salvador, subieron al templo para hacer oracion: el uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo, muy preciado de sí mismo, se presentó de pie, y se dirigia á Dios en estos términos: Te doy las gracias, Señor, porque no soy como los demás hombres, que son ladrones, injustos, adúlteros, ni tampoco como ese publicano; ayuno dos veces á la semana, y doy el diezmo de todos mis bienes. El publicano, por su parte, se mantenía apartado y no se atrevia siquiera á levantar los ojos al cielo; pero, golpeábase el pecho, diciendo: Dios mío, sé propicio á un pecador como yo.

Las oraciones de aquellos dos hombres, como lo veis, hermanos míos, eran muy diferentes una de otra, y por lo mismo tuvieron un efecto muy distinto. La del fariseo, que salia de un corazón orgulloso y lleno de vanidad, fué reprobada de Dios, y solo sirvió para hacerle más culpable; mientras que la del publicano, que expresaba su humildad, le obtuvo el perdón de sus pecados; y de pecador que era, le convirtió en un justo colmado con las gracias del Señor. Así, pues, conclúyese Jesús, quien se ensalza será humillado, y quien se humilla será ensalzado.

Es fácil, carísimos oyentes, comprender la leccion que Jesús quiso darnos en el retrato de aquellos dos hombres. En el uno nos manifiesta el carácter y los castigos del orgullo, y en el otro nos representa los premios de la humildad.

El fariseo, en vez de presentarse en humilde postura, como conviene en un lugar santo y ante la majestad de Dios, está en pie, *stans*: lo cual indica la altivez y el orgullo de su corazón. En vez de glorificar á Dios por todo el bien que cree haber hecho, se jacta, se vanagloria de un mérito imaginario; su oracion es un alarde, un relato de sus alabanzas: por eso es reprobado de Dios.

El publicano, por el contrario, está tan confundido ante sus pecados, que no se atreve siquiera á levantar los ojos al cielo, y por su humilde postura, por la baja opinion que de sí mismo tiene, merece las miradas favorables del Señor. El fariseo se ensalza, y Dios se aparta de él. El publicano se humilla, y Dios se le acerca. El fariseo sale del templo más culpable que ántes de entrar, y el publicano regresa justificado á su casa. Ved ahí, amados hermanos, motivos muy capaces de hacernos detestar el orgullo y amar la humildad. Castigo del orgullo en el fariseo; ved ahí un asunto digno de vuestra atención. De este castigo quiero ocuparme en el presente discurso, quiero demostraros que el soberbio resiste á Dios, y que Dios resiste al soberbio. A. M.

1. Causa extranea, carísimos hermanos, que hallando el hombre en sí mismo motivos para humillarse, está sin embargo tan hinchado de orgullo. Vicio es éste, que infecta casi todos los estados del mundo; y tan lejos se extiende su dominacion, que hay pocas personas no sujetas al mismo. Para curar pues á los que lo padecen, y preservar á los que aún no lo tienen, voy á ponerlos de manifiesto su carácter, su malicia y sus efectos.

¿Qué es el orgullo? Es un amor desordenado de la excelencia propia, fundado en la buena opinion que uno tiene de sí mismo, que ha-

ce que se estime y busque con anhelo la gloria y el honor; y como el orgulloso solo se estima á sí mismo, desprecia á los demás; esfuerzase tanto como puede en rebajarles para ensalzarse sobre ellos. Apreciarse á sí mismo y despreciar á los demás: ese es el carácter del orgullo, tal como lo vemos en el fariseo. Ese hombre, infatuado de un mérito que cree tener, se alaba, se apiada, se vanagloria, refiere las buenas acciones que ha hecho; pero ¿qué dice de los demás? los vitupera, les carga de crímenes, porque cree dar más brillo á su virtud con la comparación que de ella hace con los defectos del prójimo.

Observad bien su orgullo. Yo no soy, dice, como los demás hombres; si á lo ménos dijese; como algunos hombres, como los más de los hombres! pero se prefiere á todos, creyéndose el único hombre de bien en la tierra. ¡Qué vanidad!

¿Cuántas personas de ese carácter no vemos también, que están infatuadas de sí mismas, se jactan, se vanaglorian, la una de su nobleza ó sus riquezas, la otra de su crédito, esta de su talento, de su habilidad; aquella de sus virtudes, de sus buenas acciones? ¿Cuántas que se engríen de un mérito que no tienen? Y como esos orgullosos se creen dignos ellos solos de ser apreciados y honrados, desprecian á los demás, y les reñen tanto como pueden para sentar su reputación sobre la ruina de la del prójimo.

¿Queréis ahora saber, hermanos míos, cuán opuesto es á Dios ese pecado? Juzgado por lo que voy á decir. El orgullo quita al Criador la gloria que le es debida, para atribuirla á la criatura; destruye la caridad con que se ha de tratar al prójimo; es el origen funesto de otros muchos pecados. ¿Qué horror, pues, no debe inspirarnos?

Solo á Dios pertenecen la honra y la gloria. El hombre nada tiene de sí mismo más que la nada y el pecado; cuanto es y cuanto posee lo debe á la mano liberal de Dios. Nada, salud, riquezas, talento, gracia, todo lo hemos recibido de Dios. Sin él nada seríamos; de nada somos capaces por nosotros mismos, ni siquiera de un pensamiento para la salvación. A su gracia debemos todo el bien que hemos hecho, si empero hemos hecho algo por el cielo.

¿Qué ofensa no hacéis pues á Dios, hombres vanos y orgullosos? En vez de glorificarle por los bienes y talentos que de él habeis recibido, os prevaleis de sus dones como si viniesen de vosotros mismos; en vez de atribuir á Dios el buen éxito de vuestras empresas, las atribuis á vuestra industria; en vez de reconocerle por principio y autor de todas vuestras buenas obras, os arrogais la gloria, alabándolas y publicándolas como si solo fuesen obras vuestras, y no de la gracia

de Dios. Si todos los bienes que poseis en el orden de la naturaleza y de la gracia, los recibisteis de la mano liberal de Dios, ¿por qué vanagloriaros como si no los hubieseis recibido, dice el Apóstol? *Quid gloriaris, quasi non accepseris* (1 Cor. iv)? ¿No es eso quitar á Dios la gloria que le corresponde? ¿no es imitar la insolencia del ángel rebelde, que llevó su orgullo al extremo de disputar á Dios su gloria y su independencia? Aquel espíritu celestial, la más hermosa obra que salió de la mano de Dios, se ofuscó con su propia luz; maravillado de la belleza de su sér, de la excelencia de sus perfecciones, complacase tanto en ellas, que creyó bastarse á sí mismo; en vez de someterse á Dios, pretendió elevarse hasta él y hacerse semejante al autor de su sér. Tal es el exceso de temeridad á que el orgullo puede llevar á la criatura. Usurpar los honores divinos, afectar la independencia que solo pertenece al Sér supremo; tal fué su audacia en los ángeles rebeldes, que tuvieron imitadores en los hombres desde los primeros siglos del mundo. De dónde hubiera venido la idolatría, que derramó tan densas tinieblas sobre la haz del universo, que envolvieron casi todo el género humano? Vino del orgullo de los hombres que, infatuados de sí mismos, desvanecidos con su grandeza, con su poder y su mérito, llegaron á la ceguera de hacerse respetar como á dioses por los que estaban bastante alicinados para prestarse á sus caprichos. Los unos hicieron construir templos en su nombre, los otros levantar estatuas, á las que se rendían honores divinos. Tal fué el orgullo de Nabucodonosor, que mandó meter en el horno á los tres niños hebreos que no habían querido adorarle.

De ese modo el orgullo de los hombres consiguió quitar al Criador la gloria que le era debida, para atribuirla á la criatura. ¡Qué injusticia! ¡qué desorden!

Si el orgullo no raya actualmente á los hombres á tan monstruosos excesos, ¿no vemos aún algunos que quisieran, por decirlo así, considerarse como divindades en la tierra, ya elevándose sobre los demás, á quienes pretenden postrar ante ellos, ya exigiendo que se les tengan ciertas consideraciones porque tienen más nobleza, más bienes, más crédito, más autoridad, más talento, más genio, y porque ocupan un rango más elevado? ¿Genia y polvo como sois, ¿de qué os vanagloriais? *Quid superbis, terra et cinis* (Ecc. iij). ¿Qué sois delante de Dios? Nada y pecado.

Por daros á conocer más la injusticia de vuestro orgullo y persuadiros de cuán mal fundado está, decidme: ¿en qué lo apoyais? ¿en qué se funda el aprecio en que os tenéis? ¿Es la nobleza de vuestro origen? Esa nobleza no viene de vosotros; no es vuestro mérito quien

os hizo nacer de padres ilustres. ¿Son los bienes los que os inspiran orgullo? Esos bienes no dan el mérito, ni siquiera lo suponen. ¿Qué habéis hecho á Dios para poseer más bienes que tantos otros que son pobres y quizás más honrados que vosotros? ¿De dónde vienen esos bienes? Son la herencia de vuestros padres, y nada os han costado; tal vez son el fruto de sus injusticias ó de las vuestras, y por consiguiente no os pertenecen; no tenéis pues de que vanagloriaros. Pero yo quiero que os pertenecan por justos títulos; acaso sean la causa de vuestra reprobación, y lo serán, en efecto, si hacéis mal uso de ellos. ¿No debe eso inspiraros antes humildad? ¿De qué os preciáis también? ¿De las calidades del cuerpo, del valor, de la salud, de la belleza, del talento? ¿Acaso no proviene todo eso de Dios? El podía reducirlos á un estado tan humillante como los que despreciáis, por no tener esos atractivos, esas calidades personales que son la materia de vuestro orgullo. Lo único que os honra es la virtud; pero el mérito y, por consiguiente, la gloria de la virtud, de las buenas obras, la debéis á Dios. Si os la atribuíais á vosotros mismos, ofendéis á Dios, y vuestra virtud cesa por no ser verdadera; es una virtud fariseica, reprobada de Jesús, porque desde el momento en que el hombre busca su gloria en la práctica de la virtud, desde el momento en que hace buenas obras para complacer á sus semejantes y captarse su aprecio, no busca, como debiera, la gloria de Dios, y le ofende usurpando un bien que la pertenece.

El orgullo no es ménos opuesto á la caridad con que ha de tratarse al prójimo. El orgulloso, que solo se aprecia á sí mismo, trata á los demás con soberano desprecio. Escuchad las palabras del fariseo: Yo no estoy, dice, sujeto á vicios bajos como ese publicano. Hace sobre su conducta la censura más violenta. Así se prefiere el orgulloso á todos. Yo no soy, dice, como tal y cual; yo hubiera obrado mejor en tal ocasión. Creo que solo el tiene más talento y entiendo más los negocios. Quanto piensa, dice y hace, es siempre mejor que lo que los demás pueden pensar, decir ó hacer. Únicamente ocupado en su mérito, no ve más que defectos en los demás; siempre ingenioso en mostrarse por el lado bueno, solo cuida de hacer notar el flaco de los demás, con la idea de que el desprecio que se atraerán, servirá de sombra al retrato que de sí mismo hace.

Si se ve obligado á hacer justicia al mérito, hace cuanto puede para empañar su gloria con las malignas interpretaciones que da á las mejores acciones. Celoso de la elevación del prójimo, se desvela para suplantarle. En todas partes quiere tener el mejor puesto. ¿Es superior á los demás? Les mira como viles gusanos. De ahí la arrogancia,

la altanería que afecta ante ellos; de ahí la afectación de desconocer á los que le están unidos por los lazos de la sangre, porque se ven reducidos á una pobre y humilde condición; mientras que, por otra parte, se afanará de tener parientes más ricos y encumbrados, y que á veces no le son nada; de ahí esas pretensiones ridículas de que todos respeten su opinión, buena ó mala, mientras que él no respeta la de los otros.

En esos rasgos, hermanos, en ese pálido bosquejo del orgulloso, reconocid que éste sea caritativo con el prójimo; ¡Ah! ¡cuán difícil es baltar la caridad en el orgullo! La caridad piensa bien de todos, y de nadie juzga mal. El orgulloso hace todo lo contrario: erigese en juez crítico de la conducta ajena, y á todos reprueba. La caridad tolera con paciencia los defectos del prójimo, no se aira del mal que la hacen; pero el orgulloso no quiere sufrir nada, se ofende del menor desaire, de una palabra á veces escapada por casualidad, sin intención de dañarle.

No atribuyamos, carísimos hermanos, á otras causas que al orgullo las infinitas querrelas y enemistades que reinan entre los hombres. ¿Por qué esas personas enemigas, desde hace tanto tiempo, una de otra, no están aún reconciliadas, á pesar de las incessantes instancias de la gracia, á pesar de los consejos de un confesor?

Las contiene el orgullo. Cada cual cree tener razón, y si conoce que no la tiene, no quiere convenir en ello; cada cual creeria rebajarse dando el primer paso, que costaría demasiado á su amor propio; de modo, que cada cual permanece en el mismo estado, es decir, en un estado de condenación. ¿Por qué se entablan procesos por injurias reales ó supuestas? ¿Por qué se muestra uno intratable cuando se le proponen vías de acomodamiento? Es preciso, dice, obtener satisfacción de la injuria recibida; es preciso sotener el honor. Pero ¿qué quiere con eso? Satisfacer su pasión, humillar á los demás para ensalzarse. ¿De qué dinamán las murmuraciones, las calumnias que se propagan para manchar la reputación ajena, sino del deseo de valer más que el prójimo? Así es que el orgullo, primer pecado capital, acarrea otros muchos; trae en pos la envidia, la injusticia, la ira, la venganza... ¿Qué más diré? *Initium omnis peccati superbia* (Ecc. x). Ofusca la mente y la sume en mil errores; hincha el corazón y le inspira mil sentimientos de ambición; ciega el entendimiento y le impide ver las verdades que debe creer; hasta combale con tenaz resistencia las que reconoce. Ese veneno se derrama también en el corazón por los deseos immoderados que despierta de elevarse á los honores, de subir á ciertos puestos, que el que los ambiciona no

es digno ni capaz de ocupar. La buena opinión en que se tiene, se lo hace emprender todo para realizar sus proyectos; y cuando ha llegado al punto que se propusiera, cae lastimosamente por su incapacidad de cumplir los deberes del estado en que ha querido temerariamente colocarse. Tales son las funestas consecuencias del orgullo.

Por lo demás, no creáis, hermanos míos, que ese vicio solo se insinúa en los grandes; también reina en las condiciones más humildes y más ubérricas. A veces hay más orgullo debajo un vestido tosco, que debajo la púrpura y la diadema. En el pueblo se ve asimismo el deseo de dominar unos á otros, la misma inflexibilidad en ceder unos á otros, la misma obstinación, el mismo apego al sentido propio, que entre las personas de más alta categoría. Nadie quiere estar sujeto; todos quieren mandar; nadie quiere sufrir reprensiones, ni ser advertido ó corregido de sus faltas; todos las patañ, las excusan, sin querer convenir en que hayan obrado mal. Hasta se llega al punto de justificar los crímenes. Eso prueba que el orgullo es un veneno sutil de que es muy difícil garantirse. Solo á fuerza de luchar puede esperarse vencer á ese temible enemigo de la gloria de Dios y de la salvación del hombre. Pues si el orgullo es contrario á Dios, Dios no lo es ménos contrario, como puede conocerse por los castigos que le impone.

2. Proporcionar la pena á la malicia del pecado que Dios quiere castigar, es una regla de su conducta; eso es lo que ha observado y lo que aún observa en los castigos que ejerce sobre el orgulloso. El hombre con su soberbia quita á Dios la gloria que le es debida; Dios, á su vez, humilla al soberbio y le llena de confusión. El orgulloso desprecia á los demás; Dios permite que él, á su vez, sea objeto de la burla y del desprecio de los hombres. El orgullo es, en fin, un manantial emponzoñado de que brotan una infinidad de vicios y de pecados; ese manantial, con su contagio, destruye el mérito de las virtudes. ¿Qué golpes mortales no descarga pues á los que de él están inficionados? Prestadme un poco más de atención.

En todo tiempo, Dios, que dá su gracia á los humildes, ha resistido á los soberbios; cuanto más han querido ellos ensalzarse, tanto más les ha humillado Dios. De ello tenemos una prueba convincente en el castigo de los ángeles rebeldes, que en su orgullo se levantaron contra Dios, hasta el punto de querer igualarse á él. No bien hubieron formado sus audaces proyectos, al punto fueron despojados de los dones de la naturaleza y de la gracia con que Dios les había enriquecido. Arrojadlos del cielo, fueron precipitados al profundo abismo.

En la sagrada Escritura tenemos también un gran número de ejemplos de castigos del orgullo: hé aquí algunos de los más memo-

rables. Absalon, hijo de David, queda suspendido de un árbol y herido mortalmente, en castigo del proyecto ambicioso que había formado de ascender al trono de su padre. Nabucodonosor, llevado de un exceso de orgullo, quiere que le tengan por el Dios de la tierra; manda levantar una grande estatua para ser adorado de los hombres; pero, al paso que se ensalza y se pierde en sus grandes ideas, Dios le rebaja y le humilla, quitándole su reino, separándole de la sociedad de los hombres y reduciéndole á la condición de las bestias, con las cuales se ve obligado á habitar y comer la yerba en los bosques. Solo al cabo de siete años de tan ruda penitencia perdona Dios á ese tan humillado príncipe. Tal fué también la humillación del soberbio Aman, cuando se vió condenado á morir en la horca que había mandado levantar para Mardoqueo, quien no quería doblar la rodilla ante él. Así place á Dios humillar á los orgullosos; y sin salir de nuestro Evangelio, consideremos como trata Dios al soberbio fariseo. El publicano merece por su humildad el perdón de sus pecados; pero el fariseo es reprobado de Dios: regresa á su casa más culpable que antes de entrar en el templo del Señor, donde ha manifestado su orgullo.

Eso es lo que cada día acontece á los orgullosos; mientras procuran elevarse, distinguirse, merecer la gloria y el aprecio de los hombres, Dios se aleja de ellos, les retira la gracia, les entrega á sus deseos desordenados, como dijo el Apóstol; á pasiones ignominiosas que les deshonran; caen en faltas graves que les cargan de oprobio y confusión.

Así, pues, el orgullo, que desprecia á los demás, viene á ser, á su vez, objeto de su desprecio, ya por los vicios á que le arrastra su orgullo, ya por su orgullo mismo, que le hace insoportable á todo el mundo. Nadie ama á las personas presumidas, que no hacen más que alabarse, que jactarse de lo que han dicho y de lo que han hecho. Si por deferencia, ó por no desagradarles, se les aplaude algunas veces, en el fondo, se las desprecia; en su ausencia se retraen las alabanzas que se les ha prodigado en su presencia. Dúrlanse de su modo de hablar ó de obrar. Nadie quiere ser despreciado, insultado, ni tratado con altanería; y como el orgulloso desprecia ó insulta con frecuencia á los demás, y quiere ser en todas partes el primero, no es de extrañar que nadie pueda sufrirlo en el mundo. Todo en el escandaliza, sus palabras, sus maneras, su continente; al presentarse en las sociedades dá pena á todos, porque las turba, y siempre se alegran de verle salir. En el mundo profano se prefiere la conversacion de una persona humilde y discreta á la de un orgulloso, que siempre quiere sobreponerse á todo

el mundo. ¡Qué pasión más peligrosa para la salvación! Es el origen de todos los vicios y sofoca las virtudes.

Es un viento abrasador que seca, que lo consume todo. No, hermanos míos, ya no hay mérito en las acciones de virtud más heroicas, desde que se resienten de orgullo. Rezad las más largas oraciones, dad todo lo que tenéis á los pobres, ayunad, mortificaos con las más austeras penitencias, trabajad tanto como podáis para la salvación de las almas, sufrid tanto como los mártires; si en todo eso tratáis de agradar á los hombres, de merecer el aprecio de los hombres; si os anima la vanidad y no el deseo de agradar á Dios, de glorificarle, nunca seréis premiados en el cielo.

Se os dirá, como á los fariseos que hacían largas oraciones, abundantes limosnas y ayunaban para gloria humana: Habiéis recibido vuestra recompensa: *Receperunt mercedem tuam* (MATT. VI). Vuestro orgullo es un pirata que ha sumergido vuestro buque cargado de riquezas; no llegaréis al puerto de salvación. ¡Qué desgracia!

Para preservaros del veneno del orgullo, observad la siguiente máxima. Del orgullo os estimarse á sí mismo y despreciar á los demás: haced todo lo contrario; despreciáis á vosotros mismos, y estimad á los demás. Para conseguirlo hay que cambiar de objeto. Considerad vuestros defectos para contemplar las buenas cualidades del prójimo. La vista de vuestros defectos os inspirará desprecio á vosotros mismos, y las perfecciones de los demás os les harán apreciar. No os alabéis de nada, ni os engriáis nunca de vuestros bienes, talentos, origen, nobleza, y aún menos de vuestras virtudes. Atribuidlo todo á la gloria de Dios, sin cuyo auxilio no somos capaces de hacer un solo pensamiento que merezca premio en el otro mundo. Que vuestra divisa más frecuente sea la del Apóstol: *Soli Deo honor et gloria*. Contentaos con que vuestras obras no sean conocidas más que de Dios, toda vez que solo él ha de ser vuestra recompensa en el cielo, que á todos os deseo.

## ORGULLO.

### II.

*Omnis, qui se exaltat humiliabitur et qui se humiliat, exaltabitur.*

Todo aquel que se ensalza, será humillado: y el que se humilla, será ensalzado.

(LOC. XXV. 13.)

El Evangelio de hoy, hermanos míos, nos dá el ejemplo y el precepto de la humildad.

«Todo aquel que se ensalza será humillado.» Observad bien que el divino Maestro no distingue de clases ni de categorías; y que no dice; todo aquel que injustamente se ensalza; porque empleando este lenguaje, hubiera podido creerse que, en ciertos casos, podía el hombre abandonar al orgullo sin incurrir en pecado; y para presentar su pensamiento, que era la verdad misma, más claro, más evidente, más formal, eligió de entre los que parecían estrictos observadores de la ley el orgulloso. En efecto, el fariseo no hacía alarde de sus vicios, ni se enorgullecía de sus malas acciones; sino que su soberbia se expresaba en acciones de gracias tribuladas al Señor: «Os doy gracias, oh Dios mío, de que no soy como los demás hombres.»

Así es, que aún contando con las mejores disposiciones que puedan imaginarse, el orgullo es un pecado detestable que se opone invenciblemente á la justificación. La razón de que esto sea así, voy á deciroslo. En primer lugar, el orgulloso es ingrato para con Dios, y muchas veces hipócrita.

En segundo lugar, es propenso á no tener caridad para con sus semejantes.

En tercer lugar, levanta un muro insuperable en el camino espiritual. Pidamos los auxilios de la gracia: A. M.

1. El orgulloso es ingrato para con Dios. Hay, hermanos míos, dos modos de ser ingrato, ó por mejor decir, la ingratitud se reviste de dos formas igualmente odiosas. El ingrato desconoce ó finge desconocer el beneficio, ó bien reconociéndolo con palabras, detiene su

corazon sobre el camino de la correspondencia; porque la ausencia de un impulso afectuoso, íntimo de un verdadero reconocimiento, no puede dar lugar á actos de caridad.

El fariseo pues, tributando gracias á Dios y despreciando á su hermano, no observaba la ley de Dios en su espíritu, y por consiguiente despreciaba la prueba más cierta de amor: la obediencia que exige esfuerzo. Es más difícil, hermanos míos, y más meritorio cerrar su corazon á las sugestiones del orgullo, hacerse á sí mismo una exacta justicia, y pensar ménos en el mal que no se hace, que en aquel de que uno se hace culpable.

Si, hermanos míos, la acción de gracias del fariseo no subía como el incienso hácia Dios; y esto por los tres motivos que ya os he indicado, á saber: porque no era sincera, sino que, por el contrario, partía de un corazon desobediente é ingrato; porque iba acompañada de un movimiento de malevolencia para con el prójimo, y porque interesaba como con una barrera el camino espiritual.

¿Por qué razón pues, aquel orgulloso no era sincero? Si lo hubiera sido, ya os he dicho que su reconocimiento le hubiese hecho conocer sus más importantes obligaciones; hubiera pasado de la letra de la ley á su espíritu; hubiera visto sin duda que no pagaba el diezmo de su corazon, que se permitía la intemperancia de su espíritu; lejos de glorificarse se hubiera arrepentido, y no hubiera despreciado á su hermano; se hubiera dicho: no he cometido materialmente hurto ninguno, ni adulterio; pero, he codiciado los bienes de mi prójimo, y entregado mi corazon á culpables deseos; y lejos de glorificarse, hubiera llorado como el publicano, hubiera hecho penitencia; y humillándose, hubiera sido ensalzado.

Seguramente es permitido dar gracias á Dios por nuestras virtudes relativas; pero es necesario al mismo tiempo, que nuestro reconocimiento nos haga conocer tambien cuán lejos estamos de la perfeccion, y á cuántos esfuerzos nos obligan las bondades y las gracias divinas. Creedme, hermanos míos, ninguna necesidad tenemos de confesar nuestras virtudes á Dios, por cuanto tiene muy en cuenta todos nuestros buenos movimientos, piezas que serán reproducidas en el gran juicio. Pero debemos confesar nuestras faltas, y por consiguiente reconocerlas para que sean atenuadas en el juicio de Dios, y no comparezcamos acompañados sino de los buenos testimonios que el Señor tiene reservados con tanta solicitud. El fariseo, lejos de reconocer y confesar sus malas acciones, no supo reconocer en el libro de su conciencia sino virtudes, y una estricta observancia á la ley: no se retiró justificado, porque no solicitó la justificación.

Ved, hermanos míos, cómo el mal viene en apoyo del mal, y con cuánto cuidado debéis impedir que tenga acceso á vuestra alma, para que no sea invadida por él. El fariseo es hipócrita, porque es orgulloso; y es hipócrita para consigo mismo ante su propia conciencia. Es orgulloso; pues si hubiese sido humilde, hubiera pensado desde luego en sus faltas. Ahora bien; ¿en qué consiste el orgullo? En complacernos de nosotros mismos, en atribuirnos un mérito que no nos pertenece y olvidarnos de nuestra nada. Y sin embargo, el fariseo glorifica á Dios. Es por consiguiente víctima y presa del orgullo; pues como acabamos de ver, aún sin tener en cuenta las palabras del divino Salvador, tiene todos los caracteres y se entrega á todos los efectos de este odioso vicio: olvido de sus propias faltas, y ninguna consideracion con las del prójimo. Es necesario salir de ese intrincado laberinto, ved aquí la salida: el orgulloso es un hipócrita; su acción de gracias es una mentira; lo que finge atribuir á Dios, se lo atribuye á sí mismo. Pero no es esto todo, porque observareis sin duda, que el fariseo se habla á sí mismo, *hoc apud se orabit*, y que, por consiguiente, no era sincero en su reconocimiento para con Dios; nos presenta el admirable, pero frecuente ejemplo, de esa hipocresía profunda, íntima, que sirve de artificios para con Dios y con la conciencia. Que el mentiroso quiera engañar á los hombres, se concibe, porque miente por cálculo, y este cálculo está basado sobre la credulidad, la buena fe, la confianza ó la ignorancia de otro. Pero, ¿puede esperar engañar á Dios? Seguramente no, á ménos de ser un loco. Y ahora, hermanos míos, ¿puede uno engañar su propia conciencia, puede ser hipócrita ante su propio corazon?... ¡Ah! sí; falsa justicia, falsa conciencia.

Habréis observado desde luego en todo el curso del Evangelio, que el fariseo de la parábola, así como el fariseo contradictor y perseguidor de Jesucristo, nos presenta un tipo invariable, cuyos principales caracteres son el orgullo y la hipocresía; pretension á la rigidez, virtudes exteriores; interior vicioso, propension al odio, á la codicia, á la dominacion; en una palabra, falsa justicia. Pues bien, yo digo que esa falsa justicia, acompañada de un exagerado aprecio de sí mismo, y de una falsa confianza en Dios, nace de una conciencia igualmente falsa.

No puedo, hermanos míos, deciros más que algunas palabras acerca de esta materia; pero os las digo porque es más fácil que se cree engañarse á sí mismo, é interpretar mal la ley interior que, cuando no es desnaturalizada, está siempre en perfecta conformidad con la ley de la Iglesia: ambas vienen de Dios.

¿De qué modo llega pues el hombre á llevar en sí mismo esa obra maestra de perversidad? ¿Cómo llega, con ayuda del demonio, á falsear su conciencia? ¿Cómo? ¡Ah! para comprender esto bien, consultaos á vosotros mismos, mis pobres hermanos, escuchad el trabajo, los esfuerzos y los sofismas de vuestros deseos; y, por otra parte, el temor del castigo, y acaso tambien un resto de amor y de fe; pues todo se reduce á que, la falsa conciencia no es otra cosa que el resultado tal vez de una primera debilidad, de demasiada indulgencia para consigo mismo: es, en una palabra, el fruto de condesciencias culpables. Vuestros deseos son malos, pero son poderosos; resistirlos es cruel; y desde entonces os decís: Veamos si la ley de Dios, si la ley de la Iglesia, que no quiero infringir, me prohiben de una manera absoluta obedecer á tal inclinacion. Y tomáis efecto y causa para la satisfaccion presente; es decir, que vuestro mismo deseo es quien interpreta la ley divina. A quien desde luego habierais debido consultar era á vuestro confesor, y en defecto de éste, á vuestra sana conciencia; pero no lo habéis hecho. Pretendeis haber consultado á vuestra conciencia, y no habéis consultado sino á vuestro deseo, juez y parte á la vez. Luego decís: mi conciencia ha decidido, puedo por consiguiente marchar; si me engañó, es inocentemente. Una vez dado el primer paso, resulta que una concesion llama á otra, y siempre pretendiendo conducirnos en nombre de la conciencia, que llega á ser para vosotros un instrumento de absolucion, pero de absolucion inelica; pues no creáis que ella es abstineva realmente, no; y horas vendrán, ó tal vez habrán llegado ya, en que vuestra ley interior se os presentará íntegra, severa, indignada de esa hipócrita máscara que le habéis impuesto, de esos sofismas que le habéis atribuido. Entonces la verdadera conciencia arrojará esa imprudente máscara, hasta que su voz sea extinguida de nuevo por los desenfundados gritos del deseo, hasta que su ingénua palabra sea ahogada por la retórica del orgullo ó de la concupiscencia.

De este modo el falso justo del Evangelio alababa á Dios, abandonándose absolutamente al orgullo y á la malevolencia; es decir, que por un resto de respeto á su recta y sana conciencia y á la ley escrita, no se atrevía francamente á atribuirse todo el mérito de su pretendida justicia; sino que en virtud de su falsa conciencia y para acomodarse á su orgullo, en realidad, confiaba en sí mismo: *in se confidebat tanquam iustus*.

Termino, hermanos míos, esta primera consideracion con las palabras que acabo de manifestaros, á fin de empeñarlos en que estéis muy prevenidos contra el orgullo. Los santos Padres han insistido y

repetido mil veces, que este vicio precede á los demas, puesto que nuestros pecados son actos de rebelion, y la rebelion de un sér inflinfa contra el Omnipotente, es efecto de una presuncion insensata. Ahí está para probar esta asercion la historia del orgullo desde la caída del ángel; y si me es permitido tomar una expresion del lenguaje científico, diré, que la generacion del orgullo es espontánea. Si; para llegar á formaros una falsa conciencia, habéis debido comenzar desde luego por permitir os concesiones. ¿Y á quién habéis tomado por árbitro entre vuestras malas inclinaciones y la ley de Dios? A vosotros mismos. ¿Y por qué? Porque erais orgullosos. Permitidme pues que os lo diga, vuestra falta es mucho mayor que la del fariseo, porque en caso de duda contabais con guias de que aquél carecía, es á saber: una ley más perfecta, más explícita, más previsora; un consejero; un director representante del legislador divino; y, en fin, un sacramento reparador.

Ya hemos visto, hermanos míos, que el orgullo es un signo de ingratitude para con Dios, acompañado de la más extraña hipocresía, de la hipocresía, desempeñando su papel frente á frente consigo misma: soliloquio de locura, que atestigua la desorganizacion del alma.

2. En segundo lugar, el orgulloso no tiene caridad para con sus semejantes. Necesariamente tiene que ser así. Ingrato para con Dios, ¿cómo podrá ser que ame á sus hermanos? El orgullo es la exageracion del sentimiento de personalidad; es la incapacidad del entendimiento que se atribuye lo que en manera alguna le pertenece; el orgulloso por intencion es verdaderamente un ladrón, un usurpador; no tiene cuenta sino de sí mismo; si se decide á creer que fuera de él hay alguna cosa, es con condicion de participar de su gloria. Desde entonces, si no se le finde homenaje, el mismo se encargará de pagarse el tributo de admiracion que cree se le debe. Pero ¿cómo? No se admira sino por comparacion. Para admirarse pues, el orgulloso se compara á sus hermanos, ó por mejor decir, compara lo que cree tener de ménos malo con lo que sus hermanos tienen de ménos bueno, y se ensalza en su corazón; y naturalmente, para ensalzarse más y más, busca minuciosamente lo que puede humillar al otro término con quien se compara: de tal modo, que cifra todo su interés en la ruina moral de otro, encontrando una satisfaccion egoísta en contar los males de que el se cree libre. «Dios mio, es doy gracias porque no soy como los demas hombres, que son ladrones, injustos, adúlteros, ni como el publicano.» Esto, hermanos míos, quiere decir: Soy dichoso de que haya tantos ladrones, tantos hombres injustos, tantos adúlteros, porque de otro modo sería yo como el vulgo.

Todavía hay más, hermanos míos. No solamente el orgullo predispone á no tener caridad; sino también en circunstancias que á cada momento se presentan, el desden se cambia en cólera, la malevolencia general en odio bien caracterizado. Y ved de que modo: creyéndose el orgulloso superior á sus hermanos, no solamente á aquellos á quienes acusa de los más vergonzosos vicios, de las acciones más criminales, sino también á los pobres y á los pequeños, *velut etiam hic publicanus*, cree que es un deber reconocer sus virtudes, su grandeza, en una palabra, todo cuanto le distingue á sus propios ojos; piensa que es un deber honrarle y manifestarle exteriormente el aprecio particular que se hace de él. Y como sucede muchas veces que el vulgo, el común de los pecadores, no tienen bastante perspicacia para descuidar en él el motivo de admiración, cada día se le hiere en su orgullo con pretendidas faltas de consideración, de impolítica, de inconveniencia; y estas palabras de que se sirve para expresar la audacia que se ha tenido para tratarle como á todo el mundo, están bien léjos de manifestar su pensamiento, su cólera ni su odio. A sus ojos se ha sido impertinente, audaz, injusto, envidioso; se ha merecido un castigo ejemplar, y el no imponerle él mismo, es también una señal manifiesta de la grandeza de su alma.

Ciertamente que todo esto inspira compasión; pero si alguna vez habeis observado al orgulloso, si habeis leído en su semblante las emociones de su corazón, estoy seguro de que no me acusareis de exageración.

Y todavía no os he hablado de aquellos que, las más de las veces, se contienen por respetos puramente humanos. Pero el orgulloso estúpido, que ni aún tiene por freno la hipocresía ó un resto de sana conciencia, aborrece é injuria, insulta y hiere al que le lastima en sus pretensiones. Cain comenzó por el orgullo, y acabó por el fratricidio. Sin consultar más que las costumbres de la clase media, vemos que el orgullo es causa de la mayor parte de los duelos. Estemos alerta, hermanos míos! Puedo afirmar, sin temor de equivocarme, que no hay ninguno en este sagrado recinto en quien el orgullo no haya hecho nacer movimientos de cólera ó de odio, más ó menos pronunciados.

Hay, por fin, un vicio que vá unido frecuentemente al orgullo; tal es la envidia. Aquí también para inspirarnos un horror saludable, encontramos á Cain. Cain fué envidioso, porque era orgulloso. Si él se hubiera dicho: «mi hermano merece sin duda las gracias y complacencias de Dios, pues Dios agradece sus sacrificios; y yo debo esforzarme por parecerme á mi hermano, que me es superior.» Ah! si hubiese pensado así, con humildad, no hubiera sido envidioso. Sabéis

que la emulación no es envidia; y la emulación de aquel hombre, que fué el primer asesino, hubiera hecho un hermano amante y afectuoso: los corazones humildes y sinceros aman á los que con el ejemplo los han vuelto mejores.

Si; los celos, ó por mejor decir, la envidia, por una parte, tiende al orgullo; y, por otra, al odio; y á un odio doble: el envidioso acusa de orgullo ó de hipocresía al poseedor de los dones, de las gracias, del aprecio que á él le son rehusados, y de injusto al dispensador de estos dones; el envidioso denigra á Dios y á los hombres... Me detengo, hermanos míos; no teniendo que hablaros particularmente de la envidia, me limitaré á renovaros esta recomendación: huid del orgullo, de ese padre de tantos vicios, y vicios de tal modo vergonzosos, que ni aún son de aquellos que los hombres más perversos tienen la osadía de confesar. Huid del orgullo que os detiene infaliblemente en la carrera espiritual.

3. El que camina sin un fin determinado, es un insensato; el fin supremo es el cielo; para dirigirnos á él, no basta vagar acá y allá, volver sobre sí mismo, ó lanzarse á la casualidad sobre una línea recta, que muy bien podría conducirnos al abismo. Debemos, por consiguiente, caminar en cierta y determinada dirección. Mas ¿quién nos dará esta dirección, nos manifestará los puntos de descanso, y si es menester, nos conducirá de la mano? Dios, la Iglesia, la ley eterna. Todas nuestras acciones deben dirigirse pues hácia un objeto, y ser conformes á una ley; de donde se sigue, que la ley es quien juzga á la acción, y que en la ley está el tipo. Pero Dios quiso condescender á nuestra debilidad, y jamás el humano linaje ha permanecido en suspenso ante una idea sin realidad evidente; el tipo sensible, la ley modelo ha facilitado siempre al hombre la buena dirección de su voluntad y de sus actos. El Dios Padre, el Verbo encarnado, los Santos de todos los tiempos que se han esforzado en ser imitadores de Dios, y que, á su vez, nos han dado el ejemplo, han sido la ley viva manifestada sensiblemente á los hombres; ley perfecta en Dios, ley de progreso en los Santos.

Bien comprendido esto, hermanos míos, vais á ver que el orgullo, no solo es un vicio del corazón, sino también un vicio de la inteligencia. ¿Qué hace el orgulloso? Se juzga favorablemente. Todo juicio supone una ley; se compara la acción á la ley, y se la juzga según su conformidad ó diferencia. ¿Con que ley compara pues el orgulloso sus actos, ó ante que modelo se coloca para modificarse ó aprobarse al compararse á sí?

Es evidente, hermanos míos, que si el hombre tuviese siempre á la

vista al Dios de bondad, de misericordia y de justicia, y lo considerase como el tipo de las perfecciones hácia las cuales la ley nos ordena dirigirnos, no habria ningun orgulloso entre nosotros. Pero, no conducimos así nuestra alma. Bien ciertos de ser inferiores á ese tipo infinito, preferimos descubrir en nosotros una superioridad demasiado fácil; y por lo mismo, despues de habernos observado á nosotros mismos, observamos á nuestros semejantes. Primer grado del error. El hombre no es la ley religiosa, la ley absoluta del hombre. La semejanza al hombre no puede ser para nosotros el medio de llegar al fin. Nuestro juicio es, pues, erróneo, porque consultamos un código imperfecto, si no es enteramente vicioso.

Segundo grado del error. Deberíamos, hermanos míos, cuando perdemos de vista al Dios inaccesible de la ley antigua, al Dios encarnado, al Hombre-modelo que nos ha dado la ley nueva; deberíamos, repito, cuando nos comparamos á nuestros semejantes, elegir aquellos cuya vida tiene más rasgos de semejanza moral con la del divino Maestro. Entonces, estad seguros, no seríamos tentados con tanta frecuencia á ensalzarnos; pero, en lugar de estudiar la vida de los Santos, en lugar de buscar en ella ejemplos generosos y magnánimos que puedan aprovecharnos en cualquiera posición que nos encontremos; en vez de regular nuestra conducta por tal ó cual caso particular, miramos si es que al rededor de nosotros hay algun alma bien pequeña, al lado de la cual podamos elevarnos fácilmente un pedestal. En una palabra, nuestro orgullo se aplica á encontrar y patentizar lo peor en otro, no solamente para excusar en nosotros el mal, sino para trasformarlo en bien. Notad en efecto las primeras palabras del fariseo: se vanagloria de no ser ni ladrón, ni adúltero... ¿Qué diriais, hermanos míos, de un cristiano que se felicita de no haber merecido el bautismo?

Comprenderéis pues, que en la via del progreso espiritual, cuyo término es la beatitud, el Evangelio la ley, y Jesucristo el modelo ó la ley viva; hay un peligro inmenso en contentarse con tan poco; satisficécho uno de sí mismo, no trabaja por mejorar; encontrándose superficialmente bello, no trata de perfeccionarse; y por fin, queda demasiado repugnante, porque trabajando sobre su alma como el pintor sobre su lienzo, en lugar de copiar el Divino modelo, no tiene á la vista sino al hombre, y al hombre perverso. Seguramente puede hacerse que el orgulloso sea, bajo cierto aspecto, ménos repugnante que el pecador sobre cuya deformidad ha establecido su gloria; pero esto no prueba que aquél sea bello; en presencia de Jesucristo, y aún de los Santos, sería un monstruo.

Si realmente, hermanos míos, quereis ensalzarnos, mirad á lo alto; si quereis parecer pequeños á vuestros propios ojos, para tener el deseo de la verdadera grandeza, mirad á los gigantes y no á los enanos. Reconociendo entónces vuestra debilidad, como el publicano, pediréis el socorro de Dios; *propitius esto mihi peccatori*, y seréis ensalzados, es decir, justificados, dignos de la gloria inmortal de los cielos: *Descendit hic justus factus ab illo*. ¿Qué es pues lo que dió á aquel hombre la santa humildad? La contemplación de las perfecciones de Dios y el conocimiento de la ley en su espíritu. Si se juzgaba tan pequeño era, que contemplaba en su interior grandes cosas; aunque seguramente no trataba de profundizar ni los misterios del infinito, ni el sentido místico de las Escrituras. Dios se revela á todo hombre que le escucha sinceramente en su corazón, y no desprecia las enseñanzas de sus representantes. Ved, por el contrario, al fariseo, que debe conocer la ley y los profetas, y que multitud de veces se ha encontrado á la faz de Dios en la lectura de los santos libros; al fariseo, que quizá conferenciaba con los doctores, que se inclinó ante los profetas, y que siempre tiene la ley en los lábios, aunque no en el corazón; veallo pasar al lado de Dios sin contemplarlo, y sin pensar siquiera tomarlo por modelo; al lado de los profetas, sin leer en su inspirada frente, ni los hechos futuros, ni la moralidad actual; y al lado de la ley, sin reconocer en ella más que sus disposiciones interiores. Todo lo que es divinamente elevado, se escapa á sus miradas, y hé aquí por qué se cree tan grande... y hé aquí por qué se verá abatido, segun las palabras del Salvador: *Qui se exaltat humiliabitur*.

¿Y pasareis vosotros, hermanos míos, al lado del Hombre-Dios sin verlo? Pasareis al lado del Evangelio sin oírlo! Dios nos manda imitarle; imitemos, pues, su santidad, su justicia, su verdad, su paciencia y su misericordia, siempre bienhechora. Siguiendo este consejo, hermanos míos, é imitando la humildad de Dios, porque Dios es humilde en Jesucristo, conservaremos siempre el deseo de adelantar en el camino espiritual para asemejarnos á aquel modelo, inimitable, es verdad, pero que bien sabe que no nos exige nada que sea superior á nuestras fuerzas. El mismo recompensará nuestros humildes esfuerzos; y mientras que cambiará en ignominia la falsa gloria del soberbio, nos ensalzará en medio de nuestra adicción, de nuestra contribución y de nuestro retiro, á *longe atans*, y nos colocará por una eternidad al alcance de su gloria: *Qui se humiliat exaltabitur*.

## DIVISIONES.

**ORGULLO.**—No hay otro vicio más insolente.  
No hay otro vicio más odioso.  
No hay otro vicio más diabólico.

**ORGULLO.**—Se opone á nuestra conversión, cuando está oculto en nuestro corazón.

No da una mala reputación, cuando se descubre en nuestro exterior.

**ORGULLO.**—Nunca es más injusto, que cuando afecta independencia.

Nunca es más terrible, que cuando inspira crueldad.

Nunca es más insostenible, que cuando pretende que se honre á los pecados como si fueran virtudes.

Véase: SOBERBIA, VANIDAD.

## PACIENCIA.

*Patientia vobis necessaria est: ut voluntatem Dei facientes, reportetis promissionem.*  
Es es necesaria la paciencia: para que haciendo la voluntad de Dios, obtengais la promesa.

(TITULO X, 26.)

El destino general del hombre es padecer, y á nadie le es dado evadirse de esta ley. No hay en la vida humana un día, una hora siquiera, en que podamos decir: yo no padezco. No hay alegría, no hay placer, no hay fiesta alguna en que nuestro corazón quede satisfecho. La paciencia, pues, nos es necesaria; no como otras virtudes que son para determinados casos, sino que nos es necesaria en toda ocasión, en todo tiempo, en todo instante. A la manera que nos es necesario el sustento para conservar la vida, lo es también la pa-

ciencia para no desfallecer bajo el peso de los males que la acompañan. Sin el alimento el hombre muere, y sin la paciencia no puede soportar la vida.

Además, si queremos ser conformes á Jesucristo en la gloria, justo es que lo seamos también en la paciencia. Habiendo, pues, padecido nuestro Salvador ¿por qué no hemos de padecer nosotros? ¿Cómo quierren eximirse los soldados de la ley á que se ha sujetado el caudillo? ¿Cómo quieren no padecer los miembros, habiendo padecido la cabeza? El que por naturaleza es inocente, pasó por la tribulación; ¿cómo podríamos dejar de experimentarla los culpables? El discípulo no ha de ser de mejor condición que el maestro, ni el siervo que su señor. Debemos, pues, padeciendo, asociarnos á Jesús paciente, si queremos alcanzar la gloria que él nos tiene preparada.

La virtud de la paciencia podemos considerarla con relación al prójimo y con relación á los diversos sucesos de la vida. Bajo el primer aspecto nos presta fuerzas para tolerar las flaquezas y molestias de nuestros hermanos; y bajo el segundo, nos sostiene para soportar toda clase de trabajos. Esto es lo que voy á demostraros, después de haber implorado los auxilios de la gracia: A. M.

1. Tomad á Dios por modelo de vuestra paciencia, dice S. Crisóstomo, y se os hará agradable el trato con toda clase de personas. En efecto; vemos que el Señor, lejos de exterminar á los pecadores, á los impíos, que ultrajan la divina Majestad, los tolera por su misericordia infinita, y prefiere parecer, en alguna manera, impotente, según expresión de S. Agustín, á que estalle su cólera en el momento mismo que se le ofende. Y sin embargo, ¡qué paciencia tan distinta de la de Dios, lleno de bondad, es la nuestra! Si sufrimos á nuestros hermanos, es porque habemos de temer que ellos se muestren igualmente indulgentes con nosotros, mientras que el Señor, centro y modelo de todas las perfecciones, se basta á sí solo.

Me diréis, que es muy duro haber de soportar á hombres viciosos, groseros é ingratos; mas, os responderé con S. Ambrosio: que un gusano de la tierra como vosotros no ha de resistir á la voluntad del soberano Maestro, cuando ordena que os excuseis los unos á los otros, sufráis el humor aún de aquellos que os contradicen, según estas palabras del Apóstol: *Patientes estote ad omnes.*

Digo, desde luego, que estamos obligados á excusarnos mutuamente. ¡Ah! qué sería la sociedad, si todos los que la componen se echaran en rostro sus defectos? ¿Podemos ignorar que solo somos un horrible conjunto de miserias y pecados; que el más santo es quien

## DIVISIONES.

**ORGULLO.**—No hay otro vicio más insolente.  
No hay otro vicio más odioso.  
No hay otro vicio más diabólico.

**ORGULLO.**—Se opone á nuestra conversión, cuando está oculto en nuestro corazón.

No da una mala reputación, cuando se descubre en nuestro exterior.

**ORGULLO.**—Nunca es más injusto, que cuando afecta independencia.

Nunca es más terrible, que cuando inspira crueldad.

Nunca es más insoportable, que cuando pretende que se honre á los pecados como si fueran virtudes.

Véase: SOBERBIA, VANIDAD.

## PACIENCIA.

*Patientia vobis necessaria est: ut voluntatem Dei facientes, reportetis promissionem.*  
Es es necesaria la paciencia: para que haciendo la voluntad de Dios, obtengais la promesa.

(TITMO. x, 26.)

El destino general del hombre es padecer, y á nadie le es dado evadirse de esta ley. No hay en la vida humana un día, una hora siquiera, en que podamos decir: yo no padezco. No hay alegría, no hay placer, no hay fiesta alguna en que nuestro corazón quede satisfecho. La paciencia, pues, nos es necesaria; no como otras virtudes que son para determinados casos, sino que nos es necesaria en toda ocasión, en todo tiempo, en todo instante. A la manera que nos es necesario el sustento para conservar la vida, lo es también la pa-

ciencia para no desfallecer bajo el peso de los males que la acompañan. Sin el alimento el hombre muere, y sin la paciencia no puede soportar la vida.

Además, si queremos ser conformes á Jesucristo en la gloria, justo es que lo seamos también en la paciencia. Habiendo, pues, padecido nuestro Salvador ¿por qué no hemos de padecer nosotros? ¿Cómo quierren eximirse los soldados de la ley á que se ha sujetado el caudillo? ¿Cómo quieren no padecer los miembros, habiendo padecido la cabeza? El que por naturaleza es inocente, pasó por la tribulación; ¿cómo podríamos dejar de experimentarla los culpables? El discípulo no ha de ser de mejor condición que el maestro, ni el siervo que su señor. Debemos, pues, padeciendo, asociarnos á Jesús paciente, si queremos alcanzar la gloria que él nos tiene preparada.

La virtud de la paciencia podemos considerarla con relacion al prójimo y con relacion á los diversos sucesos de la vida. Bajo el primer aspecto nos presta fuerzas para tolerar las flaquezas y molestias de nuestros hermanos; y bajo el segundo, nos sostiene para soportar toda clase de trabajos. Esto es lo que voy á demostraros, después de haber implorado los auxilios de la gracia: A. M.

1. Tomad á Dios por modelo de vuestra paciencia, dice S. Crisóstomo, y se os hará agradable el trato con toda clase de personas. En efecto; vemos que el Señor, lejos de exterminar á los pecadores, á los impíos, que ultrajan la divina Majestad, los tolera por su misericordia infinita, y prefiere parecer, en alguna manera, impotente, según expresion de S. Agustín, á que estalle su cólera en el momento mismo que se le ofende. Y sin embargo, ¡qué paciencia tan distinta de la de Dios, lleno de bondad, es la nuestra! Si sufrimos á nuestros hermanos, es porque habemos de temer que ellos se muestren igualmente indulgentes con nosotros, mientras que el Señor, centro y modelo de todas las perfecciones, se basta á sí solo.

Me diréis, que es muy duro haber de soportar á hombres viciosos, groseros é ingratos; mas, os responderé con S. Ambrosio: que un gusano de la tierra como vosotros no ha de resistir á la voluntad del soberano Maestro, cuando ordena que os excuseis los unos á los otros, sufráis el humor aún de aquellos que os contradicen, según estas palabras del Apóstol: *Patientes estote ad omnes.*

Digo, desde luego, que estamos obligados á excusarnos mutuamente. ¡Ah! qué sería la sociedad, si todos los que la componen se echaran en rostro sus defectos? ¿Podemos ignorar que solo somos un horrible conjunto de miserias y pecados; que el más santo es quien

ménos imperfecciones tiene, y que ninguno de nosotros es justificado á los ojos de Aquel que penetra los corazones y los afectos? ¿Quién no sabe, que la concupiscencia es patrimonio de todos los hijos de Adán; que todos nacemos hijos de ira, todos podemos, en cualquier momento, encumbrar á la más terrible tentación; todos, en fin, somos por naturaleza muy débiles, y no tenemos otro patrimonio que lágrimas, pasiones y vicios? ¿Quién no ve que nuestras necesidades, lejos de hacernos humildes, nos hacen turbulentos, y que por nuestro propio interés debemos consolarnos mutuamente, y excusarnos los unos á los otros? *Alter alterius onera portate.*

De esa manera, añade el Apóstol, es como se cumple la ley de Dios: *Et sic adimplebitis legem Christi*; Pero, vosotros ¿obrais de ese modo? Si conocierais los desiguos del Señor, comprenderiais que no os ha rodeado de multitud de séros semejantes sino para excitaros mutuamente al amor de los bienes invisibles; y que solo para ejercitar vuestra paciencia permite que la sociedad se halle plagada de defectos. Los malos sirven para ejercitar ó poner á prueba la paciencia de los buenos, dice S. Agustín: *omnis malus civit ut per illam bonus evadatur*; de donde se infiere, que si fuerais realmente del número de los buenos, sufririais con resignación las perwersidades de los malos, como un medio de adquirir méritos, y una cruz que el Señor os envía.

¿Cuántos se entregan á penitencias extraordinarias, corren en busca de ocasiones para mortificarse, y no saben soportar á sus hermanos, bien que sea ésta la mejor manera de expiar sus faltas y de atraerse la misericordia del Señor! ¡Ah! no lo dudeis: Dios se enternece á la vista de un pecador paciente con los que le rodean, y que excusa los defectos de su prójimo para que el Señor se digue perdonarle los suyos propios. Entonces es cuando este Padre, lleno de infinita bondad, olvida las iniquidades pasadas, para no acordarse sino de su misericordia, y medir los pecadores con la misma medida con que ellos miden á los demás.

Es injusticia que clama al cielo, dice S. Bernardo, no querer soportar las imperfecciones de un pariente ó de un amigo, sabiendo, como sabemos, que en nosotros mismos llevamos los gérmenes de todos los vicios. Por otra parte, quien no ve que lo que nos lastima y ofusca, las más de las veces, es una leve paja que vemos en el ojo ajeno, sin reparar en la viga que está dentro del nuestro? Nosotros nos quejamos del prójimo; y nuestro prójimo ¿no tiene acaso más razón para quejarse de nosotros? Esta vida no es más que un comercio de recriminaciones; y si no hay quien nos hable de nuestras propias

debilidades é imperfecciones, es porque la lisonja ó el amor á la paz cierra los labios, ó porque se teme irritarnos; de suerte que soportando á nuestros hermanos, no hacemos por ellos más que lo que otros hacen por nosotros.

Además; ¿que hombre es aquel cuyos defectos no sabe sufrir? ¿Es acaso un sér aislado, que ninguna relación ni semejanza tenga con vosotros? ¿Es una persona formada de otro barro y animada de otro espíritu? No hermanos míos; aquel de quien debéis sufrir los defectos es vuestro semejante, tiene un alma como la vuestra, un cuerpo como el vuestro; es hijo de Dios lo mismo que vosotros, y como vosotros espera la felicidad eterna; es un compañero que el Señor os ha dado para que os ayude á sobrelevar aquí abajo vuestras penas, necesidades, ansabores y contratiempos; es una criatura redimida, al igual vuestro, con la sangre de Jesucristo; y ¿os atreveis á quejaros de la existencia de ese vuestro hermano, y á murmurar de sus imperfecciones? Decídmelo; ¿qué responderiais á Dios, si viniere ahora con la balanza en la mano, á pesar vuestros crímenes y vuestros errores? ¡Ay! quizás mil veces más criminales á los ojos del Señor que aquel á quien no cesáis de acusar, seriais vosotros condenados, y él declarado inocente. El Señor detesta á los soberbios; y es el orgullo lo que os impide soportar los defectos de otros, y ponerlos á su mismo nivel; es el orgullo lo que os causa esas impaciencias, que os hacen el azote de cuantos os rodean.

Recoged con frecuencia en vosotros mismos; examinad escrupulosamente vuestra conciencia, y vereis que, no contra vuestros hermanos, sino contra vosotros mismos debe revolverse vuestra cólera. Con efecto; ¿cuántos años hace que habeis prometido al Señor convertirlos? y ese Dios paciente y bondadoso os ha siempre esperado: si os hubiese tratado cual vosotros tratáis á vuestros iguales, os habria hecho sentir todo el peso de su cólera y de sus venganzas.

No perdamos nunca de vista que hemos nacido para sufrir; habiendo nuestro primer padre esparcido por la tierra el soplo ponzoñoso del pecado, no debemos esperar aquí abajo sino amarguras y males. Lejos pues, de murmurar contra la ingratitud y la injusticia de los hombres, bendigámoslos al Señor, porque nos otorga ese medio como penitencia para expiar nuestras faltas, y reconciliarnos con Él. No seria nuestra vida la de un cristiano, si en la sociedad solo hallásemos lo que gusta: la Providencia ha sembrado por do quiera penas y sinsabores para que recurramos al cielo, donde no habrá ni vicios ni imperfecciones, y donde todos los justos serán transformados por Jesucristo.

¡Cuán admirable paciencia la de los primeros cristianos con los judíos y paganos, que no cesaban de perseguirlos! Nada fué capaz de hacerles perder la caridad, que es debida al prójimo; y á ejemplo de Jesucristo, nuestro divino Maestro, rogaban por sus verdugos. Si, hermanos míos; se les vió desgarrados por los garfios de hierro, quemados por las llamas de betún y de pez, con voz espirante, emplear su último aliento para bendecir la mano que los hería. Ellos sabían que solo por la paciencia se puede alcanzar la paz del alma: *In patientia possidebitis animas vestras*; y estimaban en más esta virtud, que todos los tesoros; fijos sus ojos en Jesucristo crucificado, imponían silencio á las murmuraciones que hubieran podido excitarse; oían una voz secreta que no cesaba de repetirles, mirad y haced conforme al modelo que os ha sido dado: *Inspecio, et fac secundum exemplar*.

De ahí, esa admiración de los mismos tiranos por los primeros cristianos; de ahí esa paz que reinaba en todos los corazones, y que desterraba de todas las moradas las reprimendas é injurias; de ahí esa entera sumisión á los decretos de la Providencia, que hacia exclamar á todos y á cada uno: Bendito sea el Señor; esa tranquilidad con que eran conducidos al suplicio como ovejas que van al matadero: *Sicut ovis ad occisionem*. Nosotros ni siquiera recordamos estos ejemplos, por temor que nos llene de confusión la distancia á que nos hallamos de una conducta tan admirable y edificante. Nuestros padres sufrieron sin murmurar las pruebas más terribles; vieron contra sí conjurarse el universo sin palidecer ni asustarse; y nosotros, siempre impacientes, inquietos siempre, no sabemos soportar ni la más leve contrariedad ni la más ligera injuria. Todo nos irrita, nos enciende todo, y quisiéramos que solo á nosotros fuese permitido ser viciosos impunemente.

En nuestras ciudades y nuestras casas no resuenan sino murmuraciones é imprecaciones. Se vive con los parientes como si fueran extraños, y con los vecinos como si fuesen enemigos, y parece que no nos reunimos sino para injuriarnos ó para odiarnos.

En vano Jesucristo nos grita: Aprended de mí, que yo soy dulce y humilde de corazón: *Discite á me quia mitis sum et humilis corde*: la cólera nos domina, y la impaciencia nos arrastra á los más terribles excesos. Solo vemos monstruos en aquellos que más deberíamos amar, solo porque tienen algunos defectos que nos son insportables. Sin embargo, hermanos míos, nuestro divino Salvador, aún siendo la perfección misma, pasó los días de su vida mortal con hombres carnales, groseros, y llenos de imperfecciones; para ense-

ñarnos, que nosotros nunca nos mostraremos bastante afectuosos y pacientes con aquellos que nos rodean, y con quienes hemos de vivir. Si su ejemplo no tiene imitadores, es porque no somos cristianos sino de nombre: del Evangelio no conocemos más que la letra, y tenemos un corazón pagano en el seno mismo de nuestra santa Religión.

¿De qué nos sirve, hermanos míos, el ser cristianos, si somos impacientes y vengativos? Nuestra Religión es caridad; y si no podemos soportar el humor de los demás, pecamos esencialmente contra las primeras reglas del cristianismo. ¿Qué importa, que este nos disguste, que aquel nos moleste, que el de más allá nos perjudique? La orden está dada, la ley establecida, y por más pretextos que se aleguen, es preciso tener paciencia con todos: *Patientes estote ad omnes*.

Con esa paciencia universal, con esa paciencia á toda prueba nos haremos propicio al Señor, y desaparecerán nuestras inquietudes, cual si jamás hubiesen existido, se borrarán hasta sus huellas y la justicia de Dios se trocará en misericordia. Esto es lo que lemos en cada página de los sagrados Libros, y esto debe alentarnos á no quejarnos nunca de nuestros hermanos, ni irritarlos en manera alguna.

Acabo de explicaros cuan necesaria es la paciencia para sufrir los defectos y humor del prójimo; voy ahora á manifestaros cual debe ser con respecto á los percances ó sucesos de la vida.

2. No hay suceso alguno, que no haya sido preparado desde la eternidad, ó para castigo de los malos, ó para prueba de los buenos. Partamos de este principio, hermanos míos, y nos guardaremos bien de murmurar de lo que nos aflige y molesta. Sabemos por la fe, que el Señor, padre tierno y misericordioso, Dios soberano, é omnipotente, vela por nosotros, y nos haríamos culpables de un delito enorme, si no nos abandonáramos tranquilos á las disposiciones de su providencia. Dios, al crear el mundo, sabía muy bien que habría en él trastornos y desgracias, de las cuales quiere que nos aprovechemos para nuestra santificación. Solo se trata, pues, de sacar provecho de los males que no podemos evitar; ó porque la justicia de Dios nos castiga, ó porque su bondad quiere probarlos; en uno y otro caso, la paciencia nos es indispensable.

Si, hermanos míos; los sucesos que nos parecen casos fortuitos, esos sucesos que suponemos hijos de la fortuna, y cuya causa atribuímos á las pasiones de los humanos, vienen de la mano de Dios mismo, que nos castiga en calidad de pecadores. Este mundo no es más que una vasta prisión llena de criminales, que esperan de un momento á otro la sentencia de su suplicio, y que han merecido por

sus perversidades los males de que se quejan; y qué derecho tiene un hombre convicto de sus crímenes y condenado á muerte, para murmurar de la pena á que se ha hecho acreedor? ¿Cómo se atreve á levantarse contra la autoridad que castiga, el que ha ofendido gravemente á esa misma autoridad? Tal es nuestra posición: no vemos en derredor nuestro más que desgracias debidas á nuestros desórdenes; y si la tempestad eruye, si el fuego destruye nuestras moradas, si las enfermedades diezaman nuestras ciudades, es á causa de nuestros pecados, ó cuando menos del pecado original. No hay castigos en el decurso de esta desgraciada vida, que no hayamos merecido; de suerte, que no nos queda otro recurso, cuando los males vienen á estrecharnos, que bajar la cabeza y adorar la mano que nos hiere.

Los males y la muerte no entran en el mundo sinó por el pecado; y ha sido necesario que todas las criaturas llevasen la pena de la rebelion del primer padre, y que Dios nos enseñara con las desgracias, lo mismo que con los beneficios, que se castiga, y se recompensa. Ya sé que las desgracias inseparables de esta vida renacen por todas partes; que si se evita un lazo, es para caer en otro; pero también sé, que á cualquier parte que se mire, se perciben las huellas del pecado. Dios no ve aquí abajo más que provaricadores; por eso las estaciones nos parecen con frecuencia ingratas; el cielo vierte sobre nosotros á menudo sus malignas influencias; la tierra se niega algunas veces á sustentarnos; los incendios, las inundaciones, las epidemias se suceden para desolarnos; los insectos nos atormentan, los calores nos abusan, los trabajos nos postran, y nos hallamos en manos del dolor, según la expresion de S. Agustín, como la suave cera entre los dedos del obrero.

¿Qué significan pues nuestras murmuraciones y nuestras quejas, cuando nos atrevemos á alzar la voz contra los males que nos aquejan? Nuestras exclamaciones, no lo dudéis, son como una blasfemia, y un nuevo acto de rebelion contra Dios que nos castiga. ¿Preferiríamos acaso á que aguantara á castigarnos en el momento que los tiempos acabaran, y que comenzara la eternidad, esto es, cuando ya no habrá más esperanza de que acaben los males?

¿Qué injustos y desrazonables somos, exclama S. Bernardo, cuando no soportamos con resignacion las calamidades que el Señor nos envía? ¿No es pecar esencialmente contra la equidad, pretender no sufrir, cuando se merecen los sufrimientos? ¿No es ofender á la razon, no querer padecer un momento para no sufrir por una eternidad? Sin embargo, esa es nuestra conducta: nos entregamos á impacencias y á murmuraciones desde el instante que nos ataca el mal más insig-

nificante, y nos quejamos cual si tuviéramos derecho á no esperar del cielo sinó dulzuras y beneficios.

Hijos desgraciados de Eva; ¿ignóramos, acaso, que vivimos en una tierra cubierta de abrojos y espinas; que hemos de comer el pan con el sudor de nuestra frente, y que si tenemos ojos no es sinó para llorar? ¿Ignoramos que despues del pecado de Adán, las criaturas todas, hasta el insecto mismo, están armadas contra nosotros, y que solo merecemos por parte del cielo castigos y trabajos? Por esto todos los Santos no cesaron de humillarse bajo el peso de las tribulaciones que sintieron, y se consideraron acá en la tierra como pecadores indignos de recibir gracias y beneficios. Sabían que el hombre, culpable como es, debe admirarse mucho menos de no sufrir, que de sufrir, y que nuestra herencia aquí abajo es el silencio y la sumision.

Convencidos de que una eternidad feliz no se compra sinó á caro precio, recibieron con trasportes de júbilo los males que vinieron á atormentarles y humillarles: nada temieron tanto como las prosperidades temporales, por no verse confundidos con los pecadores, y participar un día de su misma suerte. ¿Que no habrían dicho, pues, de nuestras murmuraciones é impacencias? ¿Con qué muestras de indignacion no habrían mirado este descontento de que damos prueha siempre que sufrimos? Lo hubieran mirado, no lo dudemos, como una rebelion contra Dios mismo, como un manifiesto desprecio de sus bondades.

Hemos de saber, dice el Crisóstomo, que el cristiano es un oro que nunca será bastante purificado; y que mientras viva, necesita el fuego de las tribulaciones para darle ese grado de perfeccion y de belleza que se exige en la Jerusalem celestial. Nosotros somos piedras que debemos formar parte del edificio que Dios construye en el cielo; y es preciso que el martillo de la penitencia las quite la rudeza y dé pulimento; por manera, que nos dispensa el Señor un gran beneficio cuando se digna con las tribulaciones pulimentarnos y perfeccionarnos.

Nada es todo lo que uno sufre por ganar el cielo. La esperanza de una recompensa magnífica, sublime y muy próxima, puesto que la vida no es más que un sueño, consuela y fortifica; pero es indispensable que la fe, le viva y eficaz, nos eleve por cima de todas las cosas corporales, por cima de nosotros mismos y nos haga amar al cielo como nuestra patria, que no debemos nunca perder de vista. ¿Qué son todos los males de este mundo comparados con la gloria que Dios reserva á sus Santos? Un pequeño grano de arena que fatiga por algunos instantes al viajero; una sed que atormenta por algunos minu-

tos; una leve picadura que nos causa ligero daño; una incomodidad pasajera que no dura más que un momento. Si, hermanos míos; hé ahí á que se reducen todas nuestras aflicciones. Si nuestra imaginación, si nuestra molición no las mirara como otros tantos monstruos, comprenderíamos con el gran Apóstol, que un instante de tribulación, nos produce el eterno peso de una incomparable gloria: *Momentaneum et leve tribulationis opus, aeternum gloriae pondus operatur*; y confesaríamos que no hay proporcion alguna entre lo que sufrimos aquí abajo, y lo que esperamos en el cielo.

¿Es posible, Dios mío, exclama S. Agustín, que tú te dignes darte enteramente á nosotros, en cambio de los ligerísimos males que podemos experimentar en esta vida? ¿Y podrán, Señor, la pérdida de algunos puñados de tierra y de algunas miserables monedas, la privación de algunos alimentos y la amargura de algunas palabras, hacernos llegar hasta ti? ¡Oh exceso de misericordia y de bondad! ¡Qué mi lengua enmudezca antes que proferir ninguna queja ni murmuración!

Que la paciencia, ¡oh, Dios mío! para soportar los males de que os servís para castigarnos, ó para perfeccionarnos, sea en adelante y para siempre nuestra predilecta virtud. Abracemos la paciencia con todo júbilo, como único remedio á nuestros males, como único medio de hacérmolos provechosos.

Si algo ha de inquietarnos ¡oh, Dios mío! sea la prolongación de nuestro destierro; porque, ¡ah! ¿cómo poder vivir aquí abajo, en medio de los escándalos, de los engaños y de los fraudes, que inundan el universo? Venid, Señor, venid presto á enjugar las lágrimas de los que os esperan, y á recompensar la santa impaciencia de esas almas que desean poseeros en la bienaventurada eternidad. Amen.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

**PACIENCIA.**—Es menester que nuestra paciencia no sea una paciencia forzada.

Es menester que nuestra paciencia no sea una paciencia orgullosa.  
Es menester que nuestra paciencia no sea una paciencia ciega.

**PACIENCIA.**—Nuestra paciencia debe de ser una paciencia útil.  
Nuestra paciencia debe de ser una paciencia ejemplar.  
Nuestra paciencia debe de ser una paciencia invencible.

**PACIENCIA.**—La paciencia de Dios que nos sufre incesantemente, es el mayor motivo de nuestra paciencia.

El perdon que otorgamos cuando pudiéramos vengarnos, es la mayor prueba de nuestra paciencia.

El gozo que experimentamos en sufrir por Jesucristo, es la perfección de nuestra paciencia.

**PACIENCIA.**—La paciencia de los cobardes no hace más que aduadores políticos.

La paciencia de los hipócritas no hace más que imitadores del demonio.

La paciencia de los cristianos aumenta el número de los mártires de Jesucristo.

**PACIENCIA DE LOS CRISTIANOS CUANDO PERDONAN.**—Cuando perdonamos, es necesario que nuestra paciencia no sea fingida ni que sea por poco tiempo.

Cuando perdonamos, es necesario que nuestra paciencia no sea cruel ni que nos abandonemos á los deseos de aquellos á quienes perdonamos.

Cuando perdonamos, es necesario que nuestra paciencia no sea interesada, ni que hagamos comprar el perdon á aquellos á quienes perdonamos.

**PACIENCIA DE LOS CRISTIANOS CUANDO PERDONAN.**—Cuando se trata de perdonar á los que han querido castigar nuestros crímenes, es preciso que nuestra paciencia sea humilde.

Cuando se trata de perdonar á los que nos han perseguido sin razon, es preciso que nuestra paciencia sea generosa.

**PACIENCIA DE LOS CRISTIANOS CUANDO PERDONAN.**—Cuando perdonamos á nuestros amos, les movemos con nuestra paciencia.  
Cuando perdonamos á nuestros servidores, les humillamos con nuestra paciencia.

Cuando perdonamos á nuestros iguales, les enseñamos con nuestra paciencia.

**PACIENCIA DE LAS PERSONAS HONRADAS, CUANDO NO SON ESCUCHADOS LOS CONSEJOS QUE ESTÁN OBLIGADOS Á DAR.**

Aguardan las ocasiones oportunas gimiendo delante de Dios.

Ofrecen á Jesucristo con humildad á aquellos que no quieren escucharlos.

## PACIENCIA DE DIOS

EN TOLERAR AL PECADOR.

*Et patrem nolite vocare vobis super terram: quis est enim pater vester qui in caelis est. Et si vultis habere patrem vestro sobre la tierra, porque uno es vuestro padre, que está en los cielos.*

(MATEO. XXIII, 9.)

Entre los varios, tan dulces y amorosos motivos porque quiso prohibir el bendito Jesús se diese el nombre de padre á nadie aquí en la tierra, en comparación del óptimo y divino Padre que tenemos en el cielo, uno y principalísimo pudo ser, á la verdad, la grande é incomparable tolerancia con que sufre por tanto tiempo á hijos desobedientes y rebeldes. En efecto ¿dónde se encontrará otro padre tan sufrido, que disgustado repetidas veces por las muchas y graves ofensas de su hijo, no se cansa al fin de soportarlas, y aun no lo desierre, indignado, lejos de su vista? David, aquel hombre por otra parte tan manso y padre tan tierno, como todos saben, de su hijo Absalon, habiendo ésta cometido el grave exceso de matar cruelmente á su hermano Amón, no pudo ménos de deserrarle con un severo exilio de su corte y de su reino; y aunque después de muchos años le llamó á la corte, no quiso llamarle tan pronto á su presencia. Mas nuestro buen Dios ¡oh, cuántos gravísimos excesos y por cuánto tiempo nos tolera pacientemente! ¡Oh, qué singular y admirable es su paciencia! Ninguna semejante se encuentra en la tierra; y de aquí es, amados fieles, que dice él mismo en su Evangelio: A nadie llameis padre vuestro sobre la tierra, porque uno es vuestro Padre, que está en los cielos. Tanta es, carísimos hermanos, la paciencia de nuestro Dios, que según la justa observación de Tertuliano, desea sobremanera mostrarse bueno y paciente con los hombres, no solo por cierta inclinación natural, sino también por cierta especie de emulación: *Oh Deum non bonitate solum, sed emulatione beneficium!* Sin embargo, no quisiera, pecadores, que os fiaiséis tanto de la

paciencia de Dios, que no le temieseis; pues yo recelo mucho que él haya hecho y haga con vosotros lo que acostumbra hacer un flechero, cuando está para disparar la flecha. ¿Lo habéis observado? Tira él hácia atrás de la cuerda, como si quisiese alejarla de aquella misma flecha que quiere despedir; y tanto más tira de ella hácia atrás, cuanto más veloz y rápidamente quiere despedirla. A este modo Dios, usando de su tolerancia, suspende muchas veces sobre la cabeza de los pecadores el merecido azote y lo retira: mas para descargarlo después con mayor fuerza, y con tanta más presteza cuanto más lejos parece que lo retira de ellos. Así que, para hablaros hoy con fruto de su infinita paciencia y tolerancia, hé aquí la dulce y juntamente y terrible verdad que deduzco y que formará todo el plan de mi discurso. La paciencia de Dios en soportar á los pecadores debe ser para nosotros, mis amados fieles, un objeto de admiración, y al mismo tiempo de terror; objeto de admiración, porque los ha tolerado tanto tiempo, aún siendo tan pertinaces é insolentes; de lo cual hablaré en la primera parte: objeto además de terror, porque cuanto más los ha tolerado hasta ahora, tanta más razón hay de temer que no quiera tolerarlos en adelante; de lo cual hablaré en la segunda. Pidámos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Son los pecadores aquellos desgraciadísimos vasos de ira mencionados en muchos lugares de la Escritura, que solo parecen aptos para la destrucción y la muerte: *Vasa irae, apta in interitum* (Rom. ix, 22); y no obstante, éstos, añade divinamente el Apóstol, son aquellos mismos que nuestro pacientísimo Dios procura tolerar con mucha paciencia: *Sustinuit in multa patientia vasa irae* (Rom. ix, 22). Si, con muchas, pues, aunque no les hubiese tolerado más que un agravio de tantos como les tolera á cada hora con tan inviolable silencio, con tan profundo disimulo, con tan imperturbable tranquilidad; nos causaría el mayor asombro su tolerancia, si pudiéramos conocer, ó la infinita é incomprendible dignidad y excelencia del ofendido, ó la vilísima condición del ofensor, ó el tan vano y miserable motivo que estimula muchas veces á la ofensa. En efecto; un hombre que la tolerase con tanta tranquilidad, ¿no es cierto que cuánto más celebre y esclarecido fuese por su gran poder, por sus singulares y distinguidos méritos, por lo ilustre y antiguo de su sangre, tanto más digno de admiración sería para todos? Y sin embargo, además de no poderse hacer comparación entre injuria é injuria, entre la injuria, digo, hecha á un hombre por otro hombre, y la injuria hecha por el hombre á Dios; ¿cuántos motivos concurren no pocas veces en

el hombre ofendido, que quitan ó por lo ménos disminuyen mucho el mérito y el valor de su sufrimiento? Tal vez una natural indolencia y estupidez que hace ménos sensible y doloroso el ultraje; tal vez el temor de algun personaje autorizado, que podria fácilmente quitar ó acibarar sobre manera el placer de la venganza; tal vez la imposibilidad de tomarla, y otros semejantes motivos son los que, por lo comun, estimulan y obligan á disimular los agravios. Por lo cual no precisamente por la tolerancia es recomendable el hombre tolerante, sino por la causa de su tolerancia. Mas, por el contrario, en la paciencia con que Dios tolera vuestras ofensas, pecadores, no podeis señalar otro motivo que su inmensa caridad, que la inclinacion amable de su dulcísimo corazón. Por lo demás, siente vivamente las injurias, penetra el fondo de ellas; y si se venga, ¿á quién tiene que temer? Y ¿quién grande no es su poder para vengarse? Su paciencia es pues únicamente la que le estimula á tolerar.

¡Desdichados de los hombres, si otras manos fuera de las de Dios tuvieran tanto poder para vengarse! En algun tiempo, lo tuvieron los Santos, y agitados de un fogosísimo celo, no lo emplearon por ventura en exterminar los impíos? Lo tuvo un Elias, y santamente indignado de que los israelitas se valiesen de la paciencia de Dios como de un escudo para herirle impunemente, solicita de este amorosísimo Señor que los castigue. Lo tuvo el profeta Jonás, y quiso valerse inmediatamente de él para arruinar á Nínive pecadora; y habiendo visto el cielo sereno sobre ella, se lleno de una dolorosa é inconsolable tristeza. Solo Dios, Dios solo con su excesiva paciencia puede sufrir á los pecadores y tratarlos con benignidad.

Digo, Dios solo, porque desde aquel primer momento en que con vuestro pecado os rebelasteis contra él, por aquel natural instinto que tiene cada criatura de vengar los ultrajes de su Criador, todas se rebelaron contra vosotros. Muera, decia el sol, muera, decian las estrellas, muera, decian el agua, el aire y el fuego; muera el traidor, muera. Yo daré el golpe, mientras duermes descuidado, añadia la fiera muerte, y con un revés de mi guadaña le sepultaré en cuerpo y en alma en el infierno. Eso me toca á mí, le contradecía el demonio; dadme la orden, Señor, y en ménos tiempo del que me la dais, le precipitaré en los abismos. Pero sobre todos, yo le casaré con la tierra, replica con su fulminante espada en la mano la divina justicia: yo pasaré el malvado de parte á parte y le sacrificaré á los pies de mi despreciado trono. Pero Dios respondia á cada uno, no lleguéis á él, no le mateis. Entretanto vosotros, dedicados únicamente á divertiros, á daros buena vida, á reir y á pecar, ningun cuidado tenéis de

vosotros mismos, y en nada pensabais ménos que en lo que pudieren maquinár en contra vuestra tantos y tan poderosos enemigos, despreciando con gran osadía la indignacion de otros y la de Dios. ¿Y Dios? No por esto irritado, disimuló y os toleró. Sin embargo, vosotros, obstinados más y más en la impla guerra inflamada con tanto peligro vuestro al Omnipotente, no solo desechasteis toda proposicion de paz, sino que ni aún quisisteis oír hablar de tregua. A la costumbre de pecar añadisteis la desenvoltura, á la desenvoltura la osadía, á la osadía la vanagloria y creciendo cada dia más el número de vuestros pecados, con grandes y confusos gritos pedian venganza y ensordecian el cielo. En una palabra, todo encima de vosotros, al redor de vosotros y debajo de vosotros, bramaba contra vosotros. ¡Y Dios? Inmóvil en su paciencia, repitiendo todavía á cada uno no, nadie le haga mal; se declaró él mismo contra todos, y defendió á este odiosísimo objeto de sus ojos y de su divino corazón. ¡Ah, buen Dios! ¡oh, Dios, verdaderamente sufrido y sumamente misericordioso, como os llama el profeta! *Paciens et multum misericors* (SALM. cxliv, 8). ¿Quién no diria, oyentes, que no se da por ofendido de tantos ultrajes? ¿Quién no diria por lo ménos, que no siente su gravedad, si no supiésemos, por otra parte, que se lamenta de ser muy oscurativa?

Así es, hermanos míos, pues declara por Isaías, que le ha costado gran fatiga que permanezca mucho tiempo el pecador con la carga enorme de sus iniquidades: *Produisti mihi laborem in iniquitatibus tuis* (ISA. lxvii, 24); y añade por Jeremías, que se ha cansado de soportarlas: *Laborem sustinens* (JEREM. vi, 14). Mas ¡quién es, Señor, tan indiscreto, que os hace gemir con tan terrible peso? Esta misma pregunta previó el justamente que haria algun dia su pueblo al mencionado profeta: pero, instruyéndole de cuanto debía responder, le dijo: escucha, Jeremías; si mi pueblo te rodea y te pregunta, cuál es la carga del Señor: *Quod est onus Domini* (JEREM. xxiii, 37)? responde con franqueza: la carga del Señor sois vosotros. Respuesta que, ¿á cuántos y á cuántas pudiera hacerse, aun de aquellos y de aquellas que por ventura me escuchan? Y efectivamente, ¿qué nombre más propio merece, por ejemplo, aquel deshonestísimo jóven, cuya vida, desde por la mañana hasta la noche, puede decirse que es un continuo y horribilísimo tejido de iniquidades? Parece que no tiene más ocupacion que la de pasar de una culpa á otra, de una á otra más inmunda deshonestidad. Es carga del Señor aquella mujerçilla, que va cargada de tantos pecados como galas la adornan, como bailes y diversiones fomenta, como sonrisas distribuye y como miradas dispensa. Es carga del Señor asimismo aquel, que, olvidado mucho tiempo há de su

alma, de su salvacion y de Dios, no se acuerda más de Pascua, en la cual, si recibes sacramentos, es solo para aumentar sus culpas con sacrilegios. Y quién sabe si en el fatal catalogo de estas gentes peccadoras que, habiendo llegado á ser una carga intolerable para el Señor, debian sufrir el peso de su ira, habrá de ponerse el nombre de algunos que me escuchan? Sin embargo, Dios las ha traído en palmas, por decirlo así, no de otra manera que una amante y tierna madre lleva gustosa en su seno el peso de aquel hijuelo, que en su vientro va ocultamente creciendo.

Pero, ¡oh, Dios mío! pasados algunos meses se libera la madre de su carga, y lo que era un dulce peso en su seno, pasa á ser el amado objeto de sus afectuosos brazos y besos; mas vosotros, no solamente por meses sino por años y años, sois una carga pesada, fatigantísima é intolerable. Ahora pues, mis amados oyentes, fijad en vosotros mismos la consideracion, y mirad la incansable y amorosa paciencia del gran Dios con vosotros mismos. ¿Cuánto tiempo há, de míselo, que el os sufre y espera? La mitad acaso de vuestra vida, y quizá más, se os ha pasado como bien sabéis. Ello es cierto que haciendo ahora el cómputo entre pecados internos y externos, de comision y omision vuestra y ajena, puede verosimilmente alguno de vosotros, ó más de alguno, contar al presente más pecados que años, más pecados que meses, más pecados que dias y más pecados por ventura que horas ha vivido.

En esta suposición no tendré yo el más justo motivo para hacer, en órden á vosotros, las mismas admiraciones que hacia el Cristianismo por la dilatada paciencia con que esperó Dios el arrepentimiento de aquel pueblo prevaricador, que pensaba sumergir en las aguas del diluvio universal? Aguardaba, escribía el gran padre, aguardaba la paciencia de Dios á que se fabricase el arca. Pero ¿qué necesidad tenía Dios de esperar? ¿No habia llegado el mundo á ser todo carne? ¿No dirigian los hombres todos sus pensamientos á la culpa y al pecado? Sus pecados ¿no eran gravísimos? ¿no eran innumerables? Si; y además de esto, el mismo Dios, en el colmo de su ira, habia jurado su ruina y su destruccion. Mas con todo ¿lo creéreis? parece que aún no podía resolverse, y quiso tomarse tiempo, tanto por lo ménos como se tardase en fabricar el arca. Pues bien, ya que así ha de ser, apresúrese siquiera el trabajo. Tómense millares de hachas y échense por tierra en las selvas encinas y abetos; recójase por todas partes betun y pez en abundancia, y empléense muchos centenares de artífices y operarios en la obra. Mas nó, no tanta prisa: tú solo, Noé, tú solo, ayudado á lo más de tu familia, la has de fabricar enteramente con tus propias manos,

y cuidado que la quiero de tresientos codos de largo, de cincuenta de ancho y treinta de alto, y alisada y acepillada por todas partes, embetunada con esmero por dentro y por fuera, y distribuida primerosamente en varias piezas ó repartimientos. Pero, Señor, ¿Noé solo ha de hacer tan grande y difícil obra? Esto es cosa que no se ha ocurrido jamás; y sinó, mirad como despues de diez, de veinte y más años que el buen viejo está sudando y fatigándose en ella, apenas la ha trazado y delineado.—No importa: espérese.—Pero, Señor, la insolencia y el orgullo van entre tanto creciendo sobre manera, hasta burlarse de vos y de vuestras amenazas.—No importa; aún está por concluir el arca; y quién sabe, si estos últimos golpes del martillo de Noé, con que remacha los clavos, ablandarán por fin esos endurecidos corazones; espérese. Pero, Señor, decir siquiera, por qué pensáis tanto en destruir una obra que solo os costó un soplo el crearla.—Ah! eso no lo preguntéis; porque es obra suya, porque la ha crido, porque la quiere y la ama. ¡Oh gran paciencia de Dios! ¿Os habeis hecho cargo, amadísimos pecadores, os habeis hecho cargo? Há muchos años que está Dios esperando que dejéis esas perversas costumbres, que os apartéis de esos malos compañeros, que abandoneis esos ilícitas amistades, y, en una palabra, que os postreis humillados á sus pies y muldeis de vada; y no habiendo obtenido nada hasta el presente, espera, espera todavía. ¿Y con qué fin? ¿No sabéis que con el único fin de conducirnos á un saludable arrepentimiento? Pero vosotros, despreciando obstinados y proteros las riquezas de su bondad y paciencia; *Dicitias ventitatis ejus et patientie* (Rom. n. 5), no queréis usar de ellas en beneficio vuestro, y entre tanto ¿quién sabe, si los últimos golpes de misericordia con que Dios procura enternecer vuestro corazón, son estas débiles voces, más que que Dios os llama á penitencia? Vosotros pues, por causa de vuestra dureza y de vuestro corazón impenitente, vais juntando contra vosotros mismos tesoros de ira, la cual llegará algun dia á oprimiros, sin que os sirva para libertaros de ella la misma paciencia divina de que habeis abusado; pues cuanto más os ha soportado hasta ahora, tanto más debéis temer con ruzon, malvados, que no quiera suportaros en lo sucesivo, como lo veremos.

2. Por grande é infinita que sea en sí misma la paciencia de Dios, hé aqui, sin embargo, estas dos grandes verdades; de que no tolera á todos, ni tolera siempre. No tolera á todos; y así, á los ángeles prevaricadores no les esperó ningún tiempo y los precipitó en los abismos, cuya suerte tuvieron asimismo cuantos despues de ellos fueron castigados inmediatamente despues de la culpa. No tolera siempre; pues

aunque sea grande é infinita en sí misma la paciencia divina, tiene en difundirse sus límites, y tiene su determinada medida. Medida tiene de las gracias que quiere dispensar, tantas, y no más; medida de los días que quiere dejar vivir, tantos, y no más. Esta medida no conocieron los Amorreos, y fueron destinados á ser víctima del hierro del enemigo; esta medida no conocieron los Sodomitas, y fueron entregados al fuego devorador; esta medida no conoció el mundo en tiempo de Noé, y sin embargo de haberlo esperado Dios con tanta paciencia, lo entregó por fin á las aguas desoladoras: esta medida, mis amados pecadores, es también para vosotros una medida determinada, que ni tampoco sabéis cual sea, y por tanto debéis considerar, que cuantos más pecados nuevos vais añadiendo á los cometidos, tanto más vais cumpliendo vuestra medida; que cuantos más días seguís viviendo, así tanto más os acercáis á aquel último, perentorio y fatal día llamado en la Escritura con el horrible nombre de día de la última iniquidad: *Dies... iniquitatis profinitis* (Ezech. xvi, 25 et 29). Es verdad que algunas veces tarda en llegar tal día, y que entre tanto Dios calla y disimula; pero esto no es de extrañar; y ¿sabéis por qué? Porque Dios es eterno. Por lo mismo suele dejar pasar muchos días, sin darse prisa á castigar el azote. Sabe que ni vosotros podéis escapar de su mano, ni puede faltarle tiempo para vengarse. Por lo demás, aunque tarde algunas veces, siempre recompensa fielmente con merecidos castigos la culpa. ¿Cómo pues por la experiencia de lo pasado osáis pronosticar lo futuro? Pequé ayer, y Dios me ha perdonado; peco hoy, y Dios me perdona; y así puedo pecar mañana, porque mañana también me perdonará. Pero no, católicos, no discurráis así. Ayer os perdonó, y acaso hoy no os perdonará; os perdona hoy, y acaso no os perdonará mañana, porque tiene su paciencia cierta medida.

En fin; ha de ser esta la bella recompensa que habeis de dar á la piedad divina? Porque disimula, porque sufre, porque tolera, ¿habeis de ofenderla y despreciarla con mayor arrogancia? Y vos, amado bien mío, ¿no habeis de sacar más fruto de mostraros tan piadoso y sensible con los pecadores, que el de alimentar y mantener contra vos en el mundo una multitud de enemigos, cada vez más implacables y más fieros? Ea, pues, mejor será que os desquiteis, y que despreciando de este leño vuestras amorosísimas manos, las arneis con rayos para defender vuestro ultrajado honor y vuestra vilipendiada bondad. De todos modos nada sirve, como veis, que permanezcáis en esta cruz en una actitud tan lastimosa. Nadie quiere por esto correr á vuestro seno, ni arrojarse arrepentido á vuestros brazos. ¿Qué do-

éis, pecadores? ¿Habrá este buen Dios de mudar de estilo? ¿habrá de canjarse de aguantar vuestros agravios? ¿habrá de hacer uso de su poder? Bien sé que no lo queréis; y así abrid por último los ojos, y considerad que si todavía espera, espera por usar de misericordia con vosotros: *Esperat... ut misereatur* (Isai. xxx, 18); que si disimula, disimula por amor de la penitencia: *Disimulat... propter penitentiam* (Sap. xi, 24); y en fin, que si es sufrido con los pecadores, lo es mientras se convierten. ¿Qué haceis pues, mis amados pecadores? ¿en qué os deteneis? Convertíos, pues; llorad vuestros pecados, para merecer que os sean perdonados, para merecer la gracia, y obtener despues la gloria, que os deseo á todos.

Véase: MISERICORDIA DE DIOS.

## PADRES.

(SUS DEBERES.)

Padres, educad á vuestros hijos en disciplina y corrección de Señor.  
Padres, criad á vuestros hijos en disciplina y corrección del Señor.

(Eris. vi, A.)

Si alguno de mis oyentes me preguntara, en qué consiste la general decaevación de las costumbres; cuál es la causa de empoarse más cada día el universo, de hervir los pueblos en maldades, de vivir los hombres amantes de lo temporal y olvidados de lo eterno; estar desconocidas las virtudes, seguidos y aplaudidos los pecados por innumerables almas, que, olvidadas de la divina ley, viven en habitual inobservancia de sus preceptos; si alguno, vuelvo á decir, me preguntase en qué consiste tanto libertinaje en los hombres, tanta inmodestia en las mujeres, tanta malicia en los jóvenes, tanta pereza en

los ancianos, y en una palabra, tanta y tan visible decadencia en el espíritu del cristianismo; ingéna y seguramente respondería, que todo este inmenso cúmulo de males procedía del descuido, omisión y negligencia de los padres en la educación de sus hijos; en la mala crianza que les dan, constatiéndoles cuanto malo hacen, por el desordenado amor que les tienen, no instruyéndoles en las obligaciones de cristianos y ciudadanos, pervirtiéndolos con su mal ejemplo; y, finalmente, no corrigiéndolos oportuna y prudentemente cuando lo merecen.

Pues, padres de familia, oid, no á mí, sino al grande apóstol san Pablo, que os dice: *Patres... educate filios vestros in disciplina et correptione Domini*. Educad á vuestros hijos, os dice el Santo, en disciplina y correccion del Señor, para que no os hagais reos de sus pecados, y seais responsables de sus almas en el tribunal de Dios, como infaliblemente lo seréis, si por vuestro descuido, omisión ó negligencia no lo ejecutareis así. Para que esto no suceda, reflexionad que la buena educación de los hijos es un asunto gravísimo que tiene las más grandes consecuencias, y pide toda la atención y desvelo de sus padres; reflexionad que en todas las naciones cultas se ha mirado con una atención particular, porque descuidar en esto es lo mismo que minar los cimientos de la felicidad de las familias, de las casas, de las provincias y de los reinos; reflexionad finalmente, que vamos á tratar una materia de suma importancia, en que se interesa nada ménos que la reforma general de las costumbres. Para contribuir á ella por vuestra parte, debéis amar á vuestros hijos, debéis enseñar á vuestros hijos, dar buen ejemplo y corregir prudentemente á vuestros hijos. Escuchad estas cuatro obligaciones, practicad quanto os diga sobre ellas, y seréis felices vosotros y vuestros hijos. A. M.

1. La primera obligación de los padres para con sus hijos es amarlos. Tan clara y patente á los ojos de todos aparece esta obligación, que por superfluo tendríais el que yo me pusiese de propósito á demostrarla: la naturaleza, la razon y la divina ley nos la vocan. El ser los hijos de la misma especie que sus padres, de su misma sangre y pedazos de sus entrañas, los compele á amarlos: el ejemplo de todas las aves, de todos los animales domésticos, y aun de las mismas fieras, nos presenta grandes lecciones de esta verdad. Y ¿qué cosa más justa que el que los racionales obren por la razon, así como las bestias obran por instinto?

De dos modos, entre sí opuestos, pueden faltar los padres y madres al amor que deben á sus hijos; el uno por exceso, y el otro por de-

fecto: por no amarlos con un amor sobrenatural, por Dios, segun Dios y para Dios, faltan unos; y por amarlos immoderadamente, permitiéndoles por el excesivo cariño lo que no deben, faltan otros. Por lo primero pecan gravemente aquellas madres que quitasen al hijo la vida en naciendo, por ocultar su maldad. ¡Ay, cuántas almas están en el limbo privadas de ver á Dios para siempre, que eternamente se quejarán de la fiera horrible de sus madres, que con la vida del cuerpo les quitaron tambien la del alma, por no haberlas siquiera bautizado! Pecan tambien mortalmente los padres y madres que, sin urgente necesidad, envian sus criaturas á las casas ó hospitales de niños expósitos, sin tomar las debidas precauciones para que no peligren en el camino, y sin satisfacer á las casas ó hospitales los gastos de su crianza. Faltan gravemente á este amor las madres que, pudiendo sin muy grave incomodidad, no crian por sí mismas á sus hijos. Estas obran contra la misma naturaleza, que provee y perfecta en sus obras, provee á las madres de cándido, sustancial y sabroso alimento para criar á sus hijos; son causa de muchos males físicos y morales en sí mismas, los que efectivamente no experimentarían si dieran el pecho á sus criaturas, á las que exponen tambien á muchos perjuicios de cuerpo y alma, por categorías á unas nodrizas asalariadas, más atentas á su interés que al de sus amos; y por último, obran contra lo mandado por Dios en sus santas Escrituras, en las que leemos estas terminantes palabras: *Lacta filium* (Eccl. xxx, 9); cria á tu hijo, da por tí misma leche á tu hijo, y serás su verdadera madre. Poco lo muestran ser las que se contentan con dárlos á luz, y luego entregarlos á otros brazos, como si no fueran hijos propios. No se encuentra tal crueldad, ó á lo ménos tal falta de amor, entre las mismas fieras; solamente vemos este abandono en los feos y estóridos avestruces, á los que compara su divina Majestad las mujeres de su pueblo, que no lactan por sí mismas sus criaturas: *Sed et lanio nudaverunt mammas, lactaverunt catulos suos: filia populi mei crudelis, quasi struthio in deserto* (LAMENT. JEREM. IV, 5). Faltan tambien á esta obligación aquellas padres y madres que no alimentan, visten y asisten á sus hijos segun su clase, hasta que ellos por sí mismos puedan ganarlo; ó porque los padres se entregan á la ociosidad, ó porque malgastan su patrimonio en juegos, embriagueces, lascivias, toros, comedias ó otras locuras. Últimamente, por abreviar, faltan á este amor, y pecan aquellos padres que constrihen á sus hijos á tomar estado contrario á su voluntad y vocación.

Por exceso faltan tambien muchos padres; y esto acontece, cuando por el demasiado amor que tienen á sus hijos, les dan coantos

gustos quieren, y los dejan salir con cuanto se les antoja, aún cuando sea contra la ley santísima de Dios. Oíd las espantosas palabras del Señor á semejantes padres: *Qui amat filium aut filiam super me, non est me dignus* (MATT. X. 37); no es digno de mi amistad y de mi gracia el que ama á su hijo ó su hija más que á mí. ¡Oh, cuántas veces el desordenado amor de los padres para con sus hijos ha sido su más cruel venigo! ¿Quién quitó la vida á Agripina, madre del emperador Nerón, sino su amor immoderado á su cruel hijo? *Interficiat, inquit, modo imparet*; me han asegurado hombres sabios, dijo aquella infeliz, que mi hijo me mandará matar, si llego á ser emperador: nada importa; reine él, y más que mate á su madre. Así lo quiso, así le sucedió. ¿Quién quitó la vida á muchas mujeres cartaginesas, cuando sus hijos marcharon á la tercera guerra púnica? Su extraordinario amor, que fué tan excesivo y desordenado, que al verles dar la vela y salir las embarcaciones del puerto, se precipitaron en el mar y perecieron miserablemente.

¿Pues qué, direis, no hemos de amar tiernamente á nuestros hijos? No permita Dios, amados míos, que yo os dispense de tan grande obligación. Todo lo contrario; os exhorto á que los améis más y mejor que los amais. Oíd á S. Agustín: *Si male amaveris, tunc odisti; si bene odavis, tunc amasti* (AGOST. TRACT. LI. IN JOANN). Si aborrecéis bien á tus hijos, entonces los amas; si los amas mal, entonces los aborreces. ¡Grande y maravillosa sentencia! mas por lo mismo no comprendéis acaso todos su profundidad. Es lo mismo que si dijera: si aborrecierais en vuestros hijos el orgullo, la altivez, la desobediencia, la vanidad, las palabras indecentes, las acciones provocativas, los trajes immodestos y la ociosidad, como su mayor peste, entonces verdaderamente los amáis, porque los deseabais limpios de pecado y de toda especie mala: *Si bene odavis, tunc amasti*. Pero, porque vosotros, tirando los frenos, en vez de amar las virtudes en vuestros hijos, amáis en ellos la disolución, el descaño, la falta de subordinación á los superiores, la de cortesía para con sus iguales, y la de bondad para con sus inferiores; ved ahí cómo los aborrecéis, por no amarlos bien y ordenadamente: *Si male amaveris, tunc odisti*. Amad pues á vuestros hijos con un amor razonable, con un amor prudente, con un amor sobrenatural y perfecto, como Dios lo manda; y así los ganaréis, aborreciendo á quienes perdéis amando.

2. La segunda obligación de los padres para con sus hijos es la de instruirlos en el santo temor de Dios y en las buenas costumbres. ¡Oh, padres y madres! si en alguna ocasión debiera yo tener la lengua

de los ángeles, y que mis palabras salieran de mi boca abrasadas en el fuego del divino amor, es sin duda en esta ocasión en que debo deciros, que desde que los niños empiezan á soltar la lengua en aquellas balbucientes y mal pronunciadas palabras, comienza en vosotros esta grave obligación. Cuéntase de un hombre, que con gran trabajo, y repitiéndolo innumerables veces, enseñó á un ave que tenía á pronunciar estas palabras: *Ave, César, vencedor*. Volvió pues César á Roma, y entró en ella con grande majestad y triunfo por haber ganado varias batallas; y súbiéndole al encuentro el hombre con su avecilla, ésta levantó la voz, y pronunció tan á tiempo la salutación que le habían enseñado, que llegó á los oídos del César, quien regocijado por aquella alabanza, mandó premiar magníficamente al dueño por el cuidado que había puesto en enseñarla. Pues ¿cuál será el premio, oh padres y madres de familia, que os dará el Rey de los reyes y Señor de los señores, por el cuidado que pusieris en enseñar á vuestros tiernos hijos á saludar á su divina Majestad, y pronunciar los dulcísimos nombres de Jesús y de María santísima su madre? Si aquel hombre tanto trabajó por un premio temporal, ¿cuánto debereis vosotros afanaros por un premio eterno? Si aquel emperador terreno tanto se regocijó al oír sus alabanzas en la boca de una inocente avecilla, ¿cuánto se alegrarán Jesús y María al oír en su boca las alabanzas en la boca de una criatura pura é inocente, en cuya alma resplandece la gracia del Espíritu santo? Pero ¿qué premio podrán esperar aquellos padres y madres, que en vez de enseñar á temer á Dios á sus niños, les enseñan á temer al coco, al duendo, á las brujas, siendo estas despreciables ridiculeces las primeras ideas que les dan de cuánto existe? ¿Qué cristianos irreprehensibles, que honrados ciudadanos pensáis sacar de unas criaturas, á quienes las primeras lecciones que les dais son la mentira, el embuste y la ridiculez? ¿Ignoráis que vuestras más tiernas criaturas son susceptibles de las pasiones, y que manifiestan con la mayor claridad el miedo, la ira, la venganza, la envidia y otras muchas? ¿No advertís cómo guardan, retiran y esconden el pan, ó un dulce, ó la fruta, cuando se lo mandáis dar á otro? ¿No echáis de ver cómo se irritan cuando se lo quitáis, y cómo con sus tiernas manecillas procuran vengarse, revolviéndose contra quien los tiene en sus brazos? ¿No conocéis como se entristecen, cuando acarician á otro, cuando le adornan, y á él no? ¡Ah, que estudivais muy poco en dirigir rectamente los primeros movimientos de las pasiones en vuestros hijos! Es la educación obra de todo un padre, y de un padre sólidamente ilustrado y profundamente cristiano. No esperéis al uso de la razón en vuestros hijos; antes, antes de ese tiempo es

menester encaminar aquellas máquinas (dejádmelas llamar así, pues hablamos de un tiempo en que no saben usar de la razón ni de la fe) ántes debeis conducirlos por la senda de la generosidad, enseñándoles á dar pronta y alegremente cualquiera cosa que tengan en las manos, sea comestible, ó no lo sea; por el camino de la compasión, enseñándoles á dar limosna á los pobres, como que son sus mismos semejantes; por la senda de la paciencia, enseñándoles á contentarse con lo poco que hasta á la verdadera necesidad, y ese poco recibido de la mano de sus padres; conduciéndolos, últimamente, por el camino de la firmeza y valor, para que desprecien los cocos, los duendes y otras simplicidades como éstas, aspirando á lo grande, á lo heroico, á lo magnánimamente virtuoso. Sembrad en sus inocentes almas estas preciosas semillas de las virtudes, aunque os parezca demasiado temprano; ellas producirán á su tiempo copiosos frutos, y jamás olvidarán estas primeras lecciones, aun cuando los desórdenes de la juventud y los malos ejemplos lleguen á extraviarlos en adelante; su memoria será bastante para arrancarlos del alma y volverlos al bien que en el principio escucharon.

Y si de esta manera debeis proceder con vuestros niños ántes del uso de la razón, ¿con cuánta mayor atención debéis instruirlos desde que esta hermosa luz empieza á iluminar sus almas? Luego, luego debeis procurar que hagan actos de fe, esperanza y caridad, para cumplir esta obligación que tiene todo hombre racional de creer, esperar, amar, reconocer, servir y adorar al ser eterno de Dios, que nos crió de la nada y nos mantiene con su adorable providencia; debéis hacerles aprender la doctrina cristiana, para que sepan no sólo los puntos de fe ó dogmas que debemos creer, sino también las verdades de las costumbres que debemos practicar; el perdonarse, el Padre nuestro, el Ave Maria, la Salve, el Credo, los Mandamientos de Dios y de la santa Iglesia, y los Sacramentos, especialmente los que ha de recibir en breve, como son el de la Penitencia y Eucaristia; qué disposiciones piden, qué efectos causan; cómo se forma el dolor de los pecados; á quién se pide, cómo se alcauzar; de qué cosas se hace el exámen de conciencia; quién está en el adorable Sacramento del altar, y cómo se dan gracias despues de haberle recibido. Debeis procurar darles todas las más bellas fíleas que os sean posibles, de la creación del mundo, de la redención del género humano, de la admirable conservación de todas las cosas, de su vocación al cristianismo, de la necesidad de la divina gracia, de la fealdad de la culpa y del agradecimiento que debemos mostrar á las continuas y estupendas misericordias del Señor, siendo veraces, benignos, humildes, huma-

nos, laboriosos, benéficos, modestos, mansos, prudentes, justos, templados, castos ó irreprehensibles; inspirándoles un horror y aborrecimiento grande á la ociosidad, como á maestra de todos los vicios, azote de todas las virtudes, peste de todos los reinos y ruina de todas las buenas costumbres; enseñándoles á leer, escribir y contar, y aquel arte ú oficio á que tengan inclinacion y sean á propósito para aprenderlo, siguiendo los pasos á la naturaleza y acompañándola con la razón y la fe.

¡Ay de los padres y madres que piensan haber instruido suficientemente á sus hijos, dándoles un maestro de baile ó de música, y enseñándoles á presentarse con despejo en las concurrencias! ¡Ay de ellos, si omiten el cuidado y enseñanza que llevamos insinuado, y si no procuran auxiliar sus propias luces con las de buenos maestros, que acaben de perfeccionar la grande obra que ellos han empezado!

5. El buen ejemplo es el punto más importante para la buena educacion de los hijos. Sin él, todas las más bellas instrucciones se inutilizan, el amor se pierde y ellos se empecran con las correcciones y castigos. El ejemplo de los padres ha sido en todos los siglos el más poderoso estímulo para la conducta de los hijos. El grande Matatías, estando para morir, no halló otro más á propósito para inflamar el corazón de sus hijos, los famosos Macabeos, y llenarlos de aquel valor, que fueron despues el espanto de todas sus enemigos (I. MACC. II, 34). Acordaos, oh amados hijos míos, les dijo el venerable anciano, poned delante de vuestros ojos las grandes acciones de vuestros padres; imitadlas, y conseguireis una gran gloria y un nombre eterno. ¿No veis cómo Abraham fué hallado fiel en el tiempo de la tribulacion, y le fué dada como de justicia una retribucion eterna? ¿No veis cómo José, en medio de su angustia, observó el mandamiento de Dios, que le constituyó despues señor de Egipto, en cuyas cárceles habia estado preso? ¿No veis cómo Fineses adquirió un sacerdocio eterno por su ardiente celo de la gloria del Señor? ¿No advertis cómo Caleb, David, Elías, Daniel y otros muchos de vuestros progenitores, se hicieron gloriosos por sus acciones ilustres? Por tanto, hijos míos, á la vista de tan grandes ejemplares de vuestros padres, cobrad ánimo y pelead gloriosamente por la ley de nuestro Dios, que os hará felices eternamente.

Este enérgico razonamiento de aquel buen padre produjo en sus hijos todo su efecto, pues ni la poesía más ingeniosa llegó jamás á inventar victorias más ilustres que las que efectivamente consiguieron los Macabeos. Tan grande es, oh padres de familia, la fuerza del ejemplo en vosotros, que hasta el mismo Dios humanado, nuestro amable

Salvador, no se vale de otro argumento para convencer á los judíos de que no eran hijos de Abraham, pues no hacían sus obras, ni imitaban sus acciones; sino que eran hijos del demonio, á quien imitaban en obrar mal, procurando el homicidio y fraguando el engaño (Joas. vii, 39 et 44). Esta pura, santa y divina doctrina está fundada sobre la verdad eterna de Dios, y se deduce también de los inmutables principios de la naturaleza. Son los hijos los ramos del árbol de la familia, cuyo raíz y tronco son los padres: si la raíz es santa, santos serán los ramos (An. nov. xi, 46); si el tronco está viciado, los frutos participarán necesariamente de aquella original malignidad. El árbol malo no puede llevar fruto bueno, dice el Señor en su Evangelio. Los hijos tienen en sí mismos las pasiones mismas de sus padres; experimentan los mismos apetitos, las mismas inclinaciones: si ven á sus padres que se dejan arrastrar de ellas, ellos harán lo mismo; pero si advierten que sus padres resisten á sus pasiones y entrenan sus apetitos, esto mismo harán los hijos. Estos, por lo común, *faciunt quod vident*, piensan como sus padres, hablan como sus padres, obran como sus padres. Si éstos viven entregados á una vergonzosa ociosidad, sin cultivar sus haciendas, sin reparar sus casas, sin asistir á su taller, ¿saldrán laboriosos y aplicados al trabajo sus hijos? Si su padre es un jugador, que malgasta su patrimonio en los juegos de suerte, tantas veces prohibidos por las leyes de la Iglesia y los decretos de los príncipes, ¿aprenderá el hijo á obedecer á las leyes del soberano, respetar las determinaciones santas de la Iglesia, y huirá de los juegos, como ruina de los caudales, estrago de las costumbres y perdición de las casas? Si su padre es un bebedor que derrite su jornal en la taberna, que vuelve tarde á su casa por las noches, y entonces cayéndose por el exceso del vino; que prorrumpe en palabras descompuestas, en maldiciones escandalosas y maltrata inhumana-mente á su pobre mujer; ¿aprenderán los hijos á respetar á su madre, aborrecerán la embriaguez, y desterrarán las palabras torpes, como corruptoras de las buenas costumbres? ¡Ay, Dios mío! en breve el hijo será con semejantes malos ejemplos un haragán, un jugador, un borracho, un maldiciente, un escandaloso.

Si una madre es amante de la vanidad, si gusta de seguir las modas del mundo, aún cuando por su corte, su hechura ó su preciosidad, sean los vestidos ruinosos á las costumbres y perjudiciales á las casas; ¿vestirán las hijas con modestia? Si la madre gusta de cortejos, concurre al teatro, se presenta en el baile, asiste á las romerías, á los toros, á los novillos, decídme, respondedme con ingenuidad; ¿la hija, en el verdor de su edad, en la mayor lozanía de las pasiones,

aborrecerá todos estos desórdenes, huirá de todos estos peligros, vivirá en retiro y honestidad, observando la solemne renuncia que hizo en el santo bautismo de todas estas pompas del mundo? ¡Ay, que no! ay, que no! *Qualis mater, talis filia* (Ezeck. xvi, 44), dice el Espíritu Santo; como fuere la madre, será la hija.

4. Y si después de todos vuestros cuidados, si después de todas vuestras diligencias en instruirlos con la doctrina y edificarlos con los más ilustres ejemplos de las virtudes, todavía la rebeldía de vuestros hijos resiste y se deja arrastrar de las pasiones, es menester dar la última mano á vuestra obra con el prudente y moderado castigo. Esta es una obligación que os impone el Espíritu Santo, cuando dice: *Tunde latera ejus, dum infans est*; cuando vuestro hijo está en la infancia, cuando es tiernecito y delicado, entónces le habéis de aplicar el castigo proporcionado á su debilidad. Y ¿por qué tan presto? por qué en tan tiernos años? *Ne forte induret*, dice el mismo Espíritu Santo; porque no se endurezca con la edad, y entónces ni te crea, ni te respeta, y solo pueda servirte para darte pesadumbres: *Et non credet tibi, et erit tibi dolor anime* (Eccles. xxi, 12). Esta verdad divina vemos cada día demostrada en los árboles y otras plantas: cuando un arbolito está fiavelo, cuando se halla recién plantado, con un poco de fuerza se le inclina hacia donde se quiere, y con muy corto trabajo se le hace tomar la figura que se le quiere dar; pero en robusteciéndose, en echando profundas raíces, ya esto no es posible: más presto se rompe que dobla. Por esta poderosa razón manda su Majestad á los padres de familia, que apliquen el castigo á sus hijos desde la infancia. Por eso nos dice también el Señor: *et qui omite el castigo, aborrece á su hijo: Qui pareit virga, odit plium suum* (Prov. xiii, 24). ¡Oh, cuántos hijos no hubieran terminado tristemente su vida en una horca, si sus padres á los primeros huérfanos los hubieran debidamente castigado! ¡Cuántas hijas no hubieran sido la peste y escándalo de los pueblos por sus desenvolturas, si á las primeras acciones inmodestas las hubieran castigado sus madres! ¡Ah! ¡qué consecuencias tan funestas para los padres y madres omisos en esta grande obligación!

Toda la dificultad consiste en que el castigo sea oportuno, y sea moderado: un castigo fuera de tiempo, de nada sirve; un castigo immoderado, más irrita y desespera que aprovecha. De dos modos pueden pecar los padres contra esta obligación; el primero por exceso, y el segundo por defecto. No pretendo seas tan indolentes y omisos como el sumo sacerdote Heli, que por no castigar los desórdenes de sus hijos, fué muerto repentinamente; pero tampoco quiero seas

tan crueles como Herodes, que por unas ligeras sospechas, encarceló y quitó la vida á sus dos hijos Aristóbulo y Alejandro. Es menester conocer cuidadosamente el genio de vuestros hijos: sin esta previa noticia, que la considero de suma importancia, jamás será el castigo oportuno ni moderado. Si el genio de vuestros hijos es tierno, dulce, pacífico y afectuoso, una mirada severa será bastante: todo otro castigo lo tengo por superfluo. Su mismo temperamento, inclinado naturalmente á la piedad, les dará en rostro con su defecto; la vista severa y como enojada de sus padres los llenará de rubor, y esto es bastante castigo para ellos. Si el genio de vuestros hijos es impetuoso y atolondrado, que obra sin reflexion y sin prudencia, pero tambien sin malicia, suspende el castigo hasta que hayan pasado aquellos primeros movimientos de su atolondramiento, y entónces usad de la correccion: porque si antes los castigais, se aturdirán cada vez más, con nada acertarán, y ni ellos salvarán lo que hacen, ni por qué los castigais. Si el genio de vuestros hijos es soberbio, arrebatado y colérico, que á la manera de un relámpago se inflama y enciende en un instante, dejad apagar un poco aquella llama, no los castigueis vosotros encolerizados, haciedles conocer primero su defecto, y aplicadles despues el conveniente castigo. Tal vez un vestido humilde y roto, el negarles el almuerzo ó la merienda en aquel dia, ó prohibirles la diversion con los otros niños, será el castigo más sensible para ellos, y el más provechoso. Si su genio fuese tímido, débil, cobarde y espantado, piénsa que el mejor remedio de sus defectos seria proponerles un premio de los que más les gustan, si en toda una semana no cometen la misma falta. Acaso por este medio podria conseguirse el sacarlos de su timidez y cobardia, y proporcionarlos para acciones nobles ó importantes. Si el genio de vuestro hijos fuese taciturno, retraido, traidor, que se complace en hacer daño á los otros niños, en contar chismes, en hurtar cosas de corta entidad, y que mira con tedio y con horror todo ejercicio de virtud, os compadezco de verdad, padres de familias, pues criais en vuestra casa unos verdugos de vuestra vejez, si con el más severo castigo no amoláis aquel temperamento fatal y aquella mala indole de vuestros hijos, que empieza en su niñez á descubrirse con señales tan funestas de su malignidad. En suma, hermanos míos, el castigo ó la correccion deben ser proporcionados á los delitos, y aplicados oportuna y prudentemente, despues de conocido el genio, el temperamento y la complexion natural de vuestras criaturas: de otro modo todo es perdido: ni el castigo viene á tiempo, ni es proporcionado al delito, ni se aplica con aquella serenidad y entereza que conviene, sino con un furor y una

rabia que escandalizan y empeoran en vez de aprovechar. La correccion y el castigo ha de ser segun Dios, dice el apóstol S. Pablo, no segun el ímpetu y el furor de las pasiones. ¡Oh! quiera la divina Majestad, que vosotros, de hoy en adelante, de tal suerte proporcionéis el castigo, que consigais con él la enmienda de vuestros hijos, no vuestra venganza. Que de tal manera os presentéis delante de ellos, que seais el más ilustre modelo y el ejemplar más perfecto de todas las virtudes; que de tal modo los enseñeis, que salgan instruidos en los preceptos de la divina ley y en las obligaciones de todo hombre de bien; y que, finalmente, de tal suerte los améis, que no los perdais eternamente, sino que los ganeis para Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu santo vive y reina Dios por todos los siglos de los siglos. Amen.

## PADRES.

(SUS DEBERES.)

II.

*Cred. dit ipse, et domino esse inta.  
Cred. et el y toda su familia.*

(10133. IV. 53.)

El primer deber de una cabeza de familia que concibió el designio de servir á Dios, es procurar que este soberano Señor sea servido por todos los que de él dependen, y no pueda trabajar con utilidad en su salvacion, si no conduce por el mismo camino por donde él vá á los que la divina Providencia confió á su cuidado. Asi vemos en la Escritura, que cuando elogia á aquellos padres y aquellos amos que se distinguieron por su fe y su piedad, los considera casi siempre acompañados de sus hijos y de sus domésticos. Si habla de Abraham y de Sara, hace al propio tiempo mencion de Isaac: si habla de la madre de Samuel, comprende en ella á este digno hijo; si publica las virtu-

tan crueles como Herodes, que por unas ligeras sospechas, encarceló y quitó la vida á sus dos hijos Aristóbulo y Alejandro. Es menester conocer cuidadosamente el genio de vuestros hijos: sin esta previa noticia, que la considero de suma importancia, jamás será el castigo oportuno ni moderado. Si el genio de vuestros hijos es tierno, dulce, pacífico y afectuoso, una mirada severa será bastante: todo otro castigo lo tengo por superfluo. Su mismo temperamento, inclinado naturalmente á la piedad, les dará en rostro con su defecto; la vista severa y como enojada de sus padres los llenará de rubor, y esto es bastante castigo para ellos. Si el genio de vuestros hijos es impetuoso y atolondrado, que obra sin reflexion y sin prudencia, pero tambien sin malicia, suspende el castigo hasta que hayan pasado aquellos primeros movimientos de su atolondramiento, y entónces usad de la correccion: porque si antes los castigais, se aturdirán cada vez más, con nada acertarán, y ni ellos salvarán lo que hacen, ni por qué los castigais. Si el genio de vuestros hijos es soberbio, arrebatado y colérico, que á la manera de un relámpago se inflama y enciende en un instante, dejad apagar un poco aquella llama, no los castigueis vosotros encolerizados, haceldes conocer primero su defecto, y aplicadles despues el conveniente castigo. Tal vez un vestido humilde y roto, el negarles el almuerzo ó la merienda en aquel dia, ó prohibirles la diversion con los otros niños, será el castigo más sensible para ellos, y el más provechoso. Si su genio fuese tímido, débil, cobarde y espantado, piénsa que el mejor remedio de sus defectos seria proponerles un premio de los que más les gustan, si en toda una semana no cometen la misma falta. Acaso por este medio podria conseguirse el sacarlos de su timidez y cobardia, y proporcionarlos para acciones nobles ó importantes. Si el genio de vuestro hijos fuese taciturno, retraido, traidor, que se complace en hacer daño á los otros niños, en contar chismes, en hurtar cosas de corta entidad, y que mira con tedio y con horror todo ejercicio de virtud, os compadezco de verdad, padres de familias, pues criais en vuestra casa unos verdugos de vuestra vejez, si con el más severo castigo no amoláis aquel temperamento fatal y aquella mala indole de vuestros hijos, que empieza en su niñez á descubrirse con señales tan funestas de su malignidad. En suma, hermanos míos, el castigo ó la correccion deben ser proporcionados á los delitos, y aplicados oportuna y prudentemente, despues de conocido el genio, el temperamento y la complexion natural de vuestras criaturas: de otro modo todo es perdido: ni el castigo viene á tiempo, ni es proporcionado al delito, ni se aplica con aquella serenidad y entereza que conviene, sino con un furor y una

rabia que escandalizan y empeoran en vez de aprovechar. La correccion y el castigo ha de ser segun Dios, dice el apóstol S. Pablo, no segun el ímpetu y el furor de las pasiones. ¡Oh! quiera la divina Majestad, que vosotros, de hoy en adelante, de tal suerte proporcionéis el castigo, que consigais con él la enmienda de vuestros hijos, no vuestra venganza. Que de tal manera os presentéis delante de ellos, que seais el más ilustre modelo y el ejemplar más perfecto de todas las virtudes; que de tal modo los enseñeis, que salgan instruidos en los preceptos de la divina ley y en las obligaciones de todo hombre de bien; y que, finalmente, de tal suerte los améis, que no los perdais eternamente, sino que los ganeis para Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu santo vive y reina Dios por todos los siglos de los siglos. Amen.

## PADRES.

(SUS DEBERES.)

II.

*Cred. dit ipse, et dominus estis intus.  
Credet et y toda su familia.*

(10133. IV. 53.)

El primer deber de una cabeza de familia que concibió el designio de servir á Dios, es procurar que este soberano Señor sea servido por todos los que de él dependen, y no pueda trabajar con utilidad en su salvacion, si no conduce por el mismo camino por donde él vá á los que la divina Providencia confió á su cuidado. Asi vemos en la Escritura, que cuando elogia á aquellos padres y aquellos amos que se distinguieron por su fe y su piedad, los considera casi siempre acompañados de sus hijos y de sus domésticos. Si habla de Abraham y de Sara, hace al propio tiempo mencion de Isaac: si habla de la madre de Samuel, comprende en ella á este digno hijo; si publica las virtu-

des de Zaratias y de Isabel, no olvida á S. Juan Bautista: si hace elogio de la madre de los Macabeos, en el encierra el de sus hijos y generosos hijos: si nos describe las bellas cualidades del centurion Cornelio, dice inmediatamente que era religioso y temeroso de Dios con toda su familia.

Hoy nos propone bajo la misma idea un oficial, que habiendo sabido que Jesucristo venia de Judea á Galilea, le pidió que fuese á su casa á curar á su hijo que estaba para morir. Habiendole Jesús dicho: Ve, tu hijo está bueno: creyó á la palabra del Señor y se fué: yendo de camino, le salieron al encuentro sus criados á decirle que su hijo estaba bueno. Se informó del tiempo en que se había hallado mejor, y le respondieron: Oyea de las siete le dejó la calentura: él reconoció que era precisamente la hora en que Jesús le había dicho: tu hijo se halla bueno; y entonces lleno de reconocimiento á este admirable y poderoso médico, creyó en él con toda su familia.

Este oficial cumple con todos los deberes de un padre de familias. Su hijo está enfermo: lo cuida, y pide á Jesucristo su curacion: no contento con velar sobre lo que necesita el cuerpo, mira á las necesidades del alma, y empeña á todas las personas de su casa á creer con él en Jesucristo. ¡Oh, qué bello ejemplo para vosotros, padres y madres! imitallo.

Hay en vuestros hijos dos géneros de necesidades, unas temporales y otras espirituales. Debeis atender á las unas y á las otras. Ved aquí á lo que deben dirigirse vuestros cuidados, y el amor que debeis tener á aquellos á quienes habeis dado la vida. Es necesario trabajar en la educacion de vuestros hijos, y en su colocacion en el mundo. Este es vuestro primer deber. Es necesario formarlos en la piedad é inspirarles la virtud. Ved aquí el segundo deber. Propóngome demostraros su importancia en las dos partes de este discurso. A. M.

1. El matrimonio es un yugo más pesado de lo que se cree, y S. Pablo, que lo mira como una honrada, pero dura y necesaria servidumbre, nos asegura que los que se empeñan en él, no dejarán de sentir muchas aflicciones y trabajos, que el querria ahorrarseles: *Tribulationem carnis habebunt hujusmodi; ego autem vobis parco* (I Cor. vii. 28). Aflicciones y penas de cuerpo. Madres, vosotras lo sabeis demasiado; angustias, convulsiones, males agudos é insupportables son los dolores con que dais vuestros hijos á la luz; cuidados continuos en acallarlos, traerlos en brazos, vestirlos, adormecerlos, estas son vuestras ocupaciones y vuestra cruz despues que salieron

de vuestras entrañas. Las aflicciones y las penas de ánimo son aún mayores que las del cuerpo. Padres y madres que tenéis un poco de sensibilidad, sois buenos testigos de ello; porque sin hablar de las inquietudes, de los embarazos, de los sentimientos que muchas veces os da la mala conducta de vuestros hijos; sin hablar del temor que os atormenta de que deshonren vuestra familia por su conducta desordenada; la obligacion que tenéis de educarlos cristianamente ¿no es por sí sola una gran penalidad? A esto no obstante os empeña vuestro estado, y este es el primer precepto que os impone el apóstol: *Educate illos*. Esta educacion, en enanto á lo temporal, exige de vosotros tres cosas: alimento, vestido y colocacion.

Debeis sustentar á vuestros hijos y sustentarlos cristianamente. Proponemos para este efecto el ejemplo de Jesucristo: es nuestro Padre comun, y nosotros todos somos sus hijos: *Filios enutrii*, dice por uno de sus profetas (ISAÍ 1. 2). Pues cómo nos alimentas? Además del pan material, que su providencia nos suministra cada dia, nos da el alimento de su cuerpo y de su sangre en que se compará al pelicano, como lo advierte S. Agustín: *Stimilis factus sum pellicano solitudinis* (PSAL. ci. 7). El pelicano es un pájaro que vive en los desiertos de Egipto; se dice (AEC. III.) que cuando ve á sus hijuelos picados de la serpiente, procura animarlos con la sangre que saca de su cuerpo á picaduras. Ved aquí lo que el Salvador ha hecho por nosotros sobre la cruz, y lo que hace todavía en la Eucaristia. ¿Es este el ejemplo que seguís, madres bárbaras, que no hacéis caso de vuestros hijos, los exponéis á las puertas, y los abandonáis á la caridad y á la compasion pública? ¿Es esto lo que practicáis vosotros, padres dilapidadores, jugadores, corrompidos, que por vuestra desordenada conducta reducis vuestros hijos á la mendicidad? ¡Ah! ¿cómo daríais vuestra sangre para sustentarlos, vosotros, que ni siquiera abris vuestro bolsillo para ministrarles pan? En vez de ser semejantes al pelicano, imitais al avestruz; y esto es de lo que se queja el Señor mismo por su profeta Jeremias. Las bestias feroces descubrieron sus pechos, dieron leche á sus hijuelos; pero la hija de mi pueblo es cruel como un avestruz: *Lamias nudaverunt mammam, lactaverunt catulos suos: filia populi mei crudelis quasi structio* (TIMES. IV, 5 ET 45). El avestruz es un animal sobremansera gloton; echadle hierro, estaño, plata, todo lo traga y todo lo digiere; pero con sus hñuelos es cruel hasta el último extremo; porque, como se dice en el libro de Job, se contenta con poner huevos y los deja en la tierra, sin curarse de que pueden ser pisados de los pasajeros. Si alguno de estos hñevos, fomentados por los rayos del sol, llegan á salir y recla-

man por su madre, ésta es tan insensible á sus clamores como si no fueran suyos. ¿No es esto lo que haceis vosotros, padres y madres desnaturalizados? Consumis el avestruz la plata, el hierro, el estaño, porque es necesario venderlo todo para contribuir á vuestras disoluciones y á vuestros devaneos: que vuestros hijos estén en la miseria, que anden desnudos, que mueran de hambre, nada os importa y lo miráis con la misma indiferencia que si no fueran vuestros. ¡Ah padres crueles! no miréis que abandonando así á vuestros hijos, caerán en delitos que deshonrarán toda vuestra familia. Esa hija tal vez se prostituirá; ese hijo tal vez se hará un ladrón. Vosotros debéis sustentar á vuestros hijos y sustentarles cristianamente. Badles en casa lo necesario, y no permitais que se entreguen á los vicios.

Los padres deben vestir á sus hijos. Es cierto que cuando los hijos ganan alguna cosa deben entregarla á sus padres; pero también es cierto, por otra parte, que los padres están encargados de vestirlos y mantenerlos honradamente, según su estado y su condición. Cuando los padres faltan á este deber, exponen á sus hijos á que cometan robos domésticos, y que disipen la hacienda de la casa. No se os pide que favorezcáis el orgullo, el lujo y la curiosidad de vuestros hijos; al contrario, les debéis inspirar horror á las modas, á los adornos y á las vanidades del siglo, porque á todo esto renunciaron en el bautismo; dad lo que es debido á la necesidad y á la dependencia, y no lo que desea la pasión.

Debéis proveer con prudencia á su colocacion, procurando que tengan con que subsistir. Hay padres que no aman bastante á sus hijos, que los abandonan y los dejan vivir con libertad y en la coquidad; esta es una falta muy considerable, porque uno de los más importantes consejos para los padres y las madres es el que les da el Señor: *Miserabile est etiam illis, et curato illos á parentibus illorum* (Ecc. vi. 25). Si tenéis hijos, instruiddos bien y acostumbradlos al trabajo desde su infancia; aplicadlos á profesiones útiles y convenientes á su estado; haceldes aprender algun oficio con que puedan ganar su vida de un modo honrado. Hay también padres que aman demasiado á sus hijos, ó que no les aman igualmente. Este amor desarreglado es causa de que trabajen con exceso en dejarles con que subsistir y muchas veces por medios criminales. No temen cometer injusticia; y á fin de no equivocarse, reparan poco en los medios de juntar dinero, una vez que se lo dejan. El demonio hace entonces con ellos un pacto semejante al que hizo el rey de Sodomá con Abraham: abandoname las almas, se dijo, y lleva lo demás. Haced injusticias, usurpad, robad; ved aquí el medio de enriquecer á vuestros hijos,

sacrificándome sus almas y las vuestras. Este amor desarreglado ó desigual de los padres y de las madres para con sus hijos, es tambien causa de que se consagren enteramente á los intereses de algunos, y menosprecien y abandonen á los otros. Convento en que las buenas cualidades de un hijo puedan empeñarlos á que le mireis con más ternura que á sus hermanos; pero es necesario que esta predileccion de los unos sea dañosa á los otros? Trabajad en su acomodo; pero sea con una aplicacion igual: juntadles en buen hora hacienda, pero no se la junteis á expensas de su salvacion y la vuestra.

Obraed, pues, padres y madres, con gran prudencia, trabajando en la colocacion de vuestros hijos, y no extendid vuestras miras demasiado lejos; deteneos en una justa mediania, y aplicaos sobre todo á que vivan como buenos cristianos. Haced con ellos lo que los padres de la casta Susana practicarun con su hija: tuvieron cuidado de que su hija fuese instruida en la santa ley. Sabeid que vale más que vuestros hijos sean menos ricos, según el mundo, y que estén más instruidos en la religion. Ladrones y tramposos podrán quitarles los bienes que les hubiereis juntado; pero ninguno podrá quitarles la buena educacion que les dieris. Habiéis visto en qué consiste ésta para lo temporal; no me rosta sino haceros ver lo que les debéis para lo espiritual.

3. Padres, el Apóstol no solo os dice que eduqueis á vuestros hijos; añade que debéis educarlos santamente y formarlos para la virtud: *In disciplina, et correptione Domini*. Para este efecto debéis instruílos, corregílos y darles buen ejemplo. Padres, vosotros sois los maestros, los predicadores y los apóstoles de vuestros hijos; sois los pastores de este pequeño rebaño y de esta iglesia doméstica, como la llama S. Pablo (I Cor. xvi. 19). Dios os ha impuesto esta cuidado, y tenéis el honor de ser los custodios y protectores de aquellos que Jesucristo su hijo ha venido á salvar. ¡Cuán glorioso es este ministerio! Procuraad cumplir bien con él. Instruid con tiempo á vuestro hijo, haceldes mamar la piedad con la leche, y será vuestro consuelo y vuestro apoyo en la vejez. Yo advierto, hermanos míos, que esta obligacion es de tanta importancia, que Dios renova la sin cesar su memoria á los judíos: Ved aquí, dice en el Deuteronomio (Deut. vi. 6) hablando á su pueblo; ved aquí la ley que yo os doy; quiero que esté grabada en vuestro corazón: *Erungue verba hæc, quo ego præcipio tibi hodie, in corde tuo*. Esto no es bastante; quiero que de tu corazón pase á tus labios, á fin de que la anuncies á tus hijos: *Et narrabis ea filiis tuis* (Deut. vi. 7). No dejéis de referíles todo lo que el Señor ha hecho en favor vuestro. Eramos esclavos en Egip-

to; para sacarnos de esta esclavitud, ha manifestado el Señor su poder; ha hecho morir á todos los primogénitos de los egipcios, y en reconocimiento de este beneficio le consagramos los nuestros; esto es lo que nuestros padres nos han enseñado. ¿Para qué son esas advertencias tan frecuentes en la Escritura? Para que conocáis, padres, que el primero y el mayor cuidado que debéis tener es el de enseñar á vuestros hijos, no la galantería y las vanidades del mundo, que debéis hablarles, no del mundo y de sus falsas máximas, sino de las gracias que recibieran de Dios, y de la obligación que tienen de mostrarse agradecidos; que debéis instruirlos, no solo de vuestro comercio y de vuestro negocio, sino también y principalmente del gran negocio de la salvación, de las obligaciones del cristiano, del cuidado con que deben evitar el pecado, y pasar una vida conforme á la santidad de su bautismo; que debéis ponerles en las manos algunos buenos libros, juntarlos algunas veces, diciéndoles como el rey profeta: *Venite, filii, audite me, timorem Domini docebo vos* (PSALM. xxxiii. 12). Poco sabéis la impresión que hace en ellos cuando les habláis de Dios, una tan santa conversacion. Aún cuando su juventud les haga olvidar vuestras instrucciones, es cierto que en una edad más adelantada las reconlarán y tendrán un feliz resultado.

No solo debéis instruirlos, sino también corregirlos. De todas las edades, la que tiene más necesidad de este socorro es la juventud. ¿Qué vendrá á ser de esa juventud indisciplinada? ¿cuál será el camino que tomará? Se sabe tan poco, que el Sábio confiesa ingenuamente, que es este un misterio que no puede comprender. Tres cosas me son difíciles de entender, decía ese varón tan ilustrado; el rastro del águila en el aire, el rastro de la culebra sobre la penna, y el rastro de la nave en alta mar; pero una cuarta me es enteramente desconocida, y es el camino de un hombre en su mocedad. (Prov. xxx. 18 et 19). Notad bien todas estas cosas. Un joven tiene en el ímpetu de sus pasiones toda la rapidez, y la impetuosa del águila; tiene en la variedad de sus deseos y en el capricho de sus inclinaciones todas las vueltas y pliegues de la culebra; tiene en los diferentes pensamientos que le dividen y en la multitud de objetos á que se inclina, todo el movimiento de una nave combatida de los vientos y de la tempestad: en una situación tan funesta, ¿cómo se conducirá sin maestro y sin guía que rija el vuelo de esta águila, que señale á esa culebra la derrota que debe seguir, y que contenga seguramente al puerto á esta nave rodeada de escollos y agitada sin cesar de las tempestades?

Padres, á vosotros toca hacer estos buenos oficios para con vuestros hijos. Vosotros conocéis sus defectos; corregidlos con prudencia y moderacion; y si la suavidad no hace nada, no perdoneis á los remedios heróicos. El que no emplea el castigo aborrece á su hijo; pero el que le ama, se aplica á corregirlo. S. Agustín atribuye una parte de los excesos de su juventud á la blanda complacencia de su padre. Con tal que yo, dice, me instruyese y fuese hábil, mi padre no se ocupaba de lo demás; nada se le daba que yo fuese casto ó impúdico, sincero ó embastero, humilde ó soberbio; *Non sat-gebas, pater, qualis creverem tibi, aut quam costus essem, disimulo essem disertus* (Covv., v. 5). Lo mismo sucede aún hoy en el mundo: si un niño ha hecho alguna galantería ó dicho alguna desvergüenza, dicen que es un chiste y una señal de entendimiento; se excusan sus defectos, algunas veces los alaban, ó si los reprehenden es de un modo tan ligero, que se percibe bien que no se sienten verdaderamente. ¿Cómo llaméis vos, gran S. Bernardo, á esta disimulacion y á esta complacencia? una muerte y un homicidio (Barr., re. 10). Si se hubierais reprendido á este niño como era justo, acaso nunca hubiera recaído en semejante falta. Así S. Agustín, que vituperaba la complacencia viciosa de su padre, alaba la piedad de su madre, que tenía una conducta enteramente opuesta. Esta, dice el santo, había criado con tanto cuidado á sus hijos en el temor de Dios, que cuando veía á alguno inclinarse á lo malo, le reprendía con severidad y sentía tanto dolor como había sufrido cuando le había dado á luz. Padres: ved aquí vuestra regla; Dios no os ha dado hijos sino para que veáis sobre ellos, para que los inclineis á la virtud y los apartéis del vicio; para que los reduzcáis, ó por suavidad, ó por severidad al buen camino. No solo debéis instruirlos y corregirlos, sino que también debéis darles buen ejemplo.

Los niños no tienen conversaciones más frecuentes ni más familiares que las que tienen con sus padres, que son sus maestros, y al mismo tiempo sus testigos. Como maestros deben reprimirlos é instruirlos; y como testigos deben edificarlos y no hacer nada en su presencia que pueda escandalizarlos; lo que hizo decir á un antiguo, que se debe tratar á un niño con cierta especie de circunspección y respeto. Ved aquí lo que acerca de este punto escribe S. Jerónimo á una persona de distincion, que le había pedido alguna instruccion sobre el modo cómo debía educar á su hija. Tenéis razon, le dice (Illa. ep. vii. l. 1. et. de instr. fil. 2.) en tener gran cuidado de vuestra hija; de su santa educacion depende vuestra salvacion y la suya. Para este efecto apartad de su compania á cuantos

creyereis capaces de inspirarle el vicio. No permitais las libertades indecentes de la juventud, ni que se digan palabras ni se canten canciones deshonestas delante de ella; pues con dificultad se borran las primeras impresiones que recibe una persona joven. No aprenda á jurar; mire la mentira como un sacrilegio; ignore el espíritu del siglo y viva como un ángel. Apartad de ella las danzas y los violines, porque muy poco se necesita para marchitar la belleza de una flor. Aplicaos á darla buen ejemplo, no vea jamás en vuestra conducta cosa que pueda escandalizarla.

Estos son los consejos que S. Jerónimo daba á esa señora. No puedo, hermanos míos, deciros cosa más instructiva sobre esta materia. Padres, edificad á vuestros hijos. ¡Ah! Dios no os los ha dado para perderlos, sino para salvarlos.

Reflexionad sobre la cuenta que debéis dar á Dios de vuestros hijos. ¡Oh qué terrible será esta cuenta! Entrad, pues, en vosotros mismos, y cumplid con vuestras obligaciones. Instruid á vuestros hijos, corregidlos, y, sobre todo, dadles tan buen ejemplo, que cuando comparezcáis delante de Dios podáis presentaros con confianza como otros tantos imitadores de vuestras virtudes, y recibir con ellos la recompensa que Dios ha prometido á sus fieles siervos. Así sea.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

**PADRES.**—Son parricidas de sus hijos cuando les dan mala educación.

Son doblemente padres cuando les guían al bien por sus avisos y buenos ejemplos.

**PADRES.**—No deben escuchar la antipatía que encuentran en sus hijos.

No deben violentar su vocacion.

No deben exasperarlos cuando les corrigen.

Véase: EDUCACION DOMESTICA Y EDUCACION RELIGIOSA.

## PALABRA DE DIOS.

(NECESIDAD DE OIRLA.)

I.

*Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo, quod procedit de ore Dei.*

No de sólo pan vive el hombre, mas de toda palabra, que sale de la boca de Dios.

(MATT. 4. 4.)

Debiendo anunciarnos hoy la palabra de Dios como único medio de conservar vuestra vida espiritual, con arreglo á la sentencia del Evangelio, que acabais de oír: ningún exordio juzgo más á propósito que el que usó S. Pablo, hablando en semejante ocasion á los fieles de Corinto; *os exhorta*, les dice, *no recibais en vano la gracia del Señor; ahora es el tiempo aceptable, y el día de la salud. Y adoptando yo en la hora este mismo lenguaje, os ruego por las entrañas de Jesucristo, por su terrible venida, por su reino inamoral, grabéis en vuestro corazón aquella divina palabra, que con su omnipotencia nos sacó de la nada; que con su luz inaccessible disipó nuestras tinieblas; que hizo triunfar la verdad, destruyendo la idolatría y el error, y exaltando la gloria del Excelsio. ¡Palabra inefable! comparada por S. Dionisio al agua, porque vivifica y fecundiza; á la leche, porque da incremento; al vino, porque recrea el ánimo; á la miel, porque purifica, conserva y dulcifica. ¡Palabra benéfica! que da vista á los ciegos, salud á los enfermos, vida á los muertos. ¡Palabra triunfante y victoriosa! que cautiva el entendimiento en obsequio de la fe, y erige altares al verdadero Dios sobre las ruinas de los de Asarte, de Baal, de Bagon y de Moloc, elevando la cruz sobre la cabeza de los más altos monarcas. ¡Palabra en fin adorable! que emanada de la boca de Dios, sirve de alimento espiritual al hombre, que será bienaventurado, si la oye y la observa, como se explica Jesucristo.*

Con arreglo pues á estos irrefragables principios de nuestra Religión y cristiana moral, ¿no podré yo inferir la indispensable necesi-

creyereis capaces de inspirarle el vicio. No permitais las libertades indecentes de la juventud, ni que se digan palabras ni se canten canciones deshonestas delante de ella; pues con dificultad se borran las primeras impresiones que recibe una persona joven. No aprenda á jurar; mire la mentira como un sacrilegio; ignore el espíritu del siglo y viva como un ángel. Apartad de ella las danzas y los violines, porque muy poco se necesita para marchitar la belleza de una flor. Aplicaos á darla buen ejemplo, no vea jamás en vuestra conducta cosa que pueda escandalizarla.

Estos son los consejos que S. Jerónimo daba á esa señora. No puedo, hermanos míos, deciros cosa más instructiva sobre esta materia. Padres, edificad á vuestros hijos. ¡Ah! Dios no os los ha dado para perderlos, sino para salvarlos.

Reflexionad sobre la cuenta que debéis dar á Dios de vuestros hijos. ¡Oh qué terrible será esta cuenta! Entrad, pues, en vosotros mismos, y cumplid con vuestras obligaciones. Instruid á vuestros hijos, corregidlos, y, sobre todo, dadles tan buen ejemplo, que cuando comparezcáis delante de Dios podáis presentaros con confianza como otros tantos imitadores de vuestras virtudes, y recibir con ellos la recompensa que Dios ha prometido á sus fieles siervos. Así sea.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

**PADRES.**—Son parricidas de sus hijos cuando les dan mala educación.

Son doblemente padres cuando les guían al bien por sus avisos y buenos ejemplos.

**PADRES.**—No deben escuchar la antipatía que encuentran en sus hijos.

No deben violentar su vocacion.

No deben exasperarlos cuando les corrigen.

Véase: EDUCACION DOMESTICA Y EDUCACION RELIGIOSA.

## PALABRA DE DIOS.

(NECESIDAD DE OIRLA.)

I.

*Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo, quod procedit de ore Dei.*

No de sólo pan vive el hombre, mas de toda palabra, que sale de la boca de Dios.

(MATT. 4. 4.)

Debiendo anunciarnos hoy la palabra de Dios como único medio de conservar vuestra vida espiritual, con arreglo á la sentencia del Evangelio, que acabais de oír: ningún exordio juzgo más á propósito que el que usó S. Pablo, hablando en semejante ocasion á los fieles de Corinto; *os exhorta*, les dice, *no recibais en vano la gracia del Señor; ahora es el tiempo aceptable, y el día de la salud. Y adoptando yo en la hora este mismo lenguaje, os ruego por las entrañas de Jesucristo, por su terrible venida, por su reino inamoral, grabéis en vuestro corazón aquella divina palabra, que con su omnipotencia nos sacó de la nada; que con su luz inaccessible disipó nuestras tinieblas; que hizo triunfar la verdad, destruyendo la idolatría y el error, y exaltando la gloria del Excelsio. ¡Palabra inefable! comparada por S. Dionisio al agua, porque vivifica y fecundiza; á la leche, porque da incremento; al vino, porque recrea el ánimo; á la miel, porque purifica, conserva y dulcifica. ¡Palabra benéfica! que da vista á los ciegos, salud á los enfermos, vida á los muertos. ¡Palabra triunfante y victoriosa! que cautiva el entendimiento en obsequio de la fe, y erige altares al verdadero Dios sobre las ruinas de los de Asarte, de Baal, de Bagon y de Moloc, elevando la cruz sobre la cabeza de los más altos monarcas. ¡Palabra en fin adorable! que emanada de la boca de Dios, sirve de alimento espiritual al hombre, que será bienaventurado, si la oye y la observa, como se explica Jesucristo.*

Con arreglo pues á estos irrefragables principios de nuestra Religión y cristiana moral, ¿no podré yo inferir la indispensable necesi-

dad que tenéis todos de oír la palabra de Dios, y la desgracia de los que la desprecian? La materia, señores, no puede ser más importante, ni más análoga á vuestros verdaderos intereses. Para tratarla pues con método, os haré ver, en primer lugar, vuestra obligación de oír la divina palabra; y en segundo, la desgracia de los que le cierran la entrada en su corazón: dos breves reflexiones, dignas de esta cátedra y á propósito para vuestra enseñanza.

Ayúdame todos á pedir las llaves del Espíritu santo, rogándole se digne difundirlas sobre vuestros corazones y mis labios, á fin de que hoy se remueva su gloria en el templo de nuestras almas. Pidamos con espíritu de confianza y de compunción esta gracia, por la poderosa intercesión de María santísima. Saludémosla todos con el ángel. A. M.

1. Para quedar plenamente convencidos de la estrecha obligación de oír la divina palabra, basta un momento de reflexion sobre nuestra propia indigencia espiritual, y la virtud omnipotente de aquella para curar nuestras dolencias y remediar nuestras necesidades. El hombre, señores, es un admirable compuesto de alma y cuerpo; dos sustancias diferentes, que no pueden permanecer largo tiempo vivas sin el competente alimento. Así, para que por falta de el no falleciese esta obra singular de las manos de Dios, se dignó el Señor por un efecto de su inefable bondad, proveer con abundancia y esplendidez á todo. A la subsistencia del cuerpo destinó las aves del cielo, los peces del mar y de los rios, las bestias y frutos de la tierra, ya industriales, ya espontáneos; todo lo cual no solo basta á remediar al hombre en su indigencia, sino tambien á promover su regalo y su delicia; y esto con tanta universalidad y constancia, que desde el principio del mundo, así como nace el sol sobre los buenos y los malos, así tambien *proves de alimento á toda la carne, segun la expresión del Salmo (PSALM. CXXIV, 25).*

Por lo que hace al alma, heciba á imagen y semejanza del Señor, quiso le sirviese de sustento su divina palabra, por medio de la cual instruidos en su ley santa, en su disciplina, en sus adorables misterios y sacramentos, pudiésemos, ayudados de su gracia, remediar en sus necesidades la vida del espíritu. Por manera, que así como el hombre, en cuanto terreno, no puede subsistir largo tiempo sin alimento corporal, y pecaría gravemente siendo homicida de sí mismo, si rebusase tomarlo; no sería menos reo de suicidio espiritual el que privase á su alma del alimento que le corresponde, segun los designios de Dios.

He aquí el sólido fundamento en que estriba la estrecha obligación

que tenéis de oír la palabra divina. Las necesidades de nuestra alma se multiplican; señores, cada día, y solo la voz de Dios puede iluminar sus tinieblas, disipar su ignorancia y sus errores, festerar su negligencia y su desidia, animar su fe y confirmar su esperanza, encender en fin su caridad, y dirigir al hombre por las verdaderas sendas de la justificación.

Esta obligación, pues, no comprende solamente á las personas del vulgo, ni es privativa de las gentes ignorantes y tímidas; es extensiva á todos los mortales que desean salvarse, por más elevados que se juzguen por nobleza, por grado ó por talentos. Oid, os dice Dios, escuchad, poderosos del siglo, presuntuosos sábios, magostades, subalternos, depositarios de la justicia del Señor sobre la tierra; oid la voz del Soberano de los reyes, de quien vuestro poder y autoridad dimanar; oid su divina palabra; jamás, os dice, olvideis los beneficios de vuestro Dios; amalle siempre con toda vuestra alma, con toda vuestra mente y potencias, y á vuestros hermanos como á vosotros mismos; convertios á mí con todo vuestro corazón, y ahondando las sendas de la iniquidad. No hay más que un Dios, una fe, un bautismo, una moral, cuyos preceptos comprenden á todos sin excepción alguna; ni se ha dado otro nombre á los mortales para ser salvos, que el de Jesucristo.

Á todos, pues, hablo en esta hora: á sábitos é ignorantes, á plebeyos y poderosos, á súbditos y magistrados, á gentes de todas edades, sexos y condiciones; vosotros sois hijos de Dios por adopción, ¿Ignorais por ventura que todo el que es hijo de Dios, oye su voz, como se explica Jesucristo por S. Juan (JOAN. vin, 47)? Tened estas verdades, tenedlas siempre delante de vuestros ojos; enseñadlas á vuestros hijos; grabadlas sobre las puertas de vuestras casas, como os lo manda Dios por un profeta.

Y ¿á qué fin, me diréis, tan exquisita diligencia?—Para remedio de vuestras necesidades espirituales: reconocedlas de buena fe. ¿Qué de tinieblas no oscrecen vuestro entendimiento! ¿qué de pasiones favoritas no dominan vuestro corazón! ¿qué de aversiones secretas no devoran vuestras entrañas! ¿qué de errores no tenéis que disipar! ¿qué de verdades que aprender! ¿Queréis proveer á todo? Oid la palabra de Dios, que con su virtud omnipotente socorrerá vuestra indigencia.

Ella, en efecto, si la oís debidamente, difundirá sus rayos sobre vuestra alma, dirigirá con seguridad vuestros pasos, os mostrará las virtudes y os conducirá á la verdad. La palabra de Dios, dice un sabio, es como una antorcha divina, que arroja de sí la luz más viva, descubre los más secretos escollos y penetra hasta los asilos más os-

curios, en que los crímenes se ocultan y se reconcentran los vicios. La voz de Dios resonó con fuerza y magnificencia sobre las aguas, como se explica un profeta; y bien diferente de la del hombre, que solo puede aconsejar y excitar, ella produce lo que ordena, manda y obra juntamente, llena siempre de virtud y de eficacia. La palabra de Dios desentruva el caos de la nada y produce al universo: el cielo y la tierra son obra de su virtud omnipotente, criándolo todo para el hombre, y al hombre para Cristo.

La voz de Dios, dice David, hace temblar las naciones y trastorna poderosamente los cedros elevados del Líbano, conmueve los desiertos de Cades, y postra á los fuertes y robustos de Moab. Poderoso sois, Señor, y nada hay que resista á vuestra voz. La Grecia supersticiosa, la soberbia y altiva Roma, la Persia sensual, la India feroz, la Escitia bárbara, ¿no se reinieron bajo una misma fe al oír vuestra divina palabra, como se explica S. Gregorio? Sectas dedicadas, sistemas filosóficos, estóicos severos, étnicos arrogantes, epicúreos voluptuosos, ¿no doblasteis vuestra dura cerviz al yugo del Crucificado, por la virtud irresistible de su divina palabra?

Ella, en efecto, es viva y eficaz por sí misma, como dice S. Pablo á los hebreos, y más penetrante que una espada de dos filos; pero vosotros (Dios me manda os lo diga), vosotros la teméis, porque no queréis dejar vuestras pasiones. Solo ella es capaz de iluminar vuestras tinieblas, y dirigir vuestros pasos á la bienaventuranza; pero vosotros rehusáis abandonar las sendas de la iniquidad, que os conducen inevitablemente al precipicio. Ella es la única que puede desterrar vuestra ignorancia, sujetar vuestra rebeldía, arreglar vuestros deberes, y mostraros los caminos que os conduzcan á seguro puerto; pero vosotros cerráis de propósito los oídos á sus ecos amorosos, á sus amonestaciones paternales, á sus más terribles amenazas; y adoptando más de una vez un lenguaje antiojiano, decís con los ímpios en el libro de la Sabiduría: «Venid, y gocemos de los bienes... llenémonos de vino y de unguentos, para no perder la flor del tiempo: coronémonos de rosas ántes que se marchiten; no haya prado que no sea testigo de nuestra injuria... dejemos por todas partes señales de nuestra alegría... Oprimamos al pobre justo, sin perdonar á la viuda ni al anciano; sea en fin nuestra fortaleza la ley de la justicia.» Los que así le desprecian, ¡oh palabra de mi Dios! bien podrán pasar sus días rodeados de bienes y regocijos; pero, en su muerte *descenderán en un momento al infierno*, como el santo Job se explica.

¡Temblad, pues, cristianos, relajados, mortales sordos á la voz de Dios! Temed que el Señor os quite en su cólera á los ministros de su

divina palabra, trasladándola á otras regiones, donde consiga más fruto que entre vosotros. *Los días se acercan*, dice el profeta Amós, *de enviar hombre á la tierra, no hambre de pan y sed de agua, sino hambre de oír la palabra de Dios... De un mar á otro se conmoverán las gentes, desde el aguilon hasta el oriente circuirán buscando la palabra del Señor, y no la encontrarán.* Esta amenaza terrible, como se explica un sábio, ha tenido ya su cumplimiento en provincias y reinos enteros, que de jardines amenos de santidad, se han convertido en espantosas soledades por falta de obreros evangélicos.

Nosotros, hermanos míos, por la misericordia de Dios, habitamos en paz en esta tierra de Jesé, entre tanto que vemos al Egipto cubierto de tinieblas y de funestas plagas en castigo de su obstinacion. El cielo nos provee de abundante sustento con el maná de su divina palabra, en el tiempo mismo en que ni la lluvia ni el rocío descienden sobre los infelices montes de Geliote, sepultados en las densas tinieblas del error y de la infidelidad.

¿Y de dónde, os ruego, una diferencia tan notable? ¿Por ventura del orgullo de nuestra vida, de la santidad de nuestras costumbres? ¡Ah!... preguntado sin indulgencia á vuestro interior. Vuestra misericordia ¡oh mi Dios! y la adorable predileccion con que siempre habeis mirado á este reino, ha contenido hasta de presente vuestra ira. Mas, ¡ay de tí, nueva Corozaim! ¡ay de tí, Betsaida! os diré con Jesucristo; pues si en Tiro y en Sidon se hubieran obrado los prodigios que has experimentado tú misma, ya habrían hecho penitencia cubiertos de ceniza y de cilicios. Pero vuestra suerte en el terrible juicio será (yo señores, me estremezco), será mucho más dura y más honesta que la de esas ciudades reprobas; y tú, nueva Cafarnaüm, exaltada hasta las nubes, serás sumergida hasta el abismo. Vos, Señor, lo mandáis así decir á los ministros de vuestra palabra: «añadid; que el que los oye, oye á vos mismo, y el que los desprecia, á vos mismo desprecia, y al Padre que os envió al mundo.»

Y ¿qué es lo que pretendo inferir de tan altos principios, ó á qué fin estas terribles amenazas, que Jesucristo nos anuncia en su Evangelio y por boca de sus profetas? A fin de que conozcáis sin excusa la obligacion que tenéis de oír y obedecer la voz de Dios para salvaros, porque ella es el alimento espiritual de todo fiel cristiano, que á los púrvulos sirve de leche para su aumento; á los enfermos de medicina para curar sus dolencias, descubrir sus llagas mas ocultas, animar su espíritu y fortalecer sus pasos por la senda de la salud; y á todos los viajeros y peregrinos por este valle de lágrimas sirve

de pan sustancial, que les da esfuerzo, como á Elias, para seguir sus marchas y huir de los peligrosos fazos que les tienden sus enemigos y perseguidores en el desierto de esta vida.

2. ¡Infelices, pues, y mil veces desdichados los que cierran sus oídos á la palabra de Dios! La infinita sabiduría, que dice de los que se apresuran á venir al templo con el santo fin de instruirse en las verdades eternas, *qui ex Deo est, verba Dei audidit*, el que es de Dios, oye la palabra de Dios, dice, por el contrario, de los que la desprecian: *propterea vos non audistis, quia ex Deo non estis*; vosotros no la escucháis, porque no sois de Dios. ¡Desgracia lamentable! no pertenecen al Señor; no están marcados con la señal de sus ovejas predilectas; no están destinados á la gloria que Dios tiene reservada para sus verdaderos hijos, para los miembros vivos de su cuerpo! Pero, aún dice más: *vos ex patre diabolo estis*; han elegido al demonio por su padre, por modelo de su conducta, por el único señor á quien ofrecen todos sus servicios; por la herencia que ha de haberles por toda una eternidad; al diablo enemigo irreconciliable de la verdad y único autor del fraude y de la mentira. ¡Infelices! ¿cómo han de sufrir que se les ponga delante lo que más aborrecen, porque poniendo de manifiesto la injusticia de sus procedimientos, no puede ménos de cubrirlos de opróbrio é ignominia?

Sin embargo, como no es fácil se les oculte que el rebelarse abiertamente contra la verdad conocida, sería la mayor insensatez ó lo sumo de la malignidad, se valen del disimulo y la falacia para conseguir sus inicuos proyectos: aparentando un amor decidido por la verdad, al mismo tiempo que desean con ahínco desterrarla del mundo, infaman y calumnian á los encargados de predicarla; é imitando fielmente la conducta de los fariseos, les dicen como éstos á Jesucristo: *Samaritanus es tu, et demonium habes*.

Si, es preciso confesarlo, señores; la táctica infernal de los fariseos no acabó con esta secta; los fariseos modernos la continúan y no descanzan hasta conseguir su objeto. Sin temor de equivocarme, puedo asegurar que en ningún tiempo se han vomitado dictos más injuriosos, calumnias más atroces, delaciones más ofensivas contra los ministros del Evangelio que en nuestros desgraciados días. Toda la sabiduría del siglo parece consistir en el puerilo de declamar contra los vicios reales ó supuestos contra los angulos del Señor; aún los hipócritas, que tanta ostentacion hacen de la piedad, que está bien lejos de abrigar su corazón, se esmeran en ponderar la excesiva relajacion de los sacerdotes.

No es la relajacion tan exagerada de nuestras costumbres la causa del odio que se nos profesa. Lo diré con las palabras del mismo Dios: *si de mundo fuissetis, mundus quod suum erat, diligeret*; si nuestras obras fueran tan criminales como se supone, y como son en realidad las de nuestros enemigos, no se nos daría en rostro con ellas; se alabaría nuestro celo, nuestro proceder; gozaríamos la estimacion de los mismos que tanto nos aborrecen, porque una conformidad y armonía tan completa en las obras produciría necesariamente una perfecta simpatía en los afectos. *Si de mundo fuissetis, mundus quod suum erat, diligeret*; no; no somos tan relajados como se quiere suponer; no son nuestros vicios, nuestro ministerio es lo que se hace insoportable á los hijos del siglo; no por nuestros desórdenes, por anunciar la verdad que condena sus desarregladas pasiones es por lo que nos aborrecen.

No necesitáis, cristianos, que presente yo á vuestra vista el espantoso cuadro de nuestra historia; ese cuadro que ha cubierto del más negro é ignominioso borron al catolicismo de este pais; ese cuadro cuyo recuerdo tiene oprimido vuestro corazón y arranca vuestros ojos tan copiosas y amargas lágrimas. Vosotros amáis la verdad; esta nacion en su totalidad la ama, y no puede ménos de amarla, porque conoce los felices resultados que este amor ha de producir; sin embargo, no llevaréis á mal que inculque sin cesar sobre esto mismo. Huid del espantoso precipicio á que conduce el odio de esta verdad divina; no os dejéis seducir de los silvidos de las serpientes encantadoras, pues si á primera vista parecen dulces, abrigan en su interior un veneno mortífero; buscad con ansia todas las ocasiones de instruirlos en ella; abrazada con toda la efusion de vuestro corazón; grabada en él del modo más permanente, y arregal á ella vuestra conducta. ¡Ay de vosotros, si cometéis la imprudencia de cerrarle la entrada en vuestro corazón! ¡Ay de vosotros, si indignado el Señor hace emudecer á los órganos de que se sirve para anunciarla! ¡Ay, que podría deciros justamente despues: *propterea vos non audistis, quia ex Deo non estis*! ¡Ay, ay de vosotros entónces! ¡Cómo ó por dónde habiais de llegar al término de vuestros deseos, si no hay otro camino que el de la verdad y la fe!

Yo, pues, os ruego por las entrañas amorosas de Jesucristo, por su reino inmortal, que escuchéis con frecuencia la palabra de Dios, que es el alimento espiritual de nuestra alma: que la grabéis en vuestro corazón; que lo apreciéis y obedezcáis como á la voz de Dios, con docilidad, con sumision, con rendimiento, para que viviendo conformes á su divina ley, seáis eternamente dichosos.

## PALABRA DE DIOS.

(DISPOSICIONES PARA OIRLA.)

II.

*Accedite hoc, et audite verbum Domini.*  
Llegaos acá, y oíd la palabra del Señor.

(Jerc. III, 9.)

Entre todos los ministerios confiados á la Iglesia para perfeccionar á sus escogidos, casi no hay otro más inútil que el de la predicación; y el más poderoso medio de que se ha valido siempre la religión para la conversión de los hombres, es hoy el más débil de todos sus recursos. Vosotros mismos sois una pebeta de esta verdad. Nunca han sido tan frecuentes las instrucciones como en nuestros dias, y nunca han sido más raras las conversiones. Importa, pues, manifestar aquí la causa de un abuso tan común y deplorable, y ésta consiste, sin duda, en la falta de las disposiciones que deben traer los que concurren á oír la palabra del Señor. Parece se persuaden de que no es menester más que salir de sus casas, concurrir á las iglesias, y oír lo que se les dice, sin detenerse á examinar si se han preparado para oír bien, si oyeron con atención, mansedumbre y docilidad, y si practicaron con resolución y eficacia las verdades eternas que escucharon. Me persuado que este abuso sea la causa principal del poco fruto que se saca de los sermones. Nunca mas predicadores, y jamás menos verdaderos oídos.

Para remediar este desorden, demasiado universal y frecuente, venid, acercaos, y oíd la palabra del Señor vuestro Dios, os diré como Josué á los israelitas: *Accedite hoc, et audite verbum Domini Dei vestri*. Acercaos, y escuchareis las disposiciones con que habeis de oír la divina palabra, para que sea provechosa á vuestras almas. Este es el asunto de esta doctrina; y para que ceda á mayor gloria de Dios y vuestra utilidad, pílamos la gracia: A. M.

1. De tres maneras son las disposiciones con que debeis oír la

palabra del Señor: unas antecedentes, otras concomitantes, y otras subsiguientes á los sermones; ó de otro modo: qué es lo que debeis hacer ántes de oír la palabra de Dios; qué debeis hacer cuando la esteis oyendo; y qué debeis hacer despues de haberla oído. Para que la palabra de Dios os sea provechosa, la primera disposicion que habeis de tener ántes de oírta, es procurar desembarazaros de las ocupaciones exteriores, para que podais acudir prontamente á la Iglesia del Señor. Luego que oigais la campana, imaginad que Dios os llama para comunicaros su adorable voluntad; y juntado vuestra familia, decid; ¿no ois la señal del gran Rey de los cielos y la tierra? Vamos inmediatamente, y nos proporcionaremos un sitio cómodo y oportuno para oír con sosiego la palabra de Dios, porque si esperamos á ir de los últimos, ó no podremos oírta, ó si la oimos, será con mucha incomodidad y poca atención, por la multitud de gente que nos oprimirá. Bella prontitud, que condena el criminal desuido y reprehensible flojedad de aquellas personas que se quedan en casa, entretenidas en las ocupaciones domésticas, cuando Dios los llama á oír su voz, ó emprenden alguna labor incompatible con la asistencia al templo santo. Vosotros, amados míos, acudid sin la menor tardanza, y al paso procurad traer en vuestra compañía á vuestros vecinos, dicitándoles lo que Nabuzardan á Jeremías: *Si placet tibi, ut venias mecum... veni: si autem displicet tibi veni e mecum... reside*. Si ustedes gustan venir con nosotros á la santa misión, vamos allá; si ustedes no pueden, ó no les acomoda, quédense con Dios. Con esta piadosa diligencia practicéis una grande obra de caridad, proporcionando á vuestros prójimos aquel bien espiritual; y ántes cuando ellos no concurren, vosotros siempre tendréis el justo premio que á aquella buena obra corresponde.

Es menester, en segundo lugar, venir á oír la palabra de Dios con la idea más alta de su necesidad, y la más extraordinaria estimación de su preciosidad. Es menester que os persuadáis que no venis á oír á unos hombres, sino á Dios que os hablará por ellos. Si, cristianes; el mismo Señor dijo: *el que á vosotros oye, á mí me oye; y el que á vosotros desprecia, á mí me desprecia*. No sois vosotros, dice también el Señor, los que habláis, sino el Espíritu Santo es el que habla en vosotros. ¡Qué palabras tan luminosas! ¡qué expresiones tan dignas del mayor aprecio! Si el rey os mandase llamar para encargaros una comisión de la mayor importancia, ¿con cuánta estimación de aquel cargo iriais á su presencia? Y ¿qué comparación podrian tener todos los asuntos temporales de los reyes de la tierra con la salvación de vuestra alma, que es aquel *uno* necesario de que pretend

hablaros eficazmente en la santas misiones el Rey de los reyes, Jesucristo, Dios y Hombre verdadero? Ved ahí otro motivo de la estimación que debéis tener de la palabra de Dios antes de oírla, el ser necesaria para vuestra salvación, porque ella os enseñará á conocer y amar á Dios sobre todas las cosas, y cumplir las obligaciones que os prescribe: os enseñará á amar y ser útiles á vuestros prójimos, procurándoles todo bien, y apartando de ellos todo mal, según el poder de vuestro estado y condición; y ella, finalmente, os enseñará á conoceros á vosotros mismos con todas las relaciones que tenéis para con Dios, con el prójimo, con vuestra alma, vuestro cuerpo, vuestro estado, vuestro oficio y vuestra hacienda. Sin el exacto desempeño de todas estas obligaciones no hay ciertamente salvación para vosotros. ¡Con cuánta estimación pues debéis concurrir á la palabra de Dios, que gratuitamente se os anuncia, como decía san Pablo; *Gratia Evangelium Dei evangelizabit vobis*, y que universalmente os enseña todas vuestras obligaciones!

Lo tercero y último que debéis hacer antes de oír la palabra de Dios, es dedicaros á la oración, pidiendo á Dios ilumine al predicador para que debidamente la proponga, ilustre vuestro entendimiento, y mueva vuestra voluntad, para que útilmente la entendáis, y eficazmente la practiquéis. Procurad aborrecer el detestable abuso de aquellas personas, que inconsideradamente malgastan el tiempo que están en la Iglesia esperando al predicador, en conversaciones inútiles, en palabras ociosas, en miradas y señas nada conformes á la santidad de aquel sagrado lugar. No así vosotros, no así: persuadios que además del predicador que en el púlpito habla á los oídos del cuerpo, hay otro infinitamente mayor, que habla invisiblemente á los del alma; que con una mano mueve la lengua del predicador, y con la otra el corazón del oyente; y si vosotros cooperáis á los auxilios de su gracia con los gemidos de vuestra oración, vereis fructificar su divina palabra en vuestras almas, porque os preparasteis para oír con prontitud, con aprecio y con la oración. Aquí tenéis en breve las disposiciones antecedentes, ó lo que habéis de hacer antes de oír la palabra de Dios. Pasemos á explicar las disposiciones concomitantes, ó lo que habéis de hacer mientras la esteis escuchando.

2. La primera disposición es oír con atención. *La palabra de Dios*, decía san Próspero, *se predica para que se crea, creyendo se entienda, entendiendo se obre, y obrando con perseverancia en el bien hasta la muerte, se consiga después la eterna vida*. Por esta causa es justamente alabada santa María Magdalena, que sentada á los pies de Jesucristo, oía sus divinas palabras con la mayor

atención de sus sentidos y potencias. Por esto se nos dice en el Evangelio, que el que es de Dios, oye la palabra de Dios; y los que no la oyen, no son de Dios. El mismo santo Evangelio llama bienaventurados á los que oyen la palabra de Dios. *Es imposible agradecer á Dios sin la fe*, dice san Pablo: *la fe entra por el oído*, añade el mismo apóstol; luego, es menester predicar para que se oiga, y es menester oír, si se predica. Estas verdades eternas demuestran hasta la evidencia la necesidad de esta primera disposición. Debemos, por tanto, pensar muy melancólicamente de todas aquellas personas que oyen con frialdad, con indiferencia, por vana curiosidad la palabra de Dios ó el modo con que se anuncia; y mucho peor sería, si se oyesse con ánimo de censurarla con malignidad. Esto sin duda demostraría, que no tienen deseo ni voluntad de practicar las virtudes que el predicador alaba, ni aborrecer los vicios que vitupera; que no tienen ánimo de ir al cielo, de cuyos bienes les habla, ni temen caer en el infierno, de cuyas penas les predica. En suma, esto sería mirar con un mismo semblante los dos órdenes de sus costumbres y el arreglo de su vida: pues con igual indiferencia escuchan al predicador cuando enseña los caminos del cielo, que cuando truená contra los que van por las sendas ásperas y difíciles que conducen al infierno. Entenderéis mejor esta espantosa verdad con este símil bastante significativo de mi pensamiento: aparece entre un concurso de gentes un hombre que acaba de llegar de París, de Londres, de Nápoles, ó de Roma, y empieza á hablar de las ciudades que vió en aquellos reinos, de la comodidad ó desabrido de las posadas en que hizo mansion, de las costumbres y ocupaciones de aquellas naciones, de los peligros que experimentó en los caminos del mar y de la tierra; de las modas que por allá corren, de los vestidos que usan, de la decadencia ó perfección de sus manufacturas, su agricultura y su comercio. Los que están ya determinados y desean ir á Roma, Nápoles, París y Londres, le escuchan con la más imperturbable atención, sientan que le interrumpan, y están como peadientes de su boca; pero, los que no están en ánimo de ver aquellas ciudades, ni viajar por aquellos países, ó no atienden á lo que dice, ó le oyen con la mayor indiferencia; son personas que las incumbe poco ó nada cuanto refiere aquel viajero. Lo mismo acontece en nuestro caso. Preséntase un predicador, y habla de las grandezas de la corte celestial, de la hermosura de las virtudes, que como caminos rectos nos llevan derechamente á ella; habla de la fealdad de los vicios, que como derroteros torcidos nos apartan y alejan de su consecución; habla del premio que espera á los justos, y del castigo que aguarda á los malvados.

Los que piensan ir al cielo, para conseguir el dichoso fin para que Dios los crió, oyen con atención, escuchan con el mayor aprecio cuanto se les dice; notan los caminos, advierten los peligros, y nada omiten de cuanto puede serles útil para su felicidad; pero, los que están bien hallados con sus desórdenes, los que han hecho amistades con los vicios, los que no esperan salvarse, ó no quieren tratar seriamente de su salvación, huyen de los sermones, ó si concurren á oírlos, es como si no los oyeran. Estos son de quienes dice Dios por su profeta Ezequiel (EZEQUEL. XII, 2): *Oculos habent ad videndum, et non vident; et aures ad audiendum, et non audiunt*. Compadeceos de la triste situación de aquellas personas que tienen ojos para ver, y no ven; tienen oídos para oír, y no oyen. Oíd, pues, vosotros con atención la palabra del Señor, os diré con la divina Escritura, y esta será la primera disposición, para que oyéndola, consigais abundantes gracias en vuestras almas: *Audi tacens, et pro reverentia erit tibi bona gratia* (ECCLES. XXXII, 9).

La segunda disposición para que fructifique en vosotros la divina palabra, es oírla con mansedumbre. Así lo encarga el Espíritu santo por estas terminadas palabras (ECCLES. V, 45): *Esto mansuetus ad audiendum verbum, ut intelligas*. Para que entiendas lo que se predica, dice el Señor, oye con mansedumbre. Y el apóstol Santiago, en su epístola canónica, nos repite lo mismo, diciendo (JACOB. I, 21): *In mansuetudine suscipite insertum verbum, quo potest salvare animas vestras*. Recibid con mansedumbre la palabra de Dios, tan poderosa, que puede salvar vuestras almas. Oír pues con mansedumbre la palabra de Dios, es oírla con un corazón pacífico, con un ánimo tranquilo, con un afecto piadoso, con un deseo efectivo de que aproveche, con una modestia edificante en el cuerpo y en el vestido, y con una simplicidad y candor en el alma, que sinato y fuertemente la inclina á aprovecharse de las verdades que escucha, sin detagarse á examinar si el modo de preferirla está acompañado de todas las gracias de la elocuencia. Oír con mansedumbre la palabra de Dios, es deterrar del espíritu todo deseo impertinente de criticar lo que se oye; todo pensamiento impuro de censurar la conducta del predicador, sea en cuanto á sus costumbres, sea por lo perteneciente á sus talentos, ó sea en su manera de decir, su voz ó sus acciones. El que oye con mansedumbre la palabra de Dios, marcha derechamente en su intención á buscar su utilidad, no aplica á otros fines las verdades que escucha, no repara en si es desgraciado ó perfecto el predicador; y todo ocupado en su bien espiritual, se aprovecha de la santa doctrina, y desea que se aprovechen los demás. El

que oye con mansedumbre la palabra de Dios, sabe que estas verdades: *mucha son los llamados, y pocos los escogidos: el reino de los cielos padece violencia, y solamente los que vencen sus pasiones, le arrebatan: estrecho es el camino que guía á la vida eterna, y son pocos los que andan por él: ancho es el camino que conduce á la perdición, y por él caminan muchos: el que no hace penitencia, perecerá eternamente*; sabe, vuestro á decir, que estas y otras muchas verdades eternas que nos enseña el Evangelio, son igualmente ciertas é indubitables, sea que las prediquen S. Pedro y S. Pablo, ó que las diga el más desgraciado predicador; porque su verdidumbre no depende de la sabiduría ó insuficiencia del que las anuncia, sino de la verdad eterna que se dignó revelarlas á los hombres.

Esta admirable conducta condeñadamente la pésima condición de aquellas personas que dejan de aprovecharse del Evangelio que escuchan, por llevarles toda la atención el modo con que se les anuncia y predica. ¿Qué diriais de un enfermo, que estando gravemente necesitado de que un diestro facultativo le abriese un tumor maligno, extrajese las materias nocivas que contenia, y le restituyese la salud, se estuviese entretenido en mirar la hermosura del estuche, la variedad de lancetas, la diferencia de instrumentos que tenia el cirujano, y no tratase jamás de la operación? ¿Qué os parecería un hombre que, sentándose con hambre á una mesa abundante, se ocupase en trinchar diestramente las viandas, y repartirlas á los circunstantes, sin contar consigo mismo, ni reservarse otra cosa, que unos huesos que roer? No colocarais á uno y otro en la casa de aquellos hombres desgraciados que han perdido el juicio? Ved ahí lo que hacen los que oyen la palabra de Dios sin mansedumbre; aquellos que reparten á los otros las útiles y experimentados remedios de los vicios, que deberían aplicarse á si mismos; aquellos que se quedan con las apostemas corrompidas de sus desordenadas costumbres, por llevarles toda la atención la elocuencia ó desaliño del predicador. No, amado pueblo mío: no imites la conducta de los que así pervierten las palabras de tu Dios, de aquel Dios vivo, de aquel Dios y Señor de los ejércitos, como se lo decía el profeta Jeremías á sus oyentes (JEREM. XXII, 36): *Pervertitis verba Dei vicentis, Domini exercituum dei nostri*. Oíd vosotros con atención y con mansedumbre la palabra de Dios, y tendreis las disposiciones concomitantes, cumpliendo con lo que debéis hacer, mientras oís la divina palabra. Podemos á explicaros lo que debéis practicar después de haberla oído.

3. Firmemente persuadidos los cristianos de que la palabra de

Dios es como una luz clarísima que nos ilustra y acompaña, para que practiquemos las virtudes; como un fuego divino que consume la escoria de los vicios; como un pesado martillo que á golpes desmenuza y ablanda los corazones empedernidos; y como un alimento precioso con que viven y se sustentan nuestras almas; un cristiano que sabe que por la palabra de Dios se destruyó el gentilismo, se dispersó la sinagoga, se fundó la cristiandad, publicándose la Fe divina hasta en los extremos de la tierra; no puede ménos de apreciarla con la mayor estimación, y procurar retenerla en su memoria, y grabarla en lo más profundo de su espíritu; y esto es lo primero que debéis hacer (después de haberla oído, para arrancar de vuestras almas los vicios que ella condena, y plantar las virtudes que ella alaba. Así lo mandaba el Señor en la ley antigua, cuando decía (Deut. xi. 18): *Ponite hæc verba mea in cordibus et in oculis vestris, et suspendite ea pro signo in manibus, et inter oculos vestros collocate.* Grabad estas palabras mías, dice, en vuestros corazones y en vuestras almas, y traedlas atadas para memoria en vuestras manos, y pendientes entre vuestros ojos. Palabras que maravillosamente nos demuestran el sumo cuidado que hemos de poner para tener presentes las verdades eternas que damos al predicador. Este mismo encargo nos vuelve á hacer su Majestad en la ley nueva en varias partes de su sagrado Evangelio. Les que no ponen cuidado, dice, para retener en la memoria la palabra del Señor, viene luego el diablo y se la arranca de la boca para que no se salven creyéndola (Matth. xiii. 49). Los que olvidados de lo que oyeron, se entregan con demasiada sollicitud al cuidado de las cosas temporales; los que buscan con ansia las falaces riquezas, y se ocupan con todos sus sentidos y potencias en los asuntos terrenes que frecuentemente ocurren en la vida; sofocan la semilla de la palabra de Dios, ahogan su virtud, é impiden el fruto que produciría en sus almas, si no opusieran tantos impedimentos (Matth. xiii. 22). Todo esto que dice su Majestad, demuestra bien claramente la juiciosa conducta de aquellos virtuosos cristianos, que en acobardando de oír el sermón, rebajan sus sentidos y potencias, y piensan seriamente sobre lo que han oído para aplicarlo á sí mismos, pasando después en silencio y con modestia á sus casas, sin detenerse en la calle á conversaciones no necesarias. Esta saludable práctica condena la mala costumbre de aquellas gentes descuidadas de su salvación, que no bien acaban de oír la divina palabra, cuando formando corrillos en la iglesia, se ponen á hablar con la misma desevoltura que si estuvieran en la plaza. ¿Qué juicio deberemos formar de unas personas como estas? ¿qué deberemos decir de aquellas otras,

que al salir de la iglesia se detienen en el pórtico, y conceden toda licencia á sus sentidos, para que se entretengan y complazcan en la variedad de objetos peligrosos que se les presenta? Y con qué lágrimas de sangre la más pura del corazón, podremos llorar dignamente el lamentable desórden de aquellas personas, que solo se acuerdan de alguna cosa del sermón para censurarla, ó vienen únicamente á la iglesia para proporecionar la vista y conversación de su cómplice infeliz, y concertar la concurrencia á algun determinado lugar? ¡Ay! ¿cómo diremos se acuerdan estos infelices de las reprensiones de los vicios que escucharon, de las alabanzas de las virtudes que oyeron, de los premios y castigos eternos que se les propusieron? ¿Qué juicio tan severo espera á estos profanadores de la palabra del Señor!

No está todo hecho con retener en la memoria la divina palabra: falta lo más principal, que consiste en reducirla á la práctica, en ponerla en ejecución. Jesucristo nos dice en su Evangelio, que para ser bienaventurados, es menester oír y practicar la palabra de Dios (Luc. xi. 18). Y ciertamente, ¿de qué le serviría á un enfermo oír que una medicina era sumamente útil para recobrar su salud, si no se resolvía á tomarla? Todos estamos enfermos con la fiebre de nuestros vicios, nuestras pasiones y apetitos: si no tomamos las medicinas que nos suministra la palabra de Dios, ¿de qué utilidad nos podría servir el escuchar que con ella se curan todas las dolencias de los corazones? Si viéndonos dominados de la pereza, no echamos mano del trabajo que aquella nos inspira; si no huímos los peligros de la incontinencia con la limpia castidad que ella nos manda; si no apagamos la insaciable sed de la varicela con la beneficencia de la caridad que ella nos dicta; y en una palabra, si no nos vestimos del nuevo Adán para ser conformes á Jesucristo en la humildad, en la paciencia y en toda virtud, como él desea y lo prescribe; ¿qué utilidad nos podrá resultar de que sepamos es menester despojarnos del Adán antiguo con todas sus miserias y pecados? ¡Ah, cristianos míos muy amados! no queráis engañaros á vosotros mismos, diré con el apóstol Santiago (Jacob. i. 22): *reducid, reducid á la práctica la palabra de Dios, no penseis está todo hecho con oír: Estote factores verbi, et non auditores tantum, fallentes vixmetipsos.* ¡No habéis visto alguna persona mirarse con agrado en un espejo, y que apenas se aparta de él se olvida de la fisonomía del rostro que miraba? Pues así sucede, dice el mismo santo, al que se ve en el espejo de la palabra de Dios con toda la fealdad de sus viciosos desórdenes, pero se olvida luego de ellos, ó los aumenta con nuevos delitos, si no practica lo que la divina palabra le enseña. Acabareis de comprender

esta preciosa verdad reflexionando sobre lo que pasa en una tertulia nocturna, á que concurren diferentes personas de diversas edades, genios y costumbres. Unos se acercan al brasero, otros juegan arriados á la mesa, estos se pasean, aquellos bailan, y todos procuran pasar el tiempo con la menor incomodidad. Pasa en esto una excelente música por la calle, saltan los del brasero á la ventana, sueltan las cartas los jugadores y corren al balcón, interrumpen sus ocupaciones los demás, y todos escuchan con la mayor atención. ¡Qué bravo golpe de música! dice uno: ¡bella composición! repite otro, pero, al cabo, la música marcha, y todos vuelven á sus entretenimientos como si nada hubiera sucedido. No podremos ahora persuadirnos á que en este simit estais viendo con vuestros mismos ojos lo que pasa en muchas gentes que oyen los sermones, y no abandonan sus vicios? Entra la santa misión en su pueblo, acuden prontamente á la iglesia, oyen atentamente la palabra de Dios, la alaban, la celebran; y, sin embargo, por no ejecutar lo que ella manda, el jugador vuelve á sus juegos, el perezoso á su ociosidad, el bebedor vuelve á la taberna, la mujer habladora sigue en sus murmuraciones, el impuro continúa en la deshonestidad, y todo pecador sigue en sus vicios. Pues, hermanos míos, entendid lo que os dice S. Pablo (EPIST. AD ROM. II. 15): *Non auditores legis iusti sunt apud Deum, sed factores legis iustificabuntur.* No seréis justos delante de Dios por solo oír su divina palabra. ¿Queréis serlo? Cumplidla.

Por último, no solo debéis acordaros de la palabra de Dios despues de haberla oído cuidadosamente; no solo debéis cumplirla y practicarla eficazmente, sino que tambien debéis procurar comunicarla á otros caritativa y fielmente. Así lo manda el Señor, cuando dice (DEUTER. VI. 6 ET 7): *Erunt verba hæc, quæ ego præcipio tibi hæc in corde tuo, et narrabis ea filiis tuis.* Conserva mis palabras en tu corazón, y cuentalas á tus hijos. Así deben procurar practicarlos los amos con sus criados, los maestros con sus discípulos, los padres con su familia, y los vecinos unos con otros. Pero advertid, no equivocéis las cosas, ni añadáis ó quitéis cosa de importancia, porque pudiorais cometer un grave error. Dios lo manda, cuando dice (HEBRÆA. IV. 2): *Non addetis ad verbum quod vobis loquor, nec auferetis ea eo.*

En suma, señores; para que la palabra de Dios pueda salvar vuestras almas, proporcionando la justificación al pecador, y la perfeccion al justo, debéis asistir prontamente á oirla; y haciendo de ella la mayor estimacion y aprecio, pedir á Dios conceda al predicador gracia de proponerla con fruto, y á vosotros de oirla con utilidad:

debéis luego oirla con atención para entenderla, y con mansedumbre y buena fe para despues practicarla; y por último, debéis despues de haberla oído, acordaros de ella con cuidado, practicarla con eficacia, y comunicarla á todos con caridad. Estas son las disposiciones que anteceden, acompañan y siguen á los que oyen con fruto la palabra de Dios, *cui honor et gloria.*

## PALABRA DE DIOS.

(APROVECHAMIENTO DE LA)

### III.

*Videte ne recusetis loquentem.*

Poned todo vuestro conato en utilizar la santa palabra.

(DANTE, XII, 25.)

Persuadidos estamos, hermanos míos en el Señor, que nos hallamos aquí no solo en un mismo lugar sino tambien en un mismo espíritu, deseando recibir todo el bien que deseamos hacerlos. Inútiles son, previa vuestra preparacion, precauciones oratorias para profundizar vuestro pensamiento y conciliarle con el mio. Un preliminar nos será hoy á lo sumo necesario, para garantizar nuestros votos comunes, y ved aquí las palabras del Apóstol, que os dirigimos: *Videte ne recusetis loquentem:* Poned todo vuestro conato en utilizar la palabra santa.

Sin duda conservais en vuestra memoria aquella comparacion evangélica: la palabra de Dios es una semilla. Necesarias son dos cosas para la semilla: una tierra fértil y un cielo propicio; dos cosas son tambien necesarias para la palabra: santa: la remisión de la alma y la influencia de la gracia. Vengo pues á pedirlos en este momento la reflexion y la oracion. Vamos á indicar cuales son las causas de la esterilidad de la palabra, y cual es el principio de su fecun-

didad, á fin de preservarlos de las causas de la esterilidad y ponerlos en contacto con los principios de la fecundidad.

Esta es toda la materia de esta instruccion. A. M.

1. ¿Cuál puede ser la esterilidad de la palabra? Seguramente, hermanos míos, esta esterilidad no puede nacer de la misma santa palabra; porque si la considerais en su Autor, su primer Autor es la palabra de Dios; y si la considerais en su virtud propia, es la palabra de vida. Pero Dios en su santa palabra no tiene otra intencion ni otra voluntad más que en la santa Escritura, y la voluntad constante de Dios es nuestra santificación, nuestra salud eterna: no puede, pues, ser esto el origen de la esterilidad. Si considerais su virtud propia, la santa palabra es una palabra de vida; y el Evangelio, recordándonos que procede de la boca y del corazón de Dios, nos asegura también, que esta palabra hace fructificar el corazón del hombre: *Homo vivit in omni verbo, quod propedit de ore Dei* (MATT. IV. 4).

Solo de nosotros mismos puede nacer la esterilidad; porque necesario es saber, hermanos míos, que sin la gracia, poco ó mejor dicho, ningún poder tenemos para el bien; tenemos por nosotros mismos mucho y casi todo poder para el mal. Podemos por nuestras propias fuerzas, por el abuso de nuestra voluntad, podemos, repito, resistir á la voluntad de Dios; podemos contrariar los designios divinos; podemos esterilizar en efecto la palabra de Dios; y podemos también hasta anular los sacramentos de Jesucristo. Cierto es que Dios, de quien huímos por un tiempo, sabrá bien reunir un día esas voluntades fugitivas y rebeldes, sujetarlas á su voluntad soberana, y que para castigarlas de haber hecho el mal que querian, las hará sufrir el mal que no querrian. De nosotros y solamente de nosotros puede nacer la esterilidad de la palabra. Aquí, hermanos míos, debo ponerme en juicio con vosotros; cierto es que el predicador tiene deberes como el oyente. Es positivo que el predicador podría faltar á sus deberes como los oyentes. Nosotros, en verdad, estamos aun mucho más cargados que vosotros, porque nuestros deberes son más numerosos, son más difíciles, y nuestra responsabilidad será mayor, y más severa será la sentencia que contra nosotros se pronunciará.

Por otra parte, no es aquí el lugar para hacerlos una enagenacion de estos deberes; á nosotros toca conocerlos, á nosotros toca, ántes de hablar, temblar, olvidarnos á nosotros mismos al hablar, y humillarnos despues de haber hablado; á nosotros toca juzgarnos á fin de no ser juzgados, y como dice el Apóstol, á nosotros toca tener buen cuidado, despues de haber predicado á los otros, no ser reprobados

nosotros mismos. Pero vuelvo á vosotros, hermanos míos, y me adhiero á la causa que me parece la principal, al menos para vosotros mismos. Por lo que os concierne, la abstencion desdenosa sería un obstáculo absoluto á la eficacia de la divina palabra; pero deo aparte esta causa, porque no sois culpables estando aquí presentes. Sería también un obstáculo á la palabra divina la vana curiosidad que la haría recibir, no ya como la palabra de Dios, sino como la palabra del mundo. Hejo todavía aparte este obstáculo; creo que aquí no hay que temer la curiosidad; por mi parte jamás ensayaré á excitarla.

Un obstáculo á la eficacia de la palabra sería también la resistencia de la voluntad ó la oposicion del entendimiento. Pero creo que no son estas las causas principales para vosotros, hermanos míos, porque, en el hecho, vosotros creéis como yo; y cuando hablemos, estoy seguro direis, juzgareis, tenemos razon, y que pensareis como nosotros; estoy también seguro tendreis el buen deseo en vuestros corazones, y formareis resoluciones en ellos. (Que es decir) Vosotros escuchais la palabra, vosotros creéis, vosotros hasta quereis... ¿pero cuál puede ser entonces la causa de la esterilidad de la santa palabra? ¡Ah! voy á indicároslo. Esta causa, la más comun, es, á mi juicio, la inconsideracion, es la irreflexion. La palabra pasa como un viento que apenas hace rizar la hoz del agua, como un subido que deja caer una lluvia, pero pasajera y fugitiva, que apenas llega á humedecer la superficie de la tierra. Si; nosotros mismos tenemos nuestra alma poco más ó ménos como aquel camino de que hablan los santos Evangelios, y que es hollado sin interrupcion por los pies de los pasajeros, de las aves del cielo roban la semilla que llega á caer en él; ó también, como decía Santiago, nosotros nos parecemos á un hombre que se mira un instante en un espejo, y retirándose inmediatamente, olvida lo que ha considerado: *Et abiit, et oblitus est qualis fuerit* (JACO. I. 24). (No es esto lo que nos sucede de ordinario! Nosotros oímos, escuchamos la santa palabra; pero, apenas ha dejado de resonar en nuestros oídos, cuando separamos de ella nuestro espíritu; dejamos el sermón en la iglesia do le hemos oído; atravesamos el torbellino de la calle; y apenas hemos entrado en nuestras casas, nos engolfamos en nuestras ocupaciones ordinarias.

Hace bien largo tiempo, hermanos míos, que un profeta habia ya señalado la inconsideracion como el defecto dominante y el pecado capital del mundo: *Desolatione desolata est terra, quia nullus est qui recogitet corde* (JEREM., XX. 11). «La tierra está desolada, exclamaba, porque no hay nadie que considere ni reflexione, no hay nadie que piense.» Hay muchos hombres que hablan, muchos que oran,

muchos que calculan, muchos que sueñan; pero hay muy pocos hombres que piensen: *nullus est qui recogitet corde*; y por esta causa, *desolatione desolata est terra*; la tierra ha sido desolada. Pero, la fascinación de la bagatela (no nace de esta inconsideración, de esta frivolidad, de esta falta de pensamiento; no nace de todo esto? Cuando no pensamos seriamente, cuando no reflexionamos, no vemos las cosas como son en sí mismas; no atendemos sino á las cosas visibles, y nos hallamos fascinados por las apariencias; y mientras el grande apóstol nos dice, que no nos fijemos en lo visible, sino que contemplemos lo invisible, nosotros solo atendemos á las apariencias, y somos, por lo mismo, presa de la fascinación de la bagatela. De ahí la inconstancia de las impresiones. No sé sabe ya qué pensar, no se sabe juzgar; solo se sabría sentir; se deja uno también ir á merced de todas las impresiones; y desde este momento se vive en una perpetua inconstancia. De aquí hace aún la inconstancia extraña de nuestra vida.

¿En qué consiste, hermanos míos, y cuál es la causa que con un alma cristiana, si cristiana en el fondo (vosotros todos, hermanos míos, tenéis esa alma cristiana); de dónde proviene, digo, que cuando nos consideramos á nosotros mismos con sangre fría, cuando examinamos nuestros actos, encontramos que no vivimos más que una vida prácticamente pagana? ¡Ah! el sentido humano nos domina, es él quien nos hace pensar, él es quien nos hace hablar, es él quien nos hace obrar. ¡Ah! hermanos míos, necesario es oponernos á ese mal señalado por un profeta el remedio indicado por el mismo profeta. *Vocate et videte* (PSALM. XLV, 11). ¡Oh! un poco de recogimiento, un poco de consideración, *vacate*. Pero ¿por qué, pues, por qué hacéis que vuestra alma divague en tales términos? Y no tenéis más que una; si tuvieseis muchas, yo os lo perfeccionaría. No tenéis más que una; y ¿que hacéis de ella? La disemináis, arrojáis así el tesoro de vuestras almas como polvo á todo viento. ¡Ah! cómo prodigáis vuestro tiempo y vuestra vida! Pero ¿qué os queda? pero ¿qué tenéis pues entre manos? pero ¿en qué pensáis? pero ¿adónde va á parar ese camino? *Vacate*, haced una pausa; por Dios, haced pues una retirada en nombre del cielo, recogeos dentro de vosotros mismos. ¿Por qué tenéis tanto encontraros? ¿Es que vuestro corazón es un domicilio indigno de vosotros mismos? *Reddite provaricatoribus ad cor* (ISA., XLVI, 8). Vamos, ¡olved pues á vuestro corazón! Ninguna otra cosa pediré para conducirlos á vuestro Dios; en vuestro corazón hallaréis vuestro Dios. No creáis que esto sea una cosa imposible; no caigáis en el error con deplorables sofismas; no creáis que os pida

cosas superiores á vuestras fuerzas, que os pida cosas superiores á vuestro deber, que os diga abandonéis vuestra vocación, salgáis de vuestra casa, os retiréis á un desierto como un ermitaño. No se trata de eso. Os pido solamente os retiréis, por poco que sea, del torbellino que os arrastra, entreis en vosotros mismos; os pido os halleis á fin de hallar vuestro Dios. No lo dudéis, hermanos míos; la penitencia parece solo triste á los que no la practican, mientras que los que la abrazan hallan en ella la verdadera alegría de su alma. Así; el recogimiento no parece difícil, no parece pesado sino á los hombres disipados. Estos se imaginan disgustarse en el recogimiento, y que no hallarán en él más que desierto, soledad; se engañan. Por el contrario; en la disipación, en el torbellino es do encuentran por necesidad la agitación y la inquietud; y para conseguir la paz, no tendrían más que hacer que volver á entrar en su corazón. ¡No es esto mismo lo que decía el profeta: «El Señor dará paz á los que quieren volver á entrar de grado en su alma».

2. ¡Pues, bien en el recogimiento, y desembarazándoos un poco de la disipación exterior, vosotros podéis vacar á la consideración: *vacate et videte*. Cuántas cosas hay que ver, cuántas que considerar, y que son dignas de nuestra contemplación, y en cuya contemplación hallaríamos la verdad y la salud! Pues ¿qué! candidatos de la eternidad, no podéis vosotros considerar el cielo? ¿Por qué, pues, el Criador ha extendido sobre vuestra cabeza el cielo que os pertenece? ¿Qué vosotros queréis siempre, cuando lo que cuesta, entorpeceros hacia la tierra, y no ver más que la tierra? Levantad un poco la cabeza. Pues ¿qué si empleáis todos los días, algunos instantes, en mirar al cielo, vuestra alma no se elevaría? (No se animaría vuestra alma? No necesitáis también inclinaros y mirar el infierno, el infierno que habéis merecido, el infierno que os amenaza siempre, el infierno que debéis evitar? Y vosotros, hijos del Calvario, no tenéis necesidad también de mirar la Cruz de Jesucristo, contemplar en ella vuestro Dios, para oponerle y conoceros á vosotros mismos, para conocer el pecado, para conocer el precio de vuestra alma? *Videte*: ¡ved pues la cruz! Pero ved á vosotros mismos; ved vuestro tiempo pasado, vuestro tiempo presente, vuestro tiempo futuro. ¿Vuestro tiempo pasado? ¿Qué habéis hecho hasta el día de hoy? ¿Qué habéis hecho por Dios? ¿Qué habéis hecho por vosotros mismos? ¿Vuestro tiempo presente! ¿Dó os halláis relativamente á lo único necesario, al negocio de vuestra salud eterna? ¿Pensáis por ventura en esta hora misma en lo que él pide de vosotros mismos? ¿Vuestro tiempo futuro! ¿No tenéis también que ver de antemano, no apercibís la

muerte, y más allá el juicio? *Videte*. ¡Ah! considerad pues, hermanos míos; os pido en nombre de vuestras almas (y vais á ver cuán moderado soy, vais á ver cuán poco os pido; pero eso poco me hará conseguir mucho; pero eso poco os valdrá todo á vosotros mismos); os pido solamente (no hay ninguno entre vosotros que no pueda corresponder á una petición tan moderada y tan legítima); os pido algunos instantes, algunos minutos de reflexión. Dad á este ejercicio el título que queráis: llamadle meditación, llamadle reflexión, consideración; poco importa el nombre, yo no quiero más que la cosa: *vacate et videte*; reflexionad un poco y entrad en vosotros mismos. ¡Ah! dainos un hombre que quiera pensar, un hombre que consienta en reflexionar; esto satisfará mis deseos: este hombre necesariamente será un cristiano, este hombre vendrá á ser un santo.

Sin embargo, hermanos míos, esto no basta; hay que unir alguna cosa á la consideración; hay que añadir la oración. Considerando, pensando, evitamos bien una causa de esterilidad; pero no es este precisamente el principio de la fecundidad para la santa palabra. El gran Apóstol decía con razón: *Neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat, sed qui incrementum dat* (I Cor. iii, 7). No es el que planta, quien siembra; no es el predicador; no es tampoco el que riega, quien cultiva; no es el oyente quien da la fecundidad á la palabra. ¿Quién es, pues? Es Dios; Dios es quien con su gracia hace pulular, hace desarrollar; Dios es quien hace madurar y fructificar la palabra en nuestras almas: *Sed qui incrementum dat*. De la gracia de Dios, pues, de la influencia celestial por consecuencia debe esperarse la vida y la fecundidad. Desde entonces debemos ponernos en comunicación con la gracia; desde entonces hermanos míos, ¡oh! ¡qué esta palabra desoñada á vuestras almas! desde entonces debemos recurrir á la oración, porque la oración abre el canal de la gracia. Yo os la pido también por consiguiente; yo os pido la oración individual, esa petición del corazón, según la expresión consagrada en los santos Padres y en la santa Escritura; esta petición del corazón inspirada por el deseo y acompañada de la confianza. Ella es indispensable, y sin la oración nada haremos; no haremos absolutamente nada. Sin ella, yo no haré nada por mi parte; nada hareis tampoco vosotros por la vuestra. Por más que yo hable, por más que vosotros penseis, si nosotros no oramos, nada haremos, hermanos míos, absolutamente nada; es imposible. Podríamos bien conocer; pero no sabríamos comprender. Podríamos también quizá comprender, pero no sabríamos gustar, no sabríamos querer. Como no sabríamos querer, no sabríamos poder sin la oración. La oración es un poder.

¿Cuántos hombres hay en el mundo que están convencidos y que no están convertidos? Hay un paso que dar, y no se da ese paso sino por la oración que atrae la gracia, y sola la gracia puede golpear al corazón. Hay pues que orar por sí, orar por su alma, pedir la inteligencia que hace comprender; pedir también el buen movimiento del corazón, que hace querer; y pedir, por último, la fuerza que comunica el poder. Si hubiese algunos que estuviesen en el estado de pecado, que en medio del desaliento de la prostración, que tan triste estado arrastra consigo, se imaginasen que no deben ó no pueden orar, yo les diría pueden orar más que otros, mejor que otros, precisamente porque son más miserables, más desgraciados. Ellos son los que ocupan la primera línea en la lista de las misericordias del Señor; no bien más que hacer preceder el deseo por el suspirar. El suspiro, el gemido de un alma en estado de pecado predispone el Señor á escuchar inmediatamente el deseo.

¿No os acordáis, hermanos míos? es un rasgo del santo Evangelio de se reconoce, como por todas partes, el corazón de Jesús; no os acordáis de aquel desdichado?... ¡Yo un ciego, que se hallaba en un camino al pasar por allí Jesús. Oyó el ruido del gentío, y al decirle que quien pasaba era Jesús, se puso á gritar: «¡Jesús, tened piedad de mí!» Le querían hacer callar, imponerle silencio, por que él importunaba con sus gritos, y él gritaba en más alta voz, él gritaba siempre: «¡Ah! Jesús, tened piedad de mí!» Jesús se conmovió. El lo está siempre que se le pide gracia; él está siempre conmovido, y jamás, hace diez y ocho siglos, jamás un alma ha dicho á Jesucristo: «¡Señor, tened piedad de mí!» sin que Jesús haya tenido piedad de ella. Así Jesús se para al instante y dice: «Y bien, ¿qué quieres que yo te haga?» Aquel desdichado que había obtenido la compasión de Jesús, le manifestó su deseo y le dijo: «Yo querría ver, porque estoy ciego.» No dijo más que una palabra; no tenía más que un deseo, por que no tenía más que una enfermedad; ¿Qué yo vea! Jesús le dijo: «¡Ve!» El había sido escuchado. De la misma manera, pecadores, haced proceder vuestro deseo de un suspiro, ese suspiro que debería seros familiar á todos nosotros, porque todos somos más ó menos pecadores: «¡Jesús, tened piedad de mi alma! ¡tened piedad de nosotros!» Y Jesús tendrá piedad de vosotros; él escuchará vuestro deseo. Decidle que os falta, cuánto necesitáis: ¡Ved, Dios mío! yo no puedo resistir esta pasión, vencer este costumbre, retirarme de esta ocasión. ¡Oh! concededme pues la gracia, dadme pues la voluntad de cambiar mi corazón. Jesús os concederá cuanto le pidiereis. Por eso os pido la oración como una cosa necesaria.

Os propongo también, hermanos míos, una asociación fraternal de oración común, y estoy seguro que comprenderéis esta palabra, y que querréis corresponder á ella. No basta orar por cada uno de nosotros; es necesario también que oremos en común, y hasta oremos unos por otros. Esta oración común, hermanos míos, es de institución divina; fue instituida por nuestro señor Jesucristo cuando en el santo Evangelio dijo esta palabra, que debió inspirar todas las oraciones apostólicas: *Rogate dominum mecum* (MATH. IX. 38). «Rogad al amo de la cosecha.» Esta palabra de Jesús no ha sido jamás olvidada, y vemos que la oración común estaba en uso en tiempo de los apóstoles. Ellos la pedían sin cesar á los fieles; vemos á un san Pablo repetir en todas sus epístolas: ¡Oh hermanos míos, orad por mí, orad pues por mis obras, orad por mi predicación, orad por mi misión! Hé ahí lo que el apóstol S. Pablo repetía en todas sus epístolas, y he ahí lo que los fieles practicaban siempre, como lo leemos aún en las Actas de los Apóstoles. Hermanos míos, en N. S. Jesucristo; si los tiempos han cambiado, las cosas no; el cristiano no cambia con el tiempo; he aquí lo que ahora también os pido, como los apóstoles en nombre de nuestro señor Jesucristo; si una asociación fraternal, como una cruzada bien pacífica en esta parroquia: *Rogate dominum mecum*. ¡Oh! rogad al amo de la mies. ¡Almas piadosas y dotadas de generosidad! a vosotros me dirijo principalmente en este momento; cómo vuestro corazón debe comprender este deseo: ¡Dios mío! hay acaso entre nosotros almas que os son bien amadas, y que deberán su salud á esta oración que llevaréis á bien hacer conmigo: *Rogate dominum mecum*. ¡Oh! rogad al amo de la mies bendiga mis palabras á fin de que ellas puedan conmovir los corazones. Si es vuestra voluntad, hermanos míos, yo os lo propongo; conveganos en un día en que oremos con más especialidad con esta intención común por las necesidades, por las almas de esta parroquia. Conveganos en que el sábado, dedicado á María inmaculada, oremos más que lo de costumbre; diremos la santa misa, como lo haremos, haremos subir al cielo nuestras oraciones para obtener la misericordia de María, para obtener que todos en esta parroquia aprovechen las gracias, las misericordias que nos son propuestas, que se conviertan los pecadores, que los justos perseveren y se justifiquen más cada día.

En fin, hermanos míos, os propongo un tercer medio, que viene á completar los dos primeros; este es la asociación á la propiciación divina. Vosotros sabéis como oraba nuestro señor Jesucristo cuando estaba en la tierra; vosotros sabéis que no oraba precisamente con la palabra; Jesucristo oraba con la vista de su sangre. En el cielo aún

intercede con la vista de sus llagas por nosotros cerca de su Padre; Jesucristo intercede y ora con sus méritos. Y bien; unámonos nosotros á su divina oración, unamos méritos á sus méritos, propiciaciones á sus propiciaciones, sacrificios á sus sacrificios. ¿No podríais, hermanos míos, verter algunas de vuestras penitencias, de vuestras mortificaciones, algunos de vuestros sacrificios en la fuente de la misericordia de Dios con la sangre de Jesucristo; mezclar, en cierto modo, la sangre de vuestro corazón con la sangre de Jesucristo, y hacer subir el todo hácia el cielo con la misma común intención por la santificación de las almas? Y bien; conveganos, además, habiéndonos dado palabra de reunirnos el sábado para rogar á la Madre de las misericordias, en dárosela también para asociarnos el viernes al pié de la cruz de Jesucristo. La identidad del lugar servirá todavía para la comunidad de intención y de súplica. Por lo mismo, que el viernes las almas generosas hagan un llamamiento á su caridad, á su corazón, y ofrezcan algunos sacrificios, algunas penitencias, algunas mortificaciones por la conversión de los pecadores y la salvación de las almas. ¡Si quisierais además, hermanos míos, hacer os aún nuestros intérpretes! En vuestras familias se hallan acaso algunos miembros enfermos, que no puedan asistir á los ejercicios de la estación. ¡Oh! si fuerais á encontrarlos y pedirles hacer alianza con nosotros, decirles que sus hermanos van á rogar al cielo les dé la paciencia, les vuelva la salud, les asista en su lecho de dolor; pero suplicarles también á la vez, que nos envíen, que nos den, que entren á la parte en esta asociación, en este capital común, que establecemos en este momento con los méritos de sus padecimientos y su paciencia.

Y bien, hermanos míos, yo lo espero; hénos aquí en estado de flagrar alguna cosa. Hemos hecho alianza con la tierra, la hemos hecho con el cielo. La santa palabra se verá como escuchada, como acompañada por la reflexión y la oración, y hemos tremolado, hermanos míos, la bandera de María, la bandera inmaculada, que es una señal de esperanza, y lo será también de misericordia y salud eterna. ¡Ah! hénos aquí ahora en los términos que la Iglesia nos pide: «Recibamos, acogamos y pasemos todo el tiempo de la mortificación en la oración, la reflexión y la oración, y mereceremos así participar de la gloria de la resurrección de Jesucristo.» Esta es la dicha que os deseo. Amen.

## PALABRA DE DIOS.

(SUS EFECTOS.)



*Est autem hæc parabola: semen est verbum Dei.*

El sentido de la parábola es este: la semilla es la palabra de Dios.

(Luc. vii. 11.)

Entre todas las parábolas del Evangelio, ninguna encuentro, ni más clara, ni más circunstanciada que esta. En ella Jesucristo nos habla de una semilla que se siembra en un campo; y preguntándole los apóstoles, que quería significar con esta parábola, les respondió, que la semilla es la palabra de Dios recibida en el corazón del hombre; y por la diversidad de tierras en que se siembra esta semilla, les hace ver muy por menor el bueno ó mal uso que se hace de su palabra. Una parte, dice, de esta semilla cayó á la orilla del camino, y fué pisada ó comida por los pájaros del cielo; otra cayó en una tierra llena de espinas, que confundíendose con ella, la sofocaron; la tercera cayó sobre piedra, y no hizo más que nacer y secarse; la última, en fin, cayó en buena tierra y dió su fruto á tiempo correspondiente.

Esto mismo, dice Jesucristo, sucede á la palabra de Dios. Es como una semilla que cae, ya á la orilla del camino, es decir, en unos corazones dispuestos de donde el demonio la quita; ya entre las espinas, que significan las inquietudes y solitudes del siglo, que la sofocan é impiden no dar el debido fruto; ya en un terreno pedregoso, que representa aquellos corazones endurecidos en que la divina semilla no puede hacer raíces. Solo la buena tierra, que es un corazón bien dispuesto, dan fruto á su tiempo, unos más, otros menos, á medida de su buena disposición. Penetrados del espíritu de nuestro Evangelio, veamos que efectos causa la palabra de Dios en un corazón bien dispuesto. Este será

todo el asunto de la presente instrucción. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. La palabra de Dios jamás queda sin fruto. Como el agua y la nieve bajan del cielo, y no se vuelven allá jamás, sino que riegan la tierra y la fecundan; del mismo modo, dice el Señor, mi palabra no volverá á mí sin fruto, sino que hará cuanto yo quiero, y producirá el efecto para que la he enviado (Isa. lv. 11). San Pablo, escribiendo á Timoteo, individualiza las ventajas de la palabra de Dios. Es útil, dice el santo, para instruir y enseñar: *utilis ad docendum* (II Tim. ii. 16); primer fruto. Es útil para reprender y corregir: *ad arguendum, ad corripiendum*; segundo fruto. Es útil para instruir á un cristiano en la piedad, haciéndolo perfecto y preparado para todo género de buenas obras: *Ad erudiendum in justicia, ut perfectus sit homo Dei, et ad omne opus bonum instructus*; tercer fruto. Así, la palabra de Dios tiene tres grandes efectos, que nos conviene explicar, á saber: enseña á los ignorantes, corrige á los pecadores y perfecciona á los justos.

Entre las espesas tinieblas que habitamos, tenemos un gran consuelo en la palabra de Dios, que, como dice el profeta, es una lámpara que nos alumbrá y que nos guía por las sendas que debemos caminar: *Lucerna pedibus meis verbum tuum, et lumen semitæ meæ* (Isa. lv. 11). ¡Cuánto no nos extraviáramos sin esta luz! Juzguémoslo por la infidelidad de tantos adoradores, á quienes no se ha anunciado el Evangelio; por los errores y las ilusiones de tantos herejes, que cierran maliciosamente los ojos á esta divina luz; por la ignorancia y desórdenes de tantos malos católicos, que se ven privados de pastores bastante capaces para instruirles; ó que desprecian de asistir á sus instrucciones. Nosotros seríamos ciegos y viciosos como ellos, si esta divina palabra no nos hubiese instruido de nuestras obligaciones, de las verdades de la religión que se deben creer, de la ley de Dios que se debe observar, de los sacramentos que se deben recibir. Y no solamente nos enseña en general las obligaciones del cristianismo, sino que también nos instruye en particular de lo que debemos hacer para santificarnos en nuestro estado. Ella enseña al padre de familia como debe criar á sus hijos, y á éstos el amor, respeto y obediencia que deben á sus padres; desonbra al pecador las verdades prácticas, que la corrupción del siglo, el contagio de los malos ejemplos y las lisonjeras ilusiones del amor propio le habían ocultado siempre: dice al mercader, que tales y tales medios de que usa para enriquecerse, no son leítos; y prescribe á una mujer mundana

ciertas reglas de conducta, á las que jamás se había acomodado con individualidad y en toda su extension. Esa mujer sabia muy bien que se debe amar á Dios de todo corazon; pero ignoraba que ese apego, esa alicion á su misma persona y á sus adornos, el amor del mundo y deseo de agradarla, eran incompatibles con el amor de Dios, que quiere le sacrificásemos todo lo que lo es contrario. Ella, vuelto á decir, enseña al rico que debe usar más bien de su caudal; que lo necesario es suyo, pero lo superfluo es de los pobres, y así, que debe usar de ello para procurar algun alivio á los necesitados, no para contentar sus pasiones. En estas y otras semejantes ocasiones la palabra de Dios nos instruye: *utilis ad docendum*.

2. *Ad arguendum, ad corripendum*. La palabra de Dios es útil para reprender y corregir, porque trae al corral la oveja perdida, retrae al pecador de sus desordenes, impide que se suelte la lengua del murmurador contra el prójimo, advierte al voluptuoso, que pasa los días en un continuo flujo y reflujo de placeres, que su delicadeza y sensualidad no están exentas de pecado delante de Dios, y que debe temer no se cumpla en su persona aquella terrible sentencia: atormentele á medida de las delicias que ha gozado: *Quantum in deliciis fuit, tantum date illi tormentum* (Apoc. xviii, 7). La palabra de Dios mueve á esta persona, que parecia insensible; si, dice san Agustín, aunque estéis tan frios como la nieve, tan congelados como el mismo hielo, tan duros como el cristal, no desesperéis: *Non desperet nix, non desperet glacies, non desperet cristallina* (AIG. IV, PSALM. 74). La palabra de Dios calentará lo que está frío, liquidará lo que está helado, romperá lo que está duro: el espíritu del Señor separará, y de los ojos del pecador fluirán las lágrimas de penitencia: *Emittet verbum suum, et liquefaciet ea: sicut spiritus ejus, et fluent aqua* (PSALM. 174). Sea en hora buena un hombre perdido, sea un corazon de piedra, no importa; la misericordia de Dios es bastante poderosa para ablandarlo. El mismo Señor nos dice por el profeta Jeremias, que su palabra es como un martillo que quebranta las peñas: *Verba mea quasi malleus conterens petram* (JEREM. xxiii). Y prosigue hablando por boca del mismo profeta: *Ecce ego do verba mea in ore tuo in ignem, et populus istus in ligna, et comburabit eos* (JEREM. v, 14). Profeta, yo desde ahora pongo en tu boca mis palabras cual fuego devorador, y le doy ese pueblo por leña, para que sea de él consumido.

Tal ha sido la palabra de Dios, no solamente en la boca de los profetas, sino tambien en la de los apóstoles, y en la de sus celosos sucesores en el ministerio de la predicacion, como lo atestiguan el

gran número de conversiones de que la sagrada Escritura y la historia eclesiástica nos dan el más fiel testimonio. Aún hay es estos tiempos, y habrá hasta el fin de los siglos, hombres apóstólicos, en cuya boca ponga Dios palabras de salud, capaces de mover los corazones, y de convertir los más grandes pecadores. Si acaso somos ya del número de aquellos dichosos que van por el camino de la salvacion, la palabra de Dios tiene un tercer efecto, que es conducirnos á la perfeccion y á la práctica de toda especie de buenas obras.

5. *Ad erudiendum in justitia* etc. ¡A que grado de perfeccion no condujo la palabra de Dios á los primeros cristianos, á ese número infinito de mártires, de confesores, de vírgenes y de solitarios, cuya memoria honramos en el discurso del año! Vosotros, los que tenéis las vidas de los Santos, sabéis que una sola palabra de la Escritura, entendida en el sentido de la Iglesia, les ha hecho subir muchas voces al más eminente grado de piedad. Estas palabras de Jesucristo, si quisierais ser perfecto, cende todo lo que tenéis, dálo á los pobres, y sígueme, hicieron de S. Antonio el más perfecto de todos los solitarios. No necesitaba más, porque solas esas palabras llenaban su corazon. ¿De dónde viene, me direis, una mutacion tan asombrosa? Viene, dice S. Pablo, do que la palabra de Dios es viva y eficaz, y más penetrante que una espada de dos filos: *Vivus est sermo Dei, et effocax, et penetrabilior omni gladio anticipit* (HEM. iv, 12). La espada solo penetra el cuerpo; pero la palabra de Dios penetra hasta los senos más secretos del alma, y discernió los pensamientos é intenciones del corazon. ¿Queréis saber, dice S. Agustín, cual es el filo de esta espada espiritual y que divisiones hace? Pues estáme atento; ella separa al santo del impio, al hijo del padre, y á la hija de la madre. Un hijo de familias quiere, por ejemplo, consagrarse á Dios; pero su padre se lo impide; pues entonces la palabra de Dios viene á ser una espada que separa al hijo del padre. Cierta doncella quiere consagrarse á Jesucristo; pero lo repugna su madre; pues entonces esta espada cortante saja y divide á la una de la otra. Ese otro pecador quiere dejar el mundo en todo lo que le sirve de obstáculo á su salvacion; pero sus amigos se lo quieren disuadir; pues entonces esta palabra de Dios viene, toca su corazon y le separa de las malas compañías. A vosotros os toca al presente examinar que fruto ha producido en vosotros la palabra de Dios, ó si acaso la habeis oido sin utilidad alguna.

Examinad aquí, os ruego, como hace muchos años que estais oyendo sermones, y habeis sobrevivido á muchos predicadores; pero, no obstante, siempre sois los mismos, siempre tenéis la misma dureza

de corazón y la misma insensibilidad acerca de vuestra salvacion. Temblad, pecadores, que tantas veces habeis oído esta divina palabra, y otras tantas la habeis rechazado; ya estais próximos al término de vuestra perdición y en peligro de perecer, como aquel infeliz réprobo rey á quien Samuel dijo estas terribles palabras: *Quia projecisti sermonem Domini, et projecit te Dominus* (Ruc. xv, 25). Con todo eso, no hay cosa más común que el menospreciar la palabra de Dios. A la manera de aquellos judios cautivos en Babilonia, de quienes se hace mención en el profeta Ezequiel, los cristianos de estos tiempos hacen chacota de ella en lugar de practicarla: *Audiunt sermones meos, et non faciunt eas, quia in canticum eris tui vertun illos* (Ezeq. xxxiii, 54). Hablamos como los libros y los sermones, y vivimos como infieles. Oyese decir, que los que no hicieron penitencia perecerán; y esta penitencia solo se encuentra en las conversaciones ó en los libros. Prefiérase que ni los fornicarios, ni los adúlteros etc., entrarán en el reino de los cielos, y vemos que nadie se corrige de esta especie de pecados. Oyense decir cosas espantosas de la corrupcion del siglo, de la incertidumbre de la muerte, de la severidad del juicio de Dios: y con todo eso, ni se tiene más piedad, ni más modestia, que si jamás se hubiera oído hablar de estas cosas.

Haced, Señor, que en adelante tengamos más atencion y más respeto á vuestra santa palabra; el orla con gusto es la señal de vuestros escogidos: *Qui ex Deo est, verba Dei audit* (JOAN. viii, 47). Vos, Señor, habeis dicho, que vuestros siervos serian dóciles á vuestras instrucciones: *Erunt omnes docibiles Dei* (JOAN. vi, 45). Haced, oh mi Dios, que nos sujetemos con toda docilidad á vuestra divina palabra, de modo que jamás la oigamos para nuestra condenacion, sino que produzca en nosotros frutos dignos de la eterna bienaventuranza, que os deseo, etc.

## DIVISIONES.

**PALABRA DE DIOS.**—No nos amedrenta sino para sacarnos de un funesto adormecimiento.

No nos acusa sino para induernos á nuestra justificacion.

No nos hiere sino para curarnos.

**PALABRA DE DIOS.**—Sembrando la palabra de Dios es como la Iglesia á venido á ser fértil.

Sembrando esta divina palabra en nuestro corazón es como la gracia nos da la fecundidad de las buenas obras.

Por esta divina semilla es como la Providencia ha proveído y proveerá al alimento de las almas cristianas.

**PALABRA DE DIOS.**—Debe ilustrar el entendimiento.

Debe alrmar el corazón.

Debe hacer callar la concupiscencia.

**PALABRA DE DIOS.**—Quiere ser estimada aún en los labios del más simple predicador.

Quiere ser ayudada por el ejemplo de los fieles oyentes.

## PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

*Qui autem verba ejus, que loquetur in nomine meo, audire noluerit, ego ultor existam.* Deuter. xviii, 19.

*Sic erit verbum meum, quod egredietur de ore meo; non revertetur ad me vacuum, sed faciet quaecunque volui, et prosperabitur in his, ad que misi illud.* Isai. lv, 11.

*Dixit Dominus ad me: Noli dicere: Puer sum: quoniam ad omnia, que mittam te, ibis; et universa quaecunque manda-vero tibi, loqueris... Ecce dedi verba mea in ore tuo.* Jerem. i, 7 et 9.

*Scriptum est: Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei.* Matth. iv, 4.

*Omnis ergo, qui audit verba mea hoc, et facit ea, assimilabitur viro sapienti, qui edificabit domum suam supra petram.* Item vi, 24.

Mas el que no quisiere escuchar las palabras que hablará en mi nombre, experimentará mi venganza.

Así será de mi palabra una vez salida de mi boca: no volverá á mí vacía ó sin fruto, sino que obrará todo aquello que yo quiero, y ejecutará felizmente aquellas cosas á que yo la envió.

El Señor me repitió: No digas: soy un jovenito; porque con mi auxilio tú ejecutarás todas las cosas para las cuales te comisione, y todo cuanto yo te encomiende que digas, lo dirás... Mira, yo pongo mis palabras en tu boca.

Escrito está: No de solo pan vive el hombre, sino de toda palabra ó disposicion que sale de la boca de Dios.

Por tanto, cualquiera que escucha estas mis instrucciones, y las practica, será semejante á un hombre cuerdo que fundó su casa sobre piedra.

*Omnis qui audit verbum regni, et non intelligit, venit natus, et rapit quod seminatam est in corde ejus. Matth. xiii, 19.*

*Semen est verbum Dei. Luc. viii, 11.*

*Beati qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud. Item xi, 28.*

*Qui verbum meum audit, et credit ei qui misit me, habet vitam aeternam. Joann. v, 24.*

*Qui ex Deo est, verba Dei audit. Item xiii, 47.*

*Qui spernit me, et non accipit verba mea: habet qui judicet eum: sermo, quem locutus sum, ille iudicabit eum in novissimo die. Joann. xii, 48.*

*Verbum Dei non est alligatum. II Timot. ii, 9.*

*Prædica verbum, in omni opportune, importune; argue, obsecra, increpa in omni patientia, et doctrina. Item iv, 2.*

*Erit enim tempus, cum sanam doctrinam non sustinebunt... Tu vero vigila, in omnibus labora, opus fac Evangelista, ministerium tuum imple. Item, ibid. 5, et 6.*

Cualquiera que oye la palabra del reino de Dios ó del Evangelio, y no para en ella su atención, viene el mal espíritu, y le arrebató aquello que se había sembrado en su corazón.

La semilla es la palabra de Dios.

Bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios, y la ponen en práctica.

Quien escucha mi palabra y cree á aquel que me ha enviado, tiene la vida eterna.

Quien es de Dios, escucha las palabras de Dios.

Quien me menosprecia y no recibe mis palabras, ya tiene juez que le juzgue: la palabra evangélica, que yo he predicado, esa será la que le juzgue en el último día.

La palabra de Dios no está encadenada.

Predica la palabra de Dios, insiste con ocasión y sin ella; reprende, ruega, exhorta con toda paciencia y doctrina.

Porque vendrá tiempo en que los hombres no podrán sufrir la sana doctrina... Tú entretanto vigila en todas las cosas de tu ministerio, soportá las aflicciones, desempeña el oficio de Evangelista, cumple todos los cargos de tu ministerio.

FIGURAS DE LA SACRADA ESCRITURA.

La palabra de Dios es figurada en el prodigioso maná, que tan sabroso era á todos los corazones rectos, piadosos y agradecidos, como

fastidioso y nauseabundo á los ingratos y terrenos, llegando al extremo de posponerle á los ajos, cebollas y otros manjares inmundos del Egipto: *Anima nostra jam nauseat super cibo isto levissimo* (NUMER. XXI, 5). La divina palabra es también muy sabrosa á los corazones piadosos; pero repugnante á los estragados y perdidos.

Esto se ve confirmado con lo que dice Dios á Ezequiel de su obstinado pueblo: *Veniunt ad te... et audiunt sermones tuos, et non faciunt eos* (EZECH. XXXIII).

Los hombres poderosos y libertinos quisieran oír de boca de los ministros de Dios alabanzas de su perversa conducta, y no amenazas; pero éstos deben conservar toda la firmeza para hablar el lenguaje de la verdad, aunque sea al hombre más poderoso del mundo. El profeta Miqueas pueda servirles de ejemplo; el cual, aún amenazado con la prisión y la muerte, no calló la verdad ni las terribles disposiciones de Dios al impío rey Acab (III REC. 12).

La palabra de Dios es muy eficaz, nunca es del todo estéril (ISA. 55), es como un fuego que abrasa, como un martillo que rompe y desmenuza las más duras piedras (JEREM. XXIII). Entre los muchos ejemplos que confirman estos divinos oráculos citaremos el de los Ninivitas, próximos á experimentar el más completo exterminio por sus muchos y horribles crímenes (JON. 1).

No es ménos digno de referirse el ejemplo del pueblo de Israel recién llegado de un largo cautiverio. Así que oyó leer por Esdras el libro de la ley del Señor, y vio con diferente modo había obrado, se entregó á un llanto inconsolable: *Flebat enim omnis populus cum audiret verba legis* (II ESDR. VIII).

Uno de los mayores castigos con que suele Dios afligir á un particular ó á un pueblo pervertido, es el privarle de su divina palabra. Está suele ser el último castigo que Dios tiene escondido en los tesoros de su justicia, y como la amenaza más terrible la que hizo por el profeta Amos: *Ecco dies veniunt, dicit Dominus: et mittam famem in terram: non sanem panem, neque sitim aquæ, sed audienti verbum domini... Circuibunt quærentes verbum Domini, et non invenient* (AMOS VII).

La palabra de Dios, para producir fruto, debe ser oída con un corazón recto y sincero, no con doblez, malignidad, ni por curiosidad. De esta diferencia de disposiciones provenia el diferente efecto que hacían las doctrinas de Jesucristo. Del pueblo, naturalmente sencillo, está escrito: *Et omnes testimonium illi dabant, et mirabantur in verbis gratiæ, quæ procelebant de ore ipsius* (LUC. IV). De los obstinados escribas y fariseos está escrito (cuando no podían negar

la pureza de su doctrina ni la evidencia de sus milagros): *Mirabantur, sed non convertebantur* (S. AUGUST.).

Hasta el incestuoso Herodes pagó su tributo de respeto á la palabra de Dios anunciada por el Bautista (MARC. 6).

## SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

*Evangelica precepta nihil sunt aliud quam magisteria divina, fundamenta edificanda spei, firmamenta corroboranda fidei, munimenta fovendi cordis, gubernacula dirigendi itineris, prosidia obtinenda salutis.* S. Cyprian. de Oral. Dom.

*Si in vitiis prudentibus expectari id maxime solet, ut ea quae loquuntur, gravitate eorum, doctrinaeque digna sint, omnique sermo non sit vagus; quanto magis id ecclesiasticis eloquiis opinandum est, ut, quidquid in his excessum est, divinum, rationale, et perfectum esse existimetur.* S. Hilari. in Psalm. 133.

*Quoties episcopi et sacerdotes in ecclesia praedicant, toties convivium preparatur: in hoc autem convivio tales portiones, taliaque infirmis antidota anteposuntur, quibus caeci illuminantur, paralytici curantur, mortui resuscitantur, omnesque morbi, omnesque infirmitates sanantur.* S. Basil. Hom. 2 de jejun.

*Quisquis verbo Christi passi-*

Los preceptos evangélicos no son otra cosa que la enseñanza divina, el fundamento en que estriba la esperanza, la base sobre que descansa nuestra fe, el confortativo que alienta nuestro amor, el timón que dirige nuestro rumbo, el medio eficaz de obtener la eterna salvación.

Si de cualquiera hombre sabio y prudente no atendemos expresión que no sea digna de su prudencia y doctrina, sino antes bien un discurso ó conversacion llena... quanto más deberemos esperar de los oráculos celestiales, persuadidos de que cuanto contienen ha de ser divino, razonable y perfecto?

Siempre que los Obispos y sacerdotes predicán en la iglesia, se nos prepara un banquete, en el cual se ofrecen á todos bebidas tan suaves, antidotos tan seguros, que iluminan á los ciegos, curan á los paralíticos, resucitan á los muertos y ahuyentan cualquiera enfermedad, cualquiera languidez espiritual.

Cualquiera que se alimenta de

*tur, terrenum pabulum non requirit. Nec enim potest panem siccum capere, qui pane reficitur Salvatoris. Ipsa enim omnium refectio est qui saginat animam, quae impinguat viscera, cum de divinis Scripturis cibum eloquii perennis accipimus.* S. Ambros. in Psalm. 40.

*Quomodo possunt verba Dei dulcia esse in faucibus tuis, in quibus est amaritudo nequitiae?* S. August. in Psalm. 118.

*Sermo Dei adversarius tuis est. Item in Psalm.*

*Verborum fasciculos non queramus: qui maturitatis fructum querit, despicit ancana camporum.* S. Chrysolog. Serm. 18.

*Fides ex auditu, auditus autem per verbum Dei: ergo si defecerit verbum Dei in mundo, deficeret fides Christi, et omnne lumen necessaria veritatis.* S. Bernard. Serm. 10.

la palabra de Dios, no anhela el pan ó gases del mundo; porque es imposible que pueda saborearse en ellos despues de haber gustado la dulce palabra del Salvador; siendo ella un alimento que fortalece nuestro espíritu, y sacia nuestro corazon, cada vez que lo tomamos de las divinas Escrituras.

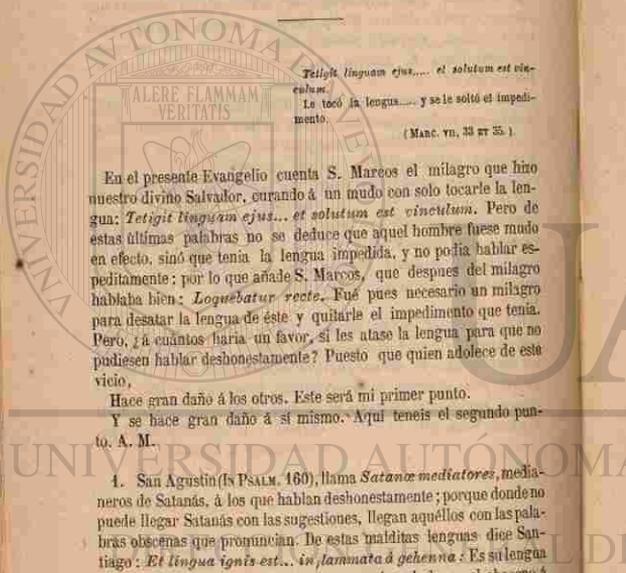
¿Cómo puede ser dulce la palabra de Dios en tu corazon, mientras esté acibarado con el ajeno del crimen?

La palabra de Dios ha de ser tu fiscal.

No busquemos los adornos de las frases; el que va en busca de sizonados frutos, no hace caso de floridos prados.

*La fe proviene del oír, y el oír depende de la predicación de la palabra de Dios. Luego, si faltase la palabra de Dios en el mundo, faltaria tambien la fe de Cristo, y la luz indispensable para conocer la verdad.*

## PALABRAS DESHONESTAS.



*Tetigit linguam ejus... et solum est vinculum.*  
Le tocó la lengua... y se le soltó el impedimento.

(Manc. vii, 33 et 35.)

En el presente Evangelio cuenta S. Marcos el milagro que hizo nuestro divino Salvador, curando á un mudo con solo tocarle la lengua: *Tetigit linguam ejus... et solum est vinculum*. Pero de estas últimas palabras no se deduce que aquel hombre fuese mudo en efecto, sino que tenía la lengua impelida, y no podía hablar espeditamente; por lo que añade S. Marcos, que después del milagro hablaba bien: *Loquebatur recte*. Fué pues necesario un milagro para desatar la lengua de éste y quitarle el impedimento que tenía. Pero, ¿á cuántos haría un favor, si les atase la lengua para que no pudiesen hablar deshonestamente? Puesto que quien adolece de este vicio.

Hace gran daño á los otros. Este será mi primer punto. Y se hace gran daño á sí mismo. Aquí teneis el segundo punto. A. M.

1. San Agustín (fs PSALM. 160), llama *Satanæ mediatores*, mediadores de Satanás, á los que hablan deshonestamente; porque donde no puede llegar Satanás con las sugestiones, llegan aquéllos con las palabras obscenas que pronuncian. De estas malitas lenguas dice Santiago: *Et lingua ignis est... in flammata á gehenna*: Es su lengua un fuego inflamado por el infierno, con el cual abrasa el obsceno á los demás (JAC. II, 6). Esta puede decirse que es aquella tercera lengua de que habla el Eclesiástico: *Lingua tertia multos commovet, et dispersit illos* (ECC. XXVIII, 16). La lengua espiritual es la que habla de Dios; la lengua civil, la que habla de los negocios del mundo; hay pues una tercera lengua que es la del infierno, que habla de las obscenidades carnales, y ésta es la que pervierte á muchos y hace que se pierdan.

El real profeta, hablando de la vida de los hombres sobre la tierra, dice: *Via illorum tenebra et lubricum*: Su camino es las tinieblas y la lubricidad (PSALM. XXIV, 6). Como si dijéramos: El hombre, mientras vive, camina entre las tinieblas por un camino resbaladizo; por lo cual está en peligro de caer á cada paso, si no tiene toda la cautela y no mira donde asienta los pies, con el fin de evitar los pasos peligrosos, es decir, las ocasiones de pecar. Si en este camino, pues, tan resbaladizo hubiese alguno que le empujase para hacerle caer, sería un milagro que no cayese en el precipicio. Pues esto cabalmente hacen aquellos satélites del demonio que hablan obscenidades: inducen á los otros al pecado mientras están en este mundo habitando en las tinieblas, y cercados de una carnal propensa á este vicio. De tales hombres se dijo con razon: *Scynichrum patens est guttur eorum* (PSALM. V, 11). Las bocas de éstos que no saben hablar sino obscenidades, son otros tantos sepulcros abiertos que exhalan putrefacción, dice S. Juan Crisóstomo: *Tulia sunt ora hominum, qui turpia proferunt* (Hom. II, de PNOVA. OBS). El hábito que sale de la podredumbre de los cuerpos amontonados en una fosa, infesta y trastorna á todos aquellos que perciben la hediondez.

El Eclesiástico dice, que el golpe del látigo hace un cardenal en el cuerpo; y el de la lengua quebranta los huesos: *Flogelli plaga livorem facit: plaga autem lingua comminuet ossa* (ECC. XXVIII, 21.) Quiere esto decir, que las heridas que causan las lenguas deshonestas penetran hasta los huesos de aquellos que las oyen, por el escándalo que los causan, especialmente cuando se profieren en presencia de personas inocentes y timoratas. Cuenta S. Bernardino de Sena, que una doncella que vivía santamente, al oír á un joven una palabra obscena, cayó en malos pensamientos, y luego se abandonó tanto á la impureza, que dice el Santo, que aunque el demonio hubiese tomado carne humana, no hubiera podido cometer tantos pecados impuros como ella cometió.

Lo peor es, que estas bocas infernales que pronuncian á menudo palabras deshonestas, tienen este vicio por una bagatela, y pocos se confiesan de él, pues suelen responder, cuando el confesor les reprehende: *Yo lo digo por chanza y sin malicia*. ¿Con que lo dices por chanza? ¡Infeliz! Estas chanzas hacen reír al demonio, y le harán llorar á tí eternamente en el infierno. Porque no sirve decir que tú lo dices por chanza y sin malicia; pues cuando profieres esas palabrotas escandalosas y obscenas, es muy difícil que no peques por obra también: porque el que se deleita con las palabras, no está lejos de las obras. Además de que, cuando se habla tan escandalosamente delante

de personas de ambos sexos, siempre hay en ellas delectación peligrosa. Y no es pecado también el escándalo que se da á los otros? Una sola palabra deshonesta que se pronuncie, es capaz de hacer caer en pecado á cuantos la oyen. Por esto dice S. Bernardo: *Unus loquitur, et unum tantum verbum profert, et tamen multitudinis auditivum animas interficit*: Aunque hable uno solo, y no profiera más que una palabra, mata sin embargo con el escándalo las almas de cuantos le oyen (SERM. XXIV IN CANT.). Y este pecado es peor, que si uno matase á muchas personas disparando un arcabuz; porque así mataría los cuerpos, y con las palabras obscenas mata á las almas.

En fin, esos hombres cuya lengua es un volcán, son la ruina del mundo. Más daño hace uno solo de ellos, que cien demonios del infierno, siendo así la ruina de muchas almas. Y no soy yo quien os lo digo, sino el Espíritu Santo, que dice: *Ostetricium operatur ruinas*: La boca lúbrica y deshonesta causa la ruina de muchos (Prov. xxvi, 28). Ellos, pues, darán cuenta á Dios del pecado que cometen hablando mal, y de los que hacen cántel a los que los escuchan. Si tuviesen presente cuando hablan de ese modo, las palabras del Evangelio, que dice del escandaloso, que sería mejor que no hubiese nacido, seguramente que refrenarían su lengua, y no causarían la muerte del alma á tantos inocentes: *Sanguinem autem ejus de manu tua requiram* (Ezech. iii, 18). Pero pasemos al segundo punto.

2. Dicen algunos: *Pero yo hablo sin malicia*. A esta excusa sutil y necia he respondido ya en el punto primero, que es muy difícil que uno hable palabras deshonestas sin complacerse con las ideas que ellas suscitan en la imaginación, especialmente cuando se profieren delante de muchachas, y casadas jóvenes: porque regularmente resulta de ellas una secreta complacencia, que suele ser semejante á una chispa eléctrica que abrasa cuando toca. Si el fuego prende en la estopa, la abrasa: pues del mismo modo, si un mal pensamiento se ceba en nuestra imaginación, abrasa nuestra alma inclinada al pecado: porque el cuerpo y el alma de todos los hombres, como dice la santa Escritura, están inclinados al mal: *Sensus et cogitatio humani cordis prona sunt in malum* (Gen. viii, v. 21). Sobre todo, el hombre está inclinado al vicio deshonesto, al cual le inclina y arrastra la misma naturaleza. Y por eso, en esta especie de combates, si no somos muy cautos y prudentes, todos nos hallamos enredados, y pocos salimos vencedores. Al que dice libremente palabras obscenas, siempre se le presentan á la imaginación aquellas mismas ideas impuras y deshonestas que nombra; y éstas suscitan la complacencia en su alma, y le

hacen caer, primeramente en torpes deseos, y luego en las obras; y esta es la consecuencia de hablar obscenidades, aunque sea sin malicia, como suelen decir los que se acostumbra á divertir á los demás con torpezas. ¿Con qué habláis mal sin malicia? ¿Y no hay malicia en obrar mal? ¿Y no es obrar mal hacer lo que Dios prohíbe? ¿Y no prohíbe Dios las acciones, las palabras y los pensamientos impuros? ¿Cómo pues osáis decir, que habláis sin malicia? Decid que despreciais la salud de vuestra alma y los preceptos de vuestro Dios, y que obedecéis al demonio.

Dice el Espíritu Santo: *Lingua tua ne capiatis* (Ecc. v, 16). Que quiere decir: ten cuidado de no labrarte con tu lengua una cadena que te conduzca y arrastre á los infiernos; porque escribe Santiago: Que la lengua mancha todo el cuerpo, e inflama la rueda de nuestra vida: *Lingua... maculat totum corpus, et inflamat rotam rationis nostrae* (Jac. iii, 6). La lengua es uno de los miembros del cuerpo que, cuando habla mal, inesta á todos los demás, e inflama y corrompe toda nuestra vida, desde la niñez, hasta la senectud; y de ahí resulta que los que hablan obscenidades, no saben absteniéndose de semejantes conversaciones, aún cuando sean ancianos.

¿Y se compadecerá Dios de aquellos que no se compadecen de las almas de sus prójimos? Dice Santiago: Que será juzgado sin compasión aquel que no tuvo compasión de los demás: *Judicium enim sine misericordia illi, qui non fecit misericordiam* (Jac. ii, 13). ¿Qué compasión causa á las veces ver á estos habladores obscenos hablar delante de jóvenes casadas y muchachas! Y cuando mayor es la concurrencia de los oyentes, con tanto más calor y desenfreno suelen hablar, sin contemplar el mal que hacen, ni el escándalo que dan á tantos inocentes. Porque muchas veces se hallan presentes niños y niñas de poca edad, á quienes escandalizan sin reflexión ni miramiento. ¡Oh Dios mío! ¡cómo llorarían los ángeles custodios, si pudiesen llorar, de aquellos desgraciados muchachos que se condenan por el escándalo que les causaron las palabras deshonestas, que pronuncian en su presencia algunos hombres impuros y desalmados! Pero pedirán contra ellos terrible venganza delante de Dios. Y esto es lo que significan aquellas palabras de Jesucristo: No despreciéis á ninguno de los pequeños estos: porque os aseguro que sus ángeles custodios están viendo continuamente en el cielo cara á cara á mi Padre (MATT. xviii, 10).

Cuidad por tanto, hermanos míos, de guardaros mas que de la misma muerte, de hablar palabras deshonestas. Oid la exhortación que os hace el Espíritu Santo por estas palabras: *Et verbis tuis fa-*

*cito stateram et franos ori tuo relos: et attende, ne forte labaris in lingua: et sit casus tuus insanabilis in morte* (ECL. XXVIII. 29). Ten cuidado de no resbalar y pecar con tu lengua, no sea que no te levantes de tu caída, si te previene la muerte. Dios nos ha dado la lengua, no para ofenderle, sino para alabarle y bendecirle. Y por eso dice S. Pablo, que no debemos, ni aun nombrar la fornicación ni ninguna cosa inmunda, como conviene que hagan los que profesan una vida santa: *Fornicatio autem, et omnis immunditia nec nominetur in vobis, sicut decet sanctos* (EPI. V. 5). De modo que, no solamente debemos evitar las palabras obscenas y las palabras equívocas y lúbricas, teniendo presente que los equívocos deshonestos tal vez causan más daño que las palabras impuras; sino también las palabras picantes que son ajenas de las personas santas, esto es, de los cristianos, de los que habla S. Pablo.

Pensad que vuestras bocas son bocas de cristianos, en las que tantas veces ha entrado Jesucristo por medio de la santa comunión, y por esto debéis absteneros de proferir palabras injuriosas, que son un veneno infernal. San Pablo escribe, que la conversacion de un cristiano debe siempre sazonzarse con la sal: *Sermo vester semper in gratia sale sit conditus* (COR. II. 6). Es decir, mezclarse con algunas palabras santas que muevan á los demás á amar á Dios, y á retraerlos de ofenderle. ¡Feliz la lengua que no sabe hablar sino de las cosas de Dios! Debéis pues guardaros, amados cristianos, no solo de las palabras impuras, sino también del trato de los que las proferen. Y así, cuando oigais hablar mal y deshonestamente, circunvalad vuestros oídos de espigas, como dice el Espíritu Santo, y no escuchéis tales conversaciones: *Septi nuxes tuas espinis, linguam nequam non audire* (ECL. XXVIII. 28). Que quiere decir, que os revisáis de severidad, y reprendáis con calor y celo á los que hablan de este modo; ó al menos les manifestéis en el semblante que os disgusta la conversacion. No nos avergoncemos de parecer secanes de Jesucristo, si no queremos que Jesucristo se avergüence de recibirnos despues en el paraíso. Manifestemos á los malos que seguimos y defendemos la doctrina y los preceptos de Jesucristo; confesemos que somos sus discípulos, para que el confiese también que es nuestro maestro en la otra vida. De este modo cumpliremos con su santa ley, y despues de esta vida mereceremos disfrutar de su santa compañía en la eterna.

## DIVISIONES.

**PALABRAS TORPES.**—Son impudentes cuando se proferen en presencia de aquellos á quienes se debe respetar.

Son escandalosas en los labios de aquellos que están obligados por su edad y por su estado á hablar con gravedad.

Son abominables en los lugares en donde se reúnen las personas para hablar de Dios y para escucharle.

**PALABRAS TORPES.**—No hay tentadores más importunos que los que están habituados á proferir palabras lascivas.

No hay personas tentadas que estén en mayor peligro de sucumbir que las que escuchan con placer palabras lascivas.

**PANES;** véase: MULTIPLICACION DE LOS.

**PAPADO;** véase: PONTIFICADO SUPREMO.

**PARAISO** (*en el cielo*); véase: BIENAVENTURANZA, CIELO y GLORIA.

## PARAISO.

(EN LA TIERRA.)

*Qui sustinet mundum spiritus, non quod super terram.*

Saboreaos en las cosas del cielo, no en las de la tierra.

(Colos. III. 2.)

El movimiento social que atraviesa la Europa, entre las verdades que contiene, encierra al propio tiempo muchos errores, y estos muy trascendentales; y era un deber para la sagrada palabra de revelarlos y señalar sus funestas consecuencias. Todos estos errores tienen un comun origen, y proceden de uno que podemos calificar de mayor y capital: este error capital consiste en suponer que el mal no se halla radicalmente en el hombre, sino que está en la sociedad. Este error, en el dominio y region de los hechos, es una perpétua é

incesante rebelion contra la sociedad, á la que atacan hasta en sus primeros elementos constitutivos: este error es, al propio tiempo, el egoísmo que la devora y aniquila por sus funestos resultados.

Hay grande error en los medios, grande error en el fin; y desviando la inteligencia del camino de la verdad, la conduce necesariamente á la negacion de todos los principios y de todas las consecuencias reconocidas hasta el día como constitutivas del orden social. Sin entrar en detalles, que nos alejarían sobrado de nuestro propósito, ya se ha visto que el desarrollo de la riqueza establecido y contado como el medio seguro y único del desarrollo social, es un gérmen de errores y de absurdos, y que, en último resultado, es la negacion de la constitucion del orden en las sociedades. En los sistemas, al modo que unas verdades llaman á otras, los errores se llaman por la misma razon á otros errores; y como hay un error capital en el punto de partida propuesto por la ciencia económica del siglo presente, no puede ménos de laberlear en los medios y en el fin.

Dicho error capital es, nada ménos, que la dislocacion del fin del hombre y del fin de la sociedad; y para decirlo en una palabra, consiste dicho error en la que se llama en estos últimos tiempos el paraíso restablecido en la tierra. Tened á bien oír por un momento la palabra de los reveladores de esta doctrina tan extraña. Yo no hago sino citar; y las pocas citas que hago, pueden hacer os prever otras muchas que omito. «El paraíso que habian puesto en la cuna de la humanidad las preocupaciones tradicionales, está en el porvenir. Grabemos en nuestro pacífico estandarte el lema: «El Paraíso terrenal está delante de nosotros!» «Espérase esta nueva feliz de una extremidad de la tierra á la otra, y muy en breve los hombres que nos decian, que la tierra es un valle de lágrimas, que es el lugar de la expiacion y del dolor; esos hombres, que nos están diciendo diez y ocho siglos há, que la virtud consiste en el desprendimiento de todo en la tierra; esos hombres desaparecerán, y harán lugar á nuevos siervos de Dios; que nos enseñarán á aficionarnos á la tierra, á unirnos á ella, de tal modo, que la tierra se ha de convertir acá bajo en un eden, en un paraíso nuevo en donde el linage humano, esta gran familia de hermanos, hijos de un mismo Dios, Autor de la naturaleza, descansará por el trabajo y en la paz.»

Ved lo que hay extremo en las doctrinas: la errada colocacion del fin. Este error, que reaparece exacta y puntualmente en todas las épocas de grandes trastornos, ha reaparecido tambien en la nuestra. Y eso es lo que hay de extremado en el error, y por consiguiente lo que hay de extremado en los desastres. Me propongo examinar esta

doctrina bajo estos dos puntos de vista. Esta doctrina es en sí misma altamente falsa y contradictoria; y pasando á los hechos, esta doctrina es eminentemente desastrosa. Esto es lo que me propongo demostraros. A. M.

1. Doy por sentado, que el hombre, siendo un compuesto de materia y de espíritu, de alma y de cuerpo, su verdadero destino es la felicidad *indivisa* de entrambos. Segun esto, yo digo, en primer lugar, que la doctrina que intenta restablecer en la tierra el paraíso terrenal, la edad de oro, el último destino de la humanidad, como se quiere llamar, es una doctrina falsa y profundamente contradictoria. Y desde luego, es contradictoria á la idea, que tenemos todos de lo que se llama el destino, el último fin, las postrimerias; y choca evidentemente con una de las nociones más elementales de nuestra inteligencia. Si algo hay cierto, es, que lo que llamamos y entendemos por último destino, ha de ser una cosa fija, determinada más que ninguna otra. Su razon es metafísica, no puede negarse; pero se concibe muy bien, porque todo destino último es necesariamente un término.

Ahora bien; un término es lo que se puede concebir de más fijo, determinado y definido en el mundo. Un término indefinido, por lo mismo que no es *finido*, que es *defuido*, deja de ser *término*, ó si se quiere, no será sino un *término determinado*: es una contradiccion en las cosas que no puede ménos de aparecer en las palabras. Y bien, señores; el paraíso en la tierra, digo, que es un destino último indefinido, un *término indeterminado*. En efecto, el paraíso que se nos promete ¿cuándo ha de venir? ¿Será mañana? ¿Será dentro de un siglo, será despues de miles de siglos indefinidos? Y cuando haya llegado ese paraíso, suponiendo que haya de venir un día, ¿será el último de los paraísos que podemos concebir en nuestra inteligencia? El linaje humano descansado en él, ¿podrá mirar todavía más allá? ¿Podrá atalanzarse con nuevos deseos hácia otro paraíso mejor? Y suponiendo, en fin, que este paraíso sea verdaderamente el último, ¿cuál será en ese vuestro soñado paraíso la realidad humana? ¿Habrá ahí, en él, igualdad, ó bien habrá por ventura jerarquía en las felicidades? ¿Habrá en él una dicha y ventura absoluta? Ese raudal de felicidades que se nos promete, ¿será puro y sin mezcla? O bien, en el seno de esta humanidad tan anegada en dolores, ¿pasarán todavía algunos torrentes de amargura? Indefinido, y más indefinido: ved, señores, la primera contradiccion que yo os hago ver. Lo indefinido y vago en el último destino supone ya una señal de error, y es al mismo tiempo una gran seducción.

Si, nada hay tan seductor como lo indefinido. Lo que seduce y engaña frecuentemente á los hombres, y más que todo á la muchedumbre, es lo vago de los horizontes, lo indeciso en las perspectivas, lo indefinido finalmente. Y hé aquí porque el error teme tanto, y hoye tanto como puede de la definición. Vosotros decís al pueblo: tendréis un paraíso en la tierra; y el pueblo os escucha, y el pueblo os sigue. Lo comprendo muy bien; el pueblo erce en el paraíso, espera un paraíso, anhela un paraíso. Pero atrevoos á definir una vez siquiera, una vez tan solo, hoy mismo: atrevoos á decirnos cuando ha de llegar ese paraíso, cómo será ese paraíso; y mañana, de seguro, se reirá y burlará de vosotros el pueblo. Lo conceis vosotros muy bien esto; y así es que no dejáis nada; os apercebís de que no haríais sino quitáros con la forzosa precisión de vuestras mismas definiciones.

La segunda condición de lo que se llama un destino final, es el ser accesible; y si no tomiera yo émples una expresión algo técnica, yo diría, que es el ser un término *congruente*. No podemos concebir el último destino, el destino final de otra suerte. Un término que no puedo yo tocar, no me parece como destino final, pues que entre el destino final y el ser que tiene vocación ó tendencia natural intrínseca de alcanzarlo, es indispensable que tenga una correlación intrínseca, necesaria. Y bien, el paraíso en la tierra es no solamente un término indefinido, un destino final indefinido, sino que, por lo contrario, es un destino inaccesible, y de seguro lo es evidentemente para la mayor parte de los seres humanos. Cualquiera que sea el porvenir de este sistema, suceda lo que se quisiera suponer en lo venidero, tenemos ya á la vista un *pasado*, y hé aquí más de seis mil años que el género humano ha debido andar en busca de ese paraíso sin haber jamás dado con él. Ahora bien, yo pregunto: si el paraíso está en la tierra, ¿porqué hay una humanidad que se encuentra después de más de sesenta siglos en la imposibilidad de dar con él? Y si hay un paraíso para la generación futura, ¿porqué no lo ha habido para la generación pasada? ¿Y por qué no lo habrá todavía para la generación presente? ¿Es que os creéis por ventura vosotros en el paraíso? ¿Sin dadas que no! Ni yo tampoco! Y así, hé aquí una contradicción palmaria: ¿cómo haremos para salirnos de ella?

Me diréis quizá vosotros: si es cierto que el individuo no alcanza ese término de la humanidad, el ser colectivo que nosotros llamamos humanidad lo alcanza, y la humanidad no parece como un hombre! Pero, señores, es cosa manifiesta que si los seres reales, los individuos, que son los solos seres reales, no alcanzan su destino final, ese ser colectivo compuesto de seres que no lo alcanzan, no lo alcanzará

tampoco. Vosotros decís como yo digo: la humanidad no muere. Yo os pregunto: ¿qué es ese ser que yo no veo ni he visto en ninguna parte, qué es esta abstracción de que me estáis hablando siempre y que yo no puedo asir? ¿Y en favor de quién os ocupáis tanto en establecerle un destino final tan vago como esa misma abstracción, en tanto que á mí, ser real, desgraciado, me dejáis allá con la realidad de mis desgracias, anhelando continuamente por un paraíso que no me llegará nunca? Veid, señores, la primera contradicción, la contradicción á la idea, á la noción que todos tenemos de nuestro destino final, del *fin objetivo* de un ser como nosotros. Pero hay, además, otra contradicción más profunda, y quizás más palpable; y es la contradicción á la tendencia misma de nuestro ser, á la aspiración, si quereis mejor, á la aspiración que tenemos de nuestro destino final.

Ello es cierto que entre nuestro destino y la tendencia á nuestro destino no puede existir, no puede mediar contradicción. La tendencia de los seres, la tendencia manifiesta está admitida por todos los filósofos como la revelación de su destino final. Y nada me extraña esta opinión filosófica. Todo ser ha recibido del Criador, ó, si lo quereis mejor, ha recibido de la naturaleza una impulsión nativa, que lo impele siempre á sus destinos; y por correlación necesaria, el destino mismo tiene un poder, una fuerza de atracción que atrae el ser á su destinación última. No intento insistir sobre una verdad que os proporcionará, si quereis profundizarla, el secreto de las armonías de todos los mundos creados. Yo digo: una vez admitida esta verdad, es incontestable que si hay un destino final en la tierra para nosotros, todas nuestras tendencias han de converger hácia la tierra; y toda tendencia íntima, natural, espontánea, toda aspiración de mi alma ó de mi corazón que pasará la tierra y el tiempo, se hace para mí, yo no diré un misterio inescrutable, lo que no sería una causa de repulsión, pues por todas partes hay misterios; pero lo que es mucho más serio, este antagonismo entre el destino final y la tendencia vendría á ser una revelación del error, una señal manifiesta de contradicción.

Y bien, yo os pregunto todavía: ¿pensáis vosotros mismos que estemos de tal modo limitados á la materia y al tiempo, que sintamos la impotencia de aspirar más allá de ambas cosas? Decidme, ¿hay algo por ventura en vuestra alma que os diga, que para vosotros el tiempo y la materia, por más perfeccionados y grandes que se los sponga, son bastante á llenar cumplidamente sus necesidades, sus tendencias? ¡Ah, no! nuestro rostro que ilumina delante de mí vuestro pensamiento, vuestras frentes sublimes que miran insistentemente

al cielo, me responden; y vuestros corazones y vuestras almas, dilatándose en santa y común ambición, me dicen en este momento: ¡no! ¡no! La tierra, la tierra, y cien veces la tierra no serían bastante. El tiempo, y más tiempo, y cien veces el tiempo, no serían bastante. Nosotros tenemos sed de lo inmortal; nosotros estamos sedientos de lo impalpable, de lo espiritual, de lo que no es finito, de lo infinito, de lo eterno, de lo inmenso! ¡Pues bien; mi alma es como vuestra alma, mi corazón da latidos como el vuestro, y nos salimos al encuentro en esta santa y común ambición. Y si esto es así, vengan, vengan los que no nos prometían sino tiempo y materia, vengan, y expliquen este fenómeno. Pero si para nosotros no hay sino materia y tiempo, yo os pregunto: ¿por qué vosotros y yo nos remontamos en alas de nuestros deseos, en alas de nuestras tendencias por más arriba de la materia y del tiempo? ¿Por qué, aun colocado en la más alta cima á que me pudiera elevar la materia, como el águila en las más altas crestas de las sierras más elevadas, por qué tengo todavía necesidad de levantarme más arriba, si he de seguir el secreto y fuerte impulso de mis tendencias nativas? Vosotros me diréis, como hay muchos hombres que dicen: ¡Es un misterio! Os engañáis: no hay misterio aquí. El misterio es la verdad escondida, y aquí os halláis cara á cara con una contradicción palpable: y yo afirmo que esta contradicción no puede existir en la armonía de la creación social. ¡Ah! yo, hijo de la doctrina, de la doctrina verdadera, cuando oigo exclamar al hombre: «Yo estoy estrechado entre el tiempo y el espacio; yo me ahogo en esta materia;» me queda una expresión sencilla que decirle: Espera, espera un poco, y tú poseerás lo inmortal; tú poseerás lo infinito. Pero vosotros que amuralláis al hombre como entre dos paredes, la materia y el tiempo, cuando se queja de que no está bien, qué se halla en estrechura, ¿qué palabra le podréis dirigir? Solo podréis decirle: amolda tu alma á la capacidad de la materia; haz tu alma á la medida del tiempo; y así podrán satisfacer y llenarse el tiempo y la materia. Pero en vano lo ensayará el hombre. Seis mil años há que la han ensayado las generaciones extraviadas como las vuestras por doctrinas, sino tan sutiles como las que ponderáis; semejantes en el fondo. Y esto prueba hasta la evidencia que vuestra doctrina, no es solamente una contradicción injuriosa á la experiencia de seis mil años, sino una contradicción de la idea humana acerca de su destino final; una contradicción á la tendencia á este destino y á todas las aspiraciones de la humanidad; es, sobre todo, una inmensa contradicción á la historia.

Si; la historia, desde el punto de vista que ventilamos en este mo-

mento, la historia podría resumirse en estas breves sentencias: El hombre que anda por el camino del tiempo en busca de la eternidad; el hombre que marcha por la tierra mirando al cielo, y que se encamina al través de este valle de lágrimas, de este destierro, llamando sin cesar á su patria: ved á la humanidad en globo. Estadme atentos. Hace cuatro mil años, poco más ó ménos, un venerable legado de la tierra de Canaan comparecía ante un poderoso monarca, ante un Faraon. Viendo á este anciano revestido de la doble veneración de sus años y de sus virtudes: «¿Qué tiempo tenéis?» preguntó el rey al anciano. Y este le respondió: «Los días de mi peregrinación son ciento y treinta años, pasados entre días aciagos y cortos; y el número de mis días no ha igualado á la peregrinación de mis padres.» Posteriormente á este episodio, y en otro país del mundo, cierto sugeto, echándole en cara á un anciano de ser indiferente á su patria, de no amar á su patria: «¿Cómo replicó el anciano, ¡mi patria! yo la amo;» y diciendo esto señalaba al cielo con su mano trémula. Pues bien; el patriarca y el filósofo, Jacob y Anaxágoras, son los dos representantes de la humanidad. Jacob es el representante de esa humanidad instruida en los manantiales mismos de la tradición; y Anaxágoras es también la humanidad encontrando en la naturaleza y en la razón humana la revelación de una patria mejor. Si, si, Jacob y Anaxágoras son la humanidad que llora y se desconocía; la humanidad que padece y que se va yendo... y con cada suspiro que lanza este viaje doloroso, hace infalible la profecía de su eterno infinito...

Mas yo estoy oyendo sin cesar á ciertos hombres que dicen: «La humanidad es quien se engaña; y nuestra subiduría es la que tiene razón.» ¡Oh! cuando se razona y discute acerca de lo porvenir, entiendo muy bien que las teorías más aventuradas se pueden poner en juego; porque ese porvenir no está ahí á la puerta para responderos. Pero cuando se trata de lo pasado, el terreno de la cuestión y de la discusión no es ya tan arbitrario, y hay que atenerse á hechos, no á dichos. Los siglos están ahí; están hablando, y se presentan á vuestra faz para que al menos respetéis la verdad histórica. La historia es historia; y la historia está contra vosotros toda entera.

Desde luego, yo me tomo la libertad de preguntaros, si desde el pínaculo de vuestros sistemas de ayer, tendríais intención de fulminar la historia. Mas vosotros, para esquivar el núcleo de la cuestión, nos decís: no somos solos nosotros; y en todos los siglos y en todos los pueblos hay hombres á nuestro favor. Convengo en ello, si se quiere; pero contados, contad los que estén á vuestro favor: pésul sus dichos, pesad su autoridad, y juzgad vosotros mismos. Los que están contra

vosotros, al otro lado del Calvario, son cuantos innumerables descendientes del primer hombre componen la humanidad paciente, la humanidad virtuosa, los verdaderos sábios, al menos cuanto podian serlo ántes de la gran revelacion de la verdad. Los verdaderos sábios, los verdaderos virtuosos pasan delante de vosotros, y al pasar os muestran todos, como Anaxágoras, el cielo. Y de este lado del Calvario mirad pasar las generaciones: ved las vírgenes, ved los apóstoles, ved los confesores, ved legiones de santos. Todos van pasando delante de vosotros, los unos levantando la palma de la virginidad, los otros la de la voluntaria pobreza, los otros la de la caridad, los otros la del sacrificio de sí mismos, los otros la palma del apostolado, de todas las virtudes, de todos los heroísmos; y todos, todos, al pasar ante vosotros os dicen una misma palabra: ¡El paraíso es el cielo! Ved en lo que viene á parar este sistema del paraíso en la tierra. El está en contradicción con la idea que tenemos nosotros del destino, con la aspiracion que tenemos del destino, y en contradicción con la historia. Pero sabéis muy bien, que el destino de todo error grande es de producir desastres grandes. Y yo me propongo señalar los principales que debe traer aquel pasando á los hechos.

2. Ese grande error, que trata todavía de seducir las naciones, provoca, en los hechos, solemnes cargos de mentiras hechas á las promesas con que engaña á la muchedumbre. Desde luego, ese sistema, promete á las generaciones ascenso, una elevacion continua: que en eso consista la verdadera grandeza de la humanidad; y en los hechos provoca lo que yo me tomare la libertad de llamar *la perpetuidad del abatimiento*, el abatimiento continuo. Si algo hay apoyado en la triple certidumbre moral, histórica, y metafísica, es que el hombre no puede de sí mismo tender á un fin más elevado que lo que él considera ser su último destino. La razon, la historia, la conciencia nos dicen que el hombre puede quedarse atrás, y mirar mucho más bajo; y de hecho se realiza eso demasiado; pero nos dicen aquellas, por medio de un testimonio igual é invariable, que no puede nunca elevarse más alto. ¿Por qué, en efecto, haberse más grande que su destino? ¿Por qué traspasar lo posible con sus ambiciones? Ahora bien, sentido este principio como incontestable, veis que esta doctrina no puede ser sino el abatimiento continuo para las generaciones que la adoptan. Y en efecto, si se me dice que mi último fin, que mi destino final está en la materia; y si yo acepto este destino; si yo me digo: «En ella, consiste mi prevenir, en ella está cifrada mi grandeza, ella forma toda mi dicha; yo desallo á todo filósofo y á toda la filosofía que me den un motivo razonable de tender más allá de la materia.

más allá del tiempo, más alto que el tiempo y la materia. De grado ó por fuerza es menester que yo me detenga allí: es menester que yo *cercene* la sublimidad de mis pensamientos, los cuales me elevan al cielo: es menester que yo recoja á la medida del tiempo y de la materia la inmensidad de mis deseos.

Y así héme entre estos dos límites: yo que estoy sediento de eternidad y de infinidad, me veo contentado á formarme una existencia tan estrecha como lo es el tiempo, tan soez y laja como es la materia. Esto es inevitable, señores: lo pruebo. Así como tengo entendido que mi destino no tiene más elevacion que la tierra, menester es que entienda me es necesario nivelarme á la tierra, rampar por la tierra; y de aquí procede el abatimiento continuo por una consecuencia necesaria. Entónces, el vuelo de la inteligencia, el remonte del ingenio no pueden ayudarme á subir; no sirven á elevarme. Tú eres un sabio, tú eres un prodigio en ciencias; lo concedo: tu frente relumbra con todas las luces que éstas despiden; lo concedo; pero ¿y qué hace esto para tu grandeza y la mia, si esa ráfaga de luz no hace descubrir en torno de tí ni de mí sino dos tristes paredones, entre los que estamos como encajonados, la materia y el tiempo? Tú eres un hombre de genio superior, de talentos sublimes, yo vengo en ello. ¿Más qué puede hacer esto para vuestra grandeza y la mia, si vos y yo, desviando vuestras miradas de las perspectivas eternas y de las realidades invisibles, si siguiéndonos yo en ese vuelo ratero con mi pensamiento angélico y con mi dignidad de hombre, veo que caigo de día en día en el sentido animal?

¡Ah! esta palabra no está por demás, ni es parto de mi preocupacion. ¡Ah! desde el momento en que nos limitamos á tal grado, caemos en lo animal, no buscamos otro paraíso que el que busca el sentido animal, no ansiamos otro destino que el que ansia el animal, nos detenemos en la porcion de materia que encontramos sobre nuestro camino de materia, y ensayamos entre un porvenir sin prevision y un pasado sin recuerdos; ensayamos, digo, hacernos un paraíso en el que tendremos todo, todo, excepto las tres cosas que vosotros y yo llamamos con todas nuestras potencias; á saber: Dios, cielo é inmortalidad. Pero yo os oigo decir: Nosotros reconocemos á Dios y á la inmortalidad; y confesándolas, es claro que reconocemos haber un cielo. ¡Vuestro Dios! ¡Ah! lo conozco: vosotros, que no queréis otro paraíso que el de la tierra, vuestro Dios es el *dios-todo*, que no es *nada*, dios materia, dios palpable; ¡Vuestro Dios! Yo lo trituro, yo lo piso á todas horas con mis pies de viajero como fango de un lodazal, como terrón en un camino; yo lo hago polvo que se va desvaneciendo.

ciendo á mis pasos. ¡Vuestro cielo! ¡Oh! menester es que guardéis la palabra, cuando la verdad que revela no puede desarraigarse de la humanidad! ¡Vuestro cielo! ¿qué es? Un cielo mil veces más rebajado que el cielo del paganismo, un cielo que toca á la tierra, que es la tierra misma, en donde me quereis regalar, á mí, que en vuestro sistema vengo á ser Dios, no esa celestial ambrosía que suministraba á los dioses una embriaguez que los paganos hallaban medio de llamar divina, pero en la que yo no pudiera beber sino una embriaguez que ni aún es digna de un hombre. Ese es vuestro cielo. ¡Vuestra inmortalidad!... La conozco; vuestra inmortalidad es una mentira; vuestra inmortalidad es una inmortalidad de géneros, una inmortalidad de especies; vuestra inmortalidad, en donde todo es inmortal excepto el hombre! Inmortalidad en la que para mí, ser real, solo me queda una cosa, y es... la muerte. No, no; en ese paraíso que nos prometéis no hay Dios, no hay cielo, no hay inmortalidad.

Y sin embargo, ¡me hablais vosotros de agradecerme! No lo entiendo. Si yo bajo del cielo, es menester que yo me echo sobre la tierra; si yo abandono la inmortalidad, es menester que yo me estreche entre murallas de tiempo; si yo bajo, si yo caigo de Dios, menester es que caiga sobre mí mismo. Y entonces, caído así, me espanto al verme en este triste abatimiento donde yo me siento revolcado. Así, el ascenso, la elevación, el engrandecimiento está en las palabras; y el abatimiento, y la baja, y la grosería, y la torpeza, en las cosas. Mas no se reduce á esto todo: hay todavía algo más triste y aflictivo. El efecto inevitable de esta doctrina es el desenvolver y propagar en las poblaciones, y más que todo en las clases menesterosas y desgraciadas, lo que yo llamo el horror de padecer; y por ese medio suscitar un aumento, un crecimiento continuo de padecimientos, no pudiendo persuadirse el hombre que el término de su felicidad es este mundo, sin que deje de concebir por esta razon mayor horror á los padecimientos que experimenta en este mismo mundo. Y no pudiendo encontrar, por otra parte, dentro de sí mismo sino este odio progresivo al sufrir y padecer, reactiva y aumenta mil veces más la intensidad de los padecimientos á que en virtud de una fuerza invencible se ve sujeto. Dejo á vuestra seria consideracion estos pensamientos, sin poderme detener en ellos, pidiendo largas razones que prolongarian sobrado esta conferencia, y yo me limito á tocar inmediatamente sus resultados.

De la doctrina que acabamos de exponer, y de sus legítimas y forzosas consecuencias resulta para las generaciones desventuradas, una situacion verdaderamente espantosa. Con ese horror immoderado al

padecer y á la privacion, que procede naturalmente de las premisas de aquel sistema, se agrava más y más el padecimiento moral que aqueja al hombre y que parece decirle, como para irritarlo aún más: «No te dejaré mientras vivas; é imprimiéndole padecimientos siempre nuevos, le priva además y le arranca á un tiempo mismo la sola dicha que le resta al desgraciado, la dicha de la esperanza que tanto minorra la intensidad de los males. ¡Ah! Aperciéndose el hombre de que se ve arrollado y como magullado por la realidad de lo presente, y no quedarle ni aún el triste recurso de volver sus ojos hácia un porvenir, y tratar de consolarse al ménos con una sonrisa de esperanza...! ¡esto es muy cruel! ¡Oh! Entiendo muy bien y me hago cargo de que cuando la criatura se ve abrumada por lo presente, pero que todavía no se haya desesperado de alcanzar un porvenir más risueño, entiendo y me hago muy bien cargo de que sea posible consolarse, abalanzándose en alas de la esperanza hácia esas perspectivas que se creen ver de vez en cuando en un lejano á que se puede llegar, en las cuales se trasluce la aparicion de una dicha que quizás vendrá: esto en fin es un consuelo, y un consuelo moral efectivo. Pero estarse allí, en un presente que os abruma y hunde bajo la fría frialdad de realidades tristes, y en nombre de la ciencia, y porque así lo prescribe la ciencia, verse todavía obligado á renunciar al porvenir, no poder ni aún invocarlo como á su único refugio y consuelo... yo sostengo y repito que eso es cruel.

¿Qué será pues la vida para el hombre que ha abierto su alma á esas fatales doctrinas?... Desheredado así de las esperanzas del porvenir en esta vida, todo hombre de inteligencia y de simpatía está condenado á ser decorado por la desesperacion y la duda, dos monstruos de los cuales el primero corroe las entrañas, y el segundo, el pensamiento del hombre. No hay que dudarlo, señores, cuando despues de estas promesas fastuosas á las que se habia tenido la desgracia de creer, se siente caer el hombre en la realidad de su vida, cuando se ha cerrado el cielo sobre su cabeza, y que se le va deslizando de entre sus pies ese paraíso de la tierra; entonces, señores, ¿qué puede pasarse en esta inteligencia, que puede pasarse en este corazón de un hombre tan espantosamente desesperado? Ese Dios, ese Dios que me entrega á la seducion de los hombres y á la tiranía de las cosas, ¿cómo podré comprenderle yo? Ese Dios que me sacará de manos de la miseria para dejar deslizarne en un sepulcro á donde bajaré yo con mi desgracia, con mi desesperacion, sin que me lleve allá el poder de resucitarme con una esperanza siquiera, ¿cómo podré amarle yo?

Ved el paraíso en las palabras. Y ¿en qué ha de parar? En zanjar-

nos un abismo que profundiza más y más, y de cuyo fondo me parece estar oyendo salir el ruido de los gemidos y de los suspiros, que parecen traer á la tierra ese infierno que nosotros, al menos, no lo creemos sino en el otro mundo. Pero tened bien entendido que el pueblo que no quiere creer en el infierno del otro mundo, no se decidirá por cierto ni resignará á aceptar el infierno de éste. ¿Le habeis prometido un paraíso? Monestar es que lo goce; y si le es necesario hacerse sobre ruinas, y si es necesario rociarlo con sangre, se abrirá paso por todo para tentar fortuna: trastornará la tierra de piés á cabeza, destruirá, y destruirá; porque no es capaz sino de destrucción; y este es el gran desastre que yo temía haceros ver en esta doctrina, que solo puede dar por frutos desolacion, ruina, muerte. Si; esta doctrina, una vez aceptada y propagada por el pueblo, á la manera que se entrega un ajusticiado en manos del verdugo, entrega ella las generaciones en las estrechuras mortales de un espantoso silogismo, que es el siguiente: Para los hombres que admiten y proclaman que el paraíso está en la tierra, su destino final en ésta es gozar; no es otra cosa, y esa es su postrimeria: es así que la ley suprema de todo ser es de arritar á su destino, es de vencer todo obstáculo á su último fin: luego, todo lo que ha de retrasar la llegada del paraíso á la tierra tiene que ser ilegítimo, y todo obstáculo que se oponga á la realizacion de la felicidad humana en la tierra ha de vencerse, aunque fuese á costa de despojo, carnaje y muertes. ¡Silogismo terrible, silogismo espantoso, silogismo homicida que tiene en sus premisas el goce, y en su consecuencia el asesinato! Silogismo espantoso, pero muy fácil de concebir, pero muy al alcance de un pueblo; y hay hombres que se ruborizan de reasumir en él la moral, la filosofía y aún el catecismo del pueblo. Es imposible, señores, salir de este silogismo, negar la legitimidad de su consecuencia. No podeis esquivaros de la mayor: si el paraíso está en la tierra, es necesario gozar en la tierra. Yo os desallo á que hagais comprender al pueblo su destino de otra suerte que consignándolo en esta divisa: El placer, el goce, la alegría universal.

Ved los resultados inevitables de la doctrina, si tal doctrina llega á ser aceptada, como ya está muy propuesta. ¡Oh sabios de la tierra! ¡cuán más sabia es que vosotros la religion de mi Dios! ¡Y cuánto siento, que la abundancia del asunto no me haya permitido desarrollar al mismo tiempo el misterio de la esperanza cristiana! Pero vosotros lo sabeis muy bien; este misterio puede resumirse en una sencillísima expresion: El paraíso, en el cielo. ¡Ah! no tenemos paraíso en la tierra, nó. Nosotros tambien oímos en el fondo de nuestro

corazon ese perpétuo y secreto gemido de todos los desterrados aquí; pero ¿no es verdad que tenemos nosotros un gran consuelo, y experimentamos una alegría inefable cuando, hallándonos desesperados por las realidades presentes, esperamos las realidades invisibles? Cuando nos aquejan grandes padecimientos y angustias, cuando nos parece que la realidad presente nos abruma y ahoga, queda todavia en lo interior de nosotros una fuerza que puede levantarnos hácia la felicidad haciéndonos mirar al cielo. Y cuando en coyuntura semejante en vosotros y en mí, queda esa tristura que se apodera del corazon del hombre al fin de cada cosa, cuando los hombres se han salido al encuentro por el corazon, cuando se han hablado y se han entendido; en fin, cuando se han grangado una de las mayores venturas de la tierra, todavia nos queda otra mayor que podemos y debemos prometernos: y es la dicha de volverse á ver, de reunirse, de abrazarse allá, en el paraíso, en aquel verdadero paraíso en donde las almas se unen y se abrazan para no separarse jamás!

## PARALÍTICO DE LA PISCINA.

(EL.)

*Erud quidam homo triginta et octo annos habebat infirmitate sua.*

*Et habet autem homo que triginta et octo años lucia que se hallaba enfermo.*

(JOANN. V, 5.)

El evangelista S. Juan nos dice, que en Jerusalem habia una piscina en cuyos pórticos yacia una gran muchedumbre de enfermos aguardando el movimiento de las aguas; pues un ángel del Señor descendia de tiempo en tiempo á la piscina, y se agitaba el agua; y el primero que despues de movida el agua entraba en la piscina, quedaba sano de cualquiera enfermedad que tuviese. Pasó por allí el Salvador, y viendo á un infeliz que treinta y ocho años hacia que se hallaba enfermo, le curó con una sola palabra. El curar un enfermo

solo, no fué ciertamente una cosa grande para el poder infinito de Jesucristo, que con una sola palabra podia curar todos los enfermos de la piscina; y fué muy poco para su infinita bondad el no haber curado, de tantos infelices, más que á uno solo. ¿Qué deberemos deducir de esto, sino que este poder y esta bondad infinita, lo mismo en el milagro presente que en todos los demás, ha cuidado más bien de instruir las almas en los misterios de la salvacion eterna, que de librar los cuerpos de las enfermedades temporales? Y con esto ha hecho el Señor una cosa mucho mayor, porque es una obra más grande y más propia de Dios el haber destruido los vicios de las almas inmortales, que el haber abuyentado las enfermedades de los cuerpos que tarde ó temprano debían morir. Si el Mesías se hubiese dedicado especialmente á mejorar la condicion corporal y terrena de los hombres, hubiera sido un Salvador como los nácios de los judios se lo figuraron y lo esperaron todavía, un salvador terreno, un salvador hombre; pero habiéndose ocupado principalmente de la salvacion de las almas, se mostró como se había anunciado el mismo á toda la desgraciada humanidad por medio de su profeta, un Salvador eterno, un Salvador Dios, el verdadero Salvador prometido.

Pues bien, de esta mision sublime, y digna solo de un Dios Salvador, de perdonar los pecados, de sanar las enfermedades de las almas que creyeron en él, nos ha dado una bella muestra, un magnífico preludio y una prueba de gran valor en el paralítico que curó milagrosamente en la piscina. Y esto es precisamente lo que vamos á ver en la explicacion de tan bello portento. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

4. Todos los Padres de la Iglesia, todos los intérpretes católicos han visto en este grande milagro que Dios obraba en Jerusalem, la figura de un gran misterio. Esta piscina, rodeada de cinco pórticos, representaba el pueblo judío, encerrado en el círculo de los cinco libros de la ley de Moisés, que lo libraban del pecado. Los pórticos de la piscina contenían una multitud inmensa de enfermos, sin curarlos, y esta circunstancia hacia conocer la indole de la ley, que acusaba y convenía á los pecadores, mas no podia por sí sola salvarlos de sus pecados. Esta inmensa turba de enfermos que, afligida por toda clase de enfermedades, yacia en los pórticos con el corazon triste y los ojos llorosos, fijos siempre en el agua milagrosa que podia curarlos, representaba la turba de judios fieles, que, como dice S. Pablo, estaban con los ojos del alma fijos siempre en el futuro Mesías, saludándolo desde lejos: *A longe aspicientes et saluantes* (Hean. xi),

como un enigma de misericordia y de perdon; y que, afligidos por no poder con sus solas fuerzas cumplir una ley cuyas palabras oían recitar diariamente, ansiaban la venida del Redentor, lo buscaban en todos sus sacrificios, y con todo el afecto de su corazon solicitaban el auxilio de su gracia. Esta multitud de ciegos, de cojos y de atreídos representaba con mucha más razon al pueblo gentil que al pueblo judío: los gentiles estaban ciegos, porque ignoraban hasta los primeros fundamentos de la verdad; estaban cojos, porque se habían hecho impotentes para practicar las mismas leyes naturales, de que conservaban algunas nociones confusas; estaban atreídos, porque el fuego del amor profano habia desecado en ellos todo sentimiento del amor divino: estos enfermos desgraciados solo podían ser curados por Jesucristo.

El ángel descendía visiblemente á la piscina para significar que el Verbo eterno, cubriendo su divinidad con el velo de su humanidad, habia de aparecer en el pueblo judío. El ángel agitaba el agua, y esto significaba que Jesucristo, con los prodigios que habia de hacer con las celestiales doctrinas que habia de enseñar, habia de agitar, como lo hizo en efecto, á los pecadores judios, que de aqui tomaron ocasion para perseguirlo y crucificarlo. Y en efecto, en el Evangelio se dice, que la sola noticia de su nacimiento turbó y desconcertó á Herodes y á toda la capital de los judios. El movimiento, pues, del agua significaba la pasion del Señor, que habia de cumplirse en la turbacion diabólica á que se abandonaría el pueblo judío; y por esto, bañarse en el agua movida, no es otra cosa que creer humildemente en la pasion del Señor. El movimiento y la agitación que el ángel producía en el agua le daba la virtud prodigiosa de curar al hombre que se sumergía en ella, por inveterada y peligrosa que fuese su enfermedad. Y cómo pueden leerse estas palabras, sin acordarse de las aguas del bautismo, que por la turbacion causada en ellas por Jesucristo, ó sea por su pasion, tienen la virtud, mucho más prodigiosa, de curar las almas de todos sus pecados? Por esta razon los Padres reconocen unánimemente en esta prodigiosa piscina una bella figura del bautismo. El paralítico que yacía treinta y ocho años bajo los pórticos de la piscina, significaba la humanidad pecadora, ó cualquier pecador oprimido por una multitud de pecados enormes. Treinta y ocho años habia estado allí inútilmente. No nos maravillemos de que entre la multitud innumerable de los enfermos de la piscina solo este paralítico atrajese sobre sí las miradas y la compasion del Salvador, supuesto que habia sido tan constante; porque entre los infelices que tienen tanta necesidad de la medicina celestial (y todos nos ha-

llamos en este caso), solo la obtienen aquellos que la imploran con constancia. Este enfermo, en sus bellas disposiciones, figuró las de los pueblos gentiles respecto al Mesías. Los judíos eran miserables, pero no conocían su miseria; y exceptuando algunos pocos justos, la generalidad de ellos no estaba ya con los ojos de la fe fijos en la misteriosa piscina, no suspiraba por la venida del Redentor para obtener la salvación. Por el contrario, la gentilidad, aún cuando doblemente impelida á la desesperación del divino auxilio por las supersticiones absurdas del paganismo y por las doctrinas desconsoladoras de la filosofía, no dejaba, sin embargo, de esperar en el Salvador venidero, cuya idea, aunque confusa, tenía en la mente y cuyo instinto tenía en el corazón; y desde la profundidad de su opresión espiritual elevaba un grito de dolor y un gemido de angustia, solicitando la venida del Redentor. No es extraño, pues, que habiendo nacido el Redentor entre los judíos, que aparentemente lo esperaban, mientras que en realidad temían su venida, cuya noticia les causó mucha turbación, los dejase en su corrupción y en su orgullo, y se presentase á los gentiles y les ofreciese curarlos por medio de sus apóstoles.

Un misterio profundo de misericordia fué figurado en la bondad con que este mismo Señor se presenta hoy al infeliz paralítico de la piscina, que yacía tantos años enfermo, abandonado de todos, y de ninguno compadecido. ¡Oh bondad, oh misericordia del Señor! Acercándose al lugar donde yacía el pobre paralítico, lo previene el mismo, y su misericordia se inclina á curarlo aún antes de que él se lo pida: y con un aspecto de bondad y de compasión le dice: «Desgraciado! ¿quieres conseguir la salud? Pero, Señor, ¿qué es lo que deites? ¿qué pregunta es esa? El lugar en que se encuentra, el estado del paciente, los trabajos que sufre, las palabras tristes y los suspiros ardientes con que se queja de su enfermedad, ¿no os dicen claramente, que este infeliz ninguna cosa desea más que verse sano? Sí; el Señor ve y sabe todo esto muy bien; pero la divina misericordia, después de venir la primera en busca nuestra, exige la fe y la oración para entregarse á nosotros, y á la oración y á la fe quiere el Señor excitar al paralítico con esta pregunta.

Yo creo que con esta pregunta, extraña á primera vista, ha querido el Señor hacernos conocer que esta corporal parálisis es una figura de la parálisis espiritual, respecto á la cual se debe comenzar por preguntar si que se halla enfermo si quiere ser curado. Porque si no hay ninguno que no desee sanar de las enfermedades del cuerpo, hay muchísimos que ningún cuidado tienen en procurar sanar de las enfermedades del alma. Es verdad que oímos suspirar á los pecado-

res; pero ¿quién es el que los retiene en las prisiones de sus pecados? ¿Es quizá una cadena exterior? ¿es acaso una necesidad interior? No; ellos no se hallan retenidos en la torpe enfermedad de que se lamentan sino por su voluntad, obstinada y dura como el hierro. Ellos se lamentan de sus males, y algunas veces desean y piden á Dios que los cure. Pero estos suspiros son hipócritas, estos deseos no son sinceros, estas oraciones son falsas; pronunciadas por la lengua, son desmentidas por el corazón; y cuando oran éstos, ninguna cosa temen tanto como el que Dios los oiga demasiado pronto, y los cure de las enfermedades de que se aquejan con un dolor fingido. Estas enfermedades son molestas, pero les son agradables; sienten todo su peso, pero temen verse libres de él; ven las llagas de su corazón verter sangre y podre, pero se complacen en verlo; están como degradados y envilecidos, pero se glorian de su estado.

¿Queréis una prueba de esta su voluntad depravada? El que desea verdaderamente ser curado comienza por privarse de todo aquello que le hace caer enfermo. Pues ¿por qué no se privan esos de las lecturas profanas, de los espectáculos corruptores, de las amistades licenciosas y de las conversaciones torpes con que su corazón se corrompe y su carne se rebela? ¿Por qué no se alejan de los teatros, de las reuniones, de los juegos, de esas atmósferas corrompidas, en que no se respira más que el aire contagioso y pestífero de la irreligión ó del libertinaje?

El que quiere ser curado, llama á los médicos, usa los medicamentos, adopta precauciones, se sujeta á curaciones largas, díficiles y muchas veces más dolorosas é incómodas que la misma enfermedad. Y por qué los pecadores no lo hacen así? ¿Por qué desprecian, por el contrario, la divina palabra, detestan las lecturas piadosas, odian la compañía de los santos, abandonan la oración y viven lejos de los sacramentos, verdaderas piscinas llenas de las fuentes del Salvador, y en las que ha infundido su misericordia la virtud curativa de su gracia; remedios poderosos, seguros é infalibles, que curan de todos los hábitos criminales, de todas las pasiones inveteradas y de todas las enfermedades espirituales? ¿Por qué no van en busca de ellas? Ellos son enfermos voluntarios; ellos están lánguidos, débiles y cubiertos de heridas y de llagas porque quieren. Y á éstos es á quien dirige el Señor su pregunta cuando dice: ¿Quieres ser curado?

A esta pregunta de Jesucristo responde al momento el paralítico: ¡Ay, Señor, yo quiero ser curado! Si no lo soy, es porque no puedo, es porque me hallo solo, y no tengo conmigo un hombre que cuando el ángel mueve el agua, me ayude á sumergirme en el milagroso ba-

ño. Mientras que yo me esfuerzo en arrastrarme por mi solo, otro más ágil que yo se arroja ántes y me arrebató el puesto y la curación. Entonces el Señor le dice: «Levántate, yo te lo mando; carga tu camilla sobre tus hombros y vete.» Como si hubiese dicho: «Hombre afortunado, ten valor. Si no tienes contigo un hombre, aquí está Dios en tu auxilio. En tu presencia, tienes el hombre por quien tantos años suspiraste en vano; el hombre que es al mismo tiempo Dios, y que te cura mucho mejor con un mandato que si tú te arrojas en la piscina. Levántate, pues, y anda.»

Este mismo discurso trata de dirigirlo hoy, en persona del paralítico, á toda la humanidad, que estaba representada en el paralítico. Ella, lánguida y afligida por cerca de cuatro siglos, buscaba el hombre que ayudase á curarla; esto es, el Hombre-Dios; porque el solo hombre, ó sea la ley judaica y la filosofía gentil, habían dado por desesperada su curación. Sion, ó la Iglesia judaica, había implorado á este Hombre-Dios por espacio de muchos siglos: ella tenía siempre su nombre en la boca y su deseo en el corazón. Y al fin consiguió ver nacer en su seno este hombre tan deseado. Pero no nació para ella sola, sino para la humanidad entera. Si no nos hallamos curados espiritualmente, si todavía no nos curamos, no podemos alegar la razón que alegó el paralítico, de no tener con nosotros el *Hombre*. Siendo nosotros cristianos católicos, tenemos siempre con nosotros este Hombre-Dios, porque él está siempre en la Iglesia, á la que tenemos la suerte de pertenecer. La piscina milagrosa de sus sacramentos está siempre abierta á todos, á todos es accesible y eficaz para curarlos á todos. ¡Oh grandeza, oh abundancia de la bondad divina! Aún cuando los hombres de todo el mundo viniesen al mismo tiempo, con las disposiciones debidas, á las cristianas fuentes de la gracia, todos, sin exceptuar uno, serían curados; semejante á la luz del sol, que alumbrá diariamente al mundo seis mil años há, sin haber disminuido en nada su abundancia ni su actividad, la operación del Espíritu Santo, la gracia que Jesucristo nos ha dejado en sus sacramentos, por muchos hombres que participen de ella; nada pierde de su riqueza ni de su virtud. No se necesita más que *querer*; querer sinceramente es la única condición que se exige para sanar; querer la curación es lo mismo que obtenerla. Esto es precisamente lo que ha querido manifestarnos el Señor en no haber buscado en el paralítico más condición que la de su voluntad para curarlo: *Vis sana fieri*. Quiso darnos á entender con esto, que él, por su parte, no nos falta; que está siempre pronto el hombre que debe sostener nuestros pasos vacilantes; para que podamos levantarnos; que está pronto el auxilio y el socorro,

yo no se espera más que nuestro deseo sincero y nuestra voluntad decidida. Ya habéis visto lo que sucedió al paralítico. Su respuesta á la pregunta del Salvador fué un deseo sincero, fué una petición humilde para que le curase. Y apenas había acabado de manifestar este deseo y de hacer esta petición, cuando la gracia de la curación llegó inmediatamente. Levántate, le dice el Señor; ya estás sano. Esta palabra imperiosa que resuena hoy en los pórticos de la piscina, salía una vez de la boca del Hijo de Dios, no ha cesado ni cesará jamás de tener en la Iglesia un eco omnipotente. Todo el que quiere ser curado de sus vicios, apenas se vuelve con toda su alma al Hombre-Dios, oye y siente la fuerza divina que le hace levantarse.

2. Después de haber curado el Señor al paralítico con la fuerza de su voz divina, le manda hacer dos cosas en prueba de la curación recibida; esto es, cargar sobre sus hombros su camilla, y caminar. Mas estos misteriosos preceptos fueron dados á aquel enfermo en favor del pecador, que estaba representado en él, y que, después de haber salido de la parálisis de sus pecados, es necesario que cargue también con su lecho y camine. En efecto, el lecho del alma es el cuerpo. Así es, que cuando el cuerpo está viciado y corrompido, el alma yace en él, como en un triste lecho, lánguida y enferma; y por lo mismo dice la Escritura, que el cuerpo corrompido agrava el alma. Cargar con su propio lecho significa, pues, levantar de la tierra y de la corrupción la propia carne, reducirla á la servidumbre y cautivarla bajo el peso de la mortificación cristiana. El Señor añadió también al paralítico: Y anda: *Et ambula*. Mas este segundo precepto, que podía parecer inútil para el paralítico, que seguramente después de haber sido curado no necesitaba que ninguno se lo mandase para abandonar la piscina; este precepto, repito, es de suma importancia para el pecador curado en el alma. A ti es ¡oh pecador resucitado ya á la gracia! á quien Jesucristo dice: *Ambula*. Sepárate de los lugares funestos, de las ocasiones peligrosas y de las compañías escandalosas, que te han tenido enfermo tantos años; no te pares jamás en el nuevo camino de la salvación eterna, que has empezado á seguir, sino, por el contrario, trata de corregir todos tus hábitos viciosos; no creas que lo has hecho todo con haber renunciado á los vicios; procura, por el contrario, caminar de virtud en virtud.

El paralítico, levantándose sano y vigoroso al mandato del Señor, cargó su camilla sobre sus hombros, y principió á correr por la ciudad. En vano los judíos envidiosos, no pudiendo negar tan estupendo milagro obrado por el Salvador, procuran ocultarlo y tescurecer su gloria, diciendo al paralítico que había sido curado: «Recuerda que

hoy es sábado, y no te es lícito andar vagando por la ciudad con tu camilla al hombro.» Pero él no los escucha, y se contenta con responderles: «El que me ha curado me ha mandado también que cargue con mi lecho.» ¡Bella respuesta! Todavía rudo en la fe, como judío, pero ya reconocido y alegre por la curación recibida; reconociéndose incapaz de disputar con aquellos maliciosos calumniadores y de darles la razón del precepto de Jesucristo, se pone á publicar el milagro. Fue como si hubiese dicho á los judíos: «El que ha obrado conmigo un milagro tan grande, tiene para mí más autoridad que vosotros; el que me ha dado la vida, tiene más derecho que vosotros á mi obediencia, y por lo mismo he debido obedecerlo á él más bien que á vosotros.» De la misma manera, nosotros en la práctica de la mortificación y de la penitencia, en el ejercicio de las virtudes cristianas, en la fuga de la remisión profanas, en el ejercicio de la oración y de la contemplación que nos proponíamos después de nuestra curación espiritual, no debemos dejarnos llevar de las habillitas ni de los respetos mundanos, de las acusaciones de nuestros compañeros antiguos en el desorden ni de las consideraciones de honor ó de interés terreno.

Habiendo preguntado los judíos al paralítico, quién era el que lo había curado, respondió: «Yo no lo conozco;» porque el Señor, apenas obró el milagro, se ausentó de la turba de enfermos que llenaba la piscina. Con esto quiso enseñarnos el Señor que entre la turba de los enfermos del alma, figurados en esos enfermos del cuerpo, entre la turba de los pecadores, en compañía de los malvados y de los impíos, no se puede elevar el hombre al conocimiento de Dios. Dios se halla en todas partes; pero, como sucedió al paralítico, no se puede ver este Dios ni unirse verdaderamente á él sino en su templo. Y en el templo precisamente fué donde poco después encontró Jesucristo al paralítico que había curado: *Postea invenit eum Jesus in templo.* Observad el bello ejemplo de reconocimiento y de piedad que nos dá este hombre; habiendo recobrado la salud, no se vuelve á sus vicios, no se abandona á la disipación ni á los placeres, no vaga por las calles y las plazas, sino que se dirige á dar gracias á Dios en su templo por el favor recibido. Pero Jesucristo, al encontrar al paralítico en el templo, se descubre y se manifiesta á él; así es que en el templo es donde el paralítico reconoce á Jesucristo por verdadero Dios y Salvador. Vedlo pues sin detenerse un instante salir en busca de los judíos, y decirles: «Queréis saber quién me ha curado? Pues es Jesús.» ¡Oh bello rasgo de reconocimiento y de amor! Después que ha conocido á Jesucristo, no puede contenerse, y siente una necesidad imperiosa de ir anunciándolo á todos. Notad también cuán bellas son estas pala-

bras: «Jesús es quien me ha curado.» Como hebreo de nación, sabía que el nombre de Jesús significa *Salvador*. Fué, por consiguiente, lo mismo que si hubiese dicho: El *Salvador* me ha *salvado*; yo he recibido la salud de aquel que es la *salud* personificada, que tiene la virtud de la salud, así como tiene su nombre.» Con esta su predicación quiso el paralítico, no solo glorificar á Jesucristo, sino también hacerse útil á los judíos, mostrándoles en Jesucristo, sino también médico celestial de las almas, no ménos que de los cuerpos, y exhortándolos á que recurriesen á él.

Pero ¡oh criminal obstinación de los judíos! En tanto que este su hermano les anuncia en Jesucristo el Salvador, ellos no piensan más que en calumniarlo y en perseguirlo como enemigo. Mas ¡qué bello espectáculo ofrece este hombre dichoso, llevando sobre sus hombros su camilla en señal del milagro que con él se ha obrado! Y superior al temor de ser perseguido por los judíos, y despreciando su envidia y su rabia, recorre las calles de Jerusalem predicando el poder y la gloria de Jesucristo, diciendo á cuantos encuentra, con el más vivo transporte de gozo y de reconocimiento: «Yo estuve paralítico treinta y ocho años, y Jesucristo me curó en un instante.» Dichosos nosotros si, llevando siempre la mortificación de Jesucristo, retratando su vida en nosotros mismos y en nuestras acciones virtuosas, superiores á las habillitas del mundo y á la tiranía de los respetos humanos, nos manifestamos celosos en hablar de Jesucristo, en predicarlo y en hacerlo conocer y amar más bien con nuestras obras que con nuestras palabras! Entonces indudablemente aseguraremos la vida eterna.

Cuando el Salvador encontró en el templo al paralítico á quien había curado, le dijo estas graves y terribles palabras: «Mira que ya estás sano; pero procura no volver á pecar, no sea que te suceda otra cosa peor.» Estas pocas palabras encierran sin duda lecciones muy importantes. Ellas nos indican claramente, que la larga enfermedad del paralítico había sido una consecuencia y un castigo de sus pecados; y como no podía recobrar la salud del cuerpo sin detestar los vicios del alma, por eso el Señor le tocó el corazón con su gracia; lo movió secretamente al arrepentimiento, y en tanto que curó exteriormente su cuerpo de la parálisis, purificó interiormente su alma de los pecados. ¡Y qué! proviene una consecuencia y las enfermedades de los pecados? No todas, pero la mayor parte de ellas. Esto nos enseña, pues, que si es verdad, como lo es en efecto, que Dios manda las enfermedades corporales por motivo de humildad, como á S. Pablo, ó para mejor ejercitar la paciencia y la virtud, como á Job, ó para que sirvan de corrección, como á Ezequías, ó para manifestar su gloria, como al

Ciego de nacimiento; la mayor parte de ellas son un castigo de los pecados. No hay un desórden más común que el de ver, que apénas nos sentimos levemente indispuestos en el cuerpo, cuando al momento recurrimos á los médicos y á las medicinas, mientras que, teniendo el alma enferma de muerte por el pecado, no sentimos ningún dolor ni se nos dá ningun cuidado. Y ¿qué es lo que hace muchas veces Dios? En pena del pecado del alma castiga con la enfermedad del cuerpo, á fin de que la enfermedad del cuerpo haga reflexionar sobre la enfermedad y las llagas del alma, y buscar el remedio y la curacion.

Pero, las palabras: procura no volver á pecar, no sea que te suceda otra cosa peor, contienen una segunda advertencia, todavía más importante; porque, ¿cuál puede ser esa cosa peor con que el Señor amenaza al paralítico curado, si vuelve á pecar? ¿Puede acaso un pecador encontrar en este mundo una pena de sus pecados peor que la de pasar cerca de cuarenta años, es decir, cuasi la vida entera, en el tormento, en la miseria y en la afliccion de una dolorosa enfermedad? Ciertamente que no. Pero si no puede ser castigado con más severidad en este mundo, puede serlo en el otro. Y con este castigo de la otra vida, en cuya comparacion cuarenta años de tormentos y todos los castigos posibles de la vida presente nada son; con este tormento de tormentos y con este castigo de castigos quiso amenazar el Señor en persona del paralítico al pecador reincidente y obstinado, que espera acabar de vivir para acabar de pecar; y al mismo tiempo quiso confirmarnos en la funesta y terrible verdad de que el castigo de la otra vida es gravísimo y eterno.

Justicia santa, justicia eterna de nuestro Dios! alejad de nosotros un mal tan grande. Mientras permanecemos en esta vida, tomad de nosotros todas las satisfacciones que os sean debidas. No nos perdonéis la cosa más pequeña, hacéd que os paguemos, hasta el último óbolo, la inmensa deuda que hemos contraído con vos por nuestras culpas. Castigadnos con las humillaciones, con las miserias, con las enfermedades y con la muerte. Nosotros lo aceptamos todo voluntariamente y con un ánimo reconocido y pronto, en este mundo; pero, por piedad, perdonadnos en el otro. Castigadnos, azotadnos, sacrificadnos á vuestro justo rigor en el tiempo; mas, por la sangre preciosa de nuestro Salvador, perdonadnos y salvadnos en la eternidad. Así sea.

## PÁRROCO.

(DISCURSO DE ENTRADA.)

I.

*Pro Christo letissime singimus.*  
Somos como vuestros embajadores en nombre de Cristo.

(II CORINT. V. 20.)

Mis muy amados feligreses, desde que la divina providencia en sus impenetrables decretos me hubo destinado á ser vuestro párroco, ansiaba el momento de ver un pueblo tan bueno y tan piadoso como el cielo queria confiarle. Obstáculos independientes de mi voluntad me lo han impedido por largo tiempo; pero estos obstáculos se han desvanecido en fin, y me ha sido dado venir á desahogar mi corazon en medio de vosotros, y á dar principio á las intimas relaciones que deben existir entre el pastor y su rebaño. Para hacerlo con acierto pidamos la gracia necesaria: A. M.

1. Hace mucho tiempo que yo os conocia, amados míos, y sabia que hallaria en vuestros corazones dóciles y almas generosas siempre prontas á escuchar la voz del deber y del consejo. Ya conocia yo las bellas instituciones que hacen honor á esta parroquia; y esos ángeles terrestres, personificacion viva de la caridad, de quien se las llama justamente hijas ó hermanas, siempre en accion para socorrer los cuerpos y las almas; y esas casas de retiro para las señoras cristianas; y (lo que debo contar entre mis más dulces complacencias) esos administradores de los intereses temporales de la Iglesia tan edificantes en toda su conducta, tan celosos por el bien, y tan prontos á secundar la voz del pastor. Yo conocia todas estas cosas, hermanos míos, y yo tengo un placer en publicarlas, porque las glorias de mi iglesia me son muy queridas.

Yo sostendré con todos mis esfuerzos todas estas bellas instituciones, rodeándolas de todo mi afecto. Con gusto os lo digo: no hay ni

una sola de las obras empezadas por mi santo predecesor, que yo no tenga ánimo de continuar. Quiero hacer todas las limosnas que le hacía: quiero mantener todas sus buenas obras, y así como su alma benigna aspiraba á acrecentarlas sin cesar, así yo aspiro también á proseguir su desarrollo y su progreso.

Ayer de mañana nada era yo todavía para vosotros, un extraño, un desconocido; pero desde el momento solemne en que el Obispo me ha instituido canónicamente por vuestro pastor, vuestra posición respecto á mí ha cambiado completamente; vosotros no debéis considerar en este acontecimiento más que al mensajero de Dios, al ángel del Señor. Mi misión cerca de vosotros no es terrestre, viene del cielo mismo; y el conducto por donde se trasmite esta misión celestial, es el Obispo que, á su vez, ha recibido la suya, aunque en una esfera más alta y más extensa, por el órgano del sucesor de S. Pedro, á quien se le dijo: «Así como mi Padre me ha enviado, del mismo modo os envío.» (Joán. xx, 21). De manera, amados hermanos míos, que por indigno que yo sea, tengo el derecho y el deber de deciros como Moisés: «Aquél que todo lo es, me envía cerca de vosotros.» *Qui est mihi me ad vos* (Exod. iii, 14). Como Juan Bautista: «Yo soy el precursor del Salvador, encargado de decir á todos, vez en grido: preparad el camino del Señor: haced derechos sus senderos.» (Marc. i, 3). Como S. Pablo: «Yo soy el embajador de Jesucristo cerca de vosotros, y es á Dios mismo á quien debéis respetar en mi autoridad, y es á Dios mismo á quien debéis respetar en mi doctrina.» *Pro Christo legatione fungimur tanquam Deo exhortante per nos* (Cor. v, 20).

Pero, si yo os tengo este lenguaje, no penseis que sea por elevarme yo mismo: esta dignidad me confunde y me deslumbra más de lo que me exalta, y me causa más vergüenza que vanagloria; y es digo estas cosas por vosotros y por vuestro interés, porque mi ministerio no puede seros útil sino en cuanto le miréis con los ojos de la fe, viendo en nosotros, no hombres, sino ministros del Dios vivo, mensajeros del cielo y ángeles del Señor cerca de vosotros.

Esta dignidad me confunde tanto más, cuanto que ella me impone deberes que me hacen temblar. Yo debí ante todo orar por vosotros, hermanos míos; porque habiéndome sido confiada vuestra salvación, y siendo la salvación obra de la gracia, solo por medio de la oración se consigue que descendiera del cielo esta gracia, de cuya ayuda he de servirme para lograr vuestra salud eterna. Ya esta mañana he ofrecido en ese altar el santo sacrificio por vosotros, y en adelante, todos los días de mi vida rogare por vosotros y colocare vuestros corazones sobre la sagrada patena al lado de la adorable Víctima, conjurando

al Señor á que amortigüe en vuestras almas el fuego de las pasiones, encendiendo en su lugar el de su santo amor; que fortifique vuestra debilidad, que os sostenga en vuestro abatimiento y que haga en fin de esta parroquia que me ha sido confiada, una parroquia santa, una parroquia de amigos de Dios y de almas fervorosas. Rogar por vosotros; he aquí mi primer deber, y le llenaré.

Mi segundo deber es el de daros ejemplo, y esto me confunde aún más. ¿Y cómo podré yo, en medio de todas mis miserias y de mis defectos, dar el ejemplo según se debe, marchar á la cabeza del rebaño y mostraros la vía con mi conducta? Hermanos míos, dos cosas hay, sin embargo, de las que yo me empeño en daros el ejemplo: la primera es la limosna. Sí, hermanos míos, yo me obligo delante de Dios á vivir y morir en pobreza dándole todo á los pobres, hasta el punto de no tener precisión de otorgar testamento por no dejar cosa alguna que legar. El segundo ejemplo que yo me encargo de daros, es el de la caridad. Sí: es mi voluntad amaros á todos en nuestro Señor Jesucristo, con toda la extensión de mi alma: quiero trataros con caridad, y siempre con bondad, y hacer un solo corazón y una sola alma de todos mis queridos parroquianos, á fin de conducirlos juntos al cielo, unidos por los lazos de la caridad de Jesucristo: *In vinculo caritatis Dei*.

Aún me que ha otro deber que cumplir: tal es el del celo sacerdotal. ¡Ah, hermanos míos! por salvaros y traer al seno de esta parroquia la felicidad de los antiguos días de nuestro cristianismo primitivo, si, estoy pronto á ofrecer mi vida; si, yo derramaría por un fin tan bello toda mi sangre como si fuese una gota de agua. A lo ménos, desde este instante, no me pertenezco ya á mí mismo: todo soy vuestro. Al constituirme vuestro pastor, he dejado de pertenecerme, y la existencia de mi vida se dedicará entera en beneficio vuestro; el tiempo, la buena salud, la fuerza, la existencia misma, todo es vuestro. Durante treinta años he predicado á los sacerdotes sobre esta vida sacrificada al deber; yo quiero, y cuento para ello con la divina gracia, que mis acciones no estén en contradicción con mis palabras, ni que mis discursos pasados se avergüencen en presencia del ejercicio de mi presente ministerio. Para llenar este gran deber me hallareis quizás, hermanos míos, muy avaro del tiempo que habría necesidad de invertirle en cosas inútiles y en placeres; pero me veréis prodigo cuando se trate de vuestra salvación. Me encontraréis, puede, en vuestras sociedades ménos veces de las que lo desistis; pero la iglesia y el santo tribunal de la penitencia, los pobres, los enfermos y los afligidos de toda especie cuyo número ¡ay de mí! es tan grande, me

verán con más frecuencia. Todas las privaciones serán para mí otros tantos goces, con tal que ningun necesitado se escape á nuestra solicitud y á nuestro cariño.

2. Tales son, hermanos míos, los deberes que tengo que cumplir respecto á vosotros; pero permitidme que os lo diga: á mis deberes respecto á vosotros corresponden los vuestros respecto á mí. Estos son primeramente el respeto á mi carácter pastoral y á los que parten conmigo las funciones de mi ministerio. Si yo os llamo hácia vuestros deberes, hermanos míos, es porque nuestro ministerio no puede sero útil, sino según la medida de respeto y de consideracion con que vuestra fe le rodea. Y ¿cómo es posible que si no nos mirais más que como hombres, y si en vosotros no veis los hombres de Dios, os atrevais á descuir en el santo tribunal de la penitencia los secretos más penosos de vuestra conciencia? ¿Cómo es pues posible, que si no veis en nosotros los hombres de Dios, escuchéis nuestra palabra con ese respeto, con esa sumision con que solamente puede ser provechosa? Si no veis hombres de Dios en nosotros, ¿cómo habéis de obedecer nuestras prescripciones? ¿y quién soy yo entonces para mandaros ninguna cosa? Yo no tengo el derecho de hacerlo sino como el enviado de Dios, en tanto que respetáis en mí al hombre de Dios. Todos nuestros sacramentos, nuestro ministerio, la predicacion de la divina palabra y todas esas cosas santas, todos esos altos misterios carecen de sentido para vosotros mientras no veais en nosotros los ministros del Dios vivo, los ángeles del Señor. Vosotros debéis pues, en vuestro interés más preferente, respetar profundamente nuestro carácter, y haceros partícipes de los sentimientos que animaban á S. Francisco de Asis, cuando decía: «Si yo caminara to encontrara al paso un ángel y un sacerdote, me prosternaria desde luego á los pies del sacerdote como personaje más augusto, y el ángel del Señor recibiria los homenajes de mi respeto en segundo lugar.»

Vosotros debéis, lo segundo, ayudarme, hermanos míos, y secundarme con vuestro celo. Padres y madres de familia, vosotros debéis ejercer el sacerdocio en el interior de vuestras casas; vosotros debéis ser los apóstoles de vuestros hijos, inspirarles temprano el santo temor de Dios, y su amor con preferencia: formarlos en la piedad, darles buenos ejemplos, alejarlos de las malas compañías, y reflexionar en que su alma os está confiada, y que de ella tendréis que responder delante de Dios. Por esa parte vosotros me secundaréis en mi ministerio. Amos y amas, vosotros debéis velar á vuestros criados y sirvientes, y que cumplan con los deberes de cristianos, porque el Apóstol os grita, que aquel que no tiene cuidado de la salvacion de

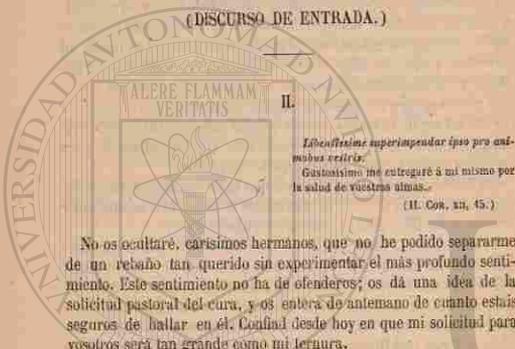
sus siervos, es mirado como infiel. Por donde quiera que veais á alguno que sea dual al las prácticas de la religion, si tenéis alguna influencia sobre él, si podéis ejercer algun imperio sobre su alma, debéis ponerlo en uso para atraerlo á la religion, porque Dios ha encargado á cada uno la salvacion de su hermano. Si sabéis que alguno está enfermo, debéis tratar de persuadirlo que recurra al ministerio del sacerdote: debéis avisarnos desde el momento en que lo sepáis, que hay un enfermo cuyos parientes no piensan en llamar un sacerdote, y usar de toda vuestra influencia para determinar al paciente á que admita los socorros de la religion. ¡Estos pobres enfermos no tienen ya quizá más que algunos momentos, y el último va á decidir tal vez de su eterna suerte! ¿Cómo poseeréis la caridad cristiana, hermanos míos, si no ejercéis toda vuestra influencia para salvarlos, procurándoles los socorros de la religion?

En fin, hermanos míos, es preciso que todos unidos os pongais á trabajar de comun acuerdo para extender el amor, el conocimiento y el servicio de Dios. Este es vuestro segundo deber.

Debéis en tercer lugar, rogar por nosotros. ¡Ah, queridos hermanos míos! Ya que me veo cargado, ahumado bajo el peso de tantos deberes, ayudadme con el auxilio de vuestras oraciones, dirigid una más al corazón de Jesús, cuya solemnidad celebramos hoy. Orad, orad diariamente por mí como yo lo haré del mismo modo por vosotros, á fin de que Dios me conceda la gracia de llenar mi mision de una manera venturosa para vuestra salvacion, y venturosa tambien para la religion: así, queridos hermanos míos, nosotros nos amaremos todos en el Señor, y despues de habernos amado en la tierra, iremos á continuar amándonos en el cielo. Esta es la gracia que yo os deseo con toda la efusion de mi alma. Amen.

## PÁRROCO.

(DISCURSO DE ENTRADA.)



No os ocultaré, carísimos hermanos, que no he podido separarme de un rebaño tan querido sin experimentar el más profundo sentimiento. Este sentimiento no ha de ser indiferente; os dá una idea de la solicitud pastoral del cura, y os entera de antemano de cuanto estais seguros de hallar en él. Confiad desde hoy en que mi solicitud para vosotros será tan grande como mi ternura.

Enviado á esta parroquia por la voluntad del primer pastor de la diócesis, he obedecido á su voz como á la del mismo Dios de quien es órgano, confiando en aquellas palabras de Jesús á sus discípulos: *Non vos me elegistis, sed ego elegi vos, et posui vos ut eatis et fructum afferatis* (JOHNS. XV, 16).

He venido á esta parroquia bendiciéndola, llamando sobre ella todos los dones del Padre de las misericordias y de las mercedes. He impetrado que pastor y rebaño vivan juntos en la paz del Señor: *pax vobis*; que se apoyen uno á otro para caminar en la difícil senda de la salvación; que el ministro del Señor sea para vosotros un nuevo Moisés que os haga atravesar á pié enjuto el mar Rojo, y recorrer sin peligro los escabrosos senderos del desierto; y que vosotros mismos seais Israel siempre dócil á su voz para llegar al fin á la tierra prometida. Así el Señor me haya oído y atendido. A. M.

1. Hoy, que me es dado abrirnos mi alma, amados feligreses, no puedo menos de manifestaros lo viva que ha sido mi emoción al saber los votos que por mí habeis hecho, y al ver la solicitud y alegría que

habeis mostrado cuando me he presentado en medio de vosotros. Habeis visto en mí á un amigo y á un padre; me habeis recibido como á uno de los vuestros. Esas lisonjeras demostraciones no han contribuido poco á reanimar mi valor, á hacerme apreciar las buenas disposiciones de vuestras almas, y á infundirme la esperanza de que podré cultivar con fruto la nueva viña que el Señor se digna confiarme. ¡Gracias sean dadas á su providencia! ella ve mi corazón, vuestras intenciones, y sabe que son puras; así os devuelva centuplicados los dulces goces, los santos consuelos que hoy habeis dado á vuestro nuevo pastor!

SENTIMIENTO RELATIVO AL PREDECESOR. Pero, antes de continuar, hoy que vengo por primera vez á desempeñar mi sacerdocio en una parroquia fecundada por los sudores de tantos virtuosos curas, siento la necesidad de abrir mi corazón y decirlos cuán dolorosa nos ha sido á todos la pérdida que acabais de experimentar en la persona de mi venerado predecesor. Su muerte ha llenado de duelo la diócesis. Sus cofrades, para quienes era un ejemplo de celo y santidad, le han llorado como á su mejor amigo. Dura ha sido la prueba que habeis sufrido en tan cruel circunstancia. Su larga carrera en medio de vosotros os habia dejado tiempo para apreciar su grandeza de alma, su alto saber, su admirable talento, su noble corazón, y todas aquellas virtudes que formaban de él el ornamento del sacerdocio.

Sabemos, hermanos míos, lo que tenéis derecho á esperar despues de la larga serie de dignos ministros del Señor que se os ha concedido, y especialmente despues del que estoy llamado á reemplazar. ¡Ah! yo vengo á vosotros lleno de las virtudes y de los conocimientos que tan eminentemente distinguieron á mis ilustres predecesores. Tampoco poseo los talentos necesarios segun el mundo para hacer grandes cosas; pero tengo confianza en el que me envia. Dios, que penetra los corazones y los afectos más íntimos, sabe que no me he nombrado á mí mismo. Séame pues permitido repetir con S. Leon: *Aquel de quien viene la carga será mi sosten y mi auxilio, y para que un hombre tan débil no sucumba bajo el peso de tan gran carga: el mismo que me ha conferido la dignidad me conferirá igualmente la fuerza* (S. LEO. SERM. DE ANNOV. ASSUMPT. S. L.). En vez de dones más brillantes que no pudiera ofrecerlos, os profesaré un amor vivo y sincero, os consagraré enteramente lo poco que he recibido y todo lo que soy; y tal vez este ardiente amor de padre, esta renuncia á todo interés propio por los nuevos hijos que Dios me dá, me obtenga las gracias necesarias para satisfacer sus necesidades.

Un corazón de sacerdote ¿no es un corazón de caridad? Y el su-

cordote por excelencia, el divino Redentor ¿no era el amor que vivía entre los hombres? Y como dice S. Juan: *¿No hemos participado todos de su plenitud* (JOANN. I, 16)? ¿No es una misión de amor la que nos dio en la persona de sus apóstoles? ¿No les encomienda la observancia de sus preceptos en nombre del amor? *Si me amáis, les dice, guardad mis mandamientos* (JOANN. XIV, 15). ¿Y qué mandamientos? El mandamiento que os doy es *amaros unos á otros como yo os he amado*. Así es, que el discípulo querido de Jesús, el que en la víspera de su muerte había descansado sobre su corazón, y que después gobernó tanto tiempo la Iglesia de Efezo, no tenía en sus últimos días más palabras que decir á la dichosa familia de que era padre, que estas: *Hijos míos, amaos unos á otros: Filii, diligite alterutrum* (S. HIERON. IN GAL. VI).

Y yo también, carísimos hermanos, os repito esas palabras en todas las formas, y osco vírgilmente haceros sentir sus consoladores efectos en todo el curso de mi ministerio. Vuestro pastor se debe á todos, y procurará hacerse todo para todos: *Omnibus omnia factus sum* (I Cor. IX, 22).

Yo me haré todo para todos, por salvarlos á todos, si es posible (I Cor. IX, 22). El ministerio que se me ha confiado es un ministerio de reconciliación. Lo he recibido del Pastor supremo, del que vino á la tierra á dar la paz al mundo. No ignoro de que espíritu soy, y os comunicaré los dones de Dios con la mansedumbre evangélica que caracteriza á los enviados del Señor.

A mis ojos, como á los del Apóstol, no hay judío ni gentil; todos sois individuos de una misma familia. No puedo ver en vosotros más de lo que sois en Jesucristo. Así es, que mi voz será una voz amiga, escuchada de todos, según confío, con religiosa docilidad; pues siempre usaré el lenguaje del Evangelio y os hablaré de los deberes de la vida cristiana. La única influencia á que aspiro es la que os moverá á amaros unos á otros con el amor de que nuestro Salvador nos ofreció un modelo tan perfecto (JOANN. XVI, 12).

2. No puedo dudar, hermanos míos, de que al venir á esta parroquia no he de tener un ministerio infructuoso. La bendición acompañará mis pasos y llenará cada vez más vuestras almas con la gracia de Jesucristo.

Después de poner mi confianza en la legitimidad de mi misión, no ambicionada ni solicitada por mí, la pongo en la conciencia de vuestra adhesión á la causa católica, de vuestro amor á la Iglesia, de vuestro afecto á vuestros pastores.

La pongo especialmente *en las grandes cosas que me han dicho*

de vuestra piadosa fidelidad como guardadores del santo depósito de doctrina y de tradiciones que habeis recibido de vuestros padres. Mi oración se ha recojido y edificado en gran manera al saber que esta parroquia, en donde la verdad cristiana echó en los tiempos más remotos tan profundas raíces, se cultre todavía con los mismos frutos que la valieron en todas épocas tan pura fama de fervor católico; que la caridad, compañera inseparable de la verdadera fe, multiplica en ella bajo todas las formas y con inagotable fecundidad todos los medios de ilustrar la ignorancia, corregir los vicios y aliviar los males de la misera humanidad; que los progresos de la época, ni las vicisitudes políticas, no han entibiado vuestro celo evangélico, no han alterado la constitución moral, el temperamento cristiano, salud de las almas y verdadera fuerza de un pueblo; y que por último, yo hallaría entre vosotros, en medio de las perfecciones y prosperidades de la vida material, la sencillez de costumbres, el culto del hogar doméstico, los usos hospitalarios, los hábitos religiosos y el respeto á las cosas divinas y al sagrado ministerio que embellecen siempre las parroquias profundamente católicas. ¡Con qué edificación pues disfrutaré, carísimos hermanos, del espectáculo de vuestra religión y piedad!

Yo aplaudiré vuestra piadosa emulación por el ornato del lugar santo y la decoración de los altares, el sosten de las escuelas, y de las obras de caridad. Os exhortaré con el Apóstol á *desterrar de vosotros toda malicia*, y hacer que triunfe en vuestros corazones el amor de Jesucristo (ROM. IV, 5). Os encomendaré el amor de Dios, su reino, su justicia, lo que es preciso buscar ante todo (MATT. VI, 33); el amor al orden, el respeto á las leyes, *que hace*, dice el Sabio, *felices y florecientes á las naciones* (PROV. XIV, 34); la obediencia á los magistrados, cuyo carácter honorable y benévolo disposiciones por el culto sagrado os llenan de confianza.

¿Qué me falta, hermanos míos, sino llamar sobre las primicias de este ministerio pastoral entre vosotros las bendiciones del Omnipotente, de quien proviene toda gracia (LUC. I, 17); y comenzar esta carrera pastoral bajo los auspicios de la gloriosa Virgen María y del santo patron de la parroquia?...

## PÁRROCO.

(DESPELIDA DE UN)



Mi cariño pastoral, carísimos hermanos, solo había de cifrarse en vosotros; tal era el sentimiento íntimo de mi corazón. Yo esperaba trabajar hasta el fin por la santificación de vuestras almas, y esta esperanza tan legítima os la había yo manifestado más de una vez, al par que mi extremada repugnancia en ir nunca á profigar en otra parte mis cuidados y solicitudes. Y sin embargo, es fuerza que me separe de vosotros para dedicarme á otro apostolado. No he podido menos de obedecer. ¡Cuán lejos estaba de preverlo! Hoy nuestro Obispo ha roto nuestros lazos para darme otros; consumado está pues mi sacrificio. Hoy es la última vez que oís la voz del que fué vuestro pastor. Mi corazón necesita espaciarse, y en esta expansión hallará un verdadero consuelo.

4. Espero que mi permanencia entre vosotros, se habrá señalado por algún bien, del cual estoy muy lejos de gloriarne. Solo á Dios lo atribuyo, á Dios su autor único. ¡Bendita sea siempre por esta razón su suprema misericordia, que se complace en valerse para cumplir sus designios de los instrumentos débiles! Así conozco más mi insuficiencia.

Ya sabéis, carísimos hermanos, lo que para vosotros he sido desde que me encargué de la administración de esta excelente parroquia. Mi conducta ha sido siempre la misma. Héme identificado con todos vuestros intereses; ante todo quería la salvación de vuestras almas:

*Vos scitis, à prima die qua ingressus sum, qualiter vobiscum per omne tempus fuerim.* Ya sabéis que nunca me han detenido las dificultades que podían ofrecer las circunstancias. No ignoraba que el bien nunca se hace sin obstáculo, y estaba seguro de que mis intenciones acabarían siempre por ser comprendidas, y que mi perseverancia obtendría los resultados más felices. ¡Me he equivocado? *Vos scitis*, vosotros lo sabéis.

Vosotros me haréis justicia, hermanos míos: de mis labios han salido siempre palabras de paz, fiel expresión de los sentimientos de mi corazón. En medio de vosotros no he sido sino el ministro del Evangelio. Extraño á cuanto no tenía relación con mi santo cargo, hubiera querido apagar todos los odios, poner fin á todas las divisiones, y neutralizar todas las susceptibilidades.

También sabéis que ninguno de vuestros intereses me ha sido indiferente. ¡Por qué no me ha sido posible daros á todos pruebas particulares de mi afecto! Si no he podido consolar todas las aflicciones, satisfacer todas las necesidades y aliviar todas las miserias, á lo ménos habéis visto mi solicitud, mis esfuerzos, mis sacrificios en todas las circunstancias para vosotros instantas. Sí, vosotros lo sabéis, y Dios es testigo, de que me he consagrado enteramente á la obra de la predicación, al adorno de los altares, al embellecimiento del culto, á la vigilancia respecto de vuestros hijos, á la reprensión de los extravíos de la juventud, á la extinción de las discusiones, á la visita de los enfermos, á la limosna que me era posible hacer á los pobres, y á todo género de solicitud pastoral. Nunca os han faltado las pruebas de mi adhesión y amor. ¡Por qué no han sido más eficaces! Mi solo pesar ha sido no haber podido hacer más: Bien lo sabéis: *Vos scitis*.

No se como expresaros cuanto agradezco los numerosos testimonios de afecto que me habéis dado durante los años pasados entre vosotros y particularmente estos últimos días, que para mí han sido á la vez tan penosos y tan consoladores, y cuyo recuerdo no se borrará jamás de mi corazón; estad seguros de ello, amados feligreses, de quienes nunca hubiera querido separarme...

Me llejo cuando ya solo me faltaba, en cierto modo, recoger: mi corazón se abría confiadamente á este pensamiento, y proclamaba que iba á saborear los frutos de mi solicitud; pero las miras de la Providencia eran diferentes. Me llaman á otra parte, y he de plegar mi tienda para ir en busca de la nueva herencia que el Señor me destina. Las esperanzas que concebí al oír decir tanto bien de las comarcas á donde voy á ejercer mi celo, no pueden mitigar el sentimiento que me causa esta separación, y al que tan justos derechos os asisten.

Cedo mi puesto al pastor que os reserva la Providencia. En él hallareis los talentos y las virtudes que me han faltado. Él hará cuanto yo hubiera querido hacer; reparará las faltas que yo haya podido cometer, y hará que prospere cada vez más el estado de la parroquia. Sin duda apreciareis su mérito y se lo probareis procurando el más dulce consuelo, el de veros corresponder fielmente á sus desvelos. Mi ausencia redundará pues en provecho vuestro, resultando para vosotros un bien real. El pastor que quis á tener superará mucho al que va á dejaros. Con todo, no podrá abrigar mayor deseo del bien, ni un corazón más afectuoso. Id á él confiados, concededle toda la estimación y aprecio que os habéis dignado concederme; recibidle con amor; es de hoy más vuestro buen padre, que irá delante de vosotros para enseñaros la senda de las colinas santas, el camino de la verdadera patria.

2. A LOS NIÑOS. Tiernos niños, amados de Jesucristo, y también de nosotros. Yo os recibí á la puerta del templo á vuestro nacimiento derramé el agua santa sobre vuestras frentes. Os he visto sobre las rodillas de vuestras piadosas madres, aprendiendo á pronunciar el dulce nombre de Jesucristo. Os he visitado en las escuelas, os he iniciado en la enseñanza de la fe. Mi dicha era veros, preguntaros, encaminaros al bien, hablaros de vuestra candor é inocencia. Hoy os repito por última vez lo que tantas veces os he dicho: conservad cuidadosamente todas las virtudes de vuestra edad: la mansedumbre, la modestia, la piedad, el candor, la sencillez, el amor de Dios, la obediencia. Otro pastor acabará lo que yo he empezado; yo he sembrado y regado por él; él acabará el cultivo; pero sedle muy adictos, amad al buen padre que Dios os envía, id solícitos á recibir sus lecciones y seguid sus pasos en el camino de todas las virtudes.

¡Dios os guarde y os ame! Adios...

En cuanto á vosotros, los de más edad, á quienes mi mano ha distribuido por primera vez el pan de los ángeles, ¡qué de consuelos y esperanzas me habían dado vuestras virtudes y buenas disposiciones! Me separo de vosotros, pero con el alma conmovida! ¡Oh! acordaos del gran día! Acordaos de vuestras promesas!... y rogad alguna vez por el pastor que presidió la más hermosa fiesta de vuestra vida y se desveló para hacerlos hijos de Dios...

A LA JUVENTUD. Adios, juventud cristiana; vosotros por quienes tanto he rogado, porque os hallais en la edad del peligro; vosotros que tan vivamente escitabais mi interés; vosotros por quienes parecía acrecentarse mi celo. Pero no debo despedirme de vosotros: ¿quién podría dejaros sin caer en falta, á vosotros que tenéis tanta necesidad

de guía en vuestro camino lleno de peligros; Desde hoy os confío al santo sacerdote que Dios os envía. Sed dóciles á sus lecciones, escuchadle con el más religioso respeto cuando os hable de la virtud que os hará santos.

A LOS PADRES. Yo llevaba con vosotros parte de la carga. Vuestros hijos eran también los míos ante el Señor. Al dejaros, os digo que os acordéis de la grandeza de la misión de que Dios os ha encargado; vigiland por vuestros hijos; sed su ejemplo; y al seguir vuestras huellas, sigan la senda de la salvación.

A LOS ANCIANOS. Adios, y quizá para siempre, amigos venerables, hombres de buen consejo, cristianos fervorosos, ejemplo de piedad para las jóvenes generaciones. ¡Así trascurren tranquilamente vuestros años!

Adios á todos, pues á todos os quiero; todos hemos orado juntos, vivido juntos, gemido juntos, cantando juntos las alabanzas del Altísimo...

¡Oh Dios, Padre tierno y clemente! dignate en este momento, en esta hora de separación, bendecir al pastor y al rebaño! ¡Cubreles con tu amor y misericordia, santifícales y sálvalos á todos!

¡Ángeles tutelares de esta parroquia! continuad velando con tierno interés por esta gran familia confiada á vuestra guarda. ¡Santos patronos! róclamo en su favor vuestra asistencia. Pero sobre todo, á ti me dirijo, ¡oh María, tierna Madre nuestra!

A mi vez os pido vuestros piadosos sufragios. ¡Oh! no me neguéis ese testimonio de vuestro afecto...

## PASIONES.

(MORTIFICACION DE LAS)

*Domine, salva nos, perimus.*  
*Señor, salvanos, que perecimos.*

(MATEO. VIII, 25.)

El Evangelio nos dice, que pasando un día Jesucristo con sus discípulos el lago de Genesareth, llamado por otro nombre el mar de Galilea, se levantó una tempestad tan recia, que las olas cubrían la barca en que iban. Mas, en medio de esta tempestad, Jesús estaba durmiendo á consecuencia de la fatiga del camino y del trabajo de la predicación; pero voluntariamente, para probar con esta ocasión la fe de sus discípulos, y manifestarles que era no menos poderoso su dominio sobre los cuerpos que sobre los espíritus, Los discípulos le despertaron alarmados, gritando: ¡Señor, salvadnos, que perecemos! Jesús, despues de haberles echado en cara su temor y su poca fe, se pone en pie, manda á los vientos y al mar que se apaciguaran, y al punto siguióse una gran bonanza. De lo cual asombrados todos los que estaban allí, exclamaron: ¿quién es este, que con tanto imperio manda á los vientos y al mar, y que con tanta prontitud es obedecido?

Esta tempestad con que el Salvador quiso probar la fe de los apóstoles, es como una imagen de las perturbaciones que causan las pasiones, cuando alteran la paz y la serenidad de una alma. La mar no es combatida con tanta furia por los vientos, ni los naufragios que en ella se experimentan son tan frecuentes ni tan peligrosos, ni el estado de los que se hallan en una barca sin vela, ni mástil, no es tan funesto ni tan digno de compasion, como el de tantos cristianos, que expuestos á la violencia de sus pasiones, perecerian indubitavelmente, si no despertaran á Jesucristo dormido dentro de sus mismos corazones, pidiéndole con fe viva se apiade de ellos; y si esta adorable Salvador, oyendo sus oraciones, como oyó las de los apóstoles, no mandara á los vientos y á la mar que se calmasen: *Imperavit ventis, et mari, et facta est tranquillitas magna.* Quiero pues hablarlos hoy sobre esta tempestad de las pasiones, haciéndolos ver, primero:

Los motivos que nos obligan á reprimir nuestras pasiones. Y luego: Los medios de que nos debemos valer para reprimirlas. Imploremos la gracia necesaria. A. M.

1. Es necesario domar las pasiones. Esta es una máxima moral á que asentimos con dificultad; no obstante, S. Pablo nos la enseña, y nosotros no podemos dudar, que solo conformándonos con ella podemos ser miembros de Jesucristo: *Qui sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis, et concupiscentiis* (GALAT. V, 24). Sin la mortificación de las pasiones no hay ni conversion sólida, ni virtud perfecta, ni paz que sea verdadera. Para convertirse y emprender una nueva vida, es necesario hacer guerra, no solo al pecado, sino tambien á todo lo que nos induce á pecar. Mortificad, nos dice el Apóstol, los miembros de ese hombre terreno, que llevais con vosotros mismos, la fornicacion, la impureza, el amor al placer, los malos deseos (Colos. iii, 5). ¿Comprendois, hermanos míos, lo que no quiere decir S. Pablo? En esto nos enseña, que la ocupacion de un cristiano en esta vida, debe de consistir en destruir en sí mismo dos cosas: la primera es el pecado, de modo que ni sea avaro, ni impudico, ni colérico, ni blasfemo: *Nunc autem deponite et vos omnia, iram, indignationem, malitiam, blasphemiam, turpem sermone[m] de ore vestro* (Colos. iii, 8). Dejad todos estos pecados, pues uno solo de ellos es capaz de perderos para siempre. Harlo mejor os seria, hermanos míos, que vosotros los malacéis con la mortificación, que el dejar os causen la muerte ellos mismos. Mas no penseis haber satisfecho á vuestra obligacion con hacer guerra á los vicios, es necesario, además de esto, pelear con las pasiones que os conducen á ellos: *Mortificate libidinem, et concupiscentiam malam* (Colos. iii, 8). Este es el punto en que se falta particularmente, imaginando que hasta evitar ciertos pecados groseros. Yo no soy, dice cada uno de vosotros, ni ladrón, ni adúltero, ni vengativo, etc. Pero por lo que toca al pensamiento, ó deseo de pecar, ó de las pasiones que me inducen á ello, no firmo el menor escrúpulo. Falso á la verdad, no es estar perfectamente convertido, porque habeis dejado el fuego cubierto con la ceniza: y así, el primer objeto encenderá de nuevo la pasion que lo abrasará todo. Por esta razon dice el Espíritu Santo, hablando de un hombre que se deja vencer libremente de sus pasiones, que los desarreglos de la juventud penetrarán hasta el interior de sus huesos, y reposarán con él en el polvo del sepulcro: *Ossa ejus implebuntur vitiis adolescentiæ ejus: et cum eo in pulvere dormient* (JOB. xx, 11).

No es posible agradar á Dios los que son esclavos de sus pasiones y de su carne: *Qui autem in carne sunt, Deo placere non possunt* (Rom. viii. 8). Y sinó señalárame un hombre en la serie de todos los siglos pasados, que haya hecho algunos progresos en la piedad y perseverado en la gracia sin haber domado sus pasiones. Mostradme uno solo que haya sido siempre fiel en el cumplimiento de sus obligaciones por algún otro camino. Yo no ignoro, que hay otros medios para llegar á ser justo: pero me atrevo á decir, que sin la modificación de nada sirven. Absteneos y ayunad cuanto quisieréis; pero ¿de qué os servirán esos ayunos y esas abstinencias, dejando libre vuestra lengua para murmurar, jurar, etc.? Llorad en hora buena vuestros pecados á los pies de un crucifijo; pero mientras no sacudais el yugo de vuestras pasiones, esas lágrimas son estériles é infructuosas. ¡Ay, qué de lágrimas perdidas, y autoridades mal recompensadas! ¡Ay de tantos cristianos, que por no haber querido oponerse á sus deseos desregulados, se hallarán en el tribunal de Dios sin recompensa! Presentarán sus limosnas, sus ayunos, sus oraciones, y dirán, como decía en otro tiempo, en nombre de los judíos, el profeta Isaias: *Quare jejunavimus, et non aspexisti; humiliavimus animas nostras, et non nocuisti* (Isa. lviii. 5). Hemos ayunado: ¿por qué no contais con nuestros ayunos? Hemos humillado nuestras almas; ¿por qué haceis el desentendido? Pero ¿qué pensais responderá Dios á estos semi-cristianos? Lo que respondió á los indios: *Ecce in die jejuni vestri invenitur voluntas vestra*. Verdad es que habeis ayunado; no puedo negar que os habeis humillado, habeis orado, habeis dado limosnas: todo esto es cierto; pero tambien es indudable que vuestra propia voluntad se ha hallado siempre en todas vuestras acciones: que vuestras pasiones no han sido mortificadas, que no habeis sido ni ménos soberbios, ni ménos pleiteantes, ni ménos quimeristas.

Tambien es necesario resistirlas para poder gozar verdadera paz: *Qui facit peccatum verus est peccati*, dice Jesucristo en su Evangelio (Joan. viii. 54). Para comprender esta esclavitud, observad cuál es la condición de un esclavo: es un hombre que trabaja sin cesar; sus ojos, sus manos, sus pies, su corazón, su espíritu, están siempre inquietos; pero solo el señor recoge el fruto de estos trabajos; siempre como espantado, imaginándose tiene á cada momento delante de sí á su desapiadado señor descargando sobre él el azote. Ved ahí el estado de un pecador; con la advertencia de que tiene aún ménos sosiego que el esclavo, porque éste solo está sujeto á un señor; pero el pecador tiene sobre sí otros tantos tiranos cuantas son las pasiones desarregladas á que obedece. A todas partes lleva consigo su fuego,

su suplicio, su infierno. Vosotros me habeis abandonado, dice el Señor, hablando á los pecadores por su profeta Jeremias (Jerem. xvi. 15); pues oíd lo que os sucederá; oldeceareis á dioses extranjeros, que no os dejarán descansar día y noche. Estos dioses extranjeros á quienes sirven y adoran los amadores del siglo, ¿qué otra cosa son que sus pasiones propias, que como desapiadados verlugos los desgarran con unas contradicciones y perplexidades continuas? ¡Ah, cristianos! si en lugar de seguir vuestras pasiones, os hubierais aplicado á observar la ley de Dios, hubierais experimentado cuan grande es el sosiego de aquellos que la aman y observan fielmente. Mas porque os habeis entregado á vuestras pasiones, que son una fuente fecunda de turbaciones é inquietudes, estareis en una continua agitación, la desgracia os seguirá á todas partes y no llegareis á conocer siquiera el camino de la paz.

Reflexionad esto, hermanos míos: considerad que no habrá para vosotros paz, mientras no reprimais vuestras pasiones, ni conversión sólida, ni virtud perfecta. Dejais convencer de estas razones tan importantes: entrad animosos en este combate espiritual, en que se pelea nada ménos que por vuestra salud y felicidad eterna. Y pues conocéis las armas con que podeis vencer, no os detengais un solo momento en hacer la guerra á enemigos tan crueles.

2. Entre los diferentes medios que os pudiera proponer para que resistieseis á vuestras pasiones, me contentaré con tres, que me parecen los más necesarios, y al mismo tiempo los más eficaces. El primero consiste en hacerlas resistencia luego que se descubren: el segundo es practicar las virtudes contrarias á los vicios á que ellas inclinan: el tercero es combati-las sin intermisión y con orden: *Si spiritus potestatem habentis ascenderit super te, locum tuum ne dimiseris*, nos dice el Sabio (Eccl. x. 4). Si llegareis á conocer que alguna de tus pasiones quiere rebelarse, no abandonéis tu lugar. Pero veámos que lugar es este en que debe el hombre mantenerse firme. No es otro que el dominio de la concupiscencia, hasta tenerla bajo de sus pies. Cuando la concupiscencia quiere levantarse á mayores, debéis oponeros á ella, mantener vuestro puesto, y no sufrir que ella os llegue á mandar. El esfuerzo que hiciereis en esta ocasion, será un remedio eficazísimo que os preservará de los pecados más graves. El hombre será feliz siempre que la razon mande á las pasiones; y al contrario, será sumamente desgraciado si éstas llegan á dominarle, ocupando una plaza que no les pertenece. Por esta razon importa mucho sujetar las pasiones en sus principios. ¿Os acometen, por ejemplo, algunos movimientos de impureza? No deliberéis, no

dudeis, no os detengais en razonamientos, huid, huid: no haciéndolo así, dentro de poco seréis perdidos. ¿Os veis acosados por los movimientos de la celeria, de la envidia, de la venganza? Reprimidlos luego, y por una pronta resistencia enseñadles á que se conlengan en sus límites en adelante.

El segundo medio para reprimir vuestras pasiones, consiste en la práctica de las virtudes opuestas. Si la glotonería ó la gula es vuestra pasión dominante, oponedle la templanza y la mortificación de los sentidos. Si es la lujuria, arrojad de vosotros á este demonio impuro con la oración y el ayuno. Jamás seréis castos en el cuerpo, si no lo castigáis y reducis á servidumbre. Si es la cólera la que os arrebatá, armaos de paciencia. Si el orgullo, la envidia, ó la murmuración son las pasiones que os solicitan, radicadas en la caridad, y sobre todo en una humildad profunda, que es el enemigo mortal y exterminador de todas las pasiones; porque todo aquel que tiene un corazón contrito y humillado, será al mismo tiempo manso, paciente, tranquilo, obediente: y para decirlo todo en una palabra, ha salido victorioso de todas sus pasiones, según las palabras del real profeta: *In humilitate nostra memor fuit nostri, et redemit nos ab inimico nostris* (Psalm. cxxxv, 25).

El tercer medio para vencerlas, consiste en combatir las con orden y sin intermision alguna. Digo con orden, para dar á entender las debéis atacar sucesivamente las unas despues de las otras. Hacer la guerra á todas juntas, es obra mayor; pero, atacándolas una por una, es muy fácil el vencerlas. No se puede, ponga por ejemplo, apagar de un golpe un gran brasero; pero se pueden separar los carbones que, estando juntos, se encienden unos á otros, y así, separados, no es dificultoso apagarlos. Vuestras pasiones son un gran brasero; si queréis apagarlas todas juntas, con dificultad llegaréis á lograrlo; pero separadas, dividid las unas de las otras; y vereis con cuanta facilidad llegais á vencerlas todas. Pero en todo caso advertid, que por mucho tiempo que empleeis en esta lucha, debéis pelear siempre sin intermision alguna. Armos para este efecto de un celo santo, pond los ojos en los Pábulos, los Antonios, Arsenios y otros muchos santos solitarios que han poblado los desiertos. Al menos una vez al dia violentaos en alguna cosa; como siervos de Dios y miembros de Jesucristo aplicaos á circuncidaros espiritualmente, mortificándoos de continuo. *Nos enim sumus circuncisio, qui spiritu servimus Deo, et gloriamur in Christo Jesu* (Palm. iii, 5). Notad bien estas palabras: *Nos sumus circuncisio*. Todo es circuncision en un verdadero cristiano; tiene circuncidados sus ojos, porque los cierra á todo

objeto criminal, y solo mira con indiferencia á los que parecen inocentes; circuncida su boca, no dando lugar á la indiscreta fluidez de la lengua, al torrente de palabras inútiles, al prurito de hablar sobre todo, á la precipitacion en decir lo que convendria callar. Circuncida su espíritu, alejando de sí los pensamientos vagos que le puedan disipar, los impuros que le puedan manchar, los vanos é inquietos que le puedan atormentar. Circuncida su corazón reprimiendo todos los movimientos sollicitos que le pueden desarreglar, la avaricia que lo comprime, la ambicion que lo infla, el odio que lo endurece, la envidia que lo deseca, la tristeza que lo abate, la cólera que lo arrelata, el miedo que lo turba, los malos deseos que lo agitan y lo corrompen. En una palabra, todo es circuncision en un buen cristiano, ó para hablar con el Apóstol, el cristiano es la circuncision misma: *Nos autem sumus circuncisio*.

Ya veis cual debe ser nuestra ocupacion en esta vida. Todos tenemos pasiones que nos hacen guerra: *Unusquisque tentatur à concupiscentia sua abstractus, et illectus*, dice Santiago (Jac. i, 14); y todos estamos obligados á hacerlas resistencia. Mucho mejor nos sería no tenerlas; pero ya que no podemos librarnos de ellas; qué debemos hacer? No seguir sus movimientos desarreglados. ¿Quiéren llegar á dominaros? dominadlas vosotros á ellas. ¿Se os rebelan? rebelaos vosotros contra ellas. ¿Os hacen una cruda guerra? combatidlas sin interrupcion alguna. De este modo gozareis verdadera paz en este mundo, y alcanzareis la felicidad eterna.

#### DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

**PASIONES.**—Las hay que deben prevenirse por la mortificación. Las hay que deben sojuzgarse por la obediencia. Las hay que deben vencerse por el retiro.

**PASIONES.**—Vienen á ser invencibles cuando se les dá demasiada libertad.

Vienen á ser tranquilas cuando se refrenan sus menores movimientos.

**PASIONES.**—Pretenden persuadirnos que nuestros pecados son necesarios.

Pretenden persuadirnos que nuestros pecados son justos.

Pretenden persuadirnos que nuestras malas acciones son actos de caridad.

**PASIONES;** véase: CONCUPISCENCIA.

## PASTOR.

(EL BUEN)

*Ego sum pastor bonus.*

*Yo soy el buen pastor.*

(JOHN. X. 11.)

Bajo esta amable cualidad, carísimos hermanos, quiere Jesucristo dar á conocer su bondad con los hombres, y en especial con los hombres pecadores. Ya no nos hace oír su voz con los nombres de Dios de grandeza, Dios de majestad; ya no quiere manifestarse, como hacia en otro tiempo á un pueblo al cual gobernaba por el temor, con símbolos espantosos y en medio de relámpagos y truenos: más deseoso de cautivar nuestros corazones con las pruebas de su ternura, que de atraer nuestro respeto con los rasgos de su poder, manifiéstase bajo todas las imágenes sensibles y consoladoras, ora de un tierno padre que nos mira como á hijos suyos, ora de un pastor caritativo que cuida de sus ovejas y las ama hasta el punto de dar por ellas la vida. *Ego sum Pastor bonus, bonus Pastor animam suam dat pro ovibus suis.* Si, hermanos míos; Jesús es nuestro pastor, y nosotros somos sus ovejas; él ha hecho por nosotros lo que ningún pastor ha hecho nunca por sus ovejas, puesto que se sacrificó por nuestra salvación; él vela sin cesar por nosotros, nos lleva en su corazón, nos alimenta, nos sostiene en esta miserable vida y nos conduce á la morada de la gloria, cuya entrada nos abrió con su muerte. Esos rasgos de bondad por parte de un Dios merecen nuestra gratitud y amor, y deben inducirnos á comportarnos con él como fieles ovejas; pues sería poco para nosotros saber que Jesús es el buen pastor, y que ha obrado como á tal; este conocimiento causaría aún nuestra condenación si no nos indujera á la gratitud y á merecer por la docilidad de las ovejas fieles la ternura del buen Pastor.

Vamos pues de que modo llenó Jesús la cualidad de buen pastor: primer punto.

Vamos al mismo tiempo lo que debemos hacer para ser fieles ovejas: punto segundo.

Todo mi objeto es examinar lo que él ha hecho por nosotros, y lo que por él debemos hacer. A. M.

1. Conocer á sus ovejas, conducirlas á buenos y fértiles pastos, velar por ellas para ponerlas á cubierto del furor de los lobos é impedir que ninguna se aparte del rebaño, guiar las que andan descarriadas, exponerse á muchos trabajos y penas, y dar su vida por la salvación de sus ovejas, tales son, según el testimonio de Jesús mismo, las cualidades del buen pastor; cualidades que él ha llenado para con nosotros de un modo que no nos deja duda alguna de su caridad pastoral para con los hombres. En efecto, ¿quién mejor que Jesucristo conoce á sus ovejas? ¿quién ha dado más generosamente su vida por ellas? ¿quién las ha mantenido mejor que él? ¿quién ha buscado con más afán las que se extraviaban? Con mucha razón, pues, puede atribuírse la cualidad de buen pastor: *Ego sum pastor bonus.*

El que Jesucristo conoce á sus ovejas es una cualidad no adquirida con la experiencia, sino que le es natural; pues siendo el Verbo de Dios, conoce todo lo que es y todo lo que debe ser; todas las cosas le han sido presentes, aun antes de que fuesen; ve tan claramente todo lo que será, como lo que ya es. Puede, pues, decir muy bien, que conoce á sus ovejas, que sabe el número de ellas; las distingue unas de otras y las llama por su nombre. El os ha conocido, carísimos hermanos, antes de que existieseis: de toda eternidad ha pensado en vosotros, se ha ocupado de vosotros, y ha tenido sobre vuestros designios de paz y de salvación. Confiad en este divino Pastor, que no ignora ninguna de vuestras necesidades, conoce la debilidad de vuestra naturaleza, las tinieblas de vuestro espíritu, la violencia de vuestras pasiones, los peligros que os cercan, y está siempre dispuesto á tenderos una mano caritativa: pues el conocimiento que Jesús ha tenido y tiene de sus ovejas, no es un conocimiento estéril y de especulación, que se reduce á saber su número, sino un conocimiento que él compara con el que tiene de su Padre y que su Padre tiene de él: *Sicut novit me Pater, et ego cognosco Patrem: et animam meam pono pro ovibus meis* (JOHN. X. 15). Y á qué se reduce el conocimiento que hay entre Dios Padre y su Hijo? Al amor más perfecto, más íntimo, más eficaz que puede imaginarse; amor tan perfecto y tan fecundo, que produce una persona semejante al Padre y al Hijo, esto es, el Espíritu Santo, que es el término de este amor. Nosotros somos pues también los objetos de ese conocimiento y de ese amor que reina entre las tres personas de la Santísima Trinidad; y ese es el amor cuya ternura y profusión nos hace sentir el divino Pastor. En efecto: ¿no es

ese el amor que le hizo descender del cielo á la tierra para venir al auxilio de las desgraciadas ovejas que eran la presa del lobo infernal? ¿No se vistió él tambien con la piel de oveja para librarlas de su furor, tomando nuestra naturaleza en el misterio de la Encarnacion, á fin de ser inmolado por nuestra salvacion? Esa inocente víctima fué inmolada ántes por la espada de su amor que por mano de los verdugos que la crucificaron. Ese divino Pastor derramó su sangre sobre nuestras heridas para curarlas; murió para darnos la vida; resucitó para nuestra justificacion; y nos abrió las puertas del cielo para nosotros perdidos. ¡Oh caridad verdaderamente pastoral! Ningun pastor llevó nunca su ternura al extremo de sacrificarse por la salvacion de sus ovejas como Jesucristo hizo por nosotros.

No contento el buen Pastor con haber dado la vida por sus ovejas sacrificándose por ellas, les procura todos los auxilios necesarios para conservarse en vigoroso estado; las conduce á buenos y fértiles pastos que las sostienen, las alimentan y las engordan. Cuáles son, hermanos míos, esos buenos pastos? Son la doctrina de Jesucristo, sus gracias, sus sacramentos. Con su doctrina nos instruye, y con sus sacramentos nos santifica. Doctrina santa y saludable que nos preserva del error y de la mentira; gracias abundantes que nos apartan del mal y nos llevan al bien; sacramentos augustos que son la fuente del agua saludable que mana hasta la vida eterna; sacramentos en que hallamos los medios de conservar la vida de la gracia y los remedios para recobrarla cuando la hemos perdido. Así podemos decir con el rey profeta, que nos indica la direccion de nuestro buen Pastor: *Domínus regit me, et nihil mihi deerit* (PSALM. XXII). Despues de salvarnos del naufragio y de hacernos nacer á la vida de la gracia en las aguas del bautismo, que han lavado la mancha del pecado original: *Super aquam refectionis educavit me*, nos ha preparado en la penitencia un remedio á las heridas á que nuestra fragilidad con tanta frecuencia nos expone: *Animam meam concertit*. El nos conduce por los senderos de la justicia, iluminando nuestro entendimiento con vivas luces, comunicando santos ardores á nuestra voluntad, é instruyéndonos con la voz de los demás pastores que ha establecido y dejado en la tierra para que cuiden de su rebaño: *Deducit me super semitas justitiae*. El aleja de nosotros los obstáculos que podrían apartarnos de nuestro último fin; nos defiende con la virtud de su cruz contra el dragon infernal que anda sin cesar en torno nuestro para devorarnos; nos sostiene en nuestras flaquezas, nos consuela en nuestras aflicciones; siempre está con nosotros para impedir que caigamos en los horrores de una muerte eterna: *Si ambulavero in me-*

*deo umbra mortis, non timébo mala quoniam tu mecum es.* ¡Nos acosa el hambre y necesitamos alimento para no caer desaliciados en la penosa carrera que hemos de seguir para llegar al puerto de salvacion? El nos ha preparado un alimento, el más exquisito que un pastor pueda dar á sus ovejas: *Parasti in conspectu meo mensam adversus eos qui tribulant me.* ¡Qué alimento es ese, carísimos hermanos? Es su cuerpo adorable, su preciosa sangre, que él nos ofrece por sustento en el augusto sacramento de nuestros altares. ¡Oh maravilla digna de la admiracion del cielo y de la tierra! ¿Qué pastor, observa con este motivo S. Juan Crisóstomo, alimenta á sus ovejas con su propia sustancia? ¿No vemos, por el contrario, que los demás pastores se alimentan con sus ovejas y aprovechan su lana? Y Jesús, el soberano Pastor, se dá á sí mismo como alimento á sus ovejas; las engorda con su propia sustancia, se entrega completamente á su uso; no es eso llevar el amor al exceso? ¿Qué mas podía hacer para merecer de nosotros la más perfecta reciprocidad? Acabemos de manifestar con el rey profeta los cuidados del buen pastor por sus ovejas. Despues de guiarlas durante la vida, las acompaña tambien á la muerte, en cuya época necesitan más su ayuda, por estar luchando con el enemigo de la salvacion que rebobta sus esfuerzos para perderlas; entónces las fortalece con las santas unciones de sus gracias y sacramentos; así las dispone á combatir como generosos atletas, y las pone en estado de alcanzar la victoria sobre las furias infernales: *Impinguasti in oleo caput meum*. Finalmente, despues de conducir las y fortalecerlas en sus últimos momentos, colma sus misericordias y les procura una muerte santa en sus tabernáculos para saborear las dulzuras del reposo eterno: *Et ut inhabitem in domo Domini in longitvum diorum*.

¡Dichosas, pues, mil veces dichas las ovejas que van conducidas por el buen Pastor! pero desdichadas las que de él se alejan! pronto son presa del lobo infernal si el buen Pastor no acude á su auxilio para llevarlas al redil, en lo cual nos prueba tambien Jesús de un modo más especial su caridad pastoral para con los hombres: las ovejas extraviadas, como las fieles, son objeto de su vigilancia y de sus cuidados; conserva las unas, y busca y recoge las demás. Es, pues, verdaderamente el buen Pastor.

Tengo otras ovejas que no son de este aprisco, dice Jesús; es preciso que las conduzca para no formar más que un rebaño; es decir, que Jesús vino, no solo para salvar á los judíos, que tambien á los gentiles; que además de las ovejas de su nacion, que le pertenecian desde su origen, contaba otras que habian de pertenecerle por su

conversion, para no formar sino un pueblo reunido bajo el mismo jefe y en el seno de la misma Iglesia. Nosotros, hermanos míos, somos del número de estas ovejas adquiridas y convertidas. Antes éramos ovejas errantes que andábamos en las tinieblas, sentadas á la sombra de la muerte: *Eratis sicut oves errantes* (I PETA. 1). Pero el supremo Pastor de nuestras almas, conmovido por nuestro infortunio, nos miró con ojos compasivos y nos envió la luz de su Evangelio; gracias le sean dadas eternamente. Ahora ya somos un pueblo santo, un pueblo de adquisición: *Pens sancta, populus acquisitionis* (I PETA. 1). Dichosos si, fieles á la gracia de nuestra vocacion, sabemos aprovechar la merced de Dios! Pero ¡ah! indóviles á la voz del buen Pastor, á menudo abandonamos su redil, dejamos las fuentes de agua viva para ir á beber en las cisternas envenenadas de este siglo maldito. Muy á menudo, como el hijo pródigo, abandonamos al mejor de los padres para ir á disipar en países extranjeros los bienes que nos ha dado, y vivir á merced de nuestras pasiones. ¿Qué hace entonces el buen Pastor? Otro cualquiera se cansaria de nuestros antojos é infidelidades; si él no fuere tan bueno como es, nos abandonaria á nuestra triste suerte. Pero no: el Pastor caritativo que no ha querido detener esa oveja á pesar suyo, porque no quiere ningun servicio obligado, no puede verla alejada de él. Le atormenta verla expuesta á la voracidad de las fieras; prefiere dejar las ovejas fieles para ir á buscar la extraviada; mas ¿cuánto no le cuesta volverla al redil? ¿cuántos pasos y fatigas no ha sufrido? Aquí le veo junto al pozo de Jacob, cansado del camino; aguardar con solicitud que una mujer pecadora venga á recibir el perdon de sus culpas, y á pedirle el agua que mana hasta la vida eterna. Allí le distingo recibiendo con bondad y aún defendiendo á otra pecadora, que el orgullo fariseo, por una severidad excesiva, desprecia y condena sin piedad. En todas partes le oigo llamar á los pecadores á la penitencia, y exhortarles á ir á él para librarse del grave peso de sus culpas: *Venite ad me, omnes* (MATT. XI). No contento con llamarles, va á su encuentro como si necesitase al pecador; le busca, va en pos de él en todas partes; aquí le ilumina con una nueva luz, allí le anima con un buen impulso; y si las dulzuras de su gracia son inútiles, emplea la fuerza de esta gracia; hace oír al pecador aquella voz que levanta á los muertos del sepulcro; descarga sobre él algun golpe terrible, ménos con el designio de herirle, que de volverle al redil; y si al fin acontece que esa oveja descarriada, que ese pecador tantas veces instado, ceda á la voz de su Pastor, ¿qué favorable acogida le dispensa entónces! Lejos de hacerle sufrir ningun mal tratamiento, como lo ha merecido, la proluga ca-

ricias; no se contenta con recoger la oveja fugitiva, sino que tambien quiere ahorrarla el cansancio del camino, llevándola sobre sus hombros; y como si hubiese hecho una preciosa conquista, invita á sus amigos á congratularse con él: *Congratulamini mihi, quia invenni ovem quae perierat* (LUC. XV). ¿Podia Jesucristo, carísimos hermanos, probarnos más claramente su solicitud pastoral por la oveja descarriada? ¿Puede decirse que se pierda alguna por falta suya? ¿No ha hecho cuanto ha podido para conservar las que le habia dado el Padre celestial, y recoger las que estaban perdidas? Así, pues, el pecador no convertido deberá achacarse á sí mismo su condenacion. A fin de evitar tal desgracia, veamos lo que debemos hacer para ser fieles ovejas.

2. Conocer al buen Pastor, escuchar su voz y seguir sus pasos, tal es, hermanos míos, la descripción que el mismo Jesús nos hace de la oveja fiel. Yo conozco, dice, á mis ovejas, y mis ovejas me conocen: *Cognoscunt me oves meae*. Las ovejas escuchan la voz del pastor: *Vocem ejus audiunt*; le siguen á todas partes: *Illum sequuntur* (JOAN. X).

Lo primero que ha de hacerse para entrar en el redil de Jesucristo, es conocerlo. Todas las luces del entendimiento, todos los demás conocimientos, sin éste, son incapaces de conducirnos al puerto de salvacion. ¡Ah! ¿para qué nos serviria saber todos los secretos de la naturaleza, conocer como los filósofos el movimiento de los astros, poseer todas las ciencias humanas, si no tenemos la de la salvacion, que es el conocimiento de Jesucristo? El más sencillo, el más rústico de los mortales que conoce la religion de Jesucristo, que practica sus máximas, que teme á Dios y le sirve fielmente, vale mucho más, dice el autor de la Imitacion, que todos los sábios que á todo se dedican ménos á lo que ha de salvarles. Dedicámonos, pues, carísimos hermanos, á conocer bien á Jesucristo y su Evangelio, á ejemplo del grande Apóstol, que se gloriana de no saber sino á Jesucristo, y éste crucificado.

¿Qué es conocer á Jesucristo como él quiere ser conocido? ¿Saber lo que es, lo que puede, y lo que ha hecho por nuestra salvacion? ¿Saber que es á la vez un Dios engendrado de toda eternidad en el seno de su Padre, y un hombre formado en el tiempo en el seno de una virgen; que este Dios, hecho hombre, se entregó á la muerte para darnos la vida, y es el árbitro de nuestra suerte eterna? Todo eso es necesario saberlo; pero no basta. Debemos conocer á Jesucristo, no de un modo estéril é infructuoso, sino práctica y amorosamente. Como Jesús conoce á sus ovejas para hacerles bien, así el conocimiento de

Jesús debe producir en nuestros corazones el amor más sincero, la adhesión más inviolable: amor sincero que le consagre todos los movimientos de nuestro corazón, que destierre del mismo todo objeto capaz de disputarle su posesión, y nos haga observar en todo sus divinos preceptos; adhesión inviolable que nos haga desafiar, como hacia el grande Apóstol, á todas las criaturas á separarnos de Jesucristo: *Quis ergo nos separabit à charitate Christi* (Rom. viii)? ¿Quién será capaz de separarnos del amor de Jesucristo? No será la muerte, ni la vida, ni la grandeza, ni la humillación, ni la pobreza, ni las riquezas, ni el poder, ni otra criatura alguna: *Neque mors, neque vita, neque creatura alia poterit nos separare à charitate Dei* (Rom. viii). Tales son las palabras y la conducta de una oveja fiel que conoce á su Pastor; ella debe estar dispuesta á sacrificarlo todo por él, y á desprenderse de todo por su amor, á emprenderlo y sufrirlo todo por él; de modo, que no haya nada en la tierra cuyo deseo, temor ó pasión la haga incurrir en la desgracia de su Dios. Ved ahí lo que es, hermanos míos, conocer á Jesucristo como quiere ser conocido; ved ahí lo que exige de una oveja fiel en recompensa de lo que por su salvación ha hecho.

El que se halla en tales disposiciones, carísimos hermanos, es dócil á la voz del buen Pastor. Segunda cualidad de una oveja fiel.

Jesús el buen Pastor hace oír su voz á los hombres de diferentes maneras, ora por las gracias interiores que les otorga para atraerse los, ora por la voz de los ministros que les envía para instruirles; aquí, con la lectura de un libro que hace caer en sus manos; allí, con los buenos ejemplos que les pone á la vista; hoy, con los beneficios que les dispensa, y mañana con las desgracias que les envía para que se enmienden. Apela á la experiencia de cuantos me estáis escuchando: ¿cuántas veces, hermanos míos, no habéis oído, y no oís aún cada día, la voz de Dios que os llama y os ruega que volváis á él, ó le sirváis más fielmente? ¿Cuán viva luz ilumina vuestro entendimiento para daros á conocer la vanidad y la nada de las cosas de la tierra! ¿Cuán saludable unión ha comunicado vuestros corazones para disgustaros del mundo y de sus placeres! Y á pesar de los tiernos cuidados de ese caritativo Pastor, ¿no hay aquí muchos que endurecen sus corazones á su voz? Ah, ovejas infieles! ¿hasta cuándo resistiréis á los encantos de la divina misericordia, que llama á la puerta de vuestro corazón, que os busca y os sigue en medio de vuestros desórdenes? ¿No estáis interesados en ceder á sus instancias? ¿Cuál será vuestra suerte si continuais resistiéndole? De puro extravíaros en las sendas de la iniquidad, seriais presa de las fieras; caye-

rais al fin en un abismo de desgracias. Si el buen Pastor os busca, si su misericordia os tiende los brazos y está siempre dispuesta á recibirlos, ¿no debéis corresponder á sus designios y esforzaros para salir del cenagal de que quiere sacaros? Pues creer que Dios lo hará todo por su parte para salvaros, mientras vosotros no queréis hacer nada por la vuestra; creer que el buen Pastor conducirá á una oveja al redil á pesar suyo y sin que ella dé paso alguno para volver al mismo, sería ofender la misericordia de Dios y ponerla al servicio de vuestras iniquidades. No, hermanos míos, no debe creerse tal cosa de la bondad de Dios; cuando para nada ha servido su bondad, y su paciencia en esperar al pecador no ha tenido otro resultado que hacerle más culpable, entónces esta paciencia se convierte en ira y pide venganza. Entónces el pecador que ha despreciado los ruegos de su Dios y resistido á sus gracias, es, á su vez, despreciado por él y abandonado; y con cuanto más ternura ha sido rogado, con tanto más rigor es castigado. Precautel, carísimos hermanos, lamai la desgracia con vuestra docilidad en escuchar la voz del buen Pastor que os llama. Por boca de los pastores, el supremo Pastor hace oír su voz á sus ovejas; como ya no está en la tierra para instruirnos por sí mismo, ha puesto en su lugar á otros pastores para que cuiden de su rebaño: *Pascite qui in vobis est gregem Dei* (Petr. v). Escuchar la voz de los pastores que gobiernan la Iglesia, es escuchar al mismo Jesucristo; despreciarles, es despreciarle á él: *Qui vos audit, me audit; qui vos spernit, me spernit* (Luc. x). Sed pues, carísimos hermanos, dóciles á la voz de los pastores que Dios os ha enviado como embajadores para transmitir su voluntad; sed asiduos á las instrucciones que os den en la Iglesia; allí aprenderéis cosas que en ninguna otra parte os enseñarán.

Escuchad también los consejos de vuestros confesores, que ocupan el puesto de Jesucristo para daros sus órdenes. Escuchad, hijos, la voz de vuestros padres: ellos son unos como pastores en sus casas, que deben vigilar el rebaño que el Señor les ha confiado, y nutrirle de instrucción y buenos ejemplos.

Por último, para ser fieles ovejas hay que seguir los pasos del buen Pastor, es decir, imitarle. Lejos del pastor, la oveja está expuesta á mil peligros; debe hallarse continuamente en torno suyo y no dejarle nunca, para estar á cubierto del furor de la furia; sigamos de la misma manera á Jesucristo, carísimos hermanos; no dejemos su compañía, caminemos á sus huellas, y no temamos perecer. Él es la senda que debemos seguir, y la vida que debemos apetecer; no podemos alcanzar esa vida sin imitando sus virtudes y ejemplos. Quien sigue

otra senda, está seguro de extraviarse. ¿Y qué senda nos ha indicado Jesucristo? ¿qué ejemplos nos ha dado? Es una senda difícil, llena de abrojos y espinas: pobreza voluntaria, abnegación, mortificación de los sentidos y de las pasiones, desprendimiento de los placeres, paciencia en los padecimientos; eso es lo que Jesucristo nos ha enseñado; esa es la senda que nos ha trazado. Lo que debe inducirnos a seguirla, es; que él la ha seguido delante de nosotros. El ha atinado todas las dificultades, y nada nos pide que no lo haya practicado primero. Esta padeció por nosotros, dice S. Pedro; dándonos ejemplo para que sigamos sus huellas: *Christus passus est pro nobis*, etc. (1 Petr. ii.) ¿Con qué otra que el inocente hubiese entrado en la gloria por medio de los padecimientos y por un camino difícil, y que los culpables entrasen en ella por un camino de flores y de placeres? No; los predestinados solo serán aquellos que el Padre celestial halle conformes con la imagen de su Hijo.

Tened pues presente, hermanos míos, el modelo que se os presenta en la vida de Jesús, para conformaros á ella. Considerad cuál fué ese Hombre-Dios durante la vida mortal que tuvo en la tierra. En él vereis á un hombre manso y humilde de corazón, sóbrio, paciente; á un hombre tan desprendido y tan desprovisto de los bienes de la tierra, que no tenia donde reclinar la cabeza; tan misericordioso, que perdona á sus más crueles enemigos; tan amigo de la cruz y de los padecimientos, que no sólo los sufrió con paciencia, sino que los buscó con afán. Tal es el modelo que debéis imitar.

En vista de semejante modelo, avergonzamos de vuestra vida inerte y sensual, de vuestra delicadeza en la comida, de vuestra sensibilidad en el pundonor, de vuestra repugnancia á padecer, y de vuestra aversión á cuanto molesta á la naturaleza; y que la confusión que produzca este paralelo os haga tomar la resolución de corregir vuestra conducta, de domar vuestras pasiones, de avasallar vuestros sentidos, de privaros de los placeres ilícitos, y aún de disminuir los que os están permitidos. Que la vista de los ejemplos de Jesús os haga más mansos y más humildes de lo que habéis sido hasta hoy, os despenda de los bienes del mundo, de sus placeres; os haga más asiduos á la oración, más caritativos con los pobres, más enemigos de las máximas del mundo, más morigerados en vuestra conducta: *Inspice*, etc.

Después de seguir é imitar á Jesús en la tierra como fieles ovejas, seréis agregados al rebaño escogido de predestinados que gozan de la felicidad de verle en el cielo. Amen.

## PASTOR Y DRACMA PERDIDA.

(PARÁBOLAS DEL)

*Murmurabant Pharisei, et Scribae, dicentes: Quia hic peccatorum recipit, et manducatur cum illis.*

Los Fariseos, y Escribas murmuraban de Jesús, diciendo: Mirad cómo se familiariza con los pecadores, y como con ellos.

(Luc. x. 2.)

Ved, hermanos míos, una de las páginas más consoladoras del Evangelio. La bondad es el rasgo distintivo de Jesús; jamás apareció alma tan compasiva sobre la tierra. Pero aquí es donde se manifiesta cuán bueno y misericordioso es. Si la sublimidad de su palabra precisaba á los judíos á confesar que jamás había hablado ningún hombre como él, también nosotros, al escucharle hoy, debemos confesar, para gloria de su santo nombre, que jamás amó ni supo amar ningún corazón como amó el suyo.

Recapitemos pues sus palabras y meditémoslas; son á la vez tiernas é instructivas; son una lección de caridad y de estímulo.

La virtud menos disputada, al mismo tiempo que la menos disputable, es la caridad. Esta virtud, tan rara, ó más bien, que jamás ha existido lejos el paganismo, la ha vulgarizado el cristianismo. Se la reconoce hasta en el país menos cristiano, como el principio constitutivo de toda razón social. Pero, aunque se la reconoce por la más santa y la más necesaria, puesto que abraza y reasume todas las demás virtudes, es, sin embargo, la peor comprendida y la que peor se practica, sea para con Dios, sea para con el prójimo. La caridad, hermanos míos, excluye todo desprecio y toda desconfianza, y debe sanar toda idea de desaliento y desesperación. Seguid los caminos del Evangelio, y vereis que esa es la doctrina que de ellos se desprende. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. La caridad, hermanos míos, no consiste solo en amar á los que

amamos, en olvidar los daños que nos hayan causado, en socorrer á los pobres y consolar á los afligidos: bendito sea el generoso corazón que perdona, bendita sea la mano que tiene un pedazo de pan y un vaso de agua para aquellos que se ven acosados por el hambre y la sed; pero la caridad no se encierra en tan estrechos límites: no hay miseria á que no se acerque y abraza, cualquiera que sea, por otra parte, la repugnancia que inspire; el más miserable de todos los estados es precisamente el que más simpatías debe excitar. Contemplad hoy al Salvador, rodeado de publicanos y pecadores, y vereis como los acoge; conversa con ellos, se sienta á su mesa; á todos recibe, á ninguno rechaza; ni una palabra de repulsión sale de su boca, ni un signo que pueda ajar su amor propio; por el contrario, su mirada parece con ellos más humilde, más complaciente. Al ver el modo con que trata á esos pecadores que le rodean, y la amabilidad con que les habla, podría decirse que son otros tantos discípulos fieles y queridos. Conversa con ellos como con unos amigos, y son en efecto amigos; almas á quienes su corazón ama tanto más cuanto mayor es su desgracia; porque el más grande de los males es la corrupción del espíritu y del corazón, el envilecimiento del alma; el más grande de los males es el estado del pecado, el más grande de los males es la pérdida de la gracia, que nos hace hijos de Dios; la pérdida de la justicia, y con ella las esperanzas inmortales. Ese maldad que rodea al Salvador es de hombres extraviados por pasiones culpables, que han desconocido las inspiraciones de la virtud, del deber, y por consiguiente hombres perdidos; y ved por qué quiere salvarlos. Si, son hombres dignos de toda humillación, puesto que han preferido las humillaciones del vicio á la gloria de la virtud; pero precisamente porque se han degradado, quiere regenerarlos y volverlos á su misericordia. Ved el motivo por qué le son tan queridas como esos paralíticos á quienes ha enderezado, esos ciegos á quienes ha vuelto la luz, esos enfermos de todas clases á quienes ha sanado, esos muertos á quienes ha resucitado; ó mejor dicho, son también paralíticos, enfermos y muertos de otra especie, á quienes quiere curar, restituyéndoles á una vida nueva; porque la virtud tiene también sus quebrantos y sus enfermedades, que son mucho más dignas de interés que todos los males físicos que nos afligen. Ved por qué Jesús acogió á los publicanos y pecadores y conversa con ellos.

Las miserias morales, hermanos míos, no son menos dignas de interés que las miserias físicas. Es injusta la opinión que las rechaza con repugnancia; es contraria á la caridad esa preocupacion, demasiado general por desgracia, que las abandona y las marca con un sello in-

deleble, entregándolas á un eterno desprecio. ¿Nos ha tratado Dios de semejante modo? ¿Qué éramos cuando descendió á la tierra, sino unos miserables sumidos en lo más profundo de los abismos, cubiertos de todo lo que el pecado tiene de más hediondo y deforme? ¡Ah! El hombre, que Dios hizo tan noble y tan bello, se había rebajado hasta el bruto, había perdido hasta el sentimiento de las virtudes más comunes. Toda la masa estaba corrompida, dice el Apóstol, y sin embargo, Dios no se desdena de dirigirle una mirada de misericordia; bajo estos rasgos tan horribles supo reconocer la obra de sus manos, como el padre del pródigo reconoció á su hijo bajo los miserables harapos que le cubrían, abrazándolo con tanto más caridad, cuanto mayor era la desgracia en que lo veía. Cuando encontréis pues alguna de esas almas descarriadas por el vicio, acordos de lo que vosotros mismos habeis sido, ó bien examinad lo que todavía sois; porque, ¿quién es el que puede llamarse perfectamente justo y considerarse libre de pecado y de mancha? Si vosotros estais exentos de estos vergonzosos y degradantes vicios que vituperais en los demás, lo debeis á una gracia particular, que debe contribuir á volveros más humildes y que agrava las debilidades y las imperfecciones que os quedan. Tan laudables como podais ser bajo cierto aspecto, sois tambien culpables bajo otros muchos; á vosotros pues alcanza vuestra parte de repulsión y desprecio. ¿La queréis? Por otro lado, el mundo no es ménos injusto que ciego en sus juicios. Esos hombres, ¿son siempre en la realidad tan culpables como parecen ó como se dice? No puede suceder que sean víctimas de una calumnia ó de un lazo tendido por una mano perversa? ¿Habeis estado vosotros expuestos á las mismas tentaciones, á las mismas violencias? Tal vez hubierais sido tan culpables, si os hubierais encontrado en las mismas condiciones que ellos. Son culpables; por consiguiente son desgraciados, y desde luego deben inspirarnos simpatía. Y no entendemos aquí una simpatía semejante á la que inspira la virtud, sino esa benevolencia que se traduce por la piedad, y se inclina hácia los corazones heridos para curar sus males y reanudar su esperanza; porque es necesario salvarlos de su propio desprecio y del desprecio de los hombres; es necesario volverles el sentimiento de su dignidad personal, que han desconocido y cuyo olvido les ha precipitado en el vicio; por haber olvidado su dignidad de hombres y de cristianos han llegado á hacerse tan culpables; y la más grande desgracia que en semejante estado puede sucederles sería llegar á creer que han perdido para siempre el aprecio de sus semejantes; que son el objeto de una eterna reprobacion y que la sociedad los rechazará siempre. Sumidos en



Dios es rico en misericordia, y aún cuando os hallais en lo más profundo de los abismos, su ojo paternal os descubrirá allí mismo, por lejos que estéis, y os esperará. Irá á buscaros como el pastor. ¡Cuántas veces no ha ido hasta vosotros en el sitio mismo en que habeis creído escaparos de él y ocultaros á sus miradas!

Tened pues confianza. Para volver á la virtud es cierto que el camino es largo y penoso. Pues bien; él será á la vez vuestro compañero y vuestro apoyo. Os llevará sobre sus espaldas; es decir, fortalecerá vuestras enfermedades con su gracia. Os ayudará con poderosos recursos á vencer toda dificultad, para uniros en seguida á las almas justas, de quien os habeis separado. De este modo ha obrado con tantas almas que se han hecho célebres por sus virtudes y sus méritos, despues de haberlo sido anteriormente por sus desarreglos. Alguna vez causa admiracion en el mundo el arrepentimiento y la vuelta á la gracia de ciertos hombres á quienes se creia perdidos para siempre. No debe causar más admiracion la misericordia de Dios que las maravillas del mundo visible. Lo que debe sorprender más es, que se desespere de su infinita bondad. Habeis sido perdidos como la dracma de que habla en la segunda parábola; pero el Señor os estima demasiado para no inquietarse por vosotros. A la claridad de su amor os buscará en el seno de las tinieblas, donde habeis caido. Hará brillar su luz ante vuestros ojos, que están ciegos; os iluminará en vuestros errores, y reconoceréis la deshonra del pecado y la gloria de la virtud, que habeis abandonado; luego purificará vuestra alma y vuestro cuerpo de toda mancha, hasta que hayais encontrado esa justicia, que es el único tesoro que puede enriqueceros, sin el cual siempre seréis pobres y desgraciados; y el cielo aplaudirá vuestro regreso con regocijo.

Con este pensamiento tan sensible y tierno termina Jesús sus dos parábolas. Pero ¿que puede añadir la penitencia de un solo pecador á la infinita alegría de los ángeles? Considerad la alegría y placer que se experimenta á la vista de un hermano, de una hermana, de un amigo querido, á quien se abaza despues de un largo destierro, y comprendereis cuan grande será el regocijo con que los ángeles celebran vuestra vuelta; sois para ellos como hermanos, como amigos, y estais destinados á participar de su beatitud. Y su alegría es tanto más grande, cuanto más espantoso fué el infierno, entreabierto ya bajo las plantas del pecador. Cuanto más desgraciado es un ser querido, tanto más nos alegramos de verlo salvado.

Si: grande, muy grande es la alegría que causa la conversion del pecador en la tierra y en el cielo; porque grande es tambien la nueva

esperanza que promete. Desde entonces, la misma energia que habia desplegado para el mal, la consagra al bien. Cuanto más abatido estaba el corazon sinceramente convertido á Dios, tanto más se eleva. Cuanto más culpable ha sido, tanto más generoso se manifiesta. Ahí está la historia, que nos lo enseña: los grandes pecadores convertidos han sido los que nos han dado el ejemplo de los más grandes sacrificios y el heroismo de la penitencia. ¡Oh vosotros, cuya pérdida lloramos, apresuraos á volver! ¿Qué es, ni quién puede deteneros? La misericordia de Dios, si la implorais, no os faltará. Será absolutamente perdonado aquel que haya amado mucho. Así sea.

## DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

PASTOR.—Dios manifiesta que castiga á su pueblo cuando le dá pastores mercenarios.

Dios manifiesta que ama á su pueblo cuando le dá buenos pastores.

PASTOR.—Cuando no tenemos pastor hay que pedir á Jesucristo, que es buen pastor, que nos otorgue uno de su eleccion.

Cuando tenemos un buen pastor hay que honrarle con nuestra buena vida.

Cuando tenemos un mal pastor hay que tolerarle, pidiendo á Dios su conversion.

PASTOR.—No hay condicion en la que los inferiores no deban escuchar al buen Pastor.

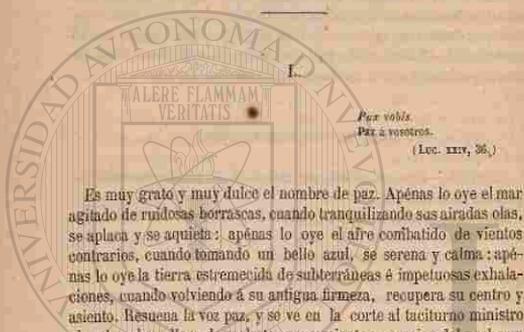
No hay condicion en la que los superiores no deban imitar al buen Pastor.

PASTOR.—Cuando andamos extraviados hay que llamar al buen Pastor por nuestros gemidos.

Cuando él nos llama hay que correr á él sin retardo.

Cuando él nos guía hay que seguirle con docilidad.

## PAZ CRISTIANA.



*Pax vobis*  
*Pax à vosotros.*

(Luc. xii, 36.)

Es muy grato y muy dulce el nombre de paz. Apenas lo oye el mar agitado de ruidosas borrascas, cuando tranquilizando sus airadas olas, se aplaca y se aquieta; apenas lo oye el aire combatido de vientos contrarios, cuando tomando un bello azul, se serena y calma; apenas lo oye la tierra estremecida de subterráneas é impetuosas exhalaciones, cuando volviendo á su antigua firmeza, recupera su centro y asiento. Resuena la voz paz, y se ve en la corte al taciturno ministro alzar la cabeza llena de molestos pensamientos y arrojar del pecho un suspiro de alegría; resuena la voz paz, y se ve al cansado guerrero quitarse el fiero yelmo y limpiarse la frente del sudor bélico; resuena la voz paz, y alégrase el cielo, regocijase la tierra y todas las gentes reunidas al son de alegres instrumentos gustan de los frutos ya no disputados de sus tierras. La paz, en efecto, fué aquel amable y dulcísimo bien que trajo al mundo el Salvador, cuando vino al mundo: *Gloria in altissimis Deo, et in terra pax hominibus* (Luc. ii, 14). Esta mandó á sus apóstoles que la anunciásen por todas partes inmediatamente que pusieran el pié en cualquier casa. *In quamcumque domum intraveritis, primam dicitis: pax huic domui* (Mat. x, 13); ésta anuncia el mismo hoy con su propia boca á sus discípulos: *Pax vobis* (Mat. xxv, 33); y ésta es anuncio yo á vosotros. Paz, si, mis amados oyentes, paz es deseo á vosotros, paz quiero en vosotros, y paz entre vosotros. *Pax vobis*. ¿Qué acogida hallará, ó qué recibimiento hareis á este vehemente y sincerísimo deseo mío? ¿Habré yo de recelar que ésta paz que os anuncio, así como la paloma que salió del arca de Noé y no halló donde poner el pié, retroceda y vuelva á mí? Esto á la verdad predijo el mismo Salvador que sucedería algunas veces.

*Si ibi fuerit filius pacis, requiescet super illum pax vestra: sin autem, ad vos revertetur.* Mas para que esto no me suceda á mí también, os anuncio esta paz misma en nombre de aquel Dios y Señor de la paz: *Deus pacis* (II Cor. xiii, 14). No puede negarse que tan gran bien solo puede derivarse de Dios, que tiene en su mano todos los bienes. A poner de manifiesto esta verdad se dirige hoy todo mi discurso que para mayor claridad divido en las dos proposiciones ó en los dos puntos siguientes: primero, no tiene ningún bien quien no tiene paz; segundo, no tiene paz quien no la tiene con Dios. Favorecedme un corto rato con vuestra acostumbrada atención y daré principio. A. M.

1. ¿Qué campo tan dilatado para hacer ostentación de raras y singulares doctrinas no me ofrece la primera proposición: no tiene ningún bien quien no tiene paz? En explicarla, en promoverla é ilustrarla parece á la verdad que triunfaron las mas celebradas escuelas de la antigua filosofia, las cuales pusieron y constituyeron en la quietud interior y serenidad de ánimo la verdadera felicidad del hombre y aún su última bienaventuranza. ¿Con cuántos y cuán ingeniosos conceptos, con cuántos y cuán bellos pensamientos pudiera, si quisiese, adornar y hermosear mi discurso? Pero Dios me libre de que en este lugar, donde yo con el Apóstol no creo saber nada más que á Jesucristo y éste crucificado: *Non... judico me scire aliquid... nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum* (I Cor. ii, 2), quiera hacer ostentación de mas doctrinas que las que se contienen en los libros santos, á los cuales únicamente pienso atenerme. Si nos ponemos á consultar estos venerables y adorables libros, encontraremos en ellos demostradas con mucha claridad dos grandes verdades, es á saber: que puede alguno abundar en todos los demás bienes, y que solo porque le falta la paz debe reputarse miserable é infeliz; y todo al contrario, que se debe reputar á otro muy venturoso y afortunado, aunque carezca de todos los demás bienes, solo con que goce de la paz. Acreditemos con hechos ambas verdades.

Pone la vista en el hombre más feliz y más sábio de cuantos han comparecido en el mundo: en el rey Salomón, digo. Para daros en pocas palabras una idea de su felicidad, básteos asegurares que, según lo que afirma el mismo, cuanto deseó (y cuánto no desearia un corazón no menos ancho que el dilatadísimo mar?) cuanto deseó, repito, llegó por fortuna suya á lograr. *Omnia, que desideraverunt oculi mei, non negavi eis* (Ecles. ii, 10). Prescindiendo de la extensión de su imperio, de la riqueza de sus tesoros, de la gran delicadeza de sus mesas, de la suntuosidad de su tren, del número de sus criados y

del lujo de sus equipajes, solo con que hubieseis dado un paso en su palacio, os hubierais convencido bastantemente de que no exagera nada. ¿Cómo os hubierais sorprendido á primera vista con la interminable altura de aquellas fábricas, con la grandiosa estructura de aquellas moles y con la inmensa extension de aquellos edificios! Un solo palacio parecia un agregado de muchas ciudades ó de muchos pueblos unidos. ¿Qué magnificencia de atrios! ¿Qué salas tan majestuosas! ¿Qué hileras de aposentos! ¿Qué arcos tan suntuosos! ¿Qué escaleras, qué columnatas, qué galerías tan magníficas! Veíase por todas partes competir el arte con la naturaleza, la simetría del dibujo con la preciosidad de la materia y el gusto en el ornato con lo excelente del ornamento. La plata no se estimaba en nada, el oro se había expendido allí á millones, y las piedras preciosas embutidas acá y allá brillaban en todos los arquitectos y capiteles. Pues ¡y sus jardines! ¡oh qué delicia por la amenidad del sitio, por la hermosura de las perspectivas, por lo dilatado y la distribución de las alamedas, por la variedad de las flores, de las plantas, de las fuentes y de los bosques! Los hubierais llamado encanto de los ojos, albergue de la felicidad y paraíso del placer. ¡Oh felicísimo Salomon! ¿Qué hombre tan venturoso y tan lleno de contento no serás tú? Pero busquémoslo, oyentes míos, busquémoslo. ¿Dónde estás, Salomon? ¿Válgame Dios! Metido y encerrado en su gabinete, lejos del esplendor de la corte y de los obsequios y rendimientos de los cortesanos, fastidiado de todo, y melancólico y afligido suspira y llora. Pues ¿por qué se contrista? ¿de qué se lamenta? ¿Le falta por ventura alguna cosa que pueda contribuir á esa fortuna y á su grandeza? No; pero de esto se duela, de que no faltándole nada de lo que quiere, le falta sin embargo lo que más quisiera, que es la paz del corazón. He visto y experimentado en todo vanidad y aflicción: *Vidi in omnibus vanitatem et afflictionem animi* (Ism. xi), dice con inconsolables gemidos. Está descontentísimo en medio de tantos contentos, porque en medio de tantos contentos no tiene el contento del corazón: en una palabra, carece de todos los bienes, porque no tiene paz.

¿Y sabéis, oyentes míos, cuál es la principal razón? Héla aquí. Porque sin el bien de la serenidad de ánimo y de la quietud interior no se halla el alma en estado de disfrutar ningún otro bien; y así, aunque se vea rodeada de todos, en cuanto al goce, es en realidad lo mismo que si estuviese privada de ellos. Para convenceros de esto volvamos á la sagrada Escritura, y de un palacio pasemos á otro, del de Salomon en Palestina, al de Asuero en Persia. ¡Veis aquel gran señor que tanto brilla con el oro y la púrpura, y que entre

las reverencias y adoraciones de todo el pueblo de Susa va orgulloso á la corte, y se introduce con mucho despejo á la audiencia del monarca persa, aún sin pedirlo? ¿Lo conocéis? Aman es. Siendo favorito del monarca ha llegado á tanta altura, que es, despues del rey, la primera persona del reino. Llámase primer ministro ó ministro de Estado; pero en realidad es el supremo árbitro disponiendo de todo y mandando en todo. Con una seña suya todo se hace, y solo con comparecer, hincan todos la rodilla. ¿Quién no envidiaría su fortuna? ¿Quién no se sentiría por muy feliz solo con la mitad de aquel gran todo que forma su felicidad? ¿Quién acaso no temería tener demasiada? Pues á Aman le parece tan poco, que le parece nada. *Cum hoc omnia habeam, nihil me habere puto* (ESTHER, 12). Pues qué insaciable ansia, direis vosotros, qué insaciable ansia de engrandecimiento es esta? ¿Nada puede parecerle una autoridad sin límites? ¿Nada tanto mando? ¿Nada tanto poder, tantos honores, tantas riquezas? Nada. *Nihil, nihil me habere puto*. Y ¿por qué? Sólo porque cierta inquietud interior, cierta ambicion secreta le trastorna el ánimo, le turba el corazón y le quita la paz. Esta es aquella carencia que le devora y le priva de todos sus bienes, la que no le deja gustar de nada y la que le obliga á lamentarse. *Cum hoc omnia habeam, nihil me habere puto*.

Llamo ahora quien quiera bienaventurado al que ve nadar en la abundancia y en el oro, al que ve lleno de autoridad y en grande elevacion, al que es el más honrado, el más venerado y el más amado de todos los hombres. Bien sé que esto es al lenguaje que corre en todo el mundo: *Deum dixerunt populum, cui hoc sunt* (PSALM. cxliii, 15); más te engañas mucho, pueblo mío, si te crees feliz por esto, y mucho te engaña cualquiera que por esto te crea feliz. *Popule meus, qui te beatum dicunt, ipsi te desipient* (ISA., vi, 12). Por lo que á mi hace, yo creeré más bien dichoso á un David, que sin embargo de ser el blanco de cruellísimas persecuciones, siente inundada el alma de celestiales consuelos á proporción de sus trabajos: *Secundum multitudinem dationum mearum in corde meo: consolatiónis tua lætificaverunt animam meam* (PSALM. xciii, 19). Dichoso á un Job, que aunque lleno de plagas en un estercedero, puede exclamar tranquilamente: Bendito sea el nombre del Señor: *Sit nomen Domini benedictum* (Job, i, 21). Dichoso á los tres niños de Babilonia condenados al fuego, que aún en medio de las llamas pueden componer cánticos en alabanza del Señor y exclamar: Bendicid al Señor todas las obras del Señor: *Benedicite omnia opera Domini Domino* (DAN., iii, 57). Dichoso á un Pablo, no obstante estar

cargado de cadenas, pues en lo más profundo y oscuro de su torra puede alegremente asegurar, que está lleno de gozo en medio de sus muchas tribulaciones: *Supræbundo gaudio in omni tribulatione nostra* (II Cor., vi, 4). Si; á esos los tengo por felices, porque si veo que son infelicitados todos los demás, aunque colmados de todos los demás bienes, solo porque no gozan de la paz, con mucha razón reputaré por dichosos y afortunados á los que se hallan en posesion de ella, aunque los vea privados de todos los demás bienes. Así comprenden tan bien los unos y los otros mi proposicion, de que no tiene ningun bien quien carece de paz.

2. Añadamos ahora, que no tiene paz quien no la tiene con Dios. En efecto, decía san Agustín al Señor: vos nos habeis criado únicamente para vos, y lejos de vos no es posible que halle descanso ni alegría nuestro corazon: *Fecisti nos, Domine, ad te, et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te*. Lo mismo nos sucede á nosotros que sucede á todas las demás cosas, las cuales distantes del término á que por natural instinto aspiran, están siempre aguiladas é inquietas. Mirad aquel rio que corriendo incansablemente día y noche y estrechándose onda con onda, no se para, ni descansa y parece que dice murmurando: al mar, al mar: mirad aquel peñasco que arrancado de la fragosa cumbre del monte se precipita violentamente á lo hondo, y parece que dice rotando: al centro, al centro. Centro de nuestro corazon y término último y esencial de su bienaventuranza es solo Dios. En estar pues unido á Dios, al cual se dirige y aspira naturalmente, puede tan solo encontrar reposo y quietud nuestro corazon. Y ¿de qué modo, cristianos, puede hacerse aqui en la tierra esta union del corazon humano con Dios? Pensadlo y volvedlo á pensar quanto querais, y vereis como solamente puede hacerse con una espontánea y entera subordinacion á la voluntad de Dios y á sus divinos mandatos. Y ¿sabéis qué se sigue de esto? Se sigue que por lo mismo que vosotros, pecadores, rehusais estar subordinados á Dios, que por lo mismo que no queréis obedecer sus leyes, que por lo mismo que gustais de una vida independiente, libre y disoluta, es imposible que goceis nunca de paz: *Non est pax impiis, dicit Dominus* (Isai., lxxviii, 22). En vez de esta tendreis recordimientos, amarguras é inquietudes que turbarán vuestro espíritu. Una prueba convincente y palpable de esto tenemos en Cain. Jamás traigo á la memoria tan fatal suceso sin estremecorme y horrorizarme. Apenas hubo Cain cometido el bárbaro fratricidio, cuando empezó á reñalar que alguien le quitase la vida, como se la había él quitado á su hermano Abel. ¡Oh Señor! exclamó, cualquiera que me encuen-

tre, me matará: *Omnis... qui invenerit me, occidit me* (Gen., iv, 14.)

No, Cain, respondió Dios, no temas eso: te doy mi palabra de que nadie te hará mal: *Nequaquam ita fiet* (Ibid., 15). Asegurado Cain con semejante promesa, parece que había de estar alegre y tranquilo; mas, sin embargo, helo aqui todavía errante y vagabundo huir inciesantemente de uno á otro país: *Habitavit profugus in terra* (Ibid., 16); y en su fuga, volver atrás á cada paso sus tímidos ojos, palpar y temblar á cada movimiento de una hoja y á cada silbido de aire, llevando siempre en su melancólico y pálido rostro, en su espaveido y anredado cabello, en su bizco y torcido mirar, impreso y estampado vivamente su fatal espanto. Pues ¿qué temes, miserable? ¿Por qué te asustas, si vives bajo el amparo de un Dios que se hace tu escudo para defenderte? ¿Qué temes? Se teme á sí mismo, teme su maldad, y huye el desventurado, y procura huir no solo de los otros, sino hasta de sí mismo. Siempre se ve rodeado de la ensangrentada y manchada sombra de su muerto hermano que le mira con espantosos ojos, que le amenaza y aún le convida á saciarse en su sangre. Siempre ve, quiero decir, delante de su pecado, como le amenazó el Señor que había de sucederle. *Si... vult... egerit, statim in foribus peccatum aderit* (Ibid., 7). Esto es lo que le tiene de continuo con tanta agitacion y tanto miedo. Mi pecado, hé aqui la respuesta que pudiera dar con las palabras de David, mi pecado está contra mí siempre: *Peccatum meum contra me est semper* (Ps. 1, 5). Haced la comparacion ó cotejo con vosotros mismos pecadores. Cain es el original y vosotros sus la copia. Desengañaos al fin: el contento y el pecado no pudieron estar nunca juntos. Vosotros, desde vuestros juveniles años, gustasteis de dar al pecado albergue en vuestro seno, colocasteis al pecado en medio del alma, y en vuestras perversas y málvadas costumbres introdujisteis el pecado hasta la médula de los huesos. No, no esperéis que estando desconcertados, alterados y descompuestos vuestros huesos con vuestros pecados, entrd nunca á componerlos y tranquilizarlos la paz, hasta que éstos salgan. *Non est pax ossibus meis a facie peccatorum meorum* (PSALM. xxxvii, 4). ¡Pobres corazones! Me compadeczo verdaderamente de vosotros. Os veo continuamente correr ansiosos por acá y por allá, y dar vueltas por mil diversos caminos en busca de la verdadera paz, y os veo asimismo andar tanto más lejos de ella cuanto más cerca pensais tenerla. Los caminos por donde vosotros andais, no son caminos que guian á ella. Es necesario que os persuadais á que no son caminos para encontrar verdadera paz el divertimento y el placer, la

conversacion y el teatro, la compañía de los disceolos y la satisfaccion de las pasiones; pues, por el contrario, estos son los caminos de la afeccion, del dolor y del llanto. Retroceded, pues, amados pecadores, y mudad de camino, si quereis paz. El santo temor de Dios, la humilde subordinacion á sus divinos preceptos, el testimonio de una buena conciencia, la mortificacion de los propios apetitos, la fuga del pecado y de la ocasion del pecado, son los únicos y seguros caminos por donde se puede llegar á conseguirla; pero si vosotros ignorais enteramente estos caminos, si no quereis andar por ellos y gustais de estar siempre á oscuras, no os conseis más inútilmente, pues siempre se podría decir de vosotros, y de los que se asemejen á vosotros, que no conocieron cual era el camino de la paz.

Parece algunas veces, direis vosotros, que á fuerza de fatigarse y afanarse han llegado tambien los pecadores á encontrar la deseada paz. Y ¿no los veis con un rostro sereno, con la risa en los labios, y con dichos agudos y chanzas, no solo pasar la vida alegremente, sino tambien tener divertida y contenta la compañía? A la verdad, el profeta David notó esto mismo, y se conmovió de tal manera, que prorumpió con un fervoroso enagenamiento de calor: Me ha alterado al ver la paz y prosperidad de los pecadores: *Zelavi super iniquos, pacem peccatorum vident* (PSALM. LXXII, 5). Esto es verdad, oyentes míos; pero es necester que reflexionéis. El santo profeta dice: haberse alterado así con solo ver la paz de los pecadores, no porque así mismo y en realidad gozase de ella; y la razon es, porque su paz es justamente una paz que se ve y nada más, una paz solamente exterior, no una verdadera paz interna y que resida en el corazon. Muestran por fuera señales de serenidad y bonanza, mas por dentro de ellos, si damos crédito á Isaias, hay una terrible borrasca. *Impii... quasi mare ferevna* (ISA. LVI, 20).

Se podría encontrar muy bien esta falsa y simulada paz en el sueño de que en medio de la tempestad gozaba Jonás fugitivo de Dios. Trastadaco, oyentes míos; con el pensamiento al irritado y ensobrecido mar de Tarsis. Mirad á lo lejos entre la claridad y oscuridad de un cielo tenebroso y lluvioso que es juguete de las tiradas olas una infeliz nave. ¡Oh miserables navegantes! ¡Qué esfuerzos no hacen todos por libertarse del naufragio! ¡Cómo corren acá y allá y de popa á proa, cómo sudan, cómo gimen en los remos, en el timon y en las velas, cómo piden auxilio y cómo imploran misericordia! ¡Pervon, cielos! ¡Piedad, mar! Y tú, furioso viento, ¡piedad! Pero ¿veis aquel pasajero que, sin embargo de todo esto, duerme profundamente en lo hondo de la nave? Pues es el mismo desobediente

profeta. ¡Oh corazon intrépido! ¿Cómo con tanto estrépido de truenos, con tanto estruendo de olas, con tanto gritar de los pilotos y marineros, con tanto destrozo como el que hace en el buque la tormenta, puede dormir? *Jonas... dormiebat sopori gravi* (GEN. I, 5). ¿Quién no diria que está tranquilo en medio de una apacible calma? Cualquiera lo diria, pero no es así. Pareció estar en calma y soñaba en medio de una tempestad.

Este mismo es el caso, cristianos, de los hombres perversos y desobedientes á Dios. No hay quien al mirarlos no se engañe facilmente, reputándolos por los hombres más felices y alegres del mundo. Sus ojos vivos, su rostro risueño, su trato despejado y su lenguaje cortés, son indicios de la más serena y tranquila bonanza; pero semejante bonanza está toda en el semblante y no pasa al corazon. En el corazon pues hemos de poner la vista, en el corazon. ¿Qué mar hay tan borrascoso y agitado que se le iguale? Se levantan continuamente como vientos impetuosos para alterarlo é inquietarlo pasiones desordenadas, descontentos, desos, odios, rencores, envidias, enfados, desconfianzas y celos. Todo está lleno de inquietudes, miedos y temores. Este es el corazon que llevan al baile, el que llevan al juego, el que llevan al teatro, y este es el corazon con que se levantan por la mañana y se acuestran por la noche. Y ¿es posible que con tal corazon vivan contentos? Por más esfuerzos que hagais, pecadores, á fin de parecerme alegres; bien sé que no lo estáis. Para estarlo en realidad se requiere una paz que serene el espíritu y no que solamente se muestre y se deje ver en el semblante: una paz que supere todos los sentidos, y que por consiguiente no pueda provenir sino de Dios: *Pax Dei qua exsuperat omnem sensum* (PHIL. IV, 7). Y una paz que solo puede provenir de Dios, ¿cómo podrá gozarla quien no la tiene con Dios? Con Dios pues, amados míos, conviene tenerla para tener paz: esto es, para tener un bien que por sí solo equivale á todos los demás bienes, y sin el cual no hay ningún bien. La paz es la rica herencia que da Dios á los justos y únicamente á los justos: *Pax exultationis et salutis in tabernaculis justorum* (PSALM. CXVII, 13). Cualquiera que no lo sea, bien podrá desecharla con ansia y suspirar por ella, mas no podrá tenerla. Y ¿es posible que aún cuando por innumerables motivos debiésemos resolvernlos á no separarnos más de nuestro buen Dios; no nos resolvamos al fin siquiera por el motivo de que, lejos de él, siempre buscaríamos en vano contento y paz? Ea pues, diga por último cada uno: Yo hallo mi bien en estar unido con Dios: *Mihi autem adhærere Deo bonum est* (PSALM. LXXII, 28). Este finalmente es el año, este es el día y esta es la hora en que

me determino y me resuelvo á ello con las mayores veras. No más abandonar á Dios, no más ofender á Dios, no más alejarme de Dios. Con tan bello propósito, mis amados oyentes, la paz de Dios que excede á todo entendimiento, guarde vuestros corazones y vuestros sentimientos. *Pax Dei que exsuperat omnem sensum, custodiat corda vestra et intelligentias vestras* (Pmbr. iv, 7). Así sea.



La paz es el inestimable tesoro que nos dejó Jesucristo; y esta paz es fruto, como dice el apóstol Santiago, de la santidad y de la virtud: *Fructus autem justitiæ in pace seminatur* (Jac. iii, 18). Cualquiera paz distinta de ésta, es fantástica y engañosa. Para ser sólida y verdadera, ha de nacer del principio de la santidad y de la gracia. Hablemos de esta paz espiritual; de esta paz de Dios, que excede todo sentido; de esta paz, que es la que deseaba S. Pablo á los filipenses: *Et pax Dei, que exsuperat omnem sensum, custodiat corda vestra, et intelligentias vestras in Christo Jesu* (Pmbr. iv, 7). Hermanos míos, les decía, el mayor deseo que me inspira Dios para vuestro bien, es de que la paz que él mismo os ha dado, sea la que guarde vuestros espíritus y corazones. Esto mismo es lo que el día de hoy deseo y pido para vosotros. Pero ¿por qué desea el Apóstol esta duplicada ventura á los filipenses, una en orden á los entendimientos, y otra en orden á los corazones? La razón es porque para establecer una paz perfecta en el hombre, es necesario introducirla igualmente en estas dos potencias de su alma, en el entendimiento y en el corazón. La paz del corazón necesariamente supone la del entendimiento, y la del entendimiento no puede ser constante sin la del corazón. Luego es necesario pacificar el entendimiento del hombre, desterrando de él todas

las inquietudes que puede tener en el exámen de la verdad; y pacificar su corazón, arrancando de él todos los deseos que le atormentan cuando solicita su quietud. Mas ¿por qué camino puede el hombre tener esperanza de conseguirlas? Nosotros no podemos esperar que nuestro entendimiento esté jamás sosegado, mientras dejamos que nuestra razón le gobierne: ni tenemos que esperar que nuestro corazón esté jamás satisfecho, mientras se dejara dominar de sus pasiones. Es necesario que la fe gobierne nuestro entendimiento, si queremos que tenga quietud. Es necesario que reine en nuestro corazón la ley divina, si queremos que goce de una sólida felicidad. Dos verdades importantes en que se dividirá este discurso. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. El saber por qué habiendo Dios hecho al hombre racional, en el punto más esencial, que es el de la religión, no quiso que se gobernase por la razón sino por la fe, es una dificultad que trataron los padres de la Iglesia con no menor sutileza que eficacia. S. Agustín dice, que Dios lo dispuso así por el interés de su propia gloria: porque así como un señor no quiere que los que le sirven se metan en averiguar sus procederés, especialmente en los negocios más secretos y de mayor importancia de su casa, del mismo modo es derecho de la grandeza de Dios, que el hombre, que es un puro nada, no arguya con Dios sobre lo más oculto é incomprensible de su providencia y sobre el orden de sus juicios. Así se explica S. Agustín. Y á la verdad es preciso confesar, que la obediencia que por la fe rendimos á Dios, es un vasallaje debido á la infinita soberanía de su Señor. Pero si toca á la honra y gloria de Dios que el hombre se gobierne por la fe, yo digo que no cede ménos en provecho del hombre el conducirse por este camino: ya porque merece el hombre más siguiendo la conducta de la fe que gobernándose por la razón; ya porque sin la fe ignoraríamos muchos misterios y verdades que la razón no alcanza; ya, en fin, porque hay pocos entendimientos capaces de adquirir con la razón sola todo el conocimiento de Dios que hemos menester.

Dadme un hombre resuelto á no creer sino lo que quiere y á no rendirse á la fe jamás; ¿en qué estribará para adquirir aquella disposición que tiene quieto y sosegado el entendimiento? O vivirá en una total indiferencia en materia de religión, como los que no tienen fe; ó hará para sí una religión particular según las luces de su razón, como los filósofos y sabios del mundo. Si vive en una total indiferencia en materia de religión, bien sabéis la infelicidad de este estado y hasta el menor rayo de luz para conocerle. Pues ¿qué horror es ese?

Llegará á ser un hombre insensible á las mismas cosas que son inseparables de su sér y de su condicion. Un hombre que no sabe lo que es, ni porque lo es; que no piensa en lo que ha de ser y en lo que ha de venir á parar; que no creyendo nada, es incapaz de toda esperanza, y no teniendo seguridad de nada, lo debe necesariamente temer todo; abandona al acaso su felicidad, ó su infelicidad eterna; de suerte, que si hay felicidad eterna, la renuncia; y si hay infelicidad eterna, se expone evidentemente á ella; estando á peligro de incurrir en ésta, y de privarse de todo el consuelo de aquélla, no conoce á Dios, ni quiere aplicarse á buscarle, ó por mejor decir, lo quiere ignorar, cuando todas las cosas le fuerzan á conocerle. Pues estas son las señas de un hombre perdido que no tiene religion. Y pregunto, ¿puede un hombre hallar quietud sólida en este estado? ¿No basta ser racional para que todo esto le turbe, le sobresalte y le haga estremecer? Pero, considérense en el otro estado, en que hace una particular religion para sí segun las luces de su entendimiento; esto es, una religion fundada solamente en la luz que le dió la naturaleza. En ese estado ¿puede hallar el entendimiento del hombre una quietud verdadera? carece firmemente que no puede: porque un hombre sábio, por poco que se conozca á sí mismo, está convencido de tres cosas en orden á su razon: lo primero, que está á peligro de errar; lo segundo, que es naturalmente curioso; y últimamente, que la mayor parte de sus conocimientos, cuando mucho, son unas opiniones puras, que aún cuando le proponen la verdad, le dejan siempre en la incertidumbre. Pues estas tres cosas son absolutamente incompatibles con la quietud del entendimiento, y lo habeis de ver vosotros mismos claramente.

Si soy sábio no puedo establecer mi religion sobre mi razon sola: porque sé que está á riesgo de errar mil veces, y especialmente en lo que pertenece á la religion. Sé que las historias de todos los siglos me enseñan, que en ninguna cosa han sido más monstruosos los desvarios en que han caido los entendimientos de los hombres, que en lo que pertenece al culto de la Divinidad. Sé que se puede justificar fácilmente por la tradicion de la Iglesia, que no ha habido herejía tan extravagante, que no haya hallado parciales que la reciban; y la hayan aprobado y gustado de ella. Últimamente; sé que siempre que el entendimiento del hombre ha salido de los términos que le señala la fe, y querido descubrir nuevos rumbos en el campo de la religion, todas sus diligencias no han servido sino para embarazarle y confundirle con los errores más groseros.

Pues ¿qué fundamento tengo, sabiendo todo esto, para poder darme de mi razon, y remitirme á su juicio en los puntos de mi religion

y de mi fe, sino engañándome á mí mismo, y preciándome de tener una razon más perspicaz, más recta y más infalible que totes los hombres del mundo, lo cual fuera un exceso de presuncion y una soberbia insoportable? Luego es necesario, por corto que sea mi entendimiento, que en materia de religion tenga mi razon por sospechosa, ó por mejor decir, que de ningún modo la siga. Pues por el mismo caso no puede quietar mi entendimiento, ni mantenerle en aquella santa seguridad que es causa de su sosiego. Añadid á esto, que es carácter de nuestro entendimiento, ser incierto, inconstante y fulto de resolucion en la mayor parte de sus juicios, que es otra calidad directamente contraria á la quietud que solicita. Es decir, que por un conocimiento cierto de que puede asegurarnos nuestra razon, hay mil de que no puede asegurarnos. Hay aún mucho más que eso: lo que hoy suponemos como cierto, mañana se nos hace dudoso; y después de haber pensado bien en ello, llegamos absolutamente á tenerlo por falso.

Además, el hombre es curioso; y con la curiosidad ¿podríamos tener esperanza de dar paz á nuestro entendimiento? No es posible; porque el discurrir es buscar; y buscar siempre, es no estar jamás contento: luego, para poner nuestro entendimiento en la posesion de aquella paz bienaventurada á que aspira, es necesaria alguna cosa firme que detenga su curiosidad, y la estreche, poniéndola raya de donde no pueda pasar, alguna cosa cierta que remedie sus inconstancias, y alguna cosa infalible que corrija sus errores; y estas son las tres calidades de la fe; porque cine vuestra razon, reduciéndola á solo este principio, Dios lo ha dicho, y Jesucristo, que es la sabiduría de Dios, es el que lo declaró; y no permitiendo jamás que salga de esta raya, cesan todas sus inquietudes.

No es esto todo: la fe remedia sus inconstancias, lo cual no es menos evidente; porque es esencial á la fe divina tener dispuesto nuestro entendimiento de tal suerte, que primero renunciáramos toda la luz de la naturaleza y todo el conocimiento de los sentidos, que dejar de creer lo que creemos. Porque ser fiel; qué quiere decir, sino tener esta disposicion? Pues lo que tiene de esta suerte fijo nuestro entendimiento es lo que causa la paz en él. En fin, la fe por especial privilegio de la gracia propio suyo, asegura la razon del hombre contra el error y la mentira, porque es tan infalible como Dios. No solamente es infalible en sí misma, por estar fundada inmediatamente en la autoridad y revelacion divina, sino que lo es tambien respecto de nosotros; pues nos aplica esta revelacion por medio de unas reglas tan santas, que si por imposible nos engañáramos, fueran á cuenta del mismo Dios nuestros yerros.

Concluyamos, pues, con aquellas palabras del Salvador: *Beati qui non viderunt, et crediderunt* (JOANN. XX, 29). ¡Dichosos los que creen, y creen sin haber visto! ¡Dichosos los que creen! no solamente porque corrigen todas las imperfecciones de la razon sujetándola á la fe; no solamente porque en lugar de una razon flaca y débil que renuncian, entran en la participacion de las luces puras del entendimiento divino; sino porque cautivando su entendimiento en obsequio de la fe, establecen en él una paz inalterable. Y ¡dichosos los que creen sin haber visto! porque cuanto ménos necesitan de ver para creer, tanto más sólida y constante es la paz de sus entendimientos. No imaginemos que los apóstoles fueran más privilegiados que nosotros, porque vieron al Hijo de Dios en la tierra y fueron testigos de sus milagros. No es el ver los milagros lo que le dá al entendimiento esta paz y tranquilidad de que hablamos, sino el rendimiento sencillo á la fe. Los apóstoles habian visto todos los milagros que Jesucristo habia hecho en su vida; y después de eso, no estuvieron ménos turbados al tiempo de su pasion. Después de su resurreccion misma, aunque se les apareció tantas veces, no estaban sus entendimientos del todo asegurados, y se vió obligado Jesucristo á reprenderlos de su incredulidad. Lo que los confirmó, fué el don de la fe y de submission, que les trajo del cielo el Espíritu Santo, cuando descendió sobre ellos visiblemente. Pues este espíritu de submission le puedo yo tener como ellos, y aún más que ellos sin haber visto: porque es mayor submission creer antes de ver, que creer después de haber visto. Con que puedo ser más bienaventurado en el ejercicio de mi fe, que los apóstoles mismos. ¡Ay! amados oyentes míos; ¡qué sosiego fuera el nuestro, si estuviéramos bien persuadidos de esta verdad! ¡Qué paz tuviéramos, si hubiéramos sacrificado á Dios todas estas vanas curiosidades en que nos ocupamos; estas ansias ardientes de saber y cavar en algunas materias, que ha querido Dios que estén ocultas á nuestra vista! Es, pues, necesaria la submission á la fe para la paz del entendimiento, y la submission á la ley es necesaria para poseer la paz del corazón.

2. Es imposible resistir á Dios y tener paz; pero es tambien de algun modo imposible que no tengamos paz quien está perfectamente rendido á Dios. Siendo Dios el sumo bien del hombre, su bienaventuranza, su fin último, y por consiguiente centro de su corazón, es imposible que tenga jamás el corazón del hombre quietud, sino en cuanto estuviere unido con Dios. Pues esta union del corazón humano con Dios no puede hacerse en esta vida sino por medio de una sujecion voluntaria á la ley de Dios. Cuando un elemento está fuera de su cen-

tro, aunque esté en otro lugar al parecer más gustoso, no se detiene en él sino con una suma violencia. Cuando alguna parte del cuerpo humano está fuera de su lugar, por más que hagais para su alivio, mientras dura esta dislocacion, padece continuos dolores. Pues tal es el estado del corazón del hombre, cuando por la culpa se ha separado de Dios. Era Dios su centro, y le ha dejado; su obligacion era estar rendido á Dios, y quiso rebelarse contra su soberanía: y en este estado, aunque le sobren todos los gustos del mundo, no tendrá jamás tranquilidad ni sosiego.

Hablando Salomon de los pecadores en el libro de la Sabiduría, le decía á Dios (SAP. XI, 48 ET 49): os era muy fácil, Señor, enviarles unos monstruos que los tragasen, y podía vuestra mano omnipotente criar nuevas especies de criaturas para acabar con ellos, siendo ministros de vuestra indignacion. Pero como al castigar á los hombres no intentáis precisamente dar á conocer vuestra grandera omnipotente, por esto os contentais con hacer que experimenten los efectos de vuestra justicia soberana, y no queréis darles otro castigo sino hacer que su mismo delito sea su tormento, no habiendo menester más que dejarlos abandonados á sus pasiones para conseguir de ellos una venganza cumplida. Esta es la idea que el Espíritu Santo nos dá del estado de los pecadores; de este modo nos los representa como unos hombres dejados á sí mismos, que se persiguen y se rebelan contra sí mismos después que se rebelaron contra Dios. Y á la verdad, la pena más infalible, y que más de cerca sigue al pecado, es el remordimiento con que despedaza la conciencia.

No es menester más que consultar con la experiencia para quedar sensiblemente convencidos de esta verdad. ¡Vemos acaso, que sea verdadera la paz que gozan los pecadores del siglo? Por ventura tienen las apariencias, pero ¡tienen el ser verdadero de la paz? ¡Qué vida es la suya? Una esclavitud en que gimen debajo de la tiranía de sus pasiones y de los vicios que los dominan; una perpétua dependencia del mundo y de sus leyes; una sujecion servil á las criaturas, quiero decir, al capricho, á la vanidad, á la inconstancia y á la misma infidelidad. ¿Qué vida es la suya? Una serie de delitos, que los hacen no ménos infelices que delinquentes: *Contritio, et infelicitas in vita eorum, et viam pacis non cognoverunt* (PSALM. XIII, 3). No hay, dice el profeta rey, sino infelicidad y afliccion en sus caminos; pues ¿cómo han de tener paz, si están tan lejos de conseguirla, que ni saben por qué camino se ha de buscar, ni han llegado á conocerla?

Pero diréis, que estos pecadores del siglo tienen muchas veces todos

aquellos bienes en que consiste la felicidad de los hombres en esta vida: los vemos ricos, poderosos y elevados: el mundo los honra, y no parecen que se ha hecho sino para ellos. Está bien, sea así, tengan todo lo que os imagináis: en nada de esto consiste su felicidad.

*Pax multa diligentibus legem tuam* (PSALM. CXVIII, 165). Dios mío, decía David; la paz interior es para los que aman vuestra ley; y ni es razón, ni aún posible es que la tengan otros sino ellos; porque siendo vuestra ley el principio de que depende que todas las cosas estén bien ordenadas, es por el mismo caso esencialmente principio de la paz. Paz firme por parte de Dios, por parte del prójimo, y por nuestra parte.

Paz firme por parte de Dios; porque, ¿qué me puede suceder que turbe mi paz con Dios, cuando me sujeto á su ley? Si me envía aflicciones, las recibo como pruebas que quiere hacer de mi fidelidad: si hace que se levanten persecuciones contra mí, le doy gracias, y en lugar de quejarme hago de ellas, como cristiano, motivo de alegría: si nada de lo que intento me sale bien, le adoro, creyendo que lo que dispone me está mejor que el suceso más favorable del mundo. En una palabra, no quiero más de lo que quiere, y del modo y con las circunstancias que quiere. En todas las cosas su voluntad es la mía, y como su voluntad está en una paz eterna, conformando con ella la mía, logro la paz de Dios, ó por mejor decir, el mismo Dios, según la sentencia de S. Pablo, es mi paz: *Ipse enim est pax nostra* (ROMAN. II, 14).

Paz firme por parte del prójimo; porque una vez que estoy sujeto y obediente á la ley de Dios, falta en mí todo lo que altera la paz entre los hombres: quiero decir, ya no hay en mí aquellos movimientos de ira, aquellas envidias, aquellas sospechas, aquellos odios, aquellos temores del corazón, aquellas altiveces y desrazones, que son como la semilla de la división y discordia. Manténgo la paz con todo el mundo, aún con los que no quieren mantenerla: *Cum his, qui oderunt pacem, eram pacificus* (PSALM. CXXI, 7); á ninguno ofendo, á nadie juzgo, de nadie quiero vengarme; porque la ley de Dios que sigo invariablemente, me prohíbe cuantas injurias, venganzas y juicios pudiera hacer contra los demás, y pudieran ser motivo de que ellos se volvieran contra mí.

Paz firme por mi parte también. Porque este rendimiento á la ley de Dios hace calmar toda la furia de mis pasiones, ó por lo ménos hace que estén sujetas á la razón; y estándolo, no inquietan mi corazón: la ira no me arrebatá, la tristeza no me oprime; obedezco á Dios, y obedeciéndole, todas mis pasiones se rinden con mi obediencia,

reina Dios en mí, y con una consecuencia necesaria hace que sea yo rey de mí mismo. Este es el feliz estado de los justos, y aún de los pecadores mismos cuando han hallado la paz de Dios, reconciliándose con su Majestad. No hablo de un S. Pablo, que desafiaba á todas las criaturas sobre si podrían inquietarle en la posesion de esta paz. No hablo de los mártires, que con un milagro de la gracia, en medio de los tormentos sensiblemente experimentaban su dulzura; hablo de los cristianos que corresponden fielmente á Dios, y son constantes en su amor por el ejercicio de las virtudes.

Amados oyentes, unámonos con nuestro Dios; busquemos en él nuestra paz, pues no la hallaremos en otra parte. Demasiadamente nos enseña esta verdad la experiencia, y debemos temer que nuestra experiencia sea causa de nuestra condenacion. Pues si esta paz no está en el mundo, ni el mundo nos la puede dar, no porfiemos en querer hallarla en él. Busquémosla donde está, y donde Dios la ha puesto; pues no la ha puesto sino en sí mismo, ni ha podido ponerla en otra parte. Busquémosla en una total sumision á la fe y á la ley. Si seguimos estas dos reglas, á un mismo tiempo conseguiremos la paz del entendimiento y la del corazón. Y no solamente conseguiremos la paz, sino la abundancia de la paz en esta vida, y la felicidad eterna en la otra.

## DIVISIONES.

PAZ.—Para devolver la paz á nuestra alma hay que reconciliarse con Dios.

Para conservar la paz de nuestra alma hay que hacer la guerra á nuestro cuerpo.

PAZ.—Es Jesucristo quien nos hace desear la paz.

Es Jesucristo quien nos concede la paz.

Es Jesucristo mismo quien es nuestra paz.

PAZ.—El mundo ciega al pecador para darle la paz.

El Salvador ilumina al cristiano para darle la paz.

PAZ.—La paz que nos da el Evangelio no puede ser turbada por la incertidumbre.

La paz que nos da la inocencia no puede ser turbada por la calumnia.

La paz que nos da la esperanza no puede ser turbada por la persecucion.

## PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

*Quis restitit ei (Deo), et pacem habuit Job. ix, 4.*

*Viam pacis non cognoverunt. Psalm. xiii, 5.*

*Orietur in diebus ejus justitia, et abundantia pacis. Idem LXXI, 7.*

*Inquire pacem, et persequere eam. Idem xxxiii, 45.*

*Pax multa diligentibus legem tuam. Idem cxviii, 163.*

*Secura mens quasi iuge convicium. Prov. xv, 15.*

*Et erit opus justitiae pax. Isai. xxxii, 47.*

*Non est pax impiis, dicit Dominus. Idem xlviii, 22.*

*Beati pacifici, quoniam filii Dei vocabuntur. Matth. v, 9.*

*Pacem relinquo vobis, pacem meam do vobis: non quomodo mundus dat, ego do vobis. Joann. xiv, 27.*

*Hec locutus sum vobis, ut in me pacem habeatis. Idem xvi, 33.*

*Non est regnum Dei coeca, et potius: sed justitia, et pax, et gaudium in Spiritu sancto. Rom. xiv, 17.*

*Deus pacis sit cum omnibus vobis. Idem xv, 33.*

*Pacem habete, et Deus pacis erit vobiscum. II Cor. xiii, 14.*

¿Quién jamás le resistió (á Dios), que quedase en paz?

Nunca conocieron el sendero de la paz.

Florecerá en sus días la justicia, y la abundancia de la paz.

Busca la paz, y empuñate en alcanzarla.

Gozan de suma paz los amadores de la ley.

La buena conciencia es como un banquete continuo.

Y la obra ó fruto de la justicia será la paz.

Para los ímpios no hay paz, dice el Señor.

Bienaventurados los pacíficos; porque ellos serán llamados hijos de Dios.

La paz os dejo, la paz mía os doy: no os la doy yo, como la da el mundo.

Estas cosas os he dicho con el fin de que halléis en mí la paz.

No consiste el reino de Dios en el comer, ni en el beber esto ó aquello; sino en la justicia, en la paz y en el gozo del Espíritu santo.

El Dios de la paz sea con todos vosotros.

Vivid en paz, y el Dios de la paz será con vosotros.

## FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Dios es llamado y es Dios de paz, porque es una de las virtudes

que exige con mayor empeño de sus criaturas. Cuando el rey David quiso edificar un templo á Dios, le fué revelado que no sería él quien lo edificase, sino su hijo Salomon. La razon que dan de esto los intérpretes sagrados es, porque David había pasado toda su vida entre el estrépito de las armas y había derramado mucha sangre, aunque enemiga. Su hijo Salomon, llamado el Pacifico, fué elegido para levantar aquel admirable edificio (II Reg. 7).

La paz no es verdadera, si no es el fruto de nuestra rectitud y santidad. La Escritura nos pone un ejemplo para confirmacion de esta verdad en el sumo sacerdote Melchisedec, á quien llama rey de paz y de justicia.

En Moisés y en el pueblo de Israel tenemos una prueba de la paz y tranquilidad de que gozan los justos al lado de la angustia que oprime á los pecadores. Este caudillo miraba con una paz inalterable la angustia de Faraon y de su ejército, á quienes envolvieron las olas de un mar vengador, y daba gracias á Dios con un fervoroso cántico de la visible proteccion que les habia dispensado (Exod. 14).

Esta paz verdadera es la que nos da Jesucristo, cuando vivimos en su gracia; paz que el mismo distingue de la del mundo cuando dice á sus apóstoles: *Pacem relinquo vobis, pacem meam do vobis, non quomodo mundus dat ego do vobis (JOANN. 14).*

## PASAJES Ó SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

*A te pacem incipe, ut cum fueris ipse pacificus, aliis pacem feras. S. Ambros., lib. 20. epist. 82.*

*Propterea dant tibi pacem (impii), ut sine molestia mundo fruantur. S. August. in Joann.*

*Tale bonum est bonum pacis, ut in rebus creatis nihil gratiosius soleat audiri, nihil delectabilius concupisci, et nihil utilius possideri. Idem. lib. 49 de Civ. Dei, cap. 11.*

*Prave mentes tumultus in-*

Comienza por vivir en paz contigo mismo, y cuando lo hayas alcanzado, podrás traer la paz á los otros.

Los ímpios se crean una falsa paz para gozar de todo lo del mundo sin remordimiento.

La paz es un bien tan grande, que nada se oye en este mundo de más placentero, nada se busca con mayor esfuerzo, nada se posee de más provechoso.

Las almas culpables nunca de-

*tra se versare non cessant, [an de vivir en un tumulto interior; pues aunque exteriormente descansan, interiormente gimen bajo el peso de una inquieta zozobra.*

*quætiis laborant.* S. Greg., lib. 5. Moral. cap. 6.

*Hæc est vera pax, à Dei voluntate non dividi, et in his, quæ solius Dei sunt, delectari.* S. Lea., serm. 9 de Nativ.

La verdadera paz consiste en apartarse de la voluntad de Dios, y en deleitarse en todas sus obras.



*Quasi à fæte colubæ fugit peccata.*  
Como de la vista de una serpiente, así huye del pecado.

(ECCLES. XXI. 2.)

El Hijo de Dios descendió del cielo, pasó por espacio de treinta y tres años una vida la más dura y la más penosa, derramó su sangre adorable, y murió en una cruz para destruir el pecado. Para evitar que volviésemos á hacernos culpables, nos prometió su ayuda y su asistencia, abrió entre nosotros siete fuentes abundantes de gracias, y nos prometió, que *todo cuanto pidiéramos en su nombre al Padre celestial nos será otorgado.* Sin embargo, el pecado, esa monstruo horrible, subsiste aún para declarar la guerra al Señor, para renovar la muerte de Jesucristo, y perder á los hombres, rompiendo su union con Dios. El pecado reina, y la iniquidad parece que ha inundado toda la tierra. Jamás se han separado los hombres tanto de las máximas de la vida cristiana, que consiste en evitar el mal y hacer el bien. A ejemplo de Jesucristo y de los apóstoles, vamos á hablaros de ese mal espantoso que llamamos pecado, no tanto para daros á conocer su naturaleza, cuanto para inspiraros horror á él. A. M.

A. ¿Qué cosa es el pecado? El pecado, dice S. Agustina, es un pensamiento, una palabra ó una acción contraria á la ley de Dios; ó, como dice S. Ambrosio, el pecado es una transgresion de los divinos mandamientos, una violacion voluntaria de la ley del Señor.

«Es justo, decía en otro tiempo un rey impio, abatido bajo los golpes de la divina justicia; es justo que el hombre se someta á Dios.» La criatura debe ofrecerle diariamente el homenaje de su obediencia, y procurar continuamente cumplir su adorable voluntad. Así es, que Dios ordena, y todo cuanto existe se apresura á tributarle homenajes, todo está sometido á él. Mas, me equivoco; hay un sér que quiere salir de su estado de dependencia, un siervo que quiere sustraerse á la autoridad de su señor, un hijo que no conoce ya á su padre. Una voz se oye, que osa decir: *Yo no obedeceré, yo no serviré.* (JUAN. 8.) Y ¿enál es el sér audaz que levanta contra el Dios fuerte, eterno y omnipotente el estandarte de la rebelion? Es el hombre. ¡El hombre, compuesto vil de todo y de podredumbre; el hombre, sér débil, pobre, miserable, que no vive más que un dia, y que solo vive de prestado! ¡Ved aquí el sér que se atreve á medirse con el Señor! ¡Ved aquí, dice S. Ambrosio, una nada, que toma las armas contra el Sér supremo para igualarse á él! ¡Ved con qué insolente orgullo pronuncia contra Dios sus blasfemias! «Soberano Señor del universo, yo sé que tú impones tu ley á toda la naturaleza, y la naturaleza te obedece; mas yo no quiero obedecer! Tú me mandas que honre tu nombre, tres veces santo, que te consagro ciertos dias, que ame á mi prójimo, y que combata mis pasiones; mas yo no te serviré; yo ultrajaré tu nombre, yo profanaré los dias santos, yo odiaré á mi prójimo, yo maldeciré, yo calumniaré, yo seré esclavo de mis pasiones. Es verdad que tú me prometes una eterna felicidad si me humillo bajo tu yugo; que me amenazas con un eterno suplicio si quiero sustraerme á tu autoridad; pero yo me barto de tus leyes, de tus promesas y de tus amenazas; yo quiero pensar como me parezca, amar lo que se me antoje, hacer lo que quiera y vivir según mi capricho.» El pecador, por consiguiente, es un rebelde.

Este hombre que ofende á su Dios, está rido de los beneficios de su divino Señor, y cubierto con la sangre que le ha salvado. Por él crió Dios el mundo, por él sacrificó Dios á su propio Hijo. Lo que hay de más horrible en todo esto, es; que este hombre se sirve de los beneficios mismos de Dios para insultarle. Su entendimiento, su corazon, su imaginacion, su ánimo, sus ojos, sus oídos, su lengua, sus pies, sus manos, su cuerpo, todo lo ha recibido de Dios, y de todo se sirve para ultrajar á Dios. El pecador, pues, es un ingrato.

Pecadores, vosotros abandonais á Dios, que es la fuente de agua viva, y cavais cisternas llenas de grietas, que no pueden retener las aguas; vosotros abandonais á Dios, que es el principio de todo bien, para correr en pos de las criaturas, que no son más que un vapor, una sombra, un fantasma, un nada. ¿Dónde está vuestra fe, vuestra razon y vuestro buen sentido? Vosotros, pues, sois unos insensatos.

Vosotros pecáis, es decir, contristais el corazón del mejor de los padres, obligais á Dios á que se alce de vosotros, para ceder su puesto al demonio. Vosotros os hacéis esclavos del demonio, porque, como dice el apóstol S. Pedro, tal es el derecho de la guerra, que el vencido se hace esclavo del vencedor; pues bien, el demonio os ha vencido; por consiguiente, sois esclavos del demonio.

2. Vosotros pecáis, es decir, atraéis sobre vosotros el odio de Dios. No, me decís, esto no es exacto; Dios ama sus obras, *él nada aborrece de cuanto ha hecho.* (SAP. 49.) Eso es cierto; pero Dios no ha hecho el pecado; el pecado es obra de una voluntad contraria á la voluntad de Dios. Dios detesta el pecado; el amor que se tiene á sí mismo es la medida del odio que tiene al pecado; por consiguiente, su odio al pecado es infinito. Pues bien; si Dios odia el pecado con un odio necesario é infinito, odia también al pecador de la misma manera, es decir, no puede dejar de odiarle como pecador. En efecto, el Espíritu Santo nos advierte, que *Dios tiene horror al ímpio y á la impietad.* (SAP. XIV, 9.) ¿Qué desgracia, la de ser aborrecido de Dios! Puede haber una suerte más triste ni más funesta?

¡Ser aborrecidos de Dios, cuando tenemos necesidad diariamente de su gracia y de su bendición! ¡Ser aborrecidos de Dios, cuando solo su amor puede abrirnos el cielo! ¡Ser aborrecidos de Dios, que puede perder nuestra alma y nuestro cuerpo por toda la eternidad, y sepultarnos para siempre en el *pozo del abismo!* ¡Oh! No hay duda que vosotros tendréis horror al pecado, huiréis de él, y no permitiréis que habite en vosotros. *Novotros seguiremos, direis, el camino de la verdad; nosotros seremos prudentes, porque los preceptos de la ley de Dios estarán perpétuamente ante nuestros ojos. Vuestra palabra, oh Dios mío, es la antorcha que alumna mis pies, y la luz que me hace ver los senderos por donde debo caminar. Afirmadme según vuestra palabra, y hacedme vivir; haced que ninguna injusticia me domine.* (PSALM. 118.)

He dicho que el pecado es una violación de la ley de Dios, pero una violación voluntaria. No es culpable de pecado aquel que viola la ley sin quererlo ni saberlo, aquel que lo hace sin advertencia ni conocimiento. Por ejemplo, no es culpable de pecado aquel que, sin

malicia, sin advertencia y sin voluntad, tiene la desgracia de matar á su prójimo. No es culpable de pecado aquel que, por un olvido involuntario ó por ignorancia, viola la ley de la Iglesia, comiendo de carne en un día de abstinencia, porque no hay en el corazón de ese hombre voluntad de ofender á Dios, ni intención de violar su ley, ni desprecio de sus mandamientos. Por esta razon, ni los enfermos ni los presos pecan por dejar de oír misa los domingos y días de fiesta, supuesto que se hallan legítimamente impedidos. Vosotros sufrís tentaciones violentas en vuestro entendimiento, en vuestra imaginación ó en vuestra carne; vosotros sois acometidos por malos pensamientos y por malos deseos; ¿sois acaso culpables? No lo sois si eso sucede á pesar vuestro, contra vuestra voluntad, y sin que haya sido por culpa vuestra. Pero sois culpables en vuestras tentaciones si os exponéis voluntariamente á las ocasiones de pecar; por ejemplo, si veis tal persona ó tal compañía peligrosa, si leéis malos libros ó si permanecéis en la ociosidad. Vosotros podréis muy bien decir: Yo no pude resistir, yo no era libre... Sin embargo, no debíais haberos expuesto, ni colocado en unas circunstancias en que no podíais ser dueños de vosotros mismos. Así pues, vosotros os hacéis criminales delante de Dios cuando hacéis cosas contrarias á la ley, ó cuando consentís en ellas directa ó indirectamente en su causa; es decir, cuando poneis una causa mala por su naturaleza, y conocéis, á lo menos confusamente, los males que de ella pueden resultar con probabilidad. Un hombre se embriaga, previendo, según su experiencia, que en la embriaguez cometerá grandes pecados: él será responsable de los pecados que cometa, aunque en el momento de cometerlos no se halle en el uso de su razon; él es culpable de los juramentos y blasfemias que profiere, de los insultos y de los ultrajes que hace al prójimo, de los daños que causa y del escándalo que da; todo es voluntario en su causa, todo esto es criminal delante de Dios.

El pecado es la transgresión de la ley de Dios. Y no hablo de las leyes humanas, porque siempre que se viola una ley justa, sea divina ó sea humana, se viola la ley de Dios. *Todo poder procede de Dios,* dice el Apóstol. *Por su reinan los reyes,* dice el Señor, *y establecen leyes justas.* Todo el que resiste á la autoridad, resiste al mismo Dios, resiste al orden que él ha establecido. Dios ha dado á ciertos hombres el derecho de mandarnos, y violar sus leyes es violar la ley de Dios, y por consiguiente, pecar.

Queriendo la emperatriz Eudoxia librarse de S. Juan Crisóstomo, cuyo celo y cuyas reconvenções temía, le envió ciertas personas de su corte para sondearle y conocer que era lo que más temía. Ellos le

amenazaron primero, con privarle de sus bienes temporales. «Vosotros no podríais darme mayor satisfacción, respondió el Santo, que quitándome una carga tan pesada.—Se os enviará al destierro.—Sería necesario enviarme donde Dios no estuviere.—Se os conlenerá á la prisión y á la muerte.—¡Sea enhorabuena! yo estoy pronto á sufrir todo eso. Decid á la emperatriz, que de todas las cosas del mundo no temo más que una, que es el pecado.» ¡Quiera Dios, hermanos míos, que os suceda lo mismo á vosotros! Por muy afflictivas que sean las desgracias de esta vida, no temais ninguna; todas ellas son nada en comparación del pecado. Padres y madres, enseñad esta gran verdad á vuestros hijos; recordadles con frecuencia que Dios aborrece el pecado, y que no puede sufrir á los que lo cometen. Y nosotros mismos, hermanos míos, *huyamos del pecado como de la serpiente más peligrosa*. Nosotros hemos provocado muchas veces la cólera de Dios con nuestras peccaciones; procuremos, que todavía es tiempo, aplacarla con nuestro arrepentimiento, á fin de que nos hagamos los hijos de la misericordia, y que podamos sentir sus saludables efectos en la eterna bienaventuranza. Así sea.

## PECADO ORIGINAL.

DEMOSTRADO POR LA RAZON.

### I.

*Fidete, fratres, ne forte sit in aliquo vestrum qui nullum incredulitatis.*

Mirad, hermanos, no haya en alguno de vosotros corazón molesto de incredulidad.

(HEBR. III, 42.)

El grande apóstol S. Pablo, lleno de asombro al contemplar las obras de Dios, prorumpió en esta enérgica admiración: ¡oh altura inaccesible de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios, que inexcrutables son tus caminos, que incomprensibles tus juicios! Todo

hombre que piensa, que combina, que reflexiona, se ve en la feliz necesidad de hablar de la misma suerte; sea que fije su atención en las maravillas de la naturaleza, sea que la ponga en los prodigios de la gracia, sea que élve su espíritu á los misterios de la gloria. El hombre filósofo toma en su mano una yerba del campo, una flor, una fruta ó un pequeño arbusto, y acercando su vista, mira un jugo uniforme, que subiendo de la tierra y pasando por las raíces y el tronco de aquella planta, forma en una parte una fibra dilatada, en otra un ventrículo redondo y hueco por dentro, para que en él fermenta aquel jugo y pase luego á producir nuevas maravillas; aquí una traquea espiral, que recibe y expela el aire; allí un almacén ó depósito para las semillas que va formando, y en todas las partes de aquel cuerpo unos colores, unas proporciones y otros dibujos, que le pasan. Lleno de admiración se pregunta á sí mismo: ¿las raíces, el tronco, las ramas, las hojas, las flores, los frutos, con todos sus órganos estupendos, estaban encerrados y envueltos en la semilla anterior que produjo esta planta; y aún cuántas se producirán de ella hasta el fin del mundo, no habiéndose ahora hecho otra cosa que desenvolverse ó desarrollarse, ó se han fabricado de nuevo en esta producción? Qué misterio! ¿Qué mano es la que gobierna aquel jugo, que forma una máquina, millones de veces más admirable que la del reloj más fino y complicado? Confuso y aturrido al ver y tocar con todos sus sentidos las maravillas de la naturaleza, que él no comprende ni puede explicar, exclama: confieso que el Omnipotente va mucho más allá que mi entendimiento. Ciertamente no cabe en mi inteligencia el poder de Dios; muchas de sus obras en la naturaleza son para mí arcanos impenetrables: *Quam incomprehensibilia sunt judicia ejus.*

No de otra suerte, decía Salomon, que era un misterio incomprensible para él la conducta del hombre en su adolescencia. Los sublimes conocimientos de que Dios había adornado su alma, no eran suficientes para entender el uso, que en el camino de su vida haría de su albedrío aquel joven. El clima de su patria, el influjo de los ejemplos desde su nacimiento, los cuidados de su educación, la fisonomía de su persona, la inclinación de su genio, el carácter de su espíritu, nada de todo le presentaba datos fijos para anunciar con certidumbre el resultado de sus operaciones, su término y su fin. Veía aquel gran rey, y nosotros lo vemos cada día, que unos jóvenes empezaban bien, y acababan mal; otros empezaban mal, y acababan bien; estos eran ignorantes, y se hicieron sabios; aquellos eran instruidos, y murieron fatuos; unos tenían un genio dulce, una condición amable y una conducta virtuosa, y luego se transformaron en petulantes, ridículos,

soberbios y viciosos; á otros de una inclinacion feroz, de un géneo cruel y un desórden casi universal de costumbres, los vimos humildes, mansos, morigerados y de una heroica virtud. ¿Quién entenderá estos prodigiosos misterios de la divina gracia? *Quam investigabiles via ejus!*

Si cuanto ven los ojos en la naturaleza es un prodigio, si cuanto reflexiona el entendimiento en las operaciones de la gracia es un misterio, ¿por qué tanta oposicion en los incrédulos para creer el misterio del pecado original? No es su propio cuerpo un prodigio? Su alma misma y la naturaleza entera no son un asombro? Si, ciertamente, responderán. Estas verdades las vemos, las tocamos, las sentimos, no podemos negarlas, aunque no las comprendamos; pero ¿cómo creer que hubo un pecado, que se cometió há más de seis mil años, y decir que se nos ha de imputar y que incurrimos en él, no habiendo existido nosotros sino tantos siglos despues? Que se nos castigue por nuestras culpas personales, lo exige la razon, la justicia lo pide; pero que por un pecado, en que no tuvimos parte, se nos destierre del cielo, y se nos haga llevar en la tierra una vida corta, miserable, llena de desdichas y miserias, se nos representa la cosa más opuesta á la razon que puede imaginarse. Cualquiera que tenga más opuesta á la razon que haya cometido los hombres. Al fin si este misterio se nos descubre, si se nos persuade razonablemente, nada nos queda que oponer á las verdades de la Religion cristiana; cedemos á su verdad, detestamos todos nuestros extravios contrarios á su doctrina, la seguiremos y observaremos inviolablemente hasta la muerte.

Ya ois, amados cristianos míos, en lo que quedamos de acuerdo con los incrédulos. ¡Qué felices sois vosotros, que con una fe sencilla preclais un razonable obsequio á las decisiones auténticas de nuestra infalible madre la santa Iglesia! Esta os enseña, que Adán, el primer hombre, el padre de todos los hombres, por no obedecer en el paraíso al mandamiento de Dios, perdió la santidad y justicia en que habia sido criado; incurrió en la ira é indignacion de Dios, y quedó sujeto á la muerte del cuerpo y á la condenacion de su alma; que este pecado, aunque cometido personalmente por Adán, nos daña tambien á todos nosotros; que todos incurrimos en él en nuestra concepcion, dimanada de aquel viciado origen; y que ni por las fuerzas de nuestra naturaleza, ni por ningun otro remedio nos podemos ver libres de sus miserias, sino por los méritos de nuestro redentor Jesucristo, que nos reconcilió con Dios por su pasion y muerte, haciéndose para

nosotros justicia, santificacion y redencion, la que nos comunica por el bautismo debidamente recibido.

Esta es, carísimos, la doctrina pura y sana de nuestra santa madre la Iglesia. Mirad no se halle entre vosotros algun corazon corrompido con la peste de la incredulidad, os diré con el apóstol S. Pablo: *Videte, fratres, ne forte sit in aliquo vestrum cor malum incredulitatis*. ¡Dios santo, sábio y omnipotente! haced por vuestra misericordia, que lo mismo que yo creo por la fe, lo persuada por la razon á los incrédulos, y triunfen las luces de la verdad de las tinieblas del error: Os lo pido, Señor, por la intercesion de vuestra madre Maria santísima: A. M.

1. La razon natural nos dicta que entre dos cosas muy dificiles de entender, estemos por aquella que ménos dificultades envuelva y que podamos más bien comprender. Ciertamente no es ménester más que dejar expedito el uso á la razon, para que esta bella cualidad de nuestra alma se incline á aquella parte que ve más perceptible y más clara. No sucede en los misterios de la fe lo mismo que en los de la razon: en aquéllos es la autoridad divina á quien cedemos, sean más ó ménos comprensibles los dogmas revelados; en ésta la mayor ó menor claridad del objeto, que á fuerza de las averiguaciones naturales se busca, llama la razon, la persuade y la decide á tomar partido. En vista de estas verdades, yo pretendo persuadir por razon á los incrédulos, que el hombre, sin la creencia del pecado original, es un sér infinitamente más incomprendible que el hombre mismo, cuando confiesa este misterio.

Preséntate á mí, hombre racional, y respóndeme de buena fe: ¿quién eres y cuáles son tus pensamientos? Yo, me dices, convencido hasta la evidenciá por la experiencia de cada hora, y aún de todos los instantes, yo soy un sér espiritual, pues pienso y tengo ideas tan altas y sublimes, que parezco un sér divino; yo soy tambien un sér material tan débil y miserable, que las mismas bestias me exceden en la felicidad natural. Yo pongo en ejercicio mi entendimiento, y rodeando mentalmente toda la tierra, mido su diámetro y circunferencia; calculo la profundidad y extension de los mares, y el origen de sus flujos y reflujos; numero sus islas, averiguo sus longitudes, examino sus producciones; y penetrando por los bosques y los peñascos, descubro sus metales, hago correr las fuentes de las aguas, demuestro el origen de los rios, describo sus tortuosos giros hasta los mares, examino los volcanes, y señalo el tiempo de las trasmigraciones de los peces y las aves; pruebo los sabores de las carnes, me aprovecho de

la virtud de los árboles, de las raíces, de las plantas y de las flores; como los animales, camino sobre las olas y las borrascas en palacios soberbios formados de frágiles leños; imito los truenos, los relampagos y los rayos; peso los vientos y vuelo seguro por sus inmensos espacios, sirviendo á mis vastos designios todos los elementos. Yo, adornado de un dominio tan universal y asombroso, nazco desnudo y florando, y vivo mucho tiempo sin saber hablar, sin saber comer, andar, vestirme ni defenderme, llevándome en todo esto ventajas conocidas las aves del aire, los peces del mar, los animales de la tierra, las sabandijas y los insectos más despreciables. ¡Dios inmortal! ¿quién soy yo?

Yo veo en mi alma unas ideas claras del bien y del mal moral: conozco naturalmente que robar el bien ajeno, faltar al contrato justo, mentir y engañar al prójimo; herir sin causa á mis semejantes, oprimir al inocente; abusar de la buena fe de los sencillos, y otras cosas á este modo; mi corazón las condena como feas, deseando no hacer á los prójimos lo que yo no quisiera que hicieran conmigo; y cumplimiento de estos rectos principios, establezco leyes, formo reglamentos y escribo ordenaciones en que brilla la equidad, la justicia, la veracidad, que mantienen el orden y buena armonía del universo, la obediencia á las autoridades, la piedad con los padres, la misericordia con los necesitados, la fidelidad en los contratos, la frugalidad en los convites, la moderación y decencia en las diversiones, la honestidad en las palabras, la modestia en los vestidos, y la rectitud en las intenciones y las obras. Yo, al mismo tiempo que presento el modelo de las virtudes más heroicas, experimento las más viciosas inclinaciones, y rindiéndome voluntariamente á sus impulsos, soy un monstruo horrible de todos los desórdenes y pecados. Abusando torpe y ferocemente del poder, desprecio todas las leyes, atropello todas mis obligaciones, alijo á los inocentes, engaño á los incautos, robo los bienes del prójimo, ensucio la pureza de los tálamos, aborrezco á mis semejantes, y sorprendiéndolos en los caminos ó en la tranquilidad de sus casas, sacrifico sus caudales y sus vidas al ídolo insatiable de mi codicia. La ambición me saca fuera de mi mismo, y agavillando las gentes y formando ejércitos innumerables, sujeto á la injusticia de mi espada los pueblos, las provincias y los reinos, después de haberlos cubierto de cadáveres y regado con la sangre de los hombres. La incontinencia me ciega y me precipita para que no me reporte, ni aún mire ni respete los vínculos del parentesco, las leyes de la amistad, los derechos de la naturaleza y lo sagrado de la Religión. La envidia, mordiéndome rabiosamente las entrañas, convierte en vene-

no las confesiones de los méritos ajenos, sus prosperidades y sus virtudes. La gula, destemplándome la armonía de los humores naturales, me gravita con enfermedades, disminuye mis haciendas, roba mi reputación y embrutece mi alma. ¡Ser eterno! ¿quién soy yo?

Yo escucho las lecciones que me dicta la razón, y ella, por una serie nunca interrumpida de generaciones en los vegetales, en los sensitivos y en los racionales, me lleva insensiblemente á la demostración de un primer Ser increado, eterno, omnipotente, sabio, justo y santo. Por más que yo pretenda cerrar los ojos para no ver esta verdad, yo la miro dentro de mi alma, y allí conozco ser del todo preciso qué sea increado el que crió todas las cosas; que sea eterno el que es increado y no procede de otro; que sea omnipotente el que de la nada formó esta hermosa é inmensa máquina de los cielos y la tierra, con cuantas criaturas en ellos se contienen; que sea infinitamente sabio quien ideó tantas perfecciones en cada uno de los innumerables seres que pueblan el universo; que sea un solo santo, un solo Dios justo, un solo señor perfectísimo en toda clase de perfecciones, amante de lo bueno, castigador de lo malo, inmenso sin extensión, grande sin cantidad, sabio sin fatiga y rico sin pena. Mi razón me habla, y dice: que á este solo Dios debo adorar en espíritu y verdad; que debo amarle, porque es bueno; creerle, porque es verdadero; esperar en sus piedades, porque es misericordioso; temerle, porque es justo; y obedecerle, porque es nuestro criador, nuestro redentor, nuestro legislador, nuestro maestro y nuestro rey. Mi razón me habla; pero yo la desatiendo; y cuando otros guiados por la razón adoran á un Dios solo, yo adoro á cientos, á millares de dioses, que forman en mi loca y deslempada fantasía. Pero ¿qué dioses? De piedra, de madera, de plata, bronce, cobre y oro; que tienen ojos y no ven, manos y no las mueven, pies y no andan, oídos y no oyen, boca y no hablan; obras de hombres, en que el arte representa bien ó mal las obras de la naturaleza. ¿Qué dioses? ¡Oh pobre razón humana! ¡avergüénzate, llébate de confusión y horror al mirar tus extravíos! Figuras de serpientes, dragones, vacas, cocodrilos, monstruos espantosos á la vista y al oído; ó bien plantas y hortalizas de los campos y los huertos. ¿Qué dioses? Crueles unos, torpísimos otros, abominables y viciosos todos. ¡Gran Dios! ¿quién es el hombre, pues te conoce y te ignora? ¿lo alaba y vitupera? ¿te sirve y te ofende? ¿Sabio é ignorante? ¿rico y pobre? ¿poderoso y débil? ¿lleno de imperfecciones y de virtudes?

Aparezcan en mi presencia todos los sabios y todos los incrédulos más instruidos, y explíqueme este misterio sin el pecado original. ¿Le faltó á Dios poder para formar al hombre perfecto? No: él es omni-

potente. ¿Salió de la mano del sapientísimo artífice Dios una obra tan desconcertada? No: á Dios no le falta sabiduría para sacar sus obras perfectísimas. Mírense los cielos, los astros, los vientos, la tierra, las aves, los peces, los animales; mírense los árboles, las yerbas, los metales; tómese en la mano el insecto más despreciable que va arrastrando por la tierra, cuyo cuerpo es casi invisible por su pequeñez; examínese, considérese, y se hallará una sabiduría infinita que presidió á su formación. Venid y ved las obras del Señor; todas las crió en número, peso y medida; todas son acabadas, todas perfectas; todas sábia y poderosamente ejecutadas. ¿Pues cómo el hombre solo, este hombre criado para presidir á las aves del cielo, á los peces del mar, á los animales de la tierra, y los mismos ángeles; este hombre, que es la obra más grande entre todas las criaturas, la más amada, la más privilegiada, la más costosamente reparada y redimida; este hombre, en fin, criado á imagen y semejanza de Dios, cómo es tan miserable! cómo, cuando levanta su entendimiento al cielo, se halla, sin saber como, con su imaginación en el abismo? ¿cómo, cuando piensa en su Criador, se le representan las criaturas? ¿cómo experimenta tanta inclinación al mal, y tan grande repugnancia para obrar el bien? ¿cómo tanto impetu en sus pasiones, tanto desorden en sus apetitos? ¿cómo tanta grandeza en tanta pequeñez? tanta degradación en tanta majestad? tanto poder en tanta debilidad? Si esta admirable máquina, formada por el sapientísimo y omnipotente Dios, no experimentó alguna caída, algún desorden ó vicio universal despues que salió de las manos de su Hacedor, nada hay para el hombre más incomprensible que el hombre mismo; nada que más se resista y repugne á las justas ideas que debemos formar de la bondad, de la sabiduría y omnipotencia de Dios; pero toda esta incomprensibilidad desaparece, y todo se hace fácil de entender confesando el pecado original. En diciendo que Adán pecó, y que en él pecamos todos, y que este actual estado de la naturaleza corrompida no es el que sacó de las manos de Dios, sino el que contrajo por la prevaricación del primer hombre; todo queda llano y perceptible; el misterio se descubre, las dificultades desaparecen, la verdad se toca y la razón se aquieta. Hagamos todavía esto más sensible con un símil bien sencillo y no menos significativo; supongamos que los más célebres relojeros trabajan con empeño el reloj más exquisito, eligen los mejores materiales, se toman todo el tiempo que les parece, aplican toda su inteligencia y cuidados, y al fin presentan su obra, superior en hermosura y perfección á cuantas en otros tiempos habian trabajado.

Éntregansela con cuidado al conductor, para que la ponga en manos de un rey que la habia mandado hacer con todo esmero. Recíbelo el soberano, y al registrarla encuentra destornillada la máquina, rota la cuerda, sin elasticidad el muelle real, paradas las ruedas y todo el reloj necesitado de un reparo muy considerable. Admirado el rey pregunta: ¿qué es esto? no es posible que esta máquina haya salido de esta manera de la mano del maestro; algún golpe ha llevado en el camino; tú le has dejado caer; dime con verdad qué ha sucedido? Señor, responde el conductor afligido, todo lo que V. M. dice es cierto: yo por ver una obra tan hermosa, la saqué un día de la caja en que venia, y cayéndoseme sobre una piedra, se desconcertó más de lo que yo podia pensar; y ahora veo que me ha costado muy cara mi curiosidad. Ya lo decia yo, replica el rey; no podia ménos de haber sucedido así, porque el artífice es muy diestro; él ha hecho otras obras muy preciosas; el por encargo mio habia puesto todos sus cuidados en ésta: ciertamente hubiera sido un misterio incomprensible haberla errado, cuando en todas las demás has mostrado el mayor primor. La caída es cierta, el golpe es innegable; pero por haber confesado con franqueza la verdad, yo te perdono. Aplicad, incrédulos instruidos, este símil á nuestro caso, y espero que vuestro entendimiento le graduará de una como demostración del pecado original, dada por la razón natural.

2. No somos tan rebeldes á la luz, dirán ya los incrédulos de buena fe, que si se nos presenta, cerramos los ojos con obstinación por no verla. Confesamos con ingenuidad que no habíamos considerado bastante bien la naturaleza del hombre, ni habíamos creído que se pudiese probar por pura razón natural el pecado original y su funesta propagación en todo el género humano; pero ahora que la razón nos dicta ser más conforme creer un misterio ménos incomprensible, que otro infinitamente más impenetrable, como el hombre sin la confesión del pecado original es una criatura del todo incomprensible, y confesando aquel pecado, ya su naturaleza no envuelve dificultades impenetrables; nos vemos obligados á reconocer las verdades que convienen al entendimiento. Vemos con efecto que el hombre salió perfecto de las manos del Criador; comprendemos que dió una fatal caída, que desconcertó su armonía y la delicadeza de su admirable construcción, y al fin entendemos que necesitó de una grande reparación. Pero, aunque confesemos el pecado original y la corrupción de la humana naturaleza, dimanada de aquel viciado principio, se nos resiste mucho la gravedad de su pena. No tenemos por digno de la bondad de un Dios, infinitamente misericordioso y

clemente, el castigarnos con miserias temporales en la vida por aquel pecado, y en la muerte privarnos eternamente de la gloria y de la vista y posesion de Dios. Que todo esto recayera sobre el primer culpado, aún nos parecería duro; mas, al fin, lo concederíamos como castigo aplicado por su desobediencia personal; pero que nosotros, que hemos venido al mundo seis mil años despues, experimentemos el mismo castigo por una deslealtad hereditaria que de tan lejos nos viene, repugna á la sanidad, á la bondad y clemencia de Dios, y no sabemos que otro absurdo le pueda ser más repugnante.

¡Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo y Dios de toda consolacion, que se ha dignado consolarnos en el feliz viaje que vamos llevando por un país tan áspero y difícil! Esperemos en su misericordia que le concluiremos con no menor felicidad. Nada más justo, dice la razon, que el que al hombre se le dá lo que naturalmente le corresponde; pero el darle más de lo que á su naturaleza pertenece, es una pura gracia del Creador. ¡Verdad luminosa! Dios no tenia obligacion, cuando crió al hombre, de darle la gracia divina, la gloria eterna y los demás dones sobrenaturales. Basta conocer que ellos son sobrenaturales para confesar, que no son debidos á la humana naturaleza, sino superiores á ella. El conocimiento natural de Dios es debido al hombre racional; pero la posesion de Dios en su eterna bienaventuranza, alcanzada por la te sobrenatural que obra por la caridad, es un don gracioso de la bondad y misericordia de Dios. Ninguna injusticia puede hacernos su divina Majestad, porque es un sér infinitamente perfecto, y ningun agravio nos haria en negarnos lo que no nos corresponde. Un soldado tiene derecho á pretender la paga de su prest, sirviendo fielmente; pero no le tiene para exigir que se le haga coronel, ni viscal de campo ó general. Estos son unos principios tan sencillos como claros, verdaderos, conocidos y confesados de todos.

Pues ahora, carísimos, escuchadme: la naturaleza del hombre podemos considerarla en cuatro estados; en el de la naturaleza pura, en el de la naturaleza en su integridad, en el de la naturaleza en su corrupcion, y en el de la naturaleza en su reparacion. En el primer estado, vosotros conocéis muy bien que no tenia ni podia tener derecho á la gloria eterna ni á ningun otro beneficio sobrenatural. El segundo estado es en el que fué criado Adán y adornado gratuitamente por Dios con la fe, la esperanza, la caridad, la inocencia, la gracia y otros dones sobrenaturales, siendo muy particular entre ellos la herencia de la gloria. Todos estos bienes fueron una pura gracia del Señor; fueron un efecto de su bondad y magnificencia, con que

adornó al hombre, y le puso en un estado feliz, dichoso y santo. Pero esta bienaventuranza temporal que el hombre gozaba en el segundo estado de la naturaleza perfecta, y la eterna que se le prometió, no era absoluta, sino condicionada; esto es, pendiente de su obediencia y sus méritos. Impúsole un precepto muy suave, y sin embargo, Adán desobedeció á Dios, quien sin la menor injusticia le pudo desde aquel instante arrojar á los infernos, como á los ángeles rebeldes. No lo hizo por un efecto de su misericordia, antes le llamó á penitencia, le esperó á penitencia, y le reconcilió consigo por medio de la santa penitencia. Pero esta fué una pura gracia de su misericordia, y la justicia declaró desde aquel momento al hombre delincuente y sujeto á la muerte, en que incurrió por su pecado, y á las demás miserias, que desgraciadamente experimentamos: desde aquel momento se cerró para los hombres el cielo y se les privó de la vista clara de Dios; como de unos beneficios indebidos, por no haberlos querido alcanzar con la observancia de los preceptos del Señor, que era la condicion que el mismo Dios le habia puesto. Este es el tercer estado, que llamamos antes de la naturaleza corrompida por la primera culpa; y el cuarto estado, finalmente, es el de la naturaleza reparada por la vida, pasion y muerte de nuestro redentor Jesucristo, que fundó su Iglesia, instituyó los santos Sacramentos, abrió las puertas del cielo y entró triunfante del infierno, de la muerte y del pecado en su bienaventuranza, la que nos agenció con sus méritos y nos prometió á los cristianos por herencia, mediante la observancia de su santa é inmutada ley. ¿Hay en este bello cuadro alguna pincelada que á la razon repugne, y que ella no comprenda y alcance? ¿Qué cosa más razonable ni más justa que castigar al delincuente, perdonar al arrepentido y premiar al virtuoso? Todo lo vemos en lo que acabamos de decir.

No podemos, responder lo incrédulos, negar las verdades conocidas: ellas respecto de Adán forman una demostracion la más equitativa y razonable; pero ¿sus hijos? ¡Ay! esto destempla toda la armonía de nuestra razon, y se nos resiste imponderablemente. ¿Qué culpa tuvieron sus hijos? — Vamos poco á poco y sentando bien el paso, porque el asunto lo merece.

Los hijos, desde que nacen, tienen el derecho de sus padres, esto es, á los bienes que tenían sus padres cuando ellos nacieron, y á los que despues fueron adquiriendo justamente, mientras vivieron; mas no tienen derecho alguno á los bienes, haciendas, privilegios y exenciones que gozaron sus padres anteriormente, y de que fueron despojados legitima y legalmente por justa, equitativa y razonable sentencia de su propio juez. Adán, en el estado feliz de la inocencia, en que tan privi-

legiado fué, no tuvo hijos; cuando lo tuvo, fué cuando se hallaba justamente castigado por Dios con la merecida pena de su pecado. Luego los hijos no tuvieron, ni tenemos otro derecho que á la herencia de Adán en el estado de pecador, pobre, mortal, miserable y desterrado del cielo. Ningun agravio se nos hace en negarnos lo que no se nos debe; y si conseguimos el cielo, es por la gracia de Dios, que se nos da por nuestro Señor Jesucristo. Supongamos que un gran príncipe elige un jóven hermosa para privado suyo, le ennoblece, le da riquezas, le colma de honores y le llena de privilegios y dignidades: supongamos que aquel jóven goza por algunos años de tanta felicidad; pero al fin, ingrato á su bienhechor, se entrega á los desórdenes más feos, mancha su reputación, arruina la robustez de su cuerpo y envilece su alma: irritado el soberano, le llama, le reprende, le castiga y le destierra de su corte y de su presencia, sin empleos, sin caudales y sin reputación. Desterrado el miserable, se casa, le nacen muchos hijos, coeñales con lágrimas inconsolables su antigua felicidad y los desórdenes por que justamente la perdió; pero él los ve débiles y enfermos, porque nacieron de un padre enfermo; los ve pobres, porque nacieron de un pobre; los ve desterrados, porque nacieron de un desterrado: preguntó á los incrédulos; ¿á qué herencia tienen derecho los hijos? Si el rey quisiera, bien podría atar el destierro, llevar sus hijos á la corte\* y darles mayores dones y privilegios que tuvo su padre en algun tiempo; pero esto sería una pura gracia, una grande misericordia y un efecto extraordinario de la bondad del soberano; pero exigirlo de justicia; pero quejarse porque el soberano no lo hiciese; con qué razon, señores incrédulos? Que se quejaran, si el rey les mandara sacar los ojos ó atenacear vivos por un pecado que ellos no habian cometido, sino su padre ántes que ellos existieran, está muy puesto en razon; pero ¿en qué razon cabe, que se persadan ser una injusticia privarles de lo que á ningun derecho tienen á poseer?

Demos, hermanos míos, eterna alabanza, gloria y bendición á Dios nuestro Señor, que envió á su santa Iglesia el espíritu de verdad que la enseña, la rige y la gobierna. ¡Oh verdad venerable, verdad hermosa, qué amable eres á los que te buscan con recto corazón! Tú experimentas combates de parte de los hombres partidarios del error; pero al fin triunfas de todos. Quien te busca, halla á Dios, que es la verdad; quien te sigue, va en compañía de Dios, que es el camino de la verdad, y quien observa tus preceptos, vive felizmente en Dios, que es la vida de la verdad. A Dios pues, trino en personas y uno en esencia, demos sempiterno honor, culto, bendición, reverencia y gloria por los siglos de los siglos. Amen.

## PECADO ORIGINAL.

(ESTADO DEL HOMBRE ANTES DEL)

### II.

*Facturus hominem ad imaginem et similitudinem nostram.*  
Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza.

(GEN. I. 26.)

Nada hay más digno de nuestra atención, que nosotros mismos: y al considerar que todo ese universo visible ha sido puesto á nuestro alcance para nuestro provecho; al considerar que este mundo que habitamos ha sido criado en utilidad nuestra, nuestro corazón palpita de entusiasmo y nuestra alma se siente arrebatada á salir de esta cárcel que la aprisiona y á buscar fuera de sí la razón de su ser y de su destinacion. Y en efecto; al reflexionar los prodigios que llevamos dentro de nosotros mismos, sin hacer tal vez la atención debida á lo que se por sí nos revelan, se ve con la mayor evidencia que nada hay de más admirable que su conjunto, que son una prueba siempre viva y perenne de la sabiduría, del poder, de la bondad de Dios, un monumento en fin continuamente subsistente de su gloria. Nada hay pues tan importante para nosotros, amados míos en el Señor, como conocer bien nuestra naturaleza y estado, pues que este conocimiento nos conduce naturalmente al de nuestro último fin, al de nuestros deberes.

Mas ¿de quién podremos aprenderlo nosotros sino del mismo que nos ha formado tal como somos, y que solo él ha podido descubrirnos el designio que tuvo al formarnos? De Dios mismo, pues, y de su palabra, esto es, de las sagradas Letras aprenderemos y conoceremos la creacion del hombre, y el feliz estado en que fué criado, así como la desgracia que le cupo en caer por el pecado, á fin de que el conocimiento de la enfermedad nos conduzca al del Médico, al del Remedio; esto es, al conocimiento de Jesucristo y de su gracia: En esto consiste toda la ciencia de la Religion y de la Fe: en conocer dos

legiado fué, no tuvo hijos; cuando los tuvo, fué cuando se hallaba justamente castigado por Dios con la merecida pena de su pecado. Luego los hijos no tuvieron, ni tenemos otro derecho que á la herencia de Adán en el estado de pecador, pobre, mortal, miserable y desterrado del cielo. Ningun agravio se nos hace en negarnos lo que no se nos debe; y si conseguimos el cielo, es por la gracia de Dios, que se nos da por nuestro Señor Jesucristo. Supongamos que un gran príncipe elige un jóven hermosa para privado suyo, le ennoblece, le da riquezas, le colma de honores y le llena de privilegios y dignidades: supongamos que aquel jóven goza por algunos años de tanta felicidad; pero al fin, ingrato á su bienhechor, se entrega á los desórdenes más feos, mancha su reputación, arruina la robustez de su cuerpo y envilece su alma: irritado el soberano, le llama, le reprende, le castiga y le destierra de su corte y de su presencia, sin empleos, sin caudales y sin reputación. Desterrado el miserable, se casa, le nacen muchos hijos, coeñales con lágrimas inconsolables su antigua felicidad y los desórdenes por que justamente la perdió; pero él los ve débiles y enfermos, porque nacieron de un padre enfermo; los ve pobres, porque nacieron de un pobre; los ve desterrados, porque nacieron de un desterrado: preguntó á los incrédulos; ¿á qué herencia tienen derecho los hijos? Si el rey quisiera, bien podría atar el destierro, llevar sus hijos á la corte\* y darles mayores dones y privilegios que tuvo su padre en algun tiempo; pero esto sería una pura gracia, una grande misericordia y un efecto extraordinario de la bondad del soberano; pero exigirlo de justicia; pero quejarse porque el soberano no lo hiciese; con qué razon, señores incrédulos? Que se quejarian, si el rey les mandara sacar los ojos ó atenacear vivos por un pecado que ellos no habian cometido, sino su padre ántes que ellos existieran, está muy puesto en razon; pero ¿en qué razon cabe, que se persadan ser una injusticia privarles de lo que á ningun derecho tienen á poseer?

Demos, hermanos míos, eterna alabanza, gloria y bendición á Dios nuestro Señor, que envió á su santa Iglesia el espíritu de verdad que la enseña, la rige y la gobierna. ¡Oh verdad venerable, verdad hermosa, qué amable eres á los que te buscan con recto corazón! Tú experimentas combates de parte de los hombres partidarios del error; pero al fin triunfas de todos. Quien te busca, halla á Dios, que es la verdad; quien te sigue, va en compañía de Dios, que es el camino de la verdad, y quien observa tus preceptos, vive felizmente en Dios, que es la vida de la verdad. A Dios pues, trino en personas y uno en esencia, demos sempiterno honor, culto, bendición, reverencia y gloria por los siglos de los siglos. Amen.

## PECADO ORIGINAL.

(ESTADO DEL HOMBRE ANTES DEL)

### II.

*Facturus hominem ad imaginem et similitudinem nostram.*  
Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza.

(GEN. I. 26.)

Nada hay más digno de nuestra atención, que nosotros mismos: y al considerar que todo ese universo visible ha sido puesto á nuestro alcance para nuestro provecho; al considerar que este mundo que habitamos ha sido criado en utilidad nuestra, nuestro corazón palpita de entusiasmo y nuestra alma se siente arrebatada á salir de esta cárcel que la aprisiona y á buscar fuera de sí la razón de su ser y de su destinacion. Y en efecto; al reflexionar los prodigios que llevamos dentro de nosotros mismos, sin hacer tal vez la atención debida á lo que se por sí nos revelan, se ve con la mayor evidencia que nada hay de más admirable que su conjunto, que son una prueba siempre viva y perenne de la sabiduría, del poder, de la bondad de Dios, un monumento en fin continuamente subsistente de su gloria. Nada hay pues tan importante para nosotros, amados míos en el Señor, como conocer bien nuestra naturaleza y estado, pues que este conocimiento nos conduce naturalmente al de nuestro último fin, al de nuestros deberes.

Mas ¿de quién podremos aprenderlo nosotros sino del mismo que nos ha formado tal como somos, y que solo él ha podido descubrirnos el designio que tuvo al formarnos? De Dios mismo, pues, y de su palabra, esto es, de las sagradas Letras aprenderemos y conoceremos la creacion del hombre, y el feliz estado en que fué criado, así como la desgracia que le cupo en caer por el pecado, á fin de que el conocimiento de la enfermedad nos conduzca al del Médico, al del Remedio; esto es, al conocimiento de Jesucristo y de su gracia: En esto consiste toda la ciencia de la Religion y de la Fe: en conocer dos

hombres; el uno, por el cual hemos sido constituidos esclavos del pecado, y este es Adán; el otro, por el cual hemos sido libertados de esta esclavitud, y ese es Jesu-Cristo Nuestro Señor.

Nos limitaremos por hoy á lo que nos enseña la Religión relativamente á la formacion del hombre. A. M.

1. Había hecho Dios, por decirlo así, dos mundos diferentes dentro del mismo mundo; uno corporal y visible: á saber, todos los seres materiales, el cielo, la tierra, las plantas, los animales; otro espiritual é invisible, á saber; los Angeles. Mas, segun parece, no habia comercio entre estos dos mundos; los Angeles conocian las criaturas y al Criador: estaban destinados á adorarle; pero separados de la materia, parece que los seres corporales no les sirven de uso alguno. Por otra parte, las criaturas corporales tenian mil bellezas, mil perfecciones diferentes; pero incapaces de conocerlas, incapaces de conocerse á sí mismas, y aún más de conocer á su Criador, eran por consecuencia incapaces de tributarle sus homenajes. Hubiera quedado pues imperfecta la naturaleza, si Dios no hubiese criado al hombre para reunir en sí á todos los seres, y reemplazar por su medio los homenajes que las criaturas corporales no podian tributarle.

Crío Dios al hombre con este fin y lo compuso de alma y cuerpo. «Dios, dice la Sagrada Escritura, formó al hombre del barro terrestre, y habiéndolo formado, inspiró en su rostro un soplo de vida, con lo que el hombre quedó hecho ser viviente y animado.» (Gén. ii. 7). Palabras sencillas; pero que, en su sencillez misma, encierran maravillas grandes. «Dios formó al hombre del limo de la tierra;» hé aquí el cuerpo y su origen: «E inspiró en su rostro un soplo de vida;» hé aquí el alma, y su creacion. Unió Dios estas dos partes con un vínculo incomprendible, y así es como formó al hombre: *factus est homo in animam viventem.*

No veo yo desde luego en manos de Dios para formar obra tan primorosa sinó un poco de barro, y el nombre mismo de Adán, que le dió, señalaba precisamente el polvo de su origen. Pero ¿quién ignora que todo es posible al Todopoderoso, que toda materia es igualmente propia á sus designios, que el que lo ha hecho todo de la nada, puede tambien formar con un poco de barro ó tierra la obra más excelente y perfecta? Consideremos, pues, amados míos en el Señor, al Criador en la formacion de esta obra, y veamos en lo que se convierte en sus manos este poco de barro.

¿Cuántos prodigios en esta nueva produccion! ¿Cómo ha sido posible formarse de una materia tan sencilla, tan informe, tan grosera

partes tan diferentes, tantos miembros, tantos órganos? Pero ¿qué sabiduría ha podido señalar á todos su fin y uso particular, proporcionando á ello su estructura? ¿Quién ha podido dar tanta proporcion á partes tan delicadas? ¿Quién ha podido distribuir tan sabiamente tantos vasos, repartir los nervios por todo el mecanismo del cuerpo para llevar el movimiento, las venas y arterias para guiar la sangre, poner en el corazón un calor tan vivo y activo que sustenta todo lo demás? ¿Quién ha podido comunicar movimiento á tantos resortes para que éstos lo comuniquen á su vez á todos los miembros? ¿Quién ha podido formar los ojos tan vivos, la lengua tan voluble, las manos tan activas? Vos, ¡oh mi Dios! Vos sois quien lo habeis hecho, y quien solo ha podido hacer tantas maravillas, que son otros tantos milagros de potencia y sabiduría! ¿Cuán grande sois, pues, Señor, y cuán admirable en vuestras obras, mas sobre todo, en la obra maestra de vuestra creacion!

Todo esto, sin embargo, no es sinó la parte menor, y lo que tiene el hombre de comun con los animales: todo esto no es: aún sinó la mansion que ha de habitar un morador enteramente celestial: «Habiendo Dios acatado de formar al hombre del polvo de la tierra, inspiró en su rostro un soplo de vida, con el cual el hombre quedó viviente y animado.» En esto último consiste propiamente la formacion del hombre, y así es como Dios concluyó su obra. Pero ¿cuáles, qué es ese divino soplo de que lo animó? Sácalo Dios, de su mismo fondo para comunicárselo. Parte, por decirlo así, con él su alma, su vida; no porque el hombre haya de ser considerado como una porcion de Dios, ni que sea una porcion de la naturaleza divina: es sí, una imagen de la divinidad, á quien semeja, pero con suma desigualdad; porque solo pertenece al Verbo Eterno el ser imagen perfecta del Padre, el carácter y expresion de su sustancia, como siendo consustancial é igual en todo. El hombre es, sí, *imagen de Dios*, en cuanto ha recibido de Dios el espíritu, el entendimiento, la voluntad, la libertad, la razon; y en virtud de estas ventajas que no convienen á las demás criaturas, excepto los Angeles, Dios ha impreso, por decirlo así, en nuestra alma su imagen y semejanza. Porque Dios es espíritu; su entendimiento, voluntad y libertad son las perfecciones que mas se dejan brillar en su divina naturaleza.

Pero ¡admirable lazo por medio del cual une Dios en el hombre el alma al cuerpo á pesar de la diferencia y oposicion de su naturaleza! ¡Lazo admirable, por medio del cual estrecha recíprocamente estas dos partes de tal modo, que todas las impresiones de la una se comunican desde luego á la otra, sin que el hombre—en cuyo ser se opera tal

maravilla—pueda comprenderlo ni explicarlo! ¿De qué modo, ó cómo ha sabido aprender la mano, por ejemplo, á obedecer tan instantáneamente á la voluntad? ¿Por qué secreto admirable sucede, que el alma quede avisada con tanta prontitud de cuanto pasa en el cuerpo, y que lo que ocasiona disgusto ó dolor al uno se comunique inmediatamente al otro? ¿Cómo ha podido saber la lengua expresar todos los pensamientos del alma, y el rostro pintar de un modo tan pronto y expresivo todos los movimientos que en ella se efectúan? Solo la Sabiduría de Dios es quien ha hecho todas esas maravillas, y así es como el Todopoderoso formó el primer hombre y la primera mujer, *Adán y Eva*. Pero los mismos milagros que hizo Dios con nuestros primeros padres, ¿no los está renovando en cada uno de nosotros, en la formación de todos los hombres? ¿Somos nosotros, por ventura, menos obra de sus divinas manos, porque nuestro nacimiento sea más dependiente de causas segundas inmediatas? Si su bendición es la que ha multiplicado el género humano, ¿no es su mano divina quien obra por sí misma los efectos de esa bendición admirable?

Esa Mano adorable es, amados hermanos míos, la que nos ha formado en el seno de nuestras madres: «Habéisme visto Señor, cuando no era yo todavía sino masa informe,» exclamaba el santo Job (Job. c. xiv). «Vos sois quien ha marcado todos los días de mi crecimiento. Vos sois quien ha animado esta masa informe, vieniendo á ella un alma que habéis criado para introducirla en ella.» ¿No es Dios, dice S. Cirilo de Jerusalem, quien prepara el seno de nuestras madres para darnos la vida en él? ¿No es él, quien ha animado nuestros cuerpos cuando han sido formados en aquél? ¿No es Dios, quien los ha constituido de huesos y nervios, y revestidoslos de carne y cuero? ¿No es él quien después de haber formado el niño en el seno de su madre, hace destilar de sus pechos manantiales de leche para alimentarle después de nacido? ¿No es él, quien hace crecer nuestros cuerpecitos, haciéndonos pasar por la sucesión de diversas edades con cambios imperceptibles? Y todos estos prodigios por ser tan ordinarios, ¿dejan acaso de ser milagros maravillosos? Con esto vendreis en conocimiento, amados hermanos míos, de que somos nosotros obra de Dios, hechura de sus manos; y eso mismo os hará comprender lo que somos.

¿Qué es el hombre? Un compuesto admirable de un cuerpo material y terrestre y de un alma espiritual é inteligente que lo anima, y que le ha sido dada para gobernarlo; de un cuerpo que lo sujeta á la condición de las criaturas materiales, y de un espíritu que lo hace semejante á los Angeles. Espiritual y corporal á un tiempo mismo, reúne el hombre las perfecciones de todos los seres. Por ahí podreis

comprender la diferencia que se encuentra entre las dos substancias que le componen, por la diferencia misma de los tiempos en que han sido formados, el cuerpo ántes que el alma. Entenderéis tambien que así como el cuerpo ha podido subsistir ántes de ella y sin ella, el alma ha podido subsistir despues de él, y sin él: que ella no perezca de modo alguno, ni muera por consiguiente con el cuerpo; y que ni aún puede perecer ni morir, porque siendo como es simple, no encuentra principio alguno que la destruya; y que así, cuando el cuerpo que procede de tierra vuelva á la tierra de donde salió, el espíritu vuelve al Señor que lo ha dado.

Pero esto mismo os hará concebir tambien, amados míos en el Señor, la idea que debéis formaros de estas dos partes que os componen, y qué diferencia habeis de poner en la estimación relativa, en el aprecio de uno y otro. ¿Qué es el cuerpo? Un poco de barro.—El mismo polvo que sirvió para formar el cuerpo del primer hombre ha servido igualmente para formar el nuestro. ¿Qué es nuestra alma?—Una substancia desprendida de toda materia, aunque unida á ésta en el hombre; una imágen viva del mismo Dios. ¿Cuánta y cuán importante doctrina se desprende de todo esto! El alma es la que constituye nuestra gloria, la que forma nuestro tesoro: el alma viene de Dios y no ha podido ser criada sino para Dios; el alma viene del cielo, y para el cielo está hecha. Pero ¡qué confusión para nosotros, si la suminis en cieno y sangre con inclinaciones brutales, con solicitudes y cuidados terrenales! ¿Qué vergüenza para el hombre hecho á imágen de Dios, olvidar su dignidad, degradarse ensuciándose como las bestias inmundas, haciéndoseles semejante por pasiones enteramente carnales!

2. Colocó Dios al hombre en el Paraiso terrestre, inmediatamente despues de haberlo criado. Rotántans la sagrada Escritura con la pintura que nos hace de ese lugar santo y privilegiado. Dícenos que Dios habia plantado por sus mismas divinas manos aquel vergel, para darnos á entender que habia señalado en su formación de una manera inequívoca su bondad y magnificencia. Y el nombre que él mismo se dignó dar al vergel, denota que nada faltaba en aquel venturoso lugar para el goce de todas las delicias imaginables: un manantial fecundísimo formaba allí cuatro brazos ó canales, que al salir del Paraiso terrestre eran grandes ríos. Todo cuanto habia hecho Dios en el mundo de admirable, todo cuanto podia contribuir á las delicias del hombre, todo, todo se encontraba milagrosamente reunido en un solo lugar. Reunian allí todas sus ventajas las estaciones; y la de las flores era tambien la de los frutos. El Arbol de vida que Dios mismo

había plantado en medio del Paraíso, garantizaba de la muerte al hombre con su fruto, y le proporcionaba una inmortalidad de un modo tan absoluto, que solo pendía de él el perderla. Al sujetar así todas las leyes de la naturaleza á los deseos del hombre, hacía ver el Señor nuestro Criador que todo le pertenece, que todo es suyo, y le obedece; y que no tiene límites su liberalidad para con los que le sirven. Los animales, sometidos al hombre, obedecían á su voz y le respetaban en todo como á su señor y dueño.

Todo el empleo y ocupacion del hombre en tan venturoso estado era amar á su Dios, y servirle por amor; bendecir aquella Mano bienhechora que le había colmado de tantos bienes, y esperar los eternos como recompensa de su fidelidad. El trabajo que Dios le había prescrito no era sino un trabajo agradable y delicioso, apto para alimentar su piedad ocupándole de un modo útil, y para levantar su corazón á Dios con la consideracion de las maravillas de la naturaleza. Hasta la prohibicion misma que Dios le había intimado de no tocar á uno (tan solo de entre infinitos árboles, no era sino un ligero tributo que exigía de su reconocimiento, y que tenía que tributar el hombre con tanto gozo como fidelidad; y Dios había asignado precisamente á esta fidelidad, tan fácil como placentera, la continuacion de su felicidad, y la dichosa imposibilidad de decaer de ella jamás. Y como si aún no bastara tanto bien para embriagar de dicha al hombre, para llevarla á su coturno por medio de la comunicacion, Dios le dió una compañera en todo semejante á él. En tanto que hubiese vivido el hombre solo, ó que no hubiera tenido por compañía sino animales desprovistos de inteligencia, no hubiera tenido nadie con quien pudiese conversar de las ventajas de su estado así como de los beneficios de su Criador. Con el fin, pues, de que gozase de una compañía que le fuese adaptada y conveniente, y con la que pudiera nutrir su reconocimiento, le otorgó Dios la mujer.

Adormeció pues el Señor á Adán con un dormir misterioso, muy diferente por cierto del que ahora experimentamos. Nuestro dormir es una flaqueza de la naturaleza; mas el del primer hombre fué una especie de éxtasis que le sobrevino en un arrobamiento de contemplacion. Mientras que Adán dormía, sacó Dios una costilla suya y llenó de carne aquel vacío; de esta costilla formó el Señor el cuerpo de la mujer; y habiendo introducido en él y unióle un alma, la presentó al hombre. Dios quiso sacar la mujer de la substancia del hombre para formar entre Adán y Eva la union más íntima é indisoluble que darse pudiera en nuestra naturaleza, para que la mujer fuera carne de su carne y hueso de sus huesos. Sacó Dios á la mujer

del costado de Adán para denotar la igualdad que ha de reinar entre el hombre y la mujer. Hecho esto, Dios bendijo á Adán y á Eva; y los unió conjuntamente para ser vástagos de una posteridad que hubiera sido deudora de su felicidad á la fidelidad y agradecimiento de sus primeros padres. El estado en que Dios crió á Adán y á Eva fué un estado de santidad é inocencia.

La obra maestra de un Dios tan sabio y tan perfecto, la creacion del hombre, no podía ménos de ser perfectísima al salir de las manos de Dios. Aquella sola expresion de la sagrada Escritura que nos enseña: *Que Dios formó al hombre á su imagen y semejanza*, nos presenta una idea cabal de la mayor perfeccion; y cuando nos señala en detalle, no nos deja duda alguna de que el hombre fué verdaderamente perfecto. Porque en el libro del Eclesiástico (cap. vii, 30), nos enseña que Dios había criado al hombre recto: *Quod fecerit Deus hominem rectum*. Y en la Epistola de S. Pablo á los Romanos (cap. v, 12), nos dice: Que Dios había criado al hombre *para no morir jamás*: expresiones que denotan todos los privilegios del primer estado del hombre.

1.ª Aquella sola palabra de *Rectitud*, derechura, justicia, que atribuya á nuestro primer padre la Escritura, nos hace concebir en compendio todas las luces de su espíritu, toda la bondad de su corazón, toda la santidad de un alma en la cual se complacía el Señor en mirarse como en un espejo. Denótanos aquella palabra la justicia original en que fué criado el hombre, y en que consistía su más rico tesoro. Puedo muy bien inferir de esta palabra, con todos los santos Padres y con toda la Iglesia, que no oscurecían su espíritu tinichas ningunas; que no mancillaban su hermosura ninguna ignorancia ó error dañino; ningun defecto en la razon y juicio; que estaba lleno de todas las luces naturales y sobrenaturales de que era capaz, y que podían convenirle. Si bien es cierto que gozaba de plena y entera libertad para decidirse á obrar como quisiera, tambien lo es que poseía al propio tiempo una voluntad recta é inclinada al bien, sin la menor propension al mal. No torcía sus inclinaciones naturales ninguna concupiscentia, ni pasiones de género ninguno perturbaban la serenidad de su alma, la paz de su corazón: todos sus deseos iban arreglados segun orden, y no experimentaba en su voluntad ninguno de esos combates encontrados, en que el hombre, mandándose á sí mismo, tiene actualmente que resistirse á sí propio: combates que han hecho dar gemidos continuos á los mayores santos, y que les han impedido á desear ardientemente el verse libertados de este cuerpo de muerte.

2.º Estando pues tan ordenado todo en el alma de nuestros primeros padres, no podía de modo alguno hallarse desarreglo en sus cuerpos. Estando tan sometido á Dios el espíritu, la carne lo estaba igualmente al espíritu; y no existiendo todavía en el mundo el pecado, no debía haber lugar para la muerte que solo podía ser real y débito del pecado. Por esta razon nos enseña la Escritura que Dios había hecho el hombre para no morir, y que la muerte no ha entrado en el mundo sino por el pecado. De aquí procede la razon de por qué eran desconocidas en tan dichoso estado las enfermedades é indisposiciones físicas: por qué no podían encontrarse ni estar de acuerdo con el orden que Dios había establecido primitivamente ni la sed, ni el hambre, ni el frío, ni el calor, ni las demás incomodidades; por qué, en fin, no podía darse en tal estado el desarreglo de la concupiscencia. Y así es que la Sagrada Escritura denota expresamente, que nuestros primeros padres no tenían en sí mismos nada porque tener que avergonzarse (Gen. ii, 25). Sin más vestido ni adorno que su propia inocencia, nada notaban en sí mismos que pudiera causarles empacho ó confusión, nada que tuviese necesidad de ocultarse á la vista, porque la obra de Dios, no designada todavía por el pecado, nada tenía de deshonroso ni que fuese indigno de su Autor.

¿Qué ha sido de tí, oh estado feliz y afortunado? ¿Qué cosa hay más honesta que el pecado, pues que nos ha hecho perder tantos bienes? Por culpa nuestra, amados hermanos míos, por culpa nuestra hemos sido despojados de ellos. Sea, pues, dada bendición, gloria, y honor á Dios, que tanto bien nos hizo sin merecerlo, y venga sobre nosotros la confusión y vergüenza que tan merecidas tuvimos por el pecado. No viene ni ha venido nuestra pérdida sino de nosotros mismos, porque Dios no hizo al hombre ni pecador ni desgraciado. Si es desgraciado y pecador, pecado y desgracia son obra suya; y no ha tolerado el Señor esos males en que hemos caído, sino por cuanto es harto poderoso y bueno para sacar el bien del mismo mal, y sabe hacer resultar los mayores bienes de los mayores pecados. A vos, pues, Señor, toda la gloria: buenos, perfectos, santos nos habíais criado, y podéis reparar con vuestro infinito poder esa vuestra obra que nosotros hemos destruido. ¡No quedéis frustrados, Señor misericordiosísimo, los designios de vuestra inefable bondad para con nosotros! No os contentéis, piadosísimo Criador nuestro, con otorgarnos aquella primera gracia del hombre inocente, que nos da el poder de amar y hacerlo bueno; dados, además, la voluntad misma de hacerlo, y una voluntad constante y perseverante que nos haga quererlo y obrarlo hasta el fin, para que un día, coronando vuestras

obras, nos hagais dignos de bendecir para siempre jamás vuestros dones en la eternidad bienaventurada de la gloria, que á todos deseo. Amen.

## PECADO ORIGINAL.

(HISTORIA DEL)

### III.

*Per unum hominem peccatum in hanc mundum intravit, et per peccatum mors.*  
 Por un solo hombre entró el pecado en este mundo, y con el pecado entró la muerte:

[ROMAN. v, 12.]

Veid aquí, amados hermanos míos, un espectáculo muy distinto del que os he hecho ver en la precedente instrucción ó conferencia. No se presenta ya á nuestra consideracion el hombre inocente y poseedor de todos los favores de su Dios; no se presenta ya á nuestros ojos el hombre en el feliz estado en que lo había criado el Señor, en cuyo estado le era tan fácil perseverar: preséntase ya á nuestra vista Adán el desobediente, Adán el pecador, Adán el desventurado. Tenemos que hablar de Adán desgraciado con su Dios por su prevaricacion, confinado del delictoso vergel en que le constituyera su Criador, y relegado á una tierra ingrata, que se le convierte en el lugar de su destierro, y á donde va á morar con la innumerable familia de sus hijos y descendientes, haciéndolos participantes de la funesta herencia de su pecado y su miseria.

Es pues mi intento hablaros del pecado de Adán, y de las espantosas consecuencias de este pecado. Pecado cometido por Adán, pero que ha venido á ser nuestro pecado, por cuanto estábamos todos nosotros encerrados, contenidos en él, y que somos nosotros los herederos de su falta y desgracia, como lo hubiéramos sido de su felicidad é inocencia. Consideraremos, pues, el pecado de Adán, en Adán

mismo, y en nosotros: en *Adán*, veremos la grandeza de su culpa y la justicia de su castigo; en *nosotros*, reconoceremos el origen de nuestra miseria y la verdad ó realidad efectiva de nuestro estado. Mas, ora en el Padre, ora en los descendientes, reconoceremos igualmente que si la miseria es una consecuencia del pecado, la gracia del Salvador es el único remedio suyo. Veamos pues lo que nos enseña la revelación acerca del pecado de *Adán* respecto de sí mismo. A. M.

4. Al ver á *Adán* tan colmado de beneficios de parte de su bondadosísimo y larguísimo Criador, ¿quién no hubiera creído le hubiese sido constante y perennemente fiel y agradecido? Al verle tan dichoso, al verle dueño y árbitro Señor de su propia felicidad, ¿quién hubiera pensado jamás, que nada fuese capaz de hacerle salir de estado tan halagüeño, tan sublime y venturoso? que ninguna tentación fuese capaz de hacerle titubear ó estar vacilante, ni que cerrando sus ojos voluntariamente á todo objeto que le hubiera podido separar de la verdad, y que cerrando sus oídos á cualquiera otra voz que á la de la justicia y á la de su interés bien entendido, no se hubiera constituido inaccesible á toda seducción, puesto á cubierto de toda caída? Pero, ¿cuán pronto aprendió con funestísima experiencia, que el hombre no es fuerte sino mientras se halla enteramente sometido á Dios! que Dios es toda su fuerza, que cae y se resbala desde el momento mismo en que se separa de él, y busca su dicha fuera de él! Desobedeció *Adán* á Dios: he aquí su crimen, su gran crimen. Caer por su desobediencia en el estado más espantoso: ved ahí su castigo, su mayor desgracia.

1.º Estado tan feliz cuál lo era el de nuestros primeros Padres suscitó la envidia del príncipe de los envidiosos, Luzbel, el demonio. Este espíritu orgulloso y rebelde, desesperado de su caída y de su desgracia sempiterna, y buscando como vengarse del mismo Dios destruyendo su obra, no pudo aguantar que fuesen *Adán* y *Eva* más fieles á Dios en el Paraíso terrestre, que lo había sido él en el cielo. Esto fue lo que le hizo concebir y poner en práctica el espantoso designio de tenderles lazos para hacerles caer en el pecado. Este funesto designio tuvo desgraciadamente sobrado éxito. *Por su envidia*, dice la sagrada Escritura (SAP. II, 24), entraron en el mundo la muerte y el pecado, y esta es la razón porque dice Jesucristo mismo (JOANN. VIII, 44): que Satanás ha sido homicida desde el principio.

Para salir bien con su detestable empresa, escogió á la culebra, ó sierpe (Gen. III), como instrumento el más propio á sus designios.

Parece en efecto que la serpiente, antes de la caída del hombre, tenía algo de halagüeño y amable: era entónces más familiar con el hombre que ninguna otra criatura; no iba á rastra, sino con la cabeza erguida. Por otra parte, la serpiente cuyo cuerpo tomó el demonio no era de la especie ordinaria, sino de esa especie de serpientes ó culebras brillantes y aladas que se crían en Arabia y Egipto, que son de un color amarillo y brillante; y cuando al volar dan los rayos del sol en sus alas, su reflejo produce un efecto magnífico. Si la serpiente, pues, cuya figura tomó el demonio, era de esta especie ó de otra más hermosa todavía que no conocemos, semejante animal era en efecto muy á propósito para su designio. Es además muy verosímil, que cuando los Angeles servían á *Adán* y á *Eva* acoslumbraban á revestirse de formas semejantes; algunos de ellos tomaban las de Querubines, otros las de Serafines. El demonio pudo pues tomar el cuerpo de una de esas serpientes, y aumentar todavía algún grado más de hermosura bastante superior para que *Eva* lo creyera uno de los Angeles que tenía costumbre de ver; porque no es probable que fuese tan sencilla y simple para creer que pudiesen hablar los animales; y no es creíble que hubiese podido ser engañada, si la serpiente por su hermosura no le hubiera parecido un ministro celestial, del cual no tuvo á primera vista motivo de desconfiar.

No puede ménos de concluirse esto, si se reflexiona en las mañas artificiosas del discurso del seductor. *¿Por qué*, dijo á la mujer (Gen. III), *os ha mandado Dios que no comais del fruto de todos los árboles del Paraíso? A semejantes palabras tan injuriosas á Dios*, pues que contenían una condenación implícita de la prohibición divina, — *Eva* hubo de turbarse sin duda y se habría turbado en efecto, si hubiese amado todavía á Dios con todo el lleno de su corazón, y si no hubiese perdido ya algo de aquel profundo respeto que debía tener á todas las órdenes del Criador, su Dios y amorosísimo Padre y Señor. — *Eva*, empero, escuchó tranquila y sosegadamente esa pregunta insolente: *¿Por qué os ha mandado Dios no comer del fruto de todos los árboles?* ¿Cómo si le fuere permitido á la criatura pedir á Dios cuenta de sus leyes! Lejos de cerrar sus oídos, conversa la Mujer con el demonio, que desde este mismo instante debió parecerle sospechoso, y entabla con él una conversación que no podía ménos de serle peligrosa, exponiéndose así á la ocasión de ofender á su Criador y perderse para siempre. «Nos ha permitido el Señor, responde la incauta, comer de los demás frutos del Paraíso; pero respecto del fruto que está en medio de este Jardín, nos ha prohibido comerlo, ni aún tocar al árbol, por temor de qué nos expongamos á morir.

¿Quién no repara ya en estas palabras cierta decadencia marcada en la Fe? Lo que les ha asegurado el dicho Dios en términos categóricos, es: *MORIRIS SI COMEIS DE ESE FRUTO; Y ESO EL PUNTO MISMO, EN EL INSTANTE MISMO QUE LO COMAIS: MORIT MORIENS*; y á pesar de lo categórico de estas palabras, Eva lo repite en tono de duda, de una exposición... *NOZ TO HA PROHIBIDO*, dice, *DE MIEDO QUE MURAMOS*. Hace, pues, desde luego agravio á Dios y le injuria dudando, ó al ménos poniendo como en duda la verdad incontrastable de su palabra. «No moriréis, no» les replica el demonio: «sí Dios os ha prohibido ese fruto, es porque sabe muy bien que, apenas lo hayais comido, se os abrirán los ojos, y seréis como dioses, sabedores de lo bueno y de lo malo.» Palabras impías, que dejaban por embustero al mismo Dios; palabras sacrílegas, pífidas, con que el enemigo de toda verdad se atrevía á acusarlo de envidia baja y grosera, al propio tiempo que daba á la criatura esperanzas de que, por medio de su desobediencia, se haría independiente de su Criador, y se constituiría igual á él. Eva, sin embargo, escucha estas palabras del demonio; ahora bien; pudo ella escucharlas con tanta frialdad y desprecio, sin hacerse por el mismo hecho cómplice de sus impiedades y blasfemias? Y aún cuando no hubiera pasado á más, ¿no lo hubiera ya sido, por solo este hecho, infinitamente criminal? Pero todo esto no es aún sino el preludio de su falta y de su desventura.

Mira Eva el fruto; hácele mucho, gústalo, preséntalo á su esposo Adán, y no contenta con habérselo rebelado contra su Dios y perdidose á sí misma, solicita ó instiga á su marido á cometer la misma infidelidad y rebelión; y presentándole este fruto, trata como de encadenarlo á ella en su propia ruina. ¿Cuál era, en tal caso, la obligación de Adán, que había de ser cabeza y jefe de su mujer; que tenía que responder de ella, pues que Dios mismo se la había fiado: de Adán, decimos, que si había recibido más luz y fortaleza, era para sostenerla ó para levantarla en su caída? ¿De qué celo no debió estar abrasado en aquel momento, sea para sostener los derechos de Dios, sea para corregirla y hacerla mudar de camino? ¿Qué dolor, qué ira justa no debió experimentar y manifiestar á Eva por su culpa á todas luces inexcusable? ¿Con qué firmeza en fin no debió reprenderla? Pero ¡funesta complacencia! teme más afligir á su mujer que ofender á Dios. Caído ya de corazón por un orgullo secreto, cae á lo exterior quebrantando él mismo el mandamiento de su Criador: toma el fruto de manos de Eva, y lo come. Olvida á un tiempo la majestad de Dios á quien ofende, y la inmensidad de beneficios que tienen recibidos de él: falta á los sagrados é inviolables empeños que ha

contraído de serle fiel aún á costa de todas las cosas y sacrificios, y muy lejos de levantar á Eva de su caída, cae despues de ella, y con ella en tan fatal culpa.

2. Tal es la historia del pecado de nuestros primeros padres. ¡Pecado de indecible gravedad! desgracia incomparable! segun expresión de S. Agustín (Enchirid. cap. 43): *Ruina ineffabilis, et ineffabiliter grande peccatum*. Pecado que en sí solo abraza y encierra infinitad de otros, y que ha sido, es, y será manantial de todos los que en el mundo se cometen. Pecado, no tan solo de orgullo, sino del orgullo más insolente, pues por él, no contento el hombre con el grado que Dios le otorgó en la escala de la creación, ha querido igualarse con Dios. Pecado que encierra el más odioso atentado de la criatura contra su Dios, de cuya dependencia intentó sustraerse. Pecado que supone la traición é infidelidad más injusta é infundada del súbdito contra su soberano, al paso que incluye una horrible preferencia de Satanás á Dios. Pecado, en fin, de la más criminal curiosidad, de la sensualidad más grosera, de ingratitud extremada en una criatura colmada de tantos y tan señalados beneficios por parte de su Dios. Impío sacrilegio con que el hombre llevó la mano al fruto que debía considerar sagrado, por la prohibición que Dios le había intimado de no tocarlo. Pecado que fué no solamente un homicidio simple, sino el mayor homicidio que pudiera darse, porque por este pecado no solamente se ha dado la muerte á sí mismo el primer hombre, sino que ha hecho extensiva la mortandad á toda la innumerable muchedumbre de hombres que habían de salir de su raza. Pecado que le hubiera exterminado sin remedio con toda ésta, si Dios no hubiera echado sobre él una mirada de compasión y misericordia, y no le hubiera sacado de estado tan lastimero con inefable y bondadosísima Sabiduría.

Sepamos, pues, juzgar la grandeza, y pesar la gravedad de este pecado, comparándolo con la grandeza del Dios ofendido, con la gravedad de la injuria que se lo hace, con la inmensidad é incomparabilidad de los beneficios que recibió el hombre con infinita generosidad de la mano del Omnipotente, que solo exigió condiciones facilísimas, y aún daba socorros eficaces para tan facilísima ejecución; y de este modo no podemos quedar sorprendidos si el Señor, justo y grande, á la par que bueno y dadivoso, lo ha castigado tan severamente en nuestros primeros padres.

Pero ¡ah! ¿quién es capaz de considerar, ni de calcular las consecuencias tristes y terribles del pecado de Adán, y el espantoso cambio que operó inmediatamente en Adán mismo, y en toda la naturaleza?

Apénas hubieron pecado Adán y Eva, cuando se abrieron fatalmente sus ojos, y reconocieron que estaban desnudos. ¡Desnudez vergonzosa, en que habían caído al despojarse ellos mismos de la justicia original! Avergonzándose de verse así, porque el pecado había desfigurado en ellos la obra de Dios, y buscaron hojas de árboles para cubrir su torpeza. La rebelión de la carne contra el espíritu fué un castigo justo y un moanento deplorable de la rebeldía de su espíritu contra Dios. Todo es ya desorden en el corazón y en el cuerpo de este primer pecador: espesas tinieblas se esparcen en su espíritu; cree poder ocultarse á los ojos de ese mismo Dios que todo lo vé; cree pueden servirle de asilo contra su justo enojo las sombras de los árboles que le cubren. Desordenase su voluntad; toman las pasiones el puesto que ántes llenaban la razón y la justicia; corrompense todas las inclinaciones y movimientos que lo arrastran al mal: su libertad, combatida por las pasiones que la atacan furiosamente, no tiene ya la fuerza de resistirse á ellas; y así como había sido condenado á muerte en castigo de su pecado, al cometerlo perdió noble vida; la del alma y la del cuerpo. Perdió la vida del alma perdiendo la justicia y separándose de Dios. Respecto de la vida del cuerpo, tuvo que juzgarse este desde luego como muerto, pues que era inevitable la muerte, y que las enfermedades y flaquezas á que se vió inmediatamente condenado y sujeto, no eran sino el profudio y preparación de aquélla: de suerte que la vida no se pudo mirar sino como una muerte prolongada.

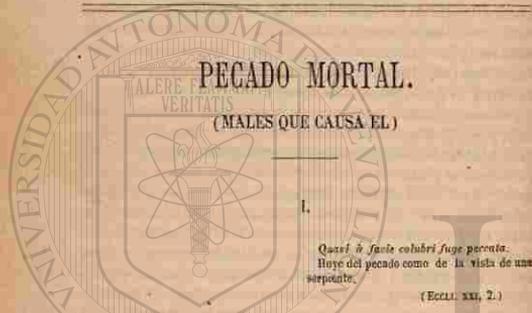
En vano trataron nuestros primeros padres de buscar excusas á su pecado, por causa de la ceguera en que este les habia sumido; vanamente echa Adán la culpa de su pecado á Eva, y ésta á la serpiente: Dios castiga el pecado en Adán y Eva que lo habían realmente cometido, y en la serpiente que habia servido de instrumento. «Por cuanto tú has sido la causa de esto, dice el Señor á la serpiente, maldita serás tú entre todos los animales y bestias de la tierra: irás arrastrando sobre tu vientre, y tierra comerás todos los días de tu vida.» Y á la mujer: «Yo te afligiré con muchos males en tu embarazo; engendrarás y darás á luz tus hijos con dolores, estarás bajo el poder de tu marido, el cual te dominará.» Y en seguida dijo á Adán: «Porque has escuchado la voz de tu mujer, y has comido del fruto del árbol que yo te habia mandado no tocar, la tierra te será maldita por lo que has hecho, y no sacarás de ella tu sustento sino á costa de sudor y trabajo: producirá espigas y zarzas: comeréis el pan con sudor de vuestra frente, hasta que volváis á la tierra de que habeis sido sacados; porque polvo sois, y en polvo os habeis de convertir.»

Tal fué la sentencia fulminada contra nuestros primeros padres; y no le quedó á Adán otro consuelo que la promesa que Dios le habia hecho de un Salvador que nacería de la mujer y que un día quebrantaría la cabeza de la serpiente, es decir, que destruiría el poder del demonio que se habia servido de ésta para perder á aquélla. Así que se fulminó esta sentencia, Adán fué arrojado vergonzosamente del Paraíso de delicias con la que habia sido su cómplice: se vieron privados para siempre jamás no solamente de la vista de lugar tan delicioso, sino del uso del árbol de la vida. Púsose á las puertas del Paraíso un Querubín vibrando una espada de fuego para prohibirles la entrada. Fueron, en fin, desterrados á una tierra extraña, que no sabe llevar ya para el hombre pecador sino abrojos y espigas, y que nada puede producir sino en tanto que se riegue con sudores y lágrimas. Esas penas, esos castigos que nuestros primeros padres se acrecieron por el pecado no se limitaron á esta vida; fueron extensivos hasta más allá del sepulcro, pues que se les entregó también la entrada del cielo. Afrentosamente arrojados del Paraíso, perdieron todos los derechos y pretensiones que tan prodigiosamente habían logrado para alcanzar y disfrutar de la felicidad suprema para que habían sido criados, y no merecieron desde entonces sino la condenación eterna, y el ser precipitados en aquellas espantosas cavernas que se habían preparado ya para Satanás y sus ángeles ó secuaces.

Adán, después de su caída y expulsión del Paraíso terrestre anduvo errante por una y otra parte del mundo con Eva su mujer, llorando y aborreciendo su pecado. Tuvo en seguida muchos hijos é hijas: la Sagrada Escritura solo nombra tres, *Cain, Abel y Seth*; y murió á la edad de novecientos treinta años. Nosotros creemos con razon, que Adán y Eva, habiendo llevado después del pecado una vida santa en medio de los trabajos y penas con que estaban abrumados, y que soportaron con gran sumisión por espíritu de penitencia y expiación, han sido librados de los suplicios eternos por la virtud y méritos de la sangre de Cristo. La Sagrada Escritura nos autoriza á creerlo así; porque en el libro de la Sabiduría (Cap. x, 4 v 2), dice: El que Dios habia formado primer hombre para ser padre del mundo, fué sacado de su pecado por la Sabiduría.

Por lo que á nosotros toca, amados hermanos míos, aprendamos en el triste ejemplo de nuestros primeros Padres, que Dios solo es la felicidad del hombre, su vida y dicha perenne: que perécera cuántos se alejen de Dios; y que no podemos perderle sin perdernos á nosotros mismos. Aprendamos también á no perseverar en el mal á donde nos arrastran nuestras inclinaciones perversas; á fin de que,

si hemos imitado la prevaricación de nuestros primeros padres, imitemos también su penitencia, para preservarnos como ellos de la condenación eterna y alcanzar la felicidad de que ellos gozan eternamente en la gloria. Amen.



¿Quién es capaz en el mundo de conciliar la sinceridad de la fe y el uso perfecto de la razón con la desarrreglada conducta del pecador? La fe, la razón y la experiencia le hacen palpar que es inevitable la muerte, y que en toda su vida no hay un solo momento en que no pueda ser sorprendido y devorado por aquella fiera. La fe le enseña, que de ningún modo, le será posible evitar una de las dos suertes, que la providencia irresistible de Dios ha decretado para todos los mortales; á saber, las delicias de la gloria ó los tormentos del infierno; lo enseña igualmente, que una alma manchada con el pecado mortal jamás podrá entrar en el reino de los cielos, y que, por el contrario, hallándose adornada con la gracia del Señor, no puede caer en los calabozos infernales; que el estado de gracia ó de pecado en que se halle el hombre en el instante último de su vida, decidirá infalible, absoluta é irrevocablemente su suerte para toda la eternidad. La razón le instruye en que todo el tiempo que puede durar su vida mortal, aunque sea un siglo ó cien millones de siglos, es ménos que un momento indivisible comparado con la eternidad; y que por tanto, el mayor, el único de sus verdaderos intereses es asegurarse para entónces una suerte feliz, aunque sea á costa de sufrir

todos las incomodidades, dolores, privaciones y trabajos; ó lo que es lo mismo, que todo su anhelo debe ser huir del pecado y conservar á toda costa la gracia y la virtud. La experiencia le exhorta á que esté siempre dispuesto, porque la muerte puede asaltarle cuando esté más descuidado, como sucede por lo común á la mayor parte de los hombres.

Esto no obstante, el cristiano se ciega, se deja seducir; apetece, busca su engaño; se expone voluntariamente á los peligros; se arroja, se precipita en el pecado; se empeña en hacer cada día más difícil, sino del todo imposible, su salida de este abismo, con la frecuente repetición de sus caídas.

Admirable es por cierto esta conducta; pero hay otras cosas que llaman más mi admiración. Soy hombre, soy miserable, soy pecador y veo por experiencia propia la suma debilidad de nuestra naturaleza; el poder, la violencia de nuestras pasiones, y la sagacidad, obstinación y perfidia de nuestros enemigos; y no me extraña por tanto, que el hombre, aunque cristiano, se rinda alguna vez y caiga en la culpa. Lo que me llena de confusión, de temor y de desconfianza, es el ver que siéndole tan fácil é interesante, no se apresure á reparar inmediatamente su caída, que tenga la imprudencia de permanecer días, meses, años y acaso toda la vida en un estado tan lamentable. ¿Qué es, pecadores, qué es lo que os mueve á permanecer en el infeliz estado de la culpa?

Voy á decirlo en pocas palabras; el no conocerla; por lo que procuraré hacerlos conocer en algún modo lo que es el pecado mortal, pues tengo por imposible que conociéndolo, no lo detesteis de todo corazón y lo detesteréis para siempre de vosotros. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. No pudiendo el arte ni la naturaleza suministrarlos colores suficientes para retratar con perfección el horrible y abominable monstruo del pecado mortal, me valdré para daros alguna idea, aunque muy débil, de su monstruosidad, de las tiernas y expresivas lágrimas con que lo lloró el Hombre-Dios. Cuando en la muerte de Lázaro y á vista de Jerusalem lloró este divino Salvador, cuya omnipotencia había demostrado más de una vez, no se propuso otro objeto, que darnos á conocer los estragos que el pecado causa en el alma que tiene la desgracia de cometerlo. No creo poderos presentar una prueba más palpable de la infinita deformidad, de la odiosidad execrable, de los espantosos efectos de este monstruo. Todo un Dios, el Dios poderoso y fuerte, que sufre con una serenidad propia de la

grandeza infinita de su alma los tormentos más crueles y la muerte más horrorosa; este mismo Dios, solo parece dar indicios de alguna debilidad cuando tiene á su vista, no el mismo pecado, sino solo una débil figura, una imagen imperfecta. Pero no debemos extrañarlo, porque con solo presentarse á su imaginacion la idea de este monstruo en el fuero de las olivas, le abandona el espíritu, le faltan las fuerzas, se rinde, desfallece, cae por tierra y prorrumpe en un general y copiosísimo sudor de sangre, que acabára con su vida, si el cielo compadecido de su cruel situacion no se hubiese dignado confortarle por el ministerio de un ángel. Y el hombre, el débil mortal, el infeliz pecador, lejos de estremecerse ni horrorizarse con su presencia, lo busca con ansia, hace los mayores esfuerzos por familiarizarse con él como con el amigo más íntimo, se sienta con él á la mesa, lo coloca á su lado en el lecho, le dá acogida amistosa en su seno, lo... ¿dónde voy á parar?

Oídme atentós y podréis conocer en algun modo lo que es el pecado. Cuando Jesucristo, avisado de la muerte de Lázaro por Marta y María, se presentó en el castillo de Betania, se hallaban las dos hermanas inconsolables, penetrados de dolor los amigos, llenos de compasion los apóstoles; y aún el mismo Jesús, á pesar de su omnipotencia é infinita sabiduría, manifestó con copiosas lágrimas el agudo sentimiento que le causaba la muerte del que habia sido su amigo; pero éste permanece inmóvil, sin llorar, sin afligirse, sin hacer la menor demostracion de sentir su desgracia. Mas ¿cómo, si estaba ya difunto? ¿cómo, si era absolutamente incapaz de conocer su situacion? ¡Imagen funesta, lamentable, pero fidelísimo retrato del pecador! Los mismos efectos que produce la muerte en el cuerpo, produce el pecado en su alma: la despoja enteramente de la vida; de la vida más preciosa, la más noble, la más apreciable, la más gloriosa; la priva de la vida de la gracia, por la que era amigo íntimo, hijo predilecto de Dios, participante de la divina naturaleza, dueño de todos los tesoros de la Omnipotencia y heredero del reino de la inmortalidad. Pero, ¡oh desventura! por la muerte de su alma ha sido despojado de tan inmensos bienes; todos, todos sin excepcion le han sido arrebatados; de todos se ha hecho incapaz, puesto que ha perdido la vida. ¡Pérdida fatal! muerte horrorosa! desgracia digna de llorarse con lágrimas de sangre! No, no es extraño que la lloren los ángeles del cielo en extremo compadecidos: no es extraño que la lloren consternadas las almas justas, y se estremezcan al ver su espantosa figura: no es extraño que la llore el Dios omnipotente que habia dado el ser á su pobre alma.

En medio de todo esto el pecador es el único que nada siente, que por nada se aflige, que nada ocha de ménos, porque se le ha acabado el sentimiento: ha perdido enteramente el uso de la razon, le ha faltado la vida. Así es, que oprimido con un peso enorme, insoportable, con el odio y detestacion del mismo Dios, ni procura sacudirlo, ni advierte siquiera que lo lleva sobre sí. ¡El odio del mismo Dios! sí, pecador: *Odio tuat Deo impius et impietas ejus*, dice el Sabio (Sap. xiv, 9). Desde el momento desventurado en que te arrojaste al abismo de la culpa, atrajiste sobre tu pobre alma todo el furor, toda la execracion, del absoluto dueño, del árbitro soberano del universo entero; del dispensador de todos los bienes y males; de todo un Dios, á quien adoran con el más profundo respeto, cuya gloria desienten con el más ardiente celo, y cuyas injurias desean vengar con la más justa severidad los cielos y la tierra, los brutos y las piedras, las plantas y los elementos... ¿Cómo es, insensible pecador, cómo es que no te asustan y aterrorizan tantos y tan poderosos enemigos? ¡Ahre siquiera los ojos del cuerpo, reflexiona un momento: mira con seriedad tu ignorancia, tu debilidad, tu miseria; mira el fiero despotismo de las pasiones; mira el trabajo, el hambre, la sed, el dolor, la enfermedad, la muerte; mira los incendios, los terremotos, la esterilidad, la peste, la guerra; mira esas furiosas tempestades que despiden con tanta frecuencia los rayos de la divina venganza; mira esas terribles inundaciones que haciendo salir de madre los más caudalosos rios, se absorben en pocos momentos poblaciones enteras con todos sus habitantes; mira por último el violento fuego de un infierno aterrador que abrasa sin consumir tantos millones de almas; mira, y no dudes que todo, todo es efecto de un solo pecado, pero de un pecado que ya se nos ha perdonado por la misericordia del Señor.

Todas las criaturas animadas de un ardiente celo por la gloria de su Criador omnipotente, y deseando vengar la injuria que se le ha irrogado por el hombre, se declaran enemigas implacables de este monstruo de ingratitude, le aborrecen, le persiguen de muerte; y el hombre insensato, sin advertir que va marcado con el sello ignominioso, cuya vista excita contra él el furor de toda la naturaleza; este miserable; vive sin recelo, en la más deplorable confianza, en la más pernicioso seguridad? este ser incomprendible? se atreve á fijar sus piés en la tierra, sin temor que la tierra se abra, le devore, le sepulte para siempre? se atreve á tomar el alimento, le devore, le sepulte para siempre? se atreve á beber una sola gota de agua, sin que le ocurra que puede esconderse en ella el más activo veneno, que en un momento y de un modo desastroso haga terminar su existencia? se entrega descuidado al sueño, sin ocurrirle que

acaso no despertará ya jamás? ¡Qué es esto! ¡puede ignorar acaso el pecador, que desde el momento en que tuvo la desgracia de cometer el pecado, lleva escrita en su frente con caracteres indelebles la sentencia de su eterna condenación? A no verse con tanta frecuencia, ¿sería creíble, podría imaginarse una insensatez tan asombrosa, una ceguera tan funesta? Solo el pecado, solo una injuria infinita hecha contra una majestad infinita pudiera cegar en tales términos el entendimiento y debilitar hasta el extremo la resplandeciente antorcha de la fe en el corazón del hombre; ¡ay! casi está amortiguada.

2. El difunto Lázaro no podía ver una siquiera de cuantas diligencias se practicaron para volverle á la vida. Si los innumerables ráyos del Sol se hubieran reunido en el estrecho recinto de su sepulcro, aún no hubieran llegado á percibir sus ojos la más mínima claridad; si la música más sonora y armoniosa, ó el horrible estruendo de una numerosa artillería hubiera estallado de improviso á sus mismos oídos, no hubieran podido percibir el más débil sonido; así el pecador, privado por la culpa de la preciosa vida de la gracia, queda completamente destituido del uso de los sentidos, de la razón, de todas las operaciones vitales. El miserable, para colmo de su desgracia, vive en una ilusión, en un engaño funesto; conserva la vida natural; conserva el ejercicio de sus sentidos corporales y aún el uso de la razón para los negocios terrenos: percibe los objetos materiales con la misma claridad, con tanta perfección como los percibía en el estado de la gracia. Tal vez considera, discurre acerca de los bienes espirituales y eternos, y no cree por tanto que le ha faltado la razón, el movimiento, el sentido, la vida en el órden sobrenatural. Todo absolutamente le falta, y nada echa de menos; ¡funesto, lamentable engaño!

Si Lázaro, si cualquiera de los demás difuntos fueran dueños en el instante de su fallecimiento de todas las riquezas que oculta la tierra en sus entrañas; de los palacios más magníficos que ha podido inventar el arte para halagar las pasiones; de todos los muebles, adornos y regalos á que parece estar vinculada la felicidad de los mortales; si todo esto, digo, estuviera á su disposición, en aquellos momentos de nada les serviría. Todo, todo pereció para ellos con la muerte; ¡idea en extremo dolorosa! Observa, pecador, y verás un espantoso, pero fiel retrato de tu situación desventurada. Todas las virtudes, todos los méritos adquiridos por ellas en el discurso de tu vida, todo pereció para ti con la muerte de tu alma. Después de diez, cincuenta ó más años empleados en fervorosas oraciones, en rigorosos ayunos, en abundantes lágrimas, en la práctica de todas las virtudes, has tenido

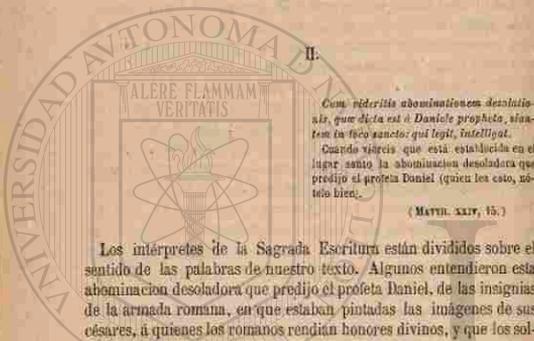
la debilidad de sucumbir á la tentación, en cuyo fatal momento perdiste desgraciadamente cuanto habías merecido hasta entonces; y si mueres en aquel infeliz estado, es tan segura, tan irremparable tu eterna condenación, como si nunca hubieras hecho la más pequeña obra meritoria en la presencia de Dios. ¡Qué pérdida tan lamentable! pero no desmayes por eso, que el Dios de las misericordias te proporciona el medio de repararla. Tú no pudieras merecerlo de modo alguno, porque no conservas el menor derecho; pero un Dios amorosísimo custodia con exquisita diligencia todos tus tesoros, para devolverlos íntegros, cuando por una verdadera penitencia entres de nuevo á participar de sus bondades.

¡Oh benignidad inapreciable de nuestro Dios! venid, pecadores; corred presurosos al saludable baño de la penitencia, en que os esperan tantos bienes: no queráis exponeros al inminente peligro de llorar con una irremediable desesperación la negligencia, la insensatez con que habeis desperdiciado la más bella ocasión, que se os presenta ahora para reparar vuestra pérdida, volver á la posesión de todos vuestros tesoros y recobrar todos los méritos que desgraciadamente habiais perdido. Venid sin la menor dilación, que todos se os devuelven inmediatamente: acoged al sagrado de la penitencia y conseguiréis entrar de nuevo en relaciones con vuestro Dios, quien restituirá á vuestra alma la inapreciable vida de la gracia.

No quisiera que mis exhortaciones sirvieran de ocasión ó de estímulo para que los pecadores abandonaran el cuidado de su alma y se retrajeran de obrar el bien: ministro del Dios de la verdad, no puedo menos de anunciar ésta, por más terrible que sea á los cristianos; ellos serian responsables, si interpretaban mal mis palabras. Las oraciones, los ayunos, las limosnas, todo género de buenas obras, todo esto es incapaz de merecer la gracia ni la gloria; y lo peor es, que semejantes obras no pueden resucitar por medio de la penitencia, porque jamás han gozado el beneficio de la vida: sin embargo, no por eso debéis dejar de orar, de mortificaros, de obrar bien, porque ¿quién sabe si la misericordia del Señor se inclinará hacia vosotros, viendo tan buenas disposiciones, aunque no podáis fundar en ellas derecho alguno para obligarle á que se compadezca de vuestra miseria? Si su bondad infinita llama para sí al pecador más abandonado que ni remotamente piensa convertirse, ¿cómo es posible que desprecie y abandone á los que manifiestan ciertos deseos de volver á su amistad? Sin embargo, lo cierto es, que, por dilatar vuestra conversión, os priváis de los méritos que con esas buenas obras pudierais atesorar para el más terrible de los días; porque aquellos se fundan



## PECADO MORTAL.



II.

*Com. videritis abominationem desolatio-  
nis, que dicitur esse à Daniele propheta, sicut  
tem in loco sancto: qui legit, intelligat.*

*Cuando videris que está establecida en el  
lugar, santio la abominacion desoladora que  
predijo el profeta Daniel (quien los esto, nó-  
telo bien).*

(MATEO. XXII, 34.)

Los intérpretes de la Sagrada Escritura están divididos sobre el sentido de las palabras de nuestro texto. Algunos entendieron esta abominacion desoladora que predijo el profeta Daniel, de las insignias de la armada romana, en que estaban pintadas las imágenes de sus césares, á quienes los romanos rendian honores divinos, y que los soldados victoriosos plantaron sobre las ruinas del templo de Jerusalem. Otros la explican de aquella horrible profanacion, que en el tiempo que duró el sitio de esta ciudad, cometió la faccion de los celadores, haciendo del templo una plaza de armas, y cuyos excesos se pueden ver en la historia de los judios, escrita por Flavio Josefo (Lu. v). Otros la entienden de la estatua del emperador Tiberio, que Pilatus hizo colocar en el templo. Otros, en fin, de la estatua centese de Adriano, que fué erigida en el lugar mismo del templo, que se llamaba el Santo de los santos. Ved aqui por lo que toca á la figura y al sentido literal; pero, por lo que mira á la verdad figurada, á ninguna cosa se puede aplicar más seguramente que al Anticristo, que se hará adorar en el templo de Dios, como si fuera Dios mismo (Hea. iii), y á aquella apostasia que debe suceder al fin de los siglos, y que S. Pablo dá por una de las señales del juicio último, asegurando á los Tesalonicenses, que no vendrá este gran dia hasta que haya sucedido la rebelion, y hasta que el hombre de pecado se haya descubierto: *Nisi venerit discessio primum, et revelatus fuerit homo peccati* (II Thes. ii, 3). No es mi propósito hablarlos de esta última y

terrible rebelion, en la que hasta los escogidos serán commovidos: os hablaré solamente de la rebelion de un cristiano contra su Dios cuando tiene la desgracia de pecar mortalmente; y digo, que la abominacion desoladora no es otra que el pecado mortal en el alma de un cristiano, que es propiamente aquel lugar santo que Dios ha santificado por la gracia del bautismo, y en el cual desea establecer su morada; y este es aquel templo del Señor que un mal cristiano profana, y que se hace la abominacion desoladora por el pecado mortal; pecado que es el principio de la corrupcion de nuestras costumbres, la causa de todos los desórdenes que presenciarnos y cuyos tristes efectos son las guerras, las pestes, las hambres, que serán tambien las últimas calamidades del mundo. Nosotros experimentamos ya estos crueles azotes de la justicia divina; porque en estos tiempos abunda la iniquidad y nunca el pecado hizo mayores estragos entre los hombres. Opongámonos á sus funestos progresos y procuremos hacerlos aborrecer y detestar. Para conseguirlo, quiero representároslo bajo dos aspectos que deben impresionaros. Primero, como el enemigo y el homicida del hombre; segundo, como el enemigo y el sangriento homicida de Jesucristo. *El daño, que el pecado hace al hombre; la injuria que hace á Jesucristo:* esta es toda la materia de este discurso. A. M.

1. El pecado mortal es el homicida del hombre. No bien lo ha cometido el pecador cuando merece la muerte. Pero, sin hablar de la muerte del cuerpo, consideremos solamente sus efectos en órden al alma. 1.º El pecado le dá el golpe de muerte, privándole de la vida de la gracia. 2.º La despoja de la santidad y de las virtudes que habia adquirido. 3.º Quita el mérito á las buenas obras que practica. Hagamos conocer todos estos males, para que se comprenda cuanto se debe aborrecer y detestar el pecado.

¿Qué es el alma del hombre? Es un espíritu inmortal criado por Dios para estar unido al cuerpo humano. Si consideramos á esta alma en su sustancia, sabemos que es espiritual é inmortal por su naturaleza, capaz de una felicidad ó de una infelicidad eterna; pero, si la consideramos por órden á Dios en cualidad de principio de gracia y de gloria, es preciso confesar que puede morir, porque como su vida consiste en la posesion de Dios, está su muerte en la privacion de Dios mismo. Dios, dice S. Agustin, es para nuestra alma lo que es nuestra alma para nuestro cuerpo; cuando nuestra alma deja nuestro cuerpo, ya no es éste sino un cuerpo muerto; del mismo modo cuando nuestra alma pierde á Dios y su gracia, ya no es ésta sino una

alma muerta. Pues ¿qué es lo que hace perder la gracia de Dios á esta alma? El pecado mortal, que es una separacion de Dios y un apego criminal á la criatura. Si, pecadores; son vuestras iniquidades, vuestros desórdenes, vuestras impurezas las que os han separado de vuestro Dios, y hecho perder la vida de la gracia. ¡Oh cielos! si fuerais capaces de asombro, ved aquí lo que debiera asombraros y estremeros.

¡Oh alma cristiana, criada á la imagen de Dios, y redimida con la sangre de Jesucristo su Hijo! es pues cierto que un solo pecado mortal te dá el golpe de muerte y puede hacerte infeliz por toda una eternidad; y no obstante; se cometen tantos! ¡Ah, pecador! ¿En dónde está tu fe, tu razon y tu buen sentido? ¿Andando, como andas, por los caminos de la iniquidad, llevas la muerte en tu seno y la más noble parte de tí mismo hácia el sepulcro, y no obstante ¡no lloras, no gimes y estás insensible á esta pérdida! En el órden de la naturaleza no se vea hombres muertos que se lleven á sí mismos al sepulcro; pero se ven con sohrada frecuencia en el órden de la gracia. Si, pecadores, vosotros llevais vuestra alma, que está muerta á los ojos de Dios, y que ya no tiene la vida de la gracia; ¿y adónde la llevais? Al infierno, que será su sepulcro como fué el del Rico avariento, si no os convertís. Con todo eso, no dejais de reir, divertirlos y alegraros, aunque estéis á dos dedos del precipicio: ¡qué ceguedad! No es esto todo, no solo el pecado mortal dá al alma el golpe de la muerte, tambien la despoja de todos los adornos de que Dios la habia revestido por su gracia: la priva de todos sus méritos pasados; de las virtudes que habia adquirido; del fruto de sus buenas obras; ayunos, limosnas, mortificaciones; todo esto se pierde por el pecado mortal: si llegais á morir en este estado, vuestra alma no es á los ojos de Dios sino un objeto de horror y de abominación. ¡Alma pecadora! ¿qué desolacion hay semejante á la tuya? ¿A quién te compararé yo, pobre alma, y en dónde hallaré alguna cosa que iguale á tus males? Fué sin duda, un espectáculo bien triste para los ojos de Noé, cuando habiéndose retirado las aguas del diluvio, no vió sobre la tierra sino cadáveres hftidos y medio podridos; esta, no obstante, no es sino una imagen muy imperfecta de la carnicería que el pecado mortal ha hecho en el hombre.

En fin, el alma queda por el pecado mortal reducida á tan gran pobreza, que su trabajo mismo viene á ser un trabajo inútil; atada con las cadenas del pecado, esclava del demonio y digna del mismo suplicio, no puede hacer cosa que merezca el cielo. ¿Sabeis á qué compara la Escritura el trabajo del pecador? á la tela de las arañas:

*Sicut tela araneorum fiducia ejus* (Job. vii. 14). Ved aquí, pecadores, vuestra ocupacion; vuestra vida no es sino un pasatiempo; contais acaso sobre algunas buenas obras en la apariencia; pero no reparais en que el pecado mortal en que estais resuelto á vivir, hace inútil todo lo que podria aprovecharos. Vuestra obra no es sino una tela de araña, que se deshará bien presto; os creéis ricos, y no veis que sois miserables, pobres, ciegos, desnudos, y que estais despojados de todo bien.

Haced, hermanos míos, un poco de reflexion sobre esta verdad. Yo deseo que haga sobre vosotros la misma impresion que hizo sobre los santos, los que no temiendo sino la muerte que el pecado dá al alma, se curaban poco de todo lo demás. Leemos en la vida de S. Juan Crisóstomo (PALLAS. IN VITA IESUS), que queriendo la emperatriz Eudoxia deshacerse de este santo obispo, quien habia hablado con todo el ardor de su celo contra los desórdenes de la corte, le envió algunos cortesanos para sondearle y conocer lo que más temia. Le amenazaron primero con privarle de sus bienes temporales. No podreis darme mayor gusto, respondió, que quitarme una carga tan pesada. Os desterrarán. Será necesario pues enviarme, añadió, á un lugar en donde no esté Dios. Os condenarán á una prision y á la muerte. Bien, yo estoy pronto á padecer todo esto. Decid á la emperatriz, que yo la tendré todo el respeto que la debo: pero que nunca deshonraré mi ministerio. Declaradla, que de todas las cosas del mundo, ninguna temo sino el pecado. Esos cortesanos pasmados volvieron á Eudoxia, y le dijeron: señora, en vano V. M. hace amenazas á Crisóstomo; este hombre no teme ni la pobreza, ni el destierro, ni la prision, ni la muerte; no teme sino el pecado. ¡Quiera el cielo, hermanos míos, que os suceda así á vosotros! Por finestas que sean las desgracias de la vida, no temais ninguna; no son nada en comparacion del pecado. Padres y madres, enseñad esta gran verdad á vuestros hijos. Vosotros les enseñais la ciencia del mundo; enseñadles tambien la ciencia de la salvacion, que consiste en detestar y evitar el pecado. Representadles que Dios aborrece el pecado y que no puede sufrir á los que lo cometen: *Odisti omnes, qui operantur iniquitatem* (PSALM. v. 7). Por consiguiente debemos aborrecerlo más que á la muerte, y no solo porque es homicida del hombre, sino tambien porque lo es de Jesucristo; como lo vais á ver.

2. El pecado mortal es el sangriento homicida de Jesucristo; puesto que es la causa de su muerte, que la renueva todas las veces que lo cometemos, y que la renueva con un ultraje mayor que el que padeció sobre la cruz. Que el pecado mortal sea la causa de la

muerte de Jesucristo, es una verdad tan clara en la Escritura, que ninguno de nosotros pueda dudarla. Todos sabemos que no murió sino para destruir el pecado. S. Pablo nos dice expresamente, que para rescatarnos del pecado, se entregó el Hijo de Dios á la muerte por nosotros: *Dedit semetipsum pro nobis, ut nos redimeret ab omni iniquitate* (Tr. u, 14). De aquí concluyen los santos Padres y los teólogos, que segun los decretos eternos de Dios y los derechos de su justicia, la muerte de Jesucristo su Hijo era necesaria para borrar el pecado y reparar la injuria que este habia hecho á Dios. Así, todos los pecados que precedieron á la pasion del Salvador, todos los que se cometen todos los dias, y todos los que se cometerán hasta el fin del mundo, contribuyeron á su muerte. Cuando os presentan un crucifijo, os manifestáis conmovidos; pero ¿estáis bien persuadidos de que son vuestros pecados los que fueron causa de la muerte de Jesucristo y de todos sus padecimientos?

Un segundo motivo que nos debe hacer aborrecer y detestar el pecado mortal es, que todas las veces que lo cometemos, renovamos la pasion de Jesucristo y le hacemos morir espiritualmente en nuestras almas. Esta es la doctrina que nos dejó S. Pablo en su epistola á los Hebreos, en la que hablando de los cristianos que tienen la desgracia de caer en pecados mortales despues de su bautismo, dice que es difícil que se renueven por la penitencia, crucificando de nuevo á Jesucristo dentro de sí mismos y exponiéndole á todos los ultrajes de su pasion: *Rursum crucifigentes sibi in corpore Filium Dei, et offensui habentes* (Hebr. vi, 6). Cuando, pues, pecadores, os diceu que por vuestros desórdenes, vuestras impurezas, etc., crucificáis á Jesucristo en cuanto está de vuestra parte, sabed que esta no es una exageracion. Aun me atrevo á adelantar, que la miseria que hacéis sufrir al Hijo de Dios, le es en algun modo más sensible que la que recibió de los judios. Y ved aquí algunas pruebas que servirán á convenceros. Primero, cuando el Hijo de Dios murió sobre el Calvario, fué por un efecto de su eleccion. Pero cuando tú le haces morir, pecador, Jesucristo no lo querria. ¡Cuántas inspiraciones y buenos pensamientos no te ha dado para detener tu furor y apartarlo de tu mal intento! Lo segundo, cuando los judios dieron muerte á Jesucristo fueron ejecutores de un decreto del cielo, que habia determinado su muerte como un medio necesario para la redencion del género humano; mas cuando tú le das muerte en tu alma, miserable pecador, ¿es esta un medio de salvarle? ¿no es al contrario un delito que merece tu reprobacion? Tercero, cuando los judios dieron muerte á Jesucristo, aún era pasible y mortal, y no habia venido al

mundo sino para padecer; pero ahora que es imposible é inmortal, ¿por qué quieres tú, pecador, darle muerte? En fin, cuando los judios dieron muerte á Jesucristo, no sabian lo que hacian: si le hubieran conocido como al autor de la gracia y de la gloria, nunca se hubieran atrevido á crucificarlo. Pero tú, miserable pecador, tú lo sabes, tú lo dices, tú lo crees; es este un principio de tu religion y un artículo de tu fe, y no obstante ¡tienes la osadía de ultrajarle y de crucificarle!

Notad bien la expresion del Apóstol: *Crucifigentes sibi in corpore Filium Dei*: ella sola debe haceros comprender toda la malicia del pecador, y la injuria que hace á Jesucristo cuando peca. Si se condujese un criminal al suplicio, y si habiendo llegado al lugar destinado para morir se echase de ménos la horea, ¿qué diriais vosotros de un hombre que se ofreciera á servir de horea? No hay maldad, ni crueldad, me diriais, semejante á esta. Y yo os respondo, que esto mismo es precisamente lo que vosotros hacéis, cuando ofendéis á Dios gravemente. Tomad, decís vosotros á vuestras pasiones, tomad mi cuerpo, y clavad en él á Jesucristo. ¡Cuántas veces le habeis enclavado en vuestro corazón por pensamientos criminales y deseos injustos! ¡Cuántas veces le habeis enclavado en vuestros ojos por ojeadas lascivas; en vuestra lengua, por crueles murmuraciones; en vuestras manos, por torpes tocamientos, injusticias y rapinias!

Ved aquí, hermanos míos, un pensamiento que ha convertido á muchos grandes pecadores. Y este mismo pensamiento ¿no hará alguna impresion sobre vosotros? ¡Ah! todas las veces que yo he pecado mortalmente he dado á Jesucristo una muerte más cruel y más ignominiosa que la del Calvario; yo lo crucifiqué dentro de mí, y le serví de cruz. Deteneos, mis amados oyentes, deteneos en este pensamiento; yo no dudo de que os mueva y que rompa vuestro corazón de dolor. Poned á Jesucristo crucificado de una parte y á vuestros pecados de la otra, y estando en medio de estos dos objetos, ved lo que habeis hecho. Ved, ved aquí al muerto y allí al homicida. Aquí vuestros pecados, y allí el efecto de vuestros pecados. Allí á Jesucristo, y aquí vuestros delitos. ¡Ah, Señor! yo habia siempre creído que yo era la obra de vuestras manos; pero no habia comprendido que vos fueseis la obra de las mías. ¡Oh Dios crucificado! ¡Oh Jesús moribundo! ¡Oh Hijo de Dios oprimido de dolores y de sufrimientos! soy pues yo quien os ha clavado en la cruz, escupido en el rostro, azotado y cargado de golpes. Vos sois, pues, el objeto de mi crueldad y la obra de mis manos parricidas y bárbaras.

Pecadores, cualesquiera que seais, pensad en esto. No basta escu-

char estas grandes verdades, es necesario aprovecharse de ellas: saquemos, pues, algún fruto de este discurso, y acabemos con aquellas palabras que S. Pedro dijo á los judíos, cuando les predicó algún tiempo después de la muerte de Jesucristo: *Viri israelitæ, audite verba hæc* (Act. II, 22). Hijos de Israel, escuchadme. Vosotros habeis oído hablar de Jesús de Nazareth, que ha hecho tantos milagros entre vosotros, y el que por la santidad de su vida y por la grandeza de sus prodigios ha hecho ver que era aprobado de Dios. Sabeis que ha sido muerto y clavado en una cruz. Pues sois vosotros mismos los que le habeis clavado: son vuestras manos, y las de los malos las que le hicieron morir. Pero, sepa todo Israel, que crucificando á este Jesús habeis crucificado al Mesías, nuestro Señor y nuestro Maestro: *Certissime ergo sciat omnis domus Israel, quia, et Dominum eum, et Christum fecit, Deus, hunc Jesum quem vos crucifixatis*. No bien S. Pedro acabó de decir estas palabras cuando el dolor les penetró el corazón, y mirándose los unos á los otros exclamaron: ¿Qué haremos nosotros después de haber cometido un tan grande delito? Haced penitencia, les respondió el apóstol, ved aquí el remedio que os resta.

¿Qué dichoso sería yo, mis amados hermanos, si lo que acabo de decir os del pecado mortal hiciera sobre vosotros la misma impresion! A excepcion de los niños, acaso no hay ninguno en este auditorio, que no haya crucificado repetidas veces á Jesucristo. Sí, vosotros le habeis hecho morir, maldicientes, por la espada de vuestra lengua. Vosotros le habeis hecho morir, licenciosos é impúdicos, por la satisfaccion de vuestras torpes pasiones, etc. ¿Qué hareis para expiar un tal delito? *Quid faciemus?* Id á preguntarlo á la muerte. ¡Oh muerte! Yo he crucificado á Jesucristo mi Salvador, ¿qué es necesario que haga? Id á preguntarlo al juicio de Dios. ¡Oh juicio de Dios, en donde debo yo comparecer bien presto! ¿qué es preciso que haga yo? Id á consultar al infierno. ¡Oh infierno! ¿cuántos hay en tus abismos que pecaron ménos que yo! ¿qué debo yo hacer? Id á consultar á la eternidad; consultad á la venganza divina; preguntad á la Escritura y á los Padres. No oiréis otra respuesta que la de S. Pedro: *penitentiam agite*: haced penitencia, llorad vuestros pecados, no perdonéis ni á ayunos, ni á mortificaciones, ni á limosnas: pasad una parte de la noche en oraciones; instad con lágrimas y gemidos al Salvador, que os lave de nuevo por la virtud de su sangre, á fin de que después de haber recibido el perdón de vuestros pecados en esta vida, merezcáis recibir en la otra la recompensa prometida á los penitentes. Amen.

## PECADO HABITUAL.

*Erui autem quidam homo tibi, triplata, et octo annos habens in infirmitate sua.*  
Allí estaba un hombre, que treinta y ocho años hacía que se hallaba enfermo.

[JOAN. V, 5.]

Ese enfermo representa muy bien al pecador empedernido, que envejece en su enfermedad y en su corrupcion; es la dolencia más peligrosa de los cristianos, y por consiguiente necesita tratarse con sumo cuidado. Para tratar pues una enfermedad es preciso primeramente saber sus principios y su índole; en seguida es preciso observar y descubrir sus resultados; y en fin, es preciso elegir los remedios más convenientes.

En este discurso examinaremos la índole del pecado habitual y sus fatales resultas, é indicaremos los remedios que han de emplearse para abandonarlo y perseverar en la gracia de Dios. A. M.

1. Propiedad es del pecado imprimir una mancha en el alma, desfigurar toda su hermosura, y borrar la imagen del Criador, que se ha representado él mismo en ella. Un pecado repetido, además de esa mancha, produce tambien en el alma una propension y una fuerte inclinacion al mal, pues entrando en el fondo de ella, destruye todas sus buenas inclinaciones y la arrastra con su propio peso á los objetos de la tierra. La Escritura se vale de tres comparaciones poderosas para expresar el peligro de esa enfermedad: *Induit maledictionem sicut vestimentum, et introiit sicut aqua in interiora ejus, et sicut oleum in ossibus ejus* (PSALM. cxviii, 18). La maldicion está en el pecador por hábito, como el vestido, porque llena todo su exterior, todas sus acciones y palabras; su lengua no hace más que mentir; ella entra como el agua en su interior y corrompe sus pensamientos, de modo que solo quedan los de su ambicion; y en fin, penetra como el aceite en sus huesos, esto es, en lo que sostiene su alma y la dá solidez. Ese pecador sofoca todos los sentimientos de la fe, porque, en fin, todo se desvanece en el fuerte apego que tiene al pe-

char estas grandes verdades, es necesario aprovecharse de ellas: saquemos, pues, algún fruto de este discurso, y acabemos con aquellas palabras que S. Pedro dijo á los judíos, cuando les predicó algún tiempo después de la muerte de Jesucristo: *Viri israelitæ, audite verba hæc* (Act. II, 22). Hijos de Israel, escuchadme. Vosotros habeis oído hablar de Jesús de Nazareth, que ha hecho tantos milagros entre vosotros, y el que por la santidad de su vida y por la grandeza de sus prodigios ha hecho ver que era aprobado de Dios. Sabeis que ha sido muerto y clavado en una cruz. Pues sois vosotros mismos los que le habeis clavado: son vuestras manos, y las de los malos las que le hicieron morir. Pero, sepa todo Israel, que crucificando á este Jesús habeis crucificado al Mesías, nuestro Señor y nuestro Maestro: *Certissime ergo sciat omnis domus Israel, quia, et Dominum eum, et Christum fecit, Deus, hunc Jesum, quem vos crucifixistis*. No bien S. Pedro acabó de decir estas palabras cuando el dolor les penetró el corazón, y mirándose los unos á los otros exclamaron: ¿Qué haremos/nosotros después de haber cometido un tan grande delito? Haced penitencia, les respondió el apóstol, ved aquí el remedio que os resta.

¿Qué dichoso sería yo, mis amados hermanos, si lo que acabo de decir del pecado mortal hiciera sobre vosotros la misma impresión! A excepción de los niños, acaso no hay ninguno en este auditorio, que no haya crucificado repetidas veces á Jesucristo. Sí, vosotros le habeis hecho morir, maldicientes, por la espada de vuestra lengua. Vosotros le habeis hecho morir, licenciosos é impúdicos, por la satisfaccion de vuestras torpes pasiones, etc. ¿Qué hareis para expiar un tal delito? *Quid faciemus?* Id á preguntarlo á la muerte. ¡Oh muerte! Yo he crucificado á Jesucristo mi Salvador, ¿qué es necesario que haga? Id á preguntarlo al juicio de Dios. ¡Oh juicio de Dios, en donde debo yo comparecer bien presto! ¿qué es preciso que haga yo? Id á consultar al infierno. ¡Oh infierno! ¿cuántos hay en tus abismos que pecaron ménos que yo! ¿qué debo yo hacer? Id á consultar á la eternidad; consultad á la venganza divina; preguntad á la Escritura y á los Padres. No oiréis otra respuesta que la de S. Pedro: *penitentiam agite*: haced penitencia, llorad vuestros pecados, no perdonéis ni á ayunos, ni á mortificaciones, ni á limosnas: pasad una parte de la noche en oraciones; instad con lágrimas y gemidos al Salvador, que os lave de nuevo por la virtud de su sangre, á fin de que después de haber recibido el perdón de vuestros pecados en esta vida, merezcáis recibir en la otra la recompensa prometida á los penitentes. Amen.

## PECADO HABITUAL.

*Erant autem quidam homo tibi, tripliciter et octo annos habens in infirmitate sua.*  
Allí estaba un hombre, que treinta y ocho años hacía que se hallaba enfermo.

[JOAN. V, 5.]

Ese enfermo representa muy bien al pecador empedernido, que envejece en su enfermedad y en su corrupcion; es la dolencia más peligrosa de los cristianos, y por consiguiente necesita tratarse con sumo cuidado. Para tratar pues una enfermedad es preciso primeramente saber sus principios y su índole; en seguida es preciso observar y descubrir sus resultados; y en fin, es preciso elegir los remedios más convenientes.

En este discurso examinaremos la índole del pecado habitual y sus fatales resultas, é indicaremos los remedios que han de emplearse para abandonarlo y perseverar en la gracia de Dios. A. M.

1. Propiedad es del pecado imprimir una mancha en el alma, desfigurar toda su hermosura, y borrar la imagen del Criador, que se ha representado él mismo en ella. Un pecado repetido, además de esa mancha, produce tambien en el alma una propension y una fuerte inclinacion al mal, pues entrando en el fondo de ella, destruye todas sus buenas inclinaciones y la arrastra con su propio peso á los objetos de la tierra. La Escritura se vale de tres comparaciones poderosas para expresar el peligro de esa enfermedad: *Induit maledictionem sicut vestimentum, et introiit sicut aqua in interiora ejus, et sicut oleum in ossibus ejus* (PSALM. cxviii, 18). La maldicion está en el pecador por hábito, como el vestido, porque llena todo su exterior, todas sus acciones y palabras; su lengua no hace más que mentir; ella entra como el agua en su interior y corrompe sus pensamientos, de modo que solo quedan los de su ambicion; y en fin, penetra como el aceite en sus huesos, esto es, en lo que sostiene su alma y la dá solidez. Ese pecador sofoca todos los sentimientos de la fe, porque, en fin, todo se desvaneca en el fuerte apego que tiene al pe-

cado; mata la esperanza, porque todo su espíritu está en la tierra; ahoga la caridad, porque el amor de Dios no puede concordar con el amor á las criaturas; ó bien, el vestido indica la tiranía, el agua la impetuosidad, y el aceite una mancha que se extiende por todo y que casi nunca se borra. El pecado habitual es pues una enfermedad grave; para conocer si la padecemos, es preciso sentar tres cosas, pero sin lisonjearse.

Primera: ¿hacéis el mal con placer? Todo placer es una conformidad con alguna naturaleza, y ciertamente el pecado no tiene de suyo tal conformidad con vuestra naturaleza; es preciso pues que la repelición del pecado haya formado en vosotros otra naturaleza, la cual es la costumbre. Luego, quien peca con frecuencia y con placer, peca habitualmente y es un pecador endurecido. Segunda: ¿pecáis sin remordimiento de conciencia? El remordimiento es una consecuencia de la reflexión; luego, pecar con frecuencia y sin reflexión, es la señal de la grande inclinación que se tiene á ello, y á ello estamos acostumbrados. Ejemplo: David cometió dos grandes crímenes; el uno el censo de su pueblo; en éste no pecaba por hábito, pues no lo cometió mas que una vez. Por eso incontinenti le remordió la conciencia: *Percussit cor David eum* (II RE. XXIV, 10); ved ahí el remordimiento. Pero en su adulterio, que duró un año, su corazón ya no lo siente; por el contrario, el adulterio le lleva al homicidio, y á quitar el honor á Urias, pues mandando á Joab que le haga dar muerte, le induce á pensar que le había merecido. Así es, dijo él en este estado, que la luz de sus ojos le había abandonado: *Lumen oculorum meorum, et ipsum non est mecum* (PSALM. XXXVII, 11). No dijo que sus ojos le hubiesen abandonado, pues le quedaba el conocimiento; sino la luz de sus ojos. ¿Qué luz es la de los ojos del conocimiento? La reflexión que lo ilumina y guía, que descubre y guía el resto del hombre. No reflexionaba pues sobre su pecado, y por consiguiente no había remordimiento, el cual nace de la reflexión; luego, pecar sin remordimiento es una señal del pecado habitual. Tercera: ¿pecáis sin resistencia? Pecar sin resistencia es una señal de que está abatida la fuerza del alma, lo cual es consecuencia de la costumbre: *Dereliquit me virtus mea* (PSALM. XXXVII, 11). Háme abandonado mi fuerza, dice David al describir su endurecimiento.

Cuando se comete dos veces un mismo pecado, el segundo es siempre mayor que el primero, á causa de que el pecado aumenta en razón á la magnitud de la materia en que se peca, ó en razón á la fuerza con que se comete el pecado. El segundo pecado es mayor que el primero en razón á la materia. El que ha robado á un parti-

cular, en dos días robará al príncipe si se presenta la ocasión. Con los menores pecados se camina á los mayores. Habiendo Acab dado muerte á uno de sus súbditos para apoderarse de sus bienes, el profeta lo dijo de parte de Dios: Has robado y matado, y harás peor todavía: *Et post hæc addes* (III RE. XXI, 40). Hay más: la primera vez pecáis con menos inclinación y apego; pero la segunda, éstos aumentan, y por lo tanto, amais más vuestro crimen, lo cometeis con más fuerza; vuestro pecado es pues mayor: como el amor de Dios aumenta por las acciones virtuosas, así el amor á las criaturas aumenta tambien por las acciones viciosas. Resulta pues, que en vez de justificarnos diciendo: *peco por costumbre*, os acusais más.

La costumbre, se dice, quita la reflexión; se tiene menos auxilio. Y además, origina una inclinación poderosa que disminuye lo voluntario. Dos cosas opongo á esas dos razones. En primer lugar, la falta de auxilio no justifica nunca, cuando es un castigo de nuestra falta, y cuando nos lo quitamos voluntariamente á nosotros mismos. Advertétese á un capitán: Cuidado; los enemigos os sorprenderán de noche; para impedirselo, encended antorchas por toda la ciudad. El capitán, en vez de seguir ese consejo, manda apagar todas las antorchas y es sorprendido en la oscuridad. ¿Será racional su excusa, si dice: Me han sorprendido en la oscuridad? No por cierto, pues se le advirtió que no se fiase de la oscuridad. A la segunda objecion respondo, que hay dos clases de inclinaciones: la una es la inclinación de una voluntad prevista; la otra es la inclinación de una voluntad persuadida. La primera es la de la sorpresa, y disminuye el pecado; pero la otra no lo disminuye, porque la inclinacion es mayor, la aplicacion más fuerte, y la victoria de la carne y del pecado más plena y completa. Hemos visto la índole y las consecuencias del pecado habitual; veamos ahora sus remedios.

2. *Deus impossibilia non jubet; sed jubendo admonet, et facere quod possit, et petere quod non possit* (S. AUGUST. DE NAT. ET GRAT. XLV). En esas palabras nos indica S. Agustin los dos remedios del pecado: *la huida y la oracion*. Quiero creer que en presencia del objeto y en una ocasión apremiante no podeis resistir; pero á lo ménos podeis evitar la ocasión: *Facere quod possit*. En cuanto á lo que no podeis, ¿qué habeis de hacer? Podéis desde luego á Dios que venza en vosotros con su gracia el pecado, que hace tanto tiempo que os domina: *Petere quod non possit*; pedid con encarecimiento: *Petite*; y si desecha vuestras peticiones, *Quarrite*, buscad los medios de calmarle; emplead á los justos, á los bienaventurados, al mismo Jesús: *Pulsate*, apelad á su justicia y decidle: ¡Ah! justicia de mi

Dios, tú no castigas nuestras faltas con rigor en este mundo! Apela á su sabiduría y decide! ¡Ah! sabiduría de mi Dios, tú sabes tantos medios de vencer mi vicio! Llamad á Dios desde el fondo del alma, y Dios escuchará por fin vuestra oración. Con la oración regada de lágrimas se reconciliaron con Dios los pecadores del antiguo Testamento. Pero Dios no es ménos severo y riguroso; el pecado no es ménos horrible, que entonces, ni el infierno ménos espantoso; hay que seguir la misma senda. Lloremos pues diciendo con David: *Pecatum meum contra me est semper* (PSALM. L, 5). *Laboravi in genitru meo, lacrima per singulas noctes lectum meum lacrymis meis stratum meum rigabo* (PSALM. VI, 7). Gimamos con el corazón desgarrado de dolor á fin de que el Señor no nos arroje de su presencia: *Cor contritum et humiliatum Deus non despicies* (PSALM. L, 19). Demandémosle que nos dé un corazón nuevo, libre de la vergonzosa servidumbre del pecado: *Cor mundum crea in me Deus*.

Véase: HÁBITO MALO, PECADO. (Reincidencia en el) véase: REINCIDENCIA.

## PECADO VENIAL.

*Quis ex vobis arguet me de peccato?*  
 \*¿Quién de vosotros me convencerá de pecado?  
 (JOAN. VIII, 46.)

Solo el Salvador del mundo, hermanos míos, puede dirigir á sus enemigos ese solemne reto. Sus dogmas, su moral, sus milagros, su vida y sus ejemplos, todo era santo. Sus detractores no podían censurarle por la más ligera debilidad. Autor de toda santidad, pudo decir sin crimen y sin orgullo estas palabras, sencilla confesión de su atributo más esencial: *¿Quién de vosotros me convencerá de pecado? Quis ex vobis arguet me de peccato?*

Esas palabras, carísimos hermanos, serían en nuestros labios una mentira. Concebidos en la iniquidad, sujetos á mil flaquezas, encor-

vados bajo el imperio de una triple concupiscencia, somos esencialmente pecadores. Lejos pues de nosotros la extraña pretension de creernos justos y sin pecado; pues si conocemos nuestro corazón, no debemos ver en él más que miserias, y hemos de exclamar con san Pablo: Desgraciado de mí! ¿quién me libertará de este cuerpo de muerte? *Infelix ego homo, quis me liberabit corpore mortis hujus* (ROM. VII, 24)? Sin embargo, hermanos míos, atrevéme á decir que en cierto tiempo se os pueden, se os deben aplicar las palabras de nuestro Salvador, porque todos tenéis la obligación de realizar lo que encierran; es preciso que procuréis ser perfectos como vuestro Padre celestial: *Estote perfecti sicut Pater vester celestis perfectus est*. Es menester pues que vuestra justicia sea bastante grande, vuestra unión á Dios bastante íntima, y vuestra renuncia al pecado bastante completa para que de cada uno de vosotros pueda decirse: Ha roto los lazos de sus malos hábitos, y nadie ahora puede convencerle de haber conservado en su corazón el menor apego al pecado.

¿Comprendeis, amados hermanos, todo mi pensamiento? No digo solamente que debéis renunciar á los hábitos criminales que han destruido y aniquilado en vosotros el imperio de la gracia; yo voy más lejos, y exijo que renunciéis aun al pecado venial. No hablo de esos pecados veniales de pura fragilidad que es tan fácil cometer y que se borran casi al momento de cometerse. El justo mismo, según juzga el Espíritu Santo, no está exento de semejantes miserias. Yo quiero hablar de aquellas faltas que una vida tibia y floja os hace cometer con deliberación; de aquellas faltas hijas del hábito, al cual tenéis apego; hábito que os gusta y al cual tal vez nunca habéis pensado en renunciar enteramente. Y entre las muchas pruebas que apoyan mi proposición, solo me atengo á una, y es, que sin renunciar al pecado venial, considerado desde el punto de vista que acabo de indicar, vuestra conversión no pudiera inspiraros entera y perfecta confianza, porque sería de tener que vuestra justicia presente no fuese más que ilusión y mentira, y porque sería moralmente imposible que fuese duradera. Estas dos reflexiones darán materia á este discurso. Pidamos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Digo en primer lugar, hermanos míos, que sin renunciar á toda afección, á todo apego al pecado venial, vuestra justicia presente no puede inspiraros entera y perfecta confianza.

Bastante sabéis lo que es la justicia: es la inocencia primera conservada desde el bautismo que la ha producido, ó bien recobrada en virtud de la penitencia. Solo hablo de esta última, pues la inocencia

bantismal conservada toda la vida es una rara excepcion y sería sobradamente temeridad atribuirnosla. ¿Qué es pues la justicia recobrada en virtud de la penitencia? Es el fruto de la conversion sincera, es un cambio completo y absoluto que, operándose en el alma, la transforma y la hace pasar del pecado á la gracia. La justicia solo se recobra con estos dos actos esenciales: la penitencia, la renuncia entera y completa de todas las prevaricaciones que se han cometido, la conversion á Dios, de quien es habia apartado este pecado. Esto sentado, voy á mostraros y espero haceros comprender que, sin renunciar á todo apego al pecado venial, vuestra justicia presente no puede inspiraros una completa renuncia, sin la cual, segun el juicio de Dios, nadie recobra la justicia.

La primera condicion de una conversion sincera y única capaz de justificar, es renunciar entera y perfectamente á los hábitos criminales que el pecador ha contraido. Es menester, dice San Pablo, que la renuncia al pecado sea tan entera, tan perfecta, que produzca en el alma una verdadera transformacion; es menester que el pecador destruya en sí al hombre del mal, *deponens ceterum hominem*; que se revista del hombre nuevo, creado segun Dios en la justicia y la verdad, *et induit novum hominem, qui secundum Deum creatus est in justitia et sanctitate veritatis* (Cen. iv, 22 et 24). Es preciso pues por primera condicion de la conversion, renunciar entera y perfectamente al pecado.

Aprestome á confesar, carísimos hermanos, que esas palabras de la Sagrada Escritura y otras muchas semejantes, tomadas en su sentido riguroso, no se aplican sino al pecado mortal, pues trátase para el pecador de convertirse á Dios; pero si solo la renuncia al pecado mortal es rigurosamente necesaria, me atrevo á decir, que si no añadís la renuncia á todo apego, á toda afecion al pecado venial, vuestra justicia ya no podrá inspiraros entera confianza, porque desde entonces, y por eso mismo, debéis temer no haber renunciado bastante sinceramente al pecado mortal. La renuncia al pecado mortal implica y supone el doble sentimiento igualmente necesario, primero del odio y del aborrecimiento de este pecado, y en seguida de la voluntad sincera de no cometerlo más, pues no se renuncia á un acto sino cuando se le reconoce malo y perjudicial, y por otra parte, la renuncia á este acto no es sincera sino cuando excluye la voluntad de volver á cometerlo. Y parece muy difícil conciliar con el odio, con el aborrecimiento del pecado mortal, con la voluntad bien determinada de no volver á cometerlo, esa afecion, ese apego que tantos cristianos que se creen verdaderamente convertidos, sue-

len conservar por faltas que ellos llaman leves y que cometen en toda ocasion, voluntariamente, con deliberado propósito y sin escrúpulo.

Yo procedo con orden, y pregunto primero: ¿si no es muy difícil conciliar con el aborrecimiento del pecado mortal la afecion á las faltas veniales? Ya se, amados hermanos, y no me cansaria de repetirlo, que entre el pecado mortal y el pecado venial hay una diferencia inmensa. Las faltas veniales, cualquiera que sea su número, nunca podrán llegar por sí mismas al punto fatal que hace enemigo de Dios y destruye enteramente la gracia; pero estoy lejos por eso solo de considerarlas como un mal insignificante, y de pensar que se puede no hacer ningun caso de ellas. Entre los pecados mortales y los veniales, hay y habrá siempre una conexion que no me permite admitir á un tiempo el odio á los unos y el amor á los otros. El pecado venial es, respecto del pecado mortal, lo que la enfermedad es respecto á la muerte. Sin duda, la muerte es más terrible, pero la enfermedad es siempre de temer, pues aunque sus efectos sean menos funestos que los de la muerte, las enfermedades los preparan y á ellos conducen. Y ved ahí, hermanos míos, lo que no permite comprender la conducta de tantos cristianos, tal vez la vuestra en particular. Yo os oigo decir que aborrecéis el pecado mortal, que os ha hecho enemigos de Dios y separado de él; y sin embargo, conservais esos hábitos que no dejan de ser reprehensibles. Cometéis con trista facilidad una multitud de faltas, veniales sin duda, pero siempre voluntariamente y con deliberado propósito. ¡Ah! ¿no veis que esas faltas leves cuyo hábito conservais, y esos pecados mortales cuyo recuerdo aborrecéis, tienen entre sí una relacion espantosa? Y ¿cómo detestando los unos conservais afecion á las otras? ¡Ah! no obra así un alma verdaderamente convertida...

Vosotros teneis, segun decís, la voluntad de no pecar mortalmente, y la creéis muy firme, muy sincera; pero ¿quién es ha dicho que los hábitos que os gustan y que no queréis romper, permanecerán siempre en los límites que tenéis la voluntad de no traspasar? Esas murmuraciones que llamáis ligeras, que tan fácilmente cometéis, que son la materia ordinaria, por no decir única, de vuestras conversaciones; esa vida no mortificada y sensual; ese afan por proporcionar á vuestros sentidos todo lo que les halaga y alejar de ellos todo lo que les desagrada; esa inutilidad de todos los instantes; esa ociosidad á que dais el nombre de ratos de esparcimiento, ¿no constituirán nunca un pecado grave? ¿Quién se atreveria á asegurarlos? Y en la duda, ¿cómo conservar un grave apego y decir aún, que se tiene la voluntad

firme y sincera de no pecar más? ¡No! cuando se quiere sinceramente evitar el pecado, se evita todo lo que á él puede conducir.

He añadido que, sin la renuncia de toda afección, á todo apego al pecado venial, vuestra conversión á Dios no puede inspiraros entera seguridad. El segundo efecto de la penitencia es, que despues de apartar al hombre del pecado, le acerca á Dios, de quien se habia alejado. ¿Cómo se opera esa conversión á Dios? Para comprenderlo, os suplico que recordéis de que manera os alejais de él con el pecado: vosotros descanastéis sus derechos á vuestra obediencia, á vuestra sumisión, á vuestro reconocimiento y amor; fuisteis á la vez, rebeldes é ingratos. Es menester pues, que vuestra conversión á Dios restablezca entre él y vosotros las relaciones de sumisión y obediencia, de gratitud y amor que violasteis. Por consiguiente, sostengo y espero hacer os comprender, que mientras no hayais renunciado formalmente á toda afección, á todo apego al pecado venial, debéis temer que vuestra conversión no haya restablecido entre vosotros y él las relaciones de sumisión y obediencia, de gratitud y amor. y por lo tanto, que vuestra penitencia ó conversión no os haya realmente justificado.

En efecto, examinad un momento vuestro corazón, y decidme lo que es una conversión de obediencia y amor que no excluye la voluntad de pecar venialmente. Es prometer á Dios que sólo le concederéis lo que no podeis negarle sin crimen; es estudiar su ley á fin de saber hasta que punto os está permitido infringirla sin incurrir en sus eternos castigos. ¿Y con tales sentimientos podriais creer en la sinceridad de vuestra obediencia y amor! Pues ¿qué idea os formaríais de Dios si pensaseis que tal obediencia y tal amor fuesen verdaderamente capaces de agradarle y honrarle? Esa es la obediencia del esclavo, y ya sabéis que Dios no quiere una obediencia servil, que él condena y desecha; necesitase una obediencia filial que no examine si la ley que le está impuesta es más ó ménos grave, si la sancion es más ó ménos rigurosa, que no vea más que una sola cosa, la autoridad de que emana, digna en todo y do quiera de obediencia y respeto.

Volver á Dios es más que volver á la obediencia, es darle el corazón; y el amor no puede imponer condiciones, no tiene más que un solo pensamiento, un solo deseo: abstenerse de cuanto pudiera ofender al objeto de sus afecciones. No hay pues ninguna exageracion en la primera proposicion. Repito, que si no renunciáis á toda afección, á todo apego al pecado venial, es de temer que vuestra justicia presente sea ilusion y mentira.

2. Todavía voy más lejos, y añado que vuestra conversión, vuestra justicia, no puede ser duradera.

La afección al pecado venial y la disposicion en que os supongo de cometerlo voluntariamente y en toda ocasion, os conducirá poco á poco, pero casi necesariamente, á una transgresion grave. Primeramente la considero con relacion á Dios: esa afección obligará á Dios á considerarnos con frialdad, á cerrar las fuentes abundantísimas de su gracia, y á permitir en fin que caigamos en la infidelidad. Ya sabéis, carísimos hermanos, lo que la fe nos enseña respecto de la gracia. Nadie puede sin ella elevarse al estado de la justicia cristiana; nadie, por más justo, por más santo que sea, puede sin un auxilio especial de esta gracia perseverar un solo dia, un solo instante en la inocencia, en la justicia. Si pues la gracia de Dios no crece á proporcion del número y fuerza de vuestros enemigos; si no aumenta á proporcion que tengais enemigos más numerosos que vencer, y obstáculos más difíciles que superar, perecereis infaliblemente. Yo pretendo que la afección que conservais hasta ahora á las faltas veniales obligará á Dios, si no renunciáis pronto á ellas, á cerrar las fuentes de su gracia y á privaros de sus socorros de predileccion, que son el fruto de la fidelidad. Los pecados veniales contristan su amor, le ofenden y le disponen á mirarnos con más frialdad y á alejarse de nosotros. La sagrada Escritura nos dice que Dios sigue en la distribucion de sus gracias y mercedes un orden lleno de justicia y equidad. Si es justo que el que utiliza una suma confiada á su administracion, sea recompensado en razon del uso que de ella ha sabido hacer, no lo es ménos que el que la entierra, que por negligencia ó pereza la deje improductiva y estéril, pierda su administracion. Si es justo que Dios premie el celo y el ardor del siervo fiel, no lo es ménos que la indiferencia y la flojedad sequen la fuente de sus bendiciones. Dios se cansa al fin de sufrir á un alma ingrata, que cree reconocer bastante los beneficios recibidos evitando hacerle graves ofensas, aunque por lo demás la dé poco cuidado cometer mil que, si bien leves, no dejan de ofenderle. Os contentais con rendir á Dios los deberes que no podéis negarle sin pecar mortalmente, y él no tardará en quitaros poco á poco sus gracias de eleccion y predileccion, que son el fruto de la fidelidad, y sin las cuales caeréis en faltas graves que hasta entónces habreis querido evitar.

¿Queréis la prueba de lo que sostengo? Mientras conservais esa afección al pecado venial, que cometeis voluntariamente y sin escrupulo en toda ocasion, resistís á la gracia de Dios que exige de vosotros una virtud más perfecta; esa gracia obra en vuestro corazón, os

habla, os insta, os cita y es constantemente rechazada, despreciada, desdenada. «¡Ah! dice S. Agustín, es un justo castigo que nos veamos privados del bien de que no quisimos servirnos cuando nos lo ofrecían.» «Yo he llamado, dice el Señor, y habéis sido sordos á mi voz: *Vocavi et renuistis* (Prov. 1. 24). ¿Qué más podía yo hacer por vosotros? Os prodigaba socorros, erais el objeto de mis más tiernos cuidados; tenía derecho á esperar un servicio constante, esfuerzos de celo, progresos señalados en el bien, en la perfeccion. No me he cansado, siempre he combatido vuestra indiferencia y flojedad. He derramado mil gracias, he aguardado más... y sin embargo, era hora de que el precio de mi sangre produjera algun fruto; pero nó, ha caído en tierra ingrata; debía producir obras de perfeccion, y solo ha producido obras de tibieza y de flojedad. Y ahora, despues de recibir en vano los mayores favores, esa alma va á ser objeto de los rigores de mi justicia. Ella parecia desdenar mi poder, cerraba el oido á mi voz; yo me alejaré de ella y la dejaré sola. Todo lo que por ella hacia era inútil; nó la prodigaré más cuidados. Solo hacia obras de tibieza y flojedad; yo permitiré que haga obras de muerte. Ved ahí el primer efecto inevitable de la afeccion al pecado venial.

Otra prueba tengo que exponeros. La experiencia de cada dia nos la dá, y por otra parte es tan evidente, tan palpable, qué á mi entender pudiera suplir á todos las demás. Considero la afeccion al pecado venial relativamente al hombre que la abriga, y digo que esa afeccion le conducirá poco á poco, pero necesariamente, á una transgresion grave. En efecto, ¿cuáles son, carísimos hermanos, las disposiciones en que se halla el hombre que abriga en su corazon la afeccion al pecado venial y la voluntad, si nó explicita á lo menos implícita, de cometerlo en toda ocasion, voluntariamente y sin escrúpulo? Escuchad: há de negar á sus pasiones todo lo que turbaria demasiado su conciencia; pero les há de conceder todo lo que costaría demasiado á sus virtudes. Se permitirá toda accion que nó llegue al crimen, y justificará toda infraccion que nó menoscabe en materia grave una obligacion estrecha. Y ¿qué sucederá? Querá precisamente y solo por eso en el escollo que quería evitar. Querá halagar sus pasiones, su vanidad y su amor propio; su molcice, su sensualidad; pero, hasta cierto punto, nó quería permitirles sino lo que creia poder conciliar con la ley de Dios. Yo digo, pues, que llegará á violar la ley de Dios en materia grave; lo hará poco á poco, pero casi necesariamente, casi inevitablemente; pues semejante conducta tendrá dos efectos; dará cada dia nuevas fuerzas á las pasiones; halagará, aumentará sus exigencias; y en igual, pero contraria proporcion, debilitará y parali-

zará la voluntad ya tan tímida de resistirles con valor, con energia, y vencerlas. ¿No es evidente que halagando vuestras pasiones, hasta cierto punto, en un limite dado, solo conseguís aumentar é irritar sus exigencias y apetitos? No; cediendo á ellas nó se calmarán ni satisfarán; lastiame os lo ha enseñado vuestra experiencia: la gota de agua, lejos de apagar la sed que os devora, la encruetece, la vuelve más activa.

Que si la afeccion al pecado venial dá cada dia nuevas fuerzas á la pasion que ella halaga, en contraria, en igual proporcion disminuye y debilita la voluntad de resistirles y combatirlas con valor. Y ved ahí, sobre todo, lo que hará moralmente imposible vuestra perseverancia en el bien, miéntras no hayáis renunciado á todo apego, á toda afeccion al pecado venial. Decidme: ¿será capaz de conteneros la gravedad de la ley? ¡Oh! cuando se tiene la costumbre de violarla en materia leve, pronto pierde el grado de autoridad que impone respeto. Por otra parte, difícil es á menudo, muy difícil, determinar el punto preciso en que su aplicacion es rigurosamente grave; y entónces, en la duda ¿qué hacéis? Os aturdis, os obcecáis, evitais el exámen, seguis el hábito que arrastra y emprendéis luego la senda del crimen.

Resumo este discurso, carísimos hermanos, en las palabras de San Pablo: *Hæc est voluntas Dei sanctificatio vestra*. Comprended, hermanos míos, que el plan de vida que os habíais trazado es una quimera; que es imposible pertenecer á Dios y á las pasiones propias; que miéntras no hayáis renunciado sincera y completamente á toda afeccion al pecado venial, siempre os quedarán dudas fundadas acerca de la realidad de vuestra justicia, de la sinceridad de vuestra empuñada, y especialmente acerca de la firmeza de vuestros propósitos. ¡Oh! convertios á Dios, servidle como quiere que le sirvan, y nó es el Dios de los tíbios, de los descuidados; nó ha de recompensar la tibieza y la flojedad, sino el valor y la energia. Amadle, y nó habréis fallas leves que os lo parezcan: todas os parecerán graves, porque todas serán mortales para vuestro corazon, si ofenden al que vuestro corazon ama. Entrad en el camino recto, abierto; camino de esfuerzos, pero que verdaderamente conduce al cielo; y tras algunos dias de lucha, habréis merecido el gran premio de felicidad y gloria que os desee. Así sea.

## DIVISIONES.

PECADO.—Hay que recordar lo que el pecado hizo padecer á Jesucristo.

Hay que tener presente lo que el pecado hace padecer á los que lo cometen.

Hay que meditar lo que el pecado hace padecer á los condenados.

**PECADO.**—Hay que temer al pecado por todo, porque no hay criatura que no sea capaz de hacernos pecar.

Hay que temer á los pecados hereditarios.

Hay que temer á los pecados de nuestra condicion.

**PECADO.**—Debemos temer á los pecados que no hemos cometido. Debemos temer á los pecados que nos son perdonados. Debemos temer á los pecados á los cuales hemos dado ocasion.

**PECADO.**—Es una desgracia humillante nacer en pecado. Es una desgracia terrible vivir en pecado. Es una desgracia irremediable morir en pecado.

**PECADORES.**—Deben fijar la atencion en las causas y en los remedios de su fragilidad.

Deben fijar la atencion en las causas y en los remedios de su obstinacion.

**PECADORES.**—Hay pecadores que deben de temer que su caida no sea semejante á la caida de los demonios.

Hay pecadores que deben considerar su caida como una ocasion feliz de su salvacion.

**PECADORES ENDURECIDOS.**—Son sordos al ruido de la justicia de Dios.

Son insensibles á las lágrimas de la Iglesia.

Son impudentes cuando los hombres les confunden.

**PECADORES INCORREGIBLES.**—Son las conquistas del demonio.

Son las victimas del demonio.

Son las imágenes del demonio.

**PECADORES SORDOS.**—Para curar á los pecadores cuando son sordos, es necesario que cierran los oidos á la voz del mundo y que los abran á la voz del Evangelio.

Para curar á los pecadores cuando son sordos, es necesario que

cierran los oidos á la voz de su amor propio y que los abran á la voz de su conciencia.

**PECADORES SORDOS Y MUDOS.**—Cuando los pecadores no escuchan más que á los aduladores, son sordos que tienen necesidad de que Jesucristo los cure.

Cuando los pecadores no hablan más que el lenguaje del mundo, son mudos que tienen necesidad de que Jesucristo los cure.

**PECADOS MORTALES.**—Son enfermedades violentas de nuestra alma que le dan la muerte luego que ella es infectada.

Estas enfermedades son tanto más peligrosas en cuanto nos dan una muerte invisible.

Estas enfermedades enteramente espirituales como son, nos quitan frecuentemente la vida del cuerpo dando muerte al alma.

**PECADOS MORTALES.**—No hay un solo pecado mortal que no debemos evitar aún á costa de nuestra vida.

No hay un solo pecado mortal que no manifieste que somos parricidas.

No hay un solo pecado mortal que no merezca todos los castigos del infierno.

**PECADOS VENIALES.**—Por ligeras que sean sus heridas, disminuyen las fuerzas de nuestra alma.

Por pequeñas que sean estas manchas, ellas oscurecen la belleza de nuestra alma.

Por perdonables que sean estas faltas, son castigadas con severidad.

**PECADOS VENIALES.**—Son faltas á las cuales es peligroso habituarse.

Son faltas que nos alientan á cometer otras mayores.

Son faltas que se descubran y que no dejan de dar ventajas á nuestro enemigo.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

*Appone iniquitatem super iniquitatem eorum; ut non incidos á pecados, y no acierten con*

trent in iustitiam tuam. Psalm. LXVIII, 28.

*Iniquitates suas capiunt impium, et sinitus peccatorum suorum constringitur.* Prov. v. 22.

*Vae genti peccatrici, populo gravi iniquitate.* Isai. i. 4.

*Vae qui trahitis iniquitatem in funiculis vanitatis, et quasi vineculum plaustrum peccatum!* Idem v. 18.

*Solve vincula caeli tui, captiva filia Sion.* Idem lxx. 2.

*Curabimus Babylonem, et non est sanata; derelinquamus eam.* Jerem. li. 9.

*Scito, et vide, quia malum et amarum est reliquias te Dominum Deum tuum, et non esse timorem mei apud te.* Idem. ii. 40.

*Peccatum peccavit Jerusalem, propterea instabilis facta est.* Idem. Thren. i. 8.

*Si autem tu annuntiaveris impio, et ille non fuerit conversus ad impietatem suam, ipse quidem in iniquitate sua morietur, tu autem animam tuam liberasti.* Ezech. ix. 19.

*Propter peccata nostra, et iniquitates patrum nostrorum, Jerusalem et populus tuus in opprobrium sunt omnibus per circuitum nostrum.* Dan. ix. 16.

*Arastis impietatem, iniquitatem metuistis, comedistis frugem mendacii.* Oseu x. 15.

*Discedite à me, qui operamini iniquitatem.* Matth. vii. 25.

tu justicia.

El impio será presa de sus mismas iniquidades, y quedará enredado en los lazos de su pecado.

¡Ay de la nación pecadora, del pueblo apesgado de iniquidades!

¡Ay de vosotros que arrastráis la iniquidad con las cuerdas de la vanidad, y al pecado á manera de carro del cual tiráis como bestias!

¡Sacude de tu cuello el yugo, oh esclava hija de Sion.

Hemos medicinado á Babilonia, y no la curado; abandonémosla pues.

Reconoce pues y advierte ahora cuán mala y amarga cosa es el haber tú abandonado al Señor Dios tuyo, y el no haberme temido á mí.

Enorme pecado fué el de Jerusalem; por eso ha quedado ella desnagando sin estabilidad.

Pero si tú has apercibido al impio, y él no se ha convertido de su impiedad; él ciertamente morirá en su maldad; mas tú has salvado tu alma.

Por causa de nuestros pecados, y por las maldades de nuestros padres, Jerusalem y el pueblo tuyo son el escarnio de todos los que están al rededor nuestro.

Arastéis para sembrar impiedad, y habeis segado iniquidad, y comido un fruto mentiroso.

Apartaos de mí, operarios de la maldad.

*Quoniam abundavit iniquitas, refrigescet charitas multorum.* Idem, xxiv. 12.

*In peccato vestro moriemini.* Joann. viii. 21.

*Amen dico vobis: quia omnis qui facit peccatum, servus est peccati.* Idem, ibid. 54.

*Peccatum in hunc mundum intravit, et per peccatum mors.* Rom. v. 12.

*State, et nolite iterum jugo servitutis contineri.* Galat. v. 1.

*Non regnet peccatum in vestro mortali corpore, ut obedientie concupiscentiis ejus.* Rom. vi. 12.

Por la inundacion de los vicios se resfriará la caridad de muchos.

Vendreis á morir en vuestro pecado.

En verdad os digo: que todo aquel que comete pecado, es esclavo del pecado.

Entró el pecado en este mundo, y por el pecado la muerte.

Manteneos firmes, y no dejéis que os opriman de nuevo con el yugo de la servidumbre del pecado.

No reine el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que obedezcáis á sus concupiscentias.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Llenas están las Santas Escrituras de los varios castigos que Dios ha fulminado siempre contra el pecado y los que lo han cometido. Para nuestra enseñanza aduciremos solamente los siguientes ejemplos:

El castigo de los ángeles por un solo pecado de pensamiento, de los cuales dice San Pedro: *Si Deus angelis peccantibus non peccavit, sed rudentibus inferni detractis in tartarum tradidit cruciandos.* (II PETR. II, 4).

El castigo de Adán y de toda su posteridad: *Pulvis es, et in pulverem reverteris* (GEN. III, 19).

La maldiccion de Dios sobre Cain á causa de su pecado y obstinacion: *Nunc maledictus eris super terram* (GENES. IV, 2).

El diluvio universal enviado al mundo á causa del pecado: *Originali mundo non pepercit* (II PETR. II, 5).

El fuego bajado del cielo sobre Sodoma y Gomorra reduciendo á ceniza hasta las piedras por los infames pecados de sus habitantes (GENES XIX.)

El castigo del pueblo de Israel en el desierto por haber formado un becerro de oro y haberle adorado (EXOD. XXXII) por haber despreciado insolentemente el maná y apetecido los manjares de Egipto

(NUMER. XI): por haberse rebelado contra Moisés y Aaron: *Vestra cadauera jacebunt in solitudine: filii vestri erunt vagi in deserto annis quadraginta* (HEM. XIV): por haber fornicado con las Moabitas (HEM. XXV).

El horrendo y ejemplar castigo de Coré, Dathan y Abiron por haberse rebelado contra las órdenes de Dios (NUMER. XVI).

El de María hermana de Moisés (HEM. XII).

El de Moisés: *Non introduces populum... in terram quam dabo eis* (HEM. XX).

El de David (II REG. XII, 24).

El del género humano en la persona de Jesucristo: *Proprio Filio suo non peperit* (ROM. VII, 52).

El de Ananias y Safira (ACTOS. V).

El de los infelices pecadores destinados al infierno: *Discedite a me maledicti in ignem aeternum* (MATHE. XXV).

PASAJES Ó SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

*No desperetis acclerum magnitudinem, quia magna peccata magna debet misericordia.* S. Hieron. in Joel.

*Si dolemus et contristemur, peccati magnitudinem minimus, sepe etiam funditus ipsum delemus.* S. Chrysost. in Hom. ad popul. Antioch.

*Deus odit et amat; odit tua, amat te; odit quod fecisti, amat ipse quia fecit.* S. Aug. in Manual. cap. 29.

*Misericordia Dei prevenit impium, ut fiat justus; subsequitur justum, ne fiat impius; prevenit cecum, ut lumen quod non invenit donet; subsequitur videntem, ut lumen quod contulit seruet; prevenit*

Nunca os desesperéis por la enormidad de vuestros pecados, por cuanto hay una misericordia aún más grande que puede borralos.

Cuando nos arremus y saludablemente nos entristecemos, ya aminoramos la gravedad del pecado, y aún á veces se nos perdona enteramente.

Dios ama y aborrece; aborrece tus malas obras y ama tu persona; aborrece el mal que tú has hecho, pero te ama á tí que eres hechura suya.

La misericordia de Dios previene al impío para hacerle justo; sostiene al justo para que no peca; previene al obcecado para dispensarle la luz que no tenía; sostiene al avisado para que no se ofusque; previene al caído para

*elsum, ut surgat; subsequitur elevatum, ne cadat.* S. Fulgent. lib. 1 ad Man.

*Non debet in peccatore converso despici quidquid fuit, qui jam cepit esse quod non fuit.* S. Gregor. lib. 48 Moral. cap. 6.

*Qua fronte attollo oculos ad vultum Patris tam boni, tam malus filius? Exitus aquarum deducile oculi mei, operiat confusio faciem meam, deliciat in dolore vita mea, et anni mei in gemitibus.* Serm. 6 in Cant.

*Nemo dicat in corde suo: levia sunt ista, non curro corrigere; non est magnan, si in his maneam venialibus, minimisque peccatis. Hæc enim, dilectissimi, impunitentia, hæc blasphemia in Spiritum sanctum, hæc blasphemia irremissibilis.* Item Serm. 4 in Convers. S. Paul.

*Peccator ad seipsum male se habet, quoniam plus vult se esse malum quam bonum, diaboli servum quam Dei filium, in statu latronis quam in statu regis: qui in mortali est, in statu latronis est, infernali patibulo adjudicatus.* S. Thom. lib. 5 de erud. parvul. c. 5.

levantarle, le sostiene erigido para que no vuelva á caer.

No debemos despreciar al pecador convertido por lo que ha sido, toda vez que ha comenzado á ser lo que no era.

Con qué cara, siendo yo tan mal hijo, levantaré mis ojos para mirar á un Padre tan bueno! Deramada, ojos míos, arroyos de lágrimas, enbrase de confusión mi rostro, consúmase mi vida de puro dolor y mis años con tanto gemir.

Nadie diga interiormente: estas son faltas leves, no me paro en corregirlas; no es gran mal el vivir en estas faltas veniales. Esto sería, amados hermanos, una verdadera impunitencia, una blasfemia contra el Espíritu Santo, blasfemia irremisible.

El pecador no vive en paz consigo mismo por estimar en más el ser malo que el ser bueno, esclavo del demonio que hijo de Dios, ser criminal que ser príncipe; pues el que vive en pecado mortal es como un facineroso que está destinado al patibulo infernal.

PECADOR; véase: PACIENCIA DE DIOS EN TOLERAR EL PECADOR, y RECOMPENSAS.

PECADOS DE PALABRA; véase: LENGUA.

## PECADOR MOROSO.

*Multe viduae erant in diebus Eliae in Israel, quando clausum est caelum.*

Muchas viudas habia en Israel en tiempo de Elias, cuando el cielo estuvo sin llover.

(Luc. ix, 25.)

Vendrá también para vosotros, pecadores, un tiempo tan calamitoso, y tan escaso y avaro de toda celestial rociada, como lo hubo en Israel en tiempo de Elias, cuando habiendo cerrado el cielo de Samaria y llevádose consigo las llaves á un desconocido desierto, dejó que en más de tres años no cayese gota de agua sobre el estéril y desolado terreno; por manera que árido y triste todo el país, marchitas todas las plantas y secas todas las raíces, no se veían verdeguar los collados, ni apuntar un tallo de yerba ni de flor en los prados. Si me preguntáis cuál será este tiempo tan lastimoso, y á qué pecadores ha de afligir, os responderé que tal tiempo, á más tardar, es el de la muerte, y que tales pecadores son muchos de aquellos que aguardan con especialidad para convertirse el tiempo de la muerte. También se habla con vosotros y de vosotros, que resueltos por otra parte á convertirlos á Dios, haciendo una buena y general confesion, la indispensable mudanza de vida y una oportuna retirada del mundo, lo andáis siempre retardando y difiriendo de tiempo en tiempo y de edad en edad, de suerte que en la Navidad lo dejáis para la Pascua, y en la Pascua para la Navidad, ó en ambos tiempos para un jubileo, sin determinaros por último á ponerlo en ejecucion. Ahora sois demastado jóvenes y queréis disfrutar el buen tiempo y coronaros de rosas; ahora estais sobremanera distraidos y sería necesario recogerse; ahora es hallais sumamente ocupados y no tenéis tiempo para pensar en ello. Entre tanto vienen las Navidades, vuelven las Pascuas y se pasan los jubileos. Otros innumerables del mismo carácter que vosotros y que se hallaban en igual situacion, supieron aprovecharse de una ocasion favorable; pero ¿y vosotros? ¡Ah! vosotros aún no lo habeis hecho, ó no lo habeis hecho de veras, ó lo diferís todavía, hasta que en la inútil veleidad de convertirlos siempre, seáis

sorprendidos por la muerte sin haberlos convertido jamás. En esta suposicion, permítaseme hoy, hermanos míos, hablar de intento con estos pecadores, por lo ménos cuando haste para que conozcan su peligro y engaño. Pecadores morosos, á tres fatalísimos riesgos os exponéis retardando el convertirlos; en primer lugar, es incierto el tiempo de poderlo hacer; en segundo lugar, es incierta la gracia para hacerlo; y en tercer lugar, es certísima y cada vez mayor la dificultad para hacerlo. Estas son tres reflexiones, que, si os penetrais bien de ellas, os moverán sin duda á convertirlos prontamente. Pidamos esta gracia por la intercesion de la Virgen. A. M.

4. Sin perder tiempo voy inmediatamente á estrecharos, pecadores morosos, y á vosotros en primer lugar que confiais justamente en el tiempo, fundando en él vuestras esperanzas, frívolas á la verdad y caducas; esperanzas que se secarán como el heno, esperanzas que se marchitarán como la flor, esperanzas que se disiparán como el humo, esperanzas que desaparecerán como una niebla, como una sombra, como un vapor; puesto que niebla, sombra, vapor, humo, flor y heno se llama en las sagradas Escrituras el tiempo de vuestra vida en que las fundáis. Entre tantas imágenes me ofrece una bellísima el santo Job, que quiero ponerlos á la vista. Compara sus días á una nave que navega en alta mar: *Dies mei... pertransierunt quae navis* (Jon ix, 25 et 26). Impelida aquella de un favorable y propicio viento, surca las undosas llanuras, y despreciando aquellas olas que convirtiéndose en blanca espuma la azotan por los costados, navega á velas llenas y tendidas hácia el puerto por qué únicamente suspira; pero como no pocas veces sucede, hé aquí que de improvise cesa el viento, se pegan al palo las velas, se igualan las ondas formando á la manera de un cristallino baño, y el pesado leño, como si estuviese clavado, se detiene inmóvil por causa de la funestísima calma, en aquellas mismas aguas que ántes hendía con tanta velocidad. Viento inconstante y ligero es mi vida, dice en otro lugar el santo Job: *Ventus est vita mea* (Jon vii, 7). De semejante viento impelidos corremos, mis amados oyentes, ya por acá, ya por allá, entro mil aventuras, vicisitudes y peligros de naufragios, de corsarios, de escollos, de bajíos y de sirtes, el tempestuosísimo mar de la vida presente, pues mar es en efecto segun los santos Padres. Mientras que dura el viento, seguimos nosotros navegando y caminando. Mas cuántas veces sucede que de improvise calma y se echa? ¿Para cuántos en efecto cesó de soplar, apenas zarparon del puerto, quiero decir, apenas salieron del seno materno? ¿para cuántos, que aún habian caminado muy

poco en su navegación? ¿A cuántos también abandonó á lo mejor, cuando casi tocaban la ribera, esto es, cuando estaban para obtener los cargos á que aspiraban, para conseguir los empleos en que habían puesto la mira, ó para concluir los contratos que les traían tan manifiestas utilidades? Y ¿qué fundamento tenéis, pecadores morosos, para persuadirlos de que no ha de fallaros también, y aún de improviso, á vosotros.

La muerte por todas partes os aguarda. Aguardó á Isoset en su lecho, cuando gozaba del más dulce sueño, y le cortó á traición de un tajo la cabeza; aguardó á Acab, al salir del carro en que huía, y le traspasó el corazón con un dardo; aguardó á Aquimalech en el carro de su triunfo, si puede decirse así, y le rompió con una piedra los sesos; aguardó á la ventana adornada de todas sus galas á Jezabel, y la estreñó en una calca pública; aguardó en fin á todos los hijos é hijas de Job reunidos en un alegre convite, y los sepultó infelizmente en las ruinas de la casa.

Mas, si siempre y en todos los lugares te espera la muerte, tú, amado pecador mio, si eres prudente, la aguardarás en todas partes. ¿Qué cosa tan vana sería lisonjearos y seduciros por ventura á vosotros mismos con la robustez de las fuerzas, con una salud constante, con una edad florida, con un temperamento vigoroso! La muerte, así como no respeta la edad anciana, así tampoco teme la edad fuerte, ni cede á la edad florida. Para desvanecer, pecadores morosos, las necias esperanzas que fundáis en el tiempo que acaso os queda que vivir, creo no haya argumento más eficaz que las expresiones respectivas á este punto del mismo Dios, en quien está concederlos ó no tal tiempo de vida. Oid pues como se explica. «Los años de los malvados, se abreviarán. *Anni impiorum breviabuntur* (Prov. x, 27). «No te empees demasiado en lo malo, no sea que mueras en un tiempo que no será tuyo.» *Ne impie agas multum... ne moriaris in tempore non tuo* (Eccles. vii, 18). «Morirá el impío antes que se cumplan sus días, dice Job: *Antequam impleantur dies ejus, peribit* (Job xv, 32). En esta suposición, decidme vosotros, que ponéis vuestra confianza en el tiempo y en la vida; ¿hay cosa más incierta que este tiempo y esta vida en que la fundáis? ¿tiempo y vida, que, según la incontrastable autoridad del mismo Dios, se acortan por causa de los mismos pecados, cuya abominación remitís para otro tiempo?

Veid lo que sucedió á aquel Rico del Evangelio y á Baltasar en Babilonia. Pensaba aquél á solas una noche acerca de la abundancia de las cosechas con que se habían colmado sus trojes y rebosaban sus

bodegas, y decía entre sí mismo: *¡Oh dichoso de mí, que tengo para pasar muchísimos años, disfrutando una vida cómoda, reglada y alegre con festines, cenas y banquetes! Anima, habes multa bona posita in annos plurimos... comedet, bibet, epulare* (Luc. xii, 19). Mas hé aquí, que en el mismo instante oye una voz terrible como un rayo que le dice: *¡Oh necio y desventurado de tí! ¿qué años, qué años? Esta noche, esta noche misma todo finalizará para tí con el fin de tu vida.* El perverso Baltasar, conlado en las torres y murallas que rodeaban su Babilonia, y en la numerosa guarraición que velaba para su defensa, nada temía de todos los esfuerzos que pudiesen hacer los persas y medos para sujuarla. Así pues, se sentaba alegre y tranquilo á disfrutar una esplendidísima cena, sirviéndose para templar su intemperancia con una horrible profanación de aquellos mismos vasos que se habían empleado en el servicio del Señor y consagrado en el santo templo de Jerusalem; pero Dios le sorprendió, y en aquella misma noche fué muerto: *Eadem nocte interfectus est Baltasar rex* (DAN. v, 30). ¡Ah! ¿por qué, digo yo, hablando de éste en particular, por qué no había de precaverso? ¿por qué no había de temer? ¿No se lo había advertido Daniel, no le había leído la amenaza que estaba escrita, no le había descifrado las misteriosas palabras: *Mane, Thecel, Phares* (DAN. v, 25) estampadas prodigiosamente en la pared, y que le profetizaban su fatal y próxima muerte! Sin embargo, Baltasar aún la creía muy remota.

Vea acé tú ahora, pecador, que quiero ser tú Daniel; escuchárame. *Mane*: Dios ha contado los días de tu vida, y en uno más, en otro ménos, todos los ve rebosando de iniquidad, que cada día se aumenta, y por esto resuelve en fin cortar el curso de ellos. *Thecel*: Dios te ha pesado en su balanza, y no te ha encontrado con el justo peso, porque, infiel á tus promesas tantas veces repetidas; has reincidido siempre en tus execrables obscenidades; no te ha encontrado con el justo peso, porque no queriendo, á despecho de las divinas inspiraciones, dejar tal hábito culpable, quieres más bien no frecuentar los sacramentos que abandonarlo; no te ha encontrado con el justo peso, porque á pesar de las amonestaciones que te han hecho los colosos ministros del Señor, y á pesar hasta de las murmuraciones del pueblo, concurrees todavía á indignas reuniones de diversion y conservas tal costumbre vituperable; no te ha encontrado con el justo peso, porque aún habiendo sido rogado muchas veces, no has querido reconciliarte; porque no has extinguido aquel odio, no has restituído aquellos bienes, no has reformado tal abuso, no has quitado el escán-

dado. Por tanto, con la pérdida de la vida se te inflama también la pérdida del reino, de aquel reino eterno y bienaventurado que estaba destinado para tí: *Divisum est regnum tuum... Hoc est interpretatio sermonis* (DAN. v. 26 ET 28). Tal será, bien puedes esperar, hermano mío, tal será tu suerte, como lo ha sido de tantos otros, quizá conocidos tuyos; y tú, jóven, tú, hombre robusto, y tú, hombre lleno de grandes esperanzas, os vereis arrebatados de este mundo, y acaso sin sacramentos, por un violentísimo mal, ó muertos improvisamente de un furioso golpe, ó de otro modo imprevisto conducidos en breve á una inesperada muerte.

2. Pero, en hora buena que tengais todo el tiempo que podeis desear para hacer esta mudanza de vida que andais diluyendo; mas ¿teneis tambien del mismo modo pronta la gracia para hacerla? ¡Ah, oyentes míos! este es el punto más importante, sobre el que es necesario se os fije bien en la memoria esta verdad, á saber: que si nosotros, como dijo el Apóstol, no somos capaces por nosotros mismos sin la asistencia divina y los divinos auxilios de profirir saludablemente ni aun esta palabra, Jesús: *Nemo potest dicere, Dominus Jesus, nisi in Spiritu sancto* (I Cor. xii, 5), mucho ménos somos por nosotros mismos capaces, sin los mismos divinos auxilios y la misma gracia divina, de idear, y mucho ménos de emprender, y aún mucho ménos de perfeccionar y llevar á su conclusion la tan grande obra de la conversion de nuestros corazones y á nuestra voluntad á Dios. Sin embargo, quiero ahora suponer que nuestro benignísimo Señor os concede á vuestro arbitrio y en todo tiempo, como lo ha hecho hasta ahora, semejantes auxilios y semejante gracia para vuestra conversion; pero ¿de qué servirá esto? Si queréis saberlo, no lo preguntéis más que á vosotros mismos y á vuestra propia experiencia. Decidme, ¿cuántas veces á esta hora y cuánto tiempo há os hubierais convertido, si hubierais querido seguir los impulsos de tal gracia? Comenzó ella á tocaros en el corazon, sin tardar más en hacerlo de lo que vosotros tardasteis en cometer el primer pecado, y desde entonces os punzó y os inquietó con innumerables sacos, remordimientos y temores, continuando así hasta el presente; ¿y se ha visto todavía el deseado efecto? Traed á la memoria las innumerables circunstancias de indulgencias, de fiestas solemnes, de jubileos, de Pascuas, de extraordinarias rogativas, de públicas y privadas calamidades, de tribulaciones y de enfermedades: ¿cuántos incentivos sentisteis entonces, cuántas agitaciones, cuántos impulsos para arrojaros á los pies de un ministro de Dios, para desenredar los embrollos de vuestra conciencia, para aclarar vuestras dudas, para hacer una con-

fesion, para tomar cuentas á vuestra alma y para convertirlos! Negadlo, si podeis. Y ¿qué otra cosa eran más que voces de la gracia, la cual, ya de mas léjos, ya de más cerca, gritaba: hé aquí el tiempo, hé aquí la hora, convertíos? Pero vosotros en tantas ocasiones y con tantos estímulos para hacerlo, firmes siempre en la misma resolución: esperemos aún, retardémoslo un poco; ¿lo habeis hecho todavía? Se han pasado así meses, años, lustros, y vosotros, miserables, aún no habeis comenzado. Y ¿hasta cuándo querreis todavía diferirlo? ¿cuál será aquel momento tan feliz en que rompáis vuestras cadenas? ¿Cuánto tiempo tardareis todavía en romper vuestros lazos? ¡Oh! vosotros me respondeis, mañana, mañana, otro día. Mas si ha de ser otro día, replico yo, ¿por qué no hoy? ¿por qué no al presente? ¿por qué no en esta hora se ha de poner fin á vuestra tan vergonzosa vida?

¡Oh padre! ahora no siento bastante dispuesto mi corazon: si el Señor lo mueve en fin con alguna de aquellas gracias suyas. —Y ¿qué gracia es la que esperaréis? Pero cualquiera que ella sea, quisiera yo preguntaros, ¿si hay cosa más dudosa é incierta que la tal gracia? porque decidme, ¿en qué os fundais para esperarla? ¿Acaso en la justicia de Dios, porque Dios esté obligado á dárosela de justicia? Mas si de justicia se os debiese tal gracia, la gracia, como os dice san Pablo, no sería ya gracia. ¿Acaso en su misericordia? Pero esta ciertamente no le obliga á tanto. ¿A cuántos en efecto la ha negado hasta ahora, sin que haya cesado nunca de ser infinitamente misericordioso? ¿Acaso en su fidelidad? Mas ¿cómo y cuándo os la ha prometido? ¿Acaso en que ha dicho que *vendrá día, en el cual te invocareis, y se hará oído, te llamaremos, y se hará mudo, te buscaremos, y se ocultará de vosotros? Clamavit et non exaudivit* (JEREM. xii, 11). *Consurgent, et non invocient me* (Prov. i, 28). Con todo, yo no digo que os negará absolutamente tal gracia. ¿Quién puede saberlo? Dios es el dueño de ella y está en su mano dispensársela, siempre que sea de su agrado. Solamente pregunto, ¿qué seguridad tenéis de conseguirla? Pregunto, ¿en qué os fundais para esperarla? Pregunto, ¿qué disposiciones para recibirla, á lo ménos negativas, ponéis entre tanto por vuestra parte? ¿Serán por ventura disposiciones el haber abusado de tantas otras gracias, con las cuales os ha prevenido el Señor? ¿Será disposicion vuestra durísima pertinacia? ¿será disposicion vuestra tardanza? ¿ó será disposicion para recibirla, esta misma presunción de que confiados en su gracia, vais todavía diluyendo el convertirlos?

¡Oh infelices pecadores! ¿quién os deslumbra, quién os ciega, quién

os trastorna? ¿Dónde estás, Sanson? No hay hecho en la sagrada Escritura más notorio que éste; pero tampoco lo hay más instructivo para nuestro intento. ¿Qué causa puede señalarse más natural y verdadera de haberse Dios alejado de un hombre, tan maravilloso por su fortaleza, y de haberle abandonado, como la de haber él creído que, aunque se hubiera expuesto á mil riesgos, no le hubiera dejado jamás? Saldré como antes lo he hecho, anlabá neciamente diciendo entre sí, saldré como antes lo he hecho, y me sacudiré de ellos: *Egredietur sicut ante feci, et me excutiam* (Júnc. xvi, 20); como si quisiese decir: bien puedo, por complacer á mi Dálila, dejarme ligar con cuantos lazos guste; bien puedo sin temor consentir en ello; bien puedo tener confianza. Acaso piensa la astuta hácerme traición y quiere entregarme á los filisteos; pero ¿qué importa todo esto, con tal que se cumplan mis deseos? De todos modos yo tengo siempre en mis brazos la seguridad de escapar de cualquier peligro. ¿No he roto casi sin esfuerzo los fuertes cordetes con que estaba atado, y no he arrancado de sus quiebras y llevado sobre mis espaldas las puertas de una ciudad, aunque tan pesadas? De esta manera pensaba Sanson, hasta que habiéndole cortado la perversa Dálila los cabellos y ráidole la cabeza, fué á un mismo tiempo, sin que lo advirtiese, abandonado de sus fuerzas y de Dios: *Nesciens quod recessisset ab eo Dominus* (Júnc. xvi, 20). ¡Oh desdichado! vé ahora, prisionero débil y lúdbrio vil de tus enemigos, vé ahora á llorar tu necia presunción entre las dobles tinieblas de una oscura cárcel y de una dolorosa ceguedad! Saldré, pareceme oírte decir á ti también, pecador: yo quiero ciertamente poner freno á aquel mal hábito; pero no es necesario que se haga tan presto. Entre tanto Dios no me falta, y está siempre pronto para asistirme con su gracia. — ¿Está siempre pronto para asistirme con su gracia? ¿Y esa cuál? ¿Con aquella que se te da y con que se puede hacer todo lo que dices? Es verdad. ¿Con aquella que tú esperas y con que se hace? Es falso. Y porque le supones siempre pronto para asistirme con su gracia, no te das ninguna prisa á hacer bien uso de ella! Pues bien: ya Dios se ratira de tí, ya Dios se aleja, é imponiéndote aquel fatal castigo, con que tantas veces te amenaza por sus profetas, ya Dios te abandona; y ¡desdichado de tí, miserable, exclama él mismo por Oseas, si yo llego al extremo de abandonarte! *Ven... cum recessero ab eis* (OSEAS, ix, 12)! No esperan otra cosa tus enemigos para arrojarle sobre tí, para sorprenderte y aprisionarte, y como vencedores regocijarse con su presa y burlarse de tu perdición: *Deus dereliquit eum, persequimini, et comprehendite eum* (PSALM. lxx, 14).

3. Pero, amadísimos pecadores, si aún esperais esta gracia vigorosa que os escíte, si aún esperais una misericordia particular que os anime, héla aquí en este momento en que Dios, como bien lo oís vosotros, os llama con voz amorosa, os estimula con fuerte inspiración y os convida con ternura, diciéndoos al corazón: vuélvete á mí, y yo te recibiré: *Revertere ad me... et ego suscipiam te* (JEREM. iii, 4). ¿Por qué andas, pecador, extraviado todavía y lejos de mí? ¿De quién te ocultas? ¿de quién huyes? ¿Cómo, miserable y engañada paloma, dejas tu nido? ¿cómo, oveja descarriada, dejas tu fiel pastor? ¿cómo, hijo desamorado, dejas á tu amado padre? ¿cómo, alma pecadora, dejas á tu buen Dios? ¿Ah! ven acá, ¿qué temes? ¿qué yo acaso no pueda, ó no quiera olvidar tus delitos? Lo sé ya: sé, esposa infiel, todas tus deslealtades; pero quiero también perdonártelas. Mira que para acogerte de nuevo tengo todavía abierto este pecho, extendidos estos brazos y herido el corazón. Vuélve pues á este corazón y haz la prueba de si aún te ama. Vuélve, digo, y no quieras más hacerte sorda; vuélve y no quieras más ser obstinada; vuélve, que acaso el tiempo te faltará; vuélve, que acaso yo no te acogeré más. Hermanos, hermanas, si esta vez no correspondemos á sus llamamientos ¡mereceremos que vuelva á llamarnos?

En las dos espantosas incertidumbres que teneis, pecadores morosos, acerca del tiempo en que podreis convertir y de la gracia con que habeis de hacerlo, una sola cosa hay cierta diliriéndolo todavía, y es la mayor dificultad que, siempre que lo querais hacer, encontrareis infaliblemente en ello. Para explicaros esto con brevedad, echad una mirada al profeta Ezequiel en el acto de querer pasar no sé qué torrente que le cortaba su camino. Métese poco á poco el profeta en el torrente, y no sabiendo si era fácil ó difícil de vadear, camina primero con recelo y lentitud; pero habiendo observado que apenas le cubría el agua los pies, llegó á meterse hasta la cintura. Pero Ezequiel no retrocede; y haciendo intertemporismo de ánimo, se introduce más en el torrente, hasta que lo encuentra tan crecido é hinchado, que desconfía de poderlo romper y vadear: *Intumuerunt aqua profundi torrentis; qui non potest transvadari* (EZECH. lvi, 5). Vengamos á la aplicación. En un turbio y cenagoso torrente os metisteis vosotros, mis amados cristianos, cuando comenzasteis desde jovencitos á sumergiros en aquellas sucias y asquerosas deshonestidades. No bien lo echaron de ver vuestros prudentes directores, cuando os dijeron: retroceded, retroceded, detened el paso, no os engolfeis más. Huid de esos compañeros, rompéd esas amistades, y hacedlo presto, pues de otra manera... Vosotros, ó no dando

crédito á sus amonestaciones. ó despreciándolas, quisisteis ir adelante y continuasteis así, guiados de vuestros caprichos y de vuestras pasiones. Y bien, ¿cómo va al presente? Multiplicándose cada día más el número de los pecados y aumentándose diariamente la fuerza de los malos hábitos, os veis ahora rodeados por el furor de unas aguas cenagosas é impuras, y embarrizados de tal manera, que mirando la orilla que habeis dejado, no os parece posible volver á ella. No obstante, procura el buen confesor animaros todavía, porque no desconfiéis del todo, aficiéndoos incesantemente: ánimo, ánimo, no pongáis duda en que al fin saldréis á la orilla. Y cuántas veces, con un cierto murmurar y resufinar de medio desesperado, le habeis respondido arrojando un profundo suspiro: padre, no sé qué hacerme: no puedo, padre, no puedo! ¿Sueño yo, cristiano, ó hablo verdad? ¿Es esta una mera invención mía, ó un caso práctico que todos los días sucede?

Y ¿qué será, año yo, si ni aún ahora os resolvéis á convertirlos y queréis retardarlo todavía? ¡Cuánto creará la dificultad y cuán fácilmente llegará casi á lo imposible! Como puede ser que no os hagáis el cargo de que os será sin comparación más difícil descubrir en la confesion una culpa, cuando callada mucho tiempo y aumentado tanto más el rubor, os hayais acostumbrado á no recibir los sacramentos, ó á recibirlos con labios sacerlegos? ¿de que os será sin comparación más difícil restituir los bienes usurpados, cuando habiéndolos poseído muchos años, casi no podreis distinguirlos de los vuestros, y cuando habiendo gozado ya de sus frutos, tendreis que resarcir tantos más daños? ¿de que os será sin comparación más difícil volver su crédito á una persona, cuando la hayais infamado largo tiempo con vuestras horribles detracciones? ¿de que os será sin comparación más difícil abandonar aquella amistad perversa, cuando por una larga familiaridad se haya estrechado mucho más? ¡Oh amados oyentes! reflexionad por último sobre los engaños y fraudes del tentador. No quiere el demonio que os convirtais ahora, y entre tanto os va lisonjeando con la esperanza de mejor ocasión, de un tiempo más oportuno, de una solemnidad más devota ó de un año santo. Y ¿sabeis por qué? Porque no os convirtais nunca. ¡Ojalá no fuese verdad! Pero aún cuando tengais mucho tiempo, no asistiendo probablemente la gracia y aumentándose cada vez más la dificultad, demasiado cierto es que será así. Declaraos de una vez, amadísimo pecadores, y decid claramente que no quereis convertirlos jamás; decid que no haceis ningun aprecio de este buen Dios; decid que es demasiado el placer que tenéis en ofenderle, y que no os tiene

cuenta renunciar tantas complacencias por complacerle á él. Añadid, que si cree habérselo esto merecido con dar su sangre y su vida por vosotros, está muy engañado, y que no es este un título para tener derecho de exigir tanto. Añadid, finalmente, que tome el tiempo como venga, y que si no lo quiere así, más que todo su amor y toda su gracia os importa una sola de vuestras satisfacciones, uno sólo de vuestros placeres. Si, ven acá y dile todo esto, alma ingrata; díselo aún á la vista de estos clavos y de estas llagas; díselo, pero no te quejes despues. ¡Oh fieles míos! ¡podreis llegar á tal extremo con este buen Crucificado? Aun cuando tuviérais, que ciertamente no lo tenéis, algun motivo para quejaros de él, ¿son tan leves y tan pocos los disgustos que le habeis dado hasta ahora, que no estais todavía satisfechos? ¡Infelices pecadores! baste lo ya hecho, baste lo ya hecho, que demasiado es. ¡Oh, Dios mío! no permitais que hoy sean inútiles mis palabras, y dadme por lo ménos un alma. Aquí está: y bien advierte que hablo á ella y de ella: *Notite si vocem Domini audiveritis, nolite obdurare corda vestra* (Ps. xiv, 8). Así sea.

ANL  
MA DE NUEVO LEÓN  
DE BIBLIOTECAS



# INDICE

SERMONES CONTINUADOS EN ESTE TOMO,

Y DE LAS PRINCIPALES MATERIAS DE CADA UNO (\*).

|  | Pág. |
|--|------|
| Mujer. (Sus obligaciones para con su marido.) I. . . . .   | 7    |
| 1. La mujer debe obedecer á su marido como á su superior. . . . .                                  | 8    |
| 2. Debe atender cuidadosamente al gobierno interior de su casa. . . . .                            | 11   |
| 3. Debe tomar parte en los trabajos y en las desgracias de la familia. . . . .                     | 14   |
| Mujer. (Su influencia considerada como doncella.) II. . . . .                                      | 16   |
| 1. Influencia de la doncella cristiana en la familia. . . . .                                      | 17   |
| 2. Su influencia en la sociedad. . . . .   | 19   |
| Mujer. (Su influencia considerada como esposa.) III. . . . .                                       | 21   |
| 1. La esposa, con la influencia que ejerce en el ánimo del esposo, suaviza sus costumbres. . . . . | 22   |
| 2. Con la que ejerce en su corazón le hace amar la religión. . . . .                               | 23   |
| 3. Con la que ejerce en su voluntad le induce á practicar la virtud. . . . .                       | 24   |
| Mujer. (Su influencia considerada como madre.) IV. . . . .   | 27   |
| 1. La madre forma el entendimiento del hombre. . . . .   | 28   |
| 2. También forma su corazón. . . . .   | 29   |
| 3. Forma, en fin, su carácter. . . . .   | 34   |
| Mujer. (sus escándalos.) V. . . . .  | 35   |
| 1. Escándalo de que las mujeres pueden ser instrumento. . . . .                                    | 39   |
| 2. Funestas consecuencias de estos escándalos. . . . .   | 42   |
| Mujer adúltera. VI. . . . .  | 43   |

(\*) Cada epígrafe es un extracto de la materia que contienen los párrafos de cada uno de los Sermones, señalados con el número que lleva dicho epígrafe.

|   | Pág. |
|---|------|
| 1. Justicia de Jesucristo. . . . .  | 43   |
| 2. Sus mandamientos y su bondad. . . . .  | 45   |
| Divisiones. . . . .   | 48   |
| Mujer. (Su apostolado.) Véase: Apostolado de la mujer católica. . . . .                                     | 50   |
| Multiplicacion de los panes. . . . .  | 50   |
| 1. Debemos confiar en la divina Providencia. . . . .  | 53   |
| 2. Condiciones que la hacen fecunda. . . . .  | 56   |
| Mundo. (Qué se entiende por este nombre.) I. . . . .  | 57   |
| 1. Qué es y dónde está el mundo. . . . .  | 59   |
| 2. Medios para evitar sus lazos. . . . .  | 63   |
| Mundo. (Su vanidad.) II. . . . .  | 64   |
| 1. Nada más vano que este mundo. . . . .  | 66   |
| 2. Nada más vano que los mundanos. . . . .  | 70   |
| Mundo. (Su falsedad.) III. . . . .  | 70   |
| 1. El mundo es mentiroso. . . . .   | 73   |
| 2. Mentirosos son también los mundanos. . . . .   | 76   |
| Mundo. (Su tiranía.) IV. . . . .  | 76   |
| 1. El mundo hace de sus amigos esclavos, mártires y apóstatas. . . . .                                      | 80   |
| 2. El mundo para los justos es acusador, juez y verdugo. . . . .  | 81   |
| Mundo. (Su inconstancia.) V. . . . .  | 82   |
| 1. A cualquier viso que miremos al mundo, le vemos inconstante. . . . .                                     | 85   |
| 2. Esta inconstancia debe hacernosle horrorible. . . . .  | 87   |
| Divisiones. . . . .   | 88   |
| Pasajes de la Sagrada Escritura. . . . .  | 89   |
| Figuras de la Sagrada Escritura. . . . .  | 89   |
| Sentencias de los Santos Padres. . . . .  | 91   |
| Murmuración. I. . . . .   | 92   |
| 1. No hay vicio más vil y odioso que la murmuración. . . . .  | 97   |
| 2. No hay vicio que grave más la conciencia. . . . .  | 100  |
| Murmuración. (Prelectos para justificar este vicio.) II. . . . .  | 101  |
| 1. Cuanto más leves son las faltas que censuramos, más injusta es la murmuración. . . . .                   | 104  |
| 2. Cuanto son más públicas, más cruel es la murmuración que las censuras. . . . .                           | 105  |
| 3. Cuanto mayor es nuestro celo, más debemos olvidar las faltas del prójimo delante de los hombres. . . . . | 107  |
| Pasajes de la Sagrada Escritura. . . . .  | 108  |
| Figuras de la Sagrada Escritura. . . . .  | 109  |
| Sentencias de los Santos Padres. . . . .  | 111  |
| Necesitados y necesidades. . . . .  | 112  |
| 1. Debemos atender al remedio de las necesidades del prójimo. . . . .                                       | 113  |
| 2. Vanas excusas con que se trata de eludir esta obligación. . . . .  | 117  |
| Negligencia; véase: Ociosidad y Pereza. . . . .   | 118  |
| Niños. (Seamos como) . . . . .  | 120  |
| 1. Debemos amar y respetar la niñez. . . . .  | 122  |
| 2. Debemos modelar nuestra conducta sobre la de los niños. . . . .  | 124  |
| Novedad. . . . .  | 126  |
| 1. El amor á la Iglesia debe inspirarnos horror á ciertas novedades. . . . .                                | 126  |
| 2. También debe inspirárnoslo el bien de la sociedad. . . . .   | 129  |
| Novísimos; véase: Muerte, Juicio, Infierno y Gloria. . . . .  | 129  |
| Obediencia. I. . . . .  | 129  |

|   | Pag. |
|---|------|
| 1. Dios nos impone la obediencia.   | 130  |
| 2. Cosas en que no debemos obedecer á la autoridad temporal.                  | 132  |
| <b>Obediencia que los fieles deben á la Iglesia. II.</b>                      | 135  |
| 1. A la Iglesia se le debe obediencia de espíritu.                            | 138  |
| 2. También se le debe obediencia de corazón.                                  | 140  |
| <i>Divisiones.</i>  | 141  |
| <i>Pasajes de la Sagrada Escritura.</i>                                       | 143  |
| <i>Figuras de la Sagrada Escritura.</i>                                       | 143  |
| <i>Sentencias de los Santos Padres.</i>                                       | 144  |
| <b>Obligaciones del cristiano; véase: Deberes del cristiano.</b>              |      |
| <b>Obligaciones de los casados; véase: Matrimonio, Marido, y Mujer.</b>       |      |
| <b>Obligaciones del propio estado; véase: Ignorancia de nuestros deberes.</b> | 146  |
| <b>Obispado.</b>  | 147  |
| 1. Poder de orden.  | 153  |
| 2. Poder de jurisdicción.   | 154  |
| 3. Necesidad y conveniencia del pontificado.                                  | 160  |
| <b>Obras buenas; (Poder de las) I.</b>  | 168  |
| 1. Poder de las obras buenas en los que las hacen.                            | 162  |
| 2. Poder de las obras buenas en los que las reciben.                          | 165  |
| 3. Poder de las obras buenas en los que las presencian.                       | 167  |
| <b>Obras buenas. II.</b>  | 167  |
| 1. Las buenas obras son necesarias á la salvación.                            | 169  |
| 2. Cuestes son las buenas obras que deben practicarse.                        | 170  |
| <i>Divisiones.</i>  | 171  |
| <b>Obras hechas en pecado mortal.</b>   | 172  |
| 1. Las obras hechas en pecado mortal son obras muertas.                       | 174  |
| 2. Quedan perdidas para siempre.  | 176  |
| <b>Obras de misericordia; (Legislar con que deben practicarse).</b>           | 177  |
| 1. Las obras de misericordia son de precepto obligatorias.                    | 179  |
| 2. Las obras de misericordia son remedios cotidianos de nuestras flaquezas.   | 181  |
| 3. En las obras de misericordia debemos tener presente á Dios.                | 182  |
| <i>Divisiones.</i>  | 183  |
| <i>Pasajes de la Sagrada Escritura.</i>                                       | 185  |
| <i>Figuras de la Sagrada Escritura.</i>                                       | 185  |
| <i>Sentencias de los Santos Padres.</i>                                       | 186  |
| <b>Observancia de la ley; véase: Ley. (su observancia).</b>                   |      |
| <b>Obstáculos para la Salvación; véase: Salvación.</b>                        | 188  |
| <b>Ocasiones. (Huir de las) I.</b>  | 189  |
| 1. Por lo común, es pecado exponerse á ellos.                                 | 191  |
| 2. A lo ménos, es causa ordinaria del pecado.                                 | 194  |
| <b>Ocasiones propinicias. (Huir de las) II.</b>                               | 195  |
| 1. Qué se entiende por ocasiones propinicias.                                 | 197  |
| 2. Obligación que tenemos de huir de ellas.                                   | 201  |
| <i>Divisiones.</i>  | 202  |
| <i>Pasajes de la Sagrada Escritura.</i>                                       | 203  |
| <i>Figuras de la Sagrada Escritura.</i>                                       | 204  |
| <i>Sentencias de los Santos Padres.</i>                                       | 206  |
| <b>Ociosidad. I.</b>  | 207  |
| 1. Debemos trabajar, porque somos pecadores.                                  |      |
| 2. Debemos trabajar, porque por nuestro estado vivimos                        |      |

|  | Pag. |
|--|------|
| ... sometidos á cierto modo de vida.   | 209  |
| <b>Ociosidad, ó vida inútil del mundo. II.</b>   | 212  |
| 1. Para que nuestra vida no sea reputada como ociosa, debemos trabajar en gracia de Dios.              | 213  |
| 2. Debemos procurar que todas nuestras obras sean hechas por Dios.                                     | 216  |
| 3. Deben ser dirigidas por Dios.   | 217  |
| <i>Divisiones.</i>   | 219  |
| <i>Pasajes de la Sagrada Escritura.</i>  | 219  |
| <i>Figuras de la Sagrada Escritura.</i>  | 221  |
| <i>Sentencias de los Santos Padres.</i>  | 222  |
| <b>Odio.</b>   | 224  |
| 1. La caridad debe destruir en nuestro corazón los odios de humor.                                     | 225  |
| 2. Debe apagar los que provienen del resentimiento.  | 227  |
| 3. Debe vencer los odios de interés.   | 231  |
| <i>Divisiones.</i>   | 232  |
| <i>Pasajes de la Sagrada Escritura.</i>  | 233  |
| <i>Sentencias de los Santos Padres.</i>  | 233  |
| <b>Ofensas; véase: Amor á los enemigos.</b>  |      |
| <b>Omisión.</b>  | 234  |
| 1. Preceptos afirmativos y negativos.  | 235  |
| 2. Tanto peca el que ejecuta lo prohibido, como el que omite en materia grave lo prescrito por la ley. | 236  |
| <b>Oración. I.</b>   | 239  |
| 1. Pedimos á Dios lo que no debemos pedirle.   | 240  |
| 2. No pedimos como conviene.   | 244  |
| <b>Oración. II.</b>  | 247  |
| 1. Debemos pedirle en nombre de Jesucristo.  | 248  |
| 2. Como se pide en nombre de Jesucristo.   | 250  |
| <b>Oración hecha en común en las familias. III.</b>  | 253  |
| 1. Es necesario reformar la familia.   | 254  |
| 2. El medio de reformarla es devolverla con la oración la dignidad á la que la elevó el cristianismo.  | 255  |
| <b>Oración dominical. IV.</b>  | 260  |
| <b>Oración. (Debemos hacerla á los Angeles y á los Santos.) V.</b>                                     | 275  |
| 1. Necesidad que tenemos de implorar la intercesión de los Angeles y de los Santos.                    | 276  |
| 2. Debemos invocarlos como intercesores para con Jesucristo.   | 279  |
| <i>Divisiones.</i>   | 281  |
| <i>Pasajes de la Sagrada Escritura.</i>  | 282  |
| <i>Figuras de la Sagrada Escritura.</i>  | 283  |
| <i>Sentencias de los Santos Padres.</i>  | 284  |
| <b>Orden. (Sacramento del)</b>   | 285  |
| 1. Potestad que el Orden dá á los eclesiásticos.   | 286  |
| 2. Jerarquía eclesiástica.   | 287  |
| <b>Orgullo. I.</b>   | 290  |
| 1. El orgullo resiste á Dios.  | 291  |
| 2. Dios resiste al orgulloso.  | 296  |
| <b>Orgullo. II.</b>  | 299  |
| 1. El orgulloso es ingrato para con Dios.  | 300  |
| 2. No tiene caridad para con sus semejantes.   | 303  |
| 3. Levanta un muro inseparable en el camino de la salvación.   | 305  |

|   | Pág. |
|---|------|
| <i>Divisiones.</i>  | 308  |
| <b>Paciencia.</b>   | 308  |
| 1. Con relacion al prójimo.   | 309  |
| 2. Con relacion á los diversos sucesos de la vida.  | 313  |
| <i>Divisiones.</i>  | 317  |
| <b>Paciencia de Dios en tolerar al pecador.</b>   | 318  |
| 1. La paciencia de Dios debe ser un motivo de admiracion.   | 319  |
| 2. Debe ser tambien motivo de terror.   | 323  |
| <b>Padres. (Sus deberes.) I.</b>  | 325  |
| 1. Los padres deben amar á sus hijos.   | 326  |
| 2. Deben enseñarles.  | 328  |
| 3. Deben darles buen ejemplo.   | 331  |
| 4. Deben corregirlos.   | 335  |
| <b>Padres. (Sus deberes.) II.</b>   | 336  |
| 1. Los padres deben trabajar en la educacion de sus hijos.  | 339  |
| 2. Deben formarlos en la piedad é inspirarles la virtud.  | 343  |
| <b>Palabra de Dios. (Necesidad de oirla.) I.</b>  | 344  |
| 1. Necesidad de oír la palabra de Dios.   | 348  |
| 2. Desgracia de los que le niegan la entrada en el corazon.   | 350  |
| <b>Palabra de Dios. (Disposiciones para oirla.) II.</b>   | 350  |
| 1. Qué deben hacer los fieles antes de oír la palabra de Dios.                                      | 352  |
| 2. Qué deben hacer mientras la están escuchando.  | 355  |
| 3. Qué deben hacer despues de haberla oido.   | 359  |
| <b>Palabra de Dios. (Aprocheamiento de la.) III.</b>  | 360  |
| 1. Causas de la esterilidad de la palabra de Dios.  | 363  |
| 2. Principio de su fecundidad.  | 368  |
| <b>Palabra de Dios. (Sus efectos.) IV.</b>  | 369  |
| 1. Enseña á los ignorantes.   | 370  |
| 2. Corrige á los pecadores.   | 371  |
| 3. Perfecciona á los justos.  | 372  |
| <i>Divisiones.</i>  | 373  |
| <i>Pasajes de la Sagrada Escritura.</i>   | 374  |
| <i>Figuras de la Sagrada Escritura.</i>   | 376  |
| <i>Sentencias de los Santos Padres.</i>   | 378  |
| <b>Palabras deshonestas.</b>  | 378  |
| 1. Gran daño que causa á los que escuchan el que habla deshonestamente.                             | 378  |
| 2. Gran daño que causa á sí mismo.  | 380  |
| <i>Divisiones.</i>  | 383  |
| <b>Paraiso en el cielo; véase: Bienaventuranzas, Cielo, y Gloria.</b>                               | 383  |
| <b>Paraiso en la tierra.</b>  | 385  |
| 1. La doctrina que intenta establecer en la tierra el paraiso, es altamente falsa y contradictoria. | 390  |
| 2. Es, además, eminentemente desastrosa.  | 395  |
| <b>Paralítico de la piscina. (E.)</b>   | 396  |
| 1. Lo que debe practicar el hombre para ser curado de su parálisis espiritual.                      | 401  |
| 2. Lo que debe practicar despues de curado.   | 405  |
| <b>Párroco. (Discurso de entrada.) I.</b>   | 405  |
| 1. Deberes del párroco.   | 408  |
| 2. Deberes de los feligreses.   | 410  |
| <b>Párroco. (Discurso de entrada.) II.</b>  | 410  |
| 1. Lo que será el nuevo párroco.  | 410  |
| 2. Lo que espera de sus feligreses.   | 412  |

|  | Pág. |
|--|------|
| <b>Párroco. (Despedida de un) III.</b>   | 414  |
| 1. Ministerio ejercido.  | 414  |
| 2. Despedida.  | 416  |
| <b>Pasiones. (Mortificación de las.)</b>   | 416  |
| 1. Debemos reprimir las pasiones.  | 421  |
| 2. Medios para reprimirías.  | 423  |
| <i>Divisiones.</i>   | 423  |
| <b>Pastor. (El buen.)</b>  | 424  |
| 1. Cualidades del buen pastor.   | 425  |
| 2. Lo que deben hacer las ovejas para ser fieles.  | 429  |
| <b>Pastor y dracms perdida. (Parábolas del)</b>  | 433  |
| 1. En esa dos parábolas, Jesucristo nos ha trazado nuestros deberes para con nuestros hermanos extraviados.                        | 433  |
| 2. Los motivos de confianza que debemos tener, sean cuales fueren nuestras debilidades.  | 437  |
| <i>Divisiones.</i>   | 438  |
| <b>Paz cristiana. I.</b>   | 440  |
| 1. No tiene ningun bien quien no tiene fe.   | 441  |
| 2. No tiene paz quien no la tiene con Dios.  | 444  |
| <b>Paz cristiana. II.</b>  | 448  |
| 1. Sin la fe no hay paz para el entendimiento.   | 449  |
| 2. Y sin la observancia de la ley divina no la hay para la voluntad.   | 452  |
| <i>Divisiones.</i>   | 455  |
| <i>Pasajes de la Sagrada Escritura.</i>  | 456  |
| <i>Figuras de la Sagrada Escritura.</i>  | 456  |
| <i>Sentencias de los Santos Padres.</i>  | 457  |
| <b>Pecado, en general.</b>   | 458  |
| 1. ¿Qué cosas es pecado?   | 459  |
| 2. El que peca atrae sobre sí el odio de Dios.   | 460  |
| <b>Pecado original, demostrado por la razon. I.</b>  | 462  |
| 1. El hombre sin la confesion del pecado original es incomprendible, y esta incomprendibilidad desaparece, concesando este pecado. | 465  |
| 2. Solucion de las dificultades.   | 469  |
| <b>Pecado original. (Estado del hombre antes del) II.</b>  | 473  |
| 1. Formacion del hombre.   | 474  |
| 2. Su estado antes del pecado original.  | 477  |
| <b>Pecado original. (Historia del) III.</b>  | 481  |
| 1. Caída de nuestros primeros padres.  | 482  |
| 2. Gravedad de este pecado y sus funestas consecuencias.   | 485  |
| <b>Pecado mortal. (Malos que causa el) I.</b>  | 488  |
| 1. Malicia del pecado mortal.  | 489  |
| 2. Situacion lamentable del pecado.  | 492  |
| <b>Pecado mortal. II.</b>  | 496  |
| 1. Daño que el pecado mortal hace al hombre.   | 497  |
| 2. Injuria que el pecado hace á Jesucristo.  | 499  |
| <b>Pecado habitual.</b>  | 503  |
| 1. Indole y consecuencias del pecado habitual.   | 503  |
| 2. Sus remedios.   | 505  |
| <b>Pecado venial.</b>  | 506  |
| 2. El que no renuncia á todo apego al pecado venial debe temer que su justicia presente sea ilusion.                               | 507  |
| 2. Y si no es ilusion, no tardará á perderla.  | 511  |
| <i>Divisiones.</i>   | 513  |

|  | PÁG. |
|--|------|
| <i>Pasajes de la Sagrada Escritura.</i> . . . . .                | 515  |
| <i>Aplicaciones de la Sagrada Escritura.</i> . . . . .           | 517  |
| <i>Sentencias de los Santos Padres.</i> . . . . .                | 518  |
| <b>Pecados de palabra; véase: Lengua.</b>                        |      |
| <b>Pecador moroso.</b> . . . . .                                 | 520  |
| 1. Al pecador puede faltarle el tiempo para convertirse. . . . . | 521  |
| 2. Puede faltarle la gracia que espera. . . . .                  | 524  |
| 3. La dificultad para hacerlo será cada vez mayor. . . . .       | 527  |
| <b>Indice.</b> . . . . .   | 530  |



FIN DEL TOMO IX.

# UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
SECRETARÍA GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS